



A VER A QUÉ SABES

MAGELA GRACIA



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Agradecimientos

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

Epílogo

Biografía

Referencias de las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Leí el panfleto que la chica me entregó cuando pasé por delante del local de siempre. En el encabezado aparecía el nombre del restaurante y debajo las fotos de cuatro hombres vestidos de cocineros con los brazos cruzados sobre el pecho. Aparecían sus nombres y su especialidad, pero cada uno me clavaba los ojos de una forma diferente.

Uno, dulce, sonriendo. Otro, picante... Sé que debería decir salado, pero miraba a la cámara con lascivia. Quemaba. Un tercero lo hacía de manera bastante agria. ¿Cómo se podía mirar así a un fotógrafo para sacarse una foto? El cuarto estaba enfadado con el mundo, sin duda alguna. Amargo...

Miré a la cara a los cuatro cocineros y la que se enfadó con el mundo, de pronto, fui yo. Llevaba muchos años cenando en aquel bareto de bocadillos mientras estudiaba enfermería en la universidad, y de pronto cambiaba de imagen, de comida, de dueños, e incluso de nombre. Eso había sucedido mientras pasaba dos meses fuera de Barcelona, visitando a mis padres en el pueblo, en mis primeras y verdaderas vacaciones de verano. Ahora, en vez de Malditos Bocatas, en el letrero sobre la puerta se leía otro nombre: Come. Te va a entrar... hambre.

¿Que me iba a entrar qué?

A VER A QUÉ SABES

Magela Gracia

zafiro 

¿Y si tomaba un último bocado? Puede que probablemente no fuera el último...Dios nos envía los alimentos, y el demonio, a los cocineros.

THOMAS DELONEY

Para esas voces sin garganta que, a través de las palabras de WhatsApp, andan todo el día distrayéndome y abstrayéndome de mi trabajo. Por su culpa, en vez de tardar tres meses en escribir esta obra, han pasado seis... En contrapartida, siempre que me he sentido sola, han estado ahí, para levantarme la moral y decirme que sí podía. Además, cada vez que hemos tenido una presentación, he dejado el libro para poder estar en primera fila, y sé que ellas irán a la mía... sobre todo porque va a haber comida... y camareros desnudos.

En esta historia hay cuatro cocineros. Uno es de Jossy, y sé que ella luchará por él con uñas y dientes, así que te deseo buena suerte si tratas de arrebatárselo, la necesitarás. El resto... tendrá que disputarse a los otros tres.

Gracias, RomántiCanarias... por muchos retrasos más.

Para Pilar, que me obligó a escribirlo y que sigue esperando a que le pase el primer borrador, pero sé que está tan liada con sus collares que, haber hecho que lo leyera, hubiese sido provocarle una distracción que no puede permitirse. Espero que los cocineros te den bien de comer. Nunca una foto de una salchicha ha dado para tanto. Me tienes que llevar a ese restaurante en Barcelona.

Prólogo

El amor es tan importante como la comida... pero no alimenta.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Llevaba mucho tiempo tratando de aprender a cocinar, pero había sido en vano. Cada vez que me acercaba a un fogón, mi mente desconectaba, como si mi pasado hiciera interferencia en mi presente y se encargara de estropearme el futuro más inmediato: lo que me iba a comer.

Todo se me quemaba.

Me había pasado mis años de universidad zampando bocadillos en aquel bareto que ocupaba el bajo del edificio en el que vivía, donde tenía mi pequeño piso compartido. Desde luego, sabía que eso no era sano; en absoluto. No por nada era enfermera —o estudiaba para serlo, mejor dicho— y entendía de nutrición y esas cosas. Pero, cuando no tienes tiempo ni de respirar, los estudios te agobian un día sí y otro también, la cocina de tu piso es tan pequeña que apenas si cabe una nevera de esas que hay en los apartamentos de vacaciones, dos fuegos de gas que funcionan a ratos y una mísera tabla para picar las patatas, te das cuenta de que hay cosas que debes posponer.

Y eso hice. Posponer.

Dejé que pasaran los años de estudio, pero, en cuanto terminé el último examen universitario y presenté mi trabajo de fin de carrera, hice lo que llevaba años prometiéndome que haría: apuntarme a un cursillo de cocina.

Lo había visto anunciado todos los veranos mientras me sacaba la carrera. En aquel bareto que me ofrecía mi sustento diario impartían clases culinarias

cada septiembre. Imagino que lo hacían, precisamente, para atraer a estudiantes que iniciaban el curso académico con los buenos propósitos de siempre: ir al gimnasio a diario, adelgazar lo que se había engordado durante las vacaciones, ir aprobando los exámenes uno a uno y no tener que llegar a las reválidas..., leer todos los días, beber menos, visitar más a los padres.

Se trataba de un cursillo de cocina que duraba dos meses de intenso trabajo, según me comentó el dueño del local; él era quien, supuestamente, impartía dichas clases... Un simpático cocinero que siempre tenía listo mi pedido a las dos del mediodía y a las ocho de la noche. Yo era una chica de costumbres, aún lo sigo siendo, y Franki cumplía con los horarios escrupulosamente; como me gustaba su seriedad, me decidí finalmente a apuntarme a sus clases la última vez que me lo ofreció.

—Te lo vas a pasar bien. No sólo de bocadillos puede vivir una pelirroja.

Franki tendría unos cuarenta y pocos años, bastantes canas en el pelo —disimuladas a veces con un mal tinte— y muchas quemaduras en los dedos... y un par de cortes en ellos, también. En el tiempo que llevaba frecuentando su local, le había conocido tres heridas con puntos en distintas partes de las manos, y no siempre porque se hubiera pasado de listo con los cuchillos. No era un santo, que digamos, y su clientela, a veces, tampoco.

—Lo sé —le respondí, rellenando la matrícula aquella tarde de junio, justo antes de marcharme a disfrutar de mis primeras y verdaderas vacaciones en mucho tiempo.

Exactamente, cuatro años, los que había durado mi carrera de enfermería.

Por fin podía tener dos meses para mí..., para mi familia, para los amigos, a los que había dejado en el pueblo de mis padres, adonde siempre regresaba en verano. Estaba situado al lado de la playa; quien dice al lado, dice a unos cuantos kilómetros..., pero era nuestra cala perdida, sin acceso por carretera, con una arena casi siempre vacía de gente por lo escarpado del terreno y el agua fría casi en cualquier época del año. Hacía mucho que no pisaba esa casa, que antes había sido de mis abuelos —creía recordar que desde las

Navidades—, y estaba deseando asar mazorcas de maíz al lado de lo que fue en su día la escuela de Primaria y que, en ese momento, permanecía cerrada por falta de niños.

Fue un buen verano... o, al menos, uno bastante relajado, sobre todo en comparación con los que había tenido mientras cursaba la carrera, pues en estos últimos apenas había hecho otra cosa que estudiar y tener algún esgarceo sexual con un noviete que siempre volvía a mi vida en esa época de aislamiento de todo..., como también ocurrió en esa ocasión.

Ya me encontraba otra vez de vuelta. Septiembre, el mes de echar currículos por doquier, aceptar los trabajos más precarios y aprender a las malas lo que es incorporarse a la vida laboral. Y, por supuesto, comenzar a cocinar.

Mi apartamento compartido seguía en el mismo sitio, por suerte. Era lo único que permanecía estable... Estaba situado en una calle céntrica del barrio de moda de la ciudad, aunque cuando habíamos empezado los estudios sólo era una calle peatonal más, cerca de todo y lejos de nada, sin mucha importancia y sin rentas altas. Desde luego, nosotras no habríamos podido permitirnos los precios que pedían ese año por los pisos de alquiler en esa zona, pero por fortuna la casa en la que vivíamos era de una tía de la chica con la que lo compartía y no nos había subido el precio, a pesar de que éste casi se había triplicado desde que vivíamos allí. Un par de locales nuevos en los que se servían copas de revista —de esas que fotografiabas y luego subías a Instagram y te ganabas miles de «Me gusta»—, una discoteca que siempre tenía una inmensa cola en la puerta —y unos porteros frente a la cinta roja que acordonaba la entrada que estaban como para que te hicieran un favor... o dos — y unos cuantos restaurantes de comida de autor —de esos que, por tres bocados de algo comestible colocados en torre con pinzas, te sacaban un dineral que por supuesto yo no podía pagar— habían hecho que aquella

tranquila calle se convirtiera en un hervidero de gente que disfrutaba de la vida nocturna.

Mi apartamento seguía en el mismo sitio, pero el bareto que me había dado de comer... no.

En su lugar, con cara de asombro, estaba mirando el nuevo letrero que adornaba la puerta, de un cristal enorme, en el que la serigrafía del nombre del restaurante lo ocupaba casi todo. O Franki de pronto se había vuelto un sibarita y había pensado en reformar por completo su negocio o me había quedado sin nuestro establecimiento preferido para ir a encargarme algo de manduca rápida que devorar luego en la intimidad de nuestro piso.

Y tenía más pinta de ser lo segundo que lo primero.

—«Come... ¿un último bocado?» —leí en alto, con la voz atenazada por la incertidumbre.

¿Había perdido mi cursillo de cocina? ¿Se había arruinado Franki? ¿Qué había sido de la camarera de ojos enormes y el chico de la cocina, que siempre me sonreía cuando me entregaba el pedido?

El restaurante, a esa hora, estaba cerrado. Acababa de regresar de mis vacaciones y, al ser lunes, a las diez de la mañana, apenas había sitios donde te sirvieran un desayuno decente en la zona. Mejor dicho, asequible. Me dolió lo que había perdido sin tener muy claro que lo había perdido, ya que, hasta que no consiguiera hablar con Franki o entrar en el nuevo establecimiento, no sabría si, tal vez, habían trasladado el bareto a una zona menos prohibitiva por culpa de los precios, para dar paso a un restaurante en el que, obviamente, no me iba a poder permitir sentarme a comer. Tenía pinta de ser el sitio más caro de los que habían abierto en aquel barrio hasta la fecha y, por descontado, seguramente no prepararían bocatas.

—¡La madre que me trajo! —maldije, con rabia, cuando me di cuenta de que, si Franki había quebrado, había perdido el dinero de mi cursillo.

Y yo no estaba para despilfarrar ni un céntimo de euro, pues aún no había conseguido mi primer trabajo.

Justo en ese momento pasó una chica repartiendo panfletos y me entregó uno, precisamente del restaurante caro y usurpador que tenía enfrente. Papel de buena calidad, buena imprenta y mejor diseño. Ciertamente no iba a poder permitirme esa comida si gastaban tanta pasta solamente en los anuncios del local. Franki, de vez en cuando, me había dado servilletas de papel con su número de teléfono escrito a boli para que repartiera entre los universitarios y le hiciera un poco de publicidad cuando llegaban las épocas de exámenes.

Ni punto de comparación, desde luego.

—¿Un último bocado? —pregunté, volviendo a leer el letrero—. ¿Y cuál es el primero?

1

El silencio es el sonido de una buena comida.

JAIME OLIVER

La comida me supo a demonios, aunque tampoco me llevé ninguna sorpresa con ello, la verdad. Cocinaba de pena y lo tenía más que asumido. El curso culinario que había pensado realizar, y que ya había pagado, no lo había elegido por ningún capricho del destino, por lo que, el hecho de haberlo perdido, me daba muchísima rabia.

—No está tan mal —comentó Iris, obviando el sabor a chamuscado que tenía el arroz.

—Está peor, y lo sabes —respondí, convencida de que mi compañera de piso estaba siendo demasiado benévola con lo que estaba tratando de masticar.

Franki no había dado señales de vida. Llevaba llamando al teléfono que tenía guardado como suyo toda la semana... y todo el fin de semana también, pero siempre aparecía apagado o fuera de cobertura. No me quedaba más remedio que asumir la realidad y olvidarme de la pasta que había invertido malamente en intentar aprender a cocinar algo decente, ahora que iba a tener un poco más de tiempo para mí, ya que había terminado mis estudios.

Mi único consuelo era que, al menos, iba a disponer en breve de algo más de dinero para gastarme en comida preparada, pues pronto empezaría a trabajar.

—Por cierto, esta tarde, mientras no estabas, ha llegado el paquete que estabas esperando.

Se me iluminaron los ojos cuando mi compañera de piso me lo comunicó. Por fin algo salía bien esa semana.

—¿Lo has abierto? —le pregunté, dejando el tenedor en el plato y buscándolo con la mirada.

—¿Por quién me tomas? —me reprochó ella, llevándose una mano al pecho, como si la hubiera ofendido—. Claro que lo he abierto, ya sabes que soy una cotilla. Y... te comento: creo que ese color no te va a ir nada bien con el pelo.

Mi cabello no hacía juego con nada, salvo, quizá, con el negro y el blanco. Sin embargo, llevaba los cuatro años de carrera vistiendo un anodino uniforme de este último color, ya que añadirle una nota vistosa, en la universidad, estaba prohibido. Por otro lado, no se me había pasado por la cabeza la idea de elegir un atuendo negro para presentarme en mi primer día de trabajo.

Sí; nada más llegar de mis vacaciones, al día siguiente, me llamaron de una de las clínicas privadas donde había entregado el currículum para ofrecerme el contrato más horrible que se le podía ofrecer a una enfermera: plantilla volante, sujeto a un mes de prueba y con jornada reducida. Además, me habían avisado de que, aunque tuviera estipuladas sólo cinco horas diarias, no esperara trabajar menos de ocho.

—¿Eso es legal? —me preguntó entonces mi madre, cuando la informé por teléfono de la «feliz» noticia.

—Legal o no, es lo que hay. Suerte he tenido de que me hayan ofrecido un contrato tan pronto, aunque sea un contrato de mierda.

—Esa boca, Emma.

—Lo siento, mamá —me disculpé, quitándome de la cara uno de mis rebeldes mechones de pelo ondulado. Aquel día no había tenido ni tiempo de alisármelo un poco, como solía hacer tras la ducha de la mañana, ya que la llamada del departamento de Recursos Humanos de la clínica me había sacado casi a trompicones de debajo del chorro de agua caliente.

Volviendo al presente, me acerqué al paquete, que localicé sobre el sofá, dejando olvidada la cena. No cometía ningún agravio a la cocinera, ya que ésta estaba convencida de que el sitio del arroz estaba en el cubo de la basura.

—¿Qué es lo que no te convence, exactamente? —le planteé, sacando mi uniforme nuevo de la caja.

Hasta en eso era precario el contrato que me habían ofrecido. Me tenía que costear yo el pijama sanitario, como se llama comúnmente a las dos piezas de tela tiesa y áspera que vestimos las enfermeras cuando nos ponemos a trabajar. Pero, al menos, como lo pagaba con el dinero de mi bolsillo —o el dinero del bolsillo de mi padre, mejor dicho— podía elegir el color.

—Mientras no sea negro... —había comentado la administrativa en el pequeño despacho de Recursos Humanos, cuando se lo pregunté, mientras ella le sacaba fotocopia a mi DNI y a mi recién estrenado título universitario—. El negro no suele gustar a los pacientes, da mal rollo en un hospital.

Por suerte, tampoco era un color que a mí me agradara demasiado, por lo que no iba a tener ningún problema a la hora de descartarlo como posible elección.

—Pues a mí me gusta —contradije a Iris, sacándole la lengua, mientras me ponía delante del pecho una llamativa casaca verde aguamarina—. No pensaba comprarlo blanco, que es lo único que combina con él.

Y, «con él», me refería a mi excéntrico cabello color zanahoria. No un pelirrojo entre castaño y rojizo, con mechass más claras y oscuras intercalándose en mi cabeza, no. Nada de eso. Jamás he conocido a nadie que tenga un tono tan anaranjado como el mío, salvo a mi tía Airis. De ella, afirmaba mi madre, había heredado todo lo malo..., salvo el cabello, apuntillaba. Mi pelo era demasiado especial como para que mamá lo pudiera considerar malo, básicamente porque ella no tenía que lidiar con lo de combinar ropa, piel blanca llena de pecas y un estridente pelo naranja zanahoria.

—Ése tiene hasta un pase —comentó Iris, llevándose otro poco de arroz a la boca, y sin lograr esconder una mueca cuando sus papilas gustativas se quejaron del sabor a chamuscado—, pero el otro...

—¿Qué tiene de malo el violeta?

—¿Qué tiene de malo que te tiñas el pelo?

De esa forma, Iris volvía a la carga con el tema con el que siempre lograba que se me crispasen los nervios con ella. Si la posibilidad de cambiar de color, cuando era adolescente, me la hubiera ofrecido mi madre, me habría faltado tiempo para ir al supermercado a comprarme un tinte sin pensármelo en absoluto. No en vano, había tenido que lidiar con las burlas de mis compañeros de colegio y, luego, con los del instituto. Por suerte, en la universidad, la gente era bastante más madura y sólo se me habían quedado mirando con disimulo, comentando por lo bajo que era el color de pelo más raro que habían visto en la vida... o, en todo caso, esperaba que fuera sólo eso lo que murmuraban.

—Todo. A mi madre le daría un brote de algo grave y contagioso si me viese con el pelo teñido.

—Menos mal que no la verás hasta Navidades...

Le saqué nuevamente la lengua y ella hizo el gesto de estar a punto de lanzarme el tenedor a la cabeza.

—Puede que no me espere hasta Navidad, ahora que por fin vamos a tener algún día de vacaciones pagadas...

—Ya, tú sigue soñando.

Después de recoger la cocina y sacar la basura a la calle —con las sobras del arroz que se me había quedado pegado en el fondo del caldero—, me fui a mi dormitorio para disfrutar con intimidad de la visión de mis primeros uniformes de verdad, con mi nombre bordado a máquina en el bolsillo superior de la casaca por el módico precio de cinco euros más a añadir a la cesta de la compra por Internet. Habían tardado sólo dos días en hacer el envío. Si llego a pedir que me lo hicieran llegar a la casa del pueblo, habría tardado una semana. Pero, claro, aquello era Barcelona.

«Emma Dávila. Enfermera.»

Se me escapó una lagrimita cuando me lo puse por encima y me miré al espejo.

—¿Qué hago con el caldero, pelirroja? —me gritó Iris desde la cocina, donde se había quedado fregando los cacharros. Un instante después apareció por la puerta, con los guantes de látex rosa hasta los codos, mostrando el interior del perol, donde permanecía una gran cantidad de arroz incrustado en el fondo, negro como el carbón.

Hizo el gesto de raspar con el estropajo, muerta de risa.

—Tirarlo —le respondí, llena de rabia. No era la primera vez que estropeaba parte del menaje de la casa de su tía—. Mañana, cuando salga del trabajo, compraré otro.

2

Se aprende a ser cocinero, pero se nace catador.

ANTHELME BRILLANT-SAVARIN

A pesar de lo que había dicho, cuando logré llegar a casa al día siguiente, las tiendas estaban cerradas... desde hacía horas. Había empezado mi jornada laboral a las tres de la tarde —aunque había llegado a la una, para presentarme en el despacho de mi nueva y flamante supervisora, con el almuerzo todavía a medio bajar por el gaznate— y, aunque se suponía que tenía que haber terminado a las diez, habían dado las once cuando llegó la compañera que tenía que relevarme en la planta.

—¿Un día duro? —me preguntó la enfermera, mirando mis pelos pegados a la cara.

—Dudo de que haya un primer día de trabajo bueno —le respondí, cogiendo la libreta donde había apuntado todo lo que quería contarle a mi relevo en el cambio de guardia.

—Aquí todos los días son malos —comentó ella, dejando caer su cuerpo en la camilla que había en el cuarto donde me encontró desquiciada y muerta de cansancio... y de hambre—. Del primero al último —especificó, como si no me hubiera quedado claro que todas mis jornadas laborales iban a tener más o menos la misma pinta, y cobrando una porquería, ya que el sueldo de enfermera en prácticas sólo daba para pagar la gasolina del coche y poco más.

Ya me había avisado Iris de que iba a ser más rentable coger el autobús.

Me fijé en su manicura perfecta y en su bolso de marca, y me dije a mí misma que para ella parecía que no era una tortura eso de venir a trabajar, porque a mí se me había caído hasta la laca de las uñas y tenía el rímel

completamente corrido. Seguro que esa enfermera tenía el mismo aspecto espléndido al llegar las ocho de la mañana y entregar sus novedades a la siguiente que la relevara.

Llegué a casa agotada. Tardé en localizar un aparcamiento a esa hora, en la que nuestra calle bullía de actividad, aunque fuera martes. El buen tiempo y el hecho de que estábamos iniciando la última semana libre antes de volver a la rutina del colegio de los críos —para quien los tuviera, claro está—, invitaban a disfrutar de las noches al máximo. Por ello, las terrazas de los bares y restaurantes de la zona se habían llenado. Pasé justo por delante del nuevo local, ese que me había robado la posibilidad de aprender a cocinar, y miré con curiosidad hacia el interior. Una enorme mampara de cristal, a modo de pared, separaba el elegante y moderno comedor de la cocina, más moderna aún, donde pude comprobar que había mucha actividad entre fogones. El comedor estaba a rebosar, a las doce y media de la noche; una locura teniendo en cuenta que no era fin de semana.

No era la primera vez que husmeaba desde la calle, ya que había estado vigilando el establecimiento por si alguien me podía dar información acerca de Franki. No había tenido los arrestos necesarios para preguntarle a ninguno de los cocineros que vi entrar y salir, ni a las camareras, que me resultaron mucho más accesibles. Cada uno de los chefs que fui identificando despertó en mí un sentimiento de rechazo que traté de explicarme a mí misma con mi creciente odio infundado hacia ese restaurante debido a la desaparición del baretto de mis inestimables bocatas. Los miraba de lejos y no me atrevía a fijarme demasiado en ellos, como si no se merecieran más atención de la estrictamente necesaria.

La verdad era que me intimidaban.

Todo el establecimiento, en sí, era demasiado elitista como para que no me sintiera intimidada.

Me rugió el estómago mientras subía los cuatro pisos de escaleras que me separaban de la cama. El edificio era una joya arquitectónica de mediados del

siglo XX, completamente reformado —porque, según me dijo Iris un día, se estaba cayendo a trozos— y modernizado, salvo por el pequeño e insignificante detalle de que no había manera barata de ponerle un ascensor... Los vecinos del primer piso se habían negado a pagar la derrama y los del cuarto teníamos que ponernos el culo como una monitora de aerobio subiendo y bajando escaleras; muy bonitas, por cierto, en un mármol de Macael que sin duda tuvo que costar una fortuna en su época.

—¿Te parece que éstas son horas de llegar? —me soltó Iris, a modo de recibimiento, muerta de risa—. Seguro que te has tomado unas cervezas con los amigos mientras yo te esperaba aquí, cuidando de los niños y manteniendo limpia la casa.

—No estoy de humor, amorcito lindo —le respondí, siguiendo la broma—. Ya me echarás la bronca mañana, que me voy directa a la cama.

—¿Sin cenar? —La cara de Iris era un poema—. ¿Y sin meterme mano? ¿Tan mal ha ido?

—Peor. Ya te cuento mañana.

Me fui, sin preámbulos, al dormitorio, me quité el uniforme manchado de todo lo imaginable —y de lo que no me quería imaginar también— y lo dejé en la cesta de la ropa sucia que había al lado de la puerta del cuarto de baño. Tendría que encargarme muchos uniformes más si iba a ensuciarlos de ese modo todos los días, porque para poner lavadoras no me iba a dar la vida..., ni el dinero para pagar la luz, pues mi sueldo era de chiste.

Me miré en el espejo y fui consciente de que necesitaba una ducha, pero estaba tan cansada que ni me planteé la posibilidad de meterme debajo del grifo de agua caliente. Un miércoles era tan buen día como cualquier otro para empezar de cero. Ya metería también las sábanas en la lavadora, pues, según me había informado mi supervisora, el turno que me tenía asignado era siempre de tarde y dispondría de las mañanas para hacer la colada.

Pensaban ponerme, también, siempre en la misma planta, una que nadie quería por el exceso de trabajo que producían sus pacientes.

Lavadoras por la mañana... e infierno tras el almuerzo... y también durante el almuerzo, pues eso de ingerir comida calcinada seguro que era muy del averno.

Estaba ya en la cama cuando Iris entró con un vaso de leche y un paquete de galletas.

—No admito un no por respuesta, señorita —sentenció, cambiando el rol de sufrida esposa por el de sufrida madre—. Te comes un par y te lavas los dientes luego. Buenas noches.

Dicho esto, me dejó las dos cosas sobre la mesilla de noche, antes de salir de mi cuarto y cerrar la puerta.

Y allí las encontré, sin tocar, por la mañana, cuando fue a despertarme.

—¿Cómo es posible que sean casi las once y todavía no te hayas levantado? —me reprendió, abriendo la persiana de mi ventana y dejando que la luz entrara a raudales por ella, iluminando las sábanas blancas y haciendo brillar mis cabellos—. Es el único momento del día en el que me encanta mirarte el pelo, aunque hoy tiene muy mal aspecto, que lo sepas.

—Déjame morir en paz —le pedí, poniéndome la sábana a la altura de los ojos y tapándome la cabeza con la almohada.

—Venga, exagerada. Que siempre hay tiempo para morirse.

«Como esta tarde.»

Pensar en volver a pasar por lo mismo todos los días, se me hacía muy cuesta arriba, y más cuando me sentía débil, probablemente porque no había sido capaz de cenar nada, y también estafada, por el contrato que había firmado. Estaba convencida de que, si hablaba con algún sindicato, me diría que mi caso no era la excepción y que podía tratar de pelearlo, pero empezar con tan mal pie en mi primer trabajo hacía que se me cayeran al suelo todas las ilusiones que había puesto en mi recién estrenada vida de proletaria.

Me levanté con pesar y fui directa a la ducha. El agua me sentó bien, mucho mejor de lo que había creído, y, cuando me dispuse a tomarme el desayuno — las galletas y la leche, que por suerte no se había estropeado—, me acordé de

la lavadora que tenía pendiente. Mientras daba mordiscos y llenaba el suelo de la cocina de migas de galleta, seleccioné un programa corto de lavado y secado, asegurándome de que todas las manchas del uniforme quedaban perfectamente recubiertas por el milagroso detergente que me había recomendado mi madre, y la puse en marcha. Tenía más de una hora por delante y unas cuantas tareas pendientes, así que decidí optimizar el tiempo lo máximo posible.

Tarea número uno, dejar la cama preparada para la noche, pues, si volvía a llegar tan tarde a casa y la encontraba deshecha, seguramente dormiría sobre el colchón directamente. Por supuesto, no esperaba que el turno en la clínica fuera más clemente conmigo por ser miércoles.

Tarea número dos, llamar a mi madre para asegurarle que estaba viva y que el horrible trabajo que había encontrado, contrato mediante, no había acabado conmigo el primer día. Tal vez el segundo...

Tarea número tres, preparar el almuerzo para comer algo decente y llegar con fuerzas al curro.

Ésa, sin duda, fue la más desagradable de todas, ya que lo de conseguir algo decente implicaba levantar el auricular del teléfono y encargar una pizza de verduras. Intenté hacer algo de pasta, pero se me pasó de cocción y, en vez de obtener unos espaguetis sueltos, al dente y sabrosos, quedó una bola informe, tipo chicle, difícil de poder meter en la boca, y tan salada que, al cuarto bocado, me di por vencida y los espaguetis fueron a parar al cubo de la basura. Ilusa de mí, había tenido la esperanza de poder dejar algo de esa pasta en la nevera para consumir por la noche si regresaba con hambre, pero, visto lo visto, iba a ser mejor plan sacar algo de la máquina expendedora del servicio de Urgencias y comérmelo de camino a casa.

—¿Dónde estabas? —le pregunté a Iris al oírla llegar, cuando ya había tendido la ropa, tirado la comida a la basura y vestido con mi uniforme violeta.

—En el supermercado —respondió, dejando las bolsas sobre la encimera

—. ¿No recuerdas que te lo dije?

No podía decir que sí. La mitad de las veces mi compañera salía del piso sin avisar y, como tampoco era que en casa nos cruzáramos demasiado, ya que las clases, las prácticas y los exámenes nos habían tenido muy entretenidas a ambas, al final nos habíamos acostumbrado a mantener largas conversaciones por la noche, cuando devorábamos los bocadillos de Franki en el salón... pero Franki ya no estaba, y la vida universitaria había quedado atrás.

Iris no había comenzado aún a buscar trabajo. Les había dicho a sus padres que no descartaba seguir estudiando. Un máster, un año aprendiendo inglés en Malta tal vez... La suerte que tenía era que su familia podía permitirse el lujo de mantenerla, al menos, un año más. E Iris se había agarrado a esa posibilidad y se había prematriculado en unos cuantos cursos que tenía que confirmar —y pagar— aquella misma semana o, de lo contrario, ponerse a buscar trabajo.

—Si esta noche regresas con el mismo mal talante de ayer, creo que se me van a quitar las ganas de ponerme a repartir currículos para que también me exploten —comentó ella, sacando una bandeja de pollo y metiéndola en la nevera—. ¿Ya has almorzado?

—Almorzar, lo he intentado —respondí, mientras miraba cómo sacaba y guardaba la compra, a la vez que me hacía un moño en lo alto de la cabeza—. Respecto a lo de trabajar..., tus padres me van a odiar a mí por tener que seguir manteniéndote...

—Tranquila, no les diré que eres la culpable —comentó, abriendo la tapa del cubo de la basura—. Ya veo, ya... ¿Bola de espaguetis?

—Bola de espaguetis —asentí.

Exactamente, un paquete entero, que esperaba que nos hubiera servido para el almuerzo y la cena a las dos.

Miré el reloj y me despedí de ella, prometiéndole que trataría de llegar con mejor cara esa noche. No quería ser la responsable de que mi amiga se retrasara en su inserción laboral.

—Más te vale —me amenazó ella, desde la cocina.

Cogí mi mochila, las llaves de casa y, cuando me disponía a salir por la puerta, mis ojos se posaron en una caja de tinte de supermercado con un pósito pegado a la lengüeta superior del cartón.

Leí la nota.

¿Rubio?

Goza inteligentemente de los placeres de la mesa.

EPICURO

Me bajé del autobús en la parada más cercana a mi casa. Eran las doce y media de la noche. Iris había llamado ya cuatro veces a mi móvil, preocupada por lo que podía estar pasándome.

—¿Y qué es exactamente lo que piensas que puede haberme sucedido en un hospital? —protesté yo, contestando a su llamada a las once menos cuarto, cuando todavía mi relevo no había tenido la poca vergüenza de presentarse para hacerse cargo de la planta.

—Pues no lo sé. ¿Un paciente de salud mental enloquecido tratando de satisfacer sus instintos más básicos con una enfermera pelirroja? ¿Un médico al que le han pagado en el mercado negro por un par de riñones y un hígado y te ha visto pinta de saludable?

—Tengo pinta de todo, menos de saludable, ahora mismo.

—¡Enfádate!

—Ya. Si enfadada estoy.

La enfermera del turno de noche llegó vestida de fiesta, casi sin disculparse por el retraso. No, en verdad no se disculpó en absoluto, pero queda mejor decir que lo hizo en voz baja y que apenas me enteré. Se suponía que tenía que entrar a fichar a las diez, pero, como sabía que tenía que reemplazar a una novata que aún no estaba quemada y no le podía cantar las cuarenta al estar en período de prueba, tampoco se había estresado demasiado para ser puntual.

Era la misma enfermera de la noche anterior, la de manicura perfecta y bolso caro... y ese día seguía llevando unas uñas envidiables y otro bolso aún

más ostentoso que el anterior.

La explicación de su despreocupación por llegar tarde no la dio exactamente así, desde luego, pero me dejó caer que era amiga de la supervisora.

—Espero que esté todo hecho —añadió, dejando su bolso encima de la mesa, ese que podía costar todo lo que yo iba a ganar en aquel mes siendo ninguneada por enfermeras sin escrúpulos y sin memoria. ¡Y sin reloj!

O, tal vez, se comportaba precisamente así porque alguien, hacía muchos años, la había tratado de la misma manera... y todavía se acordaba. Memoria de elefante selectiva.

No me molesté en responderle, ya que estaba demasiado agotada y molesta como para que no fuera a acabar mal si empezaba a pelearme con la susodicha. Mis broncas siempre terminan de la misma forma, mal para mí, así que era preferible no iniciar ninguna si podía evitarlo. Cogí mi mochila, bajé a la calle y, cuando llegué a mi coche, el muy antipático se negó a arrancar, cerrando el círculo de calamidades que me podían poner de mal humor esa noche... y que, por ende, iba a desencadenar que Iris se fuera a estudiar inglés a Malta y yo no pudiera pagar el alquiler del piso sola.

Ya me veía regresando a casa de papá y mamá.

—¿Y cuánto tiempo dices que te ha dicho la grúa que va a tardar? —me preguntó mi compañera, bostezando.

—No me esperes levantada —le dije—. Ya te cuento mi fantástico día mañana por la mañana.

—Vale. Pero, cuando llegues, por favor, dame un par de meneos en el hombro para saber que estás bien.

—No te vas a enterar.

—Tú hazlo.

Le prometí que la avisaría, miré otra vez el reloj y seguí esperando la grúa. Tardó otra media hora más en llegar. El coche se quedó delante del taller donde le hacían las revisiones y, aunque el tipo de la grúa se ofreció a

llevarme lo más cerca posible de casa hasta que lo llamaran para el siguiente servicio, decidí coger el autobús y reconcomerme por mi mala suerte durante el trayecto de vuelta. Era una de esas cosas que siempre se me había dado de fábula. Si el arreglo del vehículo no era el de una avería sencilla —como la batería, por ejemplo—, iba a pasarlo muy mal para llegar a final de mes.

Es más, también lo de cambiar la batería me descuadraba el presupuesto.

—Si hubieras tenido contratado el servicio de asistencia en carretera completo, podría haber tratado de ponerlo en marcha, pero, si se entera mi jefe de que me salto las normas..., me manda a la calle —se excusó el hombre, metiéndose en la cabina de la grúa y despidiéndose con la mano, tras dejar mi utilitario delante de la puerta del taller.

Tenía las uñas completamente negras por la grasa. Me dio repelús.

—No se preocupe. Lo entiendo.

Y era verdad, lo entendía. Siempre me resultaba muy fácil empatizar con las personas, comprender lo que sentían y cómo habían llegado a sentirlo. Mi padre solía decir que, para llegar a una encrucijada, antes habías tenido que elegir entre muchas otras más, pero que no nos acordábamos. Se me daba de miedo entender todas y cada una de esas decisiones, por lo que ninguna me parecía equivocada.

Sólo las mías, por supuesto. Al resto de las personas era capaz de perdonarles la vida, mientras que era muy crítica conmigo misma.

Dejé las llaves de mi coche en el buzón que tenía el mecánico, colocado en la entrada, para que los clientes las depositaran si estaba cerrado, y traté de recordar si la parada del autobús quedaba a mano derecha o a mano izquierda.

Evidentemente... me equivoqué.

Ya era la una de la mañana y caminaba, con mi uniforme manchado de povidona yodada —menos sucio que el del día anterior, pero igualmente sucio y necesitado del superjabón recomendado por mi madre—, en dirección al portal de casa. Tenía hambre y cansancio a partes iguales, y mi cuerpo se

detuvo, imagino que por esos dos motivos asociados, unos metros antes del portal de mi edificio, frente a la puerta del restaurante pijo que habían abierto.

El local estaba casi vacío, salvo por un par de chicas que limpiaban el comedor y un cocinero que se afanaba en dejarlo todo preparado para el día siguiente, detrás de la enorme mampara de cristal.

«Come.»

—Eso me gustaría a mí —comenté, en voz alta, como solía hacer a pesar de las veces que me había reñido mi madre por ello—, comer.

—¿No has cenado? ¿Quieres hacerlo?

La voz a mi espalda hizo que mi cuerpo diera un respingo, ya que no me había dado cuenta de que hubiera alguien por allí. Me di la vuelta y localicé una sombra en un portal situado justo en el otro lado de la calle, a unos tres metros de distancia. Una pequeña llama a la altura de donde se podría suponer que debía de estar la boca de un hombre alto me indicó que estaba fumando. Me estremecí, ya que lo de no poder distinguir en las sombras al tipo que me había hablado no me resultaba nada agradable.

Eché mano al bolsillo de la mochila para localizar con prisas las llaves de casa y, mientras daba el primer paso apresurado hacia el portal, vi que el desconocido salía de las sombras y se dejaba ver, colocándose bajo la luz amarilla de una farola.

—Espera, muchachita, espera —me pidió el tipo, al que le dediqué una mirada fugaz antes de volver a girar la cabeza—. Perdona si te he asustado. Es que a mis socios no les gusta que fume cerca de la entrada del restaurante y me he tenido que esconder.

—Ajá —logré articular, como toda respuesta, volviendo a dedicarle un par de miradas con las que lo recorrí de arriba abajo... y sólo una de ellas fue de forma intencionada.

Era uno de los chefs esos que había estado vigilando desde la distancia, esperando toparme algún día con Franki; el que estaba más bueno, para ser exactos y hacerle justicia.

—Te preguntaba si no habías cenado.

El tipo en cuestión tendría casi los treinta, o los habría cumplido ya, y se conservaba de maravilla. Era fuerte, atractivo a rabiar, con un rostro firme y seguro, en el que sus ojos, juguetones, le dedicaron a mi cuerpo el mismo tratamiento que él había recibido de los míos. Iba vestido de cocinero, con un curioso gorro de chef de color gris torcido sobre la cabeza y un delantal negro anudado a la estrecha cintura. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y entre sus dedos seguía humeando el cigarrillo.

Bajé la mirada hacia las letras blancas que adornaban, a modo de orden, el delantal: «Come». Estaban situadas justo a la altura de la pelvis.

Me ruboricé ante el mensaje, haciendo que mis mejillas fueran a juego con el color anaranjado de mi cabello. El cocinero estalló en una carcajada sincera.

—¿A que te ha entrado más hambre? —comentó, apagando el pitillo con la punta del pie tras arrojarlo al suelo—. El marketing es la leche.

Negué con la cabeza y di otro paso hacia mi portal.

—No te asustes, enfermera. ¿O eres médica? No, demasiado joven para serlo —se contestó a sí mismo—. Enfermera, seguro. ¿Sabes?, tengo una prima que también lo es, pero nunca la he visto con tal pinta de cansancio como la que tienes tú.

Conseguí llegar hasta el portal y localicé mi llavero, enganchado en la correa que les había puesto a las tijeras para no perderlas.

—De verdad, no pretendía asustarte —se disculpó el atractivo cocinero—. Oye, somos vecinos. ¿De verdad no vas a permitirme que te invite a cenar algo rápido? Es tarde y estoy convencido de que tienes hambre; te lo he oído decir.

Mi estómago rugió, en protesta por las palabras que iban a salir de mi boca, desmintiéndolas, que yo soy muy de desmentirme a mí misma.

—Muchas gracias, pero estoy muy cansada y la cena me está esperando arriba.

Lo miré para hacer más convincente mi respuesta. No me apetecía nada que

aquel hombre, al que probablemente vería en más ocasiones a lo largo de lo que durara nuestra «convivencia» en el mismo barrio, se diera cuenta de que me había intimidado.

—Vamos, no me hagas el feo. Algo rápido y sencillo para que te comas en casa, pues si no las camareras se quejarán porque el restaurante ya está cerrado y no quieren volver a atender una mesa. —Su voz sonaba demasiado persuasiva como para que no me sintiera tentada a aceptar tras ofrecerme algo jugoso y comestible a esas horas de la madrugada—. Tómalo como un intercambio de mercancías. Yo te hago la cena esta noche... y, si un día me corto un dedo o se me quema media cara con un flambeado, tendrás que devolverme el detalle. Ya sabes, hay que tener amigos hasta en el infierno. Y un hospital se parece mucho a uno.

«Dímelo a mí.»

4

Una de las mejores cosas de la vida es que debemos interrumpir regularmente cualquier labor y concentrarnos en la comida.

LUCIANO PAVAROTTI

«La historia de mi vida. Un hospital, un infierno.»

No sé si fue por el hambre, por el convincente discurso del cocinero o tal vez por la curiosidad de probar las delicias que sin duda no podría permitirme de Come, pero de pronto me vi bajando la mano y guardando la llave en el bolsillo del bolso del que acababan de salir.

—Ya sabía yo que una buena comida a tiempo... —comentó él, de forma muy obscena, haciendo que volviera a sonrojarme—. Tranquila, es broma de cocineros. Seguro que vosotras las enfermeras tenéis chistes parecidos, ¿verdad?

—Hoy no estoy para muchas coñas...

—Pero sí eres enfermera, ¿cierto?

Asentí con la cabeza, dejando que el chef se acercara a mí, con la mano por delante a modo de saludo. Tenía una sonrisa que no supe descifrar y que me intimidó mucho..., aunque, a decir verdad, ya llevaba bastante rato intimidada.

—Me llamo Mario, señorita enfermera —se presentó, recorriendo con la vista el borde del pequeño escote en pico de mi uniforme—, y voy a tener el placer de hacerle la cena a una chica llamada...

—Emma —le respondí, estrechándole la mano—. Muchas gracias por el ofrecimiento. Ha sido un día muy duro.

—Tiene pinta —comentó, señalando mi aspecto desaliñado. Me ruboricé

otra vez. Por mucho que supiera que tenía una pinta lamentable, no me gustó ni un pelo que ese hombre me lo recordara. Imagino que eso les pasa a todas las chicas—. Y dime, Emma, ¿qué te apetece que te prepare?

Me miré el uniforme violeta, manchado de marrón, y me dio cierto pudor entrar en el local con semejante facha.

—Cualquier cosa estará bien —respondí, azorada. No tenía ni idea de si eran especialistas en carnes, pescados, arroces, pasta... o ninguna de esas cosas y quizá lo único que hacían en esa cocina era vaporizar algas y ponerlas sobre una nube de espuma—. No soy exigente con la comida.

—Eso está muy mal —replicó, mientras me guiaba hacia la puerta de entrada—. ¿Cómo voy a ganar una clienta si cualquier restaurante te parece bien? Hay que ser exigente para algunas cosas...

—Dudo mucho que me pudiera permitir pagar lo que cocinas —respondí, bastante avergonzada, pero sabiendo que tenía que avisarlo de que me costaría saldar algún día la cuenta de su restaurante, por lo que difícilmente iba a ser clienta habitual... o clienta, a secas—. ¿Quieres que espere fuera?

Lo estaba tuteando, como él a mí, y no me había dado cuenta de aquel detalle hasta ese momento.

—¿Aquí? ¿Estás loca? ¿Por qué no ibas a poder entrar?

—Imagino que no voy, lo que se dice, muy limpia.

—¿Y crees que nosotros terminamos sin una sola mancha al final del día? —preguntó, mostrándome su delantal sucio, lleno de ellas. Pero la diferencia era que las de él seguro que eran de algo comestible, y las mías, de cosas que no me parecía apropiado nombrar en un restaurante—. Son negros por algo. Venga, anda —me dijo, casi empujándome para que cruzara la puerta—. Además, te queda genial el uniforme —añadió, aún a sabiendas de que no era verdad—. Al final, ¿qué vas a querer comer?

—Me gustan los huevos...

Me di cuenta tarde de que no era el mejor comentario que podía salir de mi boca en ese momento, pero Mario, el cocinero más guapo que había visto en la

vida, sólo sonrió, sin darle demasiada importancia. Ya bastante se había reído de mí al ver la cara que puse al leer la orden que rezaba en su delantal... y dónde aparecía escrito. Era imposible no pensar en arrodillarse delante de sus largas piernas, apartar la tela negra y averiguar si la bragueta llevaba botones o cremallera.

¿Cómo podía estar pensando en eso?

«Porque es imposible no hacerlo. ¿Lo tengo que repetir todo?»

—Complicame un poco la vida, mujer. Abusa de mí —soltó, indicándome que lo siguiera hasta la mampara de cristal, donde descubrí que, detrás, aún seguían trabajando dos cocineros, y no sólo uno, como me había parecido desde la calle—. Tenemos un socio muy maniático que se empeña en ir al mercado todos los días, aunque contamos con la mejor cámara frigorífica que se pueda instalar en un restaurante, así que, género que no se consume, género que va a la basura. Llevo dos semanas cenando por dos porque en mi casa se nos enseñó que la comida no se tira... Así que eres mi salvación para no engordar demasiado, que con este horario de trabajo tan malo no puedo hacer demasiado deporte.

Pues nadie sería capaz de afirmar que ese hombre tenía falta de ejercicio, pero tal vez era de constitución fuerte y con un poco de natación los fines de semana conseguía mantener esa espalda tan bien formada. Se me escaparon otra vez los ojos a su figura y Mario me sonrió, complacido de que no pudiera dominarlos.

Tal vez se lograba tener un cuerpo así follando mucho...

Era inaudito que, con lo cansada que estaba y lo hambrienta que me encontraba, además de lo enfurecida que me tenía mi jornada laboral —por no hablar de mi compañera de trabajo—, estuviera pensando en lo bueno que estaba el chef.

—Entonces no me preguntes qué me apetece —respondí, pensando en que iba a acabar cenando lo que a ese hombre le diera pena tirar a la basura. ¿Langosta, por ejemplo? ¿Las langostas no tenían que estar vivas?

—Haremos una cosa —propuso él, guiñándome un ojo—. Preparo lo que a mí me apetece cenar en una noche como ésta, y hago lo mismo para ti. Si no te gusta, puedes tirarlo y reprenderme...

—¿No acabas de decirme hace un instante que no te gusta tirar comida? —lo interrumpí, viendo que empezaba a contradecirse.

—He dicho que no me gusta hacerlo a mí, no que odie ver cómo lo hace otra persona —aclaró, chascando los dedos—. Además, dudo que vaya a ocurrir eso. Por ello me arriesgo a ser tan... ¿presuntuoso?

Sonrió con malicia, mostrando una perfecta hilera de dientes que me dieron ganas de recorrer con la punta de la lengua, muy despacio. Por un segundo me olvidé del maldito contrato que había firmado, de la posibilidad de tener que mudarme si Iris decidía marcharse a estudiar fuera y del cansancio que tenía acumulado por los dos días agotadores en la planta que me habían asignado. Sólo deseaba deshacer el nudo de ese maldito delantal.

Llevaba un par de semanas sin sexo. Había vuelto a acostarme con el capullo de novio que tuve a los dieciocho, a los diecinueve, a los veinte y a los veintiuno, allá en el pueblo. Ese mismo que parecía no haber aprendido nada nuevo desde esa tierna edad. O sea, anclado en los dieciocho. Había considerado que, después de haber crecido y madurado en la distancia, lo de darle una segunda oportunidad —quien dice segunda, dice cuarta, o quinta— a un amor adolescente podía ser una buena idea para un verano como el que acababa de pasar, pero había resultado ser mala... malísima.

Ni mi ex había mejorado en sus artes amatorias en el transcurso de los años ni yo era tan buena como para hacer que él aprendiera algo de mí, así que, tal y como empezó, traté de que terminara... Pero eso era más complicado en la realidad que en mi mente, ya que mis padres se ilusionaron al verme nuevamente en brazos de Dan, y sus padres hicieron lo propio también al verlo en los míos. La única que parecía estar disconforme con la situación era yo, porque hasta mis amigos del pueblo se atrevieron a asegurar que hacíamos muy buena pareja..., tanto como para que nos diera por comprometernos.

Al oírlo, puse los ojos en blanco y hasta me dieron arcadas; luego, mis amigas auguraron un futuro embarazo... y entonces sí que vomité de verdad. Del susto, vamos, y volvieron a bromear con lo de los signos de una preñada.

De todas formas, como la vida en aquellas cuatro casas mal contadas, entre las que se encontraba la de mis padres —que antes había sido de mis abuelos, y antes de mis tatarabuelos— era muy aburrida, básicamente me dejé llevar, consciente de que todo terminaría tarde o temprano... o, más bien, cuando regresara a la Ciudad Condal y él, a Madrid, donde seguía estudiando.

Lo que el verano había unido, gracias a Dios, iba a ser separado por el otoño... otra vez.

Aun así, habían sido unas de las mejores vacaciones de mi vida, imagino que porque no había tenido que tocar un libro. Me veía una mujer liberada de los estudios, de los exámenes y de los profesores, y mis expectativas de futuro eran muy halagüeñas. Acababa de terminar una relación con un capullo compañero de clase, y lo de acostarme con el antiguo novio de todos los veranos me pareció la mejor forma de alejarme de esos recuerdos. Así pues, rodeada de los amigos de mi infancia, de un novio de juventud y con mis padres con la sonrisa de oreja a oreja al tener por fin a su única hija con la carrera universitaria terminada, disfruté al máximo de lo que me ofrecieron los meses de julio y agosto.

El sexo fue pésimo... pero sobreviví... y, además, tampoco había sido extremadamente bueno en Barcelona.

Y allí estaba en ese momento, deseando probar lo que ese tipo quisiera darme de comer... Cualquier cosa... Todo.

«¡Qué hambre tengo, por favor!»

Ver salir a uno de los cocineros, que estaba detrás de la mampara de cristal, me sacó de mis ensoñaciones.

—¿No habíamos cerrado ya? —inquirió, pasándose por la frente sudorosa un paño o un pañuelo; a esa hora yo no veía con demasiada nitidez y distinguía más bien poco una tela de otra.

—Y lo hemos hecho, pero a Emma le hace falta comer alguna cosa. ¿No ves lo flaquita que está?

Lo miré con mala cara, molesta con la insinuación que había hecho. Que no estuviera comiendo decentemente no tenía nada que ver con mi constitución delgada. Y llevaba comiendo mal exactamente una semana, desde que había vuelto del pueblo, porque en casa de mis padres había engordado un par de kilos a base de estofados y guisos que no pegaban nada con el calor pegajoso que habíamos tenido que soportar. Con todo, mi madre sabía que no solía cocinar y se había preocupado de mantener mis reservas de grasa en las caderas lo suficientemente altas como para que consiguiera hibernar un par de meses. Sin embargo, el estrés de la última semana había consumido dichas reservas. Eso, y el tirar la comida que no conseguía preparar decentemente... ni indecentemente, tampoco. Además, se habían acabado las fiambreras repletas de comida que me había traído del pueblo.

—No quería molestar —me excusé, agachando la cabeza, azorada—. Me paré delante del restaurante y miré hacia el interior sin pensar en lo que hacía y decía. Vivo en ese edificio, en el piso número cuatro...

—¿No has cenado? —me interrumpió el recién llegado, apartando una silla, haciendo bastante ruido al moverla sobre el suelo de madera, de un impecable color blanco—. ¿Sales de trabajar a esta hora?

—Ha sido un día duro...

—No hace falta que lo jures.

Otro que consideraba que iba hecha una pena. Levanté la vista y me fijé en el cocinero. Era bastante mayor que Mario, con gesto mucho más serio e igualmente ataviado con el delantal negro, aunque el suyo llevaba la palabra «Come» escrita en el pecho.

Tenía unos penetrantes ojos azules.

—Hueles a tabaco —le recriminó al otro, con rostro molesto—. Prepárale algo de comer a la muchacha y ponte a recoger la cocina. Y procura usar los chipirones...

—Los tenía en mente, papáito.

—No me llames papá...

El mayor miró con hostilidad a Mario y, acto seguido, se sacó el delantal por encima de la cabeza, entregándoselo luego a una de las camareras que adecentaban el comedor. Era mucho menos corpulento que Mario, pero también tenía un cuerpo magnífico para los cuarenta y pico años que le eché por sus arrugas alrededor de los ojos y por las canas que salpicaban sus cabellos.

—Que descanses, Emma —me deseó, sin prestarme demasiada atención, y yo hice lo mismo. Apenas conseguí mantenerle la mirada dos segundos seguidos. Me intimidaba—. Me voy a casa, Mario. Espero que seas capaz de cerrar el local sin incendiarlo.

—A la orden, papá...

—¡Te he dicho que...!

Pero Mario ya se había escabullido detrás de la mampara de cristal, y el otro no tardó en salir por la puerta que daba a la calle, dejándome en el comedor, con las camareras mirándome fatal por estar retrasándoles el trabajo y la hora de cierre.

Cocinar es como amar. Hay que hacerlo sin miedo o es mejor no intentarlo.

HARRIET VAN HORNE

—Y ahora me dirás que tenías intención de despertarme pasadas la una y media de la mañana —me reprochó Iris, con aspecto cansado.

—Bien sabes que no.

—Ya, pues por eso no me he ido a la cama y estoy aquí, comiéndome las uñas —respondió ella, cruzada de brazos, en el sofá. Tenía puesta la televisión en cualquier canal, sin hacerle demasiado caso, y me enseñó la prueba del delito: sus uñas roídas—. ¿Y qué traes ahí?

—La cena.

Se refería a una bolsa negra de cartón resistente, nacarado, con unas cintas de color blanco a modo de asas, donde se podía leer el nombre del restaurante en letras bien grandes. Se veía de inmediato que la bolsa era cara, de esas que vienen incluidas en el precio de lo que compras, seguro.

Nunca habría imaginado que ese local dispusiera de servicio a domicilio, pero allí estaba la bolsa... y allí estaba, también, la fiambarrera de cristal en la que me había metido Mario la comida, cuando se convenció de que era misión imposible conseguir que me quedara a cenar allí con él, en el comedor, mientras las camareras se ocupaban de dejarlo todo listo para el día siguiente.

—¿Y desde cuándo puedes comer tú en un sitio como ése? —me preguntó, saltando del sofá como si no tuviera sueño y apropiándose de la bolsa, como buena curiosa.

—No puedo. Mario me ha invitado a cenar.

—¿Quién es Mario?

El tono alto de mi amiga dejó claro que no iba a poder posponer mis respuestas, así que traté de recuperar la bolsa para atender sus demandas, al menos, mientras comía algo caliente. Mario me había rogado que no lo dejara enfriar y no me parecía correcto hacerle el feo, después de la dedicación que le había puesto al plato.

—Uno de los cocineros del nuevo restaurante.

Mi amiga estaba perpleja; que un completo desconocido me hubiera invitado a comer no le pareció normal, y debo reconocer que a mí tampoco. Traté de explicarle lo que él me había contado a mí, eso de no disfrutar tirando comida y la especie de trueque de servicios que me había propuesto en caso de tener algún percance que acabara en lesión en la cocina.

—Ése lo que quiere es follarte...

Me sonrojé. No le faltaba razón a Iris. Yo había pensado exactamente lo mismo cuando se dirigió a mí con ese aspecto oscuro que le confería el delantal negro... y el cigarro... y sus ojos penetrantes... y los tatuajes en los brazos.

Tenía pinta de follarse mucho.

Tenía pinta de follarse bien.

Tenía pinta de follarse a todas las chicas que quería y con las que se le levantaba la polla. Tal vez, incluso, con las que no le apetecía, pero por hacer tiempo mientras esperaba...

Dejé la bolsa al alcance de Iris, me hice con un plato del mueble de la vajilla y con un par de cubiertos del cajón y me senté a la pequeña mesa de comedor, donde ya se había acomodado también mi compañera.

—¿Qué te ha preparado?

—Pues, según me dijo, unos saquitos de verduras salteadas con chipirones en su tinta, un arroz del que no recuerdo el nombre y... creo que me comentó que iba a sorprenderme con el postre.

Iris se quedó con la boca abierta, anonadada por el anuncio de mi cena —y

casi única comida del día—. No estábamos acostumbradas a los menús tan elaborados. A nuestra edad, ya era todo un lujo poder comer un plato combinado en cualquier bareto, cuando lo que nos había alimentado durante aquellos años eran los bocatas preparados por las manos de Franki, que me los dejaba a dos euros con cincuenta. Así que, el mero hecho de haber pisado un restaurante tan distinguido como Come, aunque sólo fuera para llevarme la cena a casa, no me pegaba nada... En realidad, no nos pegaba nada a ninguna de las dos.

Encontré una segunda fiambarrera, algo más pequeña, debajo de la primera, junto con una botella de vino de tamaño individual y unos cubiertos de diseño. Había metido también una pequeña copa y dos platos de cristal, uno con aspecto de ser de postre. Servicio completo. Tampoco faltaba una servilleta, de tela, con el nombre del local bordado en una esquina.

Dejé el plato que había cogido en su sitio; no lo iba a necesitar.

—Sabes que eso lo ha hecho para que tengas que regresar al restaurante a devolvérselo todo, ¿verdad?

Era, sin duda alguna, una posibilidad bastante real.

Cuando destapé la primera fiambarrera, los olores de la comida hicieron que mi estómago rugiera en señal de protesta, recordándome que lo había tenido abandonado todo el día. El aspecto de los alimentos, aunque se habían desorganizado un poco con el movimiento de la bolsa, seguía siendo meticuloso y tan apetecible que me vi trabajando horas extra en tres clínicas más para poder costearme lo que podían exigirme al pedir la cuenta de un restaurante de esa categoría.

Nunca me había importado comer de bocadillo... pero estaba claro que algo bueno e importante me había estado perdiendo.

—¡Vaya pinta!

Dos saquitos de una especie de hojaldre, atados con una hierba que no conocía, reposaban al lado de un montículo de arroz donde se entremezclaba algo que olía a marisco, pero que no podía identificar por falta de experiencia

en ese tipo de bichos. Creí reconocer un par de tentáculos de algo que podía ser un minipulpo, pero hasta ahí llegaba mi conocimiento culinario.

—¿Eso son tréboles?

—Al menos... lo parecen.

—Anda, déjate de cuentos e invítame a cenar.

—¿Tú no has comido ya?

—Sí. ¿Y? —inquirió, dando a entender que no iba a ofrecerme posibilidad de réplica—. Con lo bien que huele eso, no pienso dejar que lo cates tú sola. No voy a aceptar un no por respuesta. Lo probaré, ¡aunque reviente!

Eso ya lo tenía suficientemente claro, conociéndola como la conocía. Cuatro años de convivencia daban para mucho y a Iris le podía la curiosidad con todo.

Aun así, aparté la fiambarrera para que no pudiera hincarle el diente a mi cena y mi amiga se apoderó del cubierto de diseño para tratar de robarme algo.

—Rectifico, este conjunto de vajilla no sale de la casa. ¿Has visto qué mono es? Nada de devolverlo, ¡que te hubiera puesto un servicio de plástico!

Tanto los platos como los cubiertos, así como la copa, tenían una línea moderna y vistosa que me enamoró. No cabía duda de que Mario estaba tratando de agradarme. A nadie se le ocurriría invitar a comer a una desconocida, metiendo todo eso en una bolsa, sin saber si volvería a verla.

«Quizá sí sabe que me verá. Tal vez me ha visto entrar en casa todas las noches. Incluso puede estar vigilándome desde que regresé de las vacaciones. Puede ser un psicópata que quiere mis órganos para cocinar a lo Hannibal.»

Me burlé del pensamiento que se coló en mi cabeza, con la voz de Iris, tratando de atemorizarme. En vez de usar mis órganos en el mercado negro, los transformaría en un plato que pudiera ganar un prestigioso concurso de alta cocina. En mi cabeza, Iris se partía de la risa.

No se me ocurría una explicación mejor... lo de que sabía que no me iba a mudar, no lo del psicópata, claro. Mario trabajaba justo al lado de nuestro

portal. Tenía que haberme visto entrar y salir de casa para hacer la compra, ir al trabajo o salir a pasear cuando aún tenía tiempo de hacerlo, o sencillamente cuando me dediqué a entregar los currículos. Sabía que no me iba a escapar a ninguna parte con las cosas que había metido en la bolsa, a no ser que me fuera a dar por fingir que sufría de algún tipo de amnesia y no recordara absolutamente nada de la noche anterior. Aunque siempre podría tocar a la puerta para venir a recuperarlas.

Tragué saliva.

Imaginé que se sentiría ofendido si no servía la comida, como era debido, en los platos que había dispuesto. Al fin y al cabo, una fiambarrera de cristal no era el sitio más glamuroso donde degustar unos manjares que bien podrían llevar alguna estrella Michelin, a pesar de no tener ni idea de cómo se obtenían. Descorché la pequeña botella de vino, aunque no sabía degustarlo ni apreciarlo, y aparté la fiambarrera con el postre para que no se calentara. Cuando tuve la cena dispuesta sobre la mesa, de la forma más vistosa que pude, le saqué una foto. En una esquina conseguí que se viera la bolsa del restaurante. Lo mínimo que podía hacer para compensar el gasto que suponía ese ágape era subir la foto a mi perfil de Facebook e Instagram para hacerles algo de publicidad.

¡Como si alguna de mis amistades fuera a poder permitirse el lujo de comer en Come!

Lo hice para presumir; había que asumirlo. Seguro que me iba a ganar muchos «Me gusta», y más de uno iba a preguntarme cómo había conseguido pagar esa succulenta cena. «He atracado un banco», respondería; sería la explicación más plausible.

Podría haber comido despacio, pero no lo hice. Tenía tanta hambre que me resultó imposible guardar las formas. Por suerte no había nadie que me reprochara mi comportamiento, ya que Iris tampoco se cortó mucho a la hora de meter su tenedor —mucho menos glamuroso que el mío— en el arroz para llevárselo a la boca.

—Esto está de muerte —exclamó, con la boca llena, haciendo que se me pusieran los pelos de punta.

Ciertamente ninguna mostraba los modales en la mesa que, seguramente, se exigían en un restaurante como Come, pero yo, al menos, no hablaba con la boca llena.

Le pegué un azote en el dorso de la mano para que apartara el tenedor de mis saquitos de chipirones, pero no hubo forma de evitar que acabara llevándose uno.

—Espero que se te indigeste —le deseé, bebiendo algo de vino. Probablemente no era el mejor que tenían en el restaurante, pero, desde luego, podría haberme ofrecido el peor de todos, que yo no hubiese notado la diferencia.

—Me tienes que presentar a ese hombre —me dijo mi amiga, relamiéndose los labios mientras saboreaba los chipirones—. Creo que ese tipo merece la pena.

¡Y tanto que la merecía! Guapo, algo canalla, simpático y un cocinero excelente.

«¿Todo eso lo he extraído de una conversación de apenas media hora?»

Estaba claro que me había afectado lo del estrés en el trabajo. Nunca me había fijado en un hombre con tanta rapidez como para pensar en acostarme con él a la primera de cambio, y menos que él pareciera sentir el mismo impulso que yo. Podía ser interesante acabar liada con ese chef. Al menos, el mal humor producido por mis condiciones laborales podría menguar un poco... o desaparecer, y encima comería de fábula.

—Pues, si merece la pena, ya te lo diré... cuando lo cate —respondí, usando la palabra de forma muy deliberada, pensándolo en llevármelo a la boca. ¡Ñam!

—Antipática —me soltó, protestando por querer probarlo primero.

—Lo siento, hay prioridades. A ti no te ha hecho la comida.

El postre consistía en un escueto tiramisú que me dejó pidiendo más. Más

de todo, en verdad. La cantidad de ninguna de las raciones había sido demasiado abundante, y se me había hecho poco al tener que compartirlas con Iris. Sin embargo, ciertamente a esa hora de la madrugada no me convenía comer mucho. Cuando terminé de relamerme los labios, fregué los platos, copa y cubiertos, lo sequé y lo dejé todo dentro de la bolsa y me despedí de mi compañera con pocas palabras.

—Empiezo a verlo claro. No voy a buscar trabajo. Lo de llevar las pintas que tienes tú ahora mismo no me apetece en absoluto, aunque eso signifique conseguir a un tipo que me haga la comida...

Le hice un gesto con un dedo para indicarle que se podía ir a la porra y me fui a la cama. Sí, ese gesto.

Otra vez el uniforme estaba hecho una pena y fue a parar al lado de la puerta del baño, dentro del cubo. Ya me preocuparía al día siguiente de hacer una nueva colada, de darme una buena ducha y de hacer un pedido de otro pijama más... amarillo limón, para molestar a Iris.

Apunté mentalmente que también tenía que devolver la bolsa al restaurante antes de irme a trabajar, además de llamar al taller para saber cuál era el padecimiento de mi coche y, lo más importante... cuánto me iba a costar repararlo.

«Puede salir libre si paga la fianza.»

Con dolor de cabeza, me senté sobre el colchón, esbozando una sonrisa al recordar la que había asomado a los labios de Mario cuando le miré el delantal y, si era sincera, casi en cualquier momento, pues no había dejado de sonreír, salvo en el breve rato en el que habló con el otro chef.

—A ti sí que te comería...

Al disponerme a apagar la luz de la mesilla de noche, me encontré, a un lado, otra caja de tinte de supermercado. Tenía que ser de marca blanca o fabricado en China, porque la imagen de la chica se veía muy pixelada. Desde luego, viendo la foto, no daban ganas de parecerse a la modelo, que tenía pinta de haber sufrido un ataque explosivo de viruela.

Esta vez era de un tono mucho más oscuro que el anterior. Iba acompañada, cómo no, de su pósito correspondiente.

Iris se lo estaba pasando en grande.

¿Negro?

6

La vida es incierta. Cómete el postre primero.

ERNESTINE ULMER

El mecánico todavía no había tenido tiempo de revisar el coche. Éste era un tipo que, sin la ayuda de sus sempiternos tirantes, sin duda perdería el pantalón de lo voluminosa que era su barriga. No tenía nada que ver con los chicos que aparecían en los calendarios en la universidad, cubiertos de grasa en puntos estratégicos de su abultada musculatura, y con un mono seductoramente abierto hasta casi mostrar la ropa interior o lo que se suponía que había debajo... o, mejor... cuando no llevaban nada.

«Me va haciendo falta un polvo, lo vengo notando.»

El tipo me dijo que me avisaría en cuanto supiera lo que tenía mi vehículo, pero que podía tardar varios días, pues había mucho trabajo acumulado en su taller.

Paciencia.

Pedí mi nuevo uniforme, en azul claro, y le dejé el tinte a Iris en su cuarto de baño. Después de consultar en Internet el horario de autobuses para llegar a la clínica con tiempo suficiente para que mis compañeras pudieran seguir abusando de mí, me di una ducha y traté de comer algo que me mantuviera nutrida durante todo el día.

Un sándwich.

«¡Bien por Emma!»

Era lo único que, seguramente, no sería capaz de echar a perder, al no necesitar encender el fuego. Mi amiga había surtido la nevera de pan de molde, embutido y algo para hacer ensaladas. Imagino que estaba cansada de

que tirara la comida a la basura, y picar unos tomates y una lechuga podía ser una solución para nosotras. Ella no cocinaba porque, directamente, no le gustaba; sin embargo, a mí incluso me llamaba mucho la atención el Canal cocina, así que encontraba muy frustrante no tener la maña básica necesaria como para ponerme delante de un fogón y no estropear lo que echara en una sartén o un cazo.

Puse una rebanada de pan, un par de pisos de embutido, algo de lechuga y tomate, y luego otra rebanada. ¿Mahonesa? Bueno, le eché un poquito. Tras sentarme a la mesa del comedor para volver a almorzar sola, ya que Iris ese día había quedado para ver a sus padres, le hincué el diente a mi torre alimenticia... y el tomate se escurrió por el otro lado, batiéndose en retirada.

Por suerte, cayó dentro del plato y no sobre mis pantalones.

Con lo apetitosa que había estado la cena...

Terminé pronto y, tras comprobar mi reloj, calculé que lograría llegar puntual si me marchaba en ese momento. No me apetecía pasar más de lo indispensable en la clínica, pero, como no controlaba mucho el recorrido del autobús ni el tiempo que éste tardaba en realizar el trayecto hasta mi puesto de trabajo, debía salir con tiempo de sobra, pues no quería que me llamaran la atención por llegar muy justa al curro.

Además, antes quería devolver la bolsa al restaurante... y agradecerle mucho —pero mucho— a Mario su detalle.

Se me ocurrían unas cuantas ideas para hacerlo, pero las más interesantes acababan invariablemente en la cama; en la suya, claro, ya que en mi casa vivía una amiga cotilla que seguramente pegaría la oreja a la pared, o abriría la puerta para preguntarnos si nos hacían falta más preservativos.

Menuda era Iris para hacer cosas que te dejaran con la cara roja de la vergüenza.

Lo de invitarlo a cenar, teniendo él un restaurante —y yo, poco dinero— quedaba descartado. Lo de sugerirle que se quemara la mano para poder hacerle las curas pertinentes... tampoco me parecía que fuera apropiado. Y,

claro, entre quemarle la mano y comerle la polla, no había muchas más opciones.

Me reí mientras bajaba por la escalera al trote, teniendo cuidado de no golpear la bolsa con nada para que la fiambarrera y la vajilla de cristal llegaran de una pieza a su destino. Abrí la cancela y salí a la calle, donde me encontré el restaurante en semipenumbra, con la puerta entornada y la persiana metálica aún a medio levantar. Comprobé mi reloj y me dije que, tal vez, a las doce y media aún no era hora de tener comensales dispuestos a devorar nada... aunque bien tenían que empezar a preparar las cosas para la hora del almuerzo.

Miré la bolsa y el interior del local alternativamente, decidiendo que no podía permitirme el lujo de llevármela al trabajo, y menos en el autobús, así que me agaché para pasar por debajo de la persiana, abrí un poco la puerta y, como una ladrona que temiera que de pronto saltaran esas alarmas que se ponían en los negocios y que detectaban el movimiento, puse ambos pies dentro del establecimiento.

Emma en modo *Misión imposible*.

—¿Hola? —exclamé, al ver que no empezaba a pitar ninguna sirena—. ¿Hay alguien?

Silencio. Oscuridad. Si no llega a ser de día, habría parecido el escenario perfecto para una de esas películas de miedo en la que, de pronto, un enloquecido cocinero sale corriendo en medio de las mesas con un cuchillo cebollero en alto, buscando carne en la que clavarlo. Se me erizó la piel, pero deseché la idea del asesino en serie invitando a cenar a enfermeras incautas...

Y me reí al ser capaz de recordar el nombre del cuchillo... pero no evitar que se me quemara un poco de pan puesto a tostar en una plancha.

—¿Mario?

Me llegó un ruido hueco de la zona de la cocina, pero, tras la mampara, no había nadie a la vista. Me acerqué al cristal y apoyé una mano sobre él, con cuidado de no dejar muchas marcas. Una puerta se abrió al fondo, al lado de

una encimera de acero inoxidable que contenía un amplio fregadero, sobre el que había un grifo articulado que caía del techo, más parecido a una manguera que a un grifo. Un instante después, por dicha puerta apareció en la cocina el chef que había reprendido a Mario la noche anterior. Se quedó muy serio y sorprendido al verme allí parada, junto al cristal de separación, sin llegar a entrar, y yo, asombrada de verlo a él solo en esa estancia.

—¿Qué haces aquí? —lo oí preguntar, con voz entre enfadada y contrariada. Enarcó una ceja y a mí me tembló la comisura del labio superior.

Ese hombre intimidaba; más que Mario, mucho más.

—Hola, buenos días —saludé, tratando de no parecer que estaba allanando una propiedad privada. Seguramente el tipo no se había fijado en mí la víspera, así que no tenía por qué reconocermé. Al fin y al cabo, era sólo la muerta de hambre, completamente sucia y con los pelos pegados a la cara, para más señas, que había ido a parar allí a la hora del cierre y que había acabado siendo objeto de la buena acción del día de su compañero de trabajo —. Venía a devolver esto —lo informé, levantando la bolsa—. Ayer Mario me preparó la cena...

—Sí, ya te recuerdo. La chica del pelo calabaza.

Quise corregirlo, diciéndole que me llamara pelirroja, si iba a prescindir de ser agradable y destacar enfáticamente mi característica física —ya que mi nombre todavía no lo sabía; en realidad, ni siquiera lo había preguntado—, pero me mordí la lengua y acepté que alguien más fuera a burlarse de mi color de cabello. No era el primero y no iba a ser el último.

—Esa misma.

—Mario no ha llegado aún —comentó, dejando una cesta con verduras sobre la encimera.

Fue entonces cuando me di cuenta de que iba abrigado con una especie de anorak negro que le llegaba más abajo de la cintura. Me dije entonces que acababa de salir de la cámara frigorífica, o del congelador, porque, desde luego, ni en el local ni en la calle hacía tanto frío como para usar esa prenda.

Decepcionada por la noticia, ya que esperaba poder agradecerle en persona el detalle de haberme invitado a cenar, debí reflejarlo en el gesto de la cara, porque el cocinero se me quedó mirando largo rato, sopesando qué tenía que hacer o decir, mientras yo hacía exactamente lo mismo.

—Tenemos más trabajo en el turno de noche —añadió, a modo de explicación, un tanto molesto. Imaginé que no le gustaba tener que estar perdiendo el tiempo con una de las conquistas de su socio, al que no parecía tener demasiado aprecio—. Mario suele llegar más tarde, pero si quieres esperar...

Negué con la cabeza. No podía permitirme el lujo de hacerlo, aunque tenía que reconocer que la idea era tentadora. Cualquier cosa, de todos modos, habría sido mejor que otro turno en la clínica.

—He de irme a trabajar —lo informé, observando cómo se quitaba el anorak y lo colgaba en un perchero al lado de la puerta por la que había entrado a la cocina. Se acercó a la mampara de cristal y se plantó delante de mí, sin sonreír ni una sola vez. El tipo era alto, mucho, y tenía un porte que más recordaba a un banquero que a un cocinero. Si llega a vestir traje de chaqueta y corbata en vez de los pantalones vaqueros y la camisa que llevaba puesta en ese momento, me habría convencido de ello—. ¿Le puedes decir de mi parte que estaba todo delicioso?

De pronto me percaté de que, igual que había hecho él, lo estaba tuteando, y quise que me tragara la tierra. Podía tener perfectamente la edad de mi padre, pero los años lo habían tratado muchísimo mejor que a mi progenitor.

Ese hombre se cuidaba.

Le tendí la bolsa y la miró como si le estuviera ofreciendo un paquete bomba.

—No eran cosas de usar y tirar... —le aclaré, como si tuviera que justificar que se me hubiera ocurrido devolverlo todo.

—No es nuestro estilo.

Estaba claro que allí ni siquiera las toallas del baño tenían que ser de

papel. Imaginé una bandeja llena de toallas de tocador, en color blanco, amontonadas sobre una encimera de mármol frente al espejo, todas perfectamente enrolladas, dispuestas para que las damas se secaran las manos. ¿Y los hombres? Pues también, ¿no? Los caballeros que podían permitirse acudir a ese local seguro que también se lavaban las manos.

«Y cepillos de dientes para agasajar a los comensales.»

Me figuré que incluso era posible que hubiera un discreto dispensador de preservativos en el servicio de caballeros, por si las copas conducían a algo que no se tenía previsto. Allí todo era demasiado caro.

«No, condones seguro que no tienen. Eso suena a motel de carretera.»

—No sabía que un sitio así proporcionara servicio a domicilio —comenté, viendo que no alargaba la mano para hacerse cargo de la bolsa que le devolvía, como si no tuviera intención de recogerla.

—Y no lo hacemos —respondió, sin cambiar el gesto... osco, duro, distante. Me trataba como si, por el hecho de acercarse demasiado a mí, pudiera pegarle alguna enfermedad rara para la que no existiera cura ni tratamiento.

Abrí mucho los ojos, comprendiendo que las fiambreras tal vez eran las que usaban para guardar la comida en las cámaras frigoríficas y que la vajilla tenía que ser la que se empleaba a diario en el comedor.

El cocinero cruzó los brazos sobre el pecho, sin hacer ningún amago de disponerse a pillar la bolsa que seguía tendiéndole.

Aquel tipo me doblaba la edad y la mala leche; se le adivinaban unas incipientes arrugas en la comisura de los ojos, producidas, probablemente, por esas preocupaciones que yo, a mis veintitrés, aún sólo había empezado a padecer. Llevaba el cabello, en el que se entremezclaban ya bastantes canas, peinado hacia atrás como si usara gomina, y en el mentón cuadrado lucía una barba de tres días que me resultó muy atractiva. Sus ojos parecían claros, pero no podía asegurarlo debido a la poca luz del local; lo que sí podía afirmar era

que resultaban intimidantes, y mucho. Que no me quitara la mirada de encima y que hablara tan poco no hacía sino acrecentar mi incomodidad.

—Lo siento —me vi diciendo, como si de verdad fuera preciso disculparme por si lo había ofendido con mi insinuación—. Pensé que la bolsa...

—Eso se debe a un capricho de uno de los socios. Hay veces que los clientes no se terminan todo lo que piden, como las botellas de vino, y le pareció buena idea ofrecer la posibilidad de que se lo llevaran a casa. —Me sorprendió que, de pronto, me diera tanta información de golpe, cuando apenas si había intercambiado un par de frases conmigo—. No se da cuenta de que nuestros clientes, a no ser que se gasten una suma escandalosa en la botella de vino, no van a pedir llevarse nada para darle de comer al perro. Además, las raciones que servimos no son abundantes, por lo que pocas veces dejan comida en el plato.

Y para ese hombre sería un agravio que la dejaran. Podía aparecer su vena asesina y salir con el cuchillo cebollero en alto, para alentar a los comensales a terminarse toda la comida.

Por la pinta que tenía ese tipo y la edad que le calculaba a Mario, tal vez fuera el más experto de los socios de los que hablaba. Y eso, probablemente, le otorgaba cierta ventaja a la hora de saber lo que funcionaba y lo que no, además de tener claro en qué se derrochaba dinero y en qué había que invertir porque era importante. Y sin duda le parecía una estupidez lo de las bolsas.

—¿Le importaría darle las gracias de mi parte?

Tuve que hacer un esfuerzo para recordar que no debía tutearlo. Había algo en su mirada que indicaba que no estaba para juegucitos.

Aunque al final hubiera resultado un poco más hablador, me sentía igualmente intimidada por él. Tal vez fuera un poco más joven que mi padre, pero no mucho... y con él tampoco encontraba demasiados temas de conversación. Tenía ganas de salir pitando por la puerta en busca de oxígeno, respirar aire en la calle y que la luz me recordara qué hora era. Me sentía

extrañamente incómoda y quedaba claro que no iba a tener la oportunidad de ver a Mario. No pintaba nada allí.

—Y a Eizan, ¿no? —preguntó, de pronto.

—No sé quién es...

Por fin aceptó la bolsa, escrutó su contenido —como si comprobara que no echaba nada en falta, como si cupiera la posibilidad de que fuera una vulgar ratera que me hubiese quedado alguna cosa para iniciar una colección privada y tuviera que ser descubierta— y volvió a elevar la mirada para encontrarse con la mía, perpleja.

—El repostero. El encargado de los postres, vamos —concretó, como si no pudiera llegar a tener tal cantidad de conocimientos debido a mi edad o a mi aspecto de muerta de hambre—. Estaba con nosotros aquí anoche. Imagino que no te dejarías la cena a medias...

Me dio vergüenza admitir que no había pensado en la posibilidad de que más personas hubieran participado en la elaboración de mi comida.

—Pensaba que Mario se había encargado de todo —reconocí, sonrojada. Tenía que admitir que no se me había pasado por la cabeza la idea de que alguien más hubiera podido contribuir a que cenara tan maravillosamente bien la pasada noche—. Por favor, también a Eizan...

Me di media vuelta, tras hacer un escueto gesto con la cabeza a modo de saludo. En tres largos pasos estaba alcanzando la puerta, azorada por la presencia de aquel hombre que nada tenía de agradable. Sentía las mejillas arder de rabia e impotencia. Sus preguntas y respuestas eran bruscas e iban cargadas de un extraño tono que me ponía a la defensiva, y eso que yo solía ser muy comprensiva a la hora de relacionarme con todo el mundo. Sólo me había sentido así en presencia de un profesor de farmacología, y de eso hacía ya unos dos años.

No me gustaba que alguien pudiera volver a despertar esa animadversión en mí, esa necesidad de escapar de la misma habitación, por muy grande que fuera ésta. Era lo mismo que me había pasado en el aula universitaria cuando

dicho profesor me examinaba, preguntándose si me habría aprendido el tema de los betabloqueantes.

Cuando llegué a la salida, me incliné para pasar por debajo de la persiana y en ese instante volví a oírlo hablar.

—¿Y el arroz? —me preguntó, con voz rasgada. No sonó a él, que había sido tan desagradable hasta ese instante... Más bien era como si alguien lo hubiera poseído para sacar a otra persona por su garganta, mucho más sensual. Me volví para mirarlo, sorprendida por el tono—. ¿Te gustó llevártelo a la boca?

Un estómago vacío es un mal consejero.

ALBERT EINSTEIN

Que me hubiese comido algo que hubiera cocinado poco antes ese hombre no fue lo que me tuvo dando vueltas al asunto mentalmente mientras el autobús me llevaba a la clínica. Lo que me había dejado temblando era el tono de voz que había empleado para decírmelo... y sus palabras.

Estaba claro que había tratado de provocar en mí una reacción, y lo había conseguido. No había podido quitármelo de la cabeza.

«¿Te gustó llevártelo a la boca?»

¿Qué clase de pregunta era ésa? Había algo del todo lascivo en esa frase. Tal vez estaba exagerando y yo iba ya con la mente cargada de sexo pensando en *comerme* a Mario. Era normal que, si veinte minutos antes estaba fantaseando con llevarme su polla a la boca para *agradecerle* el detalle de la cena, cualquier cosa pudiera sonarme perversa.

—No. Lo ha dicho con esa intención. Estoy segura de ello.

La señora que tenía a mi derecha me miró con cara de haberse sentado al lado de una chiflada y lo cierto fue que me sentí como tal al percatarme de que había hablado en voz alta... otra vez.

—Los hombres, ya sabe. Nos hacen hablar solas.

—Ya, sí. Mi marido provoca que lo haga a menudo, pero porque no me escucha.

Las dos nos reímos y ella se bajó en la siguiente parada, no sin demostrar que se alegraba de poder alejarse de mí... por si resultaba ser realmente una psicópata, como parecía que pensaba por cómo me había mirado.

Cuando llegué a la clínica, seguían temblándome las piernas. Ojalá pudiera decir que tenía los nervios controlados, pero francamente no era el caso... y no porque no estuviera acostumbrada a ese tipo de insinuaciones —o a otras mucho más groseras, que a mi edad, en las discotecas, ya me habían dicho de todo—, sino porque no esperaba que un hombre que me doblaba la edad pudiera haber visto algo en mí que mereciera ese tono de voz... ronco, serio, muy sexual... y menos después de haberse referido a mí como la chica del pelo calabaza.

—¡Coño!, que podría ser mi padre...

Aunque se conservaba mucho mejor que él, sin duda alguna, había encontrado completamente inapropiado su comentario. No era como Mario, que podía rondar la treintena, aunque parecía bastante joven, con esos tatuajes en los brazos que había deseado recorrer con la yema de los dedos... o la punta de la lengua. Ese hombre tenía un comportamiento distante, altanero y aristocrático que, directamente, lo había colocado fuera de mi radio de acción... y, sin embargo, se atrevía a hacerme insinuaciones sobre sexo oral... camuflándolas con la comida.

«Tal vez fue él quien eligió el nombre del restaurante... y no Mario.»

Además, Mario, el cocinero picante y sexy, había hecho alusión a «sus socios», por lo que era bien posible que, tal vez, el repostero al que no me habían presentado también fuera uno de ellos. El tiramisú de la cena era obra suya.

—Al final debo estarles agradecida a todos...

Me vino a la cabeza la forma en la que había pensado en darle las gracias a Mario por su invitación a cenar y me ruboricé al darme cuenta de que, de pronto, en mi cabeza aparecían tres hombres, vistiendo únicamente delantales negros, con el nombre del restaurante bien visible en letras blancas... Todos se ponían en una fila delante de mí; a dos de ellos podía ponerles cara... pero, al repostero, sólo podía ponerle nombre.

¿Y cómo se llamaba ese cocinero descarado? El cocinero picante lo había

llamado papaíto...

Daba igual. La cosa era que tenía a esos tres cocineros en mi mente, delante de mí, con las piernas separadas y los brazos a la espalda. Sus ojos se me clavaban como flechas, y los míos se centraban en la serigrafía del nombre del restaurante impreso en los delantales. En el del cocinero dulce, aparecía escrito en vertical sobre la zona situada encima de uno de los muslos; en el del cocinero amargo, sobre el torso, y en el del cocinero picante... en la entrepierna.

De pronto, las manos de los tres hicieron acto de presencia y se metieron debajo de sus delantales, a la altura de la pelvis... a la altura de la verga, y comenzaron a moverlas allá abajo... mientras me seguían clavando sus ojos.

—Oye, muchacha. ¿Estás a lo que estás?

Miré a un paciente, que se había acercado hasta el área denominada Control de Enfermería, mientras yo estaba sentada delante de mi escritorio, rellenando las historias clínicas... y fabulando con las pollas de los cocineros.

«¡Dios santo bendito! ¿De verdad estaba yo pensando en eso?»

—¿Perdón? —me disculpé ante el enfermo, que me observaba con cara de pocos amigos.

—Te preguntaba que si no tienes algo para darme que me ayude a dormir, alguna pastillita, que el señor que está roncando en la cama de al lado no me deja pegar ojo.

Ya casi eran las once de la noche, otra vez, y nadie había aparecido para relevarme. Tenía ganas de echarme a llorar, como cada día desde que había entrado a trabajar en la clínica. Una cosa era tener un contrato precario y otra, muy distinta, el abuso al que me estaba viendo sometida. Y, encima, no podía descargar mi impotencia de ninguna manera... salvo pensando en sexo. Tal vez, si estuviera follando más —o algo, al menos—, estaría de mejor humor para afrontar mis duras y largas jornadas laborales.

—Ahora mismo miro si lo tiene pautado por el médico, señor —lo informé, mientras buscaba la hoja de medicación del paciente en cuestión, para

verificar si podía hacer que el susodicho durmiera mejor.

A mí también me iba a hacer falta una pastilla de ésas si seguía llevándome a la cama tantas preocupaciones.

—Y si no la ha pautado..., ¿no puedes darme una de las del paciente de la cama de al lado? ¿Ese que ronca y duerme como un bendito?

Puse los ojos en blanco. Lo que me faltaba para terminar el día de trabajo era tener que explicarle a ese enfermo que no podía quitarle las pastillas a un paciente para dárselas a otro, y mucho menos si no se las había pautado un médico antes. Por suerte, justo cuando estaba cogiendo aire y armándome de toda la paciencia que me quedaba —que era poca a aquellas horas—, entró mi compañera en la habitación, dejando un enorme bolso sobre la mesa del escritorio.

¿Ése sería más caro que el pequeño que se había traído la noche anterior?

—¿Novedades?

—¿Además de que el señor González quiere las pastillas del señor Ruiz para poder dormir?

—¿Otra vez? ¿No se lo expliqué ayer, Pablo?

—Mujeres...

Dicho esto, se fue protestando, alzando la voz por el pasillo, como si pretendiera que nadie durmiera en la planta ya que tampoco él podía hacerlo.

—No tiene medicación pautada para dormir —comenté, revisando su hoja de tratamiento—. Habrá que pedirle al doctor que lo valore.

—Déjale una nota en la historia clínica, a ver si mañana la ve.

—Por cierto, sabes que tu hora de entrar, para poder salir yo, es a las diez, ¿verdad?

Estaba tan molesta por el ritmo que estaba llevando mi vida desde que había empezado a trabajar allí que no pude morderme la lengua y agachar la cabeza una vez más. En verdad, mi horario de salida era a las diez. Ciertamente era que ya me habían avisado de que eso no iba a cumplirse nunca, pero sí que tenía claro que el turno de noche empezaba a las diez, por lo que era culpa de

aquella compañera, y no del sistema de gestión de la clínica, que cada noche llegara por lo menos una hora más tarde a mi casa.

—¿Sabes que llevo trabajando en este centro diez años? —me respondió a su vez con una pregunta, usando un tono despótico conmigo que no me gustó un pelo.

—¿Sabes que esa hora de más que hago a diario a mí no me la pagan, y que es para cubrirte a ti?

—Pues renuncia al empleo, mona. La próxima que venga y ocupe tu puesto seguro que será más lista que tú y aceptará que lo de la antigüedad es un grado.

Me ardió la cara, la palma de las manos y el culo que tenía sentado en la silla. Me levanté como si me hubieran alzado de una patada y salí de la estancia echando pestes, exactamente igual que había hecho el paciente al no haber obtenido su pastilla. Eso iba a ser cosa del karma, por no ayudar a un pobre hombre a dormir. La estúpida de mi compañera —si se la podía llamar así— ya podía leerse solita las novedades e indicaciones escritas en las historias clínicas de los enfermos, pues yo no pensaba permanecer allí ni un minuto más para dárselas de forma verbal. Bastante tenía con las horas extra sin cobrar que imponía la empresa como para que ella tuviera tiempo de darse un baño de burbujas y cenar en un buen restaurante antes de venir a hacerme el relevo en la planta.

Cogí mi bolso —comprado en el chino, pues no podía permitirme los mismos lujos que esa bruja— de la taquilla que esa misma tarde me había asignado la supervisora y, sin ganas nuevamente de cambiarme de ropa para subirme al autobús como una mujer normal, bajé por la escalera como alma que llevara el diablo, a riesgo de tropezar y caer, con la consiguiente posibilidad de golpearme la cabeza con alguno de los escalones.

Aunque hacía frío, yo no lo notaba, pues tenía el cuerpo ardiendo debido a lo enfadada que me sentía. Tuve suerte y no necesité esperar más de veinte minutos el autobús. La noche anterior había estado plantada casi cuarenta y

cinco hasta que *el búho*, ese vehículo venido a menos que salía de la cochera cada hora hasta las seis de la mañana, había pasado por la parada.

Durante el trayecto de regreso a casa, en el cual me vi acompañada de la fauna nocturna variopinta que subía y bajaba del vehículo, traté de relajarme para no llegar a transmitirle mis malas vibraciones a Iris, que tan poco interesada se mostraba en el hecho de ponerse a trabajar como enfermera debido a mi mala experiencia. Me rugió el estómago media hora más tarde, recordándome que había almorzado muy poco y que sólo me había tomado tres cafés desde que empezara mi turno laboral, básicamente por falta de tiempo y por estar bastante adormilada después de la noche que había pasado, soñando con la forma de agradecerle el detalle a Mario. Me había despertado muchas veces, con la espalda empapada... y otras partes del cuerpo mojadas también.

Cuando llegué a mi parada, estaba cansada y seguía de muy mal humor. Además, en el instante en el que puse un pie en la acera, sí sentí el frío y la humedad de la noche que no había notado antes. El trayecto del trabajo a casa duraba casi una hora, lo que implicaba que sin duda ya era de madrugada, aunque no hubiera mirado el reloj, por lo que maldije lo tarde que era.

Me puse una pañoleta sobre los hombros y encaminé mis pasos hacia la calle peatonal donde residía desde hacía unos cuantos años.

Como de costumbre en los últimos tiempos, la zona bullía de actividad, aunque no como si fueran las diez de la noche. Pasé por delante del restaurante de mis cocineros obscenos y comprobé que estaban cerrando. Sólo una mesa permanecía ocupada, con una pareja, que sin duda tenía que ser la más odiada por las camareras del local, que se hacía arrumacos mientras compartía una botella de vino. No vi a ninguno de los cocineros tras la enorme mampara de cristal, pero me imaginé que tendrían que estar por allí rondando hasta que hubieran cerrado por completo... Aunque quizá no eran ellos sino las camareras los que echaban el cierre y bajaban la persiana. Si la cocina estaba cerrada y ya se había hecho limpieza, de poco les serviría quedarse allí haciendo tiempo.

No tuve ganas de pararme a saludar, por si lograba hablar con Mario o conocer al repostero dulce que había tenido el detalle de preparar mi postre, así que abrí la puerta del portal de mi edificio, atravesé el zaguán y subí los cuatro pisos andando hasta mi casa.

«Gracias por el ascensor, señora Serrano. Gracias por mi culo prieto, señor González.»

De repente, mis ojos se abrieron desmesuradamente, como si hubiera visto un fantasma, cuando descubrí, colgada del pomo de la puerta de mi casa, una bolsa del restaurante que estaba empezando a obsesionarme. La cogí y miré en su interior, llevándome la sorpresa de que era, de nuevo, un servicio completo de cena, con bebida incluida. Una nota escrita a mano en un trozo de papel con el nombre del restaurante estaba metida dentro de la copa de cristal.

La cena la pongo yo, tú pones la cama.

Todos somos mortales hasta el primer beso y la segunda copa de vino.

EDUARDO GALEANO

Iris dormía. Pude oírla roncar nada más abrir la puerta de casa, cuando aún me temblaba todo el cuerpo después de leer la nota. Eso le pasaba cuando bebía alcohol y empezaba a trabársele la lengua, porque por norma general no solía hacerlo. O el almuerzo con sus padres se había prolongado hasta la cena, y había incluido cerveza y vino, o se había escabullido para verse con alguno de sus amantes ocasionales, con el que había cometido algún que otro exceso.

Aparte de los ronquidos de mi amiga, no se oía absolutamente nada, por lo que o bien su amante era muy silencioso o bien se había marchado a dormir a su casa.

Entré en el piso de puntillas, tratando de no hacer ningún ruido. Dejé la bolsa sobre la mesa y, sin encender ninguna luz, fui a mi dormitorio. No oí nada allí tampoco, pero la mano me tembló cuando fui a accionar el interruptor de la luz. Estuve a punto de no hacerlo y salir corriendo hacia el cuarto de mi amiga, pero me sentí estúpida ante ese miedo irracional. Encendí la lámpara del techo y la luz me devolvió la imagen de mi alcoba, como de costumbre... vacía.

«¿Y qué coño esperabas? ¿De verdad has podido creer que iba a estar aquí uno de ellos, en la cama?»

Respiré aliviada.

Respiré... decepcionada.

Lo sé. Era una tontería haber pensado que el autor de la nota podía haberse

metido en nuestro piso y que estaría esperándome en la cama para cobrarse la cena. Pero mi mente, cuando está tan cansada, me juega malas pasadas... y cuando está excitada, también. En ese instante, en el que me moría de rabia e indignación, una buena sesión de sexo tras una excelente comida podría haberme devuelto el buen humor.

La cuestión siguiente, sin duda alguna, era con quién esperaba tener sexo.

No conocía la letra escrita de ninguno de los cocineros. Por suerte, casi con seguridad podía descartar a uno de ellos, el repostero, aunque no al cien por cien. La gran duda estaba entre Mario y el otro, del que no recordaba —ni siquiera sabía si me lo había dicho— el nombre. Por lo pronto sólo me restaba averiguar qué me había preparado para cenar, comprobar si había alguna diferencia significativa con respecto a la noche anterior y sacar mis propias conclusiones..., aunque éstas fueran equivocadas.

Encontré exactamente lo mismo que la bolsa que le había devuelto esa mañana al chef malcarado. Dos fiambreras altas, de un cristal bastante grueso, una copa, una pequeña botella de vino, un *set* completo de cubertería, dos platos y una servilleta con el nombre del local bordado. Lo único nuevo era la nota, y de ella no podía sacar mucha más información.

«Tiene que ser de Mario. Ha metido exactamente lo mismo que ayer en la bolsa», me dije.

Abrí la primera fiambarrera y contemplé su contenido: una ensalada en un lado, donde los colores bailaban de una hoja a otra, y una especie de bloque marrón que, tras probarlo, identifiqué como *foie*. También había unas cuantas tostadas de pan, al parecer casero, por lo que la cena se había pensado para degustar en frío. Al desconocer la hora a la que iba a regresar a casa, Mario no se había arriesgado a poner comida que se estropeará. Serví todo eso en el delicado plato de cristal y abrí después la fiambarrera que contenía el postre. Una *crêpe* rellena de fruta y espolvoreada con azúcar glas me devolvió la sonrisa. Mi madre solía hacerme *crêpes* cuando yo era niña y, aunque había

tratado de aprender a hacer la mezcla para prepararlas en casa, siempre se me quedaban con sabor a harina... y se me quemaban luego en la sartén.

Me senté en silencio, abrí la botella de vino y cené acompañada de mis pensamientos, ruborizada por la mayoría de ellos. Si dejaba volar un poco mi imaginación, podía ver a ese hombre, con tatuajes en los brazos y un cigarrillo entre los dedos, esperándome tumbado en la cama... con las piernas cruzadas, el delantal puesto, la pelvis envarada... ¿Cómo podía ser que me hubiera obsesionado tanto con un tipo con el que sólo había intercambiado unas cuantas frases? Estaba claro que tenía que ser la necesidad de olvidarme de mis problemas, porque, si no, no me lo explicaba. Mi mente huía cada dos por tres a su duro cuerpo, a su sonrisa lasciva y a sus ojos pícaros. Era una locura, pero necesitaba tenerlo encajado entre mis piernas y calmar esa quemazón que se había despertado, allá abajo, desde que lo había conocido.

No era muy amante del *foie*, pero, aun así, disfruté como una enana untando las tostadas con el estiloso cuchillo. El pan seguía crujiente aunque no estuviera caliente y la ensalada se deshacía, fresca, en mi boca. Cuando terminé di cuenta inmediatamente del postre. Me percaté en el último segundo de que acababa de usar la servilleta para limpiarme el azúcar de los labios, en vez de coger una de papel, como había hecho la noche anterior. Había dejado una fea marca en la tela y me dio mucha vergüenza pensar en devolverla así. Por lo tanto, en cuanto acabé de cenar, corrí a la lavadora y puse un programa corto con ella, mi pijama y un par de cosas más que encontré en la cesta de la ropa sucia, rogando para que mi uniforme no destiñera y, por tanto, cambiara el color blanco impoluto de la servilleta. Iba a ser peor devolverla violeta que devolverla con un poco de carmín rosa, jugo de fresa y azúcar glas.

Quise quedarme a esperar a que terminara, pero los ojos de pronto se me cerraban. Tenía que ser efecto del vino. Llevaba una semana muy mala, y por suerte sólo me quedaba una tarde de suplicio y explotación más antes de poder disfrutar de mis primeros días de descanso. Eran sólo dos antes de regresar a

la rutina, pero ya Iris había planeado toda una serie de actividades para mantenerme ocupada y gastarme ese primer sueldo que estaba por llegar.

Y dichos planes incluían un almuerzo en Come.

—No me va a dar el dinero para tanto, querida —había protestado tras su propuesta, cuando vi que quería ir al cine, de compras, a un concierto y a derrochar mi sueldo en un restaurante que nos quedaba grande.

—Yo pagaré mi parte, rata. ¡Es tu primera paga! Hay que celebrarlo.

—Todavía no la he cobrado...

—¡Pero lo harás! —exclamó ella.

Estaba claro que Iris podía ser mucho más optimista que yo, ya que no estaba pasando el calvario con el que personalmente tenía que lidiar todas las tardes. No le había contado mucho, y lo que sabía se lo había suavizado lo suficiente como para que no decidiera dejar de ejercer de enfermera después de haber aprobado la carrera y se decantara por ponerse a estudiar derecho o algo parecido. Por dicho motivo, mi compañera pensaba que tal vez iba a durar mucho en esa clínica, aunque yo ya tenía muchas ganas de tirar la toalla, por lo que quizá mi segunda nómina no fuera a llegar para compensar esos gastos de la primera.

Aun así... era bien cierto que necesitaba divertirme y desconectar. Y, sin contar el plan del almuerzo en el restaurante carísimo de los cocineros perversos, probablemente no me arruinaría por ir al cine y a un concierto.

Dejé la lavadora dando vueltas y, rezando para que la servilleta continuara siendo blanca cuando amaneciera, me fui directa a la cama. Como ya se estaba convirtiendo en una costumbre, me encontré una caja de tinte para el pelo, esta vez sobre la colcha que cubría el colchón. Cogí el paquete y despegué el pósito que le había pegado mi amiga, sobre el que había escrito con su letra redonda y perfecta.

Venga, anda. ¡Castaño!

9

La mujer es un manjar digno de dioses... cuando no lo cocina el diablo.

WILLIAM SHAKESPEARE

—Vamos, ¡confiesa! —me gritó Iris desde algún lugar cercano, arrojándome una prenda de ropa a la cabeza para despertarme—. ¡Te lo estás tirando!

Abrí los ojos como si acabaran de soltar una bomba en mi dormitorio. Se me quedó cara de susto, aunque lo único que había caído sobre mí era una camiseta. La miré, tratando de enfocar la visión, pero la habitación en penumbra y mis ojos cansados por la mala noche que había pasado no me permitieron hacerlo bien.

Iris estaba en la puerta de mi habitación, con algo negro en la mano que al cabo de un instante identifiqué como la bolsa del restaurante. Era lógico que dedujera que tenía un rollo con el cocinero si era la segunda vez que me invitaba a cenar. Nadie le daba una cosa así a una desconocida sin querer cobrarse algo a cambio.

Yo compartía esa última idea, y deseaba que mi deuda estuviera a punto de ser saldada...

Me incorporé en la cama y negué con la cabeza. Al suelo fue la caja de tinte que me había olvidado de colocar en la mesilla de noche. El sonido me sobresaltó, porque no esperaba el golpe, momento que Iris aprovechó para saltar sobre mí, dejando caer la bolsa. Menos mal que no tenía la vajilla dentro, porque se habría hecho añicos con el impacto.

—¡Habla, maldita! —me gritó, entre risas, la mar de contenta por lo que se estaba imaginando que pasaba entre Mario y yo—. Si no me cuentas nada,

bajaré a preguntárselo yo misma.

—¡No te atreverás!

Lo cierto era que sabía que sí sería capaz de hacerlo, además, mil veces si resultara necesario. Incluso podría llegar a preguntarlo con público, si hacía falta. Ella era así, descarada y sinvergüenza a partes iguales.

—¿A qué hora dices que abre el restaurante? —inquirió, haciéndome cosquillas entre las costillas.

—¡Está bien, está bien! —chille entre carcajadas. Era muy fácil someterme al tercer grado y conseguir que hablara. Por suerte, la nota que me había escrito Mario estaba bien guardada en el cajón de mi mesilla de noche, entre las páginas del libro que estaba leyendo—. No hay nada entre los dos... de momento. En cuanto eso cambie, serás la primera en saberlo, pero por lo pronto sólo me está dando de comer... y muy bien, por cierto.

Iris se incorporó de un salto, cogió mi almohada y me la estampó en plena cara. No se creía mi explicación, y yo no quería soltar más información de la cuenta.

—No me mientas. Tiene que haberte dicho algo, estoy segura.

—Ayer ni siquiera lo vi —le conté, recordando que me había recibido el cocinero amargo—. Cuando devolví la bolsa, no estaba. El caso es que anoche, al regresar a casa, me encontré ésa en la puerta, con la cena dentro. No sé cómo logró entrar en el portal y averiguar dónde tenía que dejarla...

—Lo segundo es fácil: ¿mirando el nombre que aparece en el buzón, por ejemplo?

«Pues va a ser que Iris es más lista que yo, o que yo me estoy volviendo lenta de reflejos con lo de dejarme neuronas en el trabajo y dormir poco.»

—Pues eso, que entró, tal vez acechando, a la espera de que entrara o saliera alguno de los vecinos. Luego miró dónde vivía y dejó la bolsa colgada del pomo. Eso es lo único que sé.

Mi amiga torció el gesto, imagino que tratando de encontrar algún motivo por el que mi discurso no se sustentara para cazarme en alguna mentira.

Supongo que, al final, no dio con ninguno y lo dejó estar, porque sólo me golpeó una vez más en la cabeza con la almohada y se fue corriendo de mi dormitorio al oír el café saliendo de la cafetera italiana.

—¡Venga! ¡Arriba! Que tienes que bajar a concertar una cita con ese hombre —vociferó desde la cocina.

El olor a café, que otras veces me despertaba y consolaba, no tuvo el mismo efecto esa mañana. Había pasado tan mala noche, pensando en las implicaciones de la nota metida en la copa, que los sueños extraños me habían ido asaltando cada vez que me quedaba dormida, despertándome.

Dedos masculinos llevándome comida a la boca; labios masculinos recogiendo pequeños y sabrosos bocados dispuestos por todo mi cuerpo; una polla empalmada, justo delante de mis ojos, mientras una voz de hombre me repetía una y otra vez lo mismo: «Come», y yo finalmente obedecía...

Comí de sus labios, de sus dedos y me tragué entera su polla, ávida por retener el sabor de la carne que me ofrecía: picante, salada, dulce, amarga y agria. Todos esos sabores se mezclaron en mi boca, sin tener muy claro si estaba probando la piel de Mario, la del repostero, la del atractivo cuarentón o la del completo desconocido del que no tenía referencia alguna..., salvo por el hecho de saber que eran cuatro cocineros y socios los que regentaban Come. Eso era lo que ponía en la publicidad del restaurante, ese panfleto que me habían entregado a mi regreso de las vacaciones; aquel papel que me dio la chica y que había guardado, también, por si podía sacar de él alguna información sobre Franki.

Cuatro cocineros.

A lo largo de la noche me desperté más veces de las que pude contar, con la respiración agitada y empapada en sudor, con la entrepierna mojada y el corazón alterado. Y el mismo número de veces conseguí quedarme nuevamente dormida, sintiendo esa mezcla de sabores en la boca.

Me levanté y fui directa a por mi café. Luego logré atender la lavadora sin que Iris me asaltara otra vez con preguntas y, cuando llegó por fin el momento

de tranquilidad en el que pude darme una ducha, encontré mi imagen desgreñada y cansada reflejada en el espejo. Estaba claro que el trabajo me estaba sentando mal.

«Trabajar dignifica. Lo veo y me lo creo.»

Cuando salí del cuarto de baño, descubrí en la pantalla de mi teléfono móvil que tenía una llamada perdida. Según rezaba el mensaje, me habían llamado del taller mecánico. Marqué el número teniendo cuidado de no mojar nada con el pelo y esperé hasta que respondieron al quinto tono.

Me informaron de que la avería era peor de lo que me imaginaba. La centralita de arranque. No iba a poder repararlo con lo poco que me iban a ingresar de nómina, así que no me quedaba más remedio que pedir un préstamo a mis padres o esperar a tener todo el dinero de la reparación para autorizar el arreglo. Ninguna de las dos opciones me gustaba nada. No sabía estar sin coche.

Quedé en llamarlos al día siguiente con lo que hubiera decidido hacer y arrojé el móvil sobre la cama, de muy mal humor. Esperaba que fuera solamente la batería y, por lo que me había podido informar en Internet, comprar una nueva y sustituirla no llevaba mucho tiempo ni demasiado trabajo, y salía bastante barata, así que me había ilusionado con esa idea. Pero estaba claro que el karma se estaba vengando de mí por algo.

—¡Joder!

Informé a Iris de que nuestros planes del fin de semana quedaban suspendidos hasta nuevo aviso por culpa de mi problema monetario, y no le hizo ni pizca de gracia. Tampoco me esperaba otra cosa.

—¡Claro! Como a ti te da de comer ese cocinero tan guapo..., ¡a mí que me den!

—Sólo me ha regalado la cena dos veces —protesté, consciente de que, si estuviera en la situación de Iris, también me quejaría; o, al menos, fingiría estar molesta. Estaba segura de que ya había bajado a husmear para constatar de primera mano si Mario era guapo, por lo que estaría corroyéndola la

envidia; sana, pero envidia al fin y al cabo. Bueno, tal vez no era tan sana—. Y sabes perfectamente que esa cena que quieres hacer allá abajo no nos la podemos permitir.

Iris había preparado el almuerzo, aunque odiaba la cocina, y las dos comimos en silencio mientras a mí se me llevaban los demonios. Lo de tener que soltar tanta pasta así de golpe, cuando apenas había empezado a trabajar, no me venía nada bien. Sabía que mis padres podrían prestarme el dinero, pero no me gustaba la idea de tener que contar con ellos otra vez. A mis veintitrés años tenía ganas de ser económicamente independiente y estaba claro que, con el sueldo que cobraba, no iba a llegar a serlo nunca. Vivía en el sitio donde lo hacía gracias a Iris, pagando una porquería en vez del dineral en el que se habían convertido los alquileres de los pisos de la zona en los últimos años. Si ella se marchaba a estudiar fuera, me vería obligada a mudarme y, encima, encontrar una compañera de piso tan buena como ella iba a costarme mucho.

Ya me veía sin piso, sin compañera, sin coche, sin curso de cocina. ¿Qué más podía salir mal?

Lo más preocupante era, con diferencia, lo de quedarme sin un lugar donde vivir. Sin coche podía estar una temporada corta, pero no me veía durmiendo debajo de un puente.

Se lo dejé caer durante la comida, porque era algo que me rondaba por la cabeza desde que se negó a buscar trabajo y eso me tenía ciertamente preocupada. Tenía la esperanza de que ya hubiera tomado una decisión al respecto. Después de todo, el día anterior había almorzado con sus padres y, en esas reuniones, nuestras familias solían ponernos contra la espada y la pared..., cosas de padres.

—Pues he decidido que voy a seguir estudiando —respondió a mi pregunta, echando por tierra las pocas esperanzas que me quedaban de que algo fuera a salir bien aquella semana. Tragué saliva y le puse cara de perro abandonado, sintiéndome exactamente así—, pero... tranquila, que al final no me voy fuera

—añadió, como si la noticia no fuera conmigo y no me afectara. Me entraron ganas de matarla—. He pensado en quedarme aquí. Me han pasado un par de opciones muy interesantes y, por tanto, no me mudo.

Por suerte, el instinto asesino me duró poco. La alegría que sentí en el pecho se dibujó en mi rostro y ella la compartió conmigo. Nos sacamos mutuamente la lengua y me devolvió la sonrisa. Me cogió de la mano y yo se la aferré con fuerza. Habíamos compartido muchas noches, muchas mañanas, muchas risas y muchas lágrimas. Saber que, al menos, nos quedaban algunos meses de convivencia me hizo sentir un poco mejor. Ya vería cómo pagaba el coche y cómo me enfrentaba a la capulla de enfermera que tenía que hacerme el relevo por las noches. Mi día había mejorado unos cuantos puntos al no verme obligada a buscar, también, un nuevo piso de alquiler.

«Lo hubiese hecho al lado de la clínica, pues, sin coche, eso sería lo más sensato.»

—Me parece que debemos celebrarlo... y se me ocurre un buen restaurante para ello.

Le saqué la lengua otra vez y miré el reloj. Si quería pasar, precisamente, por ese restaurante para devolver las cosas y para encarar a Mario, tenía que darme prisa. Debía decirle que la cama también la tendría que poner él, porque yo compartía piso, por si no se había dado cuenta al mirar los nombres en el buzón. En el papel que habíamos puesto sobre la plaquita dorada de los antiguos inquilinos —nunca nos había dado el dinero para sustituirla por una nueva— había una tal Iris encima de la tal Emma

Me arreglé con bastante más esmero de lo habitual, maquillándome todo lo que me permitía el decoro teniendo en cuenta que después debería lucir esas pintas en el trabajo. Moldeé mis rizos con espuma, dejándolos con mucho más volumen de lo que acostumbraban. Últimamente me había dado por alisarme el pelo, pero ese día me apetecía verlo en su estado natural. Me puse el uniforme, lo guardé todo en la bolsa —también la servilleta, que se había

secado sin problemas y seguía siendo de su color original— y, tras darle dos besos a mi amiga, abrí la puerta de casa.

—Lo del restaurante de abajo es una pérdida de tiempo, y lo sabes —le dije, intentando que se diera cuenta de que su pretensión no iba a llegar a buen puerto—. Seguro que tienen la lista de espera más larga de la ciudad para hacer reservas.

—Recuerda que tenemos enchufe...

—¿Yo?

—No, mi madre, que tiene la tarjeta del Vips y seguro que nos hacen descuento con ella.

Volví a sacarle la lengua. Se rio desde su silla, mientras daba buena cuenta de un helado. Me dio envidia eso de la sobremesa, pero tenía que irme a trabajar para poder pagar una reparación del coche, los gastos del alquiler y la comida que tiraba a la basura por culpa de mi mala mano para usar los fogones y los ingredientes. Franki se podía ir directo al infierno por permitir que yo siguiera cocinando de puta pena.

Me despedí de Iris y cerré la puerta, un poco más tranquila.

Pero, de inmediato, el corazón se me aceleró al pensar en lo que iba a hacer a continuación: aceptar la propuesta de Mario.

Faltaba por elegir la cama.

10

Lo que para unos es comida, para otros es amargo veneno.

LUCRECIO

El restaurante estaba como imaginé que iba a encontrarlo cuando aún no había abierto la puerta del zaguán: con la persiana a medio subir, la entrada entornada y las luces del interior apagadas. Incluso permanecían bajados unos tupidos estores negros, que ocultaban el comedor desde la calle. No los había visto antes, pero en realidad no me había ido fijando en todos los detalles del local.

«Tampoco lo he decorado yo, es normal que no me haya percatado de la existencia de unas simples cortinas.»

Había alguien dentro, pero aventurarse a acertar cuál de los cocineros era el que estaba de guardia resultaba una temeridad. Tampoco sabía cuántos hacían falta para poner en funcionamiento el establecimiento a esa hora. Con todo, era igual de temerario que volver a pasar por debajo de la persiana para entrar sin permiso en un restaurante, cometiendo un nuevo allanamiento..., y eso fue exactamente lo que hice.

Emma en modo comando, otra vez.

Cuando me aparté los cabellos de la cara y conseguí enfocar la mirada para adaptar los ojos a la falta de luz, guardé silencio para tratar de localizar algún sonido que me orientara en el comedor, pero no me sirvió de nada. Ni un solo ruido.

—¿Hola?

Comenzaba a sentirme estúpida cada vez que saludaba al vacío del

restaurante desierto, esperando que Mario apareciera y me devolviera la sonrisa que pensaba dedicarle... Eso me hacía sentir tonta, excitada, inexperta.

«Bueno, tanto como inexperta... tampoco.»

Vale, sólo tonta y excitada.

Estaba claro que Mario me sacaba unos cuantos años, pero eso no me convertía a mí en una mojigata. Había tenido mis amantes ocasionales en la facultad, entre los que incluía a algún que otro desconocido que se había arrimado más de la cuenta a mí en esas noches locas en las que celebraba una buena nota en un examen complicado. Incluso me había liado con un médico residente un día de prácticas que tuve que recuperar en domingo, porque había pillado una gastroenteritis y mi profesora no se había creído que faltara por un motivo justificado. No había ni Dios en el hospital ese día, y una cosa llevó a la otra. Acabamos escondiéndonos en el cuarto donde se almacenaban las sillas de ruedas para trasladar a los pacientes de una planta a otra cuando había que realizar las pruebas complementarias, después de estar varias horas lanzándonos indirectas, de puro aburrimiento. Sobre algunas de esas sillas dejamos caer nuestros cuerpos mientras nos duraron las ganas de hacerlos chocar el uno contra el otro.

Él, encima; él... debajo...

En verdad, había follado más que muchas de mis compañeras de universidad con novio estable, y no me arrepentía de ello. El sexo nunca me había parecido malo, aunque fuera con hombres a los que sabía que no iba a volver a ver nunca más en la vida... o, al menos, que no pensaba volver a meter en mi cama, pues coincidir era más sencillo. Mientras tuviera cuidado, usara preservativo y disfrutara de la experiencia, me había enseñado a no echar en falta un abrazo por las mañanas... ya que los chicos nunca se quedaban, ni yo tampoco... si era su cama.

Lo de vivir sin mis padres y en una casa donde mi compañera de piso tenía la misma filosofía que yo para el sexo, había ayudado mucho. Nos organizábamos de tal modo que nunca nos incordiábamos cuando llevábamos a

alguien a nuestro cuarto. Las camas eran de matrimonio, de esas pequeñas que se agradecían en las noches frías de invierno porque propiciaban eso de encontrarse entre las sábanas, pero que incordiaban mucho en verano, ya que no teníamos aire acondicionado y abrir las ventanas implicaba no dormir debido a todo el jaleo que llegaba de la calle hasta altas horas de la madrugada, sobre todo los fines de semana.

Y los fines de semana era cuando más las ocupábamos.

Ése era uno de los inconvenientes de vivir en el meollo de todo.

Nos poníamos de acuerdo para no entrar con ellos y que se pudieran cruzar en el salón o en la cocina. No nos parecía buena idea que se pasaran todo el rato pensando en que, en el piso, se podían tropezar con alguien más. Teníamos unas horas establecidas para llegar a casa si íbamos acompañadas, y también para salir de las habitaciones, cuando se marchaban. Esa organización nos funcionaba a las mil maravillas, siempre y cuando Iris no quisiera saltarse las reglas, ya que más de una vez se hizo la encontradiza para verles la cara a mis conquistas. Cualquiera le ponía barreras a la terca de mi compañera.

El problema era que llevaba un par de semanas con demasiado estrés, acrecentado por mi inclusión en la vida laboral, y la falta de un amante ocasional no ayudaba. Echaba mucho de menos unos dedos, una lengua o una polla que me llevaran a un placentero y relajante orgasmo. Las últimas manos que me habían tocado habían sido las de Dan, el eterno ex. Eso había ocurrido en el pueblo y debo aclarar que no habían sido demasiado diestras, que digamos.

Y ahí me había tocado la fibra Mario... con sus miradas, con sus palabras. En esa primera noche —y única, eso había también que mencionarlo— me había dejado prendada de él. Me daba igual lo que fuera a pasar después de que se corriera y estallara yo también con él. Mientras mis gemidos fueran tan altos como los suyos, podía engordarme todo lo que quisiera con los platos que me preparara para cenar.

«Que mi madre no me oiga relacionar el sexo con engordar, por favor.»

Me reí de mi propia ocurrencia y me encaminé hasta el sitio donde había encontrado vida la última vez que invadí aquel espacio: la cocina. En la otra ocasión no había llegado a atravesar la puerta de cristal de la mampara que la separaba del comedor, ya que el chef amargo había aparecido antes. Me paré justo en el estrecho dintel, si es que se podía llamar así a un marco de cristal, y volví a saludar en voz alta. Como no obtuve respuesta, sentí cierto reparo al disponerme a dar un nuevo paso hacia el interior de la cocina, donde todo permanecía escrupulosamente limpio y ordenado.

«¡Venga ya! No es un quirófano y tampoco está esterilizado.»

Al darme cuenta de lo ridícula que resultaba mi reticencia a poner un pie en la cocina, y tras no oír absolutamente nada parada allí delante, avancé algunos pasos, hasta la isla central que dividía la estancia.

Todo en el interior era blanco, negro o de acero inoxidable, con cristal alrededor, dando una enorme sensación de amplitud. Las encimeras eran mucho más altas que las de mi casa, pero recordé que allí sólo cocinaban hombres y que los dos que conocía me sacaban por lo menos dos cabezas. Me acerqué a la puerta que creía que conducía a la cámara frigorífica y pegué la oreja a la superficie, pero no capté nada. El metal estaba frío y retiré la cara enseguida, antes de quedarme pegada ahí. Rodeé la isla y llegué a la parte de la encimera que servía de pasaplatos hacia el comedor. La ventana alargada, por donde se hacían las entregas a las camareras, estaba cerrada. Sobre la superficie de acero inoxidable vi una tabla de madera ancha y uno de esos gorros de cocinero de tela, también negro, puesto de cualquier manera sobre ella. Un par de lámparas suspendidas sobre la tabla esperaban el momento de dar calor a los alimentos para que después las camareras acudieran en su busca; de momento permanecían apagadas.

No había ni una mota de polvo, ni un cuchillo fuera de su sitio... sólo aquel gorro sobre la pulcra superficie.

Me pudo la tentación y lo cogí, más por curiosidad que por otra cosa. De pequeña había tenido uno que me había regalado mi madre en un cumpleaños,

junto con un delantal y unas manoplas para sacar, supuestamente, cosas calientes del horno de juguete. Recuerdo que nunca conseguí colocármelo tieso sobre la cabeza y que mi padre, en su afán de hacerme sonreír, le metió una estructura de alambre para que permaneciera derecho. Mi madre casi lo mata, porque pensaba que podía sacarme un ojo con alguno... y tenía razón. Los alambres y los niños no deberían mezclarse nunca. Menos mal que, al menos, uno de mis padres tenía sentido común, el suficiente como para conseguir que sobreviviera.

Aquel sombrero tenía pinta de ser de mucha mejor calidad que el que había tenido yo cuando jugaba de pequeña y me dije que tal vez quedaría recto y elegante sobre mi cabeza... como cuando soñaba con ser la mejor repostera del mundo mundial, justo antes de que no volviera a acercarme a una cocina sin echarme a temblar.

También había querido ser veterinaria, pero se me quitaron las ganas cuando murió mi hámster.

—Nadie se va a enfadar si me lo pruebo, ¿no? —me dije en voz alta, aunque en verdad sabía que no estaba bien hacerlo, porque tenía claro que el gorro, en la cocina, se usaba para evitar que los cabellos llegaran a la comida, al igual que hacían en el quirófano los cirujanos y las enfermeras, pues nos poníamos una especie de gorro de ducha para no contaminar el campo quirúrgico.

No estaba bien que tocara cosas que no eran mías..., pero tampoco lo estaba seguir entrando sin permiso en el restaurante, ¡y allí estaba!

Me reí a carcajada limpia cuando me puse el gorro sobre la cabeza y, en vez de ajustarse en mi frente, cayó hasta que me cubrió la cara por completo. Estaba claro que me quedaba grande; lo usaba un hombre y, lógicamente, era de su talla. Seguí riendo debajo de la tela, respirando contra ella mientras mis dedos buscaban el borde para quitármelo... y entonces lo sentí... entonces se paró a mi espalda... y entonces me presionó contra la encimera.

Se me escapó todo el aire que contenían mis pulmones y no fui capaz de

buscar más para volver a llenarlos. Contra mis nalgas, se apretó un cuerpo masculino, con el miembro completamente erecto, asombrosamente ardiente y obsceno. Su torso se pegó a mi espalda y sus manos apartaron las mías del gorro, llevándomelas sobre la tabla de madera. Las sujetó allí, bajo sus palmas extendidas, mientras su pelvis, de pronto, presionó mucho más mi cuerpo e hizo un par de lentos movimientos para que lo notara, encajado entre mis nalgas, con la tela del pantalón del uniforme evitando que percibiera el calor que desprendía..., aunque me lo podía imaginar.

Se restregó algunas veces, y no hice nada para evitarlo o alejarlo.

Entreabrí la boca con la intención de decir algo, pero cerré los labios, no sin antes pasarme la lengua por el inferior, dolorido porque me lo había mordido al notar la presencia masculina a mi espalda.

«Tengo que decir algo...»

Gimió contra mi cuello y mordió ese ángulo donde dejaba de serlo para convertirse en hombro. Luego lo lamió y yo incliné la cabeza para dejarle espacio, sabiendo que mis ondas color naranja podían estar molestando. No me importunó rendir mi cuerpo, sin importarme que no me hubiera preguntado si me apetecía. A Mario había pensado entregárselo todo, comer y beber de él, abrirle la boca para todos sus caprichos y alimentarlo lo mejor que pudiera, así que, el hecho de que ni siquiera hubiera hablado antes de asaltarme, no iba a hacerme cambiar de opinión..., salvo por el pequeño e insignificante detalle de que no podía asegurar que fuera él, Mario... Al menos, no al cien por cien.

Tampoco yo solía pedir permiso para según qué cosas, no para comer...

Cerró los nudillos entre mis dedos, aferrándose a mis manos con fuerza, a la vez que su pelvis volvía a iniciar aquel lento y torturador bamboleo contra mi cuerpo, contra mis nalgas... contra esa parte de mí que se estremecía por la abundancia de tela, que separaba nuestras ganas.

Gemí cuando se inclinó sobre mí, haciéndome doblar por la cintura y apoyarme sobre la encimera. De pronto mis pechos quedaron presionados

contra la tabla de madera y él empezó a gruñir junto a la piel de mi espalda, calentándola con su respiración.

«¡Esto es de locos! No sé quién es...»

Lo más extraño de todo fue que me daba igual. Estaba convencida de que era el mismo hombre que había preparado la cena la noche anterior, el que había escrito la nota y el que me deseaba... Mario, con toda probabilidad. Y yo, en ese instante, lo deseaba también, fuera quien fuese, igual que lo había deseado la otra noche. Lo había buscado en mi cama y me había desilusionado al comprobar que no estaba. No podía negar que me encantaba la idea de que esa polla que sentía presionando contra mí resultara ser la del chef picante, pero, si era la de cualquiera de los otros tres..., ¿importaba? Al menos, en ese momento..., la respuesta era no. Necesitaba aquello. Cada fibra de mi cuerpo lo pedía a gritos. Cada centímetro de mi piel se estremecía con los movimientos rítmicos y perversos con los que me torturaba, siendo muy consciente de que el peor castigo de todos sería que parara en ese instante y desapareciera.

Tenía que ser Mario... pero no pasaba nada si era Eizan, el dulce...

Sus manos se apartaron de las mías y un par de segundos después mis pantalones descendían por mis piernas.

Traté de recordar qué ropa interior me había puesto, pero mis neuronas habían dejado de obedecerme, de funcionar... pues sólo sentían. Rogué para que no fueran de esas que usaba para estar por casa, cómodas y sin atractivo alguno, pero no conseguí recordar la prenda que tapaba en ese momento mis nalgas. Sólo sentía... Y oí de forma clara cómo la cremallera de su bragueta cedía y el cinturón golpeaba el suelo. Intenté quitarme el gorro, pero sus manos volvieron a apartarme los dedos del bajo de la tela. Me mordí el labio, disfrutando del juego. Mi cocinero bandido me impedía descubrir su identidad, pero, para disfrutar de su cuerpo y de lo encendido que estaba el mío, no hacía falta mucho más.

No me hacía falta su nombre... aunque lo imaginara.

Y de eso me di perfecta cuenta en cuanto bajó una de sus manos a separar mis piernas, buscando la humedad que escondía entre ellas.

Dos segundos después ya no llevaba braguitas.

Ese primer dedo, posado con maestría sobre mi clítoris, apartó las protestas que pudieran quedar en mi cabeza. Ciertamente eran pocas, pero alguna había. No por nada mi madre había tratado de hacer de mí una mujer decente, aunque mi decencia, en mi mente, tuviera diferentes connotaciones que en la de ella. Dos movimientos de esa mano más tarde y dejé de recordar que tenía que ir a trabajar... y un instante después, ni siquiera rememoraba mi nombre... ni de qué color tenía el cabello.

—¡Por favor! —exclamé contra la tela, mordiendo desde dentro esa zona que había dejado empapada de saliva; me di cuenta entonces de que era lo primero que decía desde que había detectado que no estaba sola en la cocina.

Obtuve un gruñido por toda respuesta y la otra mano se posó sobre mi espalda, presionándome contra la encimera. Me inmovilizó sin más, suponiendo que no trataría de quitarme el gorro y que, por lo tanto, sus manos se podían centrar en otras partes de mi anatomía... y sabían dónde tenían que seguir trabajando.

Fue el orgasmo más rápido que había tenido nunca.

Sentí que el calor se apoderaba de la parte baja de mi cuerpo con una facilidad que ya hubiera querido para mí cuando me masturbaba. De pronto, me encontré jadeando y, un instante después, ardí en llamas, estremeciéndome y moviendo mi cuerpo, buscando el ritmo que necesitaba para estallar contra la piel de sus dedos. No se opuso a que impusiera mi ritmo —bonito hubiese sido que lo hubiera hecho, que él no sabía cómo me gustaba que me tocaran, aunque en su defensa debo admitir que lo hacía de maravilla—. Trató de acompañar sus movimientos a los míos y fue delicioso. Quería que me corriera y se lo agradecí en el alma. Se acopló a mí y yo a él, y esos dedos me arrebataron la cordura. El orgasmo llegó de repente, en un impulso, devastador, y grité como si una descarga eléctrica me estuviera haciendo

temblar y arder, con sus yemas como epicentro de todo y con mi entrepierna fundida con sus dedos.

Entonces fue su polla la que me arrebató el aliento... contundente, grosera, caliente. Mi entrada estaba tan mojada que no tuvo ningún problema para introducirse en mí a pesar del preservativo y empotrarme contra los muebles de la cocina. No hice ningún intento por levantar la espalda o quitarme el gorro, aunque de pronto me faltó el aire. Sus manos aferraron mis caderas y su cuerpo se dejó caer sobre el mío. Colocó su cabeza junto a la mía, gimiendo contra mi boca pero sin permitirse el lujo de ir a su encuentro. Cada embestida era más brutal que la anterior, como si su necesidad fuera mayor que la mía. Me vi jadeando más y más fuerte, disfrutando de la rudeza que le imprimía a cada movimiento. Nunca me habían penetrado con tanta determinación, con tanta ansia y deseo, y fue sumamente delicioso y morboso. Estaba empezando a sentir que podría llegar a correrme de nuevo, que se encendía un nuevo clímax en mi entrepierna, cuando se incorporó para cambiar de postura y mis jadeos se cortaron de golpe.

Apoyando ambas manos sobre mis hombros empujó una última y violenta vez, llegando a su propio orgasmo.

Respiré de forma entrecortada, tratando de relajarme al percatarme de que allí se terminaba todo, de que no habría más embestidas que acompañaran a lo que se acababa de encender allá abajo, pero mi entrepierna pedía a gritos ese nuevo clímax al que me había quedado a las puertas. Palpitaba junto a él, contra su verga, y el cocinero no se había dado cuenta... o no le importaba.

«¿Y si ni siquiera es uno de los cocineros?»

Me estremecí ante la idea y él, de repente, se desplomó nuevamente contra mi espalda, respirando de forma agitada. En verdad no me importaba el nombre del tipo que acababa de llevarme a aquel brutal orgasmo; sólo quería que lo repitiera.

Sólo quería seguir evadida de la realidad que me esperaba una hora más tarde en mi puesto de trabajo, de mi falta de dinero, de mi poca estabilidad

emocional.

«Mentira. Quiero que sea él...»

Había encontrado una forma de justificar mi comportamiento en mi cabeza mientras se habían ido sucediendo las escenas, pero estaba claro que sólo pensaba en una cosa: que fuera él.

—¿Mario?

El cocinero —o quien fuera, de pronto ya no estaba tan segura— dio un salto hacia atrás al oírme pronunciar el nombre. De repente su miembro ya no estaba allí, donde yo lo había acogido. Apenas un instante después, sus pasos se alejaron y oí cerrarse una puerta a mi espalda.

Y yo me había quedado allí, sola, con el gorro aún puesto en la cabeza, los pantalones bajados... y la entrepierna ardiendo de rabia.

La perfecta hora de comer es, para el rico, cuando tiene ganas, y para el pobre, cuando tiene qué.

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

—No te emparanoies —me dijo Iris, tratando de calmarme.

Pero yo no hacía nada más que dar vueltas por el salón de casa, como si al menos mantener los pies en movimiento pudiera apartar el mal sabor de boca que se me había quedado tras aquel encuentro en el restaurante.

Me comportaba exactamente igual que en el hospital.

No había logrado sentarme ni cinco minutos. Incluso había cumplimentado las historias clínicas de pie, con lo cansado que era eso. Cada vez que había hecho el intento de aposentar el culo en la silla, un estremecimiento me había recorrido toda la columna, desde el coxis hasta el atlas. Estaba ansiosa y así se lo expliqué a mi amiga.

—Eso es porque no te corriste la segunda vez, guapa. No le des más vueltas.

Así de simple lo veía Iris. No había podido disfrutar de ese segundo orgasmo y mi cuerpo se había rebelado contra la insatisfacción sexual que se había apoderado de él, según ella..., pero yo sabía que había mucho más.

¿Y si se marchó porque lo llamé por un nombre que no era el suyo?

¿Y si se marchó porque pensaba que no lo descubriría y, precisamente, había acertado?

Quería pensar que era así, que podía haber una explicación que no me dejara a mí llamando por otro nombre al tipo que me acababa echar un polvo, pero no estaba nada segura de ello. Y, tras regresar a casa, después de una

nueva y agotadora jornada laboral, Iris no había dejado de acosarme para que se lo contara todo, y yo no había podido guardarme nada.

Me había pasado todo el trayecto en el autobús hasta la clínica cruzando y descruzando las piernas, sintiendo la corriente eléctrica subir y bajar por mi columna hasta que, al final, decidí que era mejor hacer el recorrido de pie. Una vez en la planta que me habían asignado, la cosa no había mejorado nada. Cuando dieron las diez y media y comencé a maldecir en silencio por el nuevo retraso de la capulla de mi compañera, supe que mi humor iba a caer en picado. Y así fue. Cuando dieron las once y mi relevo hizo acto de presencia, mi rostro era todo un poema... de los que no rimaban.

—¿Aún no has renunciado al puesto? —me soltó la arpía, a modo de saludo.

—Cuando me toque un premio en la lotería. Mientras tanto, vas a tener que aguantarme —le solté, consciente de que me arrepentiría al día siguiente, cuando estuviera más tranquila y la rabia no me utilizara para hablar por mi boca.

—No, muchachita. Te equivocas. Aquí la que aguantas eres tú.

«Golpe certero. Punto para la enfermera que no tiene ni idea de lo que es un reloj.»

Sabía que eso era verdad, pero no iba a darle el gusto de admitirlo. Aquella noche no había hecho ninguna de las tareas que, se suponía, tenían que llevarse a cabo a partir de las diez de la noche. Había alegado que estaba muy liada con las últimas anotaciones en los papeles de los pacientes... y en verdad así era, ya que había estado mucho más torpe y lenta que de costumbre —cosa que no era usual tras un orgasmo tan liberador como el que había experimentado—. Aunque las veces anteriores había redoblado mis esfuerzos para tenerlo todo hecho cuando llegara mi relevo, esa noche no me había dado, literalmente, la gana hacerlas. Se me habían terminado las excusas para ser buena, por lo que se había quedado por hacer todo lo que no me correspondía.

—Ésa es tu forma de verlo —respondí, cogiendo mis cosas, que ya estaban

preparadas y fuera de la taquilla—. Que tengas buena guardia..., aunque tal vez no vaya a ser tan buena... Se te ha acumulado mucho el trabajo por llegar tan tarde.

Dicho esto, me fui de la planta sin importarme si se quedaba maldiciendo, insultando o riendo... o bien si se decidía a levantar el auricular del teléfono para llamar al supervisor de guardia y expresar una queja en cuanto salí del control de enfermería. Me hacía falta el trabajo y era muy consciente de ello, pero estaba casi convencida de que esa gilipollas que tenía por compañera no sería tan estúpida como para lanzar piedras sobre su propio tejado y no iba a perjudicarme. Al fin y al cabo, aunque fuera muy amiga de alguien, el trabajo era el trabajo y el horario debía cumplirse, ¿no? Por si acaso..., yo estaba cumpliendo el mío, además de echar más horas de las que me tocaban, pero no iba a hacer las tareas de nadie nunca más.

Y las tareas de la noche le correspondían a ella.

El trayecto de regreso a casa se me hizo eterno. Tampoco logré sentarme y, cuando por fin vi de lejos mi parada, los pies empezaron a descender la escalera, aun a riesgo de ser luego arrollada por las puertas correderas del autobús al abrirse. Una vez en la calle, caminé entre la multitud que abandonaba los restaurantes para cambiar de ambiente y dirigirse a los bares de copas de la zona. Me sentí desaliñada y sucia, con el pelo pegado a la cara y oliendo a sexo... porque olía...

Era una de las cosas que me había mantenido irritada durante toda la tarde. Ese olor que se había quedado prendido a mis bragas, hasta el punto que me hizo despojarme de ellas y meterlas en el bolso. Pero sólo empeoré la situación. El uniforme había comenzado a oler a mí, a chica deseando sexo, a chica follada con ganas y deseo, y las costuras me martirizaron los pliegues con cada paso que di por los pasillos de la clínica.

Me detuve delante de Come y observé el comedor y luego la cocina.

Sobre esa encimera que se veía desde la calle me había mantenido mi amante desconocido unas cuantas horas antes. Menos mal que, cuando ocurrió,

todos los estores negros estaban bajados y no se veía absolutamente nada desde el exterior del local. Me ruboricé al recordarlo de forma tan nítida. Tres de los cuatro cocineros estaban aún tras aquella pared de cristal. A uno no lo reconocí, pero los otros dos debieron intuir que los espiaba desde la acera, porque levantaron la vista y clavaron sus ojos en mí.

Mario me sonrió con picardía, y el cocinero amargo me clavó los ojos de forma dura y hostil, como en cada ocasión en la que habíamos intercambiado palabras.

Huí hacia mi portal sin esperar a que cualquiera de ellos saliera a reclamar mi orgasmo como suyo. Estaba avergonzada de mi comportamiento, a la vez que excitada con el recuerdo y su resultado. Subí apresurada la escalera, ansiosa ante la idea de encontrar una bolsa de nuevo colgada del pomo de la puerta..., pero el ánimo se me cayó a los pies cuando llegué a mi piso y comprobé que allí no había nada... ni bolsa, ni cena, ni nota.

Lancé una blasfemia y abrí la puerta con brusquedad, sin darme cuenta de la hora que era. Iris podía estar durmiendo y, desde luego, esa forma de entrar en casa no era lo que se podía llamar considerada. Sin embargo, mi compañera de piso estaba en el salón, sentada a la mesa, con una bolsa negra del emblemático restaurante a un lado. Tenía un papel en la mano y lo agitó en alto para que lo viera... y para que supiera que lo había leído.

Quise que me tragara la tierra.

—Así que... «La carne compacta y caliente sabe mejor» —leyó mi amiga, en voz muy alta, mientras yo cerraba la puerta—. ¿Estamos de acuerdo en eso? —me preguntó, levantando la vista del papel. Dibujó una sonrisa perversa en el rostro—. Porque, a mí... desde luego, me viene un tipo de carne a la mente con esas características, y ciertamente me gusta muy dura, compacta.

«Y caliente. No olvidemos lo de caliente.»

Apenas dormí tras la cena, que de nuevo resultó deliciosa. Acompañando la nota, y para darle más énfasis a lo de la carne, me habían preparado un *steak tartar* bastante picante, acompañado de unas verduras salteadas que me

hicieron la boca agua. La carne estaba fría y sólo guardaba la forma por el molde que le habían puesto para meterla en la fiambarrera, pero la indirecta era clara. Al colocar el contenido en el plato perdió la consistencia y se desparramó, aunque el sabor continuó siendo extraordinario. Como me acostumbrara a comer así de bien, iba a ser imposible que me alimentara sola, ya que mi destreza culinaria seguía en números negativos.

Iris insistió en que teníamos que ir al restaurante a almorzar o a cenar y dejó claro que nadie la iba a hacer cambiar de idea. A mí me quedaron fuerzas para intentar hacerle ver que me iba a morir de vergüenza si me sentaba en ese comedor y miraba hacia la cocina, si miraba a cualquiera de esos hombres a los ojos.

—Pues no haberte follado a ninguno —me respondió, sin pizca de empatía, simulando estar molesta conmigo. Para ella, que además de estar comiendo gratis me estuviera acostando con alguno de ellos, era una noticia tan interesante y morbosa que cualquier protesta por mi parte significaba que tenía ganas de quejarme por vicio—. Yo quiero ir y no vas a tener más remedio que acompañarme... o me busco la forma de estudiar fuera del país.

La veía viviendo en Malta, por ejemplo, con tal de hacerme ceder.

La amenaza dolió, y ella lo supo perfectamente. Me aseguró que, si de verdad el problema era el dinero, ella se haría cargo de pagar la cuenta y que sólo tapearíamos algo. Añadió que ya me lo cobraría más adelante, cuando mi economía mejorara. Iris quería sentarse a una de esas mesas con sillas tapizadas en telas carísimas —todas diferentes, pero manteniendo la misma gama cromática— y mirar hacia la calle a la gente que, como yo, observaba desde allí hacia dentro y se decía que no podía permitirse el lujo de entrar.

Yo sólo pensaba en lo mal que iba a sentirme haciendo lo mismo, en lo poco que iba a comer si debía tener esa cocina enfrente, delante de esos platos que sin duda me recordarían las sensaciones vividas y de ese vino que se suponía que nadie se llevaba a su casa, a no ser que hubieran pagado una burrada por descorchar la botella.

Pero Iris era de otra pasta. Estaba loca por experimentar todo eso y, si podía, también por ligarse a uno de los chefs. No me lo había dicho, pero seguro que lo pensaba. Eran cuatro, así que quedaban tres disponibles.

Faltaba saber cuál no lo estaba.

Quería observar y analizar a los cocineros, cuchichear conmigo aun a costa de tener que invitarme, relamerse los labios... y no sólo por lo delicioso de la comida.

Tras sus palabras y mis reflexiones, ya no supe cómo decirle que no podíamos ir a Come... Aunque, tal vez..., no quería decírselo.

Que la comida sea tu alimento, y el alimento tu medicina.

HIPÓCRATES DE QUIÓS

—Me faltaba por probar con el rosa, pero combina tan mal como el naranja...

Me puse la almohada sobre la cabeza para taparme la cara cuando vi a Iris mostrarme el nuevo tinte de pelo que me había comprado. No sabía qué hora era ni si tenía que ir a trabajar o no, así que dejé que la voz de mi amiga me fuera rescatando de los sueños que me habían atormentado durante la noche, poco a poco, hasta que no me dolió mantener los ojos abiertos.

—Estoy segura de que a Mario le hubiese gustado mucho lo de verte de rosa.

—Ni me miró el pelo —le respondí, dejando la almohada a un lado—. Tuve la cabeza tapada con el gorro de cocinero todo el rato.

—Sólo a ti se te ocurre meter la cabeza en un sombrero que te queda grande.

Me senté en la cama y recibí el lanzamiento de Iris, que con bastante buena puntería dejó sobre mi regazo la nueva caja de tinte, de un gris perlado que me llamó mucho la atención.

—Éste es el último que te traigo, que la chica del supermercado me ha mirado muy mal esta vez al volver a hacer el cambio.

—No voy a teñirme el pelo, Iris.

Mi compañera se sentó a mi lado, me cogió uno de los mechones de pelo y luego me acarició la cabeza, como si estuviera consolando a una hija.

—Sí lo vas a hacer, lo que pasa es que aún no lo sabes.

El café me sentó de miedo, básicamente porque apenas había dormido, como la noche anterior, por culpa de mis sueños relacionados con cocineros que se sacaban la polla de debajo del delantal para decirme que esperaban una buena comida... y me había pasado toda la noche comiendo, aunque seguía teniendo hambre.

—¿Cuáles son los planes de hoy, al final? —pregunté, consultando el calendario compartido que teníamos ella y yo en una aplicación del móvil. No veía nada apuntado en el fin de semana y eso me resultó extraño, porque el día anterior había estado repleto de actividades.

Iris había vuelto a meter la caja del tinte en la bolsa de plástico del supermercado, muerta de risa. Tenía que tener contenta a la cajera, sin duda alguna. Ya me la imaginaba llevándolo de vuelta y quejándose de mí, alegando que era una chica consentida que nunca había tomado una decisión en su vida. ¿Cómo elegir, entonces, sobre el color del pelo?

«Estudió enfermería porque los padres la obligaron.»

—Pues nos vamos a ir de compras después de almorzar, que necesito un par de cosillas que he visto rebajadas en una tienda...

—¿Necesitas? —la interrumpí, sabiendo que tenía el armario repleto de prendas, algunas que sólo se había puesto un par de veces y otras hasta con las etiquetas puestas.

—Y tienes que buscar algo para ponerte esta noche, que tenemos reserva para cenar —me informó, comiéndose un yogur con muesli y ojeando una revista, como si fuera lo más natural del mundo que tuviéramos reserva para alguna parte o que ella comiera muesli—. Así que tienes que ir guapa.

Tragué saliva, con miedo a preguntarle en qué restaurante había reservado mesa. Conté hasta diez y luego hasta veinte antes de decirle algo... y luego... hasta treinta.

«Si ya lo sé, no ha reservado en otro sitio.»

Pero no podía ser. No podía haber encontrado reserva para ese restaurante con tan poco tiempo de antelación. Estaba convencida de ello.

—No voy a ir.

—Sí que vas a ir. No me vas a dejar cenar sola.

—Necesito pedirles dinero a mis padres para reparar el coche —protesté, recordándole a mi amiga una cosa que ya sabía, pero que parecía no importarle en absoluto—. ¿Cómo voy a permitirme el lujo de gastarme un dineral en una cena?

—No tengo muy claro que nos la vayan a cobrar...

Se me abrieron los ojos como platos. Dejé el móvil sobre la mesa, aparté la taza de café y apoyé ambas manos sobre el mantel, inclinando el cuerpo hacia delante. Iris no me miró y siguió pasando hojas de la revista, como si estuviera buscando en ellas el modelito que quería lucir esa noche y necesitara enseñármelo.

—¿Quieres decirme qué has hecho, loca?

—Nada en especial —comentó, con una sonrisa traviesa en los labios—. Bajé ayer sobre las nueve a conocer a Mario. En ese momento todavía no sabía que te lo estabas tirando, así que me perdonarás que le informara de que era la amiga de la enfermera pelirroja a la que le había preparado la comida. Al parecer... sabía quién eras.

—Serás...

Muerta de vergüenza nivel «buscar la forma de acceder a nuestra casa escalando por la otra fachada antes que volver a pasar por delante de la puerta del restaurante».

—¡Pero tenemos mesa! —exclamó, con una voz tan ilusionada que por mucho que yo protestara me indicó que no iba a servir de nada—. Uno de los cocineros cogió el libro de reservas y me respondió que no había hueco hasta el mes que viene, pero Mario se puso a buscar la manera de encajar una mesa para nosotras. ¡Es un cielo!

—¿Cuál de ellos fue el que protestó?

«Otra pregunta para la que tengo respuesta, seguro.»

—¡Y yo qué sé! —Su expresión dejó claro que el único que importaba en

aquella conversación era Mario—. Uno mayor, con cara seria, bastante guapo también...

«Amargo...»

—Luego se unió otro más a la conversación. Tendrías que haber visto a esos cuatro hombres...

—Tres —la corregí, ya que no me salían las cuentas. ¿Cómo podía ser que ella ya conociera a los cuatro socios? ¿No se suponía que todos no coincidían nunca en los turnos?

—Pues eran cuatro —aseguró, alzando la vista como si tratara de hacer memoria.

—¿Cómo coño te lo hiciste para que los cuatro cocineros de un restaurante estuvieran atentos a la reserva que querías hacer? —planteé, asombrada y contrariada a partes iguales. Cada vez que había aparecido por el local, me había costado un disgusto encontrar a alguien dentro, excepto la primera vez que Mario me preparó la cena. El resto de ocasiones... siempre estaba vacío... o casi.

—Es que yo soy así de envolvente, pelirroja —me respondió—. Primero pregunté directamente por Mario, aunque por la descripción que me habías hecho de él supe de inmediato quién era. Luego, cuando lo vieron coger el libro de reservas, salió de la cocina el que te digo que tenía mala cara. Después se unió a ambos otro, al verlos discutir, y por último...

—¿Discutir?

—Lo llamó papá, y eso parece que no le hizo ni pizca de gracia.

«Amargo, sin duda está hablando de amargo.»

—El antipático estaba bastante enfadado. No quería dejarle hacer la reserva, y eso que uno que se presentó con el nombre de Eizan trató de que se calmara.

—Ése es el repostero —la informé, aunque no tenía demasiado claro que ella no estuviera ya al tanto de todo mucho mejor que yo.

—Sí, llevaba un gorro rosa con un *cupcake* bordado que no ofrecía dudas

de a qué se dedicaba, monina.

—¿Rosa?

—Mario lo lleva gris; Eizan, rosa; Benedict, rojo, y Denis...

—¿Negro?

—Sí, así los llevaban anoche.

El gorro que me había puesto el día anterior —y que me había imposibilitado ver cuál de los cocineros me follaba, por ser más explícita con lo que realmente importaba de aquella historia— era negro..., pero no conocía el nombre de aquellos otros dos tipos. Sólo sabía el del repostero, Eizan, y el de Mario, cuyo gorro era de color gris.

«Mierda. Entonces... ¿cómo se llama el que me ha metido la polla?»

Imagino que Iris dedujo, por mi gesto, que algo no andaba bien en mi cabeza. Agitó un par de veces una mano delante de mis ojos, tratando de llamar mi atención, pero a mí se me había quedado la mente en blanco, salvo por la imagen del gorro negro sobre la tabla de madera.

—¿Quién es Denis?

—Uno de los dos cascarrabias.

—¿Y el otro...?

—Benedict —respondió al instante, haciendo luego una pausa—. Oye, ¿de verdad piensas que no te has acostado con Mario?

—El gorro no era gris...

—¿Y eso qué tiene que ver? Podía estar el de cualquiera de ellos ahí encima, en la cocina. No se lo quitaste de la cabeza, lo cogiste de la encimera.

En eso llevaba razón mi compañera. No me puse a buscar si había más gorros por allí, ni si estaban los delantales colgados o si el chaquetón negro estaba en alguna parte. Incluso podía ser que se intercambiaran los gorros de vez en cuando, a pesar de que esa suposición era menos realista... pues no veía a ninguno de los otros tres con un gorro rosa al que le hubieran cosido un *cupcake* de fieltro. Al confitero nadie debía cambiarle el gorro, eso seguro.

—Dime una última cosa, Iris —le pedí, tratando de relajarme tras un largo

suspiro—. ¿Cómo se llama el cocinero al que Mario llamó papá?

—Ése es el que protestó por lo de la reserva. Se presentó con el nombre de Denis.

No me importa si la copa está medio llena o medio vacía. Claramente hay espacio para más vino.

ANÓNIMO

¿Y por qué demonios le había dicho a Iris su nombre y a mí, a quien había visto dos veces, no se me había presentado?

Me pasé toda la tarde yendo detrás de mi amiga de una tienda a otra, tratando de apartar los malos presentimientos que se habían apoderado de mí desde el momento en el que supe que el gorro de cocinero que había llevado puesto mientras mantenía sexo con un desconocido era el de Denis. Llevaba escribiendo mentalmente una lista en la que enumeraba los pros y los contras de encarar abiertamente a Mario para preguntarle si había sido él quien me había bajado los pantalones y las bragas y se había restregado contra mis nalgas... antes de metérmela.

Tristemente, seguían ganando los contras.

Si resultaba ser él, el hecho de que no estuviera segura de la identidad de mi amante no me dejaba en buen lugar. ¿Acaso tenía intención de tirarme a cualquiera? Y si, por el contrario, resultaba que no había sido Mario quien me había echado un polvo, quedaría como una golfa a la que le daba igual la polla que se metiera entre sus piernas, aunque fuera en él en quien me había fijado desde un primer momento. Desde luego, de una forma o de la otra perdía la posibilidad de volver a tenerlo dentro —si es que lo había tenido alguna vez—, y no era algo a lo que me veía renunciando tan pronto... porque lo había disfrutado horrores, porque en ese momento el sexo me hacía tanta falta como la comida.

Por todo ello... decidí que era mejor guardar silencio y tratar de resolver el misterio de otra manera.

Por desgracia, no tenía muchos datos con los que trabajar. Ni una palabra había pronunciado mientras me tocaba, ni una pista a la que aferrarme para iniciar las pesquisas, puesto que, en la mente, sólo tenía guardados gruñidos y gemidos, como si a él le hubiera hecho tanta falta como a mí ese instante de sexo desesperado y no hubiera querido gastar energías hablando.

Sólo se me ocurría volver a esa cocina a tentar a la suerte... y tal vez descubrir al dueño de los dedos que me dejaron temblando..., al dueño de la polla que me embistió con rabia; al cocinero que se apartó de mí, espantado, cuando lo llamé «Mario».

«No quería que me enterara de que era él...», me decía, pero cada vez tenía menos claro que hubiera sido el chef picante el que había compartido conmigo gemidos en la cocina de su local.

Y, aun así, lo deseaba de nuevo.

Iris me había contado otra vez toda la historia, mientras íbamos de una tienda a otra del centro comercial. La nueva temporada de ropa de otoño había llegado y tenía cautivada a mi amiga. En mi caso, era menos de dejarme seducir por las últimas tendencias, principalmente porque tenía más dificultad a la hora de combinar mi cabello con los colores que estaban de moda, así que aprovechaba, sobre todo, las rebajas para sustituir la ropa que se me iba estropeando, ya que no me podía permitir el lujo de cansarme de ella. Todo eso con lo que había soñado en verano se estaba esfumando en la primera semana de trabajo y, aunque sabía que me quedaban muchos años por delante para disfrutar de un buen sueldo y de una vida más o menos acomodada, comenzaba a temer que, al menos, los primeros iban a resultar duros y tediosos. E iba a estar sin blanca.

«Tendré que dejar los bolsos caros para la siguiente temporada... o birlarle a mi compañera de curro uno de los que me restriega por las narices.»

Lo de trabajar en un pequeño consultorio local cerca del pueblo donde

habían crecido mis abuelos y donde tenían la casa mis padres desde que yo era una enana que se comía los mocos... era una posibilidad; una mala, pero real. Podía volver a vivir con ellos, ahorrar algo del dinero que en ese momento me gastaba en el alquiler del piso y comer otra vez caliente y sin sabor a quemado. Sin embargo, no me apetecía perder la poca independencia que había ganado en mis años de carrera universitaria, por lo que me había repetido por las noches que, si llegaba el día en el que finalizaba mi período de prueba y seguían tratándome de aquella manera, comenzaría a repartir otra vez currículos por los hospitales y centros sanitarios de la zona.

Aunque, sin coche, mi radio de acción quedaba mucho más limitado.

Como mi vida laboral era así de triste, me centré en mi vida sentimental, que era más triste todavía, pero mucho más emocionante... pues Iris me hizo ver que, haberme acostado con un completo desconocido, habiendo disfrutado mucho de la experiencia, era una de las cosas más morbosas que me habían pasado después de haberme liado en el hospital con el médico residente que, posteriormente, se dedicó a esquivarme por los pasillos, como si tuviera algo contagioso.

—Venga, pelirroja, que no se diga que un buen polvo lo vas a recordar con pena.

Seguí dando vueltas a la incursión de Iris en el restaurante, ya que no me encajaba que los cuatro cocineros hubieran salido a atender una simple reserva de una chica a la que no conocían de nada.

«Pero a mí, por lo menos dos de ellos, sí... Incluso... ¿y si el muy bocazas había ido ya fardando de que se había metido entre mis piernas?»

Eso me dio qué pensar, ya que el hecho de aparecer esa noche en el local y que los cuatro me miraran sabiendo que había follado con uno de ellos allí mismo... y que ni siquiera pudiera ponerle cara al que me había hecho estallar en el intenso orgasmo me producía un escalofrío cada vez que lo recordaba... no me gustaba un pelo. No, definitivamente no era lo que se decía un plan

agradable para mi primera noche libre, ni siquiera para degustar una cena de cinco tenedores.

Cinco, aunque cocinaran sólo cuatro chefs y yo no pudiera pagarle a ninguno.

—Además —añadió Iris—, es lo más divertido que has hecho en todo el verano.

Me centré otra vez en mis pensamientos, mientras mi amiga se probaba unos pantalones tan rajados que deberían pagarle a ella por llevarlos y no al contrario. Me lo contó todo de nuevo y comencé a rumiarlo en silencio.

Iris había entrado en Come y había preguntado por Mario, así, sin preámbulos ni nada. Ella aseguraba que no había soltado ninguna frase lapidaria en plan «Soy la compañera de piso de la chica a la que te follaste», pero imagino que eso se debió a que, en ese momento, ella desconocía lo que había acabado ocurriendo contra la encimera de la cocina del local. Había preguntado si podía hacer una reserva para uno de los dos días siguientes y Mario había corrido en pos del libro donde las anotaban. Viendo que su socio asumía una tarea de la que no estaba acostumbrado a encargarse, Denis salió de la cocina para evitar una catástrofe y se presentó, poniendo objeciones al hecho de que se le concediera una reserva a una mujer que ya había asegurado que no podría pagar la comida... porque yo se lo había dicho, a ambos, si no recordaba mal. Mario lo llamó cascarrabias, alegando que él pagaría la cuenta si era eso lo que le preocupaba, y que buscaría la forma de colocar una mesa para dos en el establecimiento, aunque estuviese lleno. Una mesa pequeña en algún rincón no podía suponer un problema tan grave. Sin embargo, Denis había seguido protestando. El diálogo se había convertido en discusión y habían aparecido los otros dos cocineros, que estaban cumpliendo con sus obligaciones detrás de la mampara de cristal, a poner paz entre ellos, ante el temor de que pudieran llegar a las manos. Al final, los otros tres habían llegado a la conclusión de que a una chica tan mona como Iris no se le podía hacer el feo de no confirmarle la reserva.

—Eso te lo has inventado, seguro.

—Porque tú lo digas.

Según mi malévola compañera de piso, Denis se había apartado con cara de pocos amigos y se había puesto a machacar algo en el mortero. Mario le había restado importancia y el grupo se había disuelto.

Lo que nos había descuadrado a las dos era, sin duda, que, después de eso, hubiera aparecido una nueva bolsa de comida colgada en el pomo de la puerta esa noche. Era algo que me hacía pensar que, tal vez, no se tratara de un regalo de Mario, ni tampoco de Denis.

Por un lado, Mario podía haber aprovechado la coyuntura de que Iris estuviera allí para preparar algo rápido y dárselo en mano, en vez de tener que escabullirse en el portal cuando uno de nuestros vecinos decidiera entrar o salir del edificio. Por lo tanto, indicaba que la comida no la estaba preparando él... aunque hubiera sido el primero en hacerlo.

Por otro lado, tenía el convencimiento de que, después de enfrentarse a sus socios para evitar que fuéramos a cenar a ese restaurante, Denis tampoco habría tenido humor como para prepararme nada de cenar. Si tan molesto estaba, como sugería Iris, no era propio del ser humano desvivirse luego por complacer a una persona que le había causado un problema. Y yo tenía que ser un problema para él..., uno grande y pelirrojo.

«Tal vez no... Que no quiera tenerme en el restaurante ocupando sitio no quiere decir que no le sirva para alimentarme cuando les sobra comida en la cocina. Con tal de no tirar nada...», pensaba, pero mi voz interior me decía que eso era improbable.

Así pues, y teniendo en cuenta que no conocía a Benedict directamente, sólo me quedaba Eizan en la lista. Él, al menos, me había visto los pelos esa primera noche, y había participado en la elaboración del menú que había degustado con deleite. Quizá era mucho más que el repostero, aunque lo catalogaran como tal, y no tenía que estar pidiendo favores para poder entregarme una cena completa. Tampoco era que me pareciera mal pedir

colaboración, pero, si la intención del cocinero era seducirme a través de la comida, no parecía muy propio lo de solicitarle a otro que cocinara por él.

Eizan, el dulce...

¿Podía haberme follado un hombre que llevaba un gorro rosa con un *cupcake* bordado en él?

Tragué saliva.

No sabía ni qué aspecto tenía...

—Vale. Ya lo tengo todo —comentó Iris, señalando sus bolsas—. Ahora vamos a buscarte algo para deslumbrar esta noche a Benedict.

Se me descolgó la mandíbula.

—¿Por qué piensas que es él?

Iris me acarició la cabeza, como si yo fuera la mascota que había estado esperando pacientemente a la entrada de la tienda y se mereciera un reconocimiento por portarse bien... por buena chica. Estaba sentada en la zona de probadores, esperando a que mi amiga pagara en caja la ropa que había elegido.

Sí, me portaba muy bien.

—Porque has pensado en los otros tres, Emma... y, en las películas, el asesino siempre es la persona que menos te imaginas.

Nuestras vidas no están en manos de los dioses,
sino en manos de nuestros cocineros.

LIN YUTANG

Yo no me había inclinado sobre la encimera para dejar que un asesino me follara. Además, había muchas formas de matar a una chica incauta en un restaurante cerrado, aparte de con cuchillos o encerrándola en el congelador, pero, hacer que tuviera uno de los mejores orgasmos de su vida, no era una de las que me venían a la cabeza. Por lo tanto, probablemente no se podía seguir el mismo patrón para descubrir a un asesino que para desenmascarar a un amante de incógnito.

Iris me obligó a comprarme un vestido blanco de punto, sin muchas pretensiones pero que resultó llevarse muy bien con las curvas de mi cuerpo. Me solté la coleta y la cascada de cabellos quedó desparramada sobre mis hombros de manera muy sexy. Sólo me faltaba un collar que adornara el sencillo escote, y estaba segura de tener en casa algo que podía servir. De ese modo, por poco menos de veinte euros, Iris pensó que tenía posibilidades de enamorar al cocinero, fuera cual fuese.

—Ni siquiera sé quién es ese tal Benedict.

—Pues ya te digo yo que de aquí no es. Habla español; con mucho acento extranjero, pero lo hace. Aunque, para follar, que hable o no...

—¡Venga ya!

—A lo mejor por eso no te dijo nada mientras te la metía...

—Vas a ver que al final no voy a ir a cenar contigo —la amenacé, molesta con sus suposiciones... y conmigo misma, ya de paso, pues mi escarceo sexual

no premeditado me estaba dando demasiados quebraderos de cabeza y no era lo esperado.

—En ese caso, acabaré yo follando con uno de ellos. Benedict es muy guapo, con esa piel oscura y esos rasgos exóticos... ¿Cuál era el que te gusta a ti, para ver si me lo ligo? ¿Mario?

«Como si no lo supieras, mamarracha.»

Se puso a llover en modo tormenta al poco de salir del centro comercial. Por suerte, el coche de Iris funcionaba perfectamente y habíamos ido hasta allí en él, porque, de haber usado el transporte público, me podía haber visto suspendiendo la cena por catástrofe. Básicamente, porque mi pelo era un desastre después de mojarse si no lo alisaba o no definía las ondas con espuma, una de dos, y, teniendo en cuenta la hora que era y la de la reserva, a la que sin duda había que acudir puntual, no me habría dado tiempo a nada. Pues eso, catástrofe.

No me consideraba una chica presumida; no lo había sido nunca y no iba a empezar entonces, pero había ciertas cosas que no solía permitirme y una de ellas era llevar el cabello encrespado. Miles de veces se habían burlado de él, poniéndoselo más fácil a todo aquel que quisiera usarme como blanco de sus chanzas. Y lo de ir como una bruja con el pelo me disgustaba, y a poco que se electrizará, tendría que ponerme un sombrero tipo *amish* para esconderlo, así que trataba de estar presentable... aunque nunca perfecta.

«Sí, Iris opina que con este pelo eso es imposible.»

Llegamos a casa, entre una cosa y otra, media hora antes de la que teníamos fijada para bajar a cenar. Una de esas cosas fue un atasco monumental debido al aguacero, y otra de ellas, no encontrar aparcamiento en la zona... debido también a la lluvia, ya que todo el mundo se había acercado al centro en coche para evitar mojarse. La verdad es que, donde vivíamos, no había demasiadas plazas en las que poder estacionar el automóvil.

—¿Te va a dar tiempo de estar lista? —me preguntó ella, abriendo de un portazo el apartamento y saliendo a la carrera hacia su habitación.

—Yo, con la raya del ojo pintada, me apaño.

—¡Ni de coña! —me gritó, imagino que mientras se desnudaba a una velocidad que ya hubieran querido para sí las bailarinas de una actuación de ballet entre bambalinas, o los mecánicos que cambiaban las ruedas en la Fórmula Uno—. Me haces el favor y te pones bien mona, que no me he esforzado por conseguir una mesa para que ahora vayas a echarlo todo a perder yendo hecha un adefesio.

—¿Adefesio? —repetí—. ¿Me has llamado adefesio?

—Sí. ¿Te lo digo más alto, abuela?

Me dieron ganas de contestarle que ya lo había echado todo a perder en el momento en el que me follé —o dejé que me follara— un desconocido, ya que eso limitaba mucho mi capacidad para poder ir directamente hasta Mario y ponerle ojitos... o como quiera que se hiciera para ligar con un hombre que parecía mucho más experto que yo en esos temas. Normalmente sólo me entraban por los ojos los chicos universitarios, esos con los que había frecuentado los bares en la época de estudio, y, salvo el residente en el hospital —que me sacaba unos cuantos años y me había dado un par de lecciones que no había podido poner en práctica aún, por falta de un amante que despertara mis ganas como lo había hecho él—, el resto no era mucho mayor que yo.

Pero con mi chef haría locuras...

«Sí, ya, como que con la cabeza tapada ibas a chupar muchas cosas...»

Tras razonar todo eso, no tuve muy claro que pudiera hacer algo para ligarme a Mario por mis propios medios. Si él no quería ser ligado... Si él sólo deseaba un poco más de sexo y luego olvidarse de nuestra historia...

«¿Y cuál es el problema de eso?»

¿Nuestra historia? ¿En qué planeta había aterrizado?

Aun así, seguí el consejo de Iris y me esmeré frente al espejo de mi cuarto de baño, aplicando corrector de ojeras y sombra de ojos como si no hubiera un mañana. Cuando terminé, parecía más un oso panda que una chica dispuesta

a ir a cenar a un restaurante elegante, pero no había demasiado tiempo para enmendar el error garrafal de ponerme a improvisar con el maquillaje.

—¡Cielo santo! —exclamó ella al verme salir al salón—. Me niego. No vas a ir así.

—Mira la hora que es —le dije, señalándole el reloj de pared—. O voy así o no voy.

Iris puso los ojos en blanco y yo me partí de risa. Me pasó la yema de los dedos por los bordes del desaguisado que había provocado y trató de difuminarlos con algo de saliva, en plan madre que ve una mancha en la cara de su hijo justo antes de entrar en el colegio. Le puse gesto de asco, pero sabía que mi amiga dejaría mi aspecto mucho más decente de lo que estaba.

Lo cierto era que la situación resultaba francamente cómica. Iba a ir a un restaurante en el que me había acostado con un desconocido y se suponía que tenía que averiguar quién era éste con las pocas pistas que podía recabar. Mi amiga estaba como loca por enterarse también de la identidad de mi amante furtivo, así que la noche se presentaba, cuando menos, diferente.

Faltaba por saber si, también, resultaría provechosa.

«Vamos a jugar al Cluedo.»

—Ten en cuenta —solté, cogiendo mi pequeño bolso de mano y el teléfono móvil— que le va a dar igual el aspecto que tenga. Me echó un polvo mientras yo llevaba un gorro en la cabeza. No le interesaba mucho mi rostro...

«Ni mi boca.»

Iris me acompañó con las risas y de pronto nos importó muy poco la sombra de ojos demasiado oscura o que mis cabellos siguieran siendo de color naranja. Ni iba a acabar casada con un cocinero a mis veintipocos años, ni me iba a pasar nada por haber dejado que un desconocido se colara entre mis piernas, ni mi horrible compañera de trabajo iba a estropearnos la noche... convine, desenredando el hilo de mis malestares. Me dije mentalmente que ya encontraría la manera de pagar la reparación del coche y que, además, sin duda me aparecería un curro mejor, que además se ajustaría a mis necesidades

económicas, para no tener que regresar a casa de mis padres y ser una veinteañera mantenida con carrera universitaria.

Todo iba a tener solución. Sólo había que sonreírle a la vida con cara de oso panda y pelo de espantapájaros.

Y la noche acababa de empezar.

—Pues venga, mapache. Vamos a averiguar a cuál de esos cocineros te cepillaste.

Lo que no mata... engorda.

ANÓNIMO

Entendí a la perfección la reticencia del cocinero amargo a la hora de realizar para nosotras una reserva, pues no había ni un hueco libre en el momento en el que cruzamos la puerta. El comedor estaba completamente lleno, con comensales bastante silenciosos que daban cuenta de los platos en vez de disfrutar de la compañía de la persona que tenían delante. Imaginé que sí que se dirigían la palabra, pero intuí que era un lugar donde el susurro se apreciaba mucho más que lo de alzar la voz.

Creo que era el único sitio que había visitado donde el hilo musical se oía por encima de las voces, además de en el dentista. En ese instante, y para mi asombro, sonaba Rosario con su *Sabor, sabor*.

«Muy apropiado, desde luego.»

Una camarera acudió de inmediato a la entrada para atendernos, aunque lo hizo con un gesto que delataba que no le apetecía demasiado, ya que no teníamos pinta de ser uno de esos clientes dispuestos a dejar la mejor propina de la noche. Seguro que prefería invertir sus esfuerzos en otros que llevaran más pasta en la cartera.

—¿Tienen reserva? —nos preguntó, tras un escueto saludo, echando un breve vistazo a nuestro aspecto. Llevaba un par de cartas en la mano, pero me sonó como si no creyera que acabaríamos siendo nosotras las que finalmente elegiríamos entre los platos que ofrecían esas páginas.

—Pues claro que tienen reserva. ¿No recuerdas que has sacado aquella mesa de allí a petición mía?

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos clavados en los míos. Una punzada en el fondo del estómago —no, en verdad más abajo, casi entre las piernas— me hizo sonrojar mientras él me miraba con esa expresión pícaro y desvergonzada que no tenía —ni quería hacerlo, tampoco— nada que esconder... porque disfrutaba al dejar las cosas bien claras.

Picante.

—Por supuesto —se disculpó ella ante uno de sus jefes—. ¿Me acompañan, por favor?

—Ya las acompaño yo, gracias —comentó el chef, despachando a la camarera como si no le sirviera para acomodar a sus mejores clientas.

A Iris y a mí se nos quedó cara de pasmo, casi la misma que a la pobre chica, que le entregó las cartas a su jefe y se marchó directa a atender a otros comensales que la reclamaban. Mario me guiñó un ojo e Iris se adelantó hacia la única mesa que quedaba libre, para dejarnos cierta intimidad.

—Me alegra que te hayas atrevido a aceptar mi invitación —me dijo, acercando su rostro al mío para darme dos besos suaves, uno en cada mejilla—. No las tenía todas conmigo.

—Es que he venido de milagro —le reconocí, azorada, recordando que le había dicho que nunca podría ser clienta suya, con los precios tan desorbitados que tenían en la carta—. Si Iris no llega a...

—Tu amiga tiene mucho carácter —me interrumpió, pasándome la mano por la espalda. Una descarga eléctrica recorrió todo mi cuerpo, iniciándose en ese punto donde sus dedos habían hecho contacto. Me estremecí y estoy segura de que él pudo percibirlo—. Me dejó muy claro que quería el mismo trato que habías tenido tú con el envío de comida... y gratis, por supuesto.

«La madre que...»

¿Le había dicho que no pensábamos pagar? ¿De verdad tenía una amiga que se atrevía a ir con esa cara por la vida? ¿Y se lo había soltado a un completo desconocido para ella?

—A mí me gustaría poder compensarte la invitación de alguna forma...

—Seguro que encontraremos la manera...

«Eso sí que ha sonado bien... muy bien.»

De pronto, el hechizo del momento —de nuestras miradas conectadas y su mano en mi espalda, casi más abajo de lo decoroso— se vio interrumpido por una mirada que provenía de la cocina. Mario no pudo verlo porque estaba de espaldas a la enorme mampara de cristal, pero los ojos de ese otro cocinero, el amargo, se habían quedado perdidos en la mano que continuaba manteniendo el contacto conmigo. Desde donde estaba no podía verla del todo bien, pero sí intuirlo, y la vigilaba... con odio, con rabia y con ¿celos?

—No te hagas mala sangre con él —me dijo, girándose al ver cómo miraba hacia la cocina y tras darse cuenta de que no dejaba de observar a ese otro chef que no nos quitaba ojo desde el otro lado de la mampara—. Vive en constante cabreo desde que su esposa lo dejó y no le permite ver a sus mellizos. Lleva muchas semanas cagándose en todos los muertos de las mujeres, en especial en los de la suya, y, cada vez que nos ve arrimarnos a una chica, nos suelta tal sermón que parece nuestro padre: que si todas van buscando lo mismo, que si no seamos estúpidos, que si es preferible centrarse en el trabajo para no llevarse disgustos, que debería darnos vergüenza no aceptar un consejo...

Entonces, ¿por eso había sido tan hosco conmigo todas las veces? ¿Porque no soportaba a las mujeres por lo que le había hecho la suya? ¿Porque pensaba que sólo estaba allí porque necesitaba comer gratis?

«Eso, al menos, sí que es verdad. Si tuviera veinte euros en el bolsillo, estaría en el cine con una bolsa de palomitas y luego me iría a comer una hamburguesa, y no aquí, que con un billete de veinte euros en la cartera sólo iba a poder pagar la bebida.»

Lo bueno de aquello era que, al menos, podía descartar a Amargo —iba a usar con él ese apodo a partir de aquel momento, lo estaba viendo— como mi amante desconocido de la otra noche. Si tanta animadversión sentía hacia las mujeres, no iba a ponerse a follar con una completa desconocida, aunque

tuviera necesidades sexuales como todos los hombres que conocía. Para eso tenía una mano y un cuarto de baño donde poder machacársela si le hacía falta y se le empinaba.

«Nada, guapa, sólo queda descartar a otros dos y listo. Para eso estamos aquí, ¿no?»

Con todo, el trabajo no iba a resultar nada sencillo, básicamente porque a dos de ellos no les había dirigido la palabra todavía, y de uno no conocía ni la cara... aunque, por tanto, ¿cómo era posible que se hubieran atrevido a meter la polla entre mis piernas?

Tenía que ser Mario..., pero debía asegurarme de ello, de todos modos, antes de preguntarle..., o quizá mejor no preguntarle y dejarlo pasar. Así de simple. Olvidarlo.

Sin embargo, la mirada se me escapó hacia la mampara, detrás de la cual Amargo había bajado la suya para concentrarse en la comida que tenía delante, dispuesta sobre la encimera de la isla central de la cocina. Un cuchillo enorme en una mano, unas cuantas verduras troceadas en una tabla... y ese gorro de cocinero que me había puesto yo en la cabeza y que me había impedido ver nada mientras uno de ellos me la metía. Me sonrojé ante ese íntimo recuerdo. Me sentí humedecer cuando reviví el momento en el que me vi apresada entre su cuerpo y la encimera de la cocina. Me mordí el labio inferior y Mario acudió a liberarlo con un par de dedos, delicadamente.

—Si tienes hambre, yo me encargo de darte de comer..., pero no te comas tus labios, que me entran ganas de hacer lo mismo.

«¡Joder!»

Tenía que ser él. Era pecado en estado puro. No podía entender que un hombre como ése hubiera puesto los ojos en mí. Era atractivo, por lo menos diez años mayor que yo —o tal vez sólo cinco, tampoco había que pasarse— y con un buen trabajo, interesante y excitante.

«Bueno, no debo especular, que no sé si el restaurante deja muchas ganancias a sus propietarios, con la cantidad de empleados que tiene y lo que

debe de pagar de alquiler.»

¿Y desde cuándo era yo experta en hostelería como para tener una opinión formada sobre lo que ganaba un chef? Me estaba haciendo una película con los pocos datos de los que disponía y era aterrador pensar en las consecuencias.

Me estaba enamorando. Estaba pensando más allá de un polvo..., planteándome un futuro, una vida en la que me importaba lo que se ofrecía en esa carta que aún no había leído.

«Ni de coña. Lo que pasa es que mi vida es tan triste que lo de tener a un hombre preparándome la comida y queriendo follarme es el primer premio de una lotería a la que no pienso jugar.»

No podía estar enamorada. Apenas conocía a Picante. Nos habíamos dirigido sólo unas pocas frases y apenas si había follado con él una vez...

«¡Coño! ¡Que no sé con quién he mojado!»

Por suerte, logré soltar la presión sobre el labio y, a partir de ahí, fui capaz de poner un pie delante del otro para avanzar hasta la mesa. Iris me miraba con cara pícaro, ya que había sido testigo de toda la escena. La mano de Mario en mi espalda —o lo que podía empezar a llamarse culo—, sus dedos en mis labios, mi mirada de tonta... Para cuando llegué junto a mi amiga, Mario ya había retirado mi silla para que pudiera sentarme con comodidad.

—Eternos, esos diez pasos hasta la mesa, ¿eh?

Iris, desde luego, no se cortaba un pelo a la hora de sacarme los colores. Por lo menos, el rojo en las mejillas disimulaba mis pecas y hacía juego con el naranja de mi cabello. Todo el mundo decía que me sentaba de miedo eso de sonrojarme.

—Voy a deducir que tú también tienes hambre...

No me gustó oír cómo le hacía ese comentario a mi amiga, ni un pelo.

—¿Lo dudas? —contestó ella, resuelta—. Y, el chef, ¿qué nos recomienda de la carta?

Yo ni siquiera había conseguido abrirla todavía y ella parecía que ya se la había estudiado y sabía perfectamente lo que quería comerse.

«Lo mismo que yo», fue lo que pensé. Mala pécora...

—Los platos que elaboro yo, sin duda.

Me dije que la cocina debía organizarse de esa forma; cada uno debía de tener una especialidad, pero probablemente yo no iba a ser capaz de distinguirla. Bueno, la del repostero, sí; comprobé que seguía llevando ese ridículo gorro rosa con un *cupcake* bordado y me di cuenta de que estaba al lado del horno, vigilando algo. Deduje que todos los postres eran obra de... ¿Cómo demonios se llamaba? ¡Qué mala era para retener los nombres! Dulce, iba a ser Dulce a partir de ese instante.

Le comenté a Mario mi incapacidad para saber qué platos preparaba cada cual y reconocí mi poca destreza para adivinar cuál era su especialidad, aunque añadí que la de Dulce quedaba clara: hacía los postres.

—Siento decirte que te equivocas. Él no hace todos los postres.

«¡Mierda!»

—¿Os fiais de mí y me permitís que elija la cena por vosotras?

—Nos fiamos... —se apresuró a decir mi amiga, dejándome sin capacidad de opinar—, pero con una condición —añadió—: Queremos un plato de cada uno. Prometemos no espiar en la cocina y luego trataremos de adivinar qué has cocinado tú y qué han preparado tus compañeros.

A Mario le brillaron los ojos. Quedó claro que le encantaba lo de jugar con nosotras. Sin embargo, a mí no me hizo ni pizca de gracia que estuviera jugando con ella, pero recordé que habíamos ido allí a desvelar un misterio y teníamos que adivinar también cuál de ellos era el que me estaba dando de cenar en casa. Iris había tenido una buena idea, desde luego.

Porque las notas, como complemento, eran muy esclarecedoras, ¿no? El mismo que me había follado era el que preparaba la comida, ¿cierto?

«Fíate de eso y no le des más vueltas, Emma...»

—Trato hecho. Vamos a ver cómo... abrimos boca.

Hacer amigos es fácil. Lo difícil es mantenerlos alejados de tu comida.

ANÓNIMO

Era complicado pensar cuando tenía esas últimas palabras metidas en la cabeza.

Abrir boca.

Abrir boca... para él.

Abrir la boca para que metiera... lo que quisiera meterme.

—Emma, ¡atiende!

Miré a Iris, que me pasaba otra vez la mano por delante de los ojos, como si estuviera tratando de sacarme del trance de una sesión de hipnosis. Me había quedado ensimismada mirando la carta, aunque estaba claro que no iba a pedir nada de ella salvo que los platos que trajera Mario —o la camarera, pues tal vez no volvería a ver acercarse al chef en toda la velada— me produjeran arcadas... y estaba convencida de que ése no iba a ser el caso.

—Perdona...

—Te decía que están cuchicheando mirando hacia aquí, los cuatro, y que Denis parece enfadado.

—¿Denis?

—El mayor de todos, ¿no lo recuerdas? Ese tipo serio que lleva el gorro negro.

Iba a girarme, pero Iris me sujetó de la mandíbula para obligarme a enfrentarla otra vez. Amargo, se refería a Amargo.

—¡No mires ahora!, que se darán cuenta de que te he avisado y no

queremos parecer niñas, ¿no es así?

—A ver... Nos has autoinvitado a cenar en un restaurante en el que no pegamos ni con cola. ¿De verdad piensas que no nos consideran niñas?

—Uno te ha follado...

—¿Y no puede follarse a una niña?

Me giré, zafándome de su mano, para encontrarme con Mario señalando hacia nuestra mesa con un cuchillo. El resto de ellos nos miraban con una sonrisa dibujada en la cara; todos... menos Amargo... Denis..., el chef del gorro negro... Ese que se acababa de separar y que odiaba a las mujeres. Él no sonreía, sino todo lo contrario. Imaginé a Mario diciéndole que preparara su mejor plato para nosotras y a Amargo espetándole a la cara que si iba a ser él quien costeara tal exceso... y a Picante contestando que sí... y a Amargo replicando que, entonces, cocinara él.

«Menuda película me estoy montando solita, la verdad.»

El resto del equipo estaba encantado con la idea, por lo que se veía. Denis seguía repartiendo órdenes a diestro y siniestro, como si se tratara del jefe de cocina. Tal vez lo fuera, después de todo. Por lo que había entendido en los programas que veía en la televisión, en los que llegaba un chef experto para tratar de arreglar la situación de un restaurante que se iba a pique por falta de conocimientos en cocina o en hostelería —y que yo veía pensando que me enseñarían a freír un huevo, tonta de mí—, en la cocina tenía que haber un chef principal, que era el jefe de cocina, y luego ayudantes del cocinero, pinches y demás..., incluso alguna persona encargada de fregar los platos. ¿O eso era lo que hacía el pinche?

Así que... ¿qué hacían cuatro chefs en una cocina? ¿Matarse entre ellos o retarse a ver cuál la tenía más larga?

«No, seguro que se pican por quién folla más, o por cuál cocina mejor, pero la polla la tendrán metida debajo del delantal.»

«Come.» Esa palabra me perseguía en mis sueños y en mis pesadillas. El delantal elevándose por el efecto de una tremenda erección...

«Por favor, que no me haya penetrado el repartidor de la Coca-Cola...»

No tenía nada en contra de los repartidores de refrescos, pero, de ser así, me resultaría imposible identificarlo, y yo necesitaba saber quién era para aceptar lo sucedido y luego dejarlo correr. O eso trataba de creerme, pues, cuando lo supiera, tal vez me tirara de mis pelos naranja de bruja enloquecida.

De pronto, los ojos de Denis volvieron a fijarse en mí. Me dedicó una mirada cargada de odio. Podía empezar a entenderlo, pero en ese momento no estaba de humor para perdonarle todos los desplantes que me había hecho desde que lo conocía; todavía no. Los nervios no me dejaban ser todo lo empática que solía mostrarme con otras personas, sobre todo con mis pacientes, y en ese instante estaba como un flan. Que Denis tuviera un problema de tales dimensiones en su vida privada justificaba que estuviera de eterno mal humor, y como consecuencia hacía que a mí me molestara bastante menos su actitud. Dolía encontrar tanta rudeza en las palabras de un hombre al que no le había hecho nada —salvo asaltarle la despensa y distraer a uno de los chefs del restaurante, aunque poco más—, pero lo comprendía.

Comprendía al ser humano que lloraba y que reía.

Un divorcio debía de ser un trance muy duro y era normal que al final se le hubiera amargado el carácter. Más, si añadíamos como ingrediente —¡qué cultura culinaria estaba adquiriendo, por favor!— lo de que su esposa no le facilitara las cosas para poder ver a sus hijos. Aunque tampoco podía opinar al respecto, ya que no tenía más datos. Quizá Denis era un maltratador y su mujer se había alejado de él, llevándose a los mellizos con ella, de forma del todo justificada. O tal vez nunca le había importado su familia y no ver a los niños no le resultaba un problema. ¡Cualquiera sabía! Se veían demasiados casos en las noticias de los informativos como para poder desechar esa posibilidad. Al final, un matrimonio había que mantenerlo entre dos personas... y quizá Amargo no había sido un buen marido.

Que odiara a las mujeres podía venirle de antes...

Denis se dio media vuelta y dejó de observarme, y yo, reprendida por Iris,

hice lo mismo y me senté otra vez mirando al frente... de cara a ella, a la carta... y la carta era cara de narices, pero todo parecía espectacularmente delicioso.

—Te cuento mis impresiones —me dijo Iris, captando mi atención—. Con Mario no has tenido sexo.

Me serví corriendo un vaso de agua y entonces me di cuenta de que aún nadie nos había preguntado lo que queríamos beber. El bosque de copas seguía intacto, ocupando la zona central de la mesa. Conté seis, y dos vasos. Iba a ser incapaz de identificar en cuál de esos recipientes debía beber el agua.

«Pues bebo del vaso, que es lo que hago en casa.»

—¿Por qué has llegado a esa conclusión? —planteé, con todo el miedo del mundo y también mucho escepticismo. Las suposiciones de Iris estaban resultando ser un tanto peligrosas.

—Pues porque te mira con hambre, con deseo... con *demasiado* deseo. Un hombre que ya hubiese follado contigo no te miraría de esa manera.

«Me quitas las ganas de vivir.»

—¡Vaya! Pues qué poco dura entonces la pasión para ti.

—Te digo que Mario te mira así por no haberte catado. Se te ha cepillado otro.

Agaché la cabeza y cerré los ojos. Traté de pensar en esa posibilidad. Procuré hacerme a la idea de que la había cagado acostándome con un tipo que no sabía quién era. Mi posible relación con Mario se iba al traste por momentos. Era como una peli porno mala, en la que la actriz disfruta de las atenciones de cualquiera con los ojos vendados, sin importarte nada.

«No disfruta de las atenciones, disfruta de la polla.»

¿Cómo me había sucedido eso? Era tonta del culo, o lo de trabajar a destajo me había afectado en exceso, que también podía ser, dejándome sin neuronas para otra cosa que no fuera buscar la manera de conseguir que mi compañera de trabajo llegara a su hora. Pensar en la clínica y en esa arpa me puso de muy mal humor por un momento, pero por suerte me duró poco. Justo

hasta el instante en el que la camarera que nos había mirado con cierta prepotencia se acercó para traernos una botella de vino que, imaginé, también había seleccionado Mario. ¿O tendrían un especialista en vinos en el restaurante? ¿Cómo se los llamaba?

—Sumilleres —me contestó Iris cuando le planteé esa pregunta, una vez que la muchacha se hubo alejado de la mesa, pues no quería que se enterara de mi poca cultura gastronómica y pudiera pensar, aún más todavía, que no encajaba allí ni de broma... y que Iris no se quedaba atrás.

«Bueno, al menos ella sí recuerda lo de sumiller.»

—¿Tú has probado alguna vez lo del vino?

Y, por «lo del vino», me refería a eso de olerlo, estudiar su color, el tema de los posos, probarlo tímidamente para, después de toda esa parafernalia, poder decirle a la camarera que llenara la copa porque era de su agrado.

En aquella ocasión la muchacha ni se molestó en esperar nuestro visto bueno. Imagino que ya sabía que le diríamos que podía llenar las copas sin realizar la cata como sí hacía con el resto de los clientes, porque lo hizo sin preguntar siquiera si queríamos el vino... como si no entendiéramos de nada.

—Un poco antipática, ¿no? —me comentó Iris, negando con la cabeza para responder a mi pregunta anterior.

Me sentí algo mejor al saber que tampoco habría tenido idea de qué hacer si le llegan a ofrecer catar el vino.

—Me parece que le caigo mal —le aclaré, recordando la primera vez que Mario me había servido algo de comida. En ese momento estaban recogiendo el comedor y, que me ofreciera cenar allí, retrasando el cierre, no tenía que haberle gustado ni un pelo.

Aunque, si lo pensaba mejor, probablemente por ese restaurante pasaba tanta gente que le resultaría difícil recordar a todos sus clientes.

«¡Como para olvidar mi pelo naranja! Seguro que se acuerda de mí. Las buenas y las malas experiencias siempre se quedan grabadas, y yo no fui una de las buenas. No le dejé propina...»

—Vale. Volviendo a lo de descartar... —reconduje la conversación.

—Yo quito de la baraja a Mario —afirmó, volviendo a centrarse en lo de desechar opciones. Alineó cuatro de las copas delante de nosotras y apartó una, como si identificara ésa con el chef picante. No me habría sorprendido si de pronto, del bolso, hubiera sacado unos cuantos pósits con forma de gorro de cocinero en los colores que necesitábamos y se los hubiese pegado a la cristalería.

Su forma de actuar me recordó al juego de ¿Quién es quién?, pero no sabía si el personaje de la carta que ella tenía sobre su tablero tenía el gorro rosa o negro.

—Yo descarto a Denis —comenté, muy resuelta, tras beber un poco de vino. No me ayudó a quitarme la sequedad de la boca, pero al menos no estaba allí parada con cara de lela, sin saber lo que iba a cenar ni si acabaría yéndome a la cama con Mario... al menos... esa noche.

Aparté otra copa, pegándola a la pared, dejando sólo dos en el centro.

—¿Y por qué?

Le expliqué a Iris lo que me había contado Picante, lo de que se acababa de separar y que odiaba a las mujeres. Después de escucharme con atención durante un minuto sin interrumpirme —cosa sumamente rara en ella—, asintió, dando por bueno mi razonamiento. Por lo tanto, desde nuestro punto de vista, nos quedaban dos posibles amantes... y no había intercambiado ni una sola palabra con ninguno de ellos.

Era normal que, al llamarlo Mario, hubiera salido huyendo.

—¿Cómo dijiste que se llamaban?

—El cascarrabias, Benedict, y el musculoso ese que se encarga de los postres... Eizan.

Por mil veces que me lo repitiera ella, mil veces lo olvidaría yo. O, mejor dicho, querría olvidarlo, ya que lo de acostarme con hombres de los cuales no conocía ni el nombre era para emborracharse y tratar de olvidar. Agrio y Dulce, gorro rojo y gorro rosa.

—No puedo creer que la haya fastidiado acostándome con uno de esos dos...

—¡Como te vuelvas a fustigar por ello, te dejo en ridículo en público!

—¿Más?

—No me subestimes, pelirroja.

Respiré hondo y, un instante después, estaba allí la camarera *simpática*, con nuestro primer plato. Lo dejó con un poco de brusquedad sobre la mesa, nos informó de en qué consistía el plato con demasiada rapidez como para que pudiéramos entenderla y, tal cual había llegado, se marchó.

—Tiene que ser que se huele que no le vamos a dejar propina.

—O puede ser que, como has sido tozuda y la has forzado a sacar una mesa de la nada, tiene trabajo extra —repliqué yo, reprendiéndola—. El local está lleno y no las he visto descansar ni un solo segundo.

Iris volvió a dar mi respuesta por válida y se me desencajó la mandíbula. Dos en una noche. O lo estaba haciendo aposta para que no me levantara en medio de una discusión y me fuera directa a casa o se estaba comportando como una mujer adulta, en un lugar frecuentado por adultos, para que la consideraran como tal.

Atacamos a la vez el plato, una especie de milhojas con distintas verduras, queso crema uniéndolo todo, y algo de *foie* fresco colocado en precario equilibrio sobre la torre, que apenas si conservaba el calor de la plancha cuando me lo llevé a la boca. Había un par de láminas de algo que parecía un barquillo salado entre unas capas y otras, dando algo de consistencia a la estructura.

El primer bocado se deshizo contra el paladar cuando lo moví con la lengua.

Exquisito.

—Este plato lo ha tenido que preparar Mario —comentó Iris, tragando lo que tenía en la boca.

—¿Por qué lo dices?

—Porque está tan bueno como él...

Adoro cocinar con vino. A veces, incluso lo echo en la comida.

W. C. FIELDS

—Nos están observando.

Y así, toda la noche. Iris no me había dejado comer tranquila; es más, había peleado por todos y cada uno de los pedazos del plato. Entre sus pesquisas, sus miradas a la cocina para ver qué hacían y a dónde miraban y lo de robarme mi porción de cena, tenía unas ganas locas de que aquello terminara.

Un plato de carne y otro de pescado más tarde, y después de un postre a base de hojaldre, crema pastelera, algo de nata y grosellas que hizo que nos chupáramos las dos los dedos —literalmente—, Mario se tomó la licencia de abandonar la cocina, sentarse a nuestra mesa con una silla plegable que se trajo consigo y servirse una copa de vino... de nuestro vino.

Utilizó una copa de esas que la camarera no había retirado y que nosotras habíamos empleado para descartar candidatos..., de esas que, hablando con él, entendimos que debería de haberse llevado la chica en cuanto nos habían elegido el vino.

—Está teniendo muy mala predisposición —me dijo, refiriéndose a su empleada—. Cualquiera día la pongo de patitas en la calle.

Abrí mucho los ojos, disgustada por ser la culpable de que alguien pudiera perder su puesto de trabajo. Una cosa era que no pensara dejarle propina y otra, muy distinta, hacer que cayera en desgracia en el restaurante.

—¿Y puedes hacer eso sin consultarlo con tus socios?

—Dudo de que alguien la vaya a echar de menos.

Después de hablar un rato sobre lo duro que había sido el servicio de esa noche y de los últimos días en general, más que nada porque estaban teniendo todas las mesas reservadas día sí y día también —y no se cancelaba ni una— y ya acumulaba cierto grado de cansancio aquella semana por culpa de su ajetreada vida social, pasó a preguntarnos por lo que las dos sabíamos que había venido a buscar: ganar su apuesta.

—Veamos, ¿quién ha preparado el timbal de verduras? —preguntó, recostándose sobre el respaldo de la silla y cruzando los brazos sobre el torso, con suficiencia.

—Tú —respondió Iris, resuelta.

—Primer fallo —contestó, divertido. Reprimió una carcajada de milagro, pero yo no pude y me reí de la cara que se le quedó a mi amiga al fallar a la primera—. Continuemos: ¿quién ha elaborado el *tataki* de atún rojo?

Mantuve la boca cerrada. Aquel juego le pertenecía a Iris. Poco a poco las mesas se habían ido quedando vacías y parecía que el único que mantenía cierto movimiento en la cocina era el repostero. El resto del personal estaba limpiando y ordenando... salvo Picante, claro. Él se estaba bebiendo una copa de vino con nosotras, y a Denis se lo llevaban todos los demonios.

Y era normal.

Me recordó a mi compañera de trabajo. Comprendí su animadversión en ese momento. No veía justo que Mario se hubiera librado de la parte dura del trabajo para disfrutar de una tardía sobremesa con sus invitadas.

—Benedict.

—Segundo fallo. Pinta bien para mí. ¿Habíamos apostado algo?

Esperaba que no, ya que, como perdiéramos y nos tocase pagar la cuenta, la cosa, al menos por mi parte, iba a estar complicada. No sabía si debía levantarme e ir directa a la cocina para ofrecer mi ayuda y empezar a saldar mi deuda. Aunque no supiera cocinar, lavar platos se me daba de fábula; no teníamos lavavajillas.

—Si quieres cobrarte algo, aún estás a tiempo. ¿Acostarte con alguna de

nosotras, quizá?

—Pero ¡qué coño...!

—Tranquila, Emma —me dijo él, con gesto sereno—. Con las dos al mismo tiempo estaría bien, no voy a hacerle el feo a ninguna...

Creo que se me desencajó la mandíbula... otra vez. Bueno, en verdad estoy segura de que eso fue lo que pasó, más que nada porque Iris se encargó de cerrarme la boca, ante la atenta y chispeante mirada de Mario. Tampoco se carcajeó en esa ocasión, aunque estoy convencida de que ganas no le faltaron.

—¿No os van los tríos? —Para ese entonces hasta a Iris se le había puesto mala cara—. Vale, vale. ¡Que es broma! Está visto que hay cosas que no se os pueden decir a las enfermeras.

—Y menos cuando se supone que estás tratando de ligarte a mi amiga...

«Tierra, trágame.»

—Iris...

—¿Tratando? ¿Eso es que no lo he conseguido todavía?

Sin duda hubiera sido el momento oportuno de empujar a Iris para que se largara a casa o pegarle disimuladamente una patada por debajo de la mesa, pero mi amiga no me iba a permitir nada de intimidación y menos cuando había sido la artífice —cerebro maquiavélico— de aquella reunión. Si acabábamos en la cama Mario y yo esa noche, tendríamos que echar de la habitación a Iris. No me cabía la más mínima duda.

—Yo...

—¿Dejamos esta conversación para luego? —me preguntó Mario, cogiéndome de la mano en un gesto tan íntimo que me sorprendió hasta dejarme sin habla—. ¿Te importa? —volvió a preguntar, al ver que no obtenía respuesta.

Sólo conseguí mover la cabeza de forma afirmativa, seguramente con la expresión más estúpida que se me había quedado en mucho tiempo. Bueno, no tanto, si tenía en cuenta que debía de ser la misma que se asomaba a mi rostro cuando me soltaba una de sus perlas mi impuntual compañera de trabajo.

«No puedo llamarla “compañera”. Las compañeras están hechas de otra pasta.»

O mi descarada compañera de piso.

—Ahora... sigamos con lo de adivinar la autoría de vuestra cena.

¿Qué tipo de hombre se trabajaba durante días lo de ligar con una chica dándole de comer y, llegado el momento, prefería seguir con un estúpido juego?

«Alguien que ya se ha acostado conmigo, o alguien que sólo quiere sexo, sea con la chica que sea, y le resulta tan fácil conseguirlo que no piensa que merezca la pena esforzarse.»

No me gustó ni una pizca pensar eso... Ninguna de las dos opciones, en verdad, pero tuve que reconocer que, con Iris delante, no era el mejor momento para tener intimidad con Picante, aunque no se me iba de la cabeza la sensación de que estaba tratando con un tipo creído y muy pagado de sí mismo, que hablaría cuando quisiera o le viniera bien. Estaba más interesado en saber si adivinaríamos algo acerca de su plato, y probablemente lo que le llamaba más la atención era descubrir si lo que había cocinado él era lo que más nos había gustado de lo que habíamos comido.

«Eso, a seguir especulando. Como no tengo otra cosa que hacer...»

Debía vaciar la mente, dejarme de prejuicios, empezar a sentir otra vez, como hacía sólo unas horas...

Lo que estaba claro era que Mario había estado ligando conmigo. No me lo había imaginado —siempre cabía la posibilidad de que la vida tan triste que estaba llevando hubiese hecho que me consolara con fantasías de lo más estrambóticas—, porque, tenía que reconocerlo, ningún chico como Mario se había fijado nunca en mí. No porque fuera fea o no tuviera la simpatía suficiente como para atraer al sexo opuesto, pero ciertamente no tenía un carácter tan abierto como Iris. Mi cabello, o era odiado o era amado con locura, y eso cerraba muchas puertas. Las rubias ligaban más, no me cabía

duda. Mi pelo zanahoria atraía muchas miradas, pero casi siempre había despertado más burlas que piropos.

Sin embargo, las cosas iban a cambiar. Tenía trabajo, era una mujer independiente —hasta que mi nómina me descubriera lo contrario— y me iba a comer el mundo en cuanto la arpa del turno de noche se decidiera un día a llegar puntual al curro. Ese día me bebería un par de copas a la salud del que le adelantó la hora en su reloj para que se confundiera y pensara que estaba llegando tarde...

—¡Emma! —me gritó Iris, sacándome nuevamente de mis cavilaciones.

Me resultaba demasiado fácil estar completamente en Babia a lo largo de una conversación. Lo que ya no era tan frecuente era que lo hiciera mientras un hombre me tenía cogida de la mano. Menos mal que no me había puesto a hablar en voz alta.

—Preguntaba por la carrillera...

—Eizan. —Iris soltó el nombre de forma apresurada, aunque tenía claro que yo a esas alturas no iba a participar en el juego.

Mario se frotó las manos con gusto, sin perder la sonrisa.

—Tercer fallo...

—¡Joder! ¿No vamos a acertar ni uno?

—Lo estás haciendo aposta para perder. Tú quieres ese trío conmigo...

Iris me miró como si me fuera a enfadar con ella por el comentario del otro. Empezaba a caerme bastante borde, pero podía ser que se estuviera comportando así porque mi amiga estaba delante. Las otras veces que había tratado con él, no lo recordaba con esa prepotencia.

«Como si hubieran sido muchas...»

—Y nos queda el postre...

Levanté la mano, avisando a mi amiga de que mantuviera la boca cerrada. No quería que se me adelantara en esa ocasión, porque había decidido probar suerte.

Mario se giró hacia mí, con curiosidad, volviendo a cruzar los brazos sobre

su pecho, apoyando las manos en el hombro contrario. Movi6 la mand6bula inferior hacia un lado y hacia el otro, sabi6ndose victorioso. Hab6a conseguido que fall6ramos tres de cuatro, aunque eso era bastante f6cil. Hab6a ganado y eso era todo lo que necesitaba. La curiosidad por saber si acertar6a al menos una vez hac6a que no perdiera la emoci6n.

El postre ten6a que estar cantado, ¿no?

—Y la tarta de hojaldre con frutos rojos la ha preparado...

—Denis —respond6, cruzando los dedos por debajo de la mesa.

Picante cerr6 la boca, disgustado.

Vamos a dormir, porque amar es ingrato, beber es caro y comer engorda.

ANÓNIMO

Estábamos subiendo la escalera de nuestro edificio cuando Iris se dio cuenta de que me faltaba el abrigo. Aunque vivíamos a dos pasos del restaurante —en verdad, seis, que los había contado—, el mal tiempo, la lluvia y demás habían hecho que en el último momento cogiera una chaqueta negra para complementar el vestido de punto blanco.

Y, casualmente, la había dejado caer del respaldo de la silla... para tener una excusa para regresar.

—¡Tú esta noche quieres follar!

Le hice un gesto para que se callara, que las palabras retumbaban una barbaridad en el hueco de la escalera del edificio y todos los vecinos podrían entender perfectamente lo que estaba diciendo Iris... y lo de follar no estaba bien visto, teniendo en cuenta que la media de edad de las personas que vivían en él rondaba los setenta.

—La excusa perfecta para volver —le respondí, en un susurro.

Después de haber acertado que había sido Denis el que nos había preparado el delicioso postre de hojaldre, precisamente había sido éste quien había hecho levantar a Mario de la silla, de muy malos modos, pegándole cuatro gritos desde la entrada de la cocina. Por suerte, lo hizo cuando solamente la nuestra y otra mesa más permanecían ocupadas todavía.

—¿Vas a tener la decencia de ayudar algo esta noche? —rezongó, muy irritado.

Mario no tuvo más remedio que reconocer que se había pasado de listo, así que se despidió de nosotras. No quedó muy claro si después del trabajo llegaríamos a hablar sobre ese insignificante tema sin importancia que había pospuesto por el excitante juego de adivinar los platos y sus respectivos cocineros, ya que nos dijo adiós desde el otro lado de la mampara de cristal cuando nos fuimos, diez minutos más tarde que la última mesa. Nos dio vergüenza seguir esperando allí, mientras las camareras se encargaban de adecentar el comedor; además, la que nos había atendido a nosotros nos lanzaba miradas asesinas mientras cambiaba la mantelería de las mesas de alrededor y planchaba los manteles directamente sobre ellas. Nunca había visto preparar un comedor con tanto mimo.

De ese modo, sintiéndonos unas okupas, cogimos nuestras cosas —menos mi chaqueta— y nos marchamos a casa.

—¿Así que piensas regresar?

—¿Te parece mal?

—¡Es una pasada! Por fin le echas unas cuantas narices a la vida.

—Sólo una...

—¡Pero muy grande, sí, señor!

De pronto se nos quitaron las ganas de reír cuando llegamos delante de la puerta de nuestra casa. Colgada del pomo de la entrada había una nueva bolsa de Come, tan negra como siempre, y tentadora como nunca.

¿En qué momento se nos había escapado un cocinero del local vecino sin que ninguna se hubiera dado cuenta de ello? ¿Acaso no se había enterado de que no me hacía falta cena, que ya iba bien servida con los platos que se habían encargado de prepararnos entre los cuatro?

Cogí la bolsa antes de que pudiera hacerlo Iris y encontré dos naranjas para exprimir y unas cuantas piezas de fruta variada. También había un termo que, presupuse, estaría repleto de café, una fiambarrera llena de embutido y otra en la que habían dispuesto un par de rebanadas de pan de varios tipos. Desayuno completo. Faltaba la prensa de la mañana, pero no iba a reprocharle eso.

—¡Vaya! Parece que te ve algo delgada —comentó, arrebatándome una de las naranjas para llevársela a la nariz y olerla—. ¿Hay nota?

En el fondo de la bolsa encontré el tan ansiado trozo de papel, doblado con varios pliegues. Dejé la bolsa en manos de Iris mientras me disponía a leerla. Los colores me subieron a las mejillas cuando mi compañera abrió la puerta del piso y se volvió para mirarme.

—¿Y bien?

Le tendí la nota, incapaz de leerla en voz alta. Ella se apresuró a cogerla mientras yo llevaba la bolsa del restaurante hasta la mesa. Un desayuno... y una promesa.

—¡La leche!

No, precisamente leche no había en la bolsa. A no ser que, dentro del termo, ya estuviera todo mezclado. ¿Tal vez con azúcar? No, junto con la servilleta encontré un pequeño paquetito que contenía algunos sobres de azúcar moreno, azúcar blanco y edulcorante. Por endulzar... que no quedara.

Me vino a la cabeza la pregunta de si la leche sería desnatada, de soja, sin lactosa, de almendras o normal. Ya puestos, se le podía haber ocurrido el detalle de darme a elegir.

«Ya, si por pedir...»

Sin embargo, no pensaba ponerme a comprobarlo en ese momento. No era buena idea tomarme un café a esa hora, aunque fuera descafeinado. Ya me temblaban las manos y estaba segura de que me costaría quedarme dormida después de que nos hubieran dado de cenar.

—No se anda con rodeos— comentó Iris, dirigiendo de nuevo los ojos a la nota, para leerla en voz alta—: «No sabes las ganas que tengo de que me exprimas...».

Respiré hondo y cerré los ojos. Mario era tan descarado en persona que no me sorprendía nada que su nota fuera capaz de hacerme sonrojar de esa manera, con tanta facilidad. Y lo cierto fue que me vino a la cabeza la imagen

de Picante levantándose el delantal, bajándose la cremallera del pantalón y dejando al aire su virilidad bien dispuesta y endurecida.

«Ven a por tu desayuno...»

Tragué saliva y abrí los ojos. Iris me miraba con la seguridad de que por mi mente no pasaba nada bueno, o nada serio... o nada ajeno al sexo. Estaba claro que no podía estar pensando en otra cosa.

—Tienes la cara más roja que tu pelo.

—No es rojo —protesté, corrigiéndola, pero estaba claro que lo hacía aposta para enfurecerme—, es naranja.

—Pues eso.

Saqué todo lo que había en la bolsa y dejé mi desayuno dispuesto sobre la encimera de la cocina. Si conseguía mantener a Iris alejada de mi comida la mañana siguiente, se habría obrado un milagro, ya que ella tenía la fea costumbre de levantarse antes que yo aunque no necesitara madrugar... y tampoco podía decirse que le tuviera demasiado respeto a mis pertenencias, y ya había tenido la oportunidad de comprobar que, en cuestión de comida, iba a seguir la misma pauta.

—Venga, confiesa. ¿Se la vas a chupar?

—¡Uf!

Bufé y me alejé de Iris. Fui directa a mi dormitorio para tratar de borrar el maquillaje que habría estropeado la noche.

—Seamos francos —me dije, delante del espejo, observando el desastre—. Ha estado así desde que salí de casa.

La cocina no era lo único que se me daba mal, al parecer, aunque con un poco de paciencia conseguí que mi aspecto mejorara bastante. Por más horas que le echara a la comida, yo sola no iba a poder aprender a manejarme con los fogones, pero con el maquillaje lograba algún que otro buen resultado si tenía paciencia y tiempo. Salí del cuarto de baño y me encontré a Iris leyendo la nota otra vez. Se había propuesto descubrir cuál de ellos era el que las escribía y actuaba en plan detective privado. La olfateó, por si hubiera algún

rastros de perfume en ella, y me pidió las otras para comprobar la letra y sólo atiné a decirle que la caligrafía era la misma. No me apetecía que las estuviera toqueteando, como tampoco me había gustado verla tontear con Mario. Sabía que era una estupidez por mi parte, pero no podía evitarlo.

De pronto me arrepentía de haberle enseñado también aquella, pero necesitaba de la perspicacia de Iris y que colaborara con mi poco sentido común, eclipsado por mis hormonas. Yo sola no me bastaba para resolver aquel galimatías, aunque Iris opinaba que no hacía falta que lo hiciera, sino que lo disfrutara... a pesar de que, aun así, mi amiga sentía curiosidad por averiguarlo, aunque sospechaba que era para echármelo en cara o reírse de mí.

—Al menos déjame ésta para poder seguir investigando —me pidió, cuando le tendí la mano para recuperarla.

Negué con la cabeza. Quería llevarla conmigo para, llegado el caso, poder enseñársela a Mario para que me dijera si era o no el autor de dichas notas. Había cogido las otras con la esperanza de poder esclarecer por fin el misterio. De esa noche no podía pasar, aunque no pensaba decírselo a Iris, que tenía tendencia a dramatizar las cosas, a exagerarlas, tan en su línea.

Habían pasado ya treinta minutos desde que abandonamos el local. Suponía que tenía que ser tiempo más que suficiente como para que, al menos, la cocina estuviera recogida. No quería distraer más a Picante de sus obligaciones, así que la idea era esperar hasta que saliera por la puerta y abordarlo en ese momento. Se trataba de algo estúpido, lo sé, pero no me apetecía ver furioso a Amargo y menos que descargara esa furia sobre mí. Seguía sintiendo ese algo que me intimidaba cuando pensaba en Denis y no me gustaba hacerme tan pequeña a su lado... ni ante él ni ante nadie.

—Pues vale. ¿Te espero despierta o vas a venir a follar aquí y he de hacerme la dormida?

—Si no tiene novia ni vive con nadie..., intentaré que me lleve a su casa.

—¡Manda un mensaje con la ubicación! —me exigió ella. Me alegró saber que se preocupaba por mi bienestar y que pretendía cuidar de mí por si me

pasaba algo, aunque una parte de mi cerebro me advirtió de que tal vez lo que intentaba era presentarse en la puerta de su casa para ofrecernos condones—. Que si la cosa sale mal contigo, quiero probar suerte.

«Y yo que pensaba que era porque...»

Al fin y al cabo... era un desconocido. Cualquier cosa podría salir mal.

Imagino que puse mala cara —como si su respuesta me hubiera enfurecido por pretender levantarme el novio—, porque Iris se lanzó sobre mí.

—No te enfades, que es broma —me aclaró, dándome un abrazo—. Prometo no poner la oreja si al final no te lleva a su piso y las prisas hacen que acabes echando un polvo en tu cuarto.

—Como te portes mal, te saco por la ventana...

—¿Mal? ¿Y cuándo me he portado yo mal?

Me vinieron a la cabeza unas cuantas veces, incluso aquella misma noche..., pero no quise seguir pensando ni discutiendo, retrasando así mi partida. Tenía un asunto pendiente con un chef picante... y un delantal negro que me pedía que comiera.

Cuando doy comida a los pobres, me llaman santo.
Cuando pregunto por qué los pobres no tienen
comida, me llaman comunista.

HÉLDER CÂMARA

La sorpresa me la llevé cuando bajé y encontré el local a punto de cerrar. Las camareras se despedían en la puerta, Eizan *el Dulce* se echaba el delantal al hombro —como si se lo llevara siempre que salía del restaurante, para lavarlo en casa con su propio suavizante— y Amargo estaba bajando la persiana metálica de la puerta de entrada.

Los dos cocineros se me quedaron mirando, sorprendidos al verme aparecer en el portal.

—¿Te has quedado con hambre? —preguntó Eizan, con un tono que no llegaba a ser tan obsceno como el que habían usado Mario y Denis en sendas ocasiones, pero que también dejaba claro que no hacía referencia únicamente a la comida.

«Pues lo importante de toda esta historia es que has conseguido acordarte de sus nombres.»

De quien no lo recordaba era del candidato número dos, ese que Iris afirmaba que era el que me había empotrado, ya que era del que menos nos lo esperábamos, y así era cómo sucedía en los libros de novela negra. Agrio, ese que ni siquiera sabía qué idioma era el que manejaba.

—No —le respondí, tímidamente, a Dulce—. Es que me he dejado la chaqueta y venía a ver si era posible recuperarla.

Mi explicación pareció aburrirle un tanto y, guiñándome un ojo, me deseó

suerte y se despidió de todos, alejándose como si tuviera prisa por desaparecer de escena, como si no quisiera hacerse responsable de lo que pudiera pasar a continuación. Escurrió el bulto, vamos.

«Parece que Dulce tampoco fue quien me la metió por detrás, pues, si llega a tener algo de interés en mí, se habría esperado un poco.»

Las camareras lo imitaron y también se despidieron rápidamente, temiendo que Amargo les pidiera que me alcanzaran la chaqueta. Nadie quería quedarse a la una y pico de la madrugada a comprobar cómo se le hinchaba la vena del cuello al más antipático de todos los cocineros.

Y allí nos quedamos el chef amargado y yo, que había dejado la persiana a medio bajar y sopesaba si debía mandarme al infierno o devolverme la prenda.

—¿Mario se ha marchado ya?

—Mario se largó casi al instante de que os fuerais tú y tu amiga —respondió, de muy malos modos—. Lo reprendimos porque trató de despedir a la camarera que os atendió sin consultarlo con nadie y no le gusta que lo pongan en su sitio.

No comprendí muy bien ese ataque de sinceridad por parte de Denis, que no era muy dado a entablar ningún tipo de conversación agradable conmigo; ni desagradable tampoco, ya puestos. Con todo, quise pensar que, si había tenido una discusión con un socio, era normal que necesitara desahogarse con alguien, y yo era el único *alguien* que tenía a tiro en ese momento. Volvió a aparecer mi lado empático y, aunque no era hombre que despertara mi simpatía, traté de ponerme en su lugar. Avancé un paso y estuve a punto de tocarlo para ofrecerle algo de apoyo, pero su dura mirada me hizo cambiar de opinión.

No, tampoco le gustaba que lo tocaran.

—Siento que por nuestra culpa hayáis discutido.

Me pareció correcto ser cortés. Después de todo, gracias a su restaurante había cenado los últimos días de forma más que decente y, después de ver los

precios en la carta, había comprobado que no les estaba saliendo barata la invitación. Imaginé que su mal humor podía deberse a muchos motivos. Si él era el chef experimentado —por la edad que le suponía, por las arrugas y las canas, sin duda era mucho mayor que Picante y Dulce, por lo menos—, podía estar viendo comportamientos en sus socios que podían precipitar el fracaso del restaurante. Y ya, con una ruptura matrimonial reciente y sin poder ver a sus hijos, que se hundiera el negocio por las tonterías hormonales de Mario no tenía que ser plato de buen gusto.

«Eso, sigo con los símiles referentes a la comida.»

—No hemos discutido sólo por ti. No eres tan importante.

Fruncí el ceño y se me curvaron las comisuras de los labios hacia abajo. Creo que también me empezó a temblar un poco el párpado derecho, pero fue sólo durante un instante. Iris me había advertido de que eso me pasaba cuando me ponía nerviosa, aunque yo casi ni lo notaba. Era muy normal que, en esa ocasión, el tic acudiera a asomarse a mi cara. Después de ese desplante tan desagradable de Amargo, me entraron ganas de darle un bofetón y olvidarme de la chaqueta.

—Perdona —me dijo de pronto, disculpándose. Se llevó la mano al cabello engominado hacia atrás, despeinándose un poco—. No tienes la culpa de que haya tenido una semana de perros. Estoy pasando... —hizo una pequeña pausa, como si meditara lo que en verdad quería desvelar— por una situación un tanto difícil.

Y yo no supe estarme callada. Mi madre siempre decía que tenía la capacidad de decir lo menos apropiado según cada situación, y en ese instante hice exactamente lo que menos debía hacer: confesar que Picante me había puesto al corriente de ello.

—Sí, lo sé. Mario me ha puesto al día de ese asunto esta noche. Lamento lo de tu divorcio y lo que estás pasando con los niños...

Denis hizo un gesto tan duro con la cabeza que quedó patente que no le había hecho ni pizca de gracia que estuviera enterada de todo, y que encima

sintiera lástima de él. Yo, que era una piltrafilla, una niñata que no sabía lo que podía sentirse con una separación en la que había hijos de por medio, era la menos indicada para estar allí, consolándolo.

—Le voy a partir la cara a ese capullo por irse de la lengua —soltó de repente, con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de cómo se sentía. Se iba a cocinar a un chef en el horno al día siguiente. Lo que quedaba por verse era si iba a ser a fuego lento o a fuego vivo—. ¿Por qué iba a importarte a ti mi vida privada?

De un tirón, levantó la persiana y casi rompió la llave en la cerradura al girarla con la brusquedad que empleó. Le dio un empujón a la puerta y ésta rebotó contra la cristalera. Creí que la puerta se desintegraría en un millón de pedazos por el impacto, pero resistió el golpe estoicamente.

Buen vidrio de seguridad. No habían escatimado en gastos.

—No te lo tomes a mal —le pedí, siguiéndolo cuando entró a trompicones en el restaurante, sin encender la luz—. Estoy segura de que Mario no lo hizo con mala intención. Trataba de explicarme que no era tu mejor momento, porque tus miradas cargadas de mal humor me hacían sentir incómoda. Me *hacen* sentir incómoda —rectifiqué, yéndome demasiado de la lengua otra vez—. No me lo comentó...

—¡No tenía derecho y punto!

Era cierto, contra eso no podía replicar nada. Había metido la pata al tratar de hacerle ver que no tenía que sentirse culpable por su brusquedad conmigo. Me habría encantado que lo entendiera. Está claro que, cuando hay un problema personal de por medio, se deterioran las relaciones sociales, y tal vez Amargo había sido un encanto de persona meses antes, cuando no tenía problemas serios; ese pensamiento hizo que encorvara la espalda y agachara la cabeza. Era lo único que había pretendido, pero estaba claro que las personas tampoco eran lo mío; que fuera capaz de entenderlas y ponerme en su lugar no era lo mismo que ser capaz de relacionarme con ellas.

—Tienes toda la razón —admití, siguiéndolo, mientras iba directo a la

cocina. Un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo al recordar aquel restaurante de la misma forma, a oscuras y en silencio, vacío de todo menos de lo inerte... como en ese momento. Aparté de mi cabeza la imagen de mi cuerpo reclinado sobre la encimera y lo seguí al interior de la estancia con paredes de cristal—. No tenía derecho y he sido muy poco cuidadosa y discreta con este tema. Yo tampoco estoy pasando por un buen momento —le confesé, tratando de excusarme, buscando una explicación a mi necesidad de conectar con la gente—. Soy enfermera, acabo de encontrar mi primer trabajo en un puesto de mierda en una clínica privada en la que me explotan por una porquería de sueldo. Tengo pacientes que me tratan mal por lo joven que soy; no confían en mí e intentan mangonearme. Y me ha tocado la peor compañera del mundo en el cambio de turno y me hace la vida imposible. Para colmo, mis padres no pueden pasarme dinero para seguir manteniendo mi nivel de vida, o cualquier otro, en esta ciudad y casi vivo a expensas de mi mejor amiga..., esa que ha venido esta noche conmigo, la descarada que os sacó una reserva. El piso lo podemos pagar porque es de un familiar suyo y nos lo deja a buen precio, pero, cuando ella se vaya o se quiera quedar a solas con la casa porque se eche novio, tendré que regresar con mis padres al pueblo, ya que no seré capaz de pagar un alquiler. Y encima tengo el coche en el taller, y...

—¡Oye! —me interrumpió, agachándose para coger lo que supuse que era mi chaqueta. La habían guardado bajo la encimera—. No hace falta que trates de hacerme sentir menos imbécil por tener conocimiento de las desgracias de mi vida contándome las tuyas. Queda claro que no has querido aparecer en este local para ridiculizarme ni enterarte de mis asuntos. Ha pasado y listo. No tienes que desnudar tu intimidad para que yo me sienta mejor. Que tenga ganas de partirle la cara a Mario ya viene de lejos, no es sólo por ser un bocazas y porque a ti te haya colocado en medio.

Lo de «colocarme en medio» no lo entendí muy bien, pero no tenía ganas de preguntar a qué se refería.

—Perdona —volví a decir, cuando me entregó la prenda. Parecía un poco

más calmado, al menos en lo que a mí se refería—. Antes venía a este sitio, que era un bar, todas las noches. Franki me preparaba la cena... Bocadillos, nada comparable a lo que se come aquí y cocinas tú, y solía contarle mis cosas mientras esperaba a que terminara mi pedido. Supongo que es cosa del local y que se me va la pinza a la hora de ser discreta. Franki y yo somos buenos amigos... o lo éramos —rectifiqué, recordando la mala jugada que me había hecho al llevarse mi dinero sin darme una explicación—. Me estafó un curso de cocina que le pagué por adelantado. Cuando regresé de las vacaciones, su bar ya no estaba, y no he conseguido ponerme en contacto con él. Se llevó la pasta equivalente a un mes de mi alquiler...

Se irguió ante mí con rapidez, mirándome desde arriba, arqueando una ceja. Aunque yo llevaba tacones, él era mucho más alto y en ese momento me sacaba al menos una cabeza.

—Ese tal Franki es un buen pájaro. Traté con él el traspaso del negocio. Me estafó a mí también.

La confesión de Denis me pilló por sorpresa. Al recordar al antiguo dueño, a ambos nos unió un pasado agridulce. No esperaba que fuera a contarme más y, sin embargo, comenzó a relatarme su historia, apoyándose en la encimera donde había reposado yo mientras la polla desconocida me llegaba hasta lo más profundo.

Volví a estremecerme.

—El precio que pedía por el local era un poco excesivo, pero negociamos el trato para que en la venta se incluyera la cocina completa, que estaba nueva y se le podía sacar cierto rendimiento, y una furgoneta frigorífica que usaba para cargar y transportar las mercancías. El día de la entrega de llaves alegó que estaba enfermo y fue un vecino de tu mismo edificio quien nos facilitó las llaves. Se lo había llevado todo: cocina, furgoneta..., incluso desvalijó el baño, llevándose las piezas de inodoro y el lavabo. No hubo forma de localizarlo.

Resoplé. Desde luego, a Denis le había sacado mucha más pasta que a mí el

malnacido de Franki, y así se lo hice ver.

—Ya, pero a mí ese desfalco no me deja casi en la calle. A ti, por lo que he entendido, te ha hecho mucho daño.

—Fue un dinero que pagué con gusto —le expliqué, abrazándome a la chaqueta. Por primera vez me encontraba cómoda ante el tono de Amargo y me resultaba una sensación, cuando menos, interesante. El ogro no era tan ogro cuando se lograba traspasar esa coraza. Bendito Franki; después de todo había hecho algo bien—. Se me da tan mal la cocina que necesitaba ese curso para no morir de hambre. Por aquel entonces me dije que, con un trabajo de enfermera, quedaba muy mal decirle a mis pacientes que tenían que llevar una dieta sana y equilibrada cuando yo lo único que hacía era comer bocadillos.

—¿Tu madre no te enseñó a cocinar? —me preguntó, sorprendido de que una chica de mi edad afirmara tener esa laguna tan grande en su educación, como si fuera indispensable para ser una mujer decente o algo por el estilo.

«Y a los hombres les enseñan mecánica y a escupir en una lata.»

—Tampoco sé zurcir calzoncillos, si es a eso a lo que te refieres. No me criaron para ser la perfecta esposa y ama de casa —respondí, un poco molesta ante la insinuación típica de que «eran cosas de mujeres» y se daba por supuesto que debía aprender a cocinar, planchar, bordar e incluso chuparla para complacer a mi maridito del alma.

«¡Qué capulla soy! No ha insinuado tal cosa.»

Se quedó callado mientras me desahogaba, como si entendiera que me hacía falta y también que me hubiera molestado.

—Supongo que se me da mejor coser piel humana que tela —comenté, tratando de romper el silencio que se había instaurado en la cocina—. ¿A quién no le pasa?

Denis estalló en una carcajada que me cogió por sorpresa. Me alegró saber que era capaz de reír después de tanta mala leche acumulada en ese cuerpo tan bien conservado.

«¡Ni que fuera un anciano!»

Me sorprendí pensando en él como en el hombre atractivo que era y no como el socio cascarrabias que siempre me miraba mal cuando... Bueno, en verdad, siempre.

—Me siento responsable de la estafa de Franki —me dijo, de pronto, tratando de controlar la risa—. Si no llega a ser porque me empeñé en que quería abrir el nuevo restaurante en esta zona y en tiempo récord, tal vez a ti te no te habría faltado un profesor.

Quise protestar, pero Denis levantó un dedo inquisidor y se me quitaron las ganas de decir nada. Cualquiera le llevaba la contraria, y más en ese momento, en el que no estaba malhumorado. No quería verlo nuevamente airado.

—No puedo devolverte el dinero que pagaste —aunque, imagino que, más que no poder, lo que había querido decir era que no quería hacerlo... ni tenía necesidad de ello, tampoco. Después de todo, yo no se lo iba a pedir y él no tenía ninguna responsabilidad que un juez le pudiera imputar—, pero sí que puedo enseñarte a cocinar... y seguro que mucho mejor que Franki —terminó diciendo, con una sonrisa oscura que me hizo estremecer.

No preguntes qué puedes hacer por tu país.
Pregunta qué hay de comer.

ORSON WELLES

Iris se sorprendió al verme entrar tan pronto. Podría haberle dicho que yo también estaba sorprendida, y por muchos motivos en verdad, pero me limité a informarla de que Mario se me había escapado y de que, por suerte, había podido recuperar mi chaqueta. Iba ya de camino a mi dormitorio cuando mi compañera me interceptó en el pasillo, interponiendo su cuerpo entre la puerta de mi habitación y yo.

—¿Y quién te la ha dado?

—Amargo

—¿Quién?

Sonreí. Mis motes, para Iris, eran un misterio.

—Denis.

—¿Y te la ha dado o te la ha arrojado a la cara? —quiso saber, con cara de sincera angustia.

Le conté un poco por encima lo que había pasado en el restaurante, guardándome para mí el ofrecimiento del chef para hacer de tutor y enseñarme a cocinar. Todavía no sabía qué pensar de él, ni si me apetecía meterme en la cocina con un desconocido, por eso había ido dando excusas para no tener que comprometerme de buenas a primeras.

—Tengo un horario muy malo —le había respondido a Amargo, pensando que eso sería motivo para que se retractase.

—De tarde, cuando no podría enseñarte nada porque estoy recogiendo la

cocina del turno de almuerzos y preparándola para el turno de cenas —soltó, casi sin coger aire—. Pero por las mañanas estás libre, ¿no?

—Soy un poco gruñona si tengo que madrugar...

A los labios de Denis asomó una sonrisa que me encantó, sexy, sincera, abierta. Se estaba fiando de mí y eso, para una mujer que acostumbraba a meter la pata con las personas, era una maravilla.

—Soy un desastre en la cocina, en serio. No hablo de no saber hacer platos elaborados. Se me quema incluso un huevo frito...

La sonrisa pasó a carcajada y Denis acabó apoyándose en la encimera para dar rienda suelta a su cambio de humor. Fue muy interesante verlo libre de los gestos duros de su cara. Podía decirse que serio era mucho más atractivo que con una sonrisa alegrándole el rostro, pero me intimidaba más cuando pensaba en lo atractivo y enfurecido que estaba conmigo... y tal vez por eso lo prefería risueño. La otra combinación era retorcidamente letal para mí. Y el miedo a no saber lo que sentía cuando me atemorizaba no me gustaba.

—No puede ser tan horrible...

Fruncí los labios, como si estuviera pretendiendo dar un beso. Fue un gesto con el que traté de mostrar que me molestaba que se dudara de mi palabra, aunque, si lo llego a ver reflejado en un espejo, habría entendido que se podía relacionar con cualquier cosa menos eso... Podría parecer un gesto sexy, provocativo, juguetón...

—Ni te lo imaginas.

Denis se incorporó y dejó de sonreír. Clavó sus ojos claros en mi rostro, buscando algún indicio que le indicara que estaba bromeando. Imagino que no lo encontró, porque bajó la vista al suelo un instante antes de volver a encararme desde su privilegiada altura; una cabeza más mientras siguiera alzada en mis tacones, para ser exactos.

—Demuéstramelo...

Y así, ni corta ni perezosa, me había propuesto dejarlo sin palabras y sin un plato sano en la cocina.

—¿Mañana por la mañana? —me vi retándolo.

—A las diez en la puerta.

Y así había llegado a la situación de que, al día siguiente, debía madrugar por varios motivos. El primero, y menos importante, era que, si no lo hacía, Iris se zamparía mi desayuno. El segundo, y quizá el que me tenía más preocupada, era que precisaría de más de tres cafés para conseguir ponerme delante de un fogón sin acabar quemándome las pestañas... y ya tenía bastante con mi pelo naranja como para que de pronto mis cejas desaparecieran y se me calcinaran las pecas.

Tres cafés y bajar despierta. Eso implicaba levantarme a las ocho, por lo menos, y en fin de semana y día libre era casi pecado. Y más si tenía en cuenta que había pasado ya la medianoche y que no estaba metida en la cama.

«Casi las dos. Mañana, ojeras.»

—¿Qué opinas de él? —me preguntó Iris, sacándome de mis ensoñaciones.

—Pues que no es tan malo como quiere aparentar —respondí, sin estar demasiado segura de lo que decía. Sólo me interesaba apartar a mi amiga de mi camino para poder meterme en la cama y soñar con lo que me fuera a atormentar esa noche... que, seguro, iba a ser mucho.

—¿Lo crees ahora capaz de ser el que te folló?

Me llevé un dedo, pensativa, a la comisura de la boca, deduciendo mis ganas de ponerme a divagar sobre el tema. En ese momento no me quedaban neuronas espabiladas que pudieran realizar esa función.

—No, no creo que fuera él, pero, como soy pésima para reconocer una polla sin haberle visto la cara al tipo primero...

—¿Le has visto la polla? —preguntó, alarmada.

—¡No! Estaba de coña...

Traté de esquivarla, pero volvió a cuadrarse delante de mí, extendiendo los brazos para ocupar todo el espacio. Me entraron ganas de intentar derribarla como si fuera un jugador de rugby, pero sospechaba que Iris me podía y no

tenía sentido lesionarme y ponerme de baja en la primera semana de trabajo. ¿O era la segunda? ¡Qué eterno se me estaba haciendo ese curro!

—¿Y por qué no le has pedido a Amargo el teléfono de Mario?

—Porque no quiero que se me note tanto que ando detrás de él.

—Emma, preciosa, es imposible que nadie en ese restaurante dude de que te gusta... ¿Picante, era?

—No creo que...

—Tú no creas y sigue pensando en pajaritos, anda.

Por fin se apartó de mi camino y pude llegar a mi dormitorio. No presté atención a si se fue directa al suyo o si encaminó sus pasos otra vez hacia el salón. Sólo tenía ganas de tirarme en la cama, apartar las sábanas y arropar mi cuerpo con ellas... y dejar de pensar.

Porque no había podido dejar la mente quieta desde que había comenzado todo aquel asunto, desde que se lio la cosa y acabé follando con un perfecto desconocido; desde que había posado mis ojos en Picante, hasta tal punto que sólo me sacaba una sonrisa pensar en volverlo a ver; desde que podía ser que hubiera tenido sexo con Dulce o con Agrio... más con Agrio que con Dulce, ya que a este último lo tenía casi descartado; desde que me había dejado picar para recibir clases de cocina de Amargo; desde que ese maldito restaurante había abierto sus puertas y yo había mirado lo que había detrás de esa enorme cristalera.

Y lo que había... me gustaba.

Y lo que había... también me asustaba.

Me senté en la cama y encontré una nueva caja de tinte en la mesilla de noche. Verde. ¡Verde!

—¿Verde?

Cogí la nota que había pegado Iris en la caja.

Casi tan raro como el naranja, así que no protestes.

Me eché a reír, de la misma forma espontánea en la que lo había hecho

Denis un rato antes, escandalosa para ser casi las dos de la madrugada. Volví a recordarme que tener sexo con un desconocido no era un crimen, que no estaba enamorada de Mario aún. Más que nada porque esa noche había sido un poco gilipollas, pero se lo perdonaba... ¿porque estaba enamorada? Y me dije que recibir clases de un cascarrabias no era lo peor que me había pasado en la vida.

Arreglaría el coche de alguna manera, conseguiría un contrato mejor que el que tenía, o bien me mejorarían el que tenía, y mi compañera moriría porque su armario se derrumbaría y la sepultarían miles de bolsos caros. Me enamoraría —o no—, me casaría —o no—, y tendría hijos —o no—. Tenía toda la vida por delante si no permitía que la mala vida, la falta de descanso o un accidente de tráfico me llevaran a estar dentro de una caja de madera antes de tiempo.

Había tiempo de cometer errores... y enmendarlos.

El sexo con uno de los chefs, o con el repartidor de refrescos, no había arruinado mi vida...

Como siguiera repitiéndome la misma cantinela todas las noches para conseguir convencerme a mí misma de esos hechos, más me valdría ponerlos por escrito en una hoja, plastificarla y pegarla en la cabecera de mi cama para leerla antes de dormir... así, como el Padre Nuestro.

—¡Yo también te quiero! —le grité a Iris, despojándome de la ropa y metiéndome en la cama.

—¡Tíñete de una puñetera vez el pelo, bruja!

Francamente, el verde también era un color de bruja, muy bruja.

Apagué la luz de la mesilla de noche y puse la alarma en el despertador para el día siguiente... no, para ese mismo día, que las manecillas me recordaron que estaban a punto de ser las dos de la madrugada.

«A las siete. Mejor a las siete, que a las ocho no tendré tiempo de comer el desayuno.»

Aprovecha el momento. Recuerda a todas aquellas mujeres en el *Titanic* que, en medio del desastre, se detuvieron a comprar postre.

ERMA BOMBECK

—Llegas tarde...

—Encima de que te he traído café...

—Ya. Que aquí no hago buen café, ¿no?

No sonó cínico, a pesar de que su tono fue serio, ya que en sus ojos brillaba una chispa de diversión a la hora de hacer una réplica. Le tendí a Denis un café en vaso de poliuretano que había comprado en la cafetería que había a dos esquinas del portal de casa, y me miró como si lo estuviera invitando a tomar veneno.

—¿No lo vas a coger?

—¿Lo has probado, acaso?

Cruzó los brazos a la altura del pecho y me devolvió una mirada severa. La tela azul de su camisa se tensó sobre su torso y no pude evitar que mis ojos se fijaran en ese pequeño detalle. Por suerte, fui lo suficientemente rápida como para volver a tener dominio sobre ellos y sostenerle de nuevo la mirada... o eso pensé...

—No, no lo he hecho...

—Pues yo he probado todos los cafés y toda la comida que se sirve en cinco manzanas a la redonda. Puedo prometerte que, cuando monto un negocio, me aseguro de saber qué es competencia y qué no lo es... y ese café no lo quiero volver a probar.

Me di cuenta de que el vaso llevaba impreso el nombre de la cafetería en la que lo había comprado, con el logotipo de la franquicia estampado en blanco, cosa en la que no había reparado antes. Era asombroso que fuera capaz de recordar cada café de la zona, básicamente porque aquello se había convertido en uno de los lugares más concurridos y con más locales de la ciudad. Y la ciudad de Barcelona es grande.

«Sólo ha dicho en cinco manzanas a la redonda. ¡Qué exagerada soy!»

Miré los dos vasos y tuve que reconocer que no sabía si aquel café era bueno o malo, porque no solía gastarme un euro de más si podía evitarlo. Había querido tener el detalle de llevar café de fuera en vez de hacerlo en casa, ya que nuestra cafetera italiana daba bastante pena a la hora de prepararlo, pero me estaba dando cuenta de que habría sido mejor idea que comprarlo en aquella cafetería... y pagar tres euros por cada uno de ellos. ¡Mierda!

Me dispuse a probarlo para comprobar a qué se refería Denis con lo de pretender envenenarlo, pero me arrebató los vasos de la mano como si en verdad estuvieran llenos de lejía y yo presentara instintos suicidas.

—Si éste es el caso que vas a hacerme en las clases, tal vez deba replantearme las cosas —comentó Amargo, buscando una papelera cerca. Al no encontrarla, creo que se le pasó por la mente verter el contenido en alguna alcantarilla de la acera, pero debió de pensarlo dos veces y empujó la puerta con la espalda, indicándome que pasara.

—¿Como, por ejemplo, rendirte?

—Como, por ejemplo, dejar claro que, si me desobedeces... habrá repercusiones.

A la mente me vino la imagen de un profesor poniendo a la alumna desobediente sobre sus rodillas... y aplicándole unas buenas correcciones. Respiré hondo y miré al suelo antes de que el rubor asomara a mis mejillas y se me notara lo que se me había pasado por la cabeza. Pero, al hacerlo, fui poco cuidadosa y la vista bajó por su cuerpo, hasta su pelvis cubierta de tela.

Ojalá no se hubiera quedado allí enganchada unos instantes, porque Denis se dio cuenta de inmediato y carraspeó mientras se daba la vuelta y enfilaba hacia el interior del local casi en penumbra.

¿Cómo había podido hacer eso? ¿Amargo?

«Bien empiezo.»

Lo de «tierra, trágame» se veía que estaba hecho para mí. Me dio una enorme vergüenza tratar de mirarlo otra vez a los ojos, y por suerte no se giró para clavármelos con gesto severo. Seguí a Denis sin entender muy bien cómo, de pronto, era capaz de fijarme en él como hombre y no querer huir del cascarrabias que sabía que era... o, en todo caso, como se comportaba circunstancialmente. Estaba claro que había mostrado un cambio de actitud importante en muy poco tiempo, y yo no me había quedado atrás. Lo que me había intimidado de él seguía allí, latente, esperando a que volviera a espantarme y me entraran ganas de llorar o de darle un bofetón, pero, cada vez que daba un paso más hacia mi afán por descubrir lo que lo atormentaba y lo volvía tan brusco —«¿Acaso no lo tienes claro?, ¡odia a las mujeres!»—, más aspectos me sorprendían de ese hombre... y no esperaba tener, a esas alturas, ganas de seguir descubriendo cosas.

Se lo achaqué, otra vez, a mi triste vida laboral, a mi inestabilidad personal y a que Mario me tenía en una especie de cuerda floja que no me hacía sentir más cómoda que los desplantes de Denis. Al final, que estuviera jugando conmigo para que me interesara en él y después desapareciera sin más, no me dejaba muy tranquila.

Sólo sexo. Sólo sexo. ¿Qué había de malo en eso?

De todos modos, y siendo justos, tenía que reconocer que el que se hubiera marchado la otra noche no era sinónimo de que me hubiera dejado «colgada», ya que no le había dicho que volvería ni él debía de tener ganas de una sesión de sexo tras una bronca con uno de sus socios. Y, quien decía sexo, decía un rato de risas y copas, conocernos mejor, tal vez quedar para un día libre de los dos...

«No. Quien dice sexo, dice sexo, que es lo que me apetece.»

Tenía que admitirlo, estaba completamente necesitada de las atenciones de tipo erótico festivo; de una polla, vamos. Recordaba una y otra vez la experiencia en la cocina que tenía delante de mí, y cada vez que lo hacía sentía vergüenza y deseo a partes iguales... Cada vez sentía más necesidad entre las piernas, y cada vez mojaba más las bragas y se esfumaba más deprisa el remordimiento.

Cada vez me parecía más a Iris...

Todavía recordaba la cara de decepción de Mario cuando acerté el único plato de la noche: el postre. Había algo en él que me hizo pensar en Denis, y no sabía exactamente qué había sido. Otra de las cosas que me había desvelado la noche anterior, ya metida en la cama y con las sábanas hasta las orejas, había sido reconocer una verdad que me asustaba mucho... y era que yo ya había probado algo parecido... en casa... procedente de una de esas bolsas misteriosas, con esas notas tan obscenas.

A Denis.

De Denis.

¿Denis?

Después de mucho darle vueltas en la cabeza y enredarme físicamente con las sábanas en la cama, hasta casi asfixiarme, llegué a la conclusión de que Amargo podía haber sido el artífice de alguno de los postres que había acabado cenando en casa, aunque eso no implicaba que hubiera cocinado el resto, escrito las notas y dejado las bolsas en la puerta del apartamento. Eso no demostraba nada y lo sabía, o, al menos, quería convencerme de ello. A las dos de la madrugada mi cerebro ya no funcionaba tan bien como debía para reflexionar sobre según qué asuntos, así que, cuando sonó el despertador, tan temprano que sentí que apenas había descansado nada, la pregunta seguía flotando en mi cabeza como antes de dormir.

«Como para no acordarme... No llegué a ninguna conclusión.»

Amargo encendió la cafetera, un enorme monstruo metálico situado cerca

de la entrada de la cocina, en una pequeña barra que hacía las veces de mostrador, donde también se amontonaba una caja registradora y un expositor de vasos y copas de cristal. No había reparado en ella la noche anterior, ni las otras veces que había estado allí, porque parecía destinada a servir como de paso intermedio entre la entrada y la obtención de una codiciada mesa: el lugar perfecto donde una pareja —no más, que sólo había dos taburetes de asientos forrados con piel negra— pudiera conversar y tomar una copa mientras hacía tiempo antes de paladear las exquisiteces de la carta sentados a una mesa. Como ni Iris ni yo habíamos tenido que esperar por la nuestra —privilegiadas que éramos, vaya— ni acercarnos luego a pagar ningún tipo de cuenta —más privilegiadas todavía por eso— no nos habíamos dado cuenta de que existía.

—¿Cómo te gusta el café?

Observé a Amargo moverse con soltura tras la pequeña barra. Aún no se había apropiado de su delantal ni de su gorro de chef, pero se había colocado un paño negro en el hombro para ir trabajando con él y no quemarse cuando pasaba las manos por los elementos metálicos que manipulaba. Algo de vapor por allí, el molinillo triturando café, ruido de un par de tazas al colocarse sobre los platillos de diseño...

—¿Cuántas formas hay?

Denis se dio media vuelta, sorprendido de que fuera tan ignorante en la mayoría de las cosas en las que él parecía ser un erudito. Miró la puerta del local, detrás de mí, y me indicó con un gesto que la cerrara. Un instante más tarde volvía a estar al lado de la barra, tomando asiento en uno de los dos taburetes.

—Deja que te muestre cómo te gusta el café, Calabaza.

«¿Calabaza?»

—¿Perdona?

Casi me pasó desapercibida la arrogancia de Amargo a la hora de creerse capaz de ofrecerme un café del que pudiera enamorarme para el resto de mi

vida. Ese hombre no me conocía en absoluto y ya daba por sentado que iba a ser como un libro abierto para él.

«Tal vez es que ya me abrí de piernas para él y se cree con derecho y pretensiones.»

Como lo de castigarme si no lo obedecía...

—Apuesto a que ni siquiera te gusta el café...

Abrí mucho los ojos. Le daba igual haberme llamado Calabaza. Seguía allí, trasteando con los utensilios que tenía al lado de la cafetera, como si tal cosa. En verdad... tenía razón. El café era un medio para despertar sin morir en el intento y no un placer matutino. Nunca me había gustado especialmente, por lo que siempre había tomado el que podía preparar en casa y poco más. Lo más rápido, lo más económico. No solía gastarme dinero en ese oscuro brebaje cuando salía a la calle, y apenas había usado la máquina que había en el trabajo si podía tirar de otra cosa. Siempre había preferido un refresco de cola a un café, también porque los dos tenían ya el mismo precio y al menos la lata me duraba más. No me gustaba despilfarrar lo poco que tenía, así que el café había quedado relegado a lo que necesitaba para mantenerme despierta... y poco más.

—Recuerdo la primera vez que probé un café italiano —comentó, volviendo a poner el molinillo en funcionamiento—. Acababa de bajarme del avión en Roma, cogí un taxi y sólo le pedí que me llevara a tomar el mejor café de la ciudad. —Amargo sonrió. Apenas lo vi hacerlo porque continuaba de espaldas, pero el tono de su voz se había sincronizado con el sentimiento feliz de aquel recuerdo. Fue agradable experimentarlo con él—. El taxista se me quedó mirando con cara de haber dejado subir al coche al hombre más estúpido del aeropuerto. Traté de hacerme entender con mi chapucero italiano, consultando el diccionario que me había comprado, y meneó la mano como si no le interesara lo que tuviera que decirle. Paró a dos manzanas, en la primera salida de la autopista, muy cerca del aeropuerto, en una especie de estación de servicio. Cuando protesté, casi me echó del vehículo. Pude dejarle un billete

para pagar la carrera sobre el asiento y me lo tiró por la ventanilla antes de poner nuevamente el coche en marcha. Me indicó con el dedo que entrara en la cafetería y allí me quedé, con mi pequeña maleta, sin entender una mierda lo que había ocurrido.

Denis se dio media vuelta y puso dos tazas de café sobre el mostrador. Una espuma tostada flotaba sobre el verdadero color del líquido que se encargaba de ocultar.

—Y no lo entendí hasta que entré en la pequeña y destartalada tienda. El olor me hizo olvidar el enfado. Me iba quedando pegado al suelo con cada paso que daba. Grasa. El local no destacaba por su limpieza, que digamos... pero, cuando pedí un café y me lo llevé a la boca, entendí lo que había tratado de decirme el taxista.

—En cualquier parte de Roma se toma el mejor café del mundo —susurré, apoyando la cabeza sobre la mano.

—Eso es —respondió, complacido, el chef, mostrándome una deslumbrante sonrisa. Por una vez era capaz de ponerme a su altura en un comentario—. ¿Has estado allí?

—No. Se lo oí decir cien veces a un profesor en la facultad. Siempre echaba de menos ese sabor cuando probaba el de la máquina que había al final del pasillo, junto a la clase. Lo comentaba a menudo, al entrar a las ocho de la mañana en el aula, llevando el vaso de plástico.

Amargo asintió, entendiendo lo que era echar de menos un sabor. Empujó con la mano una taza hacia mí y mis ojos se quedaron prendados de sus dedos al retirarse del contacto cálido de la porcelana.

—Ojalá tuviera, como dice Sabina, amnesia en el paladar... —susurró también él, sin ganas de que otra cosa que no fuera el café nos distrajera los sentidos—. Sin azúcar, por favor. Prueba, y dime si no es el mejor café que has probado en tu vida. Te traigo... Roma.

Y probé...

Y supe que ese hombre tenía muchas cosas que enseñarme.

Y yo lo quise probar todo.

No hay amor más sincero que el amor a la comida.

GEORGE SHAW

Todavía seguía temblando cuando llegué al trabajo.

Temblaba en el vestuario, donde me cambié la ropa manchada de harina por el uniforme de enfermera.

Temblaba un rato antes, en el autobús, donde pringué a varios pasajeros con un poco de tomate que se había quedado prendido de las mangas de mi camiseta.

Temblaba cuando salí del restaurante, con la boca llena de muchos sabores...

Temblaba cuando apuntaba las novedades de mis pacientes en mi pequeña libreta, con la mente centrada en lo que estaría pasando a algunos kilómetros de la clínica.

—¿Te encuentras bien, Emma?

La enfermera que me estaba haciendo el traspaso de la guardia en ese instante me miraba, desde el otro lado de la mesa del despacho, con las gafas apoyadas casi en la punta de la nariz. Se las quitó y me sonrió de forma amistosa.

—Sí, muy bien —respondí, sujetando un poco mejor el bolígrafo.

—Pues es raro, porque te he comentado los cambios de diez enfermos y sólo has apuntado los de dos...

Comprobé mi hoja y, efectivamente, había pasado mucha información por alto. La miré, avergonzada.

—Perdona. ¿Podrías repetírmelo?

Era una de las pocas compañeras que me trataba como a una igual a pesar de la diferencia de edad, los años de experiencia y los euros en la nómina. Debía de rondar los cincuenta, pero tal vez era cierto que los turnos rotatorios eran malos para la salud y, tras trabajar muchos años, tenía el aspecto de ser mayor.

«Espero que eso mismo le pase a la capulla impuntual. Vieja a los cuarenta.»

Según me había comentado alguna vez, era una de las enfermeras más antiguas de la clínica. Todas habían acabado abandonando el centro en busca de una plaza mejor en la sanidad pública, pero ella vivía a dos pasos, no tenía grandes pretensiones y el horario de mañana le iba bien.

Se sentía cómoda y era normal que no hubiera levantado el vuelo migratorio, porque le daba igual invierno que verano.

—¿A dónde iba a ir yo ahora? —se había excusado, sin perder la sonrisa, cuando se lo pregunté directamente—. Empezar de cero a mi edad es un fastidio, y odiaría acabar en un servicio especial en el que sentirme otra vez como una estudiante. Al menos, aquí soy un referente, no necesito coche y el cocinero de la cafetería me guarda siempre los mejores filetes de pescado para cuando llego a almorzar...

En ese momento me reí, recordando a Mario, que siempre andaba dispuesto a conseguir que no pasara hambre. Sin embargo, en esa ocasión, de la mano de la que había comido era de la de Denis.

Había lamido sus dedos...

Él había lamido los míos...

—Vuelvo a empezar —asintió ella, colocándose bien las gafas. Meneé la cabeza, tratando de apartar la imagen erótica de mi mente y prestar atención al trabajo—, pero, como se te vaya otra vez la cabeza pensando en tu novio, te buscas la vida para darle luego la guardia a doña bolsos de moda.

¿Acaso era tan obvio que me rondaba un hombre por la mente?

«Uno, no: cuatro.»

—Muchas veces me voy sin traspasarle la guardia.

—Le aguantas demasiado a esa tipeja. Yo ya le habría puesto chinches en la camilla donde se acuesta todas las noches.

—¿Duerme en lugar de trabajar?

—Si se lo estás dejando todo hecho, boba. O ve la tele, o se tira al médico de guardia o duerme, porque sé de buena tinta que las enfermeras de las otras plantas tampoco la tragan.

—No, no hago sino el trabajo que me toca de tarde. Alguna vez hice algo extra, pero ya no me pongo a realizar tareas a partir de las diez de la noche. Me siento a verla llegar...

—Emma, tesoro —replicó ella, apoyando la cabeza en la palma de una mano y quitándose otra vez las gafas que sólo usaba para leer sus notas—, razona. ¿Quién te dijo cuáles eran las tareas de la enfermera del turno de tarde?

—La supervisora...

—¿Y de quién es muy amiga la supervisora? —preguntó, interrumpiéndome.

«Joder.»

Llevaba haciendo todo su trabajo desde que me incorporé y no lo sabía. ¡Mierda!

—Así que relájate un poco, trata de follarte tú al médico por la tarde para que por la noche no le queden fuerzas para hacerlo con ella... y llénale la camilla de chinches.

Cogí las notas del resto de los pacientes, dejé que mi experimentada compañera me diera un par de consejos más con relación al trabajo, a la estúpida de la supervisora y a la soberbia de su amiga y empecé con la rutina de la tarde... pensando en cómo conseguir esos molestos parásitos a esa hora.

No logré centrarme en mis quehaceres, y en esa ocasión no fue por el hambre, como me había ocurrido en otras ocasiones. Había comido incluso demasiado, aunque no hubiese tenido tiempo de sentarme para hacerlo. Lo de

probar la comida a medida que se iba elaborando me había abierto el apetito... y probarla de sus dedos me lo había quitado.

«Mentira. Me lo ha abierto..., pero de otra cosa.»

Nunca me había imaginado que cocinar pudiera ser tan sumamente erótico, ni que Denis podría llegar a resultar tan... ¿atractivo? No, si guapo ya era. Tal vez la palabra que buscaba era *intenso*, *interesante*, o quizá...

«Morboso.»

Tal vez era mi mente la que había convertido en sexo cada una de sus palabras, pero me habían sonado así: morbosas y obscenas.

Tenía la entrepierna empapada y sólo le había chupado los dedos.

Si llego a meterme su polla en la boca...

Estaba claro que necesitaba centrarme en el trabajo y que de esa manera no lo iba a conseguir, así que cedí y me senté en el escritorio, con la esperanza de poder tener veinte minutos de tranquilidad para poner en orden mis ideas.

«No, lo que quiero es recordar...»

Y eso hice: recordé.

Recordé el momento en el que sacó de un estante un bote de harina, la esparció sobre la encimera y me dijo que me iba a enseñar a hacer pan.

—¿Pan? ¿Eso no es muy complicado?

Amargo me miró y sonrió, como si para él todo lo que implicara cocinar fuera muy sencillo y empezar por pan no revistiera mayor complicación que enseñarme a pelar patatas.

—No quiero poner un cuchillo en tus manos sin saber si de verdad puedes acabar cortándote —comentó, colocando todos los ingredientes que necesitaba y se sabía de memoria sobre la encimera—. Que yo no sé dar puntos y además no me gusta demasiado la sangre.

También había dejado caer que lo de ponerme delante del fuego de buenas a primeras tampoco le hacía mucha gracia, así que, entre todas las opciones que había ido enumerando en su cabeza esa mañana, la de empezar haciendo pan le había resultado la menos arriesgada.

Me hizo apoderarme de un bol y en él fui añadiendo los ingredientes que me fue indicando. En varias ocasiones tuve problemas para pesar los alimentos y derramé agua y harina por doquier, poniéndolo todo perdido. Denis sonreía al ver el desastre, aunque imagino que mucha gracia no debía de hacerle si luego tenía que acabar limpiándolo todo él.

—Supongo que no eres tan sucia para todo, ¿o sí? —me preguntó, mordiéndose el labio inferior de forma distraída... pecaminosamente.

¿Estaba pensando en el sexo? Porque yo... sí.

—¿Como por ejemplo?

Me gustó pensar que me estaba preguntando que si era así de sucia en la cama, pero estaba claro que Denis no tenía la suficiente confianza conmigo como para hacerlo.

«Me estoy comportando como si nunca me hubiera metido mano un hombre hasta ahora...»

Sí que veía capaz a Mario de hacerme esa pregunta tan indiscreta, y mucho más tras haberlo oído bromear durante la cena delante de Iris, pero no estaba delante de Picante, sino de Amargo, y eso no podía olvidarlo. Había sido Mario el que me había tirado los trastos directamente, y había sido Denis el que me había puesto mala cara casi todas las veces que me había visto aparecer por el restaurante.

«¿Te gustó llevártelo a la boca?»

No podía olvidar esa frase, y probablemente por culpa de ella veía a Amargo de otra manera.

Semen esparcido por la piel. Saliva deslizándose de mis labios a su polla. Sudor por todas partes... Sí, el sexo podía ser muy sucio, pero no era sólo eso lo que me excitaba.

—En la consulta, por nombrar algo.

Se me volcó el bol al oír su voz a mi espalda... Vi una camilla, yo reclinada, él detrás, desabrochándose la casaca... Más sexo.

—Ya sabes que yo no tengo consulta. Trabajo en una clínica privada.

«Una clínica donde me explotan y me ningunean, para ser exactos.»

—Bueno, pues allí. ¿Cómo se llaman esas zonas que están reservadas sólo para las enfermeras?

—¿Control de Enfermería?

—Eso —comentó, indicándome que fuera mezclando los ingredientes con un poco más de suavidad—. La de cosas que haréis en esa zona cuando todo el mundo duerme...

Ésa debía de ser una fantasía recurrente de la mayoría de los hombres que conocía. ¿Por qué se imaginaban siempre que las enfermeras encontrábamos tiempo para echar un casquete en el curro? Yo, en cuatro años de carrera, sólo lo había conseguido una vez. Seguro que las secretarias tenían más sexo en la oficina.

Levanté la vista de golpe y volví a derramar parte del contenido del enorme cuenco de metal. Denis consiguió controlarlo para que no fuera a parar todo al suelo, por suerte.

—¿Como por ejemplo? —me tocó a mí preguntar, evidentemente nerviosa.

—Cocinar seguro que no...

Lo dijo sin una sonrisa, sin un atisbo de broma en el rostro. Odiaba verlo tan serio, porque se volvía rotundamente atractivo. Llevó la mano a la mía y me fue indicando cómo debía mezclar la harina para que no quedara una masa pastosa y grumosa; como la que tenía en ese momento en el bol, vamos.

Mi piel me ardió bajo el contacto de la suya.

—No, cocinar desde luego que no.

—Y ensuciar... tampoco.

Mantuvimos silencio mientras me devolvía la propiedad de mi mano y la potestad de usarla a mi antojo. Y, como era de esperar, la usé mal.

—Voy a empezar a creerme que no lo estás haciendo aposta para que me convenza de que eres así de nula en la cocina —comentó, sin sonreír.

—Ya te dije que soy un desastre cuando me pongo delante de los fogones...

—Aquí no hay ningún fuego todavía, Calabaza —replicó—. Si lo hubiera,

lo entendería, porque hay personas que se ponen nerviosas delante de una llama. Los pirómanos se excitan, por ejemplo —bromeó, guiñándome un ojo—, pero sólo tienes unas varillas, un bol y unos pocos ingredientes a los que estás masacrando con esa forma de removerlos. ¿Se puede saber qué es lo que te pone tan histérica cuando estás en una cocina?

«Tú...»

No, no lo podía saber, porque no estaba dispuesta a reconocer que me había pasado una vez algo en una. Y no me refería a que hubiera follado con un tipo al que no sabía identificar, sino a algo que había hecho que, cada vez que entraba en una, el pánico me dejara como un conejo delante de un coche con los faros encendidos... a punto de ser puré de conejo.

Negué con la cabeza, sin ganas de confesarle a un semidesconocido mis traumas. Me había costado la vida poner a Iris al corriente de lo que me pasó, así que no tenía la más mínima intención de decirle a Amargo por qué se me daban mal las cocinas.

—Deja eso —me ordenó, quitándome el bol de las manos. Tapó el contenido con un papel film transparente y lo apartó a un lado—. ¿Puedo arriesgarme a que cojas un cuchillo?

—¿Es esa cosa con filo que se parece a un bisturí? —pregunté, bromeando, tratando de volver al aire distendido con el que habíamos conectado cuando me preparó el café.

«Rectifico: cuando me enseñó cómo me gustaba a mí el café.»

—Algo más grande —comentó, siguiendo la guasa.

Cogió de un taco de madera un cuchillo que podría haber sido el arma predilecta de cualquier asesino de una película de terror y me lo tendió, girándolo para ofrecerme el mango, con mucha soltura. Si llega a ponerse a hacer malabarismos con él, no me habría sorprendido lo más mínimo. Lo cogí con un poco de respeto, porque parecía pesado y difícil de manejar. Sin embargo, me sorprendió ser capaz de sujetarlo decentemente, aunque no logré

abarcó por completo la empuñadura con los dedos cuando los cerré. Era, sin duda, una herramienta hecha para una mano masculina.

—¿Te atreves? —inquirió, sacando de una cesta un par de cebollas.

—¿No tienes algo más fácil, para empezar? —le reproché—. Algo con lo que no vaya a echarme a llorar, por ejemplo...

Amargo cogió otro cuchillo, esta vez de la pared del fondo, donde permanecían anclados a una barra metálica imantada, y regresó a mi lado con paso elegante. Cogió una de las cebollas, que peló con gran maestría en un abrir y cerrar de ojos, e hizo rodar la segunda hasta donde yo estaba.

—Haz lo que yo haga —me indicó, y levantó el cuchillo para enseñarme la forma en la que lo tenía sujeto. Traté de imitarlo, pero me di cuenta de que no había empezado a pelar la cebolla cuando él ya le había dado unos diez cortes precisos a la suya, convirtiéndola en un montón de aros perfectos.

—Lo haces para dejarme en ridículo, ¿verdad? —refunfuñé, observando cómo seguía picando los trozos.

Levantó la vista y vio que iba mucho más rezagada y, sorprendido, dejó el cuchillo a un lado para asegurarse de que yo cumplía con mi parte del trabajo.

—Está claro que no soy un buen profesor y tú puedes llegar a ser una alumna difícil —sentenció, contrariado con el resultado de los dos intentos fallidos.

Miró la harina que había esparcido sobre la encimera, al lado del bol cubierto con el plástico, como si se preguntara si en verdad merecía la pena lo de enseñarle a alguien que nunca iba a aprender.

—¿Qué es exactamente lo que no te gusta de la cocina? Estás tensa. Es más... estás sudando.

No quise pasarme la mano por la frente para comprobarlo porque sabía que era un gesto muy poco higiénico. Además, estaba convencida de que era cierto. No podía achacárselo sólo al nerviosismo de estar allí con Denis a solas, en esa cocina que tantas emociones encontradas despertaba en mí, pero tampoco iba a pensar en los otros motivos. No quería hacerlo.

—Me pongo muy nerviosa. Me desagrada...

Eso estaba claro, y más cuando traté de darle el primer corte a la cebolla y el cuchillo se hundió de forma irregular. A punto estuve de rebanarme un dedo, pero creo que Denis no fue consciente de ello. Habría sido muy patético acabar el día en Urgencias, recibiendo puntos en vez de ser yo la que los diera.

—¿Te fiarías de mí? —me preguntó, fijando su mirada en mi rostro, buscando signos de duda. Imagino que los encontró, porque dejó el cuchillo a un lado y comprobó el estado del contenido del bol, sin esperar respuesta.

—Vale.

Sorprendido, enarcó una ceja y me observó con detenimiento, sin llegar a creerse que la respuesta hubiera sido afirmativa. Lentamente, se colocó a mi espalda y no fui capaz de mover un solo músculo mientras lo hacía. Se acercó lo justo, sin llegar a rozarme, aunque su aliento lo hizo por él allí donde había apartado los cabellos para que no quedaran sueltos sobre la comida. El vello de la nuca se me erizó con el calor de su respiración, aunque sabía que su boca debía de estar muy por encima de donde sentía su aliento.

Cuando colocó las manos sobre la encimera, a ambos lados de mi cuerpo, no pude evitar recordar ese otro momento, días atrás, en esa misma cocina.

Desde luego, la altura de Amargo parecía coincidir con la que yo recordaba de mi amante, pero los cuatro eran más altos que yo, y ninguno destacaba en exceso por encima del otro; tampoco en corpulencia, aunque podía decirse que Denis era el que tenía la espalda más estrecha.

Posó las manos sobre las mías y me aferró con los dedos, guiándome. Dejé de respirar.

—Cierra los ojos.

Pero éstos no querían apartarse de la imagen que me ofrecían esas manos sujetando las mías. Aun así, logré centrarme en lo que me pedía y, aunque tardé en reaccionar, de pronto me vi privada del sentido de la vista y con el

del tacto tan sensibilizado que no me hizo falta verlo para saber cómo tenía puestos los dedos.

—Vamos a cortarla, juntos.

Su mano elevó la mía con el cuchillo mientras colocaba la otra aferrando la cebolla. Sentí el filo hundirse en el bulbo, con ese crujido húmedo inconfundible, y un instante después llegar a la tabla y quedarme sujetando sólo una de las dos mitades.

—No sé lo que te bloquea, pero vamos a intentar que sientas la cocina.

No quise decirle que lo que estaba haciendo era sentirlo a él, por encima de todas las cosas, sin importarme que la cebolla fuera a correr la misma suerte que la que había cortado momentos antes Amargo. Mi mano se movía porque él la dirigía. El olor me hizo derramar alguna lágrima mientras la voz del chef acompañaba nuestra extraña danza. No se arrimó más, aunque lo deseé pegado a mis nalgas, necesitando descubrir si podía ser cierta la suposición que estaba comenzando a despertar en mi cabeza...

Podía haber sido él... y también que en ese instante podía estar erecto, igual que yo mojada, pensando en lo que habíamos hecho en ese mismo lugar... en otro momento, con otras ganas...

—Lo importante es mantener el pulso, siempre firme, y apoyar la hoja del cuchillo en los nudillos. Mete bien las yemas. Guía el corte con ellos.

Comprendía lo que me decía, aunque si obedecía era porque Denis me dirigía. Comencé a temblar, pero conseguimos convertir varias verduras en una montaña de pequeños trozos que nunca habría creído ser capaz de cortar sola. Pimiento, tomate, cebolla, zanahoria, champiñones... Algunos los reconocí por el olor, y otros, por el tacto al sujetarlos con la mano izquierda. No esperaba que de repente dejara a un lado el cuchillo y alzara uno de los trozos ante mi rostro.

—Un cocinero siempre tiene que probar lo que prepara —susurró, acercando la boca a mi oreja.

—No hemos cocinado nada aún, ¿no? —pregunté, ingenua, pensando que

tal vez estaba en un error al creer que cocinar implicaba poner algo al fuego, pero Denis no contestó a mi pregunta y siguió hablando.

—Si no pudieras ver... ¿cómo sabrías si la comida está en buenas condiciones para ser ofrecida a un cliente?

—Normalmente veo...

—La vista nos engaña la mayoría de las veces...

Me tomé esa frase como una indirecta y me puse aún más nerviosa. ¿Se refería a que debía volver a ponerme un gorro de cocina que me tapara por completo los ojos para que me enterara de quién me había hecho gemir allí mismo? Sí, estaba muy nerviosa... pero nada comparable a cuando acercó todavía más el trozo que sostenía, dejándolo a la altura de mi nariz.

—¿Qué es?

Aspiré el aroma apresuradamente.

—Parece pimienta.

Y, sin esperarlo, rozó sus dedos con mis labios, mojándome con lo que sostenía en ellos.

—Abre la boca. Come...

Nunca nada me había hecho sentir un cosquilleo tan intenso en la entrepierna, ni siquiera el hecho de haber sentido la polla de un desconocido introducirse entre mis pliegues se asemejaba, y eso que hasta ese momento había considerado que lo era.

«Eso mismo, hasta este momento.»

Abrí la boca y un trozo de tomate se depositó sobre mi lengua, junto con sus dedos, atrevidos y descarados. Un trozo de tomate con olor a pimienta, al haber estado todo mezclado donde fue quedando apartado, ya cortado.

No retiró los dedos y mi lengua necesitó mover el tomate en el interior de la boca. Y me vi cerrando de pronto los labios, chupando, mientras los brazos de Amargo se tensaban y de su garganta se escapaba de repente un extraño gemido.

—El tomate podría engañarte por su aspecto. Sólo llevándote las cosas a la

boca sabrás si de verdad están en buenas condiciones —terminó diciendo, retirando los dedos con suma lentitud.

Mastiqué el tomate, la zanahoria que lo siguió y hasta un trozo de cebolla que me pareció la más dulce que había probado en la vida. Descubrí la textura y la jugosidad sin comprender por qué de sus manos todo resultaba muchísimo más apetecible.

Y seguí chupando, de forma obscena, cada dedo que me metió en la boca... sin ninguna maldita vergüenza.

—Me toca —le anuncié, tras tragar el último bocado de los que me ofreció.

Cogí un bastón de calabacín y, girándome, se lo presenté a la altura de los ojos. Estaba claro que tenía que hacer lo mismo que había hecho yo: abrir la boca y comer; sin embargo, se quedó así, en silencio, mirándome a los ojos e ignorando lo que sostenía en los dedos.

—La diferencia está en que ya he probado todos los ingredientes —respondió tras lo que me pareció una eternidad.

Gemí, mientras comenzaba otra vez a temblar.

—No de mi mano...

¿Cómo demonios se me había ocurrido soltar semejante afirmación? Traté de mantener la compostura, al igual que lo hacía él, pero algo entre los dos se resquebrajó al tiempo que él entornaba los ojos, para luego acabar cerrándolos otro instante.

Cuando los abrió de nuevo, no reconocí al hombre que había reflejado en ellos... pero abrió la boca.

Y yo fui tan descarada que me mordí el labio inferior mientras le metía el trozo de calabacín, y los dedos, en la boca a Amargo. Cerró los labios y los apresó, presionando también con la lengua, chupando, jugando con ellos.

Llevó sus manos a mi cintura y atrajo mi cuerpo contra el suyo. Su pelvis quedó pegada a la mía y se me escapó un gemido al sentirlo erecto, duro y dispuesto para lo que tuviera que pasar a continuación.

Tenía que ser él. Desconocía el motivo por el cual había acabado

pasando... pero tenía que ser él. Y lo más raro de todo era que me encantaba que fuera él y no cualquier otro... ni siquiera Picante...

—¿Levantándome a la chica? —oí a Mario preguntar desde la puerta de la cocina, como si hubiera sido invocado hasta allí por el mero hecho de pensar en él. Picante, Picante, Picante—. ¿Desde cuándo te gustan tan jóvenes, viejo pervertido?

A todo se acostumbra uno, menos a no comer.

ANÓNIMO

El uniforme terminó, junto con la ropa llena de harina, dentro del tambor de la lavadora. Había acabado llena de ella porque me sobresalté al oír la voz de Picante y apoyé las manos sobre la encimera, donde había pensado que amasaríamos pan Amargo y yo. Denis había gruñido y se había apartado tan bruscamente de mí que también había acabado removiendo harina y llenándose la ropa con ella, además de todo el suelo.

—¿Desde cuándo apareces por el restaurante para adelantar trabajo? —le preguntó a Mario, visiblemente contrariado.

—Desde que anoche me dijiste que era un inútil y una carga para el negocio —replicó, con un tono que no dejaba ningún atisbo de duda: Mario y Denis no se llevaban bien y probablemente su relación no había empezado a deteriorarse la noche anterior.

Era un problema que venía de lejos y que acabó estallando por nuestra culpa, desencadenado por la cena a la que nos invitó, y tras intentar despedir a una camarera sin tener en consideración al resto de los socios.

—Y vas a demostrarme que estoy en un error...

—No me interesa demostrarte nada, papá —le respondió, dándome dos besos tan cerca de la boca que casi se podía considerar que me los había dado en los labios... y Denis no perdió detalle.

Se giró y casi arrojó los cuchillos dentro del fregadero. Cuando se dispuso a hacer lo mismo con el bol, conseguí sujetarlo para que el trabajo que habíamos dedicado a elaborar la masa del pan no hubiese sido en vano.

—Me gustaría aprender a amasar...

Se lo dije a él, a mi Amargo, a mi chef provocador y caliente, ese que me encantaba tener justo detrás de la espalda, con o sin ropa, con o sin ganas... aunque las ganas no parecía que fueran a faltarnos, según había visto.

Denis no me respondió. De pronto, el hombre que había sido cuando le ofrecí calabacín con mis dedos había desaparecido, aunque tampoco se había convertido en el que me había preparado y enseñado cómo me gustaba a mí el café, sino en ese gruñón, hosco y desagradable que me había dirigido miradas malcaradas siempre que me había cruzado en su camino.

—Yo te enseño, preciosa enfermera mía —soltó Mario, cogiéndome de la cintura con tanta familiaridad que me dije que ya lo había hecho antes... en aquella cocina, contra aquella encimera, sin intercambiar ni una sola palabra, y eso que hasta hacía unos minutos había creído que el dueño de la polla que se introdujo entre mis pliegues era la de Denis...

«Menuda detective estoy hecha.»

No podía ser. ¿Mario? ¿De verdad? ¿Por qué?

Lo de cambiar tan a menudo y con tanta rapidez de opinión no tenía que ser nada bueno para la salud. Sobre todo, para la salud mental, pero no estaba dispuesta a admitírselo a nadie.

—Que te aproveche —comentó Amargo, con tono despectivo, entregándome el bol y saliendo por la puerta de la cocina y posteriormente del restaurante sin mirar a nadie.

En la encimera quedaron su gorro negro y el delantal, con el nombre del local bordado en el pecho. Los había arrojado allí de muy malos modos justo antes de encaminar sus pasos hacia la salida, ya que no los necesitaría hasta que llegara la noche. No esperaba que Amargo fuera a tratar tan mal sus útiles de trabajo, pero era comprensible que estuviera tan enfadado que ni ganas hubiera tenido de colgarlos en su sitio.

Y allí me quedé, con Mario a mi espalda, intentando que no se le notara que se estaba riendo y regocijando por su pequeño triunfo sobre el hombre que, al

parecer, se había peleado con él de forma bastante desagradable.

Vale, en verdad sí que parecía que le apetecía que se le notara.

—¿Por dónde te habías quedado?

Le enseñé el bol como una autómatas y, tras inspeccionarlo, buscó harina para seguir trabajando con la masa. Ciertamente estaba todo lleno del polvo blanco: la encimera, el suelo, mi ropa... y, si me ponía a buscar, seguro que también habría en parte de la suya. Tardó poco en localizar el tarro de donde la había cogido Denis y, como si se tratara de un gimnasta a punto de aferrarse a las anillas para hacer sus ejercicios, se frotó las manos con ella y me la ofreció para que hiciera lo mismo.

—¿Recuerdas la escena de alfarería en *Ghost*?

Estaba claro que a Mario le gustaba ponerme nerviosa incluso cuando ya pensaba que no podía estarlo más, pero, por muy erótico que hubiera sido recordar a Patrick con las manos metidas en barro, yo acababa de dar de comer a Amargo con la mía.

Lo de meter las manos en la masa siguiendo las indicaciones de Mario fue tan distinto a lo que había vivido con Denis que no fui capaz de centrarme nuevamente en la comida... ni en nada. Tener su cuerpo pegado al mío, de forma casi obscena, no ayudaba a que aprendiera nada en absoluto. Hacía escasos minutos había sido Amargo quien manejaba mis manos sin casi rozar mi espalda y, de pronto, tenía allí mismo a Picante, restregándose... Estaba empalmado y le gustaba que lo notara.

Así era imposible asimilar lo que me decía...

Eso no era erótico, era porno con ropa. No, no estaba reteniendo ninguna información... hasta que me invitó a cenar esa noche. Eso sí que me llegó, aunque creo que a la segunda vez que me lo propuso.

—Hoy estoy en el turno de almuerzo —comentó, como si estuviera convencido de que iba a decirle que sí. Sin jodido estrés, vamos—. Después de la noche que me dio ese capullo, no quiero volver a trabajar con él a la misma hora, así que podría cocinar sólo para ti...

Dejó vagar la sugerencia sin preguntar, sin duda, casi como si no le importara la respuesta... porque estaba convencido de que no iba a rechazarla.

Y yo, que tenía el cerebro desconectado —o licuado, o enharinado, y eso hacía que hubiera mala conexión neuronal en mi cabeza— después de tantas emociones en esa cocina, asentí como una niña buena sin pararme a pensar si de verdad me apetecía quedar con él. Que lo hubiera deseado hacía sólo un día no quería decir que lo siguiera haciendo...

No tenía claro lo que había pasado.

«Sí que lo sé. He conectado con Denis y ahora Mario me parece un capullo.»

De todas formas, hacía sólo un día que quien me parecía un capullo era Amargo y bebía los vientos por Picante. Ya se me podían llevar todos los demonios, porque, como la cosa siguiera por ese camino, en varios días podía estar pensando en tirarme a Dulce o a Agrio, y no era serio. Si mi madre llegara a enterarse de lo que estaba pasando por mi cabeza, me daría un buen par de guantazos, obligándome a volver al pueblo para que dejara de pensar en tantas barbaridades. Por suerte, estaba lo suficientemente lejos como para que no pudiera sospechar nada.

—Genial. A las nueve...

Por fortuna, logré recordar que trabajaba. Mi simpática y maravillosa supervisora me había llamado esa misma mañana para decirme que se había equivocado en el cuadrante y que me había dado libre por error, así que no me quedaba más remedio que acudir aquella tarde, y no iba a estar libre, ni de broma, a las nueve de la noche.

«Con suerte... a las diez... y porque seguramente la impuntual no va a trabajar en fin de semana.»

—A las diez... co-como muy-muy pronto —contesté, tartamudeando.

Mario me hizo hundir las manos en la masa, aferrándolas con las suyas. Cuando lo hizo, presionó también su cadera contra mis nalgas y supe cómo iba a terminar la noche.

—¿Te paso a buscar por el trabajo?

Volví a asentir y se restregó contra mí de nuevo, dejando que su erección se endureciera entre nuestros cuerpos.

Poco más recuerdo de aquella mañana. Sé que intercambiamos números de teléfono para que pudiera localizarme en la puerta de la clínica, por si me retrasaba. Sé que metimos el pan en el horno. Sé que lo probé y que me preparó un almuerzo rápido para que no llegara con excesiva hambre a la cena. Según me dijo, comer con ansia hace que no se disfruten los sabores.

—Sólo hay una cosa que se debe comer con verdadera hambre —comentó, bajando la mano hasta su entrepierna mientras sus ojos bajaban a la vez por mi silueta.

No quedó ninguna duda de a qué se podía estar refiriendo. Entonces, recibí lo que tenía que ser, en verdad, nuestro primer beso. Con la mano que no agarraba su polla por encima del pantalón vaquero, me cogió de la barbilla y tiró de mí, atrayendo mi boca a la suya. Su lengua fue lo primero que noté, obscenamente dura, introduciéndose entre mis labios. Ya luego... no recuerdo mucho más. Perdí la cabeza, contrariada conmigo misma, excitada y molesta a partes iguales. No tenía duda de que Mario se estaba aprovechando de lo que había despertado en mí Denis minutos antes y eso no era jugar limpio. No podía evitar sentirme atraída por ese hombre, pero eso no me impedía reconocer que era un capullo. Un capullo que sabía cómo moverse para dejar fuera de combate a una chica como yo, que, aunque no era inexperta, tampoco había tenido nunca grandes experiencias sexuales, más allá de la vez en la que...

«¡Deja de pensar en eso!»

Sí, estuve temblando toda la tarde, y más después de aprovechar un hueco para sentarme a comer lo que Mario me había metido en una bolsa de esas que conocía tan bien.

No, más bien después de leer la nota que me había escrito y metido en medio de la servilleta.

Tengo muchas ganas de comerte...

En realidad, lo que me puso nerviosa, sobre todo, no fue encontrar una nueva nota —lo que podía indicar que lo había hecho ya antes—, el contenido de la misma o lo que sentí al leerla... sino que la letra era diferente a la que yo conocía de las otras veces.

El chocolate es la respuesta. A nadie le importa cuál es la pregunta.

ANÓNIMO

Había tenido tiempo de cambiarme cuando llegó mi relevo. A esa hora, a las diez menos cinco de la noche, le mandé un mensaje a Mario al número que me había dado antes de salir de Come. Me respondió que tardaría quince minutos en llegar y a mí me sobraron casi catorce en estar lista...

Vale, sólo uno...

Traté de maquillarme lo mejor que pude, me di un poco de espuma en el cabello para dejar las ondas naranjas con volumen y traté de hacer que el vestido que había elegido y metido a la carrera en la taquilla no luciera tan arrugado sobre mi cuerpo. Fue en vano. Cuando Mario me llamó, anunciándome que me esperaba en la puerta de la clínica en un Eos rojo —que yo no supe que era un Volkswagen descapotable hasta que no llegué a la escalinata de la entrada y lo vi apoyado en la puerta del acompañante—, las arrugas surcaban la falda de mi vestido como si yo no supiera lo que era una plancha.

Muy chulo el coche, pero mis cabellos iban a terminar hechos un desastre... por el viento.

Mario no tardó en dejar claras sus intenciones, aunque yo no había tenido en ningún momento duda alguna acerca de eso. En cuanto subí a su coche, me plantó un beso de los que dejan marca en los labios, al tiempo que colocó una mano sobre mi muslo izquierdo... para separarlo del derecho.

—Buenas noches —conseguí decir, apartando la cabeza para coger resuello

—. ¿Cómo ha ido el turno?

—Eso mismo te iba a preguntar yo —respondió, posando la boca sobre uno de mis pómulos y paseando luego la lengua hasta llegar a mi cuello. Allí me mordió, arrancándome un gemido.

Estaba convencida de que todo estaba yendo demasiado rápido, pero había sido mucho más imprudente el día en el que me dejé hacer en aquella cocina. En el vehículo, con Mario de frente, sabía a lo que me estaba exponiendo sin más. Iba a acabar la velada con sexo desenfrenado y no con la misma persona a la que me había entregado en el restaurante.

«Eso no lo sé; que no haya escrito las otras notas no quiere decir que no sea el que...»

—¿Tienes ganas de comer?

Interrumpió de esa forma mis pensamientos. Asentí, aunque en verdad no tenía ni pizca de hambre. Los nervios del día habían conseguido que se me pasara la tarde volando, pero ojalá hubiera podido dejar de comerme el coco. Había analizado una y otra vez los hechos y sólo me quedaban dos opciones posibles, y a ellas llegué mientras me cambiaba de ropa, en el vestuario, cuando la compañera que tenía que relevarme entró en el Control de Enfermería... ¡a su hora!

Claro estaba, no era mi relevo de siempre. Ésa no sabía lo que quería decir la palabra *puntualidad*, y seguramente iba a llegar tarde a su cita del sábado, mientras elegía qué bolso conjuntaba mejor con su cara de arpía.

La primera de las opciones era que no me había acostado aún con Mario.

La segunda... que me había acostado con él, pero que otro de los cocineros quería hacer exactamente lo mismo, y por eso me daba de comer y me escribía notas obscenas.

«¡Mierda!»

O sea, que todas las opciones eran posibles y estaba como al principio, más perdida que un pulpo en un garaje.

Realmente no hacía falta un turno de ocho horas para llegar a esa

conclusión, pero estaba tan saturada después de la primera clase de cocina que no sabía cómo había sido capaz de mantener vivos a todos los pacientes que había atendido en la planta.

—Ha sido designio de Dios que hayan sobrevivido...

—¿Qué has dicho?

Fue entonces cuando me di cuenta de que había hablado en voz alta. ¿Habría sido capaz de pronunciar también así mis dos hipótesis? Aparté un poco el rostro para mirarlo y me percaté de que me observaba con extrañeza, por lo que comprendí que, por suerte, no había sido el caso.

—Estaba pensando en la mala tarde que he tenido —comenté, procurando justificar mi última frase—. No pensé que fuera a llegar la enfermera del turno de noche sin que alguno de mis pacientes me diera algún susto.

—La diñara, vamos...

—Queda poco profesional que yo lo exprese así —aclaré, sabiendo que me había puesto roja como un tomate. Una vez una compañera de clase había escrito en la historia clínica que el paciente se había caído y se había abierto la cabeza, así, con todas las letras. Y, como no se podía borrar un comentario en papeles oficiales, y mucho menos taparlo con tìpex, había aguantado la reprimenda de la tutora a la que estaba asignada. De milagro aprobó ese curso —, pero sí. Es mi segunda semana de trabajo y tengo un miedo atroz a fastidiarla.

Ése era uno de los motivos por los que me dejaba ningunear por la enfermera impuntual y la supervisora cómplice. Prefería trabajar en exceso que por defecto, así que... si acababa haciendo tareas de más y sacando el trabajo al turno de noche...

«Hago el tonto, pero al menos me voy a casa con la conciencia tranquila.»

Y físicamente agotada, eso también.

—¿En qué estás pensando cuando yo estoy loco por comerte?

Quedaba muy mal que le dijera que, en vez de estar soñando con las maravillas que podía hacerme entre las piernas —con sus dedos, con su lengua

o con la dureza que se intuía ya dentro de su pantalón vaquero—, estaba repasando mentalmente mis problemas laborales..., pero ésa era la realidad, y no dejaba en muy buen lugar el interés que sentía por Mario.

Si se hubiera tratado de Denis, la cosa habría pintado de otra manera.

Si retrocedía sólo un día, la historia, desde mi punto de vista, cambiaba mucho. Me había llevado un chasco al descubrir que Mario era bastante engreído, que tal vez le valía cualquier mujer con tal de llegar a un orgasmo rápido y que, si hubiera podido conseguir que Iris se uniera a la cena, habría acabado en trío en vez de...

«¡Un voto de confianza! Tal vez está pasando por una mala racha en el curro, igual que yo. Quizá se pasa el día peleando con Amargo. El estrés y las riñas nos vuelven algo estúpidos a todos.»

Imaginaba que ésa podía ser la excusa que mi mente había utilizado para no autocastigarme más con aquella cita. Picante era un hombre muy atractivo, me había resultado simpático y encantador desde el principio y, el hecho de que se hubiera preocupado por darme de comer, por abrirme la puerta de su restaurante y por sentirse celoso cuando Amargo comenzó a pisarle el terreno, equilibraba la balanza con lo negativo... que era poco, de momento, pero preocupante.

«¿Pisarle terreno? ¡Pero si sólo me estaba enseñando a cocinar para hacerme un favor! Me estoy montando una película...»

Sin embargo, tenía claro que se había excitado a mi lado. Su cuerpo no me podía engañar, aunque lo hicieran sus palabras.

—¡Emma!

Por suerte, mi manía de seguir hablando en voz alta no se había vuelto a presentar, ya que, si llega a ser ése el caso, Mario habría abierto la puerta del coche y me habría puesto en la calle de una patada. ¿Cómo podía estar bebiendo los vientos por un hombre y al día siguiente resultarme extrañamente desagradable?

Bueno, tal vez desagradable no era la palabra exacta...

—Perdona. Ha sido un día duro.

En verdad, había sido uno de los más tranquilos que había tenido desde que comencé mis turnos en la clínica, ya que no me había preocupado de hacer todo ese trabajo extra que ya sabía que no me correspondía. De ese modo, por ejemplo, había podido comer en la sala de estar, meneando la nota de Mario entre los dedos, con la convicción de que algo raro pasaba en ese restaurante.

«Alguien se está burlando de mí.»

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que la broma era de los cuatro, y no sólo de Mario. Si se trataba de algún experimento sociológico con el que pretendieran demostrar que a una mujer le daba igual el hombre que se metiera entre sus piernas mientras le diera de comer —sí, en todos los sentidos—, habían escogido a la candidata adecuada. Yo nunca lo habría imaginado..., pero me estaba comportando así.

—¿Te ha gustado el almuerzo?

Una sencilla parrillada de verduras, aderezada con una deliciosa vinagreta, y unos ñoquis acompañados con setas habían precedido a una especie de flan de queso que una de las auxiliares de enfermería intentó robarme, alegando que me iba a sentar mal tanta comida. Defendí mi postre a golpe de cuchara, mientras ella procuraba meter un depresor lingual en el recipiente de barro, para usarlo de improvisado cubierto. Lo que se quedó en la bolsa fue el vino, ya que estaba muy mal visto que una enfermera ayudara a bajar la comida con algo de alcohol. Para eso ya teníamos el de setenta grados en el carro de curas...

—Estaba muy bueno, gracias.

—He traído el pan —me anunció, dejando que su lengua vagara por sus blancos dientes.

De pronto, el olor me sorprendió. No me había percatado de él, básicamente porque la colonia de Mario había acaparado mi sentido del olfato nada más entrar en el coche. Se había pegado tanto a mí que era imposible oler

cualquier otra cosa. Pero era cierto..., el pan estaba en el asiento trasero, con su aroma avisando de su presencia.

—¿Ha quedado bueno?

—Dímelo tú, puedes probarlo ahora mismo..., aunque yo tengo ganas de catar otras cosas.

Lógicamente, no se estaba refiriendo al pan, sino a mí... aunque no me habría atrevido tampoco a afirmarlo. Sin embargo, a esas alturas, ya no podía asegurar nada de nada, y si en algún momento había estado convencida de que había sido él quien me asaltó en aquella cocina... ya no estaba convencida por completo.

Tenía que recordar que Iris había dicho que me miraba con deseo, como si no me hubiera *probado*, y esa última frase corroboraba el presentimiento de mi amiga.

Un silencio incómodo se apoderó del interior del vehículo, de nosotros, aunque probablemente me lo pareció más a mí que a él, ya que Mario estaba mucho más interesado en seguir lamiendo la parte de mi piel que quedaba expuesta, en ese momento mi hombro, concretamente, en dirección a lo que ya no era mi hombro... y, si usaba la lengua para eso, no podía ponerse a hablar.

—¿Nos vamos? —le pregunté, rompiendo el momento—. Me apetece... cenar.

Picante me sonrió, como si le hubiera encantado que a mí se me hubiera ocurrido cortar el silencio con una frase que él captó como en doble sentido, aunque yo no la había dicho como tal.

«Sin tonterías, que lo he dicho sin pensar, pero tampoco soy estúpida.»

Estaba claro que mi cerebro pensaba en una cosa mientras mi entrepierna decía exactamente lo contrario. Tenía ganas de sexo. Llevaba pensando en ello desde antes de entrar en aquella maldita cocina. Que me importara poco si era con él o con otro me parecía horrible, pero ya me pelearía conmigo misma al día siguiente... o esa noche... cuando llegara a casa y me tuviera que enfrentar con las preguntas de Iris. Tendría que escucharla.

Llegamos a su piso en lo que me parecieron pocos minutos, aunque no sabría decir cuántos, ya que no le iba prestando atención ni al reloj ni a las calles. Sólo cuando detuvo el automóvil delante de un edificio de ladrillo negro fui consciente de que ya no tendría más tiempo para recriminarme nada más hasta después de la cena.

—¿Vamos?

Imagino que le dije que sí, y que lo acompañé al portal, luego al ascensor y, por último, al rellano de su casa. Sólo recuerdo verme de repente rodeada de negrura en el recibidor de su piso, con un espejo que me devolvió mi imagen asustada.

Volvía a ser una presa fácil.

—Bonita casa...

Evidentemente todavía no había visto nada del piso, ni a él le importaba un pimiento que a mí me gustara su estilo, pero algo tenía que decir cuando apenas si pude localizarlo en la negrura de la estancia cuando cerró la puerta detrás de nosotros.

Lo oí ronronear y gracias a eso supe desde dónde me iba a llegar el contacto de sus manos. Un instante después, me arrastraba por un pasillo que tenía algunas luces de presencia diseminadas por los enchufes a la altura de los tobillos y que fueron encendiéndose a medida que Mario me iba guiando, quitándome la ropa —o arrancándomela— y tomaba posesión de mi boca, mis nalgas y, realmente, todo lo que quiso.

Un par de pasos más y mi cuerpo chocó contra una mesa enorme, de madera oscura, con un mantel negro cubriéndola. Llegué a ver el color porque en el comedor sí había un par de lámparas encendidas, una en cada esquina opuesta a la puerta. Logré ver también varios platos dispuestos sobre la mesa, pero a Picante no le importó demasiado. Oí que se rompía uno al chocar contra el suelo cuando me levantó en vilo y me dejó caer sobre la superficie de madera, con las nalgas a la altura del borde que más cerca quedaba de sus piernas.

Para entonces yo ya jadeaba...

Para entonces él ya estaba echando mano a la hebilla de su cinturón, sacándolo de un tirón de las presillas.

Mis piernas lo rodearon cuando acercó su pelvis a mi entrepierna, donde las braguitas aguardaban, húmedas, a lo que Mario quisiera hacer con ellas. Dobló mis rodillas y apoyó mis talones en los bordes de la mesa, y el extremo de la falda del vestido comenzó a deslizarse por mis muslos, apartando la tela hasta depositarse en mi vientre.

Picante lo observó todo, con rostro de estar pasándose en grande.

—Vamos a comer.

El cocinero, sin probar bocado de los manjares que ha hecho, suele quedar satisfecho de sólo haberlos guisado.

CALDERÓN DE LA BARCA

Había muy pocas posibilidades de que Iris no me estuviera esperando a esas horas. Un milagro, un catarro o tal vez una cita con un chico fuera de casa serían los únicos motivos por los cuales mi amiga podría retrasar el interrogatorio para la mañana siguiente.

Y digo bien, una cita fuera de casa, porque, si Iris se había llevado a su amante de turno a su dormitorio en nuestro piso, sin duda tendría la poca decencia de dejar a un lado lo que estaba haciendo —apartando lo que le estuviera metiendo o chupando— para interceptarme en la puerta antes de que yo consiguiera llegar a zona segura, o sea, a mi habitación... y ni siquiera lo era ya, pues incluso había pensado en poner una alarma en la puerta de mi dormitorio, pero no me llegaba el presupuesto.

No se dio ninguno de los tres supuestos. Iris estaba allí, con un bol de palomitas en la mano, tirada en el sofá, esperando delante de la tele.

—Mira que tardas para echar un polvo.

—También he ido a cenar —le recordé, aunque las dos sabíamos que, comer, no habría comido mucho... o no, al menos, algo que me quitara el hambre.

—Déjate de chorradas y canta de una vez —me instó, con cara de pocos amigos.

Tenían que haberle sentado mal las palomitas a esa hora de la noche y por

eso tenía ese gesto en la cara, pero cualquiera le recordaba a Iris que, a la una de la mañana, cualquier cosa tenía tendencia a producir indigestión.

—Estoy convencida de que no fue él.

—Eso está bien —comentó, dejando el bol encima de la mesa—. Y sólo has tenido que acostarte con él para averiguarlo —añadió, con sorna—. Ya te dije que te miraba con cara de no haberte catado; eso se nota en la expresión de los ojos, en cómo te devoran... y a ese hombre se le veía de lejos. —Miró mi ropa, que estaba aún más arrugada que antes, si eso era posible—. ¿Al menos lo has pasado bien?

Le conté que, teniendo en cuenta que la última vez que había tenido sexo no había logrado mi segundo orgasmo, podía decirse que en aquella ocasión todo había ido mucho mejor, pero no tan bien como había imaginado, sin duda alguna. Y, aunque de eso era yo la culpable —ya que nadie me mandaba estar fantaseando una y otra vez con el momento en el que Mario separaría mis piernas, restregaría su virilidad por mi humedad y me penetraría de la forma más obscena que se me pudiera ocurrir a mis veintitrés años—, no había sido el caso. Había fabulado acerca de que lo haría lentamente, mirándome a los ojos, relamiéndose los labios y enseñándome esa lengua lasciva que tantas veces me había quitado el sueño desde que lo conocía..., pero no se había asemejado a eso en nada.

Primero, porque, cuando tuvo mis piernas separadas, lo que hizo fue agacharse entre ellas, aspirar el olor de mis braguitas y... acto seguido... lamerlas. Se me cortó el aliento al sentir la presión de su lengua sobre mi vulva, mojando aún más la tela que separaba su carne de la mía. Apenas si pude creerme que no fuera a apartar las braguitas para tocarme, para meterme un par de dedos mientras me hacía estremecer con su lengua, para ver lo que se estaba llevando a la boca.

En su defensa diré que, aunque no tuviera esa parte ardiente e hinchada de mí a la vista, se manejó muy bien...

Vale, tremendamente bien, si había que ser fieles a la realidad.

—Entonces, sí te ha gustado —insistió ella, volviendo a comer palomitas, como si mi historia fuera mejor que la película que había dejado a medias. Porno, película porno, de esas que hacen que te pongas colorada mientras estás observando la pantalla con tu mejor amiga. No era normal estar contándole todo aquello.

—Me ha encantado —le confesé, estremeciéndome al recordarlo.

Y era del todo cierto, seguí explicándole. Tal vez porque estaba completamente en tensión, esperando a que apartara la tela e hiciera lo que se suponía que se tenía que hacer en el sexo oral, no vi llegar el orgasmo. Picante lamió y presionó, sensibilizando tanto la piel de mis pliegues y mi clítoris que, de repente, comencé a gemir sin esperarlo. Metió las manos por debajo de mi cuerpo, aferrando mis nalgas sin retirar la tela de las braguitas que las cubrían, y allí clavó los dedos, acercando mi piel a la suya por si yo me batía en retirada en medio del orgasmo. Nunca imaginé que una lengua pudiera dar tanto placer sobre una tela y me dejé ir mientras seguía frotándola sobre la piel hipersensibilizada. Un instante después, grité su nombre —o eso creo, quizá lo llamé «Picante» y no me di cuenta de ello— y mis piernas cayeron a ambos lados de su cuerpo, quedando colgadas al borde de la mesa.

—*Me encantan los aperitivos...*

—¿Eso te dijo? —me preguntó Iris, asombrada, cuando seguí dándole detalles; demasiados, empezaba a creer, pero, una vez me había puesto a ello, iba a ser complicado hacer un resumen escueto del encuentro, del tipo «Me lo comió sin quitarme las braguitas sobre la mesa del comedor. Punto».

Segundo, porque, cuando dejé de estremecerme y me dio un respiro, se levantó, encajándose entre mis piernas para, de inmediato, tirar de mis manos y sentarme en el borde, a escasos centímetros de él, y un instante más tarde me hizo arrodillar delante de su bragueta abierta, donde el bulto de su erección me indicó que llevaba tiempo esperándome.

—*Cómemela...*

—¡No jodas! —exclamó Iris, imaginándose la escena—. ¿Así, sin más?

«Sin anestesia ni nada. A la porra lo de usar símiles de cocina. Ya tocaba una expresión sanitaria.»

Pues sí, así había sido. Me puso la mano en el hombro para indicarme que me pusiera de rodillas, con la fuerza justa para que entendiera que era eso lo que le pedía el cuerpo, pero sin ser tan brusco como para que me sintiera obligada a ello. Aunque, claro estaba, un poco de obligación sí que parecía que daba a entender cuando ni siquiera me había preguntado si me apetecía, o si me gustaba hacerlo.

Lengua por lengua.

—¿No te dio ni siquiera un beso después de que te corrieras?

Negué con la cabeza. Fue una de las cosas que me llamó más la atención de toda la experiencia..., pero no fue, ni mucho menos, la única. Apenas si se dignó darme un par de besos en la boca durante toda la noche, como si esa parte de mi anatomía sólo tuviera importancia cuando tenía los labios rodeando su polla.

Iris me preguntó que qué hice, y yo le respondí encogiéndome de hombros. ¿Qué iba a hacer? Soltar el botón de su pantalón y liberar su verga, ya dura, para llevármela a la boca. En verdad, he de reconocer que lo estaba deseando, que fuera raro no lo hizo menos excitante. Que me ordenara que me la llevara a la boca no me hizo sentir incómoda, aunque no estuviera acostumbrada. Mi exnovio era tan sosito en la cama que a lo más que había podido aspirar era a oírlo resoplar mientras se corría. Lo de hablar se le daba mal con toda la sangre en la parte baja de su anatomía, como para conseguir que lo hiciera cuando no tenía el cerebro bien oxigenado.

Logré liberar su erección del pantalón vaquero, pero cuando fui a hacer lo mismo con el calzoncillo negro que la cubría, me apartó las manos y me guio la cabeza para presionarla contra la tela... como había hecho él contra mi vulva, con la braguita de por medio.

—*Sí, nena. Lame.*

Lo de lamer un calzoncillo fue lo más extraño que había hecho yo con una

polla, si dejaba a un lado lo de poner sondas o retirar puntos de sutura tras las operaciones de fimosis. En verdad, ninguna de esas cosas era rara para una enfermera, aunque evidentemente no era lo más erótico que se podía hacer con una. Tampoco, de primeras, me pareció que lo sería lamer la carne dura y cálida a través de la tela de la ropa interior, pero, tras oírlo gemir cuando recorrí de una sola pasada desde la base a la punta —que lucía humedecida allí donde el capullo se transparentaba, obscenamente oscuro—, cambié de parecer. Rodeé ese trozo de carne todo lo que pude con los labios y chupé, tratando de atraerlo al interior de mi boca, aunque supiera que físicamente resultaba imposible.

Me lo impedía una maldita tela elástica, empapada en mi saliva.

El hecho de que Mario siguiera gimiendo como si le estuvieran haciendo la mejor mamada de su vida me envalentonó y, aferrándome a sus muslos, me dediqué a alternar pasadas largas de la lengua con chupetones en la punta, comprobando que la tela cada vez sabía más a él y menos a mi saliva. Algo así como un minuto después, volvió a aferrarme la cabeza y restregó su pelvis por mis labios entreabiertos, encajonando su polla entre ellos. Conté cinco embestidas lentas, seguidas por otras tantas rápidas, antes de oírlo jadear con mayor intensidad y sentir sus espasmos contra la tela. Un instante más tarde, el calzoncillo se impregnó de su corrida y mis labios con ella, y me dije a mí misma que había sido la cosa más rara que me había pasado... sin contar el suceso de la cocina, claro está.

—*No tendrás el uniforme del trabajo por aquí, ¿verdad?*

Tercero, su fetichismo.

La pregunta de Picante me dejó descolocada, y he de reconocer que de primeras pensé que estaba de broma... y de segundas, también, pero, cuando me di cuenta de que no sonreía, empecé a replantearme su pregunta y respondí con toda la inocencia del mundo.

—*En la mochila...*

Normalmente siempre regresaba a casa con él, para poder lavarlo. Había

descubierto que la clínica disponía de un servicio de lavandería que ofrecía la posibilidad de lavar y planchar el uniforme a los trabajadores de forma completamente gratuita, pero no se ofertaba a los sustitutos, por lo que de nuevo me sentí burlada al enterarme.

Todas las enfermeras iban correctamente planchadas menos yo. Bueno, yo y otra sustituta más; una que tampoco vivía con sus padres.

—*¿Te importaría ponértelo?*

—*¿Para qué?*

Estúpida de mí.

—*¿Eres tonta?* —me preguntó Iris—. *¿Cómo que para qué?*

—De verdad, en ese momento no caí...

Y era cierto. Le conté que no me di cuenta de lo que me pedía Picante hasta que no lo vi sacar del bolsillo de su pantalón una cofia blanca con una enorme cruz roja en el centro. Seguramente esa prenda formaba parte de algún disfraz de carnaval, comprado en alguna tienda de artículos sexuales o...

—*¿Y qué más da?* —me preguntó mi amiga, mientras a mí me daba por ponerme a divagar, de forma nerviosa y en voz alta, sobre datos que estaba claro que no tenían ninguna importancia—. *¿Quieres decirme qué hiciste?*

Hice lo que habría hecho cualquier chica a la que le coge por sorpresa una pregunta como aquella. *¿Salir corriendo?* No. Ir hasta la mochila, abrir la cremallera y enseñarle la casaca violeta del uniforme. Mario se pasó la lengua por su labio inferior y me sentí la presa de ese hombre, mientras se frotaba la cofia sobre la tela del calzoncillo, donde volvía a lucir el inicio de una erección.

—*Se me puso dura en el instante en el que te vi llegar el primer día a tu casa con ese uniforme puesto.*

Comprendí de esa manera tan brusca que lo que en verdad le atraía de mí no era mi sonrisa, mis curvas o el color naranja de mi cabello, sino el hecho de que fuera enfermera. No quise pensar en la de veces que ese hombre habría ido a la puerta de una clínica a intentar ligar con chicas que llevaran el pijama

sanitario de enfermera puesto. Reconozco que sentí una punzada de celos al pensar en otras, y una pizca —enorme— de decepción al empezar a asimilarlo todo. Quedaba resuelto el enigma de por qué se había fijado Mario en mí... y dolía.

¡Vaya si dolía!

—Dime que no te pusiste el uniforme y follaste con él —me pidió Iris, con cara de espanto.

Tuve la tentación de ser mala y contarle una mentira, pero tampoco me apetecía prolongar mucho más el interrogatorio. Estaba cansada, decepcionada, aún con un millar de dudas en la cabeza... y era lo suficientemente tarde como para que todo eso influyera en mis ganas de bromear acerca de un asunto que no tenía ni puñetera gracia.

—No lo hice.

Iris me miró de reojo, entre aliviada y desconfiada. Empezaba a sospechar que le ocultaba información... y era cierto.

—Pero ¿te la metió o no te la metió?

—¿Tienes que ser siempre tan vulgar?

—¿Y tú tan poco explícita?

Le saqué la lengua, llegué hasta la lavadora y saqué el uniforme de la mochila con la intención de meterlo en el tambor para hacer un lavado de madrugada.

—¡Alto ahí! Ésa es la prueba del delito...

Iris me arrebató el uniforme y se me desencajó la mandíbula al ver que comenzaba a olfatear la tela, como si pudiera detectar de esa manera restos de la corrida de cualquiera de los dos. Me la imaginé sacando el espray que se usa en criminalística para descubrir ese tipo de manchas que tanto sale en las películas policíacas, y no pude contener la risa.

—¿Esta mancha de aquí...?

—¡Anda ya! —la corté, antes de que pudiera seguir con su pregunta—. No, no me puse el uniforme. No, no volvimos a follar. Y no, dudo mucho de que

fuera él quien me asaltó en el restaurante.

—¿Y por qué no a todo?

Me encerré en mi dormitorio antes de seguir contestando a más preguntas. Iris me insultó un par de veces desde el otro lado de la puerta, pero me propuse ignorarla atendiendo al millar de recuerdos que tenía en la cabeza.

No, no me puse el uniforme porque él quiso que me probara el resto del disfraz que tenía guardado en uno de los armarios de su casa, y que junto con la cofia completaba el atuendo de enfermera típica de una película porno. No, no volvimos a follar porque, cuando me lo propuso, le propiné un bofetón tan fuerte que hasta yo me sorprendí de ser capaz de darlo, y que le hizo girar la cara del golpe. Y no, no creía que fuera quien me había apartado la tela de las bragas para tomar posesión de mi cuerpo por detrás, mientras no era capaz de reconocerlo por culpa de un maldito gorro de cocinero... porque tuve el descaro de preguntarle si había sido él.

Ya puestos, después de abofetearlo no pensaba tener otra cita con Mario, respondiera lo que respondiese..., pero Picante volvió a sorprenderme, echándose a reír, mientras se llevaba la mano a la cara y se miraba mis dedos marcados en la mejilla en un espejo que quedaba a su espalda.

—*¿Alguien te folló en la cocina y crees que fui yo?* —me preguntó, ofreciéndome asiento en la mesa, cuando yo estaba a un tris de salir por la puerta, indignada con la propuesta sexual de Picante.

Encontró muy divertida mi reacción, que clasificó de casi pueril..., pero comprensible. Después de todo, no era la primera vez —ni sería tampoco la última, supongo— que una enfermera se sentía ofendida cuando él le pedía que le hiciera las curas necesarias a su polla enferma.

No, no había sido él.

—*Si llego a ser yo... te aseguro, Emma, que lo sabrías.*

Estómago hambriento no tiene oídos.

JEAN DE LA FONTAINE

Dormí mal, francamente mal, aquella noche, y ya llevaba unas cuantas. No conseguí quitarme de la cabeza la mirada lasciva de Mario, su risa al enterarse de que andaba tras la pista del tipo que me había follado en la cocina de su restaurante y la proposición de ayuda que me hizo luego, cuando no acepté el asiento que me ofreció en su mesa.

—Si te sirve de consuelo, tiene que haber sido uno de los otros tres. Lo del repartidor de refrescos es imposible —me comentó, cruzando las piernas con soltura, apartando la silla de la mesa—. Nunca dejamos a nadie a solas en la cocina. No nos fiamos de los proveedores.

Fue una pequeña alegría enterarme de que la búsqueda quedaba reducida a tres tipos posibles y no a media docena de desconocidos, que podían ir pululando por ese local a voluntad. Tampoco había camareros masculinos que pudieran haberse tomado la licencia de inclinarme sobre la encimera de la cocina y aprovechar que era tonta de remate.

—Podemos descartar a Denis. Ese seguro que no se acuerda de lo que es meter la polla en un agujero.

Me despedí de Mario con brusquedad en la puerta y se apresuró a saltar de la silla para bloquearme la salida.

—Te llevo a casa y vamos hablando...

—La verdad, no me apetece.

—Venga, mujer, que era sólo un disfraz...

No pude explicarle que no era sólo por eso, ya que ni siquiera yo misma lo

entendía. Realmente ese hecho me había molestado, pero, al final, seguramente se trataba de un cúmulo de todas las circunstancias que lo rodeaban y que habían provocado que entendiera que Mario sólo quería sexo conmigo. Él nunca había tenido ninguna otra pretensión y eso quedaba claro en la poca delicadeza que había demostrado.

Y yo era una imbécil por haber creído, sólo por un instante, que podía haberle llegado a gustar a un hombre como Picante. Tenía que reconocer que no me había mentido en ningún momento y que, si en mi cabeza había llegado a imaginar cualquier otra explicación, era única y exclusivamente culpa mía.

Capitulé y acepté que me llevara a casa porque estaba cansada, no tenía dinero para coger un taxi y no estaba segura de ser capaz de regresar en autobús... o que hubiese alguno a esa hora de la noche. A Mario se le iluminó el rostro cuando le dije que sí y aceptó mi cara de perro asesino como respuesta a su sugerencia de hacerse cargo de mi mochila.

Se echó a reír como cuando lo había abofeteado minutos antes.

—¿Seguro que no quieres comer algo? —me preguntó una última vez, sin perder la sonrisa.

—Se me ha quitado el apetito.

—Ya regresarán las ganas. Te va a entrar... hambre.

Comprendí que era una promesa y que no se estaba refiriendo a la comida. Y en el ascensor, mientras bajábamos sin intercambiar ni media palabra, me repetí el mantra de que eso no pasaría... y seguí pensando en ello durante todo el trayecto hasta mi casa.

No iba a volver a desearlo.

No iba a volver a desearlo.

No iba...

Me plantó un beso en la boca cuando me estaba acompañando, andando, hasta mi portal. Se había empeñado en no dejarme ir sola por la calle a aquellas horas, y ya habíamos enfilado la esquina desde la que se divisaba mi edificio cuando se paró, tiró de mí y me devoró la boca con tantas ganas que

me costó un par de segundos reaccionar para apartarlo. Pero, tan pronto como me arrebató la posesión de mis labios, tan pronto me los devolvió, sin perder la sonrisa.

Parpadeé un par de veces, tratando de recuperar el aliento para asestarle un nuevo bofetón, cuando lo oí saludarlo en voz alta.

—¡Qué tarde te marchas a casa! Cómo se nota que nadie te espera en la cama...

No tuve que levantar la cabeza para confirmar a quién se estaba dirigiendo Picante —el capullo de Picante—, pero aun así lo hice. Denis me lanzó su mirada amarga sólo un segundo, para luego ignorarme e ignorar a su socio y seguir su camino por la calle peatonal en busca de su coche, de su moto, o de su casa si es que vivía cerca y siempre regresaba del trabajo andando... o quizá en busca de un bar donde le sirvieran algo de alcohol que le quitara las ganas de asesinar a Mario.

Yo también tuve, en ese momento, muchas ganas de hacerlo.

—¿Lo has hecho aposta? —le pregunté, ofendida, a pesar de que no necesitaba que me confirmara nada.

Mario había visto acercarse a Denis al doblar la esquina y había actuado para intentar molestarlo, aunque no sabía muy bien cuál era el motivo por el que pensaba que su socio iba a sentirse mal al verlo besarme. Lo único que se me ocurrió fue pensar que, aunque hubiera afirmado un rato antes que Denis no era capaz de haber sentido el impulso de follarme, no las tenía todas consigo y prefería asegurarse de que le hacía daño si llegaba a estar equivocado. Esos dos hombres se odiaban lo suficiente como para que no hicieran falta más explicaciones. Y yo era tan tonta como para dejarme manejar y ser el arma que usara Mario para joder a Amargo.

«Capullo.»

Por toda respuesta... se echó a reír.

Me ofreció la bolsa con el pan y se la arrebaté de un seco tirón. Lo había hecho con Denis y había terminado de amasarlo con él, pero era mi pan y me

lo había ganado. Desayunaría pan, acordándome de lo gilipollas que podían ser los hombres... y las mujeres que se dejaban utilizar para demostrar cuál de los dos la tenía más larga.

«Capullo.»

No me despedí de él en el portal y el cocinero se marchó sin sentirse rechazado u ofendido. Se llevaba en los labios la sonrisa más satisfecha que se le puede dibujar a un hombre, a mi entender, aparte de la que asomaba después de un buen orgasmo... o después de enamorarse y sentirse correspondido.

Y Mario no acababa de correrse... y, desde luego, tampoco se había enamorado.

A un buen hombre sentado a comer a la mesa,
ninguna cosa ha de venir a molestarlo.

JOSEPH BERCHOUX

No me atreví a pasar por delante de la puerta del restaurante al día siguiente, ni en los cuatro días sucesivos. Para llegar a la parada del autobús tenía que rodear una enorme manzana de casas restauradas, pero prefería andar diez minutos más a correr el riesgo de toparme con la sonrisa lasciva de Mario... o la mirada reprobatoria de Denis. No obstante, apenas esquivaba el establecimiento unos metros, así que nunca estaba demasiado tranquila cuando salía a la calle.

Tampoco respondí a ninguno de los mensajes que me envió Picante al móvil, y no fueron precisamente pocos a lo largo de esos días. Me convencí de que, sencillamente, si no me topaba con ninguno de los cuatro, olvidaría todo lo que había sucedido y pasaría página, aunque en verdad sólo me molestaba chocar de frente con dos de ellos.

—Si quieres mudarte, avísame y le digo a mi tía que compre otro piso, uno lejos del restaurante —se burló Iris, un día en el que bajamos juntas a la calle para ir al supermercado. Se percató del pequeño detalle de que me ponía la capucha de la sudadera del chándal, ocultando los cabellos naranjas, y que me cubría los ojos con unas enormes gafas oscuras, que había comprado en una tienda llamada Made in China, y que me quedaban patéticamente mal—. ¿No había bigotes o barbas postizas?

Dos euros me habían costado las gafas gigantescas. Me iban a dejar ciega.

No quise responderle, pero le saqué la lengua y caminé lo más rápido que

pude en cuanto pisé los adoquines de la calle. Iris tuvo que hacer un esfuerzo para seguirme el paso y, cuando llegó a colocarse a mi lado, aún seguía riendo.

El día anterior había comenzado el curso con el que había conseguido que sus padres la mantuvieran económicamente unos meses más sin obligarla a trabajar. Estaba de peor humor en general, pero, cada vez que recordaba mis esfuerzos por no toparme con Picante o con Amargo, se partía de risa. Lo de levantarse temprano después de unos cuantos meses haciendo el vago le había cambiado las ganas de burlarse de todo... menos de mí.

—Es el momento ideal para que te tiñas el pelo —siguió bromeando, de camino al supermercado—. El rosa se usa mucho esta temporada, y seguro que ninguno de los cocineros te buscará de ese color.

—Recuérdame el chiste mañana, cuando tengas que madrugar otra vez para ir a clases...

Lo único bueno que tenía mi turno de tarde era que me permitía no tener que poner el despertador a una hora en la que ni los gallos eran capaces de recordar que existía un amanecer en el que acabarían cantando, e Iris me odiaba un poco —bastante— por ello.

Estábamos en el pasillo de cosmética, buscando el champú que comprábamos habitualmente —y que usábamos las dos, después de pasar meses en desacuerdo, hasta que por fin dimos con uno que nos iba bien a ambas— cuando alguien me habló a la espalda.

—A mí no me deja bien el pelo —soltó alguien, con voz risueña.

Me di media vuelta y me sorprendió descubrir que quien se había dirigido a mí era Eizan, el repostero del restaurante... o el cocinero dulce, ese que llevaba un gorro rosa con un *cupcake* engalanado con purpurina adornando un lateral. Se me fueron los ojos hacia su cabello, para descubrir que era de los que se rasuraban toda la cabeza, tal vez porque le quedaba poco. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de ese detalle? Me resultó curioso que se me hubiera pasado, ya que solía ser muy observadora para ciertas cosas... para los

hombres, por ejemplo, y para el cabello, sobre todo; consecuencia de tener que defender el mío a capa y espada.

—Tú sólo dime que no fue el culpable de que se te cayera y me quedaré tranquila —bromeé, asombrada de inmediato de mi ocurrencia.

«Punto para la enfermera simpática.»

Dulce rio, con una voz cantarina y sincera que me encantó. Si estaba al tanto de lo que había pasado con sus otros socios, no dio muestras de ello, aunque me dije que, después de los cuchicheos que habíamos intuido —y visto, aunque no oído— la noche de la cena en el local, poco tenía que quedarle para la imaginación a ese otro cocinero a esas alturas.

—No, no fue el culpable —afirmó, bajando la vista para dejar vagar la mirada por el par de objetos que tenía entre las manos.

Se pasó la mano por la cabeza, acariciándose la calva.

De pronto no recordé el motivo por el que había descartado a Dulce como posible amante bandido y desconocido. Tal vez nunca lo había descartado. Sin pensarlo demasiado, me pareció tímido, aunque había soltado algún comentario que me había hecho dudar de esa dulzura y timidez que se veía reflejada en su rostro allí, en el supermercado. También era cierto que aquella era la primera vez que coincidíamos a solas sin que nadie pudiera molestarnos y la otra actitud podía ser una pose. Podría pasar que se hubiera intimidado al oír que lo llamaba Mario y, de pura vergüenza, hubiera salido corriendo en vez de quedarse para que me diera cuenta de que no era él.

Eso encajaba.

«Y la tierra no es redonda... sino plana. ¿Alguna otra teoría?»

Estaba a punto de reírme a carcajadas por mi ocurrencia, quemar todas mis navas y preguntarle directamente si había follado alguna vez conmigo —la pregunta estándar para hacerle a una persona con la que has intercambiado apenas dos frases, de toda la vida—, cuando rompió el silencio.

—No le digas al Hombre Hache que me has visto aquí comprando, por favor.

Por la cara que puse, imagino que captó perfectamente que no sabía a quién se estaba refiriendo. Para mí, aquel apodo podía estar usándolo para designar a un superhéroe. Me disponía a preguntárselo cuando se adelantó otra vez y tomó la palabra... y no, la cuestión de si había follado conmigo se me había quitado de la cabeza, por suerte.

«Por suerte, no, que es la forma más rápida de dejar de morirme por conocer las respuestas.»

—Denis, el hombre de hielo, también conocido como Hombre Hache, Señor Hache o Hache a secas. Ayer me pidió que pasara por el mercado esta mañana, pero no me he acordado. Bueno, más bien... me lo ordenó, que no es de pedir las cosas con delicadeza. Y sé que me mataría si se enterara de que he comprado las especias en el supermercado de la esquina a última hora por falta de tiempo.

Recordé que Mario también me había comentado que Amargo era muy maniático para los asuntos del restaurante; parecía que no se estaba ganando muchos amigos entre sus socios. Tal vez se llevara bien con Agrio, aunque, como yo todavía no había intercambiado con él ni media palabra, tampoco tenía ninguna referencia para poder opinar al respecto. A lo peor estaba solo en ese restaurante, sabiendo que todos sus socios lo odiaban, que su esposa lo odiaba y que sus hijos lo odiarían si no lograba hacer que lo conocieran tras el divorcio.

No, podía ser que se llevara bien, al menos, con Agrio...

«Y seguro que fue con él con quien me di un húmedo homenaje. El que menos te esperas es quien más te sorprende. Agrio, el extranjero. ¿Se llamaba Benedict? Iba a tener esa pésima suerte...»

—Tranquilo, que no diré nada. Ya se han enfadado bastante en ese restaurante por mi culpa...

—¿Te refieres a Mario y a Denis? —preguntó, bajando los botes de cristal que llevaba en las manos—. No te preocupes. Llevan así desde que abrimos el establecimiento. Se han peleado absolutamente por todo, incluso por el

nombre. Por ello, es normal que Mario tratara de joder a Denis cuando éste comentó lo curioso que le resultaba tu cabello...

—¿Denis?

La información que acababa de facilitarme Dulce me dejó descolocada por completo. Hasta ese instante siempre había creído que Denis se dio cuenta de que yo existía la noche en la que Mario me preparó aquella primera cena, cuando irrumpí en Come yendo de la forma más sucia en la que podía conocerse a alguien, pero, según estaba descubriendo en ese instante, había sido precisamente al revés... Hasta entonces había pensado que a Picante se le había puesto dura al verme ir hacia el portal, mientras fumaba un cigarrillo, alejado de la puerta del local para que ninguno de los socios entrara en crisis, mientras se escabullía durante un rato de sus obligaciones en la cocina; de Denis, para ser más exactos. Que Mario se excitara por el pequeño e insignificante detalle de que era enfermera podía ser fruto de la casualidad. Si había sido Denis el primero en verme pasar por delante del restaurante y le había llamado la atención el color de mi cabello, la cosa cambiaba mucho.

«No, no cambia nada. Al final habré practicado sexo con un capullo y con un desconocido en menos de dos semanas. Los motivos, a ninguno de ellos le importan.»

Pero a mí sí me importaba.

—Sí, el Hombre Hache —Dulce se cuadró, como si sólo de mentarlo tuviera que presentar sus respetos—, a quien le gusta todo perfecto. En verdad, es el único de nosotros que tiene idea y experiencia como propietario en el sector de la hostelería. El resto de los socios sólo queríamos cocinar, pero también nos hacía ilusión ser dueños de un negocio. Denis ha tenido varios restaurantes antes...

—Me suena.

¿Me lo había contado él o había sido Mario el que me lo había dicho? Estaba claro que Picante no sabía mantener la boca cerrada, pero ya no era

capaz de recordar de dónde provenía toda la información que tenía en la cabeza.

—Por suerte, gracias a que se ha comprometido tanto con el negocio, el resto hemos sido capaces de sacarlo adelante. No se lo reconoceré ni muerto, porque es el hombre más desagradable que he conocido en la vida, pero es cierto que es el único que se lo toma en serio. Yo estoy en esta historia... por Mario.

El tono con el que me hizo aquella confesión logró que encajara una pieza más en el rompecabezas que tenía en la mente. No se lo había notado hasta ese momento, porque, a lo peor, cuando estaba delante de sus socios, trataba de ocultarles información... y yo había visto lo mismo que veían ellos, lo mismo que quería mostrarles a ellos. Era un hombre que aparentaba ser lo que no era. O, tal vez, simplemente se trataba de que no me había llamado la atención y no me había interesado obtener más datos sobre Dulce..., pero en ese instante era al único al que se la prestaba.

Dulce, allí, en ese instante, no estaba ocultando nada. Parecía estar queriendo intercambiar conmigo datos de relevancia. Él me los ofrecía... y esperaba que yo le correspondiera; sin embargo, no sabía qué necesitaba de mí... hasta que mi mente se iluminó como si la hubieran alumbrado con uno de esos focos que tanto deslumbraban en un campo de fútbol... o como los que se usaban para interrogar a un prisionero en una sala de interrogatorios.

«Soy tonta...»

Vale, iba a descartar muy pronto otra vez a Dulce. Estaba claro. Acababa de descubrir que... a Eizan no se le podía levantar conmigo.

Se le levantaba con otro.

—Y tú... ¿sales con él? —me preguntó, sin querer disimular su verdadero interés.

—No —respondí, cogiendo aire y luego soltándolo con lentitud—. ¿Y tú?

Uno debe comer para vivir, no vivir para comer.

MOLIÈRE

—Vale. Entonces, tenemos a uno que dice que no se ha acostado contigo, otro al que, supuestamente, no se le levanta porque es un amargado y odia a las mujeres y a un tercero que es gay. ¿Me equivoco?

Iris tenía una facilidad pasmosa para resumir las situaciones. Básicamente, ésa era la conclusión a la que habíamos llegado. Le había contado mi conversación con Eizan nada más salir del supermercado, ya que nos había encontrado intercambiando confidencias en la sección de perfumería, entre acondicionadores y lacas para el cabello. Y ella, que no se cortaba un pelo, le preguntó directamente al chef repostero si iba también a tirarme los trastos.

Dulce volvió a ser el hombre que se burlaba de todo.

—En cuanto deje de haber disputas entre Mario y Denis, haré el intento, ya que de momento cualquiera de los dos me ganaría en una pelea, y, francamente, no me gusta recibir una paliza.

En verdad eso no era cierto, ya que Eizan era mucho más corpulento y joven que Denis, y tal vez incluso que Mario. Otra cosa era que supiera asestar un golpe, pero no sabía si alguno de ellos lo habría hecho alguna vez.

Se despidió de mí con un beso, a Iris le guiñó un ojo y se marchó corriendo, ya que había perdido mucho tiempo en la tienda y Denis iba a empezar a echarlo de menos... y a sus especias también. Nosotras terminamos de hacer la compra y nos fuimos a casa cargadas con las bolsas.

Y, cómo no, me puse la capucha antes de pasar por delante del restaurante.

—A ti no te reconocerán, pero a mí sí. Y saben que vives conmigo —

comentó Iris, alzando la mano para saludar a Mario, que en ese instante levantaba la mirada de la encimera de la cocina—. No puedes esconderte toda la vida...

—Me cago en...

Salí corriendo hacia el portal cuando vi que Picante se daba por enterado de que estaba allí y trataba de llegar a la calle antes de que pudiera poner espacio —y los muros del edificio— entre nosotros. Logré abrir la puerta porque tenía las llaves en la mano desde hacía más de cien metros. Eso de estar preparada para escapar de los cocineros se me estaba empezando a dar bien. Iris no me siguió. Se quedó en medio de la calle y yo cerré el portal detrás de mí y subí a la carrera la escalera, por si le daba por abrirle la puerta a Mario para que pudiera interceptarme dentro. Mi amiga me iba a oír en cuanto llegara a casa. Mejor podía ligarse a Picante, acostarse con él y decirme así si le parecía que yo estaba exagerando.

«Seguro que ahora mismo Mario está tratando de llevársela a la cama. No sé ni por qué corro.»

Asombrosamente, me importó muy poco si ése era el caso. Iris podía acostarse con quien quisiera, que para eso no tenía novio, y Mario podía tratar de meterse entre sus piernas, porque conmigo no iba a querer nunca nada serio. Lo único que le interesaba era el morbo que le despertaba una enfermera y su uniforme, cualquiera que fuera, así que para eso le podía servir hasta mi compañera impuntual, esa que se follaba al médico de guardia porque no le hablaba nadie y se pasaba las horas aburrida en la planta.

Me enfurecí aún más al pensar en ella. Esa misma noche me tenía que hacer el relevo y, como seguía sin coche —ya que no había cobrado y no podía pagar la reparación de la centralita—, no esperaba llegar antes de las doce y media a casa, como de costumbre.

Pero no, no estaba siendo sincera conmigo. Iris no podía follar con quien le diera la gana. Como se acercara a Amargo, me daría algo... y tenía que reconocérmelo a mí misma.

Resoplé mientras subía el penúltimo tramo de escaleras hasta llegar a mi piso, cargada con las bolsas de la compra. Me daba pena toda aquella comida que estaba a punto de pasar por mis manos para convertirse en basura. No me gustaba tirar alimentos, al igual que a Picante, así que al menos tenía algo en común con él, además de un orgasmo compartido sin quitarnos la ropa interior. Era una lástima no haber podido aprender a cocinar algo con la clase de Amargo, pero, aparte de amasar un poco de pan y cortar unas verduras para luego probarlas, poco más habíamos hecho antes de que nos interrumpiera Mario. No me había dejado ni encender el fuego. Suerte había tenido de que me hubiese permitido tocar un maldito cuchillo...

—Pero aprenderé. Les demostraré a todos que soy capaz de hacerlo.

Lo dije en voz alta para animarme un poco mientras sentía que me faltaba el aire. Dejé las latas de refresco en el rellano del tercer piso, cansada de cargarlo todo de golpe, y recuperé un poco el aliento. Conté hasta veinte para luego emprender de nuevo el ascenso, mientras me acordaba de todos los antepasados de los vecinos del primer piso que no habían querido hacerse cargo de la derrama. Me apetecía golpear en la puerta de cada uno de ellos con una de esas latas de refresco para comprobar si, además de malas personas, el dinero del ascensor se lo habían gastado en poner una madera reforzada. Por suerte, las ganas de hacer el gamberro se me pasaron pronto y terminé de subir antes de oír cómo se abría otra vez el portal y entraba Iris, charlando amigablemente con alguien.

Casi salté los últimos escalones... y tropecé con la puerta del piso, donde nuevamente había una bolsa del restaurante colgada del pomo.

Me apresuré a dejar la compra en el suelo, apartar la bolsa de la cerradura y abrir la puerta. Lo metí todo como pude y corrí a refugiarme a mi dormitorio. Si había comida congelada en las bolsas que yo había subido, ya podía Iris guardarla cuando llegara, que a mí no me iba a encontrar Mario en la cocina trasteando con los congelados. Cerré la puerta de mi habitación y me dejé caer hasta el suelo, apoyada contra la superficie. Con mucho cuidado, ya que sabía

que encontraría una copa de cristal dentro de la bolsa, inspeccioné el interior. Una fiambarrera, también de cristal, un juego de cubiertos, dos platos de cristal también, la copa, la servilleta negra con el nombre del local bordado en una esquina... y una nota en el fondo.

—¿Emma? —me llamó mi compañera de piso, nada más abrir la puerta—. Tenemos visita.

Me importaba un carajo si se había subido a Mario para meterlo en su habitación. No me iba a importar oírlos gemir. No iba a dar señales de vida. En cuanto pudiera, me escabulliría para irme a trabajar. Tenía que hacerme con el uniforme, que no recordaba si había tendido en la cuerda que teníamos en la ventana de la cocina o si, por el contrario, estaría aún en la secadora, doblado sobre el sofá o ya metido en mi mochila.

—¿Emma?

¿Dónde había metido el uniforme? ¿Cómo podía ser tan sumamente despistada?

Iris golpeó la puerta con suavidad, pero, como no dije ni media palabra, la aporreó un instante después. Luego giró el pomo de la puerta y la empujó, pero, como yo estaba tirada en el suelo, bloqueando el acceso a la estancia, no pudo moverla para entrar.

—Eres una borde, ¿lo sabías?

Sí, lo sabía, pero no me importaba un pimiento a esas alturas de la película. Aprovecharía el momento en el que mi amiga se pusiera a gritar como una loca en su cama —que ella era muy de alzar la voz cuando follaba para que nos enteráramos todos— y saldría corriendo hacia la parada de autobús. Llegaría al trabajo, me acordaría de todos los muertos de Iris y, tal vez, le mandaría un par de insultos por WhatsApp... o más de dos, que se los merecía.

—Vale, antipática. Ya se va.

Oí a Iris caminar hacia la puerta, abrirla y despedirse de alguien. Cerró un instante después y me aventuré a abrir la mía —sólo un poco, pues no me fiaba — para descubrirla al lado de la entrada, tranquilamente apoyada en la

madera. Cogí aire cuando me fulminó con la mirada. Se mantuvo impertérrita cuando yo hice lo mismo con la mía.

—¿Quién era? —le pregunté, con cara de pocos amigos.

Estrujé la nota en el puño, tratando de que no se enterara de que había encontrado una nueva bolsa en la entrada.

—¿Sabes? Creo que ya sé quién es tu amante secreto —me soltó, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y no pienso decir ni media palabra... por boba.

Gruñí, enfadada de veras, pero era tan orgullosa que no fui capaz de suplicarle. Ya se daría cuenta de que o me lo decía por las buenas... o empezaría a envenenarle la comida.

«Como llevo haciéndole desde que la conozco, que se ha inmunizado a base de intentar digerirla.»

Ella no iba a ceder... ni yo, tampoco.

—Ya vendrás a buscarme cuando la información te quemé en la boca.

—Ya vendrás a buscarme cuando la curiosidad no te deje tener un orgasmo decente...

Me llevé el uniforme a mi habitación. Al final lo había recogido, doblado y puesto encima de la mesa del comedor. Cuando estuve nuevamente en mi cuarto, con la puerta cerrada, abrí la palma de la mano y traté de alisar la nota que había encontrado dentro de la bolsa de Come.

Me tembló el pulso al leerla.

Tú y yo... otra vez en la cocina. Esta noche.

Y la letra no era la de Mario.

No sólo de pan vive el hombre.

ANÓNIMO

Venga, vale. Me disculpo. Por favor...

Ése fue el primero de los tres mensajes que le envié a Iris aquella tarde, mientras trabajaba sin ninguna maldita concentración en la planta de hospitalización, tratando de no hacer más tareas de las que me tocaban. Llevaba dos días sin sacarle la medicación del desayuno a la compañera — que no, que no se la podía llamar así, ya lo sabía— y, aunque me había amenazado en un par de ocasiones, no me había achicado. Cada vez tenía menos ganas de ir a trabajar, y casi toda la culpa la tenía ella.

Bueno, también la precariedad de mi sueldo.

No seas malvada. De verdad que necesito saberlo.

Pues haber salido de la habitación cuando te he dicho que lo hicieras.

¿Se trata de Mario? Mira que, si te refieres a Picante, ya me dijo que él no era.

No te enteras de nada.

Por favor...

¿Y por qué tendría que decírtelo ahora? Se suponía que ya no te importaba ninguno de los cocineros.

Porque me ha citado en el restaurante... esta noche.

Y tenía la intención de ir, aun suponiendo lo que iba a pasar. Es más, sabiendo perfectamente qué iba a pasar... y queriendo que pasara. Tener la total convicción de que no se trataba de Mario me hacía sentir extrañamente tranquila, y estar casi convencida de que había sido Denis, me producía cierto cosquilleo en la parte baja del estómago.

Vale, más abajo.

No podía explicarlo. Sencillamente, no sabía qué había ocurrido. Que de pronto me entraran ganas de sonreír cuando pensaba en que podría haber sido él era, de todas, la mayor de las locuras. Y más teniendo en cuenta nuestros inicios, y nuestros... finales. Pero allí estaba, ese cosquilleo, recorriéndome por entero. Deseaba descubrir si estaba verdaderamente en lo cierto o iba a equivocarme con otro hombre... una vez más.

Y vas a ir...

Voy a ir.

A follar con un tipo que no sabes quién es.

Estoy loca por descubrir que es Denis.

¿Y si te digo que es Benedict?

Te dejaré de hablar. Ya puedes buscarte otra
compañera de piso...

Como si yo tuviera la culpa de que te vayas acostando
con tipos a los que no puedes reconocer.

Estaba empezando a desesperarme. Lo de pedirle ayuda a Iris, tal vez, no había sido una buena idea. Al estar al corriente de mis intenciones, podía perfectamente usar esa información en mi contra... y ella era muy de meterse conmigo. Era mi mejor amiga, ésa era la verdad, pero no dejaba de reconocer que podía ser una auténtica lata en algunas situaciones.

Y aquélla era una de ellas.

Dime que es Denis...

¡No me lo puedo creer! ¿Ahora quieres que sea él?
Espera, que te llamo...

No, estoy en el trabajo. Confírmame sólo que es
él...

¿Y mentirte?

Tragué saliva, acongojada. Si había acabado dejando que me metiera la polla un tipo como Benedict, al que ni siquiera era capaz de ponerle voz ni rostro de forma concisa en ese momento, lo llevaba claro. ¿Y con qué cara le iba a decir a Denis que, cuando pensaba en sus manos a ambos lados de mi cuerpo, se me erizaba la piel... después de haber tenido sexo con dos de sus tres socios?

«Y con el tercero no lo he hecho porque es gay. Patético.»

Por favor...

Emma..., creo que sí. Y, si no..., ¿qué más da? Hoy
estaba preocupado por ti.

Hoy. Había subido con ella hasta el piso. Estuvo detrás de la puerta de mi cuarto, preguntando por mí, esperando a que saliera... sabiendo que había dejado una bolsa de comida en la entrada de nuestro piso.

«Por favor... que sea él.»

Sí que importa, ¡coño! Como no haya sido él, con
las ganas que tengo de hacerlo con Denis, significará
que voy a acostarme con más de la mitad de los
cocineros de ese puñetero restaurante...

Menos mal que no es un equipo de fútbol...

Tuve que morderme la lengua para no contestarle una grosería. Realmente estaba muy afectada, mucho más de lo que habría supuesto unos días atrás.

Había metido la pata hasta el fondo con Mario. A esas alturas de la historia habría borrado aquella noche en la que lo acompañé a su casa. Había tenido un orgasmo muy ansiado, y más si recordaba que la vez de la cocina no lo había conseguido en una segunda ocasión, pero me arrepentía con todas mis fuerzas de ello. Imaginaba las conversaciones de esos dos chefs en la cocina. Mario restregándole en la cara la conquista a Denis. Denis teniendo que escuchar las mamarrachadas del otro cocinero, con un cuchillo en la mano y muchas ganas de usarlo. Estaba claro que Picante había encontrado el punto en el que Amargo podía acabar arrojando el delantal a la cara del otro antes de darle un puñetazo. Lo había visto en sus ojos, cargados de odio, cuando me besó en medio de la calle para fastidiar a su compañero.

Denis... con sus ojos tristes; con sus palabras cargadas de resentimiento hacia el mundo en general y las pelirrojas como yo en particular; con sus manos hábiles y su boca pecaminosa. ¿Qué me había pasado? ¿Por qué, de pronto, no podía quitármelo de la cabeza?

Podría tener la edad de mi padre...

Cruza los dedos y reza para que sea él.

ADios no le interesan las mujeres como yo.

Nosotras vamos directas al infierno.

Pero que te quiten lo bailado, maja... y lo que piensas bailar esta noche.

Eso era cierto. Iba a ir, pasara lo que pasase. Entraría por la puerta de cristal, lo miraría a los ojos... y me moriría si resultaba que tenía en frente a Benedict en vez de a Denis.

Hice mis tareas, lo dejé todo preparado para entregar la guardia con la mayor rapidez de la que fui capaz —aun sabiendo que mi compañera iba a llegar tarde y me entrarían ganas de matarla— y me senté a la mesa de la sala de descanso para descubrir lo que me había preparado mi cocinero obsceno para almorzar. Una crema fría, a la que había que añadir unas virutas de queso

—que me tenía reservado en un saquito a un lado— y unas perlas de aceite de oliva que me dejaron fascinada cuando estallaron en mi boca—, constituían el primer plato. Salmón crudo, cortado en láminas tan finas que se podía ver a través de ellas, aderezado con una vinagreta verde, acompañado de aguacate, cebolla picada y algo de tomate, y montadas una encima de otra, formando una delicada torre que me impresionó que no se hubiera desmoronado después del viaje en autobús, fue mi segundo plato. Trufas de chocolate... de postre.

Como me acostumbrara a comer así, ya podía tocarme la lotería, porque con mi sueldo de enfermera no iba a poder pagar aquellas delicias. O me casaba con un tipo muy rico o no había nada que hacer.

«Rico y al que le guste comer, que por tener dinero no quiere decir que sepa apreciar la comida.»

Y lo decía yo, que lo quemaba todo...

Tercera opción: casarme con el que lo cocinaba.

Me reí, soñando despierta.

Almorcé, o casi merendé, sin interrupciones. No me ayudó a relajarme, pero al menos no me sentí fatigada al llegar las ocho, cuando ya me subía por las paredes. Después de repartir la medicación de la cena, y dejarlo todo recogido en el cuarto de curas, me pasé la siguiente hora yendo al baño cada quince minutos, tratando de adecentar mi aspecto para cuando llegara el momento de abandonar mi puesto de trabajo. Ya que el maquillaje nunca iba a ser mi fuerte, traté de potenciar lo que sabía que le había llamado la atención a Amargo: mi cabello.

«Calabaza.»

Lo alisé con la plancha y le di brillo con ese cepillo que me había regalado mi madre por Navidad y que funcionaba con pilas. No estaba segura de que sirviera para algo, pero a mi madre siempre le había hecho una ilusión tremenda comprarme cosas que pudieran contribuir a sacarle el mayor partido posible a mi melena, así que sonreí cuando abrí el paquete que me había dejado debajo del abeto. Iris había comentado, al verlo a la vuelta de mis

vacaciones, que mejor si se hubiese gastado el dinero en un consolador para mí, que también funcionaban con pilas. Me reí y luego la reprendí. No sería capaz de mirar otra vez a mi madre a la cara si llegara a regalarme alguna vez un juguetito de esos...

El reloj de pared del *office* avisó de que eran más de las diez, pero por allí no asomó la cabeza nadie. Yo tampoco lo esperaba, después de llevar más de dos semanas en la planta. Saqué el móvil y me dispuse a tontear un poco con él, para hacer tiempo, y me encontré con varios mensajes de Picante en el WhatsApp.

¿Tienes planes para esta noche?

Sabes que sé dónde vives, ¿verdad?

Es curioso que pretendas seguir ignorándome...
después de descubrir a qué saben nuestros orgasmos.

Se me heló la sangre... pero no pude evitar sonrojarme y sentir fuego en la entrepierna. Había sido un encuentro muy obsceno y mi cuerpo tenía la fea costumbre de revolucionarse cuando pensaba en sexo. Se aceleró mi pulso y me di cuenta de que me había puesto a jadear.

Pero ¿por qué me preguntaba por mis planes de esa noche, precisamente? Me asustó la idea de que pudiera estar al tanto de mis intenciones... o, peor aún, que fuera él quien había sugerido lo del encuentro en la cocina. ¿Y si ese almuerzo lo había preparado Picante... y no Amargo?

«No, la letra de la nota no era la suya.»

Además, empezaba a distinguir la forma de trabajar los alimentos, las especias que le gustaba usar a cada uno en sus platos y la manera de montar las presentaciones. Me asombró darme cuenta de que estaba aprendiendo algo de cocina, aunque no tuviera ni pizca de idea de cómo llegaba la comida a transformarse en lo que me llevaba a la boca. Mi almuerzo lo habían trabajado las manos fuertes y delicadas de Denis, esas que me habían enseñado a coger

un cuchillo sin miedo, que me habían hundido las mías en la masa del pan, entremezclando sus dedos con los míos. Esas manos...

Tragué saliva.

Por favor, que fueran esas manos...

Con la cabeza en esa plegaria, y sentada, me encontré mi compañera de planta, además de mi supervisora... que entró por la puerta un instante después.

—¿No tienes nada que hacer a esta hora? —me preguntó la impuntual, con aire de suficiencia, dejando su bolso carísimo sobre la mesa.

—Está todo hecho —contesté yo, tratando de no parecer humillada por su comentario, y más teniendo en cuenta que estaba presente en la conversación mi jefa directa.

—¿Seguro? —preguntó, regocijada—. ¿Y la medicación del desayuno?

Cogí aire y lo retuve en los pulmones hasta que logré contar hasta diez, y luego... hasta veinte. Me había puesto roja como un tomate maduro. Le sostuve la mirada, captando por qué estaba allí mi supervisora. Se había quejado.

«Mierda.»

—Ésa te toca prepararla a ti.

—¿No fui lo suficientemente clara cuando te expliqué tus funciones en el turno de tarde, Emma? —me preguntó mi jefa, cruzando las manos a la altura de la pelvis con toda la tranquilidad del mundo.

—Sí, pero pensé que podía tratarse de un error, ya que soy la única que realizo esas tareas, y curiosamente la única que las exige es ella —comenté, señalando a la impuntual con el mentón en un movimiento rápido de cabeza.

—Puede que eso se deba a que estás todavía en período de prueba y eres el último mono en esta clínica.

Sus palabras me dolieron como si me hubiera abofeteado. Lo dijo sin un ápice de tono amistoso en la voz. Es más: incluso llegó a sonarme a amenaza. Intuí que no iba a pasar buenas referencias mías a Recursos Humanos para que continuara trabajando allí, y eso me pondría en un aprieto económico importante. Tendría que haber sido más cuidadosa. Tendría que haber

agachado la cabeza cada vez que me había humillado, aunque no fuera justo. Tendría que haber tragado. Tendría que haber entendido que, con mi edad y su mala leche, iba a salir perdiendo.

—Termina de hacer tus tareas. Cuando esté todo hecho, podrás marcharte.

Aquella situación me sonó a la historia de la Cenicienta, con la malvada hermanastra y la más malvada madrastra haciendo que llegara tarde al baile. Miré el reloj de pared, en el que las agujas ya marcaban las once y cuarto. Me entraron ganas de llorar, porque estaba segura de que, aunque hiciera lo que me pedía, iba a perder mi puesto de trabajo. Tentada estuve de dejarlo todo tal y como estaba, anunciarle que renunciaba a ser la esclava de dos arpías y salir por la puerta con la cabeza muy alta... o todo lo alta que me permitiera saber que no iban a renovarme el contrato y que, al final, a ellas les iba a importar muy poco. Recursos Humanos mandaría a otra enfermera al día siguiente a la que seguir explotando a voluntad.

Sin embargo, no lo hice.

Agaché la cabeza y salí hacia el cuarto donde se almacenaba la medicación, resignada ante la idea de que tendría que hacer un trabajo que no me correspondía mientras aquellas dos tipejas se apoderaban de la sala de estar, sonrientes, se preparaban un café y se burlaban de mi cara de disgusto.

Me dolió más que un bofetón en pleno rostro.

Y, encima... no llegaría a mi cita esa noche en Come.

Quiero celebrarte llenándome con tu nombre la boca, comiéndote.

PABLO NERUDA

Pasada la una de la mañana, llegué frente al portal de mi edificio. Para ser exacta, la una y doce, con treinta y tres segundos. No había dejado de mirar el reloj desde que había salido de la clínica, en el tiempo en el que había estado esperando el autobús en la parada y en todo el trayecto hasta casa.

Odié cada semáforo, cada señal de stop, cada parada en la que se bajó o se subió gente.

Desde mi portal, miré el restaurante. La puerta estaba cerrada, y las luces, completamente apagadas. La decepción cayó sobre mi espalda como si me hubieran puesto varios sacos de cemento encima. Si no hubiera sido tan terca, habría encontrado el restaurante abierto. Tendría que haber preparado la medicación del desayuno en vez de estar todo ese tiempo sacándole brillo a mi estúpido pelo naranja, pero estaba claro que a mí no me iban a salir las cosas bien ni una sola vez en la vida, así que era mejor olvidarse de todo, subir a casa a llorar un rato y quedarme dormida, si la ansiedad que sentía me lo permitía.

El karma tenía ganas de burlarse de mí.

Me apoyé en la puerta, de espaldas, y busqué las llaves en el bolsillo. Había adquirido la costumbre de no dar la espalda a la calle bajo ningún concepto cuando estaba sola, para evitar que cualquier persona me pudiera coger desprevenida. Lo había oído alguna vez en un programa de esos que veía mi madre por las mañanas en la tele, donde también llevaban a un médico

para que resolviera dudas a los espectadores y a un cocinero para que enseñara al resto de los mortales lo que era hacer un plato verdaderamente apetecible.

Dios había creado la comida... y el diablo a los cocineros.

A los míos, sobre todo.

«Al mío.»

Lo que quedaba por averiguar era cuál de ellos.

Encontré la llave en el momento en el que detecté cómo se movía una sombra cerca de la puerta del restaurante, dentro. Quedaba aún alguien en el interior. Fue cuando reparé en que la persiana metálica no estaba bajada. O alguno se había despistado o verdaderamente uno de los cocineros seguía esperando en Come.

Mi cocinero.

Avancé dos pasos, tratando de averiguar si lo que había visto era producto de mi imaginación o si, por el contrario, era cierto que el local aún no estaba cerrado del todo. No volví a captar movimiento alguno, pero, como las cortinas tipo estor de color negro estaban echadas, tampoco se distinguía mucho dentro del establecimiento. Di varios pasos más y un instante después estaba frente a la puerta. Apoyé la mano en el pomo y empujé; aunque encontré resistencia, el cristal cedió y la música que sonaba en el interior me llenó la cabeza. No me había dado cuenta de que el local pudiera estar insonorizado de esa manera, siendo toda la fachada de cristal, como era en este caso. De inmediato reconocí la canción que sonaba. *Lost on you*, de LP, me golpeó en el pecho con sus acordes. Me encantaba ese tema. Me había acompañado muchas veces mientras estudiaba para los exámenes finales, cuando el aspecto de la cantante aún me hacía creer que era un chico en vez de una mujer. Nunca habría creído posible escucharla en un establecimiento tan exclusivo como aquél, en el que me pegaba más algo de *soul* o el *jazz* fusión, pero donde había escuchado cantar a Rosario. Al menos de música sí entendía un poco, aunque

no tanto como para poder adivinar los gustos musicales de la gente, que al parecer iban a sorprenderme.

«Puede ser sólo el hilo musical.»

Sin embargo, algo me decía que esa canción estaba allí por algo. Resultaba imposible que fuera porque alguno de ellos supiera que me gustaba, desde luego, pero me agradaba la idea de que mi cocinero se hubiera preocupado por conocer mis gustos musicales.

«No se lo diré a Iris, por si lo llama acosador.»

—¿Hola?

Mi voz se perdió en el aire, junto con uno de los silbidos de la cantante. Cerré la puerta detrás de mí, para que la música no molestara a los vecinos del primer piso, y me quedé expectante, buscando las sombras por los rincones, aunque mi mirada volvía una y otra vez a la cocina.

Frente a mí, la mampara de cristal me recordaba que la intimidad que yo buscaba estaba allí, apartada de los olores y sonidos del comedor. Nada se movía, salvo mi pecho acompañando las respiraciones agitadas que se habían despertado al darme cuenta de que el restaurante estaba todavía abierto.

Abierto para mí.

Cogí aire, me mordí el labio inferior y ladeé la cabeza. No iba a conseguir nada quedándome allí parada, así que, mientras lo soltaba por la nariz, avancé varios pasos. Conté veinte hasta llegar a la mampara y luego diez más para llegar a la puerta de cristal, que estaba a la izquierda. Los cuatro delantales estaban colgados de la pared con recubrimiento de acero inoxidable. No pude distinguir cuál era el de Picante, porque estaba demasiado oscuro. La estancia estaba iluminada apenas por una pequeña luz de emergencia que señalaba las salidas en caso de fallo de corriente o de incendio, así que mi percepción de lo que me rodeaba era ciertamente limitada. Olía a detergente y creo que a algo parecido a leña quemada.

El estribillo de *Lost on you* se me escapó de entre los labios, a la vez que suspiraba. Deseaba demasiado lo que podía pasar dentro de esas paredes de

cristal como para quedarme allí parada en la puerta, así que volví a encaminar mis pasos hacia la encimera que nos había conocido en íntima postura. Unos cuantos cuchillos reposaban sobre la tabla de madera, allí donde Denis me había enseñado a cortar verduras sin dejarme un dedo en el intento. Acaricié la madera mientras mis ojos vagaban por el resto de las superficies, sutilmente iluminadas. Me giré para buscar a mi cocinero tras la puerta de las cámaras frigoríficas, junto a la que había un chaquetón colgado también de un gancho.

Traté de abrir la puerta de metal, pero no cedió al accionar el mecanismo de seguridad. Comprobé que tenía cerradura y que la llave estaba colgada junto con el abrigo negro, también con el logotipo de Come. Por lo tanto, si mi chef estaba en el local —que tenía que estar, pues no se iban a dejar la puerta abierta, la persiana metálica subida y la música puesta—, no se encontraba dentro del refrigerador, como imagino que estaba la primera vez que me sorprendió.

La única vez...

Lo oí recitar con voz ronca y sería una estrofa de la canción. Sus manos se posaron en mis caderas y me las apretó con determinación, apropiándose de ellas.

No, dentro del refrigerador... no estaba; detrás de mí... sí.

—Había perdido la esperanza de que fueras a venir, Emma...

Fui a girarme para mirarlo a la cara y descubrir al dueño de la boca que se llenaba con mi nombre, pero una de sus manos, al presentir mis intenciones, subió hasta mi cuello y me apoyó la cabeza contra su torso, aferrándose allí con una actitud tan posesiva que me desarmó por completo. LP seguía cantando, pero yo oía más los latidos de su corazón, y los míos propios, martilleando en mis sienes, mientras las yemas de sus dedos recorrían mi cuello hasta llegar a mi mentón.

—No quise hacerme esperar —le comenté, cuando su rostro acarició el lateral del mío, aspirando mi aroma.

—Iba a estar aquí toda la noche. Me alegra no tener que hacerlo solo.

Estaba casi convencida de que era la voz de Denis, pero los nervios y las ganas podían estar gastándome una broma pesada. Respiré entrecortadamente, ante la perspectiva de pasar allí las horas que nos restaban hasta que el amanecer quisiera diluir la oscuridad del local y me dejara mirarlo sin tapujos, pero sabía que era una excusa más a añadir a la larga lista que ya tenía. Podía girarme y mirarlo. Podía girarme y besarlo. Podía. Estaba allí, conmigo. Podía..., pero no quería.

—No vuelvas a dejar que me marche sin que me des de comer de tu orgasmo —me susurró, lamiendo mi oreja. Era lo más erótico que me habían dicho nunca.

—No vuelvas a dejar que te llame por un nombre que no te hace justicia —le exigí yo, a mi vez, dándole a entender que sabía el motivo por el que había salido huyendo, dejándome sola, en la cocina.

Gimió contra mi oreja y sus manos abandonaron mi cuerpo, sólo un segundo. Al latido siguiente, el gorro de cocina se instaló nuevamente en mi cabeza, deslizándose hasta taparme por completo los ojos. Se quedó trabado en mi nariz y allí reposó, invitándonos a los dos a no esclarecer el enigma que me había estado atormentando y que, de pronto, maravillosamente... no importaba.

Era mi cocinero.

Maldita fuera mil veces por haberme comportado como una cría caprichosa y haberme dejado embaucar por el hombre que lo único que había pretendido era hacerle daño a Amargo. Él y su fetiche con la ropa. Él y su fetiche con las enfermeras. Él y sus juegos...

Las manos del chef me hicieron girar y su lengua lamió mis labios entreabiertos, inclinándose sobre mi cuerpo rendido. Jadeé contra su boca, mientras el ukelele nos brindaba las últimas notas, sensuales y tristes, y mi lengua salía al encuentro de la de él, necesitada de ese sabor que no le había sido ofrecido antes.

Nos besamos sin importar la oscuridad de la cocina, la tela sobre mis ojos

y que me hubiera liado con Picante y éste le restregara el asunto a él por las narices. Nos entregamos con hambre, con anhelo, con vicio. Me aferré a su ropa y él a la mía, apartando lo que le molestaba para hacer acopio de toda la piel que sus ojos sí podían disfrutar. Me hizo dar un par de pasos hacia atrás y, un instante después, me levantó a peso y se metió entre mis caderas. Creo que me dejó sobre la isla central de la cocina, jadeando, porque no nos habíamos desplazado apenas. Sentí el frío metal sostenerme las nalgas, donde la falda ya no las cubría. Sus labios abandonaron los míos y bajaron por mi cuello, que aún debía de tener las marcas de sus dedos. Los botones de mi escote fueron cediendo bajo la presión de sus yemas y el vestido se abrió, dejando el encaje del sujetador expuesto a sus labios, a sus dientes, a sus ganas de retirarlo. Atrapó mis pechos con las manos y los pezones con la boca, y ya no me importó la música que iba a sonar a continuación. En verdad, no oí sino el sonido de la succión de sus labios sobre mi piel, mis jadeos y el leve roce de sus pantalones contra mi entrepierna, buscando cobijo.

Cuando abandonó mis pechos para bajar en busca del calor de mi vulva, mis pezones se quejaron, quedando erectos y huérfanos de su lengua.

Me aferré al borde de la isla al sentirlo pasar los dedos por la tela. Rogué en silencio para que la retirara, necesitando más pruebas de que no era Picante quien se estaba escabullendo otra vez entre mis piernas.

«Tan fácil como quitarme el gorro y mirarlo a los ojos mientras me recorre con su lengua...»

Sin embargo, no lo hice. Al contrario, eché la cabeza hacia atrás y me dejé caer sobre el frío acero en el instante en el que los dedos del chef forcejearon para retirar la tela y suspiré de alivio cuando sentí la yema posarse entre mis pliegues, buscando mi humedad... sin la braguita de por medio, con otros gustos diferentes a los de Mario.

—No voy a pedirte permiso para ninguna de las cosas que quiero hacerte, ni esta noche ni ninguna otra.

Y yo, que no se me ocurría que pudiera haber algo que quisiera negarle,

asentí con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, conteniendo el aliento.

Introdujo un par de dedos y me volví loca. Al mismo tiempo, sus labios cubrieron mi sexo y lamieron allí donde necesitaba su lengua, buscando esos gemidos que tantas ganas tenía de escuchar... y yo de soltar.

Si había estado resentida por no haber tenido mi segundo orgasmo en aquella cocina..., ese sentimiento se desvaneció en el acto. Sus labios obraron magia y sus dedos trabajaron el interior de mi cuerpo como si lo conocieran de toda la vida. Me estremecí, vibré y temblé con sus movimientos, deseando regalarle el sabor que tanto se estaba esforzando en conseguir. Me habría gustado dejarme llevar sin más, pero quería que continuara, que no le resultara tan tremendamente fácil, que no pareciera que no estaba acostumbrada a las sensaciones tan placenteras que me estaba regalando con esa lengua perversa y obscena. No quería que me viera como a una niña inexperta que se deshacía con el mínimo esfuerzo.

Pero fue en vano.

Uno poco más tarde, me retorció sobre la isla, gimiendo como una loca, sin preguntarme si mis gritos se podían oír desde la calle.

«Está insonorizado.»

Ese pensamiento me llegó tarde, cuando ya poco importaba si lo estaba o no, puesto que me había dejado la garganta en ese orgasmo, aferrada a los bordes de la isla, pero con ganas de haberlo hecho a su cabeza, tratando de hacer que no se alejara nunca de mi entrepierna.

Aún me estremecía cuando se subió sobre la encimera, amenazando la estabilidad del mueble y, sin quitarse los pantalones, se la sacó y se encajó entre mis piernas.

—El día que vaya a cabalgarte, lo haré aferrándome a tu melena —me susurró, haciéndose con el cabello que quedaba libre del gorro, enredándose entre los dedos.

Me embistió con fuerza y presentí en ese momento que el que acababa de tener no iba a ser el único orgasmo de la noche. Me amoldé a él y ardí con su

carne dura abriéndose paso, para luego batirse en retirada, buscando resuello. Me mordió el labio inferior mientras empujaba y me jadeó en la boca cada vez que sacó la polla y la dejó a la puerta de mi entrada, apoyada allí, haciéndose desear... haciéndome enloquecer.

Me la clavó tantas veces que fue imposible seguir la cuenta, aunque a ninguno de los dos nos importara si llevábamos mucho o poco sobre la maldita mesa, mucho más resistente de lo que me había parecido a primera vista. Me perdí en sus ganas y me encontré en sus arremetidas, duras a veces, obscenas siempre.

Sentí sus manos pellizcarme los pezones mientras su frente se apoyaba en la mía y respiraba el aire que yo exhalaba, incrustado tan adentro que podría haber dolido; sin embargo, estaba tan dispuesta y tan mojada que ninguno de sus movimientos logró otra cosa que no fuera un jadeo en respuesta a su empuje. Deliciosa resultaba la dureza que me había prometido... Era cierto que la carne dura y compacta sabía mejor... y muy caliente...

Me corrí cuando su polla volvió a quemar, a punto de derramarse en mi interior, donde no podría probarlo como él me había probado a mí.

Me corrí y lo llamé por su nombre... y no salió huyendo.

Hay gente en el mundo tan hambrienta que Dios sólo se les aparece en forma de pan.

MAHATMA GANDHI

Como sospeché, al día siguiente recibí una llamada de Recursos Humanos. No había superado el período de prueba y mi contrato sería cancelado, sin posibilidad de reclamar ningún tipo de indemnización. Aquella tarde tendría que trabajar mi último turno y luego podría recoger mis cosas y entregar mi identificación al vigilante de la entrada.

Mis pertenencias tampoco eran demasiadas, pues en menos de un mes no daba tiempo para dejar mucho en una taquilla.

No puedo decir que no me doliera. Por mucho que me desagradara el trato recibido, había sido la única oferta de trabajo seria que me habían hecho ese mes. El resto de puestos para los que me habían llamado resultaron mucho peores —dos días, a lo sumo, y también en contrato de media jornada—, así que lo que me esperaba a partir de ese momento iba a ser mucho más precario y no me iba a llegar para pagar el alquiler, los gastos comunes y el arreglo de mi coche.

Llamé a mi madre para informarla —o para desahogarme un poco, pues sentía unas enormes ganas de llorar— y me sugirió, de forma sutil, que regresara a casa durante una temporada, hasta que llegaran otra vez los contratos de verano.

Eso implicaba marcharme de Barcelona, por lo menos, ocho meses.

Me entraron ganas de llorar otra vez.

—Encontraré algo, mamá, aunque no sea de lo mío.

Y, al referirme a «lo mío», quería decir como enfermera. Siempre podía servir copas en alguno de los bares que habían abierto cerca de casa. Para eso no haría falta sino vestir con muy poca tela y lucir una enorme sonrisa. Lo de hacer mezclas raras con bebidas de moda seguro que lo enseñaban en algún tutorial de YouTube, así que, con suerte, no todo estaba perdido. No podía ser tan difícil como aprender a cocinar o a hacer una sutura.

«No puedo regresar al pueblo ahora.»

En verdad, lo que pasaba era que no quería.

—¿Y por qué no le pides a Denis un trabajo? —me preguntó Iris, cuando le expliqué que empezaría a buscar una nueva fuente de ingresos al día siguiente.

—Porque yo no sé llevar platos de un lado a otro.

—¿Y servir copas sí?

—Los borrachos son menos exigentes si tienen delante un buen escote...

Las dos reímos. Yo, porque lo necesitaba como nunca, y ella, porque no estaba acostumbrada a oírme decir esas barbaridades. Y porque las dos sabíamos que, a mí, lo que era escote no me sobraba tampoco. Ni plana ni exagerada. Un pecho normal y corriente, pero del que estaba muy orgullosa porque era firme y redondo... Apetecible... al menos... para el hambre que exhibía mi chef perverso.

—No se te vaya a ocurrir dejarme sola con el alquiler del apartamento. No tengo ganas de buscarme otra compañera de piso a la que no le guste el champú que usamos.

Me sacó la lengua y me partí de risa.

Sabía que era verdad, que no le apetecía nada meter a una completa desconocida en su casa, con la que no podía estar segura de llevarse bien. Pero lo que también era cierto era que ella no me podía mantener, ni sus padres iban a permitirlo, así que o encontraba un modo de pagar mi parte de los gastos o ya me podía mudar al pueblo con mis padres para que se me comieran las moscas durante lo que quedaba de buen tiempo y me sepultara la nieve cuando comenzara a hacer un frío de narices.

No, no quería regresar a la casa familiar. Después de estar cuatro años en la ciudad, no me apetecía nada quedarme encerrada en un lugar donde había un centenar de casas y la mitad de ellas sólo se habitaban en vacaciones. Allí la media de edad rondaba los sesenta y cinco años, y tampoco iba a poder trabajar, salvo como enfermera a domicilio para alguno de los ancianos que no podían desplazarse a ningún centro y precisaban de alguien que los ayudara en casa. No podría aspirar ni a un trabajo de enfermera por la zona, ya que el consultorio local quedaba lejos y la enfermera que trabajaba allí no tenía ninguna intención de jubilarse, así que mi madre me tendría que volver a comprar la ropa, pagar la comida y demás necesidades básicas.

«Como hasta hacía un mes.»

Al día siguiente miraría mi cuenta bancaria, para enterarme de la porquería de sueldo que me habían ingresado —si es que lo habían hecho ya— para pagar el alquiler al menos un mes más, y ya después se vería cómo podía seguir sobreviviendo.

Llamé al taller para contarle mi problema al mecánico y me dijo que podía ofrecerme seiscientos euros por el coche para despiezarlo y venderlo como repuestos; teniendo en cuenta que no iba a poder pagar el arreglo, me pareció un buen acuerdo. Con ese dinero lograría mantener el pago hasta Navidad, y si recortaba radicalmente mis gastos y jugaba bien mis cartas, tal vez del poco dinero que lograra sacar de los contratos basura que me ofrecieran llegaría a pagar enero también. Así que, un poco más animada, elegí el uniforme violeta para mi último día de trabajo. Cuando salí de mi cuarto, Iris me estaba esperando con un bocadillo en la mano, para que almorzara algo.

—He sido paciente, pero todo tiene un límite —me dijo, rompiendo el pacto de silencio que parecía que habíamos firmado las dos, y que rezaba que no se iba a hablar de lo que había pasado en la cocina de Come la noche anterior—. O me lo cuentas todo o, aunque me pagues el alquiler..., te vas a la calle.

Claro está, no me creí su amenaza, porque lo que ella necesitaba era una

compañera de piso que congeniara con su mismo champú.

Me había hecho gracia que Iris se centrara ese día en nuestro problema económico —que hizo suyo— y no en lo tarde que había llegado la víspera a casa. No sé cuánto tiempo me estuvo esperando tumbada en el sofá, pero imagino que no fue tanto como otras veces, ya que el curso la hacía madrugar. Por ello, cuando me despertó la llamada de Recursos Humanos, en vez de su voz cantarina reclamando una información cargada de detalles, me resultó chocante. Se había levantado, había salido de casa en silencio... y había vuelto a casa a las doce, encontrándome en la cocina, cuando a mí ya todo me daba vueltas y acababa de vender el coche.

—Denis.

—¿Denis? ¿Ese que te miraba mal? ¿Ese Denis?

—Ese que vino a casa para asegurarse de que estaba bien, ¿no? Ese Denis...

—¡La caña! —exclamó Iris, entusiasmada. Se había saltado la última clase, aprovechando que uno de los profesores estaba de baja y tenía una hora libre después del desayuno. Ardía de curiosidad, por lo que, en vez de esperar a que terminara el día lectivo, había regresado antes de que a mí me entraran las prisas por marcharme—. ¿Y no se te cayó la cara de vergüenza cuando lo miraste?

«A ver cómo se lo explico...»

—No lo miré —le respondí, sabiendo que se iban a desatar todos los males de todos los infiernos en aquella cocina—. En verdad, no lo vi... pero estoy casi convencida de que era él.

Iris se iba a partir de la risa en tres, dos, uno... pero no, no lo hizo.

—El karma te la tiene jurada y al final va a ser Benedict —me auguró, con toda la seriedad del mundo, esa que normalmente no demostraba tener—. Y, cuando quieras darte cuenta, Denis te habrá mandado a freír espárragos, ahora que bebes los vientos por él.

—No bebo los...

—¡Emma! —me interrumpió—. Por favor, estás deseando que sea él, de una forma tan enfermiza que como resulte no serlo...

Dejó vagar la afirmación, para que yo pensara en todos los posibles finales para esa situación, y me vinieron muchos a la cabeza. Por suerte, me costaba imaginarme la opción de que no resultara ser Denis. Era su voz —o casi seguro que lo era— y sus manos —o eso me había parecido— y su forma de acercarse a mí.

«Tierra llamando a Emma.»

Vale, tal vez me había dejado llevar demasiado por mis ganas de que Amargo fuera el dueño de esa boca pecaminosa que me había embaucado en la cocina. Como resultara ser de verdad Benedict, después de que había podido mirarlo y no lo había hecho...

—Lo llamé Denis y no salió corriendo.

—No haré más preguntas, señorita —se burló mi amiga—. Esa afirmación desmonta todos los argumentos serios que tenía preparados.

Me irritó volver a pensar que llevaba razón. Siempre llevaba razón. Me seguía montando mis películas y, al final, no me atrevía a descubrir la verdad, por si dolía tanto que prefería mis mentiras.

—¿Sabes lo que te digo? —le espeté, cogiendo mis cosas, preparándome para ir a trabajar—. ¡No me importa cuál de ellos fue! Lo disfruté y punto.

Iris se cruzó de brazos, apoyándose en la nevera, soportando estoicamente mi ataque de agresividad verbal. Estaba acostumbrada a verme saltar cuando me encontraba entre la espada y la pared y aquella era una de esas ocasiones.

—Y por eso te afecta tanto —me susurró—. Sólo respóndeme a una pregunta más. ¿Cómo es posible que follaras con él, no saliera huyendo y no le vieras la cara en ningún momento?

Abrí la puerta del piso con la mochila al hombro, dispuesta a cubrir el último turno de mi recién rescindido contrato laboral, y la cerré detrás de mí no sin cierto pesar. Miré el pomo de la puerta con deseo, pero en esa ocasión no encontré la bolsa del restaurante colgada de él, esperando a que me la

llevara al trabajo. Suspiré, consciente de que Iris tenía razón. Debí haber mirado, para asegurarme de que no me estaba acostando con el hombre al que no deseaba entregarme, pero había estado tan segura de que era Amargo que me había olvidado de mi sentido común, si es que alguna vez había tenido alguno.

Sólo me quedaba rezar para que aquello de salir del restaurante, todavía con el gorro de cocinero en la cabeza —aun a riesgo de partirme los morros contra cualquiera de los muebles del comedor— no fuera a ser la mayor estupidez que había cometido en mi vida.

Ahora que lo pensaba..., le debió de resultar patético verme alejarme esa noche, después de que estuviera un rato tendido a mi lado sobre la isla, yo con la cabeza aún tapada y el vestido arrugado colocado de cualquier manera..., dejando que me recorriera los labios con la yema de los dedos, metiendo esos mismos dedos en mi boca y haciendo que los chupara... como cuando me dio mi primera lección de cocina.

Tenía que ser Denis...

Dejé el gorro justo en la entrada del restaurante, en el momento en el que cerraba la puerta detrás de mí y seguía mi camino hasta el portal de mi casa, sin mirar atrás.

Puede que el gesto quedara tremendamente sexy, como pensé en ese momento... o quedó sumamente estúpido y al chef le entraron unas terribles ganas de reírse de mis intentos por no chocar con nada mientras salía del establecimiento... para no enterarme de quién era él en verdad.

Sí, tenía miedo de que finalmente no fuera Denis.

Y, después de todo, no podía asegurar que lo fuera..., pero podía seguir engañándome, al menos, una noche más. Si no lo veía con mis propios ojos... podía ser Denis.

El cazador siempre ha de ir un poco hambriento,
porque el hambre agudiza los sentidos.

LUIS SEPÚLVEDA

La impuntual llegó... impuntual, como siempre, y con un gesto de triunfo que me hizo recordar las ganas de vomitar que había tenido esa misma mañana, cuando me llamaron por teléfono para rescindir el contrato.

En verdad, vomité antes de salir de la clínica.

Ya lo tenía todo preparado en mi mochila, con las pocas pertenencias que guardaba en la taquilla, y que entrara riéndose en la sala de estar, donde la esperaba una vez más con todo el trabajo hecho, me revolvió el estómago.

Sí, había vuelto a sacarle la puñetera medicación del desayuno, aunque tenía claro que no me correspondía y que no recuperaría mi estabilidad laboral haciéndolo. Preferí dejar todo el trabajo hecho para no tener ningún enfrentamiento más, pero esa tipeja llegó con tantas ganas de hacerse notar, contenta porque había conseguido su objetivo —librarse de mí, básicamente, que estaba claro que era su fin último en la vida tan aburrida que llevaba—, que fue imposible que no me entraran ganas de tirarle de los pelos... aunque no lo hice.

Debí de haber buscado una bolsa de chinches.

Acabé vomitando en el cuarto de baño, como una cría asustada.

—Entre tú y yo, era imposible que ganaras tú —me soltó, entrando detrás de mí en los servicios para ver cómo se materializaban mis nervios de la peor forma posible. Y seguía riéndose.

No pude responderle, ya que las arcadas no me lo permitieron. Cuando por

fin pude dejar de estar de rodillas delante del retrete, me mojé la cara con agua fría, empapé mis cabellos, dejándolos pegados a la cabeza, y salí del baño dándole un pequeño empujón para que se apartara, ya que ocupó todo el espacio, bloqueando la salida, y no dio muestras de ir a moverse.

Fue un toque con el hombro al intentar pasar, más bien, pero me había gustado pensar que había tenido el coraje de empujarla.

Pero ella sí tuvo esa mala hostia y me empujó a mí, empotrándome contra la pared del pasillo. Lo hizo con tanta fuerza que no logré parar el choque. Me golpeé la nariz y la sangre se escapó por uno de los orificios, manchándome la ropa. Me lo tenía merecido, por no marcharme y vomitar fuera, o por no ponerme de baja ese último día y pasar la vergüenza en casa, en vez de ver cómo se burlaba de mí aquella maldita enfermera de bolsos caros y uñas perfectas.

No dije nada más y, limpiándome la sangre con la casaca del uniforme que no me había quitado, bajé la escalera hasta la planta del recibidor, donde el celador pensó que aquella sangre era fruto de un muy mal día de trabajo en Urgencias.

—Hay que aprender a dar puntos sin ponerlo todo perdido —me dijo, asombrado de que hubiera hecho tal escabechina—. ¡Que mira cómo te ha puesto!

El pobre no tenía la culpa y no le dije nada. Salí a la calle, sabiendo que no iba a ser el único que pensara que había hecho un verdadero desastre al sacarle sangre a un paciente, ponerle una vía o controlar una hemorragia activa. Entre el uniforme pegado al cuerpo, los pelos mojados y el rostro descompuesto después de vomitar, bien podía parecer que la que había sido atropellada era yo en vez de un paciente que hubiera atendido en Urgencias.

En el autobús, me miraron mal. Por suerte, tampoco había demasiados pasajeros que pudieran hacerlo. El conductor me preguntó si necesitaba algo cuando me puse a rebuscar en la mochila mi tarjeta para abonar el pasaje, y uno de los viajeros se apiadó de mí y me ofreció una botella de agua.

—Mañana irá mucho mejor, seguro —me dijo, cuando rechazé cortésmente el ofrecimiento—. No pueden ser todos los días tan malos.

No tuve ganas de rebatírselo. Siempre podía empeorar y lo estaba aprendiendo de la peor manera posible.

Llegué al portal a las doce y media, arrastrando los pies por la calle atestada de gente. Había vuelto a hacer calor y ya no tenía el cabello pegado a la cara sólo porque me los hubiera mojado en el baño. Los viandantes se habían apartado de mí como si fuera una asesina en serie que regresara de cometer su asesinato más cruento, por lo que llegué sin tropezarme con nadie hasta mi calle. No quise mirar hacia la fachada de cristal de Come, porque sabía que no me encontraba, ni de lejos, en mi mejor momento, pero también tenía claro que, cuando andas vestida de la peor manera, con el pelo hecho un desastre y los ojos que no son tuyos —aparte de oler a vómito y a sudor—, te vas a encontrar con el hombre por el que siempre has suspirado.

En mi caso... me encontré con los cuatro cocineros, cerrando la persiana metálica del restaurante. ¿Por qué demonios en ese momento tenían que ser cuatro? ¿No decían que iban a ir turnándose? Y los cuatro me miraron, sorprendidos del aspecto que tenía.

—¡Cojones, Emma! ¿Estás bien?

Creo que ésa fue la voz de Amargo, preguntando, pero, teniendo en cuenta que no los había mirado, no podía asegurarlo. Ya no estaba convencida de nada.

—Manchada y todo..., estás muy sexy con el uniforme, caramelito.

Ahí no tuve duda alguna de que se trataba de Picante, dejándose llevar por el fetiche del uniforme... y por sus ganas de hacerse notar delante de Denis. Me dio rabia que todos lo oyeran tratarme con tanta familiaridad, pero no tenía ni ganas ni voluntad para replicar o para tratar de salir corriendo. Y menos cuando, de pronto, tenía a Dulce y a Amargo a mi lado, mirándome como si estuvieran viendo un fantasma.

El que se quedó rezagado fue Agrio; Benedict, el cocinero con el que nunca

había hablado. Se cruzó de brazos y me miró, con gesto serio, a más de tres metros de distancia. Levanté la vista y clavé mis ojos en el chef, como si necesitara empaparme de él con lo poco que podía obtener de su imagen estática. No dijo nada, no hizo nada. Sólo me miró... sin sonreír, sin hacer ningún gesto que dejase ver algo de él. Me estudiaba a tres metros de distancia, cuando todos los demás se habían acercado a ver qué me había ocurrido.

Y se me heló la sangre... porque sus ojos decían más que cualquier otra mueca. Y yo me imaginé mil y una explicaciones para esa mirada oscura y penetrante. Odiaba que Iris fuera a tener razón.

«Mierda.»

—O me dices ahora mismo qué ha pasado o te llevo a rastras al hospital, Emma.

—¡Déjala, pesado!, que viene de uno...

Reaccioné cuando fui consciente de que aquellos dos iban a empezar a pelearse otra vez. No me gustó nada la escena, aunque pudiera parecer la típica estampa de una película romántica: dos hombres rasgándose las vestiduras por mí, pero que podían acabar a golpes y necesitando ir a un hospital para darles puntos o ponerles un yeso, al que se suponía que querían llevarme.

En realidad, allí quería llevarme Amargo. Picante querría lamerme la ropa, y Dulce querría lamer a Picante.

¿Qué cojones querría hacer Agrio?

Sólo me miraba.

Y, de pronto, ladeó una sonrisa que fue peor que cualquier pelea de los otros dos chefs.

—No me encuentro bien —comenté, tratando de parar la discusión entre Denis y Mario.

Y, en verdad, no me sentía nada bien después de comprender que aquel hombre, ese que no me hablaba, ocultaba algo.

«A que lo llamé Denis anoche después de correrme y se está descojonando de mí...»

—Ven, te llevo a Urgencias.

—Yo la llevo a mi casa —rezongó el otro, con ojos lascivos, que pretendían más molestar a Denis que provocar alguna reacción en mí—. Una ducha, una comida en condiciones y algo de buen sexo... ¡y como nueva!

La palabra *comida* en sus labios sonó tan obscena que incluso Dulce torció el gesto. Fue incluso más morboso que oírle decir *sexo*. ¿Cómo podía ser? Era de locos estar allí, en medio de la calle, con cuatro hombres a mi alrededor, montando escándalo. Y, de repente, nos percatamos de que no era la única que lo pensaba.

—Idos a un hotel —nos gritó Iris desde la ventana del salón, esa que daba a la calle; esa que tenía al lado del sofá, en la que estaría comiendo algo, esperando a que llegara para consolarme tras mi último día de trabajo; esa desde la que yo espiaba el restaurante más a menudo de lo que me hubiese gustado reconocer.

Me disculpé con ella y, al levantar la cabeza, sólo hizo el gesto de despedirse de mí, como entendiendo que tal vez no me hacía falta que se mantuviera despierta porque ya iba suficientemente acompañada. Si me fallaba un chef, siempre tendría otros tres donde elegir. Bueno, dos, que con Dulce tenía pocas expectativas de acabar como me imaginaba si me iba con Amargo.

«No quiero acabar con ningún otro, así de sencillo.»

Volvió a cerrar la ventana sin decir nada más y me quedé otra vez en la calle, sola con esos cuatro cocineros, y uno de ellos no hablaba.

—Venga, vamos a quitarte ese uniforme...

Denis levantó el puño, con la intención de golpear a Mario. Eizan se metió en medio de los dos, poniendo una mano en el hombro de cada uno de ellos. Había que demostrar mucha sangre fría para hacer algo así, teniendo en cuenta que aquellos dos siempre parecían estar a punto de partirse la cara. O, tal vez,

ya lo habían hecho en más de una ocasión y por eso había que impedir una nueva bronca.

«Lo que no quiere es que Denis le rompa algo a Mario.»

—Por favor, como se repita otra vez lo del otro día...

Ahí lo tenía. La palabra *repetir* lo dejaba bastante claro.

Y Benedict no se movió... y tampoco dejó de mirarme.

«Mierda.»

—No tienes cojones para devolverlo, papaíto...

Dulce soltó a Picante y trató de sujetar a Amargo, pero, aunque era más corpulento que él —creo que Denis era el más delgado de todos, pero, a pesar de tenerlos delante a los cuatro en ese momento, juntos, no se me ocurrió comprobarlo—, no le resultó nada fácil. Aproveché la confusión para ponerme al lado del chef que me había enseñado cómo me gustaba a mí el café... y le puse una mano en el hombro. Tardó varios segundos en percatarse de que lo tocaba. Imagino que estaba lo suficientemente alterado como para no darse cuenta de inmediato, así que hice un poco más de presión con la mano. Fue cuando se percató de mi presencia, de que me había apartado de Mario y me había escudado tras su cuerpo.

Captó que lo elegía a él...

—No me llames papaíto...

No tenía muy claro si le molestaba ese apodo porque lo hacía sentir viejo al lado de Mario o porque no era capaz de ejercer de padre de sus hijos por culpa de su divorcio y, sobre todo, su exmujer. Lo cierto era que se le encendían los ojos cuando Picante lo llamaba de esa forma y, a mayor reacción de Amargo, más se empecinaba el otro en buscarle las cosquillas.

—¿Nos vamos? —le pregunté, tratando de romper la discusión. No me importaba si luego me llevaba a un centro de salud, preocupado por mi aspecto. Ya habría tiempo de explicárselo todo.

Mario me enseñó los dientes... y después la lengua, pasándola sobre ellos.

—¿Te van los viejos, enfermera?

—Lo que no le van son los imbéciles —replicó Denis, algo más sereno. Había puesto sobre mi mano una de las suyas, como para darme a entender que me había oído y que me tenía en cuenta, pero era difícil ignorar a Picante. Mucho.

—Pues no me dio esa sensación la otra noche...

Justo en el instante en el que Denis saltaba sobre Mario y el otro hacía lo mismo en sentido contrario, la mano de Benedict me apartó para que no recibiera uno de los golpes. Me sujetó por el hombro y me llevó con él, sin decir media palabra, mientras Eizan se daba por vencido y sólo podía hacerse notar amenazando con llamar a la policía. Sé que grité, pero también sé que ninguno de los dos me hizo ni caso.

Dulce también chilló, pero era imposible conseguir que nos prestaran un mínimo de atención. Sólo estaban ellos dos, cansados de aguantarse el uno al otro, con demasiadas ganas de dejar zanjado aquel asunto de una vez por todas y de la peor manera posible: a puñetazos.

A mi espalda, mientras las fuertes manos de Benedict me sujetaban de los hombros, de sus labios se escapó una suave risa que me inquietó más que el golpe que recibió Denis en el abdomen, dejándolo doblado de dolor, sostenido por Dulce.

He dejado de imaginar el sabor de tus besos, basta tu indiferencia para hacerme a la idea de que tal vez amarguen como lo hace tu ausencia.

SARA MENDOZA

—Cuando necesites a un hombre al que de verdad se le levante la polla, ya vendrás a buscarme, muñeca. A ése le hace falta la pastillita azul para funcionar.

Era lógico que a Denis le entraran ganas de matarlo. Yo lo habría intentado golpear también, pero Benedict no me soltaba.

Mario se despidió de mí con una risa gamberra, de esas que hacen daño. Eizan se fue detrás de él, después de asegurarse de que Denis estaba bien. Me lanzó una mirada alicaída, como pidiendo disculpas en nombre del otro gilipollas del que estaba enamorado. No entendí que pudiera sentir otra cosa que no fuera asco por un tipo como Picante, pero el amor es algo tan complejo que no vale la pena intentar comprenderlo. Cuando estuvo a más de diez metros, Benedict me soltó y corrí al lado de Denis, sin atreverme a darme la vuelta para mirar a Agrio por si seguía descubriendo cosas de las que no quería enterarme.

—Estoy bien —me dijo, de forma hosca, cuando vio que me acercaba rápidamente a él—. No me hace falta tu ayuda.

Comprendí que estuviera molesto conmigo. Al fin y al cabo, sólo le estaba dando problemas al pobre hombre y no únicamente en el plano emocional. Que tuvieran disputas por mí en el trabajo no tenía que crear un ambiente laboral

nada agradable. En verdad, los cuatro tenían que estar cagándose en mis muertos.

«¿Emocional? ¿De verdad?»

Tenía gracia que creyera que Denis podía sentir algo por mí, pero me empeñaba en pensar en ello, aunque me hiciera daño.

—Sólo pretendía...

—¿Sólo pretendías ayudar a un viejo? No me hace falta que te apiades de mí, Calabaza.

Vale, parecía estar más enfadado de lo que yo imaginaba. No iba a ser fácil romper otra vez esa barrera y menos después de haber oído cómo lo ofendía Mario. Se sentía humillado y era comprensible. A mí también me acababa de ridiculizar la impuntual, aunque yo no había tenido público que hiciera sangre con ello.

La sangre me la había hecho contra la pared, sin testigos.

—Creía que esta fase ya la habíamos superado.

—¿Qué fase? —preguntó, metiendo uno de los laterales de su camisa dentro del pantalón. Se había quedado algo desaliñado al caer al suelo, pero por suerte parecía que todo estaba en su sitio. Sólo sus ojos dejaban ver que algo le pasaba.

—Ésa en la que tú estabas a la defensiva por todo lo que yo te decía.

Se irguió delante de mí, mirándome con expresión seria.

—Y, según tú, ¿en qué fase estamos ahora?

Crucé los brazos agarrándome las costillas, provocando que las manchas de sangre quedaran enmarcadas por éstos. Cogí aire y mis pechos se elevaron bastante, lo justo para que a Denis se le escapara un instante la mirada hacia ellos. Se recompuso un segundo después, pero a mí ya me había dado una alegría... la primera de la noche.

—En la que me preguntas si he cenado y yo te respondo que no.

Me encantó ver que le cambiaba el semblante, que de pronto dejaba de estar tan disgustado con el mundo en general y conmigo en particular. Me miró

durante un par de segundos, sin decir absolutamente nada, y después de ese tiempo dibujó una pequeña sonrisa en sus labios..., discreta, sensual, intrigante. Miró un momento hacia el lado donde se había quedado Benedict y nos dimos cuenta de que ya no estaba allí. En algún momento, mientras Denis me odiaba —y no precisamente en silencio—, se había escabullido sin ser visto. Eso me resultó mucho más extraño, pero no quise decir nada. Bastante tenía ya con mis sospechas como para seguir dándole vueltas al asunto, y más cuando por fin había conseguido que Amargo me mirara con buenos ojos.

Bueno, al menos... que me mirara sin odio.

—La respuesta va a ser no.

Enarqué una ceja al no entender su frase. Me había perdido en la desaparición del cuarto chef y no me había centrado.

—¿Respuesta?

—A que si realmente no has cenado o lo has dicho por decir... Y no, no has cenado.

Asentí con la cabeza, dándole la razón. Sólo me apetecía olvidarme de aquella noche, del trabajo y de la pelea que acababa de presenciar. Ojalá nunca hubiera cometido todos los errores que me habían acabado precipitando a una noche tan nefasta, pero yo era de tropezar siempre con todas las piedras, y si no las encontraba... me salía del camino para buscarlas. Iba a tener que comprarme botas de seguridad, de esas con puntera de hierro que se usan en las fábricas, porque empezaba a tener los dedos de los pies destrozados... por no decir los dientes, que me iba lo de caer de bruces.

—Si te hago una buena comida... —continuó diciendo, y me sonrojé al oír eso. Creo que no se dio cuenta de lo que se me pasó por la cabeza, porque lo dijo con total naturalidad—, ¿me contarás qué ha pasado hoy para que tengas ese aspecto?

Cogí aire, conté hasta diez y luego lo solté, de forma sonora. Tampoco era tan grave decirle a ese hombre que la había cagado hasta el fondo, que me había quedado sin trabajo por ser una soberbia con mi compañera —aunque se

lo mereciera— y que acababa de vender mi coche para poder hacer frente a los gastos de alquiler del piso. También debería explicarle que, si no encontraba trabajo pronto, de lo que fuera, en pocos meses tendría que regresar a vivir con mis padres, cosa que a mis veintitrés años me ponía los pelos de punta..., más que nada porque esa situación me alejaba de él, de sus manos, de su boca, de su polla...

«Por favor, que sea su polla.»

No, no pasaba tampoco nada por contarle todo eso y omitir que, si me marchaba, lo iba a extrañar muchísimo, y no porque al final hubiera aprendido muy poco de cocina. Era una locura, pero estaba empezando a creer que me había enamorado de ese hombre, por mucha diferencia de edad que hubiera entre nosotros.

—Te contaré lo que me ha pasado aunque no me hagas una buena... comida.

Denis sí se percató en esta ocasión de lo que sugería mi tono de voz. Sus ojos ardieron y sus labios se convirtieron en una fina y dura línea que surcó de lado a lado aquel mentón tan cuadrado y sexy. Ya sólo me faltaba babear para que se percatara de que lo deseaba... y de que había, además, algo más que deseo; de que había perdido todos los papeles y no sabía si lograría poner orden en los pocos que podía recuperar.

—¿Alguna preferencia?

Me horrorizó recordar que así había empezado a tontear con Picante. Él sugiriéndome que tenía que ser yo la que escogiera lo que tenía que cenar, cuando quedaba claro que cualquier cosa me sentaría estupendamente. Nunca había entendido de comida y no se me ocurría peor forma de insultar a un chef que pedirle, otra vez, que me prepara un par de huevos de cualquier manera para comérmelos como si fueran el último alimento que quedara sobre la faz de la tierra. No, no quería recordar que Picante había sido un hombre encantador para conquistarme. No quería que aquel comienzo con Denis se pareciera, en absoluto, a lo que había comenzado, en esa misma calle y hacía un par de semanas, con Mario.

—No, por favor —le pedí, con gesto suplicante—. No puedo ser yo la que elija. Seguro que tú sabes lo que tienes en la despensa, lo que te apetece preparar, lo que mejor se te da...

Denis alargó la mano y me cogió uno de los mechones de cabello, para enredarlo en sus dedos. Tenía que estar pegajoso y deslucido por el maltrato de ese día, pero no dio muestras de que le pareciera horrible tenerlo en la mano. Me imaginé que cogía un poco más, que lo aferraba con fuerza en su mano y que me atraía hacia sí tirando de él, para saborear el malestar de mi boca, tragárselo y dejarme sólo su saliva, viciosa y experta.

Necesitaba más de aquello... y menos recuerdos.

—No me has entendido, Calabacita —comentó, mientras seguía jugando con el mechón—. Me refiero a si tienes preferencia sobre dónde hacerte la... comida —dijo, haciendo la parada justa en la palabra justa... para que entendiera lo que yo también le había dado a entender. Casi se me pasó el hecho de que me llamara Calabacita—. En el restaurante... o en mi casa.

La cocina es alquimia de amor.

GUY DE MAUPASSANT

Coche negro, casa negra, cocina negra.

—Negro como mi humor —comentó, cuando se dio cuenta de que me estaba llamando la atención la poca variedad de colores.

Como mucho, encontré algo de blanco y plateado, para romper con el negro de la decoración, pero poco más.

El coche, un pequeño deportivo extranjero del que no reconocí la marca — sólo puedo decir que, al igual que con la comida, que sé comer, sobre coches... sé conducir—, me pareció sobrio y elegante, como esos que salen en las películas del agente 007. Apenas hablamos durante el corto trayecto hasta su casa. Vivía en un edificio igual de antiguo que el nuestro, también completamente reformado, ¡pero con ascensor! Además, te olvidabas de la edad del inmueble en cuanto traspasabas la puerta de entrada. Nunca había visto un estilo tan moderno decorando una casa, ni tan masculino, ni tan serio... tan él...

Muebles negros sobre pared blanca, con algunos adornos en plata. El suelo y el techo eran de un blanco immaculado, y no había nada fuera de su sitio.

Y nada más.

No era una casa en la que pasaran temporadas un par de bebés. Me dio mucha pena pensar que tampoco su coche tenía aspecto de haber llevado un capazo o una sillita infantil. Podía ser un padre pésimo, no gustarle criar hijos o mil historias en las que no debía meterme, pero había algo en esa mirada triste que indicaba que estaba hecho una mierda por no poder llevar la vida

que llevaba antes, y dolía verlo así. No sabía si cuando estuvo casado era un hombre que derrochaba alegría, pero quería pensar que, bajo esa amargura, había un tipo que había disfrutado de su vida, y que había llegado a ser feliz con una mujer.

—Me parece... elegante —comenté, pasando la mano por una de las superficies brillantes—. No se puede decir que sea alegre, pero tiene carácter.

Denis no añadió nada más. Cerró la puerta de entrada con sumo cuidado, como si me fuera a asustar el ruido de la cerradura al notar que me quedaba encerrada en el piso... a solas con él.

Me dejó un instante sin vigilancia, ya que no me sugirió que lo acompañara. Pude recorrer con la vista el salón, que se abría desde el recibidor: fotos familiares en marcos negros y plateados; un jarrón de cristal con tulipanes blancos; una maceta blanca, de más de un metro, que contenía una vara de un árbol seco, y un par de cuadros donde se entremezclaban pinceladas grises y negras completaban una decoración sobria que me llamó la atención, también, por escasa.

Denis regresó al salón con unas prendas de tela entre las manos. Me indicó que lo siguiera y no supe decirle que no. En verdad, tampoco quise hacerlo. Me llevó por un pasillo hasta el cuarto de baño, de un blanco immaculado, donde una mampara de cristal separaba la enorme ducha. Dejó las prendas sobre una repisa y me miró como si fuera a darle vergüenza lo que estaba a punto de decirme.

—Tienes champú suave, pero no uso acondicionador...

—Espera, ¿quieres que me pegue una ducha?

Por primera vez, lo vi sonrojarse. Me resultó sumamente cómico que lo hiciera, ya que, con la edad que tenía, debía de haberse duchado ya con muchas mujeres.

«Nadie ha dicho que vaya a hacerlo conmigo. ¡Despierta!»

—Pensé que te apetecería. Tienes restos de sangre en el cuello.

Supuse que también debía de tener algo de vómito en alguna parte, pero no

quise hacer ningún comentario al respecto. Era obvio que no le debía resultar agradable mirarme, ni tampoco olerme, así que una ducha en un baño desconocido no iba a ser lo peor que me había pasado ese día, desde luego.

—¿Eso es ropa para mí?

Amargo miró el montón de prendas que había traído consigo y asintió, ya más sereno.

—He buscado cosas que puedan sentarte bien. Espero que algo te sirva.

Si eran prendas de su exmujer, iba a lanzárselas a la cabeza. Esperaba que no tuviera tan mal gusto como para ello. Me acerqué a la estantería y vi que había traído camisetas y camisas de hombre, presumiblemente de él, y que no había nada femenino a primera vista.

—Gracias.

—Voy a ir mirando lo que tengo en la nevera.

Habría sido el momento ideal para pedirle que se quedara, que me acompañara bajo el chorro de agua caliente, que desenredara mi cabello usando sus dedos..., pero estaba claro que yo no se lo iba a sugerir ni él tampoco iba a decir nada.

—No me mientas —dije, sin embargo—. Sabes perfectamente lo que tienes guardado en la nevera.

Denis sonrió. Volvía a ser el chef que me había tentado con un cuchillo entre las manos, con su torso pegado a mi espalda y con sus pómulos raspando la piel de mis mejillas, acercando su cabeza a la mía.

Faltaba por ver si también había tenido la cabeza entre mis piernas y su polla fundiéndose con mi carne, haciéndonos uno.

—Cierto. Sé exactamente lo que hay en cada uno de los rincones de esa cocina.

—¿Entonces? —pregunté, malévol—. ¿Qué vas a hacer mientras?

Que a mí me diera por desatar el nudo que mantenía el pantalón sujeto a mis caderas nos cogió de imprevisto a ambos. A él y a mí. La tela resbaló por mis piernas y se quedó arremolinada, ocultando los tobillos y las deportivas

que había estado usando en vez de los zuecos. Me había cansado de ese calzado en la universidad, que tantas veces me había hecho tropezar y caer, así que me prometí a mí misma que, a no ser que me obligaran a ponérmelos en el puesto de trabajo, nadie volvería a verme calzar unos, por muy bonitos que fueran... aunque los promocionara Enfermera Saturada.

Denis deslizó la mirada por mi torso, por las piernas desnudas, hacia la prenda de ropa en el suelo. Creo que pudo tardar más de medio minuto en hacer todo el recorrido, tomándose su tiempo en la piel que había quedado expuesta. Se me erizó el vello, pero no por el frío. La temperatura era agradable y en verdad me sentía arder bajo la escrutadora mirada del cocinero.

—Creo que voy a darte tiempo para que te desnudes, te des una ducha que te reconforte y ya luego nos pondremos a cocinar, que recuerdo que te debo unas clases.

—No me debes nada —repliqué, molesta por no haber sido capaz de atraer su atención hacia lo que en realidad me interesaba—. No te voy a poder pagar nada.

—¿Alguna vez te he pedido dinero?

La conversación se estaba desviando del tema principal que yo quería abordar, y en ese instante no sabía cómo reconducirlo otra vez sin parecer demasiado directa. Aunque, teniendo en cuenta que me iba a duchar en su baño, me iba a poner su ropa y todo apuntaba a que iba a pasar la noche en su casa, no entendía que tuviera que andarme con tapujos.

«Sexo con Denis por primera vez... sabiendo que es Denis.»

El pensamiento me hizo sonreír y Amargo me miró con curiosidad.

—No, no lo has hecho —le respondí, después de un lapso de tiempo que se me antojó extremadamente largo. Imagino que a él le pasó lo mismo—, pero me gustaría pagarte... de alguna manera.

«Ha sonado fatal. Tenía que haberme callado la boca.»

Denis no se inmutó. Probablemente no era la primera vez que una mujer le

hacía la insinuación de querer pagarle algo en especias, pero tal vez sí había sido la más patética. El hecho de que me doblara la edad podría tener mucho que ver en ello. Me sentía, a veces, como una colegiala ante la mirada severa de su profesor, a punto de ser regañada por mal comportamiento; por actitud indecorosa, básicamente.

—Emma...

Amargo hizo el intento de seguir con la frase, pero no sé si al final no pudo continuar o pensó que era mucho mejor dejar las cosas como estaban. Habría sido el momento ideal para que me dijera que ya le había «pagado», ya que llevábamos dos encuentros en la cocina del restaurante, pero que no lo comentara me volvió a derrumbar el castillo de naipes que había construido con todas mis ilusiones. Iris se iba a partir de risa cuando supiera en qué había quedado la cosa esa noche.

«Todavía no sé en qué va a quedar...»

Y si «la cosa» era sexo, empezaba a pintar un poco mal.

—Te espero en la cocina.

Ami estómago poco le importa la inmortalidad.

HEINRICH HEINE

La camiseta que me puse de Amargo me quedaba como un vestido de playa, de esos que se escurren por un hombro y bajan la manga, amoldándose sobre el cuerpo de forma irregular. No me vi mal del todo con ella puesta, desechando todas las camisas, que parecían muchísimo más caras... y además quedaban demasiado cortas.

Salí del baño después de secarme el pelo con el secador, que también había dejado a la vista. Me resultó interesante que un hombre tuviera cepillo —impoluto—, secador de pelo y tantas toallas esponjosas en la estantería. Era meticuloso hasta rozar lo obsesivo. Había tenido la indecencia de registrarle los cajones del baño, asegurándome mentalmente que lo hacía para comprobar que no estuviera en la casa de un asesino en serie que pretendiera hacer de mis órganos el último plato que triunfara en Come. —¿Eso no lo había visto en alguna película? Ya, lo había pensado antes—. No encontré nada fuera de lo común, salvo por el hecho de descubrir que se afeitaba con navaja de barbero, usaba cosmética tremendamente cara especializada en el cutis masculino y que, en algún momento, había pensado en teñirse el cabello... pero no había llegado a hacerlo. Encontré todo el material necesario pulcramente ordenado en una caja, pero sin estrenar.

Salí al pasillo y me detuve a escuchar. Algo de música me llegó desde el salón, pero no reconocí al cantante masculino desde lejos. Esperé un instante y, tras no percibir movimientos, decidí que quería investigar un poco... y que no me iba a cortar un pelo para hacerlo.

«¡Quién me ha visto y quién me ve!»

Me tomé la licencia de abrir la puerta de la habitación que quedaba justo frente al baño. Encontré un pequeño gimnasio, provisto de lo indispensable para mantenerse en forma sin salir de casa. No lo habría pensado nunca de Denis, que desde luego llamaba mucho menos la atención por su físico que cualquiera de sus otros tres compañeros, aunque no parecía sobrarle ni un ápice de grasa. Y eso que, teniendo en cuenta lo bien que cocinaba, no sería de extrañar que comiera algo más de lo necesario.

«Soy enfermera y prejuiciosa. ¡Anda que...! Seguro que cuida su alimentación, no como yo, que como lo que haya por ahí mientras pueda ser masticado...»

No me atreví a seguir abriendo puertas. A mi izquierda localicé dos más; presumiblemente, una de ellas conducía a su dormitorio y la otra, especulando mucho, podía ser la del cuarto destinado a acoger a sus hijos cuando conseguía tenerlos unos días con él. Abrir cualquiera de las dos me pareció excesivo, aunque he de reconocer que la idea de ver cómo era su espacio más íntimo y privado me llamaba mucho la atención. Mis pies fueron a dar los primeros pasos en esa dirección, pero conseguí contenerme. Giré para regresar al salón y lo encontré justo al inicio del pasillo, apoyado en una de las paredes, con una copa de vino en la mano.

Me miró con curiosidad, pero no dijo nada.

Imagino que le habría encantado poder llamarme para avisarme de que me estaba equivocando de dirección, dándome a entender que sabía perfectamente que era obvio que no iba en sentido contrario por error. El enorme y estiloso sofá se veía desde el pasillo, por lo que era imposible equivocarse.

Avancé hacia él, tratando de no parecer azorada, y acepté la copa de vino que tenía en la mano cuando me la tendió, al parar a un metro de su cuerpo.

—Te ha sentado bien, la ducha —afirmó, sin necesidad de preguntarme si me encontraba mejor. Era innegable que el agua caliente me había hecho

deshacerme de muchas de las tensiones del día, además de la sangre y demás porquerías.

—Me siento mejor, gracias.

—¿Entiendes de vino? —me preguntó, invitándome a pasar al salón con un gesto de la mano.

Solté un gemido por respuesta y él me entendió sin necesidad de añadir nada más. Llegó hasta la encimera de la isla que separaba la cocina del salón y cogió la otra copa que había servido. La acercó a la mía para hacer un brindis, y las hizo chocar levemente. Era un cristal tan fino que supuse que, apenas hubiera movido yo la mía, probablemente habríamos roto alguna.

—Por enseñarte algo... esta noche.

Me habría gustado contestarle cualquier cosa ingeniosa, o cualquiera de las respuestas pícaras que se me pasaron por la cabeza: su polla, su cama, sus vicios..., sus ojos mientras se corría...

—Por no quemarte la casa... mientras me enseñas.

Bueno, tampoco estuvo tan mal como respuesta, bien mirado, y era mucho más comedida, teniendo en cuenta que no le apetecía para nada estar jugando con fuego estando yo presente. Aunque sentía que ya nos habíamos quemado los dos.

Habíamos prendido demasiadas veces como para no arder en ese momento.

—También me parece un buen brindis —me dijo, sin apartar los ojos de los míos—. No me gusta el humo.

Cualquiera lo diría, teniendo en cuenta todas las cosas que en nuestra relación estaban camufladas, ya fuera por humo, niebla o por un gorro de cocinero.

«¿Relación? ¡Anda ya!»

—¿Y qué comida es la que planeas que estropee esta noche?

Denis me dedicó una sutil sonrisa y se acercó hasta la encimera nuevamente, donde una cesta de huevos y unas cuantas verduras sobre un plato esperaban a que alguien les metiera mano. Verlo allí, parado, interponiendo la

isla central de la cocina negra entre ambos me resultó interesante. Fue como si necesitara apartarse de mí para que no ardiera ninguno de los dos, para que el hecho de saltar el uno sobre el otro fuera más complicado.

Detrás de él se encontraba la zona de la cocina —con plancha y placa de cocción con un fogón a gas y dos de inducción, según me informó cuando vio que miraba con curiosidad toda la instalación, que apenas era capaz de reconocer—, con una enorme campana extractora metalizada cubriendo ese espacio por entero. Había armarios altos a ambos lados, un refrigerador de dos puertas, un enorme fregadero a la izquierda y la encimera destinada a la elaboración de los platos, con su tabla gruesa y pesada, en la isla central. Desde donde yo estaba, se abría una especie de barra de desayuno, con dos taburetes metálicos y asiento de piel negra. Pensé que sería agradable sentarme allí y observarlo mientras se movía por las distintas zonas, pero sabía que no me lo iba a permitir.

Desnudo... deseaba verlo cocinar desnudo...

—Vas a hacer unos huevos rotos. Es sencillo... y no sufrirás si se te rompe la yema al abrirlos, ya que van a ir así, rotos.

Me pareció razonable. Muy bien pensado por su parte; eso de buscar un plato que no resultara complicado de elaborar y que no necesitara que terminara entero me gustó.

—Pero antes... tienes que cenar.

No me había percatado de que había un pequeño caldero al fuego. Se puso a trastear junto a él, dándome la espalda, y no pude quedarme al margen. Si tenía que echarme de su lado... pues que me echara. Rodeé la isla y me situé a su lado, a una distancia prudencial para no ser un estorbo. Ví que sacaba de un cestillo un poco de pasta, que aderezó con algo de aceite y una pizca de cebollino picado. Me lo sirvió en un pequeño plato, junto con algo de verdura salteada, a la que le dio sólo un golpe de calor en una sartén honda. No me di cuenta de que tenía hambre hasta que me llegó el delicioso olor de la verdura. Había dispuesto un pequeño servicio en la isla, con una botella de agua

mineral, un mantel individual plateado y un juego de cubiertos que me recordó mucho a los que tenían en Come. Limpió los bordes del plato con un paño blanco y lo dejó, perfectamente presentado, junto con la pequeña fuente de verduras. Encontré también algo de aceite, sal de tres colores —¿para qué, si estaba segura de que no necesitaría absolutamente nada?— y un molinillo de pimienta. ¿Cómo se me había pasado todo eso?

«Porque no hacías otra cosa que mirarlo a él.»

—Tortellini de langosta —me anunció, indicándome que me sentara—. Espero que no seas alérgica al marisco.

En realidad, la langosta no la había probado en mi vida, así que esperaba no necesitar después algo de adrenalina aquella noche. De todos modos, los langostinos congelados nunca me habían hecho daño en Navidad, así que me incliné a pensar que no iba a tener mucho problema.

—Son de esta mañana. No me ha dado tiempo a improvisar nada mientras te duchabas.

Tortellini caseros de langosta, frescos de esa misma mañana, y todavía sentía la necesidad de excusarse por no haber elaborado un plato específicamente para mí en el poco rato que había tardado en ducharme. Me habría reído a carcajadas de no ser porque tenía claro que a él le parecía un asunto muy serio.

—Mientras cenas, voy a aprovechar para darme yo también una ducha —me informó, sin derecho a réplica, ya que acto seguido salió de la estancia, compartida con el salón, por el mismo pasillo que había usado yo un rato antes.

No supe si usaba otro baño diferente, pues me pareció feo correr detrás de él para averiguarlo, más que nada porque la comida se hubiera enfriado y hubiese resultado una verdadera pena, con lo deliciosa que estaba la pasta. Terminé la cena antes de que Denis regresara. Incluso me dio tiempo a fregar los platos, sin importarme que hubiera un lavavajillas a un lado. Dejé todo en

precario equilibrio en la zona destinada a escurrir la vajilla y me pilló secándome las manos cuando volvió a la cocina.

Llevaba un pantalón de vestir un poco menos formal que el que tenía puesto hacía sólo quince minutos, una camisa de lino abierta que dejaba ver una camiseta interior de color blanco y los mismos zapatos, o eso me pareció. Pensé que, si llego a ser yo la que se hubiera puesto cómoda en casa, habría optado por llevar un pijama de Snoopy, aunque bien mirado no era de lo más sexy que podía lucir. Traté de recordar algo mejor en mi armario para tratar de seducir a un hombre con sus tablas y me di cuenta de que no tenía nada que pudiera servirme para ese fin, como un camión de encaje o una prenda de seda que se adaptara a mis curvas. Y, lo peor: no iba a tener dinero para comprarla en mucho tiempo.

No encajaba allí, en una cocina que había costado más del doble de lo que había pagado mi padre por mi coche, con un hombre que me doblaba la edad y que poseía, probablemente, más del cuádruple de experiencia.

Si imaginaba cómo me tenía que ver Amargo... se me encendían todos los colores posibles en la cara.

—Espero que te haya sentado bien la cena.

—Espero no haberte dejado sin almuerzo mañana...

Me regaló su sonrisa ladeada y encendió una de las lámparas que quedaban sobre la isla central. La bombilla nos hizo un guiño al parpadear antes de iluminar la superficie y los ojos se me quedaron prendados de sus manos, apoyadas a ambos lados de los platos, con los ingredientes que íbamos a utilizar. Sus dedos, largos, me hicieron fantasear y recordar lo que suponía que habían hecho, aunque no podía asegurar que hubiesen sido esos los que lo habían hecho.

«No lo puedo asegurar por tonta, ni más ni menos.»

—Si mi almuerzo dependiera de que hayas comido ahora un poco de pasta y unas verduras, mal lo llevaría, siendo cocinero.

Arrugué la nariz al mirarlo otra vez a los ojos, perdiendo de vista sus

manos.

—Sé que no estás yendo al restaurante al mediodía para no tener que coincidir con Picante...

—¿Con quién?

No me di cuenta de que lo había llamado por el mote que le había puesto hasta que ya no había forma de negar lo que había oído.

—Lo llamo Picante. En mi cabeza... le puse ese apodo —le aclaré, y algo en la forma de sonrojarme le indicó que eso no era lo peor de todo. Se percató en el acto.

—¿Cómo me llamas a mí... en esa cabecita pelirroja que tienes?

Una buena taza de su negro licor, bien preparado, contiene tantos problemas y tantos poemas como una botella de tinta.

RUBÉN DARÍO

Los huevos quedaron como tenían que quedar... una vez troceados... excepto porque yo los dejé así en el plato, pero con la espumadera, con más aceite del recomendable, según palabras de Denis, y con demasiada poca elegancia. Pero, obviando el hecho de que no era un plato apto para un paciente aquejado de dislipemia, cuando lo probamos nos sorprendió el agradable sabor, en contraste con el horrible aspecto.

—No está nada mal, Calabaza.

Resultaba evidente que no tenía una elaboración complicada, ya que sólo había tenido que pelar y cortar las patatas, las cebollas y los pimientos, freírlos en una sartén —haciéndome trabajar más de lo necesario, ya que no me dejó utilizar una reluciente freidora encastrada al lado de la zona de fuegos — y luego dejar que los huevos se rompieran encima de las verduras.

Lo extraño fue que me dejara acercarme al aceite caliente, pero no me trató como a una mocosa que no supiera vérselas con el fuego.

Aun así... los encendió él, por si las moscas.

Denis me enseñó el truco de preparar un par de lonchas de jamón bien crujiente con un golpe de calor en el horno, poniendo papel de hornear encima y aplastándolo todo con algo de peso para que dichas lonchas no se arrugaran. Con ellas pudimos adornar un poco el plato, pero los huevos quedaron tan

destrozados que seguramente mi resultado habría ido a parar directamente a la basura si llega a ser elaborado en su exquisito restaurante.

—Sí, se puede comer —comenté yo, sorprendida por el resultado.

—No sólo se puede comer, sino que, además, es agradable hacerlo.

Me ruboricé otra vez, como había sido uso y costumbre aquella noche. Miré el plato que estaba a mi derecha, el que había ido preparando él para mostrarme cómo se debía hacer. Los huevos estaban perfectos sobre una torre de patatas, aros de pimiento y unos trozos de cebolla elegantemente colocados. Si lo llego a ver aparecer con el plato en el comedor, habría pensado que había utilizado un molde para dejarlo tan perfecto, pero nada más lejos de la realidad. Lo había hecho todo con unas pinzas, situando cada elemento uno encima de otro, buscando que cuadrara todo como en el juego del Tetris. Lo de depositar luego un huevo con puntilla sobre la torre había sido todo un alarde de maestría, porque apenas se había movido una patata. Y, al poner una loncha de jamón a modo de peineta, atravesando la clara del huevo, sin que nada saliera de su sitio, me dejó claro que era un plato que para él no revestía ningún tipo de complejidad.

«Es más, le tiene que haber resultado aburrido preparar algo tan simple.»

Fue una pena que ninguno de los dos tuviera hambre a esa hora, porque estaba claro que no iba a servir de mucho como almuerzo para el día siguiente. O eso me dijo él, cuando se hizo cargo de los dos platos para deshacerse de ellos y yo traté de protestar. Me parecían una opción magnífica para no morir de hambre a la hora de almorzar al día siguiente, y más si tenía en cuenta que apenas si iba a poder contribuir en la economía del piso compartido.

—Las patatas mañana estarán incomibles, por no mencionar el huevo...

—Seguro que está mucho mejor que cualquier cosa que pueda cocinar mañana.

—Lo has hecho tú; puedes volver a hacerlo.

—Lo he hecho porque estabas supervisando los tiempos; a mí se me habría

quemado.

Amargo me miró como si estuviera discutiendo con una niña pequeña a la que tuviera ganas de darle la razón para no seguir con el tema. Sin embargo, y tras mantener los brazos en jarra durante un largo minuto, se puso a rebuscar en uno de los cajones de la isla central. Se dibujó en su rostro una sonrisa de suficiencia cuando encontró lo que necesitaba. De pronto, golpeó el objeto contra la encimera, provocando el ruido necesario para captar toda mi atención —si es que era preciso, ya que nunca había dejado de prestársela— y pensé que con ese gesto podía haber roto lo que fuera que hubiera estado buscando.

Apartó la mano y lo dejó delante de mí.

Un temporizador de cocina.

—Le presento, señorita Calabaza, el invento revolucionario que cambiará su vida para siempre —me anunció, con voz socarrona, tratando de parecer serio cuando estaba claro que por dentro se estaba partiendo de la risa—. Un reloj; bueno, no exactamente, pero hace lo imprescindible en la cocina... y no es otra cosa que asegurarse de que controlas los tiempos, avisándote con un ruido tan desagradable que te acordarás de los familiares del fabricante cada vez que lo uses.

—¡Mira qué simpático!

Me senté en el taburete al otro lado de la isla, apoyé los codos en la encimera y luego la cabeza entre ambas palmas, como si me estuviera descubriendo la cosa más interesante de la noche.

—Te aseguro que no falla nunca. Calculas el tiempo exacto que te hace falta para cada cocción, lo pones y te avisa para que no se te queme nada. Te lo digo de verdad.

—¿En serio piensas que no lo he intentado alguna vez? —le pregunté, un poco asombrada de que pudiera creer realmente que había sido incapaz de llegar a la misma conclusión que él—. No sólo se me quema la comida. No

soy capaz de darle un aspecto apetecible, ni un sabor agradable, ni el punto de cocción que requiere el plato.

Estaba claro que ni yo entendía del todo por qué se me daba tan mal la cocina ni él lo iba a descubrir tan fácilmente. Tampoco me apetecía indagar sobre mi bloqueo irracional a acercarme a un fuego, ya que estaba segura de que esa parte de la infancia prefería no destaparla. Si llego a tener una psicóloga a mano, me habría dicho que esa forma de actuar era un mecanismo de defensa que no me ayudaba para nada, pero, como nunca había solicitado una consulta para tratar el tema, nadie me lo había echado en cara.

De todas formas, estaba claro que alguna explicación tenía que darle a Denis, que estaba allí, devanándose los sesos, buscando racionalmente una manera de echarme una mano.

—Me pasó algo en una cocina hace años —le comenté, bajando la mirada para no tener que encararlo de frente. Nunca me había sentido cómoda reconociendo que tenía un problema, por lo que era poco probable que fuera a empezar en ese momento—. Y antes de que preguntes nada, ya te aviso de que no vamos a hablar de ello.

Amargo me miró con gesto serio, pero sin juzgarme de buenas a primeras. Aceptó lo que le dije como válido, tal vez sin muchas ganas de complicarse la vida con los problemas de una enfermera que tenía un trauma que le daba vergüenza confesar. Bastante tenía él con los suyos como para tener que preocuparse por cosas que no le incumbían.

—Al menos dime que no fue nada grave.

Era una petición razonable.

—En realidad, es una tontería —le aseguré, sabiendo que no estaba faltando a la verdad—, pero cada uno lidia con sus propios recuerdos, y yo gestiono mal alguno de los míos.

Volvió a asentir y, aunque lo dejó estar, su mirada me indicó que no iba a renunciar a preguntarme acerca de ese asunto en otra ocasión. Supe que tendría que ir mentalizándome para cuando eso ocurriera.

—¿Y lo de hoy?

De eso tampoco tenía ganas de hablar, pero no podía negarme a ello, después de lo agradable que había sido conmigo.

—Enséñame algo sobre vino y suelto prenda.

—Si te enseño algo sobre vino y te hago beber dos copas, seguro que acabas contándome hasta ese suceso en una cocina.

Se me abrieron los ojos con espanto, pensando que se estaba refiriendo a los dos encuentros sexuales que habían tenido lugar en el restaurante; que estuviera al tanto, pero que necesitara que se los relatara con más detalle, era indicativo de que alguien se había ido de la lengua... y, lo peor de todo, que no había sido él quien había puesto su polla entre mis piernas y presionado entre mis húmedas carnes.

Por suerte, un instante después comprendí que se refería a ese evento de mi niñez que me había dejado traumatizada de por vida —o, en todo caso, lo que llevaba de ella— y que hacía que, cada vez que me ponía a cocinar, me temblaran las manos y se complicara todo.

Sonreí, y me devolvió la sonrisa.

—Entonces... que sea sólo una copa.

No hay ningún secreto donde reina el vino.

SALOMÓN

Se lo conté todo, desde el primer encontronazo con la impuntual hasta el último segundo de mi vida laboral allí, que terminaba aquella misma noche en el vestíbulo de la clínica; también que no tenía dinero para afrontar los pagos, ni trabajo para pensar en positivo, ni tampoco coche en el que acabar durmiendo en cualquier descampado de Barcelona si se me acababan los recursos y no me decidía a volver a casa de mis padres con el rabo entre las piernas. Me escuchó con suma atención, sentados los dos en el elegante sofá, que empezaba a parecerme más gris oscuro que negro a medida que el vino en la copa iba menguando y mi cabeza se iba recostando más y más, hasta quedar casi tumbada de lado sobre sus confortables cojines.

Amargo fue viendo cómo me acomodaba sin decir nada, dando cuenta de su copa, como si no le importara lo más mínimo que el alcohol se me hubiera subido un poco a la cabeza y hubiera perdido algo del sentido del decoro. No recuerdo en qué punto dejé de mirarlo para hablar con la vista clavada en la chimenea, con un embellecedor cromado enmarcando su negra boca. La imaginé encendida y lo agradable que tenía que ser estar allí, tumbada sobre la alfombra gris oscuro —¿o tal vez negra?— mientras el fuego chisporroteara en el hogar... y Denis, desnudo y con un escueto delantal, haciendo la cena.

Cuando me quise dar cuenta, tenía a Amargo al lado, cogiendo mi cabeza para levantarla y meter su cuerpo debajo. Depositó con suavidad mis cabellos alrededor de sus piernas y reposé como hace una niña pequeña sobre las pantorrillas de su padre, usándolo de almohada firme y segura. El vino de

nuestras copas se había terminado, pero estaba convencida de que había muchas botellas más en algún lugar de la casa. Creí recordar que se llamaba vinoteca.

—¿Y tú? —inquirí, levantando la vista para encontrarme con su mirada, clavada desde arriba en la mía—. ¿Qué piensas confesarme a cambio de todo esto que te he contado?

Denis se mordió el labio inferior, como si necesitara recordarse a sí mismo que tenía que guardar silencio sobre la mayoría de las cosas.

«Sobre que me ha follado en la cocina de su restaurante, por ejemplo.»

—Me separé hace unos meses —comentó, sorprendiéndome con el inicio de su declaración—. En verdad, no fue ella la que me dejó. Quería mantener nuestra farsa, pero yo no podía más, así que sin duda me castiga desde entonces. Tengo dos hijos, gemelos. Creo que el tal Picante ya te ha hablado de ello.

Sentí vergüenza por tener datos de su intimidad, obtenidos de aquella manera, pero no era el momento de disculparme e interrumpir su discurso, así que sólo asentí con la cabeza, con un gesto tan leve que bien podría haberse entendido como que me recolocaba sobre sus muslos para estar algo más cómoda.

Por suerte, Denis no pareció sentirse afectado por mi respuesta, o falta de ella, y siguió hablando con tranquilidad, como si fuera una amiga de toda la vida a la que tenía que poner al corriente acerca de los últimos acontecimientos de su vida.

Me explicó que su matrimonio había durado un total de cinco años, tres meses y veintiún días; que había contado exactamente lo que había estado casado una de esas noches en las que las lágrimas de rabia no le habían permitido conciliar el sueño hasta casi el amanecer, y que en esas horas se pensaba en muchas cosas, como por ejemplo en lo que había fallado entre ellos. Me dijo que no estaba seguro de haber sido un buen marido, que lo

había entendido a posteriori, cuando ella le puso los cuernos con el socio que tenía en el restaurante que vendió antes de abrir Come.

«¡La leche! Así es normal que odie a Mario por encima de todas las cosas.»

El pobre había tenido una experiencia traumática que parecía que volvía a repetirse. Vale que yo no era, ni mucho menos, tan importante como su esposa y madre de sus hijos, y que por ello no podía dolerle tanto que me hubiera liado con el otro, pero no dejaba de recordarle que los socios podían ser unos capullos y las mujeres en las que se fijaba... unas golfas dispuestas a acostarse con un cocinero con tal de... ¿comer gratis?

—A mi esposa la conocí una noche de carnaval, vestida de Pippi Calzaslargas. Llevaba una peluca naranja con alambres para mantener las trenzas de forma horizontal. No sé por qué pensé en ese momento cuando te vi por primera vez. Me llamó mucho la atención tu color de pelo. Creí que llevabas una peluca.

Quedaba también muy mal reconocerle que sabía que había dicho en voz alta en el restaurante que le había gustado mi color de cabello. Dulce me había puesto también al corriente de eso.

Me confesó que le había dedicado mucho tiempo al trabajo, que su esposa le recriminó eso a partir de que nacieron sus hijos. Cada uno había tenido una brillante vida laboral por separado, pero, mientras que él siguió con el mismo ritmo de trabajo cuando nacieron los mellizos, ella decidió quedarse en casa y asumir su maternidad, eligiendo pedir una excedencia para centrarse en su papel de madre. Según relató Amargo, con la voz atenazada por la emoción de los recuerdos, fue un acuerdo que tomaron casi en el momento del nacimiento de sus bebés. Para aquel entonces, hacía apenas un año que él había abierto el restaurante, y éste había sido acogido de muy buen grado por la crítica especializada y por los clientes. Como comentó, habían empezado con buen pie y no era momento de descuidarse o bajar el ritmo. Su mujer también lo entendió así, y nunca tuvo quejas de que estuviera tantas horas fuera del hogar,

llegando tarde y saliendo temprano, viendo a ratos a sus hijos y a ella. Pensó que todo iba bien, que era normal que ella asumiera el papel fundamental en la crianza de los niños, ya que así lo habían acordado, mientras que él aseguraba la entrada económica en el núcleo familiar.

Pensó que era así... hasta que los encontró una noche follando en la cama de su casa.

Entonces ella se quejó de todas las noches en las que lo había estado esperando despierta, en la de mañanas en las que lo había necesitado a su lado, en la cantidad de veces que se había bebido las lágrimas mientras él sacaba adelante su negocio, siendo el perfecto chef triunfador, con un restaurante próspero que tenía reservas a tres meses vista.

—Si llego a saber que se sentía así, nunca habría pasado tantas horas fuera de casa, lo juro por Dios.

Evidentemente, tendí a creerlo, aunque hubiera motivos para sospechar que había descuidado su matrimonio, a su familia y a sus hijos persiguiendo una carrera exitosa como chef dueño de su propio establecimiento. Había priorizado mal y había perdido. Que su esposa hubiera acabado poniéndole los cuernos era algo que se podía prever, pero que lo hubiese hecho con el socio de su marido era un tanto cruel.

«¿Un tanto? Había sido una hija de puta.»

Amargo guardó silencio, perdido en sus dolorosos recuerdos. Era lógico que no le gustara hablar del tema y que se hubiera molestado al enterarse de que su situación sentimental había sido aireada de forma pública. Probablemente, si eso no llega a suceder, no me habría contado nada en absoluto, y yo seguiría pensando que era un déspota y un engreído que tenía algo en mi contra por mirarme siempre de esa manera, cuando en verdad lo que pasaba era que yo le recordaba demasiado a ese momento traumático de su vida.

«O a ese otro agradable, en el que conoció a su mujer, cuando ella iba disfrazada de pelirroja. Seguro que no llevaba el caballo blanco.»

Sus ojos me decían que de verdad sentía la ruptura, que no la había superado, que echaba de menos su vida anterior. No me gustó pensar que seguía enamorado, que yo sólo era una mera distracción que lo ayudaba a sobrellevar su malestar. No pretendía enamorar a Denis, ni mucho menos, pero me habría sentido mucho mejor pensando que se había sentido atraído por mí y no por el recuerdo que le despertaba.

«Atraer a un hombre que me saca más de veinte años. ¡Qué locura!»

Me habló del tiempo que hacía que no veía a sus hijos, del momento en el que le propinó a su exsocio un puñetazo en el estómago, dejándolo tumbado en el suelo, y de la noche que pasó en el calabozo por culpa de la denuncia que le interpuso. También me contó el instante en el que se vio con las maletas en la puerta, tras asegurarle a su esposa que no la iba a perdonar en la vida, y lo horrible que fue pasar esa primera noche alejado del cuarto donde dormían sus bebés en sus cunas.

Vendió el restaurante, y no sólo porque no pudiera ver ni en pintura a su socio, sino porque ella exigió una manutención para sus hijos que lo dejaba a él en la ruina. Con el dinero que consiguió, una cantidad nada despreciable, ya que el restaurante era uno de los más exitosos de la Ciudad Condal, abrió una cuenta para asegurarse de que a los gemelos nunca les faltaría el dinero que él, como padre, debía aportar. Estuvo trabajando un par de meses para otros locales, donde sus jefes le cortaron la creatividad que siempre lo había caracterizado, y, cansado de las noches en blanco, de tener platos en la cabeza que no podía materializar porque no se lo permitían y de estar agobiado por el dinero que entraba a cuentagotas, le pidió un préstamo a su hermano pequeño y decidió abrir otro restaurante. Sin embargo, no quiso endeudarse demasiado, así que decidió buscar otros socios para empezar de nuevo, aun a riesgo de incumplir la promesa que se hizo en el momento en el que vendió el primero. Era normal que no le apeteciera tener otra vez un socio, pero la situación era la que era y no podía permitirse el lujo de hundirse en el

autocompadecimiento. Ya habría tiempo de salir adelante y volver a renacer con un local que llevara sólo su sello, pero no era ése todavía.

—Pero me equivoqué al elegir —declaró con un malestar que ya era característico en él—, al menos con Mario. Nunca me hubiese imaginado que llegaría a ser tan problemático.

Al parecer, cuando tomó la decisión de asociarse nuevamente, le pareció que trabajar con gente más joven que él podía ser beneficioso para rejuvenecer un poco su estilo serio y algo anticuado. Estaba seguro de ser capaz de ofrecer un producto de buena calidad, pero no siempre era eso lo que buscaba el cliente, y menos en una ciudad como Barcelona, siempre cambiante. Por ello, dos de los tres socios eran más jóvenes que él. Había tenido mucho cuidado a la hora de valorar la experiencia laboral y no tenía queja alguna de ninguno de ellos en ese sentido. Su trabajo en la cocina era exquisito hasta decir basta, pero Mario, sin duda, no tenía lo que hacía falta para llevar un negocio. Había empezado con pequeñas tiranteces, como su falta de seriedad para cumplir horarios o que hubiera usado el restaurante como reclamo para conseguir sexo fácil con las clientas jóvenes..., pero luego la cosa se fue complicando y cada vez estaba más claro que no iban a poder trabajar juntos durante mucho tiempo más.

—No sé si se marchará él o lo haré yo, pero sin mí el local no tiene futuro.

Lo dijo sin aire de prepotencia, aunque podría haberse interpretado de otra forma.

Me explicó que Benedict era el único que podría tomar las riendas del negocio sin que se fuera a pique si él se iba, pero que éste había dejado claro que, en el momento en el que él saliera de la sociedad, también se marcharía. No estaba para niñatadas, y si había aceptado la idea de abrir un restaurante de forma conjunta lo había hecho porque tenía muchas ganas de trabajar con Denis.

—Nos llevamos bien —me confesó—. Es un hombre callado y cauto, y en la cocina es capaz de hacer maravillas. No me importaría empezar de cero con

Benedict, pero ahora mismo no tengo ninguna forma de saldar mis deudas si liquido el negocio, así que no me queda otra que mantener Come abierto, si no me compran mi parte. Hemos conseguido meterlo en las guías gastronómicas aunque sólo lleve tres meses en funcionamiento. Los críticos nos han dado el visto bueno y el restaurante promete. Dentro de un año, si la cosa va bien, no tendré que verle la cara a Mario todas las noches. Es sólo cuestión de tiempo.

Miré con ojos somnolientos todo lo que me rodeaba. Nada en aquel lugar era barato. Ni la zona, ni los muebles, ni tan siquiera la limpieza. Me habría gustado señalarle que, si tan desagradable era para él trabajar con Picante, bien podía bajar su tren de vida, pero pareció leerme la mente y se me adelantó antes de que pudiera abrir la boca.

—Mi querido y desvergonzado hermano acaba de dejar este piso. Vivió aquí un par de años; lo decoró él. Se ha mudado a uno que ahora comparte con su prometida. Éste es de mis padres, no lo pago yo. Tengo suerte porque vengo de una familia acomodada, pero no les permito mantenerme. Esta ubicación es temporal, hasta que pague todo lo que le debo a Oziel. Ya luego... —hizo una pausa, como si pensar en ello le resultara muy complicado—... imagino que lo ideal sería buscar una zona mucho más barata, pero no me convence la idea de alejarme de mis hijos.

Aunque llevara meses sin verlos, estaba claro que no perdía la esperanza de volver a llevar una vida familiar normal, o todo lo normal que pudiera ser dadas las circunstancias. Me sentí una carga para él, de pronto, ya que, si lo que le interesaba era regresar a su antigua vida, cualquier distracción quedaba fuera de lugar.

«¿De verdad estoy pensando en eso?»

El tono de su voz, neutro, me relajó tanto que, cuando me quise dar cuenta, se me estaban cerrando los párpados. Traté de ganarle la batalla al sueño que sentía, pero el cansancio y la tensión acumulada no me lo pusieron fácil. Tampoco lo hizo la madrugada, el vino o lo cómodo que era el sofá... ni lo a

gusto que me estaba haciendo sentir Amargo, ofreciéndome su cuerpo de almohada.

No sé si ese beso que sentí en los labios me lo dio o lo soñé. Sólo sé que fue suave, sin carga sexual alguna. Sólo sé que me dejó con ganas de más, de necesitar un café o dos para responderle como era debido.

Pero tal vez sólo lo soñé... y Denis nunca había querido nada de mí.

Ni tan siquiera sexo...

La vida es tan amarga que abre a diario las ganas de comer.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Me desperté en el dormitorio que no había tenido el valor de espiar, arropada por unas sábanas que tenían que costar lo que yo había cobrado de sueldo, en un colchón que en vez de sostenerme me envolvía y acunaba, entre unas paredes que no le pertenecían a Amargo... sino a sus padres... y rodeada de muebles que respondían al gusto sobrio y elegante de su hermano. ¿Oziel, lo había llamado?

No oía nada. La alcoba estaba vacía, y la puerta, cerrada. El otro lado de la cama parecía que no había sido utilizado por nadie esa noche. Si Denis me había llevado hasta allí en brazos o si yo había caminado los pasos que me separaban del sofá, no lo recordaba. Supuse que el vino no me había sentado tan bien como había imaginado, pero ya era tarde para arrepentirse de haberlo bebido.

Me incorporé en la cama y me desperecé. Pasé un momento por el cuarto de baño antes de atreverme a abandonar la tranquilidad del dormitorio. Habían dado las once y no sabía dónde tenía el teléfono móvil, y supuse que Iris ya me habría mandado un par de mensajes para asegurarse de que estaba en brazos del chef correcto, al menos por una vez en la vida.

No estaba segura de que ninguno lo fuera.

La historia que arrastraba Amargo era demasiado triste como para que no me hubiera afectado conocerla de primera mano. En ese instante, en el que no me quedaba claro que aquel hombre hubiera sido el que me había arrinconado

en la cocina y que no veía factible que sintiera el más mínimo interés por mí, estaba hecha un verdadero lío. Lo único que tenía claro era que me había acogido bajo su protección como profesor de cocina, pero, más allá de ese hecho, nuestra relación se difuminaba.

Salí al pasillo y oí música en el salón. Caminé sin hacer ruido, con la esperanza de sorprenderlo en la intimidad de su quehacer diario, pero, en cuanto llegué a la entrada del pasillo, percibió que no estaba solo. Denis estaba al otro lado de la isla, cacharreando con algo de comida que olía deliciosamente.

—Estaba a punto de ir a despertarte —me anunció, a modo de saludo—. No me dijiste que tuvieras que madrugar, así que te he dejado descansar un poco.

Le agradecí que se hubiera tomado todas esas molestias por mí. Cederme su espacio privado en su dormitorio, el desayuno que me estaba sirviendo al otro lado de la isla y haberse asegurado de que descansara lo suficiente como para afrontar mi primer y duro día como desempleada.

Pan de cristal con tomate y aceite de oliva, sal en escamas y un café de esos que me gustaban..., de esos que sabían a lo que sabían en Roma. Si no llega a ser porque estaba tremendamente triste, habría sido perfecto.

—¿No desayunamos juntos? —le pregunté, al percatarme de que había sólo un servicio.

—Me he levantado temprano —respondió, sirviendo un segundo café, de esos que me había enseñado a apreciar apenas con un sorbo—. Lo he hecho hace un par de horas.

Se instaló el silencio entre ambos. Degusté con deleite la comida y soñé con lo que me transmitía el café. Amargo me acompañó mientras hacía crujir el pan de cristal entre los dientes, mientras recogía con la yema del dedo el tomate que se me caía al plato y mientras soñaba con ser capaz de preparar un desayuno como aquél, sencillo pero delicioso... para él.

—Tienes el uniforme sobre el sofá —me informó, señalándolo mientras se

hacía cargo de los platos para meterlos en el lavavajillas—. Me ha dado tiempo a lavarlo y secarlo, pero la plancha se me da muy mal.

Me sonrojé al imaginarlo lavando mi ropa. Había usado la secadora, y esperaba que no la hubiera puesto sólo para que no me llevara esas dos prendas de ropa seca a casa.

—También tienes el almuerzo.

En esa ocasión señaló una cesta que reposaba en un aparador junto a la puerta, como si tuviera miedo de que pudiera salir de allí sin ella.

—¿Y qué más? —le contesté, algo incómoda por todas las molestias que se había tomado por mi culpa—. Hoy no tengo que ir a trabajar. Podría haber quemado cualquier cosa yo solita...

—No tienes que ir al trabajo —repitió él, como si tal cosa. Terminó de usar una batidora de vaso y volcó el contenido en dos copas altas, que me recordaron a las de cava—, pero tendrás que buscarlo... y llevar currículos de un lado a otro, sin coche, sin duda, cansa.

Mucha fe tenía ese hombre en que me fuera a poner a buscar algo tan de inmediato, y precisamente ese día, que andaba con tan poco ánimo. Lo de haberme quedado dormida por culpa del vino, sin saber si Denis había llegado a besarme o no, me hacía sentir mucho más imbécil de lo que me creía después de no tratar de descubrir a mi amante bandido.

«Tengo la idea romántica de que es él. Y si no lo es... no quiero saberlo.»

La explicación quedaba muy bien en mi cabeza, pero, como de verdad no se tratara de Amargo y se enterara de que me estaba acostando con otro, además de haber caído en las garras de Mario, me iba a ganar un par de buenos insultos..., además de un viaje de esos a los que te mandan muy lejos... a un sitio muy desagradable.

Me dejó una de las copas delante y empezó a dar cuenta de la suya. Parecía un batido de frutas, pero, como había estado prestando mucha atención a mi desayuno, me había perdido sus manos cortando lo que hubiera estado

cortando sobre la enorme tabla de madera. Lo probé y no pude identificar nada en concreto por el sabor, pero daba igual porque estaba delicioso.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras yo me busco la vida por las calles? —le pregunté, sintiendo que me comportaba como una esposa celosa de los secretos de su marido.

—Cuéntame más de eso de buscarte la vida...

Los dos estallamos en una carcajada sincera, de esas que me encantaba compartir con él. No entendía cómo podía ser tan serio unas veces y tan sensual y cercano otras. Esa combinación me tenía cautivada.

—No tengo ganas de pensar en el futuro —le confesé, disgustada con todo lo que me había pasado en ese último mes, enfadada por haber perdido una oportunidad laboral que me permitiera ser independiente y contrariada por haber salido de la clínica con el rabo entre las piernas—. Ahora mismo dudo mucho de que tenga uno.

Denis torció el gesto, enarcó una ceja y se enderezó. Echó mano a la cartera que tenía en el bolsillo trasero de su pantalón; era de piel negra, sobria y elegante, como todo él. Dos segundos después, sacó su DNI. Me lo dejó sobre la isla, debajo de mis narices, al lado de la copa de batido a medio tomar, y puso sus manos a ambos lados del documento, apoyando todo su peso sobre ellas, reclinándose para acercarse a mí.

—Mira mi edad —me pidió, pero me dio vergüenza agachar la cabeza para quedarme con su fecha de nacimiento—. Y aquí estoy, empezando otra vez de cero, en una casa que pertenece a mis padres, con dos hijos que mi exmujer no me permite ver y con un restaurante que puedo mantener abierto porque tengo otros tres socios que me hacen la vida imposible.

—Uno de ellos —puntalicé yo, elevando la vista sin llegar a enterarme de la edad de Amargo. Tonta de mí, pero me parecía muy poco discreto quedarme con ese dato—. Eizan no molesta para nada y anoche me dijiste que con Benedict tenías buena relación.

«Hasta que se entere de que me estoy acostando con él en su cocina...»

Las palmas de las manos de Denis seguían en el mismo sitio y, aunque mis ojos querían regresar para surcar las marcas de sus nudillos, las líneas de sus yemas o la señal que tenía en el dedo en el que había llevado hasta hacía poco la alianza de casado... conseguí apartar la vista.

«No la lleva. Al menos... no la lleva.»

—Vale, uno de ellos —aceptó él—. ¿Cómo no vas a tener ganas tú de empezar otra vez, cuando apenas has comenzado a vivir?

Me sentó mal que dejara tan claro que me consideraba una renacuaja... y, encima, una renacuaja sin impulso para lanzarse a la calle e intentar mantenerse a flote. Las niñas pequeñas siempre dejan que sean los padres quienes les saquen las castañas del fuego. En mi caso... estaba comportándome como tal. Era lógico que Amargo se irritara conmigo. Era normal que no encontrara nada interesante por lo que fijarse en mí... salvo el color de mi pelo... que Iris quería que me tiñera...

—Sé que es una tontería —traté de defenderme—, pero la forma en la que me ha tratado mi compañera...

—Te ha hecho daño, y lo entiendo —me interrumpió. Terminó su copa de batido y yo hice lo mismo, aprovechando la pausa. No me gustaba que se oxidaran algunas de las vitaminas y las iba a necesitar todas—. Pero, como ella, vas a encontrar miles de personas a lo largo de tu vida. No puedes dejar que te afecten todas.

Suspiré, reconociendo que tenía toda la razón. Había sido sólo un mal trago de un mes. Había salido humillada de la clínica, sangrando y con la cabeza gacha. Había vomitado a causa de los nervios... Si la vida me permitía vengarme de esa tipeja, aprovecharía cualquier oportunidad, pero no podía venirme abajo porque alguien me hubiera pisoteado. No quería regresar al pueblo. Me apetecía aprender a vivir como una trabajadora más en la Barcelona a la que me había acostumbrado.

No quería alejarme de él...

—¿Cuántos currículos tengo que repartir para ganarme ese almuerzo? —le

pregunté, señalando la cesta blanca.

Volvió a erguirse y la camisa se le pegó al pecho. Estaba moreno, como si se pasara el día al aire libre en vez de metido en una cocina. Tal vez la máquina de rayos UVA estaba escondida en alguna de las habitaciones y yo no la había visto.

—Hagamos una cosa —comenzó diciendo, pero mi teléfono móvil sonó en ese instante y nos interrumpió a ambos.

Lo localicé gracias al sonido, cerca de mi mochila. Apareció en la pantalla la cara de Iris, en una fotografía que le había tomado el año pasado, sacándome la lengua, cómo no. Un gesto muy propio de ella. Ya no recordaba el motivo por el que me la había sacado, pero había quedado muy graciosa. Descolgué apresuradamente, lamentándome del despiste de no haberla avisado de que estaba bien cuando me levanté.

—¿Se puede saber por qué no me contestas a los mensajes, insensata? — me gritó desde el otro lado de la línea—. Estaba a punto de llamar a tu madre y a la policía, y no estaba segura de cuál iba a ser el orden en el que iba a hacerlo.

—Tranquila, estoy bien...

—¿Tranquila? ¿Sabes cuántos mensajes te he enviado?

—Lo siento, no los he visto... —me excusé, girándome para descubrir que Amargo se había puesto a recoger la cocina, dándome cierto grado de intimidad—. Estaba ocupada.

—¿Sigues con él?

—Depende de a quién te refieras *con él*.

—Con el cocinero.

—Sigues sin especificar demasiado...

Me entró la risa floja y, por suerte, a Iris no le dio un brote y se puso a maldecirme.

—Ya me contarás entonces, ¿no?, que estoy en el descanso del curso y no me puedo enrollar demasiado.

—Almuerzo en casa. Te veo allí.

—Lleva comida...

—Para mí; para ti dudo que haya.

—Arpía.

—Yo también te quiero.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesa. En algún momento había empezado a sonar *Lost on you* y ni siquiera me había enterado. Giré el cuerpo para mirar otra vez a Denis, que había terminado con los cacharros y me observaba atentamente, tarareando la letra.

Me temblaron las piernas.

La saciedad engendra la desmesura.

SOLÓN

Era él. Tenía que ser él. Porque lo era, ¿verdad?

Me lo repetí mientras bajábamos en el ascensor, mientras me montaba en su coche para que me llevara a casa, mientras conducía sin prisas por las calles de Barcelona. Llevaba la cesta con mi almuerzo en el regazo, convencida de que iba a tener una lucha encarnizada con Iris para defenderla. Había curioseado en el interior y había visto que llevaba, otra vez, todo lo que necesitaba para comer en la calle, si me daba el punto, servilleta incluida.

Vale, había estado buscando una nota..., pero como no había tenido suficiente intimidad, no me había atrevido a investigar de forma tan descarada.

Denis me había indicado que tenía que salir ya de casa o no llegaría a tiempo para preparar el restaurante para el servicio de almuerzos. Quería pasar por el mercado, organizar los platos fuera de carta y permitirse la licencia de dejar algo del servicio de cenas medianamente preparado para no tener que estar presente, porque me había informado de su intención de no trabajar esa tarde.

—Como te iba diciendo antes de que tu amiga nos interrumpiera —comentó, cogiendo la cesta, su chaqueta y las llaves para salir al descansillo, cuando colgué el teléfono a Iris—, te propongo un día de esparcimiento para recargar las pilas y afrontar con optimismo lo que ha de venir. Nos vendrá bien a los dos.

—¿A los dos? —pregunté, con cara de lela, cuando aún me temblaba el cuerpo tras oírlo tararear la canción que había sonado en el restaurante la otra

noche.

Amargo tenía que estar preguntándose cómo había conseguido sacarme la carrera de enfermería, seguro. Una persona con tan poca iniciativa no tenía que ser muy inteligente.

—Sí, a los dos. Nos vamos a tomar la tarde libre y nos vamos a ir a la playa. —Imagino que, como no fui capaz de articular palabra para responderle, pensó que no me estaba gustando mucho el plan... o, al menos, no compartirlo con él—. ¿Te apetece?

Habría quedado muy mal decirle que no me gustaba la idea... y, también, habría sido mentirle.

Asentí con la cabeza y él hizo otro gesto, complacido. De pronto, en vez de tener que salir a buscar trabajo, acababa de aceptarle una especie de cita a Amargo. Aquello era lo último que me esperaba.

«Quien dice cita, dice que no tiene ni puñeteras ganas de currar hoy y como hace un día radiante...»

Mi cabeza siempre encontraba la excusa perfecta para no tener que pensar en la posibilidad de que a Denis podía interesarle de verdad. Pero, cada vez que pensaba en ello, descubría algo que indicaba que podía ser cierto..., que Amargo era mi cocinero, que lo que estaba pasando tenía algún sentido.

No era una locura.

Todavía no eran las doce cuando aparcamos el coche cerca de la calle peatonal donde yo vivía y él trabajaba. Se había retrasado con el horario y se le notaba contrariado por ello. Dejó caer que no le iba a dar tiempo de pasar por el mercado y me sentí culpable de que se le hubiera hecho tarde. Tenía que haberme despertado antes y los dos lo sabíamos.

—Lo siento.

—Es culpa mía —comentó, apresurándose para llegar pronto al local—. Me he acostumbrado a no tener sino que vigilar mis propios pasos. —Me miró con cierta dulzura, como si tratara de tranquilizarme—. Te hacía falta descansar. No pasa nada.

Pero ese «no pasa nada» implicaba que no iba a poder dejarlo todo como quería en el restaurante, que tal vez estaría molesto por la tarde, pensando en lo que podría estar saliendo mal por su falta de planificación, o que directamente fuera a suspender nuestra salida a la playa.

«¿Y no estoy demasiado blanca para ir a la playa?»

Eso no era lo peor. ¿Tenía algún biquini decente para la ocasión?

Por suerte ya iba depilada.

Como lo del biquini ya no tenía remedio, ya que no podía gastar ni siquiera una ínfima parte de lo que tenía en la cartera para solucionar el problema, pensé que lo mejor era no quitarme la ropa y no bañarme, por muy bueno que se hubiera quedado el día de playa.

Sí, ése era el mayor de mis problemas. Iba a observarlo a él quedarse en bañador, caminar hacia la orilla y dejarse refrescar por las olas mientras no perdía detalle...

Denis me acompañó hasta el portal, aunque tenía cara de prisa y de no estar demasiado convencido de poder permitírselo. Me entregó la cesta con mi almuerzo, que caballerosamente se había ofrecido a llevar mientras recorrimos el par de manzanas desde que aparcamos hasta nuestra calle.

—Te llamo cuando pueda escaparme —sentenció, dando por hecho que nada había cambiado.

—¿Tienes mi número? —le pregunté a mi vez, sorprendida. No recordaba haberle facilitado mi teléfono, aunque, estando de por medio Iris, todo era posible, al fin y al cabo.

Denis se inclinó un poco sobre mí y, para cuando pude darme cuenta, me estaba besando. Fue rápido, cálido, casi un roce simplemente. No lo esperaba precisamente en ese momento, y como llegaron sus labios también se fueron, dejando un vacío que no hubiera podido decir que había estado alguna vez ocupado.

Como en el beso de mi sueño.

«O tal vez no lo había soñado.»

—No me refiero al móvil —aclaró, apartando uno de mis rebeldes mechones de mi rostro—. Tocaré a tu puerta. —Y después de un instante de silencio, en el que se podía haber cortado la tensión que sentía con un cuchillo, terminó de hablar—. Y sí, tengo muy claro la puerta tras la que te escondes, Calabaza.

Se giró y se apresuró a llegar hasta el restaurante, donde en un abrir y cerrar de ojos ya había elevado la persiana metálica. Y yo seguí allí, parada en el portal, como una insensata, mirando sus caderas moverse con elegancia.

«¡Venga! Que se va a girar por algo y te va a ver aquí parada, mirándole el culo.»

Me di media vuelta y me puse a buscar las llaves. Si en ese momento él se giró para asegurarse de que yo seguía allí, nunca lo supe. En cuanto pude, abrí la puerta y luego cerré sin mirar atrás, apresurándome para no estar más de la cuenta en la calle; a continuación, salí disparada hacia la escalera. Me di cuenta diez pasos más tarde de que tal vez estaba moviendo demasiado la cesta con la comida que me había preparado Denis y, aunque traté de llevar un ritmo más relajado una vez alcancé el primer piso, las prisas por encontrar el refugio entre mis propias paredes no me dejó ser más cuidadosa. Cuando por fin estuve en mi habitación, me dejé caer, sentada, sobre la cama y me pasé los dedos sobre los labios en busca de ese recuerdo cálido y fugaz que tenía de su boca cubriendo la mía.

Apenas había dejado huella.

—Anoche me besó...

Me lo aseguré porque así me sentía, besada por segunda vez, o quizá más de la cuenta. Todo era posible después de oírlo cantar la misma letra que había sonado en la cocina, y después de aquel beso que indicaba que, al menos, interés tenía.

Y por la cita.

—Y por el almuerzo...

Rebusqué en la cesta, recordando lo que no había podido concluir sin que

él se diera cuenta de lo que me preocupaba. En el fondo de la cesta, enrollado en la servilleta, encontré el trozo de papel que hizo que la sonrisa asomara a mis labios... y que no desapareciera durante un par de horas.

Era una de esas sonrisas tontas.

¿Te he dejado la boca seca? Entonces... voy a darte de beber.

Dios encomienda a la indigestión la tarea de hacer moral en los estómagos.

VICTOR HUGO

Si llego a encontrar en la cesta un boleto premiado de la lotería —con un premio grande, no con un reintegro de esos que sólo te dejan seguir jugando— no me habría emocionado tanto como al leer esa nota de Amargo... de Denis... de mi chef..

No entendía que se comportara de forma tan comedida cuando estaba conmigo a cara descubierta, sabiendo que era yo a la que se estaba follando en el restaurante, pero tampoco iba a preguntárselo. Yo no estaba siendo un buen ejemplo de normalidad tampoco, así que más me valía mantener la boca cerrada y disfrutar del momento.

Del buen momento.

Del magnífico momento.

Y abrir la boca sólo para que me diera... de beber.

De repente, me asaltó la duda y corrí en busca de la nota. La había dejado sobre la cama mientras me preparaba la comida en la cocina, un salmorejo con sus condimentos metidos en un par de saquitos de plástico y una ensalada con perdiz en escabeche fue lo que encontré en la cesta. También una apetecible macedonia de frutas y una botella de agua mineral. ¿De verdad se creía que no tenía agua en casa? Lo estaba dejando todo sobre la mesa cuando me di cuenta de que no me había fijado en la letra de la nota.

La puñetera letra.

«No, no puede ser...»

¿Cómo no me había fijado en algo tan esclarecedor?

Llegué en tres saltos a mi habitación y me apoderé del papelito. Cuando lo tuve en la mano, sentí el mismo miedo que había tenido la última vez en la cocina de Come, cuando decidí que prefería no saber quién era mi chef amante y no me quité el gorro. ¿Podía ser feliz sin ese dato? ¿Podía olvidarme de lo que había pasado en aquel restaurante y vivir el presente, en el que Amargo era lo único que importaba?

Mierda.

No, no podía.

Cogí la nota y observé con impaciencia la letra. Era esa que tan bien conocía, que tanto adoraba, que me había arrancado más de un gemido.

Esa letra..., la del hombre que me había dado de comer todos aquellos días, la del chef que se había preocupado de que no pasara hambre y que recuperara fuerzas tras las interminables jornadas siendo explotada en la clínica.

Esa letra que veneraba.

Amargo...

Ya podía relajarme y disfrutar de mi primer día en paro, de mi primera cita y de toda la incertidumbre que me iba a acompañar a partir de ese instante. Sólo esperaba no tener que abandonar Barcelona antes de poder entender el motivo por el que había conectado de aquella manera con Denis, y el porqué lo había hecho él conmigo.

Me debía ese tiempo.

Almorcé con prisas, disfrutando bien poco de la comida. Estaba deliciosa, pero no quería que Amargo me encontrara con la boca llena cuando tocara a la puerta.

«Porque, si la tengo llena, no me puede meter otra cosa...»

Me avergoncé de mi propio pensamiento, recordando las palabras que Denis había escrito en su nota: la carne dura y compacta sabe mejor. Y yo quería esa parte del chef, demostrándome cuán dura podía llegar a ser... y caliente... y si podía calmar mi sed... bebiendo de él.

Llegó Iris antes. Pensé que me iba a librar de su interrogatorio hasta que regresara por la noche, pero eso habría sido demasiado bueno y no todas las cosas me iban a salir tan bien ese día. Cuando oí que encajaba la llave en la cerradura de la puerta, me apresuré a terminar la fruta, pero no me dio tiempo y me pilló con el tenedor cargado de trozos de fresones.

—¿No me has esperado? —protestó, corriendo hacia mi plato en busca de los restos que podían haber quedado—. ¡Mala amiga!

—La comida estaba malísima —le aseguré, poniendo cara de circunstancias—. Te he ahorrado el sufrimiento. Lo he hecho sólo por eso, de verdad de la buena.

Iris me sacó la lengua y buscó con la vista entre las fiambreras y los platos, pero sólo encontró los últimos trozos de la macedonia de frutas. Aun así, me arrebató el tenedor y el pequeño plato como si llevara meses comiendo sólo pan y cebollas.

—Y no te andes por las ramas. Quiero informe completo, ya que no has tenido la poca vergüenza de esperarme para almorzar.

—Es que he quedado esta tarde y tenía algo de prisa.

Estaba claro que aquello era una bomba incendiaria y que sólo me salvaría de la quema el sonido del timbre al llamar Denis a la puerta. Con suerte, no debía de faltar mucho, aunque no podía estar convencida de ello. Algo me decía que trataría de salir huyendo del establecimiento en cuanto entrara Mario por la puerta, por lo que, si el servicio de almuerzos comenzaba, como muy tarde, a las dos, Picante tendría que presentarse en su puesto de trabajo a más tardar a la una y media. ¿O estaba siendo muy optimista en mis previsiones?

«Mario no tiene ningún respeto por el trabajo en equipo, eso me lo dejó bien claro Denis.»

Entraría en el local, se pondría el delantal en la cocina apresuradamente y, mientras se lavaba las manos, leería las comandas que le habían dejado

preparadas las camareras. Y, en cuanto pudiera, se escaparía a fumar, con todas las mesas llenas.

—¿Con quién has quedado?

—Con Denis.

Le conté lo que había sucedido en la calle la noche anterior, cuando me tropecé con los cuatro cocineros a la salida del restaurante. Me escuchó sin interrumpirme, algo muy poco habitual en ella, y, cuando llegué a la parte en la que le expliqué que creí haber sido besada, cuando estaba en su casa, se le descolgó la mandíbula.

Volvió a ser ella.

—¿Cómo que *crees*?

—Estaba medio dormida. Tal vez lo soñé...

—¿Y cómo pudo entrarte sueño estando en ese sofá con Amargo?

Iris siempre hacía una mueca de disgusto cuando pronunciaba su mote, como si se le llenara la boca de bilis amarga, tal como se suponía que tenía que saber el cocinero... pero no teníamos ni idea de a qué sabía el chef de mirada seria y palabras obscenas.

—No tengo ni idea —le respondí, sin ganas de darle más vueltas al asunto. No me apetecía seguir culpándome de cagarla cada vez que pensaba en Denis —. El estrés, el descansar mal, el estar tan cómoda a su lado...

«Pues para no querer seguir pensando en ello...»

—Hace bien pocos de días, estar en presencia de Amargo te resultaba desagradable; por eso lo llamaste así.

Resoplé.

—Y, hace también bien pocos días, encontraba excitante a Picante; por eso lo llamé así también...

Fue el turno de resoplar de Iris.

—Entonces, ¿es él?

Asentí con la cabeza. Era él, aunque no lo hubiera visto metérmela por detrás; aunque en la cocina no quisiera dejarse ver, ni yo hubiera hecho nada

por verlo. Era su letra, era su forma de cocinar, era su forma de cantar el estribillo de *Lost on you*.

Era su forma de follarme...

Iris se terminó la fruta y puso el plato en el fregadero. Yo me quedé mirando la botella de agua, echando de menos el vino que me había acompañado en otras ocasiones, ese que podía hacer que se me soltara la lengua, ese que me podía dar el valor para hacerle un buen par de preguntas.

Vale, más de diez.

—¿Y has quedado con él?

Volví a asentir, sin perder de vista la botella.

—¿Y ya sabes en lo que te metes?

—¿A qué te refieres?

Mi amiga se sentó en la silla que tantas veces había soportado su peso mientras trataba de comerse lo que yo preparaba. Apartó la botella, a la que parecía que le hacía demasiado caso para su gusto, y me giró la cabeza con la mano, para que la mirara.

—Te dobla la edad. Se acaba de divorciar. Tiene dos hijos. —Separó cada una de las frases con un contundente silencio, tratando de que la información que me estaba dando se me quedara bien grabada. ¡Cómo si no lo supiera!—. Está amargado. Odia a las mujeres...

—Lo de que odia a las mujeres no lo sabemos. Fue un comentario de Mario, y dudo mucho que sea muy objetivo en este caso.

«Y que no tuviera mucha mala leche a la hora de decirlo, también.»

—Vale, no odia a las mujeres —accedió Iris, dando por buena mi explicación—, pero ¿qué hace un hombre como él con una chica como tú?

«Ojalá lo supiera.»

Sonó el timbre, recordándonos a las dos que nos habíamos excedido en el tiempo de la sobremesa y que, por suerte, el interrogatorio había concluido.

—No lo sé —le respondí, poniéndome en pie y haciendo mi amiga exactamente lo mismo. Se adelantó para ser ella la que le abriera la puerta a

Amargo—, pero voy a averiguarlo.

El vino nos da la libertad y el amor nos la quita; el vino nos hace príncipes... el amor, mendigos.

WILLIAM WYCHERLEY

De milagro Iris no se apuntó a acompañarnos a la playa. Bueno, la verdad es que estaba dispuesta a hacerlo, pero, en cuanto le adiviné las intenciones, sujeté a Denis por el brazo y tiré de él para sacarlo de casa. Creo que no estuvo en nuestro salón más de cinco minutos y dos de ellos se los pasó sólo con Iris mientras yo iba a ponerme un biquini, aunque tenía bastante claro que no me iba a quitar el vestido de encima. Dejé la puerta del dormitorio entreabierta para poder oír lo que soltaba mi querida y desvergonzada amiga por esa boca tan dañina que tiene, pero se las apañó para hablar tan bajo que no me enteré de nada de lo que le dijo. Por suerte, no capté ni una sola palabra de Amargo, ya que no le respondió nada en absoluto. Cuando regresé al salón, con mi capazo, que contenía todo lo imprescindible para un rato de playa, encontré al chef examinando la cocina, como si fuera un inspector de Sanidad que hubiera acudido a dar el visto bueno y concedernos una licencia de uso.

—Lista, ¿no?

—Yo también...

No le dimos tiempo a Iris a terminar la frase, ya que cerramos la puerta mientras no soltaba del brazo a Amargo. Sobre la mesa quedó la cesta con los platos sucios que me había traído de su casa, pero no me iba a poner a fregar con Denis delante. Ya encontraría el momento de devolvérselo todo en cuanto tuviera un rato de tranquilidad.

—Ahora entiendo que no seas capaz de preparar ni una tortilla en casa. Esa

cocina no está en condiciones —comentó, echándose las manos a la cabeza—. ¿Has visto esos fogones? Son casi tan viejos como el propio edificio. El gas es complicado de manejar si no sabes siquiera a qué temperatura lo estás poniendo. ¡Los números están borrados, por el uso! No tienen ningún tipo de marca para saber cómo gestionar la intensidad. Así es fácil que te despistes y que lo quemes todo.

—Ya cocinaba mal en casa de mis padres —repliqué yo, mientras bajaba la escalera, restándole importancia a sus deducciones—. Además, por lo que pagamos de alquiler, no podemos exigir una cocina más moderna.

—Sólo lo constato, nada más —terminó él, adelantándose por la escalera y quitándome el capazo de las manos para cargarlo él—. Si llego a saber que ése podía ser el problema, te habría enseñado a medir las llamas de los fogones antes que nada.

Llegamos al zaguán y lo detuve antes de salir a la calle. Sabía que, al pasar por delante de Come, nos podía interceptar Mario y eso pondría otra vez a la defensiva a Denis, así que prefería hacerle el último comentario antes de que eso sucediera.

—Podrías haberte fijado bien el otro día cuando subiste a casa. Habrías adelantado trabajo.

—Es la primera vez que entro en tu piso —sentenció, confundido por mi comentario—. Siempre me quedo en la puerta.

«Tierra, trágame y escúpeme dos minutos antes.»

—Iris me dijo... Bueno, da igual. Seguro que se confundió de nombre.

Sin embargo, tenía claro que Iris no se había confundido. Me había mentido, deliberadamente, con premeditación y alevosía... y porque yo se lo había pedido, además. Recordaba haber deseado que fuera él y, consecuentemente, le pedí que lo hiciera para no sentirme mal, que me mintiera. Gracias a esa seguridad, me había atrevido a irme con Amargo a su piso, pensando que se preocupaba por mí. Si al final había sido Mario, o cualquiera de los otros dos...

«¿Y qué más da? Es su letra, es su voz cantando, son sus manos aferrando mis caderas.»

Bueno, de eso último no tenía constancia, pero sí era su boca la que tarareaba, así que tenía que ser su mano apartando mis bragas.

Y, aun así, me importaba...

—¿Quién salió detrás de mí el otro día? —me atreví a preguntar, sabiendo que en aquellas circunstancias era lo último que debía hacer. La estaba cagando a base de bien.

—¿Después de que te acostaras con Mario... perdón, con Picante, y nos lo restregara a los tres por la cara en la cocina?

Sí, más valía que me tragara la tierra.

—Incluso a Eizan, que se quedó con cara de estar a punto de desmayarse. Estoy seguro de que Mario es tan estúpido que ni se ha dado cuenta de lo que siente por él...

—La verdad es que pensaba que tampoco lo sabías.

—¿Cómo te has enterado tú? —me preguntó, ofreciéndome una escapatoria para el tema que no le apetecía seguir tratando, y de pronto a mí tampoco.

—Me lo dejó caer un día en el que coincidimos en el supermercado —le respondí, sin entrar en más detalles. Quedaría feo que especificara que Eizan se había descuidado, delatándolo, aunque estaba segura de que Amargo había sido capaz de apreciar las diferencias entre lo que había pedido y lo que había encontrado en la cocina—. Estaba interesado en saber si salía con él.

—Salías con él —afirmó, con una mezcla de enfado y malestar. No me gustó nada su tono, pero era capaz de entender que no le hacía ninguna gracia remover ese asunto—. Eso no tenía que preguntártelo. Mario lo dejó muy claro.

Refunfuñé, incómoda con la cantidad de información que se había tenido que dar sobre mí entre fogones y desconociendo si había mentido o no al ser indiscreto con nuestra historia. Los hombres tienden a ser un poco fantasmas en algunas ocasiones... y Picante lo era siempre.

Corta historia.

Eso tenía que aclararlo.

—Quedé con él una sola vez. En el resto de ocasiones, coincidimos en el restaurante o en la calle —me defendí. Me sentía incómoda en el zaguán, pensando en que en cualquier momento Mario saldría a fumarse un cigarrillo y nos vería cerca de la puerta—. Con esa única vez tuve suficiente para saber que no quería volver a salir con ese tipo. —Denis no se esperaba que fuera a ser tan tajante en ese tema y dibujó un gesto de sorpresa en el rostro—. Se lo puede quedar Eizan todo para él, pero creo que para eso tendrá que ponerse una cofia.

Se me había soltado demasiado la lengua. No me gustaba desvelar información privada de nadie, ciertamente, pero Picante se lo había buscado conmigo, siendo tan indiscreto que hasta un hombre con el que no había cruzado palabra alguna —Benedict, claro está— sabía que habíamos practicado sexo en su casa.

«Por favor, que no les diera detalles.»

—¿Puedo preguntarte qué viste en él?

No parecía que estuviera planteando esa cuestión con maldad. En verdad, si tan mal concepto tenía de él —como yo— y sentía atracción por mí, que hubiéramos acabado liados de alguna forma no tenía que cuadrarle. A mí, a esas alturas, no me cuadraba tampoco.

—Fue amable conmigo cuando necesitaba esa amabilidad —respondí, remontándome en el tiempo a aquel instante en el que me invitó a cenar al oírme decir que tenía hambre—. Supongo que me cogió en un momento en el que cualquiera me habría hecho sonreír con poco.

Me sonó a excusa y no me gustó un pelo. La explicación que le había dado era una verdadera mierda y, por la cara que se le quedó, él pensaba exactamente lo mismo.

—¿Una no puede equivocarse con un mal polvo? —lo increpé, sin más, poniendo los brazos en jarra—. ¿Acaso no has tenido nunca una cita que

desearías borrar de la lista?

—¿Vale un matrimonio? —me dijo, tomándose mucho más a broma el tema de lo que le habría creído capaz, y más después de haberlo oído hablar la noche anterior de su esposa. Me pareció que seguía enamorado de ella, aunque, después de hacerle lo que le hizo, y apartarlo de sus hijos, era normal que tuviese sentimientos encontrados.

—Me vale —respondí, tratando de no hacer más sangre del tema. Estaba claro que cada uno podía cometer los errores que le diera la gana, hasta el punto de tener derecho a joderse la vida.

Me acerqué para abrir la puerta de la calle y, cuando estaba a punto de girar el pomo, Amargo se acercó por la espalda y pegó su cuerpo al mío... cálido, elegante, contenido; nada que ver con las veces que se me había acercado Picante, o como en las ocasiones en las que lo había hecho en la cocina, mientras yo no podía identificarlo como sí podía hacer en ese momento.

«Como cuando me enseñó a sostener un cuchillo para que no me rebanara un dedo.»

Puso una mano sobre la mía y la apretó con decisión. Su cabeza quedó a un lado de la mía, aunque bastante por encima, y lo sentí respirar de forma agitada. Me encantaba sentirlo tenso y alterado pegado a mí, aunque no fuera el sexo el motivo que lo tenía en ese estado.

—Tienes todo el derecho del mundo a equivocarte con un polvo —me susurró, apretando aún más mi mano—. Es más, tienes todo el derecho del mundo de mandarme a la mierda ahora mismo por comportarme como un auténtico gilipollas al haberte preguntado.

Miré su reflejo en el cristal de la puerta. Tenía los ojos clavados en mi cabeza, con esa seriedad que lo caracterizaba tanto. Me estremecí al oírlo llamarse a sí mismo gilipollas. En ningún momento se me había ocurrido pensar que lo fuera. Yo era la que me había comportado como una cría al ir de mano en mano. Si mi madre llegara a enterarse de la conducta que estaba

mostrando, seguro que me haría volver al pueblo a rastras, arrancándome los pelos color zanahoria de la cabeza por el camino.

Que se hubiera manifestado molesto indicaba que le importaba.

Que se hubiera sentido dolido por mi noche de sexo con Mario hacía que pensara que podía estar celoso.

Dio un paso más y su pelvis se hizo presente contra mis nalgas, y ya no me importó si estaba dolido o si era yo la que se sentía así después de nuestra estúpida conversación, buscando culpables y removiendo la suciedad del pasado y no tan pasado.

—Serás un gilipollas..., pero cocinas tan bien que te perdono.

Lo vi lamerse el labio inferior gracias a su reflejo y luego se lo mordió, como si necesitara contener las palabras que estaba a punto de dejar escapar por esa boca pecaminosa suya; esa que no me decía todas las obscenidades que fantaseaba su mente y escribía su mano... Esa mano que en ese instante me sujetaba para que no abriera la puerta y pusiera punto y final a la conversación.

Esa conversación en la que los dos nos sentíamos unos imbéciles por haber llegado hasta allí sin darnos cuenta de lo que queríamos. Él, dejando que yo me acostara con otro. Yo, siendo tan tonta como para pensar que Mario era mejor que él...

Y, de pronto, me percaté de que no me había respondido a la primera pregunta y que tampoco me resultaba ya tan importante. Daba igual quién fue detrás de mí hasta mi piso aquel día en el que me encerré en la habitación hasta que se marchó. Si no había sido él..., el resto podía irse directamente al infierno.

—Voy a tener que darte más... de comer.

Era la primera vez que lo oía ser tan directo en sus intenciones. Y he de reconocer que, sencillamente, me volvió loca.

«Ojalá fuera una promesa.»

Los animales se alimentan, el hombre... come.
Sólo el hombre de talento sabe comer.

JEAN ANTHELME BRILLAT-SAVARIN

Como era de esperar, cuando pasamos por delante del restaurante tuvimos la mala suerte de que Mario y Benedict nos vieran desde dentro del local. Picante sonrió con malicia y Agrio asintió con la cabeza, como si estuviera viendo algo que era normal que acabara pasando; esto es, que saliéramos los dos de mi casa.

Lo que ellos no podían suponer era que Iris estaba también en el piso, pero imagino que tanto daba que estuvieran pensando que acabábamos de echar un polvo en mi cuarto. Ya Mario había anunciado que nos habíamos liado — aunque desconocía si se había inventado que habíamos follado— y, aunque no me sentía exactamente así con lo que habíamos hecho en su casa, el sexo oral a través de la ropa interior tenía que seguir considerándose sexo.

Sexo raro, pero sexo.

—¿Sigues queriendo escaparte a la playa conmigo? —me preguntó, cogiéndome de la mano de pronto.

Tal vez lo hizo porque Mario todavía podía vernos desde su posición en la cocina, o quizá le importaba todo un carajo y simplemente le apeteció tener ese gesto conmigo. Fuera como fuese, a mí me encantó que lo hiciera. El tacto de su mano provocó que volviera a estremecerme, y él pudo sentirlo, al igual que había ocurrido en el portal de mi casa.

—Si me dices que se trata de un engaño y que en realidad me llevas a buscar trabajo, te arañaré la espalda, que lo sepas.

Al soltar esa frase, en vez de un acto vengativo, se me antojó pensar en acabar arañándolo en la cama, en esa en la que había dormido sin él. Sexo pasional y rudo, con mis cabellos enredados en sus dedos y mis dedos surcando toda su piel, imprimiendo marcas.

Necesitaba dejar de pensar en cosas como ésa o la tarde iba a resultar muy dura al final.

—No tengo intención de obligarte a nada —comentó, mirando al frente, encaminando nuestros pasos hacia su coche. Me descuadró esa afirmación, pues resultaba difícil de encajarla con el mismo chef que me había dicho que no pensaba pedirme permiso para nada, aunque tal vez sólo se refería al sexo. ¿Podía seguir engañándome y, en realidad, no ser la misma persona?—. Ya eres mayorcita para saber lo que tienes o no tienes que hacer. —A pesar de sus palabras, estaba claro que pensaba que, si no actuaba como él esperaba, cambiaría de parecer—. Me refería a si te apetece el plan de ir a la playa o la idea te resulta... poco interesante.

Esa pregunta me estaba abriendo una vía de escape para no tener que lucir biquini delante de él. Eso era bueno, después de todo, pero no se me ocurría un plan alternativo para ofrecerle esa tarde de relax y desconexión que parecíamos necesitar ambos.

«¿Y el sexo en su apartamento? ¿Acaso es mala idea decirle que me apetece más follar con él sin el gorro puesto? ¿El sexo no resulta interesante y ayuda a desconectar?»

Sin embargo, no me veía pronunciando esas palabras. Tal vez, si me ponía a escribirle notas, como hacía él conmigo, llegara a parecerse en algo a lo que tenía en mente, pero dudaba de que, llenarle el coche de pósits mientras él conducía sin rumbo fijo, resultara una buena idea.

Imaginé una nota pegada justo en el centro del volante, para que la leyera sin tener que desviar los ojos y provocar un accidente: «Quiero carne dura y compacta... en tu casa».

No, estaba claro que no era una de las mejores ideas que había tenido.

—¿Por qué no te apetece la playa de repente? —le pregunté, sin atreverme a sugerirle ningún otro plan alternativo.

—No te equivoques —comentó, llegando junto a su coche y abriendo la puerta del acompañante para que yo pudiera entrar y sentarme, de forma muy cortés—. A mí sí me apetece, pero he pensado que tal vez, con tu color de piel, te resulte incómodo el sol a esta hora.

Ciertamente, a las dos y media de la tarde no solía exponerme a los rayos solares, pero por pasar ese rato con él, perdidos y tratando de escapar de las obligaciones que se suponía que teníamos que atender, estaba dispuesta a soportar una quemadura. Ya vería cómo lograba que alguna enfermera caritativa —y no estaba pensando precisamente en Iris, que esa chica me debía un par de buenas explicaciones y no me fiaba mucho de ella con una aguja en la mano— me administrara un corticoide para bajar la inflamación y calmar el dolor de la piel.

Aunque, sinceramente, esperaba no tener que llegar a eso, pues en el capazo de playa siempre tenía un factor alto de protección solar.

«Tú me das cremita...»

—¿Un café primero? —propuse, ganando algo de tiempo para que el sol comenzara a bajar y no resultara tan dañino—. De esos que sabes cómo me gustan...

Denis se inclinó sobre mí antes de cerrar la puerta del copiloto. Esbozaba una sonrisa maliciosa, como si la idea de buscar una cafetería que pudiera darnos el mismo sabor que la cafetera de Come fuera misión imposible en Barcelona.

—Ya sabía que te enamorarías de ciertas cosas...

«No lo sabes tú bien.»

Me sonrojé al pensarlo. ¿Enamorada? ¿De verdad era posible?

«Sí, es mejor dejar de negar la evidencia.»

Rodeó el vehículo por delante y metió su elegante cuerpo por la puerta del conductor. Se sentó muy despacio, casi a cámara lenta, o tal vez sólo me lo

imaginé mientras no le quitaba ojo de encima. Estaba tan pendiente de los movimientos de su cuerpo —vale, sobre todo de su culo— que, cuando me quise dar cuenta, estaba mirando fijamente el asiento sobre el que lo había dejado caer... y él me miraba a mí, sabiendo perfectamente lo que había pasado.

—A tu edad a mí también me pillaban haciendo eso.

Se me quitaron las ganas de respirar y me puse roja como un tomate maduro. Si hubiera podido, hubiese salido corriendo, pero ya el daño estaba hecho y no habría mejorado nada huyendo. Cuando empezó a dolerme el pecho me acordé de que tenía que soltar el aire y lo hice de manera tan escandalosa que Denis no pudo seguir conteniendo la risa y estalló en carcajadas mientras arrancaba el motor.

—Hoy no es mi día —le dije, hundiendo la cabeza entre los hombros y retorciéndome las manos sobre la falda del vestido.

—Por lo que me contaste, ayer tampoco.

Vale, el día anterior había sido mucho peor. En verdad, salvo ese pequeño momento en el que me había sentido ridículamente infantil al mirar de forma tan descarada a un hombre que estaba como un tren, había ido genial. Había descubierto que Denis era mi chef-amante —o estaba casi segura de que lo era—, me había invitado a pasar el día con él y me había animado a intentar salir adelante para que pudiera permanecer en Barcelona. Tal vez no era para que me quedara a su lado precisamente, pero por algo se empezaba. Si no le importara un pimiento, no querría que entregara los currículos por las diferentes clínicas otra vez, ¿no?

«Amargo no quería tener una enfermera cerca por si acaso se quemaba o se cortaba un dedo.»

En la radio empezó a sonar *Talking to myself*, de Gallant, y el interior del vehículo se hizo todavía más pequeño. Sentí arder las mejillas cuando recordé las escenas del videoclip, ella retorciéndose sobre la cama y él cantando sobre la barra de una cafetería típica de Estados Unidos, de esas en las que

sirven café recién hecho a las tres de la madrugada a todos los policías que están de servicio... Un local tan diferente al restaurante de Amargo... con un café con tan poco cuerpo... pero tan apropiado, como cualquier otro, para permitir que el chef de manos expertas retirara mi ropa interior.

Empezó a cantar para él, paladeando cada estrofa, deleitándose en cada nota. Me encantaba oírlo cantar. Resultaba sensual, con una pronunciación impecable, con la soltura de alguien que entiende perfectamente lo que dice, aunque sin pretensiones. En otra vida... en vez de chef, podría haber sido cantante.

—¿Café, entonces? —le pregunté, necesitando decir algo antes de que las ganas de lanzarme sobre él para besarlo me arrebataran la poca integridad que mi madre me había enseñado a tener.

—Café —afirmó, girando el volante sin mirarme—. Creo que conozco el sitio apropiado.

Y el lugar en cuestión resultó ser precioso, en la misma playa, con aire bohemio, líneas limpias y muebles blancos. Algunas de las mesas estaban en la arena, sobre unas alfombras de sisal preciosas, y otras sobre un entarimado de madera pintado de blanco. Del techo colgaban cientos de bombillas de diferentes tamaños y formas. Una alfombra de yute en la que se podía leer el nombre del local, «Right Here», escrito con una letra sobria y elegante, nos dio la bienvenida.

Amargo se paró delante de la alfombra. Las paredes del establecimiento eran de cristal, con vistas a la amplia avenida y a la playa. Se podía contemplar el mar más allá de las mesas, cubiertas éstas con manteles blancos. Un par de sofás de ratán invitaban a tomarse una copa con vistas al oleaje. Pensé que era el sitio perfecto para degustar un buen café, aunque estaba convencida de que el precio de cada taza se salía de mi presupuesto.

«Cualquier cosa se sale ya de mi presupuesto.»

—Está igual que siempre —comentó, de forma distraída, indicándome que pasara—. Aquí siempre servimos buen café.

Un camarero, vestido completamente de blanco, se adelantó para darnos la bienvenida.

—No sabes la alegría que me da verte, Señor Hache —lo saludó, estrechándole la mano de manera formal pero afectuosa—. Creí que nunca volverías a poner un pie en este sitio.

—Y no pensaba hacerlo, la verdad —comentó él, mirándome de reojo—, pero la señorita me ha pedido tomar un buen café y sólo conozco un par de sitios que puedan contentarla, sin tener que coger un avión, claro.

—Seguimos teniendo el mejor café de Barcelona...

—El segundo mejor café —lo corrigió Denis, o el Señor Hache, como lo había llamado el camarero.

—El segundo mejor café —aceptó el otro—, pero no le digas a mi jefe que lo he reconocido, o me quedará sin trabajo.

Denis avanzó entre las mesas. Sabía justamente a dónde íbamos, sin necesidad de preguntar si la zona ubicada bajo los toldos blancos de la terraza estaba disponible. No había nadie allí a esa hora, ya que los comensales estaban empezando con los primeros platos en la zona de comedor.

—Sería un placer volver a tenerte trabajando para mí —le comentó, como sin venir a cuento, mientras salíamos a la terraza.

—Ya me han chismorreado que tienes nuevo local y que nos va a hacer la competencia muy pronto.

—Sabes tan bien como yo que el Right Here no va a ser competencia para Come... en cuanto haga de él lo que quiero —respondió, con tono seguro de lo que decía.

—Por supuesto... pero tampoco se lo digas a mi jefe.

Amargo sonrió de forma serena. Me indicó un sofá en una esquina, apartado de la corriente de aire de la puerta de cristal.

—¿Podrías buscar esta canción y hacerla sonar, por favor? —le pidió, pasándole un papel que no supe de dónde había salido—. Y nos sirves dos cafés.

—Sin azúcar.

—Veo que te he enseñado algo.

—El Right Here no es lo mismo sin ti, Hache.

Denis se pasó una mano por el pelo, revolviéndolo un tanto. Me encantaba que perdiera ese aspecto engominado y serio cuando estaba a mi lado, que pareciera menos adulto..., que no pareciera que podía enseñármelo todo, absolutamente todo... de la vida.

—Desde luego no esperaba que lo fuera. Ya no es mi restaurante.

El café huele a cielo recién molido.

JESSI LANE ADAMS

—¿He de deducir de tus palabras que éste es el segundo mejor restaurante de la ciudad, y que una vez fue el primero porque era tuyo? —le pregunté, tras ver partir al camarero, después de dejarnos las dos tazas de café sobre la mesa de cristal, mientras la canción que le había pedido Denis sonaba por los altavoces.

Gallant volvió a cantar la misma melodía, pero esta vez Denis no la acompañó con su voz.

—Puede que aún lo sea —respondió, llevándose la taza de café a los labios, con los ojos clavados en el horizonte... El Mediterráneo, tranquilo y azul como sus iris, se fundía en ese punto con un cielo, igual de limpio y relajante—, pero el café ha perdido puntos...

Me miró, girando la cabeza. Estaba recostado en el sofá, con un enorme cojín blanco haciendo de respaldo. Parecía encontrarse cómodo en un lugar que, a priori, tendría que traerle tan malos recuerdos, o quizá no tan malos. Al fin y al cabo, si su pasión por la cocina había sobrepasado su pasión por su familia, allí habría sido feliz.

—¿Es mejor el chef que lleva esta cocina... que tú?

Sabía que me la estaba jugando con mis preguntas, pero nunca había sido de callarme la boca y dudaba de que fuera a aprender, con la edad que ya tenía. Amargo volvió a girar la cabeza, mirándome con aire de suficiencia, pero esta vez de reojo.

—Al chef de esta cocina lo enseñé yo a cocinar.

—Eso no quiere decir que no pueda haber dejado atrás al maestro...

Sí, lo estaba picando a sabiendas... y me encantaba. Era una temeridad, porque no conocía los límites de Denis, pero igualmente me resultaba excitante ver cómo le llameaban los ojos, pensando en hacerme callar la boca con mis insolencias rellenándomela con lo que tuviera a mano... y me imaginaba siempre que se llevaba la mano a la polla.

Resultaría una excitante forma de acallarme.

—Eso quiere decir que soy mejor cocinero que él, y nadie es capaz de discutirme ese hecho.

—¿Y por qué, entonces, este local es el número uno en vez de Come?

Sí, me iba a espantar en cualquier momento. Lo presentía.

—Porque este restaurante lo dejé yo en lo más alto al venderlo, con una carta capaz de satisfacer el paladar más exigente, y porque yo tengo a varios niños de primaria cocinando en el mío.

Ése era el momento de dejarlo correr y no seguir hurgando en la herida, para que no sangrara demasiado. Aunque el rostro del Señor Hache no reflejaba molestia o enfado, no me quedaba duda de que estar allí, después de todo ese tiempo alejado del negocio que encumbró con esfuerzo y dedicación, no tenía que estar resultando un trago agradable para él. Por muy buen café que sirvieran, si habíamos terminado allí era porque no se le había ocurrido un sitio mejor, cerca de la playa, para volver a hacerme soñar con los sabores de esa delicia oscura servida en taza de porcelana.

Olor a Roma.

Sabor a cielo.

Lo había hecho por mí...

Tal vez, siendo un poco más retorcida, habíamos acabado en el Right Here para hacerme entender un poco más la historia que me había contado la noche anterior en su piso. Todavía no había probado el café, pero, si Amargo opinaba que había bajado la calidad desde que había vendido el restaurante, no tenía ningún motivo para pensar que no fuera como él decía.

—¿Y crees que podrías llevar al mismo punto a Come?

—Podría —respondió, mirando de nuevo al horizonte, sin perder la serenidad en el rostro surcado de elegantes y diminutas arrugas.

«Sí, me tengo que estar enamorando para pensar que sus arrugas son elegantes. ¿Cuándo se ha oído decir que una arruga es bonita?»

Probé el café, cerrando los ojos y dejando que el recuerdo del primero que me había tomado a su lado me embargara. Y, ciertamente, en ese momento me pareció de peor calidad que el de Come, a pesar de mi escaso conocimiento en la materia.

—¿Y por qué no quieres?

Era evidente que él no había dicho que no quisiera hacerlo..., pero me lo olía. Mi sentido empático me decía que a Denis le gustaba que ese restaurante, en el que estábamos sentados, siguiera siendo el mejor gracias a él... o a pesar de él.

Amargo guardó silencio durante un largo minuto, escuchando la melodía que había elegido para aquel café compartido, con unas vistas inmejorables, en un local que lo había visto triunfar laboralmente y hundirse personalmente en tan poco tiempo.

—Porque tal vez no sea algo que merezca la pena.

—¿Tu trabajo no merece la pena?

—Ser el mejor en algo... aunque se pueda.

Estaba claro que yo, de eso, iba a poder aportar poco. Nunca había sido la mejor en nada y no se me ocurría la forma de llegar a serlo. Es más, tampoco lo necesitaba, así que no entendía esa sensación de la que parecía estar hablándome Denis, aunque más bien me dio la impresión de que le hablaba a la playa, al mar, a una vida pasada.

—Tampoco creo estar en mi mejor momento para conseguir que mis platos sean considerados como obras de arte —siguió comentando él, explicando un poco más su razonamiento—. Y, por mucho que me esforzara, seguro que a

más de uno le iba a gustar ponerme la zancadilla..., aunque eso hundiera también su propio negocio.

Eso ya le había pasado una vez, por lo que era bastante lógico que considerara que podía repetirse. ¿Qué sentido podía tener para él, entonces, llevar a lo más alto un nuevo restaurante cuando tenía la sensación de que Mario se encargaría de estrellarlo en cuanto se despistara un instante? Respiraba de forma tranquila, saboreando el café, tal vez rememorando los días en los que se sentaba allí, al caer la tarde, justo antes de que se abrieran las puertas de cristal y diera todo lo que tenía para que los comensales disfrutaran de la cena de su vida. Esos tiempos en los que el café era suyo, más suyo que el que me había servido en Come, porque no tenía que utilizar el dinero de su hermano para hacerlo; porque podía descansar después de la dura jornada laboral en su propia cama... y no en una que le habían cedido sus padres al separarse.

Ciertamente, mis quejas parecían insignificantes cuando tenía en cuenta todo por lo que había pasado Amargo; al compararlas, quedaban en nada. Era normal que no tuviera ganas de remontar el vuelo, y aun así lo estaba intentando.

La canción terminó y el bueno del camarero volvió a reproducir el tema. Me resultó divertido que quisiera mantenerlo contento. Tal vez había sido un buen jefe. Quizá sabía que Denis podía volver a colocarse en lo más alto y que, los que estuvieran a su lado, serían arrastrados por la corriente, en dirección siempre ascendente. O tal vez, sencillamente, eran amigos y quería que se sintiera cómodo conmigo en una terraza que ya no le pertenecía.

—Y, aun así, lo vas a intentar...

Amargo cogió aire antes de girarse otra vez para mirarme. En sus ojos brillaba de nuevo la pasión que estaba acostumbrada a ver cuando se defendía, con maestría, de mis ataques.

—Hay veces en las que creces, Calabaza, y no precisamente cuando me miras el culo.

—No siempre me puedo comportar como una niña —repliqué, aceptando el halago, el cual, viniendo de él, me supo a gloria... casi tan bien como sus dedos al darme de comer—. Y ya he rebasado mi cupo de hoy, así que toca comportarse como una adulta.

Le guiñé un ojo.

—Me alegra saberlo. Es interesante verte crecer.

Sonreí y me devolvió la sonrisa.

—Pero hacerlo no quita que vuelva a mirarte el culo —me atreví a soltarle, no sin evitar sonrojarme nuevamente.

Denis contuvo la carcajada y yo traté de parecer seria, a pesar de que sabía que debía de estar de lo más ridícula.

—Debí buscar una playa nudista...

Se inclinó sobre mí y volvió a besarme, de forma tranquila y pausada, como se besaría a alguien a quien estás acostumbrado a besar; a alguien que sabes cómo va a corresponderte, porque lo ha hecho de esa manera mil veces antes; a alguien de quien tienes grabado el sabor en el cielo del paladar. Y no era, para nada, nuestro caso; al menos... no el mío.

Sentía unas ganas enormes de aferrarlo por el cuello y exigirle esa pasión con la que me follaba en la cocina; esa con la que me embestía, me mordía y me arrancaba los más sublimes gemidos, pero tal vez Denis era en verdad así, pausado y serio, sutil y elegante, y sólo dejaba escapar al chef salvaje cuando nadie podía verlo ni afirmar que era él.

Su mano se perdió en mi cabello y lo acarició mientras su lengua le prodigaba el mismo trato a mis labios. Acababa de posar mis palmas en su nuca, dejando que me atrajera hasta su cuerpo, cuando el móvil comenzó a sonar dentro de su bolsillo... y le faltaron segundos para atender la llamada.

¿Cómo podía contestar en un momento así?

—¡Hijo de puta! —exclamó al cortar.

Vale, tal vez era normal que contestara, ya que parecía haberle molestado una barbaridad.

Lo interrogué con la mirada y él se pasó la mano por el pelo, peinado hacia atrás y salpicado de elegantes canas.

Sí, me estaba enamorando, no cabía duda.

—Picante —escupió, con tono irritado, usando el apodo que yo le había puesto—. Que se ha puesto *misteriosamente* enfermo hace nada, y no se puede quedar uno solo en la cocina.

Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien,
si uno no ha cenado bien.

VIRGINIA WOOLF

No habíamos salido del antiguo restaurante de Amargo cuando éste recibió una nueva llamada. En esa ocasión, Benedict le pidió que no se preocupara, que había sido capaz de sacar el servicio de almuerzos él solo y que se encargaría de recogerlo todo.

—No voy a dejarte todo el trabajo para poder disfrutar de un día libre que no había organizado con tiempo —soltó Denis, dejando un billete de diez euros sobre el mostrador de la barra y avisando al camarero con un gesto de la mano para que supiera que lo había dejado allí para pagar la cuenta—. Y menos porque a ese energúmeno se le haya levantado la polla al ver pasar a una chica por la puerta, se haya dedicado a seguirla y no tenga ganas de continuar cocinando. O peor... —Denis interrumpió la frase, escuchando a Benedict—. Sí, me imagino que eso es lo que ha pasado, pero no quería ser tan claro estando ella delante.

Ese *ella* iba por mí, y eso que habían obviado mi nombre, con la intención de que no me enterara; tenía que ser que Mario se había puesto enfermo, básicamente, para molestar a Denis; es decir, para que no pudiera pasar un rato a solas conmigo.

«Para joder, como se dice vulgarmente, vamos.»

—No te preocupes, sé que no tienes la culpa —añadió.

Salimos por la puerta cuando Amargo consiguió despedirse del camarero con otro gesto de la mano. Éste hizo lo propio, devolviéndole el saludo, y se

hizo cargo de la cuenta. Habíamos caminado veinte pasos por la avenida cuando cortó la llamada.

—Lo siento —se disculpó, incómodo con la situación—. Sé que podría haber ignorado el móvil, pero lo que no quiero para mí no me gusta dejarlo para un compañero. Benedict no es Eizan... Sé que habrá sabido apañárselas perfectamente con los almuerzos, pero no trabajo así...

—No tienes que decirme nada —susurré, asintiendo, tratando de apoyarlo en su decisión, aunque no necesitara de mi aprobación—. Lo entiendo perfectamente.

Me quedó claro que Denis, aunque se hubiera disculpado, se sentía sumamente incómodo con la forma en la que se habían torcido los planes; nuestros planes.

—Es lo que pasa cuando se hacen las cosas de forma repentina. Normalmente se me da bastante mal eso de la improvisación, salvo en la cocina —comentó, con su seriedad habitual, y no me quedó ninguna duda de que no era dado a hacer ese tipo de escapadas. Vida ordenada, trabajo duro y pocos excesos.

Salvo, tal vez, follarme en la cocina.

—Has almorzado ya, ¿verdad? —me preguntó de pronto, confundido.

Quizá no recordaba que lo había dejado todo sobre la mesa, sin lavar, para salir pitando del piso antes de que Iris se acoplara en nuestra cita playera. Debía de tener la cabeza en otro sitio para no tener claro que aquella misma mañana me había preparado la comida.

—Nada, no he preguntado nada —se respondió, un segundo después, cuando yo todavía no había podido articular ni una palabra—. ¿Tienes hambre?

Lo cierto era que no la sentía, pero las raciones que manejaban en el tipo de cocina que hacía Denis no eran, lo que se dice, abundantes, así que tampoco me hubiese importado almorzar dos veces si con ello hubiera logrado retenerlo un poco más a mi lado. Habría aceptado un bocadillo de lo más

sencillo tirados en la playa, masticando arena, pero no me atrevía a mantenerlo apartado de sus obligaciones más de lo necesario. Estaba segura de que, cada minuto que estaba alejado de los fogones, se sentía culpable.

—No te preocupes. Estoy aprendiendo a no quemar mi propia comida. En un rato me prepararé algo en casa, mientras rehago el currículo —le aseguré, consciente de que iba a gustarle saber que no iba a permanecer de brazos cruzados después de que él cancelara nuestros planes de aquella tarde—, pues tengo que actualizarlo. Estoy loca por escribir que he trabajado durante un par de semanas para una clínica que me hizo un contrato de media jornada, pero que me obligó a currar hasta diez en algunos turnos, y que después no me renovó el contrato por «mala predisposición a la hora de desempeñar mis funciones». Seguro que eso queda de maravilla.

—Bueno. Supongo que las cosas siempre se pueden maquillar un poco, y se piensa mejor con el estómago lleno —comentó, llegando hasta la entrada—. Puede que poner algo así como «trabajé durante un mes en una clínica privada, realizando más horas de las estipuladas en el contrato y recibiendo a cambio la rescisión del mismo por desavenencias con la letra pequeña» quede mejor.

Se paró y miró hacia donde me había quedado, esperando a que le comentara si me parecía mejor esa opción que la de que no me habían renovado. Ladeé la cabeza, sabiendo que cualquier cosa negativa que pusiera en relación con la clínica quedaría francamente mal.

—Lo puedes hacer mejor —le contesté, sonriendo, aunque no me ponía de muy buen humor pensar en el contrato que había perdido.

—Es que yo no he almorzado...

—Por suerte, lo solucionarás en breve —respondí caminando a su lado para volver a acompañarlo al parking.

—¿No te apetece?

—¿El qué?

Denis meneó el capazo de playa, mirándolo con tristeza. Lo de despejarnos compartiendo una tarde de sol, arena y mar podía haber salido mucho mejor,

desde luego. Con todo, al menos, lo habíamos intentado.

—Almorzar una segunda vez conmigo. Bueno, más bien, merendar, porque probablemente tendré trabajo durante un par de horas.

—¿En tu restaurante?

—A menos que conozcas otro lugar donde vayan a servirte mejor café...

—En el Right Here, ¿no? —me burlé, sacándole la lengua.

—No enfurezcas la mano que te da de comer...

A mi mente acudió, para torturarme, la imagen del chef, de pie, en medio de aquella cocina tan moderna y organizada, soltándose el lazo del delantal para apartarlo y dejarlo caer a sus pies y, seguidamente, sin dejar de mirarme, con expresión seria y ojos intensos, llevarse la mano a la bragueta para bajarse la cremallera sin desabrocharse el cinturón. Me habría encantado ver cómo lo sacaba de las presillas, pero lo dejó en su sitio, elegantemente anclado a sus caderas. Metió la mano entre las dos partes de tela y, tras forcejear un poco con la del calzoncillo, sacó su polla completamente erecta... dejándola expuesta a mis ojos, dura, tesa, orgullosa y mojada. Aferró la base con la mano, allí donde estaban sus huevos, cargados con lo que quería alimentarme. Mientras, con la otra mano, me llamó con un gesto del dedo, indicándome que me acercara.

«Ven a comer...»

Gemí levemente y el cocinero me miró, con gesto extrañado.

—No voy a preguntarte en qué andas pensando, aunque debo reconocer que me muero de curiosidad.

Y, cómo no, me delató el sonrojo de las mejillas. Amargo se acarició el mentón, cuadrado y recubierto por una barba de dos días, y me regaló una sutil sonrisa cargada de picardía. Llegamos al coche un minuto después, pero, en vez de abrir la puerta para abandonar la zona de playa con la rapidez con la que supuse que deseaba hacerlo, dejó caer el capazo, me arrinconó contra la carrocería negra y pasó un dedo por mis labios entreabiertos.

Saqué levemente la lengua para ir a su encuentro y le mojé la yema con mi

saliva, para regresar nuevamente al labio, recorriéndolo con exasperante lentitud.

Abrí más la boca.

En la suya se dibujó una sonrisa lasciva.

—Vas a abrir la boca... cada vez que te diga «come».

Mi animal favorito es el filete.

FRAN LEBOWITZ

Cuando bajé al restaurante, sólo dos horas después, lo encontré cerrado. Cerrado de verdad, no me refiero a no abierto al público pero con la persiana metálica a medias y alguna luz encendida en el interior, porque aún se estuviera trabajando para dejarlo todo listo para el servicio siguiente.

Estaba cerrado a poco más de las cinco de la tarde.

Lo peor de todo fue que encontré un horrible cartel, «Local en traspaso», tirado en el suelo, delante de la puerta, donde habían quedado unos restos de adhesivo pegados al cristal.

¿Se traspasaba?

Recogí el letrero y lo leí de nuevo, como si pudiera hallarle cualquier otro significado. Incluso estuve tentada de buscar en Google para asegurarme de que «traspasar» podía querer decir otra cosa distinta que no implicara, irremediamente, que Denis se alejaba de mí. Habían escrito un número de teléfono en la parte inferior del anuncio, aunque no habían indicado el nombre de la persona por la que había que preguntar al llamar. ¿Una empresa encargada del traspaso? ¿Benedict? ¿Denis? No era el teléfono de Mario. Lo pude comprobar en un instante, pues lo busqué en mi móvil.

Era la única pista que tenía y, desesperada, iba a usarla tantas veces como fuera necesario hasta que pudiera dar con Amargo.

—Eso debería estar en la basura —me dijo una voz masculina, con marcado acento extranjero.

Cuando levanté la vista me encontré con Benedict, vestido de motero,

tratando de quitarme el cartel de las manos. Sin embargo, luché por él, porque todavía no había conseguido registrar el número en mi teléfono y lo necesitaba tanto como el oxígeno a mi alrededor, tanto como respirar.

—¿Me lo entregas, por favor? —me pidió, cuando se dio cuenta de que o me lo arrebatara por la fuerza o no conseguiría hacerse con él.

«Lo arrancarás de mis garras cuando me hayas matado, no antes. Lo defenderé hasta mi último aliento.»

—¿Por qué se va a traspasar?

—¿No es obvio? —preguntó Benedict.

«¿De dónde es ese acento?»

—No, no lo es. Hasta hace unas horas este local era uno de los más prometedores de la ciudad...

—Y lo sigue siendo, por lo que no voy a dejar que ese gilipollas lo tire todo por la borda.

—¡Ni se te ocurra llamarlo así! —le grité, muy enfadada—. No es un gilipollas, sólo está pasando por una mala racha.

—Lo conozco desde hace años y siempre ha sido igual de gilipollas —replicó él, tirando y zarandeando el letrero con más fuerza.

Como vi que no iba a ser capaz de retenerlo por mucho tiempo, le saqué una foto al número de teléfono que aparecía rotulado en la parte inferior, con la esperanza de que no saliera tan movida como para que no fuera a ser capaz de distinguirlo. Por si acaso, saqué una segunda, y luego solté el cartel de improvisado, deseando que Agrio cayera de culo al disponerse a tirar de él una última vez.

—Dudo que haya sido un gilipollas antes y ahora te aseguro que no lo es.

Benedict cogió el anuncio, con ganas de querer romperlo en mil pedazos, pero sabiendo que aquella lámina de plástico forrado, preparado para la intemperie, necesitaría un buen corte de tijeras o, en su defecto, del filo de uno de los carísimos cuchillos que colgaban de la pared del restaurante que en ese momento permanecía cerrado.

—Creo que no estamos hablando de la misma persona...

Abrí mucho los ojos, captando a qué se estaba refiriendo. Por suerte, no había testigos que pudieran relatarle a Denis lo fiero que me había puesto al defenderlo ante su socio, cuando estaba claro que el gilipollas número uno —Agrio— se estaba refiriendo al gilipollas número dos —Picante—.

«El orden de los factores no altera el producto. Allí, bien mirado, podía haber hasta tres gilipollas.»

—Si te estás refiriendo a Mario, te pido mil disculpas. Puedes llamarlo como te venga en gana... y gilipollas me parece muy acertado.

Agrio tenía una tez oscura, con rasgos muy marcados. Hablaba español perfectamente, aunque a veces parecía que dudaba antes de articular una frase. Por suerte, la palabra *gilipollas* la dominaba.

—Creía que estabas defendiendo al impresentable —se quejó, con muy mala cara—. Estaba a punto de soltar la típica frase de «No sé qué ha visto mi amigo en ti». —Lo dijo poniendo voz de mujer, riéndose de las circunstancias—. Sale mucho en las películas que ponen de madrugada.

No le corregí soltándole que de madrugada solían emitir siempre programas tipo Teletienda. Tampoco yo veía demasiado la tele.

Si no llego a estar tan afectada por la noticia del traspaso del restaurante, me habría hecho gracia su comentario, pero no me quedaban ganas de reírme de nada ni de nadie.

—Que defendieras a Mario me indicaba que te seguía gustando.

—¡Y dale! —protesté—. ¿Una no puede equivocarse, joder? No es un crimen haberle chupado la polla por encima del calzoncillo.

«Demasiada información.»

—Me lo podrías haber ahorrado. Ahora no seré capaz de dormir por las noches pensando en esa imagen.

«¿Turquía? ¿Podía ser turco? ¿Tal vez de Egipto? ¿Quedaría muy mal si le preguntaba de dónde procedía?»

—¿Dónde está Denis?

Benedict negó con la cabeza, pesaroso.

—No tengo ni idea, pero puede estar emborrachándose en cualquier parte después de la discusión que hemos mantenido los cuatro hace un rato ahí dentro. Cuando Mario ha regresado al restaurante, ha traído este cartel...

—¿Por qué ha vuelto? —pregunté, espantada, pero ya conocía la respuesta. Picante no podía, simplemente, dejar las cosas como estaban sin más—. ¿No estaba enfermo?

—A ése se le pasa la enfermedad cada vez que piensa en dar por... en molestar...

—En dar por culo, puedes decirlo sin miedo —comenté, complacida de que intentara cuidar su vocabulario delante de mí—. Lo que le gusta es dar por culo. Es una expresión muy española.

Benedict miró de nuevo el letrero y, consciente de que no podría romperlo sin emplear una herramienta cortante, decidió doblarlo un par de veces y se lo puso bajo el brazo, como quien lleva un periódico que acaba de comprar un sábado por la mañana, junto con las barras de pan.

—Mario pidió liquidar nuestro negocio —me informó, a regañadientes. Imagino que no era plato de buen gusto confesar que su restaurante se iba a pique por un impresentable—. Quiere su parte del dinero para adquirir otro local. ¿Y sabes cuál quiere comprar?

—Sorpréndeme...

—Nunca lo imaginarías.

«Por favor, que no sea ése...»

Agrio no podía saber que Amargo me había llevado al Right Here precisamente aquella tarde, con el único propósito de hacerme tomar un buen café. Nunca le había llegado a preguntar si, al vender su parte del restaurante, lo había hecho al otro socio, ese con el que se había acostado su esposa; imaginaba que no era el caso, sobre todo después de habernos pasado por allí. Debía de odiarlo tanto que no se le ocurriría poner un pie en un establecimiento del que fuera dueño por aquel entonces, y menos hacer allí

algo de gasto... aunque la cuenta sólo fuera a ascender a diez euros, propina incluida.

—Viniendo de Mario, el que más daño le haga a Denis...

—No eres tan tonta como parece —comentó el muy simpático de Agrio.

—Pues tú eres el tercer gilipollas que cuento en el restaurante —respondí yo, de muy mala leche.

—A Denis siempre le han gustado las chicas con temperamento. Es normal que se haya fijado en ti... y no sólo por tu cabello.

Estaba hasta las narices de que me trataran como a una niña pequeña. Era cierto que Agrio también me sacaba unos cuantos años, aunque distaba mucho de tener la edad de Amargo, pero con ese hombre apenas había intercambiado cuatro palabras, por lo que no era quién para juzgarme. Que se lo aceptara a Denis, era una cosa, pero a ese cretino no le pensaba permitir ni una tontería más.

«A Denis, sí, claro, que lo de estar enamorada hace que me comporte, también, como otra gilipollas.»

—¿Y fue capaz de decírselo?, me refiero a que quiere comprar ese restaurante...

—No sólo se lo dijo, sino que, al parecer, ya lo tiene apalabrado con otro socio. Parece ser que el actual propietario no es capaz de sacarlo adelante del todo y está pensando seriamente en vender —confesó el chef—. Si la jugada le sale bien... se lo queda.

Era normal que Amargo pudiera estar consumiendo su rabia en alguno de los bares de la zona.

Creo que ni siquiera me despedí de Benedict al marcharme, pero tenía la cabeza llena de demasiadas preocupaciones como para que eso me importara. Sólo vagué sin rumbo fijo por las calles peatonales, buscando la silueta de Denis recostada sobre la barra de algún bar donde lo tuvieran abastecido de alcohol.

Con todo, ni encontré su coche en el aparcamiento donde recordaba que lo

había dejado ni respondió al número de teléfono que habían indicado en el cartel de traspaso. En su lugar, un agente comercial me preguntó si estaba interesada en montar un negocio de hostelería, alabando la magnífica ubicación y los materiales de última generación con los que contaba el restaurante al que representaba.

Ojalá hubiera tenido algo de dinero para poder invertir en Come, pero sólo era una maldita enfermera en paro, una niñata que se había acostado con el imbécil de turno, haciendo que uno de los mejores cocineros de Barcelona encontrara en Picante a su peor enemigo... o a su segundo peor enemigo, que ya Denis cargaba a sus espaldas con otro fantasma.

Si comemos cualquier alimento, o bebemos cualquier bebida, debemos recitar una bendición antes y después.

SHMUEL YOSEF AGNON

—¿Eres tonta? —me preguntó Iris, cuando regresé a casa esa noche, tras recorrer varias veces todas las manzanas de los alrededores.

Había entrado en todos los bares, cafeterías y restaurantes, y, si llego a tener una foto en el móvil, la habría ido enseñando, preguntando si habían visto en algún momento a ese hombre.

«Aquí sonrío, porque me miraba a mí, pero seguro que ahora mismo tiene que tener muy mala cara», habría ido diciendo, esperando que alguien lo reconociera.

Traté también de recordar la calle donde vivía, pero fui incapaz de hacerlo. Con un poco de suerte, pues sí me sonaba en qué zona estaba, por la mañana, a la luz del día, sería capaz de reconocer el edificio si pasaba por delante.

«Ilusa de mí...»

—¿Por qué lo dices? —le pregunté a Iris, arrojando la ropa a un rincón de mi habitación a medida que me la quitaba y luego me rascaba la cabeza. El cabello se me había pegado al cuello y a la espalda y estaba tan cansada que lo único que me apetecía era darme una ducha rápida y meterme en la cama.

—Porque podrías haberle pedido el número de teléfono de Amargo a Agrio y listo.

—¿Crees que no lo pensé después? —le respondí, muy molesta conmigo misma por haberme despistado con esa sencilla solución.

—Después es demasiado tarde.

—Ya. Vete a la mierda.

Me metí en el baño, muy enfadada con todo: con mi vida, con mi amiga, con Denis por desaparecer, con Mario por ser tan capullo, con Benedict por no haber tenido la gentileza de sugerirme si quería el número de Amargo... La lista era más larga, pero tampoco era cuestión de odiar a todo el mundo a la vez, que eso agotaba mucho y ya llevaba más ejercicio del que pensaba que iba a hacer.

Por encima de todo, estaba cabreada conmigo misma. Debí quedarme en el restaurante a esperarlo, como me había sugerido, pero la idea de pasarme varias horas mirando cómo cocinaba, como una tonta, no me hizo sentir cómoda. Sabía que cada cinco minutos se me escaparían los ojos hacia la cocina y que él me encontraría observándolo, como una chiquilla... y se reiría.

Y habríamos sido felices los dos en ese momento.

«A tu edad a mí también me pillaban haciendo eso», me había dicho cuando me descubrió mirándolo así.

El agua salió fría de pronto y me cagué en todos los muertos de la fontanería vieja del edificio, pero, cuando abrí los ojos, encontré allí a Iris, con la mano aferrada al mando del agua caliente, que acababa de cortar.

—Serás...

—¿Habrías preferido que cerrara el agua fría, para escaldarte? —me preguntó, muy malvada ella—. Te hacía falta un escarmiento, por bruja. Y también bajarte los humos y la calentura...

—¿Quieres dejarme tranquila? He tenido un día de perros.

—Todos tenemos de esos días, pero no nos comportamos como gilipollas.

—Vale, parece que hemos puesto de moda esa palabreja —le respondí, apartándole la mano del grifo para volver a disfrutar del agua cálida recorriéndome el cuerpo—. Yo lo soy, tú lo eres, él lo es...

—Pero ¿te estás oyendo, Emma? ¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna. Sólo estoy jodida. ¿Quieres dejarme en paz?

Mi amiga soltó la cortina de baño y se apartó para que pudiera seguir con la ducha. Abrí otra vez el agua caliente y las gotas rodaron de las puntas de mis cabellos naranjas —calabazas— hasta la espalda, y de allí ya no me importó a dónde fueran.

—Te sienta mal estar enamorada, que lo sepas.

—Yo opino lo mismo...

La ducha no se llevó mi mala leche, ni tampoco el tinte que había dejado Iris sobre mi cama, para volver a jugar y levantarme la moral. Sabía que estaba deprimida y que necesitaba mimos, tal vez un bofetón, y luego más mimos. Sin embargo, se hacía complicado que se me acercara nadie por el enorme mal humor que estaba desplegando.

Como no tenía sueño, hice lo único que se me ocurrió, y que le debía a Amargo. Cogí mi portátil y me puse a redactar el currículum, borrando hasta diez veces la parte de experiencia laboral que había adquirido en el último mes.

«Lo que me ha aportado como vivencia profesional mi último mes trabajando como enfermera ha sido:

»1.º Entender que el horario laboral siempre es flexible.

»2.º Aceptar que la veteranía es un grado.

»3.º Asumir que la supervisora nunca se equivoca.

»4.º Descubrir que los sueldos pequeños nos hacen apreciar las pequeñas cosas.

»5.º Recordar que las paredes son duras... y si te golpeas accidentalmente con una, te partes la crisma.»

Tenía que tomármelo con humor o comenzaría a llorar, y eso ya habría sido el colmo.

Eran las doce de la noche y seguía sin nada bueno que decir en el apartado de «Experiencia laboral adquirida», así que lo más recomendable era que dejara el ordenador a un lado, me dedicara a teñirme el pelo y, quizá, me

dejara seducir por el alcohol que contenía una cerveza..., pero sólo hice la primera de las cosas.

Miré el móvil antes de acostarme, deseando que Amargo tuviera mi número por algún extraño motivo, pero no encontré ningún mensaje de ningún número desconocido, ni tampoco de alguno que ya conociera, en verdad. La única que me soportaba era Iris y la había apartado con mi comportamiento aquella noche en la que tanto la necesitaba. Me arrojé con la colcha, sintiendo frío, y traté de descansar, pero estaba claro que mis recuerdos no me lo iban a permitir... ni, lo que era peor, mi imaginación.

Porque recuerdos, ciertamente, tenía pocos, pero imaginación para rellenar esas lagunas... me sobraba. Tal vez, y precisamente por eso, había preferido no desvelar el misterio de mi cocinero amante hasta que él mismo quiso hacerse visible. Era más divertido elucubrar que vivir una realidad que, quizá, me habría asustado de buenas a primeras. Ya que, siendo realistas, estaba bastante segura de que, teniendo los ojos puestos en Mario, nunca habría dejado que Denis se acercara a mí por detrás, apartara la tela que cubría mis nalgas y se enterrara hasta la base, haciéndome estremecer con su carne caliente y caprichosa... follándome sin mediar palabra, aferrándose a mí como si fuera lo único bueno que le quedara en la vida, necesitando a su pelirroja, esa que le recordaba esos años en los que todavía no lo había mandado todo a la porra por el éxito en el trabajo.

No, estaba claro que la primera vez que lo vi sólo me fijé en lo malcarado que era, en lo desagradable que resultaba su tono de voz cuando me dirigía alguna palabra y en las canas que le surcaban el cabello, pensando que podía tener la edad de mi padre... y pensando que odiaba a las mujeres.

Me había fijado primero en Mario, en el obsceno atractivo de un hombre que se evaporaba hasta la nada pasados los treinta minutos iniciales. Me quedé en lo fácil. Me quedé en lo primero que me deslumbró, como una niña delante del escaparate de una tienda de chucherías que aún no sabe que el azúcar aporta solamente calorías; una que no sabe lo que es comer de verdad.

Por ello, era el teléfono de Picante el que tenía guardado en la memoria de mi móvil. Bueno, más bien en la agenda de contactos, asociada a un correo de Gmail, pues ya había cambiado de terminal más de una vez y en esas ocasiones había tenido que pasar los números de uno a uno, por ignorante. En fin, en todo caso, era el teléfono de Picante... y no el de Denis.

—Mierda.

De pronto, una bombillita se encendió en mi cabeza al recordar el nombre del hermano de Amargo. No creo que haya tantos hombres que se llamen Oziel y cuyo apellido empiece por hache.

—Dos —me dije, en voz alta, después de recurrir a Google.

Era demasiado tarde para realizar una llamada, pero por suerte podría tratar de localizar a Amargo a través de un familiar... si éste no me mandaba a la mierda empleando la misma simpatía que había usado, casi siempre, aquel chef por el que había perdido la cabeza.

Si Dios no tenía intención de que comiéramos animales... ¿por qué los hizo de carne?

JOHN CLEESE

Miré, a las diez, por la ventana, y a las once, y a las once y cinco... y cada cinco minutos hasta que el reloj marcó las once y media.

Y a las once y treinta y ocho apareció Benedict, para abrir el local.

No iba a tener que llamar a nadie por teléfono, al parecer, y eso me puso de muy buen humor.

Iris se dio cuenta de que mi estado de ánimo había mejorado muchos puntos en cuanto me vio dar saltitos de alegría en el salón. En verdad, era complicado que no se percatara de ese detalle, ya que había pasado la mañana del sábado de un humor de perros.

—Deberíamos aprovechar para ir a la playa —me había dicho mi amiga unas horas antes, cuando salí de la cama y terminé el primer café, señal de que ya podía hablarme—. Se nos acaban las oportunidades para conservar el moreno un par de semanas más.

La miré con cara de importarme poco el color de mi piel. Ya podría estar amarilla que, con la cabeza como la tenía, no me daría ni cuenta de que se trataba de ictericia. ¿Playa? No pensaba moverme de la ventana hasta que no apareciera Denis. Es más, no pensaba moverme de la puerta del restaurante hasta que no apareciera Denis. Por ello, al ver a Agrio, salí corriendo hacia mi dormitorio, cogí algo de ropa a la carrera y me vestí delante de la ventana, mirando hacia la calle. Me dio vértigo, claro está, pero no perdí detalle de lo que pasó unos metros más abajo.

Podía asegurar que Amargo no había entrado todavía en el establecimiento.

—Tengo otros planes —le había dicho a Iris, cuando apareció en el salón con el bikini en las manos, meneando la parte de arriba como si fuera una sardina y yo me hubiese convertido en un gato hambriento.

Ella refunfuñó un poco, pero tuve claro que en realidad no esperaba que fuera a moverme de casa mientras me quedara alguna esperanza de que Denis pudiera aparecer por allí.

—Ya te acordarás de mí cuando tengas que gastarte el dinero en una crema bronceadora.

—No tengo dinero ni para pagarme un café decente —comenté, recordando el precio de los que nos habíamos tomado al lado de la playa el día anterior —, como para comprarme una crema de ésas.

Me puse unas sandalias dando saltos por el salón y agarré de milagro las llaves antes de salir del piso. Iris abrió la puerta casi inmediatamente, antes de que consiguiera bajar los escalones que me llevaban a la siguiente planta.

—¡Eso! Vete con tus amigos y déjame aquí con la colada y tus hijos. ¡Quiero los papeles de divorcio!

Le saqué la lengua, pero estoy convencida de que no pudo verlo, pues no me paré en medio de mi descenso para levantar la cabeza y mirarla fijamente, para que me viera hacerlo, así que imagino que lo único que le llegó fue mi risa nerviosa mientras vigilaba mis pasos entre un escalón y el siguiente, pues no quería volver a sangrar delante de esos cocineros.

«Que se suponía que me iban a contratar a mí para que les curara si salían heridos, y no al revés.»

De pronto recordé que el de esa estupenda idea había sido Picante, así que no pensaba mentarlo en el restaurante de ninguna de las maneras, que podía armarse una buena si nombraba al cuarto chef, gilipollas máximo. Bueno... tal vez para Dulce no era un gilipollas... aún.

Llegué al zaguán y me percaté de que la persiana metálica de Come seguía aún a medio subir, sin preocuparse de que fuera a aparecer un comensal a esa

hora de la mañana. Hasta ese momento no se habían planteado servir desayunos en el restaurante, así que tenían al menos hasta la una y media para dejarlo todo listo.

Sin importarme un rábano si era o no bienvenida, me agaché y pasé por debajo de la persiana. Abrí la puerta de cristal, que sólo tuve que empujar para que cediera, y me dejé envolver por el olor a especias que reinaba en ese momento en el ambiente. Si me hubieran preguntado, habría asegurado que alguien acababa de romper un tarro de curry en la cocina y que el polvo se había extendido por todos los rincones del local.

—Benedict, soy Emma.

Tal vez no tenía ni idea de que me llamaba así, pero me pareció más seguro avisar de que estaba allí antes de que saliera de la cocina con una sartén en la mano, dispuesto a defender una propiedad privada... o, peor aún, con un cuchillo en alto. De momento había tenido suerte cada vez que había allanado aquella propiedad privada, pero se habían dado las circunstancias de que había entrado buscando a mi chef amante... y él me había encontrado a mí. Y, ya se sabía, no le habían entrado ganas de ponerme de patitas en la calle.

—¡Benedict!

El cocinero salió de la zona de refrigeración, con el chaquetón puesto. Se llevó un susto cuando me vio parada delante del cristal que separaba el comedor de la cocina, pero se recuperó pronto de la impresión.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer, enfermera?

Vale, podía ser que no se hubiera quedado con mi nombre o que, en su idioma natal, Emma tuviera algún significado que yo desconocía y no lo hubiera relacionado con un nombre de pila. Fuera como fuese, intenté no sentirme ofendida al oírlo llamarme «enfermera», ya que al menos no me había dicho ATS o, peor aún, practicante. Si me llega a llamar así Mario, seguramente hubiese saltado, sabiendo que se le ponía dura pensando en follarme con cofia y medias blancas, o restregarse contra mí vestida de esa guisa, muy de carnaval o de club de alterne venido a menos.

—Si lo tuviera, te aseguro que no estaría acechando un restaurante a esta hora del día.

—Si vienes buscando una mesa...

—Ya te digo que no es el caso —lo interrumpí, molesta por el hecho de que no se hubiera dado cuenta de lo que me preocupaba.

—Pues Denis no está.

Tal vez sí que se había dado cuenta.

—Sé que no ha llegado aún —comenté, acercándome a la puerta de la cocina mientras él descargaba una cesta llena de verduras—. ¿A qué hora crees que vendrá?

No quise esconder mi genuino interés en la respuesta. A esas alturas de la película, que Benedict se enterara de que estaba como loca por encontrar al chef de ojos amargados, no me importaba lo más mínimo. Ni siquiera me habría preocupado si hubiese descubierto que Agrio era el hombre que se había empotrado contra mis carnes en las dos ocasiones que había follado en esa cocina, aunque lo veía muy poco probable..., muy muy poco.

Con tal de conseguir hablar con Amargo, hasta podía plantearme alguna posibilidad poco adecuada para conseguir información.

«Vale, estoy exagerando.»

—Tú no habrás tenido sexo con una pelirroja un par de veces en esta misma cocina, ¿verdad?

A Agrio se le cayeron dos tomates al suelo.

—A veces no entiendo vuestro sentido del humor...

Se me escapó una sonrisa. Después de todo, que el estrés y la angustia hubieran hecho que acabara haciéndole una pregunta como aquella a un hombre que apenas conocía no había terminado mal; nada mal, para ser exactos.

—¿De dónde eres, que no tienes sentido del humor? —le pregunté, aprovechando la coyuntura.

—¿De dónde crees que soy? —me preguntó a su vez, cruzando los brazos

sobre el pecho.

Llevaba una camiseta blanca que resaltaba mucho el color oscuro de su piel. Torcí un poco la cabeza, meditando la respuesta. No quería parecer una ignorante, pero en momentos como éstos me daba cuenta de mi escasa cultura más allá de los conocimientos que me habían dado en la universidad sobre el cuidado de personas. ¿Qué había pasado con lo que había aprendido en el instituto? ¿Eso no era como montar en bici, que nunca se olvidaba?

—Egipto.

«Por meter la pata con alguna respuesta.»

—Turquía —respondió él, algo molesto conmigo por no haber sido capaz de acertar—. ¿No has probado mi comida?

—¿Y sabe a Turquía?

—Claro —respondió, muy resuelto, como si fuera imposible no saberlo...

—¿Y a qué sabe la comida turca?

—A veneno enmascarado —oí decir a Amargo a mi espalda.

Me di la vuelta y lo encontré a un escaso metro de distancia, ataviado, como siempre, con una elegante camisa bien planchada y unos pantalones de pinza que se ajustaban perfectamente a sus caderas. Me habría relamido si no hubiese sido una expresión tan poco decorosa, dadas las circunstancias.

Tenía gesto sombrío, pero ya me había acostumbrado a esa mirada y no me molestaba ni me intimidaba lo más mínimo, ya no...

—¿No querías saber a qué hora llegaría este caballero? —me preguntó Agrio, el chef turco que, sin duda, alguna vez había preparado alguno de los platos que me había comido, aunque en ese momento eso me importara tan poco como si me hubieran ofrecido comida para perros.

«No, eso me habría importado más, y seguramente lo recordaría.»

—Sí, he entrado preguntando por el chef de voz amarga y mirada más amarga aún —respondí, sin ninguna maldita vergüenza, siendo perfectamente consciente de que él se tenía que acordar de que lo llamaba Amargo—. Ese que me dejó ayer por la tarde sin mi segundo almuerzo.

—Me acordé luego, cuando llegué a casa —se excusó, con cara de verdadero azoramiento—. No tengo disculpa.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, no intentó pedir perdón, cosa que me resultó extraña, como si tampoco pretendiera ser perdonado, o tal vez no le importaba en absoluto si estaba disgustada o no por ese pequeño despiste suyo... o quizá era porque pensaba que no merecía que lo perdonara.

—Ayer encontré un cartel...

—¿Dónde está? —le demandó, de pronto, a Agrio, recordando que no lo había visto en la puerta.

—No veas lo duro que era el jodido. Costó deshacerse de él.

Benedict sonrió con malicia, y Amargo, aunque inicialmente no cambió su serio semblante, al cabo de unos segundos secundó su sonrisa... con una mucho más lasciva... o, al menos, eso fue lo que a mí me pareció.

—Ya te digo yo que la trituradora de papel no volverá a ser la misma.

—Te compraré otra.

—Lo que harás será invitarme a una copa —le respondió, recogiendo los tomates del suelo.

Lo interrogué con la mirada y Denis me guiñó un ojo, como si no necesitara más explicación que su sonrisa. Me habría encantado que fuera así... ¡Qué demonios! En verdad era así. Me encantaba descubrir que no estaba abatido por aquel nuevo revés. No tenía ni idea de qué le pasaba por la cabeza en ese preciso instante, pero no se había rendido.

«No sé la edad que consta en su DNI... y tampoco me importa... Lo esencial es que hoy es más joven.»

—¿Por qué huele tanto a curry? —inquirió mi chef preferido.

—He tenido un accidente... —le aclaró Agrio.

—¿Por qué tenemos curry? —lo interrumpió, haciendo un gesto muy cómico con los hombros y las manos.

—¿Qué tienes en contra del curry?

—¡Mierda, Ben! —exclamó, buscando por el suelo, sin llegar a agacharse

del todo—. Si a ti tampoco te gusta.

—Ya, pero no podemos ni debemos prescindir de él aunque a nosotros no nos guste. Iba a recolocarlo en la estantería y se me escurrió entre los dedos. Ha sido el destino el que lo ha querido.

—Ya, cosa de los dioses.

—Sólo hay uno...

—¿Y quién lo trajo? —preguntó, apartando la conversación del otro chef del lado más místico. A esa hora ninguno de los tres podía permitirse sacar a la luz ciertas cosas y seguramente habrían preferido acabar bromeando sobre sexo antes de discutir sobre el verdadero Dios al que todos debíamos rezar. ¿Y a quién demonios rezaban los turcos?

«No, al demonio espero que no...»

¡Qué daño me había hecho la universidad!

—Pues, teniendo en cuenta que tú no has sido, que yo tampoco, y que Eizan prefiere el azúcar glas...

No pude contener la risa. Era muy curioso que Dulce hubiera tratado de aparentar que era heterosexual cuando estaba claro que todo el mundo sabía lo que le gustaba en la cama... y fuera de ella. Faltaba por saber si Picante estaba al tanto.

—Yo tampoco he sido —comenté, cortando el silencio que se quedó como petrificado cuando la imagen del cocinero «traspasador» sobrevoló la estancia—. Pero, si lo hubiera hecho, tendría perdón, de cualquiera de los dioses, pues aunque no entiendo nada de cocina, sé que el curry es un condimento muypreciado.

—Entiendes más o menos lo mismo que el otro gilipollas.

—Me alegra que los tres estemos de acuerdo en cómo llamarlo, así no nos equivocaremos nunca —sentenció Benedict, y Amargo estalló en una carcajada.

—¿Un café, Calabaza? —me preguntó, cuando Agrio se dio la vuelta.

Asentí con la cabeza y lo seguí hasta la barra de la cafetera, donde pensé

que no volvería a acercarme después del pánico que sentí la tarde anterior al ver el maldito cartel tirado en el suelo. Me senté en uno de los dos taburetes y me perdí en los movimientos ágiles que Denis fue encadenando hasta que delante de nosotros estuvieron servidos dos perfectos cafés, de esos que a él le encantaban... y a mí, también.

—Entonces... ¿no traspasamos?

Amargo tardó tres segundos en hacer desaparecer el gesto adusto y sobrio de su rostro para dibujar una sonrisa que dejaba ver a las claras que no se daba por vencido. Un chef de la categoría de Picante no iba a poder con él.

—No traspasamos. Ya veremos cómo pagamos su parte del negocio, pero Come no cerrará.

Levanté la taza, como si pretendiera brindar con café en vez de hacerlo con alcohol. No sabía si eso era de mal gusto, si se saltaba todas las reglas protocolarias, daba mala suerte o daba exactamente igual, pero, como era lo único con lo que podía hacerlo, si tenía que reprenderme por ello, ya podía empezar en ese momento..., pero no abrió la boca.

—¿Puedes hacerme un favor?

Denis arqueó una ceja, instándome a continuar con mi petición.

—Necesito tu número de teléfono.

Cualquier cosa es buena si está hecha de chocolate.

JO BRAND

Decidí que era un buen momento para marcharme del local cuando asomé Picante por la puerta. Ninguno de los que estábamos allí habíamos pensado que aparecería, ya que su idea era abandonar el negocio, pero parecía que, una vez más, aquel chef nos iba a sorprender.

—¿No te quedas a comer? —me preguntó, cuando me despedí de Agrio y Amargo, en la cocina—. Creía que te gustaba que te metieran cosas en la boca...

No vio venir el puñetazo de Denis, aunque debería haberlo hecho o imaginado, después de soltar un comentario tan grosero. Benedict ni se molestó en tratar de sujetarlo, ya que, por la cara que puso, parecía opinar que, si no lo hubiese agredido Amargo, hubiera sido él quién le hubiese dado una paliza.

Picante acabó con el cuerpo reclinado sobre la encimera del pasaplato, pero supongo que porque perdió pie al no estar preparado para el golpe. Denis guardó distancia y me señaló la puerta para que me fuera, pero no estaba dispuesta a salir del restaurante cuando la cosa estaba tan caliente en la cocina.

—Golpeas como una niña, papá...

Denis bufó, pero no trató de acercarse de nuevo a él.

—Tranquilo, que no me gusta ir pegando a los viejos. Tengo un poco de educación.

Por la pinta que tenían los dos, cualquiera hubiera dicho que el que

normalmente acababa enzarzado en una pelea era Mario y que Denis sólo se limitaba a mandar a sus abogados para que interpusieran una demanda en su nombre. Sin embargo, estaba claro que no conocía lo suficiente a ninguno de los dos y que a Denis le gustaba el contacto cuerpo a cuerpo tanto como a cualquier otro. No se achantaba ante una pelea y no le importaba que le partieran la cara si era necesario.

—Vamos a trabajar hasta que aparezca un comprador, ¿no? —comentó Picante, yendo hasta el delantal que colgaba del perchero—. Tampoco es mi intención hacer que tengas que dormir en la calle, papaíto, que sé que dentro de poco no te llegará para pagar la gasolina. Si llega a ser el caso..., avisa para comprarte un bono de autobús. ¿O por tu edad ya te dan los viajes gratis?

Iba a resultar imposible que esos dos no se mataran en la cocina y el único que tuvo la suficiente cabeza para expresarlo fue Agrio. Las camareras acababan de abrir las puertas del local justo antes de que llegara Picante y se habían quedado pasmadas al oír la discusión de sus jefes. Una de ellas se acercó hasta la entrada del establecimiento para cerrar los estores y que no se viera nada desde la calle, pero, al ver que Mario no devolvía el golpe y que Denis no se lanzaba nuevamente sobre él, se mantuvo expectante.

—Denis, yo me encargo del servicio. Vente esta noche para el de cenas. No hacemos falta tres cocineros aquí.

—¿Te vas a ir, papito? —preguntó Picante, con un gesto triunfal en la mirada—. Mira que soy propenso a ponerme enfermo de un instante a otro...

Denis cerró los puños con fuerza, ardiendo de furia por dentro y por fuera. Entendí perfectamente que el día anterior se hubiera olvidado, tras el servicio de mediodía, que había quedado conmigo. Era imposible que, debido a las malas relaciones laborales y personales que se respiraban en aquella cocina, pudiera haberse acordado de nuestro segundo almuerzo.

Yo también tenía ganas de golpear a Mario.

De pronto, una de las camareras se movió porque había visto acercarse a unos clientes a la puerta. Miró a Benedict, alarmada, buscando a alguien

sereno en el local que le respondiera a la pregunta que gritaban sus ojos. ¿Iban a atender mesas y trabajar con normalidad o debía decirles que ese día el local iba a permanecer cerrado por algún problema imprevisto con el gas en la cocina?

«Ratas. Habría sido mejor decir que habían encontrado una rata en la despensa y que tenían que exterminarla.»

Benedict miró a Denis y éste a la camarera, asintiendo para que los dejara pasar. Luego volvió a buscar los ojos de su socio y le agradeció que tomara las riendas del servicio para que aquello no se convirtiera en un campo de batalla. Estaba claro que Mario no iba a dejar las cosas como estaban y el trabajo de los dos en la cocina iba a ser, después de todo, inviable. Ciertamente, sería beneficioso para el negocio que Picante estuviera decidido a abandonarlo, aunque no supieran cómo iban a obtener el dinero para comprar su parte de la sociedad.

Denis abandonó la cocina y, en su camino, tuvo que pasar junto a Mario. Chocaron los hombros con fuerza, golpeándose el uno al otro en el movimiento. Picante ni se inmutó, pero, por la mueca de Amargo, él sí que se hizo daño.

Me recordó el golpe que tuve con la impuntual en mi extrabajo, instantes antes de acabar sangrando.

Yo también tenía ganas de golpear a Mario, pero tenía claro que no ganaba nada con hacerlo y que, después de la pelea con Amargo, le dolería más que lo ignorara por completo. Eso fue lo que traté de hacer. Me concentré en mirar a Denis mientras se acercaba a mí y, cuando le faltaba un escaso metro para llegar a mi lado, me giré para salir del establecimiento.

—Tenemos una reserva para ocho —dijo una voz conocida, al lado de la puerta.

Me quedé petrificada donde estaba. Denis pasó a mi lado, saludó a los comensales y siguió su camino hacia el exterior, pero, en alguno de sus pasos hacia la libertad que le proporcionaría la calle y el aire libre, se percató de

que no lo seguía y se dio media vuelta para mirarme... mientras yo las miraba a ellas.

—Por aquí, por favor —le indicó la camarera a la mujer que se había dirigido a ella para indicar lo de la reserva.

—¡Vaya! ¿Tú por aquí? —me preguntó mi excompañera, la impuntual, que iba acompañada de la supervisora y de la enfermera que me había dado el consejo de no hacer las tareas que no me correspondían por turno.

¿Así que al final sí que eran amigas? ¿Se habían burlado las tres de mí? Una, dándome órdenes sobre realizar tareas que no me correspondían; la otra, beneficiándose de esas órdenes, y la tercera, provocándome para que no las cumpliera y cayera en desgracia y que no me renovaran el contrato. ¿De verdad se podía ser tan cruel?

—Vivo aquí cerca —respondí, sencillamente, ya que no se me ocurrió dejar la boca cerrada.

El cerebro me dejaba de funcionar con normalidad cuando entraba en modo cabreo y acababa de registrar niveles más altos que cuando Mario sugirió que estaba allí esperando a que una polla me rellenara la boca, cualquiera de ellas.

—¿Y te puedes permitir este restaurante estando en paro, niña? —me soltó, de forma muy desagradable, mi antigua supervisora.

No le iba a dar el gusto de decirle que no, pero tampoco me apetecía mentir contestando que sí, porque tenía a Mario detrás y podía dejarme en ridículo tanto o más que las otras tres juntas.

La compañera que me dio el mal consejo —la arpía número tres— me miró con una sonrisa que le habría borrado de la cara de un bofetón, pero, como allí tenía ganas de soltárselo a todas, me contuve a duras penas... No podía pelearme con las tres y pretender ganar. No había logrado hacerlo ni con una sola.

—Suelo comer aquí; lo hago bastante a menudo —respondí sin más, sabiendo que con esa aclaración no faltaba a la verdad.

Las tres me miraron, sin embargo, como si estuvieran seguras de que me estaba echando un farol.

—Pues nosotras estamos aquí para celebrar mi cumpleaños —comentó la arpía número uno, la impuntual—, pero... como ya no perteneces al equipo y todas las que vamos a almorzar trabajamos en la clínica...

Tenía que marcharme para no sentir que la bilis me quemaba la boca. Debía moverme, no permanecer más tiempo allí, aceptando sus humillaciones. Tenía que dar sólo un paso... uno nada más, y los pies ya se acordarían solitos de cómo se llegaba hasta la salida, pero no conseguí darlo y comenzaron otra vez a burlarse de mí.

—Siento decirles que no van a poder almorzar aquí —las informó Denis, que misteriosamente había llegado a mi lado sin que me percatara de ello.

Las tres se miraron entre sí, miraron luego la mesa con ocho sillas que estaba preparada junto al ventanal, donde la habían solicitado y donde había un cartel en el que se leía claramente la palabra *reservado*, y luego a la camarera que les había indicado que se sentaran.

—Tenemos la reserva hecha desde hace un mes, precisamente porque sabíamos que era muy difícil conseguir mesa —comentó la impuntual, justificando su argumentación, pensando que el problema era un asunto de la reserva—. Y la mesa está preparada...

—El problema no está relacionado con la reserva o con la mesa —respondió él, de forma seria—. Por mí se puede quedar vacía todo el día si con ello consigo sacar a unas indeseables del restaurante. La reserva queda anulada. No van a comer absolutamente nada en este local.

Se les quedó la misma cara que a mí, de completo asombro, pero la de ellas se transformó en ofensa, mientras que yo tuve que contener la risa para no tensar más los nervios que se estaban viviendo en el comedor.

—¿Perdón? —inquirió la supervisora—. Hemos esperado un mes para poder comer aquí. ¡Un mes! Ahora no nos puede decir...

—Pues se lo digo.

Mario salió de detrás de la mampara de cristal, dispuesto a llevarle la contraria a Denis, pero Amargo lo tenía asumido y no le dejó sino gastar saliva.

—No puedes tratar así a los clientes si quieres pagar las facturas, papá...

—Y tú no puedes ser tan cretino de creer que conseguirás dar de comer a esta gente si yo me opongo a ello. Nadie va a obedecerte en ese caso, y yo ya he dicho que no. Fin de la discusión.

Mario no replicó. Tensó la mandíbula y casi pude oír rechinar sus dientes, pero no fue capaz de lograr que las enfermeras ocuparan sus asientos reservados. Al principio me dije que Picante trataría de hacer cualquier cosa con tal de dar de comer a ocho enfermeras, pero, al parecer, me equivocaba. No sé muy bien cuál fue el motivo que hizo que no siguiera enfrentándose a Amargo, pero di gracias de que la situación no se convirtiera en una batalla campal entre dos machos que pensaban demostrarse a sí mismos que eran capaces de tumbar al oponente.

En ese caso... ganó Denis.

Por suerte... ganó Denis. Para algunas cosas sí que era el más fuerte.

—¿Acaso piensas pagar la cuenta de las ocho, Mario? —terminó diciendo Amargo—. Porque su dinero no va a entrar en la caja registradora.

Picante se dio la vuelta, aceptando que no iba a hacer ningún otro comentario. Si había pensado en dejarse mimar por las dieciséis manos expertas de las enfermeras, además de vestirlas con cofias para restregar su dura polla contra sus uniformes, no le quedó otra que dejar a un lado la idea.

—Carol, desmonta la mesa. Ya no está reservada.

—Pero ¿quién se ha creído usted que es para decirnos que no podemos comer en aquí? —gritó, indignada, la impuntual. Tenía la cara roja, mezcla de vergüenza e ira.

Yo, a esas alturas, no pude contener la enorme sonrisa que llevaba rato pugnando por salir a mis labios. Los ojos me brillaron, agradecida por el gesto que había tenido Denis conmigo. Aceptar perder las ganancias de una

mesa de ocho comensales no era igual que dejar caer una moneda de cinco céntimos al suelo y no tener ganas de agacharse para recuperarla, y menos teniendo en cuenta los problemas económicos por los que estaba pasando. El dinero tenía que entrar en la caja para poder pagar a Mario y conseguir que se largara... por lo que, hacer ese despliegue de galantería y generosidad, comportándose como un caballero andante que acudía presto a socorrer a la dama en apuros, le iba a costar caro.

En cierto modo sabía que debía decirle que no se preocupara, que era mejor dejarlo estar; que se aprovechara del dinero de mis excompañeras y les diera de comer hasta que reventaran —y quizá, también, las envenenara un poquito, que seguro que sabía cómo camuflar el sabor del cianuro—, pero fui incapaz de hacerlo. Me encantaba que tuvieran que salir en busca de otro restaurante donde les pusieran una mesa para ocho a las dos de la tarde. Desde luego, en aquella zona no la iban a encontrar y, cuando lo hicieran, estaba convencida de que comerían muchísimo peor de lo que habían esperado; más barato, pero con mucha menos calidad.

—El dueño del restaurante —concluyó Amargo, muy orgulloso.

Y, ante el asombro de las tres, y el mío propio, me abrazó por la cintura y me atrajo hasta su cuerpo, haciéndome estremecer.

—Y el que le da de comer aquí... a Emma.

Hoy no tengo tiempo para almorzar. Traiga la cuenta.

GROUCHO MARX

No puedo decir que me haya alegrado nunca del mal ajeno... pero me encantó ver a mis excompañeras salir del restaurante despotricando del pésimo servicio y del trato recibido, asegurando que pondrían una reclamación y que nunca iban a recomendar aquel sitio. Una de ellas, antes de abandonar el local, incluso afirmó que escribiría una crítica malísima en TripAdvisor.

Entonces fue cuando Denis estalló en una enorme carcajada que las dejó todavía más furiosas.

—¿En serio creéis que eso es una amenaza? —les soltó, sin poder contener la risa—. Me reservo el derecho de admisión a mi restaurante, y no porque la gente vaya mal vestida, sino porque no se acepta, entre mi distinguida clientela, a personas impresentables. No doy de comer a cualquiera. —Hizo una pequeña pausa, en la que las recorrió a todas con la vista, deteniéndose apenas un instante en cada par de ojos—. Y sobre lo de poner una mala crítica, espero que, al menos, sepas redactarla, porque estoy bien entrenado en desmontar todas y cada una de las que suben sin fundamento. Espero que luego no vayas a quedarte llorando por los rincones cuando haga la réplica, que éste es un negocio que no se deja amedrentar por cuatro mujeres dolidas que sin duda no sabrían apreciar la calidad de los platos.

Si todo eso me lo hubiera llegado a decir a mí, se me habría caído la cara de vergüenza y me habría ido por donde había venido con la cabeza gacha,

pero, como se lo había soltado así, de sopetón, a mis excompañeras, la cosa cambiaba mucho.

«Me quedo corta: cambia una barbaridad.»

Se marcharon y me quedé en la puerta de Come, con él, temblando, emocionada.

La camarera había cumplido la orden y ya había separado las mesas. Imaginé que sería la primera vez que tenían disponibilidad en el restaurante para que ocho personas pudieran pasar por delante del establecimiento, entrar y sentarse a comer si lo deseaban y les llegaba el presupuesto.

Miré a mi alrededor, por si de pronto pudiera encontrarme a las rencorosas enfermeras con la intención de empujarme todas a una contra el cristal de la entrada. Hacer que sangrara una segunda vez podía no resultar tan original, pero seguro que les parecería efectivo. Por suerte no las vi rondando por ninguna parte.

—No sabes lo que te agradezco...

—No me des las gracias —contestó, haciendo un gesto con la mano—. Ha sido lo más divertido que podía hacer hoy.

Se me ocurrió que podía replicar a esa respuesta, alegando que conocía un par de cosas interesantes que podía hacer conmigo, pero, en vista de que no me sentía demasiado sexy en ese momento y que a él se lo veía alicaído tras tener que abandonar el restaurante para no partirse la cara con su socio, decidí que era mejor idea decir otra cosa menos directa.

—¿Y cómo podemos arreglar el día?

Denis resopló, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás, apoyando el peso en la punta de los zapatos y en los talones, alternativamente. No me dio buena espina que no se pronunciara en el acto, sugiriendo cualquier plan en el que los dos pudiéramos estar implicados.

—Voy a salvar Come —afirmó, muy tranquilo y seguro de lo que decía— y, de paso, tratar de mandar a la mierda a un estúpido presuntuoso.

A un gilipollas.

No me cupo ninguna duda de que lo haría, pero me lo callé porque imaginé que tanta seguridad no le iba a sentar bien... y diría mucho de mis sentimientos por él, así que me limité a asentir, como si aquel discurso se lo hubiera oído pronunciar otras veces, y metí mis manos en los bolsillos, para imitarlo en la postura.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

La palabra *vamos*, indicando plural, me salió sin pensar. Por suerte, Amargo tenía la cabeza puesta en otro sitio y no se dio cuenta de lo que había sugerido. No tenía mucho que ofrecer, pero, si podía, al menos, aportar apoyo moral... Me sentiría como parte de ese equipo de rescate.

—Sólo tengo que esforzarme un poco más.

Dicho esto, después de darme un escueto beso en los labios, se dio la vuelta y me dejó allí, con cara de lela, sin entender exactamente lo que había sucedido. Mi caballero andante me rescataba y me abandonaba como si yo supiera apañármelas sola, y no me cabía la más mínima duda de que eso no era posible. Era un desastre en todos los sentidos y en ese momento, sobre todo, en tratar de gestionar mis emociones. Al menos se marchaba después de tener su número de teléfono guardado en la agenda de contactos del mío... o donde fuera que guardaba los números, que eso de tenerlos asociados a un correo electrónico me estresaba un poco y al final me equivocaba.

Subí al piso y me dejé caer en la cama, con la esperanza de poder encontrarme con el chef esa noche, o todas las noches a partir de ese instante. Esa opción también me valía. Estaba dispuesta a tenerlo una y otra vez en su maldita cocina, demostrándole las ganas que tenía de comerlo... y no eran pocas...

—Puedo oír tus pensamientos desde el salón.

Iris entró en mi habitación lentamente, para apoyarse en el marco de la puerta del cuarto de baño. Levanté la cabeza de la almohada y volví a enterrar

la cara en ella, esperando que se diera por enterada y decidiera dejarme tranquila, con mi soledad y esos pensamientos que podía oír desde el salón.

—Estás pensando en cómo volver a tirarte a Denis.

No estaba segura de que Iris no acabara de llegar al piso, pero tampoco había oído abrirse la puerta. ¿Qué hora era, por todos los demonios?

—Y tú, en cómo hacer lo mismo con Mario —repliqué, con voz cansada—, pero ya te digo que no te lo aconsejo. Tiene gustos muy raros.

—Soy enfermera. ¿Qué más necesita?

«¿Restregarse contra tu ropa?»

—¿Venías a por algo en concreto o sólo para decirme que estás convencida de que quiero acosar a Denis?

—¿Quién ha dicho «acosar»?

No respondí, tratando de hacer que entendiera que necesitaba zanjear la conversación cuanto antes.

—Quería comentarte que una compañera me ha mandado un mensaje hace un rato —soltó al fin, viendo que no estaba de humor para seguir bromeando—. Está trabajando en una clínica de las afueras, no recuerdo el nombre, y resulta que pretenden contratar a un par de enfermeras para lo que queda de año. Me comentó algo de una baja maternal para uno de los contratos. El caso es que la empresa busca gente joven, ya que al parecer hay una especie de subvención que no cobrarán si los trabajadores pasan de los treinta. Empiezan a recoger currículos mañana y dice que su tía está en Recursos Humanos. Me ha avisado por si quería aprovechar el enchufe... y he pensado en ti.

«¿Enchufada? No me gusta ni un pelo.»

Pero, como tampoco tenía mucho donde escoger, y de escrupulosos estaba la cola del paro llena, di un salto de la cama dispuesta a escuchar más acerca de esa oferta laboral.

—¿De qué compañera me hablas?

Iris se retorció las manos, satisfecha por haber captado por fin toda mi atención.

—Sabía que iba a interesarte.

Si la penicilina salva a los enfermos, el oloroso resucita a los moribundos.

ALEXANDER FLEMING

Lo que comenzó siendo una clínica en las afueras acabó siendo una residencia de ancianos en otra provincia y, cuando calculé lo que tardaría en ir y venir desde casa todos los días, me dio un pasmo.

No fui la única. A Iris también se le pusieron los ojos en blanco.

—¡Pues vaya plan!

—Al menos tuvo el detalle de avisar.

—¿No vas a intentarlo?

—¿Tú lo harías?

Iris no respondió y ni falta que hizo. Estaba haciendo un curso más con tal de no tener que ponerse a trabajar con veintidós años, así que quedaba claro que ella no cruzaría una provincia para cobrar malamente mil euros, por unas jornadas que probablemente no distarían mucho de las que había tenido en mi anterior —y único— curro.

—No puedes ser tan negativa. No todos son iguales...

A pesar de seguir en estado negativo, bastante habitual en mí según me comentaban mis conocidos, no me quedó más remedio que reconocer que estaba actuando sin pensar. Cogí el móvil, abrí Google Maps para asegurarme de lo que tardaría en llegar desde casa a la residencia de ancianos y éste me desveló que en tren haría el recorrido en una hora, mientras que en coche lo haría en media.

«Pero como no tengo coche...»

El mecánico había hecho efectivo el cambio de titularidad del vehículo y había transferido los seiscientos euros a mi cuenta. Y yo, corriendo, los había sacado del banco para entregárselos en mano a Iris, pues no me fiaba de mi capacidad para administrar el dinero. A doscientos euros al mes cada una por el alquiler, más los gastos de agua, luz, teléfono e Internet, me fundiría ese dinero en dos meses si teníamos en cuenta que también había que comprar comida.

No, no estaba para rechazar ofertas de trabajo. Tenía que aceptarlo.

Fui a mi dormitorio y cogí uno de los currículos que había preparado. Al final, sólo había puesto que había ejercido de enfermera en aquella clínica y había obviado el motivo por el que no continuaba trabajando allí.

—¿A qué hora hay que presentar los papeles allí?

Me comentó que a la mañana siguiente, desde las ocho, y que la avisara si finalmente lo hacía, para decírselo a su amiga.

Respiré hondo y miré el reloj. Se me había pasado la tarde volando, discutiendo con Iris sobre los pros y contras de aceptar un puesto de trabajo fuera de Barcelona. Las dos teníamos claro que, si no me ponía las pilas, pasaría las Navidades con mis padres en el pueblo, y no sólo de visita. Así que me tenía que dejar de tonterías, agarrar el toro por los cuernos —aunque odiaba las corridas de toros— y conseguir un trabajo, aunque me dejara medio sueldo en los transportes.

Iris se alegró de mi cambio de actitud y me tendió la mano para que se la chocara.

—Siempre puedes ahorrarte un dinerillo si bajas a comer al restaurante...

—Para darme de comer están ellos.

—Seguro que algo te meten en la boca.

—¡Por favor! ¿Puedes ahorrarte las bromas?

—Ya, como que prefieres pasar hambre...

Le habría arrojado los papeles a la cara si no llega a ser porque no quería que se arrugaran. Un currículum con las puntas dobladas daba muy mala

impresión.

Preparé una carpeta con todo lo que tendría que presentar al día siguiente, consulté los horarios de los trenes que salían hacia Tarragona y elegí un conjunto de ropa serio y formal para presentarme en Recursos Humanos.

Entonces decidí que quería enviarle un mensaje a Denis.

En verdad, lo necesitaba.

Quiero abrir la boca. ¿Me darás de comer?

Leí un par de veces el mensaje antes de ser capaz de darle al botón de enviar. Era la primera vez que me mostraba tan descaradamente abierta, tan perversa. La palabra escrita ayudaba mucho en esos casos y lo iba a comprobar con rapidez.

«Tan descarada, eso diría mi madre.»

Esperé unos minutos, pero no obtuve respuesta. Tampoco aparecía la hora en la que Amargo se había conectado la última vez al WhatsApp. Por lo que sabía, podía tenerlo instalado y no mirarlo nunca, así que había sido poco cuidadosa a la hora de diseñar mi plan para verlo aquella noche. Pensé en enviarlo también como mensaje de texto, pero, si al final lo veía en dos sitios diferentes en el móvil, ¿no pensaría que estaba algo desesperada?

«Como si no fuera verdad...»

Desde que estaba convencida de que Denis era mi chef perverso, no pensaba en otra cosa. Sexo en la encimera, sexo en el suelo de la cocina, sexo contra la puerta de la zona refrigerada...

Sexo, sexo, sexo.

Nunca antes había tenido tantas ganas de alguien. Tampoco era que hubiera disfrutado del sexo lo suficiente como para querer más, ya que mi ex no había despertado en mí ni la mitad de deseo que aquel cocinero malvado. Vale que le ganaba ampliamente en experiencia, pero no era sólo eso. Había hombres que eran capaces de hacerse desear, y Dan no era uno de ellos. Desde luego,

nunca me habría fijado en él si llego a conocerlo en una discoteca, pero, como lo había hecho en el pueblo, donde había muy poco donde elegir...

Cuando salí del dormitorio eran más de las nueve de la noche. Seguía sin noticias de Amargo y me había obligado a mí misma a no reenviar el mensaje, para no parecer lo que sí era. Iris estaba tumbada en el sofá, leyendo una libreta de apuntes de su curso. Era la primera vez que la veía estudiar desde que había empezado con él y me sorprendió gratamente ver que se lo iba a tomar en serio. Ya que no trabajaba, bueno era que ampliara conocimientos para cuando se decidiera a hacerlo... o para cuando sus padres la obligaran a ello.

—¿Ya has terminado?

—Eso parece —respondí, acercándome a la nevera en busca de algo que ya estuviera cocinado para no tener que acercarme al fuego.

—Pues haz el favor de abrir la puerta.

—¿Qué?

Iris señaló la entrada del piso con una mano, sin apartar los ojos de sus apuntes. Tanto mutismo por su parte me resultó sumamente extraño, por lo que seguí mirándola mientras me acercaba a la puerta. Cuando cogí el pomo y lo giré para abrirlo, ella continuaba leyendo las hojas anilladas de sus apuntes como si no le interesara lo más mínimo lo que me había indicado que hiciera.

Eso no era normal en ella.

Al otro lado de la puerta, esta vez en el suelo, encontré una bolsa del restaurante.

—¿Cómo demonios te has enterado de que estaba aquí? —le pregunté, cogiendo la bolsa por las asas y metiéndola en casa.

—Porque he oído que la dejaban —explicó, sin más, y sin mirarme.

—¿Y cómo es que no has entrado tú la bolsa?

Aquello era lo más extraño de todo. La Iris a la que yo conocía habría saltado del sofá a la carrera para pescar al cocinero in fraganti en la puerta

dejando la bolsa. Luego la habría registrado, se habría comido la cena y habría leído la nota que contenía, si es que había alguna.

«Claro que tiene que haber una. ¡Tiene que haberla! ¿O puede no haberla escrito, ya descubierto el pastel? Como no me haya escrito una nota...»

Iris no respondió.

Llevé la bolsa a la mesa y empecé a sacar las fiambreras de ella. Tres, una pequeña botella de vino y una copa de cristal, además del servicio y la servilleta... pero ninguna nota.

Fui otra vez hacia la puerta, por si se me hubiera caído al recogerla. Luego miré alrededor de la mesa, debajo de las fiambreras y hasta sacudí la servilleta, por si había quedado metida dentro. Me estaba tirando de los pelos cuando oí a Iris comenzar a reír.

—¿Buscas esto?

Alzó la mano y entre dos de sus dedos pude distinguir un trozo de papel doblado. Mi compañera no dejó de troncharse de risa mientras yo me acercaba hasta el sofá y le arrebatava la nota, con cara de furia.

—Eres...

—Ya, ya lo sé. No hace falta que me lo digas.

Me dirigí a mi dormitorio para leerla en la intimidad, aunque era un acto un poco extraño, teniendo en cuenta que Iris ya la había leído; la podría haber fotografiado y hasta subido a una red social, donde todo el mundo se habría enterado de lo que había escrito antes que yo.

Sé cómo dar buen uso a los huevos...

Salí corriendo hacia la mesa de la cocina, con las mejillas enrojecidas por la excitación. Allí, unos huevos en *cocotte* esperaban a que les hincara el diente, junto con unas verduras recubiertas de sésamo y una crema catalana. Desde luego, de huevos iba la cosa...

Me seguía asombrando que mi compañera no se hubiera tirado sobre los platos.

—Entonces, ¿cuándo dices que te tiñes el pelo? —volvió a la carga Iris—.
Porque no te van a coger para ningún trabajo serio con ese tono tan zanahoria.

Los ingleses inventaron la sobremesa para olvidar la comida.

PIERRE DANINOS

Bajé a eso de las doce.

Vale, eran las doce y veintiún minutos, exactamente.

Había estado espiando por la ventana del salón hasta que vi salir a Mario y a Eizan por la puerta. Benedict había hecho el turno de almuerzo por Amargo, así que esa noche la tenía libre. Como ninguno de los dos bajó la persiana metálica, y las camareras se habían marchado hacía ya veinte minutos, sólo me quedaba suponer una cosa: que Denis seguía en el interior... y que estaba solo.

Oí a Picante bromear en voz bastante alta sobre mis excompañeras y, aunque me resultó asqueroso, tampoco les guardaba ninguna simpatía, así que, si a él le apetecía restregar la polla por el escote de las ocho hasta correrse en sus «caras de viciosas», yo no iba a poner ninguna objeción.

Bastante tenía ya con lo mío.

Cogí las llaves de casa, me aseguré de que Iris estuviera dormida para no tener que darle más explicaciones —aunque ella ya suponía cómo iba a acabar la noche después de que me apostara en mi rincón de vigía, con una silla de la mesa de la cocina y varios cojines... sí, más de un par, que soy bastante bajita, para ganar altura hasta la ventana— y cerré la puerta con mucho cuidado.

Corrí escaleras abajo, provocando que la falda de mi vestido se meneara mucho más de la cuenta. Pensé que, si se levantaba demasiado, el vuelo podía dar un bonito espectáculo a más de un vecino, ya que no me había puesto bragas.

Sí, descarada que es una.

El caso es que no tenía ninguna intención de ponerle las cosas difíciles al chef. Mi objetivo estaba tan claro que en mi mente no había hueco para la ropa interior, pues podía retrasar el hecho de que su polla erecta llegara a introducirse entre mis pliegues, penetrando en lo más profundo de mi ser... duro, constante, salvaje...

Sí, estaba mojada desde que había leído la nota. No, en verdad estaba mojada desde que le envié el mensaje al móvil..., ese del que, por cierto, no había obtenido respuesta alguna. Tampoco me había extrañado demasiado, ya que me había puesto la cena en la puerta y era como si contestara de esa manera. Quizá había tenido una noche muy movida en la cocina y a lo que menos iba a prestarle atención era al teléfono.

Yo, al menos, en el trabajo lo cogía bastante poco.

«Menos cuando a Iris le daba por ponerse muy pesada.»

Teniendo en cuenta que, al final, Mario se había quedado a trabajar por la noche —hecho que me desconcertaba mucho, ya que tenía entendido que iban a tratar de no coincidir él y Amargo para no sentir ganas de despedazarse el uno al otro—, probablemente no había tenido ni tiempo ni ganas de sacar el móvil del bolsillo, si era ése el sitio donde lo guardaba cuando trabajaba. Así que estaba dispuesta, nuevamente, a plantarme en medio de la cocina, inclinarme sobre la encimera, ponerme su gorro de chef y levantarme la falda hasta dejar expuestas las nalgas.

Sí, mi madre habría dicho que era una fresca descarada, pero era lo que me pedía el cuerpo.

Llegué a la calle y encontré el local a oscuras, pero la persiana metálica estaba levantada. Si Amargo había supuesto que bajaría a buscarlo, pidiéndole que me diera de comer —otra vez—, estaría esperándome donde siempre, porque no se veía absolutamente nada dentro... Sólo la luz de emergencia de la cocina iluminaba el local. Los estores oscuros estaban bajados, impidiendo

ver el comedor desde el exterior, hecho que me reconfortó ante la idea de ir a exponer mis nalgas a cualquier persona que pasara por allí a esas horas.

«No, desde la calle no se podrán ver mis nalgas porque voy a estar girada en el otro sentido. Como mucho, y si se fijan bien, verán mi cabeza tapada con un gorro.»

Pero, a él... a Denis, sí que podrían verlo, arremetiendo contra mis caderas, empujando su pelvis contra las redondeces de mi culo, incrustándose en la humedad que se había despertado entre mis pliegues cuando le pedí que me diera de comer, enseñándome que sabía cómo usar los huevos... y el resto de las partes de su cuerpo.

La imagen me hizo ruborizar de nuevo y sentí que me empapaba mucho más. Temí que fuera a mojarme los muslos, ya que no había tela para contener mi excitación.

—Vamos allá.

Abrí la puerta y, por primera vez, no avisé de mi presencia. No grité mi «hola» acostumbrado. Entré a hurtadillas, cerrando despacio detrás de mí, y casi de puntillas avancé hasta llegar a la cocina. El abrigo que usaban para la cámara frigorífica no estaba en su sitio, así que deduje que Amargo estaba, como alguna que otra vez había sucedido, metido entre lechugas y carne fresca, ordenando el género o haciendo inventario para saber qué había que comprar al día siguiente para reponer lo que se había terminado esa noche. Lo imaginé con la pelvis envarada dentro del pantalón de vestir que usaba siempre en el restaurante, con el delantal negro con la palabra «Come» bordada —¿o la tenía impresa?— en el pecho y el gorro de chef calado hasta la frente.

No, eso último no podía ser, porque los cuatro gorros estaban colgados de los ganchos de la pared. Es más, también lo estaban los cuatro delantales. Vale, pues imaginé a Denis, con la dureza de su entrepierna pugnando por escapar de la tela del pantalón y el abrigo negro cubriendo ese torso que no se

machacaba demasiado en las máquinas que había dejado atrás su hermano en casa de sus padres.

Pensaba tan rápido que me distraje un rato, observando la cocina en la oscuridad, alumbrada apenas por esa bombilla de emergencia. Llegué hasta la pared donde estaban los ganchos y cogí el gorro negro. Corrí otra vez de puntillas hasta la encimera de nuestro primer encuentro y me coloqué la tela sobre la cabeza, dejando que, por holgura, cayera, cubriéndome los ojos. Recliné el torso sobre la tabla de madera, que olía en ese momento a cebolla, y elevé las caderas al tiempo que me levantaba la falda para quedar totalmente expuesta a sus ojos en el instante en el que abriera la puerta. No sabía si la luz iluminaba algo las curvas que le ofrecía, pero, desde luego, el haber elegido un vestido amarillo para la ocasión me convertía en un objeto bastante llamativo en medio de la sobriedad de color que ofrecía la cocina.

Y esperé.

Conté hasta treinta, y luego hasta cincuenta. Cuando me mordía ya el labio inferior debido a la impaciencia, pensando en llamar la atención de Amargo alzando la voz para saludar cuando llegué a contar cien, oí la puerta abrirse tras de mí. Contuve el aliento mientras ésta se cerraba... y no se oía nada... ni tampoco después. Denis tenía que estar quitándose el abrigo y lo comprobé cuando percibí el sonido de una cremallera que comenzaba a bajar; aunque, después de todo, podía tratarse de la de la bragueta.

Tragué saliva.

¿No iba a decir nada? ¿Ni un «hola» o el tarareo de alguna canción que hubiera compartido conmigo? ¿Estaría molesto porque me hubiera vuelto a colar en la cocina, decidiendo por los dos cuándo íbamos a tener sexo de nuevo?

Podía ser cualquier cosa...

De pronto, tres pasos acercaron su cuerpo al mío y mis temblores se tuvieron que hacer demasiado evidentes a pesar de la poca luz. Un instante

después, sentí que su mano se posaba justo al lado de mi torso, sobre la encimera. Lo oí resoplar y coger otra vez aire con mucha fuerza.

Se estaba conteniendo y yo me moría por hacer que se rindiera.

—Hay invitaciones que es muy difícil rechazar..., pero no me queda más remedio que hacerlo.

«¡Mierda!»

Salté a un lado, bajándome en el acto la falda del vestido y tratando de quitarme, al mismo tiempo, el gorro de la cabeza. Como hacer dos cosas al mismo tiempo se le daba bien a todas las mujeres excepto a mí, enganché la tela del vestido en alguno de los pomos de los muebles de la cocina, y el gorro, al lóbulo de mi oreja derecha. Creo que en ese momento rasgué la falda y a punto estuve de arrancarme el pendiente, pero por suerte no llegué a provocarme sangre.

Me moría de vergüenza.

¿Y para qué quería darme tanta prisa, si estaba claro lo que me iba a encontrar cuando abriera los ojos y lo mirara a los suyos?

A Benedict.

Porque aquella voz... era la suya.

Bien predica el ayunar quien acaba de almorzar.

ANÓNIMO

—Regresas muy pronto...

La maldita Iris siempre tenía que tener la oreja puesta, dispuesta a sonsacarme toda la información relevante de los hechos que se perdía en primera persona, fuera a la hora que fuera. Y aquellos por los que en ese momento tenía intención de interrogarme eran tan escandalosamente bochornosos que hasta le habría pedido que me tiñera el pelo si así conseguía acallar su boca.

Aunque, seguramente, con lo que sabía que me disgustaba el tema del tinte, más insistiría en enterarse de lo que había pasado en el restaurante, la muy astuta.

—Sí, estaba cansado.

—No me mientas, que te huelo.

—Entre poder oír mis pensamientos y poder oler mis mentiras, voy a poner un anuncio en el periódico para sacarte partido como bruja. Tal vez así no tenga que ir a trabajar a Tarragona.

Iris rio desde su cama, que no había abandonado para preguntarme nada. La imaginé boca arriba, uniendo las yemas de los dedos de una mano con los de la otra, en gesto maquiavélico.

—Que más quisieras tú que yo pudiera pagar todo el alquiler para así disponer de la totalidad de tu tiempo para ir a acosar al cocinero amargado...

—Yo no acoso a nadie.

—Mentira también.

Me metí en mi habitación y cerré la puerta, aunque tenía pocas esperanzas de que Iris no fuera a levantarse para aparecer y seguir con el tercer grado. Me despojé de mi ropa, ese vestido amarillo escandaloso que ya lucía un siete en la parte donde se había enganchado en la cocina, y lo arrojé al suelo. Tal como estaba, me fui al baño, cuando comenzó a sonar mi teléfono.

Un mensaje, dos, tres, cuatro...

«Denis.»

Salí corriendo hacia la cama donde había dejado el móvil. Benedict tenía que haber avisado a Denis de que me había encontrado desnuda en la cocina. Se me caía la cara de vergüenza, pero no podía hacer otra cosa que golpearme la cabeza contra la pared entonando el *mea culpa*, pues en ese embrollo me había metido yo solita. Imaginé a Amargo abriendo mucho los ojos, profiriendo una blasfemia en voz alta y buscando mi número de teléfono para insultarme un poco —vale, mucho— después de ir a enseñarles el culo a todos los cocineros con los que se había asociado.

«A Dulce aún no.»

La palabra *aún* me hizo sonreír una milésima de segundo mientras cogía el móvil, pero estaba claro que, con lo que se me venía encima, no tenían que durarme mucho las ganas de guasa.

Pero no, no era Amargo quien me enviaba mensajes.

No me ignores.

No hemos terminado de hablar.

¿Por qué has terminado abajo tan pronto?

No me habías dicho que sufriera de eyaculación precoz...

No estrellé el teléfono contra la pared porque no tenía dinero para comprarme otro, pero ganas no me faltaron. Abrí la puerta del dormitorio y mi compañera de piso se tronchó de risa.

—¿Sabes lo que ha pasado? —le solté, con mucha rabia, pero no por ella, sino por mí, que a ella ya la conocía y sabía que no era de estarse callada... y, aun así, era mi mejor amiga—. Que le he enseñado el culo a Benedict. Denis no estaba. De milagro no me ha soltado una palmada en uno de los cachetes.

Iris se incorporó hasta quedar sentada en la cama. Encendió la luz de la mesilla de noche y gesticuló mucho con las manos.

—Me tomas el pelo.

—Ojalá...

—¡No! ¡No puede ser!

—Sí, sí puede ser —afirmé—. Me encantaría que no hubiera pasado, pero sí que puede ser. Denis no ha ido a trabajar esta noche. Benedict se ha quedado todo el día con Mario, porque, al parecer, Denis está tratando de sacar dinero por otro lado para comprarle su parte al chef gilipollas lo antes posible.

—¿Y se está prostituyendo o algo así? Porque no es normal estar todo el día fuera y dejar el negocio en manos del señor Picante...

—No sé lo que está haciendo. Agrio no me ha querido dar más información.

—¿Sabes? Sigo oliendo las mentiras.

Salí de su dormitorio, cerré la puerta y apagué el teléfono móvil por si a Iris se le ocurría seguir mandando mensajes para continuar con el interrogatorio. Me metí en mi cuarto y cerré también la puerta y, desnuda como estaba, me lancé con rabia sobre la cama. Por suerte, antes de apagar la luz, recordé que tenía que madrugar para dejar un maldito currículum en Tarragona e intentar conseguir un trabajo que seguramente sería el segundo mayor error de mi vida laboral, a la espera de que se demostrara que no iba a convertirse en el primero.

Iris tenía razón. Había vuelto a mentirle, pero era porque todavía no tenía asimilado que Amargo hubiera salido a buscar un nuevo trabajo para conseguir salvar Come... y que, por ello, se hubiera ofrecido como chef

principal para volver a encumbrar el restaurante del que se había deshecho en el pasado, porque le recordaba demasiado la traición de su esposa y su socio.

¿Cómo demonios iba ese hombre a intentar salvar su restaurante trabajando en otro? ¿Acaso por lo que tenía que luchar no era por levantar de la nada Come y convertirlo en el mejor restaurante de Barcelona? ¿Qué motivos podía haber para que se esforzara por ensalzar el nombre de un negocio que ya no le pertenecía, que ya no era suyo?

No tenía ningún sentido. Por mucho que le pagaran bien siendo el chef principal de ese fantástico local al lado de la playa, tardaría meses en conseguir el dinero que se le debía a Mario. O eso, al menos, me imaginaba, ya que no podía conocer el importe de la deuda ni tampoco el sueldo que percibía un afamado chef al hacerse cargo de una cocina como aquella.

—Como gane una pasta...

Con todo, no pensaba preguntarle por su sueldo, y menos cuando estaba segura de que se me iban a poner los dientes largos. Yo había cobrado una porquería en el mes de prueba en la clínica y no esperaba cobrar mucho más en una residencia de ancianos, donde seguramente haría más trabajo de auxiliar que de enfermera... o, peor aún, los dos trabajos juntos por el sueldo de uno, además de horas extra.

Sacudí la cabeza, confundida con mis emociones. Tenía que alegrarme de que Amargo hubiera encontrado una forma de salvar su negocio, deshacerse de Picante y rehacer un poco su vida, pero no lo conseguía.

Uno de los motivos que identifiqué, mientras daba vueltas en la cama, fue que pensaba que estar nuevamente en ese local le traería otra vez los recuerdos de su exesposa y, si seguía amándola, haría que nuestra relación no pudiera prosperar con su imagen de por medio.

«¿Relación? ¿Estoy loca?»

Otro de los motivos era que aquel restaurante lo alejaba de Come, el lugar donde se suponía que tenía que enseñarme a cocinar; el lugar donde estaba su encimera, para reclinarme; el lugar donde estaba su gorro de chef.

Me revolví por enésima vez en la cama, molesta con el roce de las sábanas sobre mi piel. Ardía de deseo, de indignación, de rabia, de impotencia, de necesidad...

Había bajado esperando encontrar a Amargo y, en su lugar, sí que se me había amargado la boca al enterarme de que no estaba... y de la peor de las maneras posibles.

«No, la peor hubiese sido que me encontrara de esa guisa Picante...»

Denis se había alejado de su restaurante..., el sitio donde yo tenía que abrir la boca... cada vez que me dijera «come»...

La amistad es como el café, una vez frío nunca vuelve a su sabor original, aun si es recalentado.

KANT

Por la mañana tenía un mensaje de Denis.

Encendí el teléfono cuando estaba engullendo un café horrible preparado en nuestra cafetera italiana, recordando el intenso y excitante sabor del que había degustado siempre en compañía de Amargo... sin azúcar, sin nada que no fuera el delicioso tostado que me había enseñado a apreciar.

Espero que la cena no te supiera a poco...

¿Iba con segundas? Porque, desde luego, sí que me había dejado con hambre, y en todos los sentidos; no sólo porque nunca me quedaba saciada de las delicias que preparaban esas manos expertas, sino porque tampoco eran grandes cantidades.

«Sin tonterías. Me quería comer otra cosa.»

Iris se rascaba la cabeza al otro lado de la mesa, con otro café en una taza de propaganda, de una marca comercial diferente a la de la mía. De milagro los platos en los que malcomíamos no llevaban también el logotipo de alguna empresa, porque, desde luego, la mitad de las cucharillas de postre lucían en el mango el sello de Iberia.

La tía de Iris tenía que haber hecho muchos viajes con aquella compañía antes de que les diera por poner cubiertos de plástico y, después, dejaran de dar de comer salvo que te dejaras una pasta al elegir un penoso bocadillo de jamón o tortilla seca.

—No contestaste a mis mensajes anoche.

—Es verdad, me despisté.

Junto con el de Amargo, había encontrado unos veinte de Iris. En las tres cuartas partes de ellos me insultaba por falta de respuesta, por lo que preferí saltarme el aburrido monólogo de mi resentida amiga.

—¿Vas a hacerlo ahora?

—Cuando me tome un café decente y tenga la cabeza más despejada, que esta noche apenas he pegado ojo, decidiré.

En verdad, había tenido un sueño de lo más erótico, en el que Benedict se acercaba a mis nalgas desnudas por un lado, posaba sus manos en mis redondeces plenas y me las separaba con tremenda lentitud. Era normal que hubiera despertado sobresaltada, ansiando más que nunca las atenciones de Amargo, que no había llegado a presentarse para darme de comer... y tenía hambre.

—Te has puesto colorada. ¿En qué piensas?

—Tú eres la bruja, ¿no?

Pero el sueño no terminaba ahí...

Benedict agachaba un poco la cabeza para dejar caer saliva sobre mi piel, humedeciendo el agujero de mi cuerpo que, normalmente, solía permanecer mucho menos húmedo.

—Te la vas a tragar entera.

A mí se me escapaba un gemido al reconocer la voz de Denis, acercándose a mi espalda y aferrando con manos posesivas mis caderas. Las del otro cocinero permanecían ancladas en su sitio, ofreciendo los placeres de mi carne caliente y temblorosa.

—Me voy a tragar todo lo que quieras ponerme en la boca...

—Calabaza —me susurró, con voz ronca—. No sólo voy a ponerte la polla en la boca.

Su capullo presionó mi ano y éste se abrió para él, con angustiosa lentitud,

mientras la presión de sus caderas hacía que mi cuerpo le rindiera los placeres que había ido allí a buscar, entre mis nalgas.

Benedict dijo algo que no era capaz de recordar. Denis le respondió a su vez, pero sólo tenía la vaga sensación de haber asistido a una conversación en la que los dos intercambiaban impresiones sobre cómo seguir alimentándome. Por suerte para mí, en el momento en el que su pelvis se unió con la piel de mis nalgas, las manos de Agrio se alejaron y desapareció su presencia de mi sueño. Y sólo quedó Denis —¿para qué quería más?— arremetiendo de pronto con fuerza, dejándose la garganta en cada gemido, como si quisiera que alguien lo oyera follarme. ¿Tal vez Mario?

«Ni en sueños puedo dejar de tener ideas estúpidas.»

Su polla salió casi por completo, para volver a introducirse con rabia y brusquedad. Cada embestida fue más potente que la anterior. Cada vez que su cuerpo chocó con el mío, me dejó sin aire, sin palabras, sin sentido del decoro y sin maldita vergüenza. Me aferré a la encimera, donde la tabla de madera presionaba contra mis pechos desnudos, librándolos del frío del acero inoxidable que reinaba en toda la cocina. Sobre mi cabeza, las lámparas destinadas a mantener calientes los platos me iluminaban la cabeza, abrasándome la piel que ya de por sí estaba muy encendida.

—¿Tienes hambre?

—Sí — respondí con un hilo de voz, al no conseguir algo de resuello.

—¿Qué quieres comerte?

Estaba clara cuál era la respuesta, pero no pude darla. Me desperté en ese instante, mientras la polla de Amargo vibraba, cobijada en mi interior. Si habría terminado llevándomela a la boca, manchándome la cara con su corrida mientras me exigía que separara los labios para él, o con una última y potente embestida contra mis nalgas... sólo mi subconsciente perverso y salido lo sabía. Porque yo, cuando abrí los ojos en medio de la oscuridad, sólo pude maldecir por haber interrumpido el mejor sueño que recordaba haber tenido en la vida.

—¡Mierda!

La entrepierna empapada, la piel perlada en sudor y los cabellos naranjas revueltos por toda la almohada, como si los hubieran estado alborotando con un secador y muy mala leche, daban muestra de que no había estado soñando con unicornios y ositos de peluche.

—No me gusta que me ignores —me recriminó mi compañera de piso, dando un largo trago a su taza de café.

—Y a mí tampoco que me acosen.

Estaba convencida de que la siguiente réplica de Iris sería decir que la que acosaba allí era únicamente yo, pero no dijo nada. Mi amiga estaba tremendamente rara, pero no iba a ponerme a investigar sobre qué bicho le había picado.

—No vienes a Tarragona conmigo a dejar tu currículum, ¿a que no?

—No me tientes... que el curso es un muermo y me paso toda la mañana pensando en... comida.

Reímos de buena gana, terminando lo que nos restaba de café.

—Pues seguro que a tus padres les encantaría enterarse de que has dejado tu currículum en una empresa, con intención de dejar de ser una mantenida algún día.

—Mis padres no se merecen esas alegrías tan pronto, que aún les guardo resentimiento por haberme quitado los ruedines a la bicicleta cuando ni siquiera sabía cómo funcionaban los pedales.

Otra vez reímos y cada una se fue a su cuarto para adecentar su aspecto. No había duda de que nos iba a costar incorporar a Iris al mundo laboral, pero ése no iba a ser mi problema.

Me vestí con un conjunto que no era el que había elegido la noche anterior, pero eso ya lo esperaba. Siempre me dejaba influir por mi estado de ánimo a la hora de ponerme la ropa y no era previsible que aquella mañana fuera a ser una excepción. El caso es que, después del sueño que había tenido, me sentía

mucho más sexy que cuando elegí las prendas la víspera, así que la sobria y elegante indumentaria dio paso a un vestido sencillo, pero entallado, que complementé con una chaqueta abrochada a la cintura, la misma que había elegido por la noche, antes de enseñarle el culo a Benedict.

Salí de casa más pronto que mi compañera; ella sólo tenía por delante veinte minutos de trayecto, mientras que a mí me esperaba un buen rato en el tren, una hora aproximadamente. Al pasar por delante del restaurante, sentí el tan conocido escalofrío que me estremecía desde que el cocinero había entrado en mi vida. No podía decir que echaba de menos mi aburrida existencia de estudiante, pero tenía que reconocer que dormía más tranquila y me cambiaba menos de bragas. Me giré para continuar mi camino, cuando noté que alguien me miraba desde el otro lado de la pared de cristal que limitaba el restaurante; tras prestar un momento de atención, vi que se trataba otra vez de Benedict. ¿Qué hacía ese hombre en el local a una hora tan poco adecuada? Nadie acudiría allí como cliente salvo si de pronto se empecinaban en dar un servicio de desayunos también. Bien mirado, y ya que estaba claro que les hacía falta dinero, no era mala opción poner su café al servicio de los vecinos, a una hora tan mala para cualquier mortal. Yo, desde luego, si pudiera permitirme ese lujo, prefería despertarme con ese sabor a hacerlo con el brebaje que preparábamos en casa.

Lo saludé con un gesto de cabeza y él respondió de la misma manera. Por muy avergonzada que estuviera, no tenía que perder las formas y Benedict se había portado correctamente conmigo al encontrarme de aquella guisa en su puesto de trabajo. Que a mí me hubiera dado por soñar con él, de forma más que indecorosa, desde luego tampoco era culpa suya.

«Al menos he sacado algo bueno de todo esto. Ha quedado científicamente demostrado que Agrio no fue quien me folló aquella primera vez, porque, si lo hubiese hecho, no habría tenido reparos en aprovechar la ocasión nuevamente.»

Estaba claro que mi razonamiento no se sustentaba más que con las leyes de

la probabilidad, porque lo de que fuera a ciencia cierta... tampoco lo veía, pero sí me servía para animarme a mí misma al pensarlo. La primera vez podía haberse aprovechado de las circunstancias y aquella segunda, al saber que ya estaba liada con Denis —porque lo estaba, ¿no?—, había preferido mantener las distancias. Eso explicaría su comportamiento, pero no tenía ninguna intención de volver a plantearme con cuántos cocineros había acabado follando, porque se me ponían los pelos de punta, por más que me dijera a mí misma que era una mujer libre para hacer lo que quisiera.

Sonrojada, con los ojos clavados en los del turco, que me penetraba duramente con los suyos, oscuros como dos pozos que no concedieran deseos, choqué de frente con alguien a quien no había visto... por estar distraída. Culpa mía. No podía cabrearme con nadie por no ir atenta en la calle, mientras la mente volaba detrás del maldito sueño que... me había arrebatado mi descanso nocturno.

—Lo siento —me disculpé, mirando el pecho del hombre con el que había impactado. Llevaba una camiseta de un personaje de *anime* que no supe identificar, pero que seguro le habría encantado a mi ex.

—Hay que empezar a mirar por dónde vas, Naranjita.

Y me plantó un beso en los labios que no vi venir, pero que quedó justificado cuando mis neuronas procesaron la información que les había llegado de esa frase.

«No, justificado no. ¡Qué leches!»

—Mierda, Dan. ¿Qué haces tú aquí?

Mi ex intentó darme otro beso, pero aparté la cara a tiempo. Entonces me acordé de Benedict al otro lado de la pared de cristal... y me quise morir.

Con el espíritu sucede lo mismo que con el estómago: sólo puede confiársele aquello que pueda digerir.

WINSTON CHURCHILL

Resultaba que mi querida y exasperante amiga del alma había recibido un mensaje de Daniel —yo siempre lo había llamado Dan, alias Amante cero, y por más de un motivo— avisándole de que pasaría en Barcelona unos días y que había pensado en darme una sorpresa. Y, claro, a Iris, que le encantaba torturarme con todas las vueltas de tuerca que podía ofrecerle la diosa Fortuna, había visto el cielo abierto para gastarme una nueva broma y le había asegurado a mi ex que no me diría nada y que, por supuesto, podría quedarse a dormir en casa con nosotras... conmigo, en mi cama.

No subí al piso otra vez, hecha una furia, porque eso hubiese supuesto perder el tren. Dan —al que había que enseñar a dar, y no quedarse meramente en recibir, de ahí que usara ese diminutivo— se ofreció a acompañarme a Tarragona, pero le insistí para que hablara primero con Iris, pues ya llevaba mucha prisa para esperar a que dejara la maleta en el piso y bajara.

—Tardaré sólo un momento...

—Es una entrevista de trabajo —le expliqué—. Prefiero ir sola.

—Pero podemos ir charlando en el tren...

—¿Necesitas que te diga que no directamente? —repliqué, poniéndome borde. No me gustaban las sorpresas y los dos lo sabían—. Porque te lo digo directamente y listo.

Daniel cerró la boca y asintió con la cabeza, convencido de que no había

nada que hacer. Sin darle opción a seguir hablando o a preguntarme si había alguien en el piso que pudiera abrirle la puerta, seguí calle arriba para intentar llegar a tiempo a la estación.

—¡Maldita Iris! —murmuré, demasiado alto como para que los que caminaban a mi alrededor no pensarán que se habían cruzado con una lunática—. ¿En qué coño estaba pensando?

Sin embargo, estaba claro en lo que pensaba. Le fascinaba hacer el tonto, llevándome al borde del precipicio, como si fuera un conejillo de Indias con la que hacer experimentos. Había tenido su gracia en la universidad, cuando me ponía en compromisos inimaginables y las dos acabábamos muertas de risa, pero en ese momento andaba tan saturada y de tan mal humor que cualquier cosa me habría molestado. Además, aquello no era «cualquier cosa».

¿Qué iba a hacer yo en casa con Dan? Si pensaba que iba a dormir en mi habitación, iba listo... y ella, también, que antes lo metía en su cama.

—¿Y lo del beso? ¿A qué mierda ha venido, joder?

Estaba claro que no sabía pensar mentalmente, así que había aprendido a resignarme a que me miraran mal por la calle cuando hablaba conmigo misma. Una señora estuvo a punto de reprobarme que estuviera lanzando tacos, pero en el último segundo cerró la boca y se lo agradecí, intentando tener un poco más de cuidado.

Vale, era verdad que no había roto oficialmente con Dan al finalizar el verano, aunque tampoco habíamos mencionado que fuéramos a volver a acostarnos, ni habíamos empezado diciendo que aquello era una relación al uso. Para mí estaba claro que aquello había pasado de forma circunstancial y que nuestro lío de un par de semanas —de acuerdo, dos meses— no se iba a prolongar en el tiempo una vez regresáramos ambos a nuestras respectivas rutinas. Por mi parte, desde luego, no había tenido ningún tipo de contacto al llegar septiembre y él, salvo por un par de mensajes que me envió los primeros días y a los que respondí con secos monosílabos que no pudieron

dejarle buen sabor de boca, tampoco. Por lo tanto, y salvo que a Iris se le hubiera ocurrido comentarle lo contrario, era evidente que sólo habíamos compartido un par de polvos malos... No, quince polvos malos, del primero al último. Patético, lo sé, pero en el pueblo no había mucho que hacer y acostarme con él era lo menos malo de todas las opciones tras la caída del sol, porque, mientras hacía calor, podía perderme en la playa.

—Como vuelva a intentar besarme..., lo abofeteo.

Ya veía a Benedict avisando a Denis de que aquella pelirroja con la que le había dado por tontear para despejarse un poco y apartar su mente de la jodida realidad que lo rodeaba en aquel momento, además de ir enseñándole el culo a todo el mundo... también lo besaba.

Bueno, tal vez a todo el mundo no, pero eso tampoco podía asegurarlo. Y, como no estaba claro que tuviera la oportunidad de explicárselo en persona, a no ser que me envalentonara y me fuera al local de la playa, la cosa sonaba bastante mal.

—Los voy a matar a los dos —sentencié, refiriéndome a Iris y a Dan, y en mi mente añadí también a Benedict, por chismoso.

La misma señora de antes, que se había sentado frente a mí en el sentido contrario de la marcha, volvió a mirarme mal. Estaba claro que no era de buen gusto bromear con matar a nadie, y menos después de la cantidad de atentados terroristas que comentaban en las noticias. Para ella, podía ser una pirada a la que no le importara llevarse a un par de personas por delante, y no precisamente a las que tenía en mente... o, peor aún, a ambas.

Cené poco. Habría abierto otra vez la boca.

Respondí al mensaje de Denis tarde, o no todo lo temprano que habría sido deseable. Me debatí entre la opción de decirle que quería ir a verlo o dejar que saliera de él la posibilidad de tener un nuevo encuentro, sin interrupciones, sin socios canallas dando la brasa o sin fantasmas de exesposas que empañaran la cita... la no cita... lo que fuera...

La había liado, y bien gorda, al poner mis ojos en un hombre como Amargo, pero, como la posibilidad de apartarme de él sin más no era de mi agrado, tenía claro que habría que empezar a desenredarlo todo antes de que me hiciera tropezar y me rompiera todos los dientes.

Benedict me contó que bajaste a buscar... ¿más comida?

Era una forma diplomática de decirlo, desde luego. Me sorprendió que respondiera tan rápido, pero, cuando miré el reloj, comprobé que había pasado más de media hora entre un mensaje y el otro, por lo que había recorrido casi la mitad del viaje en tren, mientras le daba vueltas a todo en mi cabeza, disgustada con la situación.

Sí, más comida. ¿Para cuándo la próxima clase?

Llegamos a Tarragona y él todavía no había contestado; como necesitaba todos mis sentidos para no perderme en mi trayecto hasta la residencia de ancianos, dejé de estar pendiente del teléfono. Eso sí, me di el gusto de enviar un mensaje antes de bajar en la estación.

Dan duerme contigo esta noche, que lo sepas.

Mi querida amiga, que no sabía vivir sin el móvil cerca, respondió en medio de la clase a la que estuviera asistiendo.

Es tu novio y tú, muy celosa. No tengo ganas de que me cortes el cuello.

Te lo voy a cortar de todas maneras, majadera. Y no es mi novio.

Pues vas a tener que explicárselo, porque él no lo sabe...

Lo que me faltaba para empezar un día como aquél.

Llegué a la residencia después de perderme sólo tres veces, y no lo hice más porque mi GPS para torpes se apiadó de mí y me llamó gilipollas cuando volví a equivocarme en el mismo sitio la segunda vez.

«Estás cometiendo el mismo error. Por favor, presta atención a lo que te digo o guárdame en el bolsillo.»

Sí, así de buena era la relación que tenía con la aplicación instalada en el móvil. Por suerte, había podido elegir la voz del maromo que me llamaba la atención cada vez que me equivocaba y en alguna que otra ocasión lo había hecho aposta para oírlo reprenderme, de forma muy sexy.

Sin embargo, ese día no era el caso y estaba tan susceptible que olvidé que se trataba de una máquina y lo insulté. Sólo un poquito, pero lo hice.

Llegué a la puerta de la residencia y, al localizar el departamento de Recursos Humanos, me topé con unas veinte chicas haciendo cola, con carpetas muy parecidas a la mía y con las mismas esperanzas que yo, aunque una servidora llevaba enchufe. Tras de mí, diez minutos más tarde, había otra veintena de chicas más, y tres enfermeros del sexo masculino, simulando un baile de la conga un tanto peculiar. Imaginé que todos los que estábamos reunidos allí optábamos a los mismos puestos de enfermería, ya que no tenía conocimiento de que se hubieran abierto más listas de contratación, pero eso era presuponer demasiado.

Tardé más de media hora en hacer el registro de mi currículum y, cuando por fin fui libre, no me entraron ganas de regresar a casa. Por un lado, sentía una enorme curiosidad por la residencia y por su modo de trabajar, por lo que se me ocurrió que preguntar a alguna de las enfermeras de plantilla podría indicarme si debía regresar a aquel despacho y quemar mis papeles antes de que se les fuera a ocurrir contratarme. Pero, estaba claro, lo que me hacía arrugar la nariz cuando pensaba en meterme nuevamente en el tren era que, al otro extremo de ese viaje, iba a ver irremediabilmente a Dan... y no quería hacerlo...

Sólo encontré a una chica con pinta de ser compañera de fatigas antes de

salir de la residencia. Después de todo, no podía quedarme vagabundeando eternamente por allí, sin tener el nombre de un paciente al que ir a visitar, por lo que no me atreví a cambiar de planta. Esa soledad de la enfermera me indicó que no iban muy sobrados de personal y me imaginé la sobrecarga de trabajo, ya que los lunes eran días muy malos.

—¡Corre, insensata! —exclamó la enfermera cuando, con toda mi cara, le pregunté si merecía la pena acabar trabajando allí. ¿Estaba emulando a uno de los personajes de *El señor de los anillos* o me lo había imaginado? ¿Cómo se llamaba el mago con pinta de no haberse bañado en siglos?—. No, es broma. Comparado con otros sitios en los que he estado, éste no está mal.

No era decir mucho de las condiciones de trabajo, desde luego, ya que podía haber estado en la misma clínica que yo, con el mismo contrato, y más bajo dudaba que se pudiera llegar.

Salí de la residencia con la sensación de estar metiendo la pata, pero consciente de que, si no conseguía un curro, la cosa no iría a mejor, así que preferí pensar que el vaso estaba medio lleno en lugar de medio vacío y que sería capaz de encontrar la jarra para rellenarlo cada vez que se vaciara.

«Siempre puedo recurrir al vino, ahora que me ha enseñado a beberlo.»

—¿Me ha enseñado? —me pregunté a mí misma, haciendo que uno de los celadores de la entrada me mirara de forma muy rara—. Me ha servido un par de copas solamente...

Cuando me quise dar cuenta, había llegado a la estación siguiendo las indicaciones del GPS. No sabía cómo había ocurrido, ya que normalmente tardaba mucho más en entenderlo; era la primera vez que esa voz sexy no me regañaba por algo.

Mientras esperaba en el andén, le escribí un mensaje a Iris.

Que sepas que voy de regreso.

Que sepas que te está esperando, y que yo no estoy en casa.

Que sepas que voy a matarte.

Que sepas que habrá merecido la pena...

Es totalmente cierto que el vino gana con la edad: cuanto más viejo me voy haciendo, más me gusta.

ANÓNIMO

—¿Qué demonios has venido a hacer aquí?

No tenía ganas de andarme por las ramas. Cuanto más pronto se diera cuenta de que a mi cuarto no era bienvenido, antes conseguiría que entendiera que su sitio estaba en un hotel si no tenía más amigos en Barcelona.

—Estoy interesado en un máster y me han hablado muy bien de uno que se imparte aquí —respondió, comiéndose uno de los yogures que habíamos comprado Iris y yo con el poco dinero que teníamos—. Además, estás tú.

—Yo llevo aquí bastantes años —solté, con la cara encendida—, y ése nunca ha sido un motivo para visitarme.

—Me han concedido una beca.

—Me alegro por ti.

—Y da la casualidad de que...

—Dan, al grano.

Sí, lo reconozco: estaba resultando más borde de lo necesario, pero, si ya antes había sospechado que el sexo con él era una mierda, haberlo descubierto de la peor de las formas posibles —o la mejor, según se mirara— no me ayudaba mucho a verlo con buenos ojos.

—Le había comentado a Iris que hacía tiempo que me quería mudar a Barcelona y hace una semana me dijo que necesitaba a alguien que pagara el alquiler por ti, que andabas corta de pasta. Mi beca parece ser la solución a todos vuestros problemas...

«La mato. Está decidido.»

—¿Y te ha sugerido que pagues mi alquiler a cambio de...?

—De vivir aquí, si decido hacer el máster en Barcelona.

—Ni de broma. No hay sitio.

—Pagaría la mitad del alquiler...

—¿Sabes? Tal vez sea buena idea —le grité, muy enfadada—. Tú entras y yo salgo.

—Naranjita...

—¿Nadie sabe llamarme por mi nombre, maldita sea?

—Creo que no estás en posición de marcharte a ninguna parte —me dijo, muy resuelto. ¿Quién demonios se creía que era aquel imbécil? ¿Iris lo había puesto al corriente absolutamente de todo? Entendí, de pronto, cómo se había sentido Denis cuando Mario me contó su vida y me sentí peor que fatal—. Estoy dando una solución muy práctica al problema.

—Mi problema es mío —repliqué, siendo reiterativa—. *Mi* problema. —Hice mucho hincapié en el posesivo—. Mío. Y está casi solucionado. Pronto empezaré a trabajar en una residencia de ancianos.

«¡Yuju! ¡Qué ilusión!»

La ironía no era mi fuerte, pero en mi mente sonaba mucho mejor, y por ello conseguí no decir nada en voz alta... o eso creo.

—¿Y si no te dan el puesto? —preguntó él, como si pudiera activar en mi mente el temor a ser rechazada, incluso con enchufe—. ¿Quieres volver al pueblo?

—¿Desde cuándo sabes tanto de lo que quiero o no quiero hacer?

—Iris me ha puesto al corriente.

«La buena de Iris...»

—Mira, Emma —prosiguió—. No sé qué mosca te ha picado desde el último día que nos vimos, ni si ha sido sólo una, pues da la impresión de que lo ha hecho toda una familia, pero trata de ver las cosas con perspectiva. Necesitáis dinero, y yo, una casa. No es tan alocado, conociéndonos los tres.

—A Iris apenas la conoces...

—Y, a pesar de ello, está siendo más agradable que tú.

Que hubiera aprendido a reprenderme no me hacía sentir nada bien.

—Si consigo el trabajo, te marchas —solté, tajante. Nadie habría dicho que hasta hacía unos meses aprovechábamos la luz de la luna para meternos mano... mal y rápido, pero meternos mano al fin y al cabo.

—Si consigues el trabajo, te puedes marchar tú —comentó, de forma resuelta—, que Iris me dijo que aquí había un hueco para mí.

—¿Y qué ibas a hacer tú aquí, si no estoy yo?

Vale, la pregunta me había quedado muy prepotente, pero así estaban las cosas. El único motivo por el que ese chico estaba en el piso de la tía de Iris tenía que ser que deseaba que lo nuestro, fuera lo que fuese, funcionara. Por lo tanto, si yo salía por la puerta, no había excusa para que se quedara en nuestra casa, usando mi cama.

No, no me gustó sonar tan arrogante, pero, como ya lo había dicho, no había motivos para ponerme a rectificar.

—¿Desde cuándo eres el centro del universo?

—Te vas.

—Te vas tú —respondió, enfadado—. ¿No quieres verme? Ahí tienes la puerta.

Y se lanzó sobre el sofá, colocándose las manos detrás de la nuca, como hacían los altos ejecutivos al poner los pies encima de la mesa de su despacho. Dan no fue menos, pero sobre la mesa del salón.

«Iris, te juro que te mato.»

Dijo la rana al mosquito desde una tinaja: más quiero morir en el vino que vivir en el agua...

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Me marché de casa antes de que llegara Iris y me puse a vagar por las calles, pensando en que en verdad tenía ganas de dejarlo todo y marcharme al pueblo. Sin embargo, esas ganas me duraron sólo un instante, justo hasta la primera esquina.

Mi exnovio, metido en casa. Mi mejor amiga, conspirando contra mí. Mi amante, perdido de vista...

Voy a estar un poco liado de momento, pero te prometo que, en cuanto encuentre el hueco, te enseñaré un par de... cosas.

No había visto el mensaje de Amargo hasta ese instante. Había llegado mientras discutía con Dan en el piso. Imperdonable.

Bueno, quizá debería decir que conversábamos de forma poco amistosa. No entendía cómo se había vuelto tan desagradable ese chico, cuando hacía apenas unos meses se desvivía por mí, tratando de impedir que mis ojos se posaran en ningún otro, ¡como si hubiera mucho donde elegir en el pueblo!

—Tú has empezado primero, Naranjita —me dije en voz alta, usando el mismo apodo que utilizaba Daniel conmigo—. Ha llegado con muy buen talante y lo has espantado. Venía dispuesto a reconquistarte.

Eso, en verdad, no lo sabía, pero resultaba muy raro que, después de unas cuantas semanas en las que había guardado absoluto silencio, dejando claro

que entre él y yo había una distancia insalvable, tuviera esas pretensiones.

Y esa distancia no era solamente la que se podía medir en metros si regresaba a Madrid, donde residía, ya que en el pueblo de mis padres sólo pasaba las vacaciones.

Era imposible que me estuviera ocurriendo todo eso, pero quedaba claro que Iris era impredecible y que esa vez había vuelto a romper su propio récord de maldad.

Miré los papeles que tenía en la mano y me di cuenta de que no sabía por dónde empezar. Simplemente los había cogido para tener una buena excusa para salir de casa, y de pronto estaba allí, planteándome qué hacer con ellos. Lo más lógico hubiese sido hacer aviones y echarlos a volar, pero algo me decía que tenía que tener un plan B, e incluso hasta un plan H, porque la cosa pintaba muy mal... Bueno, al menos no pintaba genial, para no ser tan pesimista.

Un plan H para seguir con el Señor Hache.

—No pierdo nada por intentarlo.

Decidí que debía volver a repartir los papeles, mi currículum impreso tantas veces que ya había perdido la cuenta, por todos los centros sanitarios de la zona, porque no podía fiarme de que la tía de una compañera de Iris fuera a interceder por mí sin conocerme de nada... o, al menos, no podía estar segura de ello, y más después de comprobar la cantidad de enfermeras que se habían postulado para el puesto, igual que yo.

Miré el reloj y calculé que, siendo las doce, podía acercarme aún a un par de sitios antes de que las oficinas de los centros sanitarios cerraran, por lo que comprobé en la aplicación de mi móvil lo que podía tardar de un lado a otro y por dónde tenía que empezar.

Sí, yo y mis aplicaciones de móvil para no perderme en Barcelona.

Fue agotador, pero logré colocar mi currículum en cuatro clínicas privadas, ya que había perdido toda esperanza de conseguir algo en una pública y ni lo intenté. Llamé a Iris para asegurarme de que estaría en casa a la hora a la que

iba a regresar yo, porque no tenía ninguna intención de pasar más tiempo a solas con Dan, y, cuando me aseguró que no se perdería nuestra conversación por nada del mundo, emprendí el camino de vuelta a casa.

Por supuesto... me perdí, dos veces.

Iris se preocupó por mí cuando vio que no llegaba a la hora del almuerzo. Le tuve que prometer que no había tratado de alejarme de casa, pero, hasta que no me vio entrar por la puerta, no se quedó tranquila. Supe, por la cara que tenía, que intuía que con esa última broma se había pasado de la raya... y mucho.

—¿De verdad no sabías llegar aquí? —me preguntó mi compañera, poniendo un par de cuencos sobre la mesa. En una de las sillas ya estaba sentado Dan. Parecía que a mí me iba a tocar un taburete—. No me lo puedo creer...

—Entonces es que aún no me conoces, después de todos estos años. Me pierdo hasta en el baño.

—Doy fe de ello —corroboró mi ex, con una sonrisa de malicia en los ojos—. Más de una vez no supo regresar a casa después de alejarnos con el coche para...

—¡Dan! —grité, escandalizada porque pudiera ponerse a airear con tanta facilidad nuestras intimidades. Cada vez me arrepentía más de haber compartido más que sudor y saliva con él.

«Lo mismo pienso de Picante. Últimamente me molesta cualquier hombre que no sea Denis.»

Eso era cierto. No podía negar que, desde que había entrado en mi vida, había cambiado de forma radical. Por desgracia, todavía no podía decir que fuera para mejor, pero los cambios siempre se consideraban buenos y no pensaba tratar de demostrar lo contrario.

—Deja que el muchacho hable —me reprendió Iris, cruzando los dedos de ambas manos para apoyar la cabeza en ellos, como si necesitara centrar toda

su atención y lo de sostenerla sin ayuda llevara demasiado esfuerzo extra—. No seas maleducada con nuestro invitado.

—Con *tu* invitado —la corregí—, que todavía quiero ver dónde vas a ponerlo a dormir.

—¿No iba a dormir contigo? —me preguntó él, con mirada inocente pero maliciosa a la vez. ¿Cómo demonios se podía poner ese gesto?

¿Qué había pasado con el chico con pinta de mojigato que me había estado metiendo los dedos en orificios íntimos como si no supiera dónde tenía la mano derecha y la izquierda? ¿Me había estado tomando el pelo o se había espabilado, milagrosamente, en menos de dos meses? No podía ser verdad, porque, como lo fuera, me iba a entrar un pronto muy malo y acabaría abofeteándolo. Los siete males. Las siete plagas. Siete cualquier cosa con tal de que fuera devastador.

—Eso, ¿no iba a dormir contigo? —preguntó también mi compañera salida del infierno—. Es por la confianza, ya sabes...

—Muy graciosa.

Iris moderó el tono, consciente de que no le iba a permitir ni un exceso más, y menos con la racha que llevaba y con las calamidades que se iban sucediendo en mi vida. O quizá fue porque vio que estaba a punto de echarme a llorar de la impotencia, eso también.

—Ya le he buscado una almohada y un juego de sábanas —comentó, como si Dan no estuviera presente—. Puede dormir en el sofá.

—La cosa es que no entiendo por qué tiene que hacerlo aquí.

—¿Os molesta si entro en la conversación o preferís que siga escuchando como si no fuera conmigo?

Lo miré, ofuscada, pero estaba claro que no era normal que no pudiera decir nada, así que me recliné sobre la mesa y alcé la mano, dándole paso. Iris puso una fuente con ensalada en el centro de la mesa y pude distinguir una bandeja con pasta en la encimera, así que ya tenía controlado el menú del almuerzo y era mucho peor de a lo que me había acostumbrado mi cocinero.

Lo echaba de menos... y no sólo por las comidas.

«Por el café... un poco.»

—No entiendo que te moleste tanto que haya venido...

—No entiendo que te asombre tanto cuando me he enterado de improviso y hace más de un mes que no mantenemos ningún tipo de contacto.

—Porque tú quieres...

Bufé, muy fuerte.

—Porque yo quiero —le reconocí—. No pretendía hablar de ello con público delante, pero, si la idea es hacerlo, allá va: lo nuestro terminó el día que cerré la maleta para regresar a Barcelona. Creí que habías entendido que lo nuestro no tenía futuro.

—Pero porque vivíamos en dos ciudades a más de cinco horas de distancia entre ellas —justificó Dan—. Eso puede cambiar si decido hacer el máster aquí.

—Eso no va a cambiar, aunque estudies aquí.

Dan tamborileó con los dedos sobre la mesa, impaciente.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque se está acostando con otro —lo informó Iris, sin cortarse un pelo. Había miles de formas de decirlo y casi todas eran mucho más diplomáticas que aquélla.

«Pero ninguna tan efectiva...»

Por la cara que puso Dan, comprendimos que no se lo esperaba. Yo tampoco lo habría creído posible, y más sabiendo con quién me acostaba. Vale, tal vez no podía asegurar más que al noventa y nueve por ciento con quién me acostaba, pero era una probabilidad muy alta como para estar preocupándome por un insignificante uno por ciento.

«Que puede suponer que esté metiéndomela un turco.»

Un hombre que pasaba con creces los cuarenta, divorciado y con dos pequeños a los que no podía ver porque su esposa le ponía todo tipo de

impedimentos y además se acostaba con su exsocio... No, seguro que no era el tipo de hombre que Dan tenía en mente. Yo tampoco lo había tenido.

—¿Ya estabas con él cuando volviste conmigo?

—¡Yo nunca volví contigo! —grité, molesta—. Y no, no estaba con él. No voy acostándome por ahí con varios a la vez, si es eso lo que te preocupa.

«Bueno, eso no es del todo cierto, que mi historial de cocineros indica otra cosa.»

Podía entender que Dan estuviera molesto, pero en ningún momento le había dado esperanzas de que lo nuestro fuera a ser algo más que un simple polvo —que sí, que había sido más de uno, y más de diez, también—. Resultaba evidente que había cometido un error al dejarme llevar por el aburrimiento del pueblo, y más tras nuestra primera ruptura. Dan podía haber llegado a tergiversar lo sucedido y allí estaba, con el pecho lleno de esperanzas y la maleta llena de ropa. La situación no me hacía sentir nada cómoda, pero no podía cambiar a la amiga capulla que tenía y ella no iba a deshacer el embrollo en el que me había metido. Tal vez, incluso, creyera que me estaba haciendo un favor con lo de buscar a alguien que pagara parte del alquiler.

Estaba pensando en todo eso cuando sonó mi teléfono y la foto de mis padres apareció en la pantalla. Agradecí aquel paréntesis en la conversación, aunque estaba segura de que la llamada no iba a depararme nada bueno. Mis padres, a esa hora, solían dormir la siesta, y que estuvieran usando el móvil no era buen presagio. Me disculpé y contesté, descubriendo que era mi padre el que me saludaba desde el otro lado de la línea, pero con una voz seca y poco amistosa. Vamos, que lo de saludarme era más bien un eufemismo.

—Ha llegado una carta a casa, Emma —me informó—. ¿Has vendido el coche?

No había pensado en la posibilidad de que el tema de la venta llegara a oídos de mis padres antes de que tuviera ocasión de explicárselo por tener mi domicilio oficial en el pueblo. Era la primera vez que vendía una propiedad y

no estaba familiarizada con ese tipo de trámites. Por suerte, no había cometido ningún pecado. Mi padre tenía que entenderlo, ¿no?

—Sí, papá —le confirmé, poniendo cara de circunstancias, aunque no pudiera verla—. El arreglo no merecía la pena, porque era excesivamente caro y, al menos, así he podido recuperar parte del dinero.

—¿Y cuándo vas a comprarte otro? ¿Ya lo tienes mirado?

Lo preguntó con calma, como si mi explicación le hubiera resultado convincente. Habría respirado hondo, aliviada, de no ser porque estaba claro que él lo oiría, y mi padre era muy de preguntar. «¿Por qué suspiras?», me hubiese dicho.

—De momento... no. Voy a esperar a conseguir el dinero que me falta.

—¿No te llega bien con lo que ganas? ¿No decías que te ibas a poner a trabajar otra vez?

Tragué saliva. Resultaba indudable que allí se encontraba el punto de inflexión: o decía la verdad y esperaba un par de gritos por haberlo ocultado o directamente empezaba a mentir a mis padres. Una cosa era no informarlos y otra, muy diferente, engañarlos de manera deliberada.

Y se me daba muy mal mentirles.

Se me daba mal mentir, así, en general.

—Ahora mismo estoy buscando un nuevo empleo, papá. No me renovaron el contrato y es complicado conseguir algo en esta época del año. Mamá ya lo sabe.

Silencio al otro lado de la línea telefónica. Cuando mi padre permanecía de esa forma, sólo podía significar una cosa... y era que estaba preparando una frase tan lapidaria que sería incapaz de rebatírsela; algo que me dejaría sin respuesta, o tal vez a las puertas del llanto. Mi padre era muy de hacerme llorar por cosas insignificantes, no digamos lo que podía salir de todo aquello.

—¿Has vendido el coche para poder pagarle el alquiler a tu amiga?

No tendría carrera universitaria, pero me daba mil vueltas a la hora de razonar. Era normal que hubiera entendido desde muy pequeña que no había

que mentir a papá y mamá. En mi caso, básicamente, porque siempre me iban a pillar en todas las trolas.

—No exactamente —respondí, sabiendo que tenía que ser muy cuidadosa a la hora de elegir las palabras para contestarle—. He vendido el coche porque no tenía dinero para pagar la reparación... y ciertamente he invertido lo que me han dado por él en el alquiler. Así, al menos, le pago un par de meses a Iris.

Y listo. No había sido tan complicado. No había mentido y mi padre aún no me había gritado.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo?

Aquello iba a doler.

—Cuando tuviera un nuevo trabajo y estuviera todo resuelto. Ya he empezado a buscarlo y mamá lo sabe. Es sólo cuestión de...

—¿Tiempo? —me interrumpió—. ¿Ese que no tienes, porque no tienes dinero? ¿En una época que dices que es mala para encontrar un puesto de trabajo decente?

«O indecente...»

—Papá...

—Es muy fácil, Emma. Quedamos en que podrías vivir en Barcelona siempre y cuando fueras capaz de costear tus gastos, pero está claro que no lo estás gestionando bien.

—Era mi coche, papá. No he cometido ningún pecado. No podía repararlo, así que era mejor sacarle algún rendimiento.

—¿Y no te planteaste que, tal vez, yo hubiese preferido darte el dinero para que no tuvieras que llegar a eso?

—No quería que pagaras nada...

—Tarde, después de cuatro años viviendo en Barcelona. Hemos pagado todos tus estudios desde que estás ahí, con la condición de que te comportaras como una adulta.

—Y eso he hecho —repliqué, molesta con la conversación.

Quedó patente que mi padre no se creía que el coche había tenido una

avería. Para él, lo que había pasado no tenía más explicación que el del arranque caprichoso de una niña pequeña que, al no tener forma de pagarse los gastos, empezaba a vender sus pertenencias. Por desgracia, no tenía forma de demostrarle que eso era mentira, salvo haciendo que hablara con el mecánico.

«Que podía perfectamente mentirle, así que pensemos en otra cosa.»

—No, Emma. Nos has ocultado tus problemas económicos a tu madre y a mí... y son graves.

—Eso no es dejar de comportarme como una adulta. Es hacer las cosas de forma diferente a lo que tú harías, pero no por ello...

—Hasta que no te quedara más remedio que regresar a casa porque no fueras capaz de pagar el alquiler, no nos habríamos enterado de que no conseguías un nuevo trabajo.

—¿Y eso es tan grave?

Me temblaban hasta las orejas después de responder a todas las frases de mi padre, pero sabía que la conversación estaba llegando a su final.

—Nos prometiste que, si no había trabajo, volverías a casa y te dedicarías a cuidar a la señora Serrano, y que ya regresarías a la carga en las siguientes vacaciones.

Era lo malo de tener un padre con tan buena memoria. Y era lo malo de haber sido una bocazas y pensar que iba a ser capaz de conseguir y mantener un puesto de trabajo. Maldije por lo bajo el momento en el que había desafiado a aquellas enfermeras, porque estaban a punto de ser las causantes de otro de mis dolores de cabeza. Quizá, el más grande de todos.

—La señora Serrano está a punto de morir, papá, así que tampoco me va a durar demasiado ese puesto.

Sabía que era una pataleta sin sentido, ya que alegar que la pobre anciana no tenía mucha esperanza de vida era de las cosas más crueles que había dicho en mucho tiempo. Que estuviera ya en cuidados paliativos y que su hija necesitara desesperadamente contratar a alguien que la ayudara a atender a la señora eran dos buenos motivos para pensar que era un trabajo hecho a mi

medida, en un pueblo que conocía, pudiendo usar la casa de mis padres para ahorrar algo de dinero hasta el siguiente verano...

Todo lo que yo no quería.

—Pues yo que tú empezaría pronto a trabajar con ella, no vaya a ser que al final no te necesiten.

La voz de mi padre sonó autoritaria y tajante. Estaba dando por finalizada la conversación y no había nada que yo pudiera añadir para hacerle cambiar de parecer. Sin trabajo, al menos, iba a ser imposible.

Resoplé, cansada.

—Empieza a hacer la maleta, Emma. Regresas a casa.

Lo importante no es lo que se come, sino cómo se come.

EPICTETO

Como no podía ser de otra manera, no iba a tener suerte tampoco en esta ocasión. Mi única esperanza para librarme de regresar al pueblo a la orden de «ya» de mi padre era conseguir el trabajo en la residencia de ancianos de Tarragona. Y no me habían llamado para ofrecerme el puesto.

Ni con enchufe me iba bien.

El karma estaba en mi contra, sobre todo tras haber pensado —y dicho en voz alta— que no me apetecía nada cuidar de una señora moribunda en su propia cama, con el único aliciente de esperar hasta que su hija regresara junto a ella al mediodía para poderme ir a almorzar luego a casa de mis padres. Y después... ¡tarde libre! Recorrer las calles del villorrio, vacías de todo salvo de las piedras del adoquinado; tal vez llegarme hasta el acantilado, para pensar en tirarme y acabar con todo.

Patético.

Después de haber sido una mujer independiente y cosmopolita, no sabía si iba a ser capaz de volver a lo que había sido mi vida de adolescente.

El problema era, desgraciadamente, que mis padres no me veían como a una mujer, sino como a una cría. Imagino que es lo que le pasa a cualquier chica de mi edad, seguramente, pero a ellas a lo mejor no las obligaban a regresar al pueblo después de acabar la carrera universitaria.

Porque, ¿qué podía esperar de la vida si volvía? Una tienda de víveres que abría sus puertas sólo días alternos, un bar que cerraba a las diez de la noche y

que siempre estaba lleno de ancianos jugando al dominó —o tal vez cerraba sus puertas un poco más tarde si había partido de fútbol que retransmitir— y una plaza en el centro de la población, donde iban los pocos vecinos a ponerse al día con los últimos cotilleos sobre la Esteban o la separación de la actriz de turno. Se me erizó todo el vello al pensarlo.

Lo de llegarme hasta el acantilado, según cómo lo mirase, hasta podía parecer una buena idea.

—Siguiente opción: ¿trabajar de cualquier cosa que pague el alquiler?

Iris iba a la desesperada, y yo también.

—No me lo van a permitir. Si les digo que me mantengo a duras penas y encima sin trabajar de lo mío, me llevarán a rastras hasta casa.

—¿Y por qué se tienen que enterar?

—Porque no voy a mentirles si me preguntan... y van a preguntar; mucho, además.

—Pues opino que en este punto va a ser más agradable mentirles que regresar al pueblo.

Miré a mi alrededor y vi las cosas de Dan esparcidas por el salón. Tal vez no era tan mala idea volver a mi propio cuarto, con mis peluches sobre la cama, los pósters de la *Súper Pop* pegados en las paredes y mis libros en las estanterías, tal como lo había dejado todo mi madre cuando me marché a la universidad. Pensar que, si me quedaba, debería compartir el piso con Iris molestándome y Dan haciendo lo que fuera a hacer —que todavía no quedaba claro lo que quería hacer allí— tampoco me agradaba demasiado.

—Pues que Dan nos ayude con el alquiler es una buena oportunidad. Trabajando de camarera podrías...

—Por última vez, Iris: mis padres no me van a dejar que trabaje de camarera, así que no vuelvas a mencionarlo.

—¿Y si les dices que te estás acostando con el chef más prometedor de toda Barcelona?

Los ojos le brillaron con la idea.

—Mejor no.

Mi padre podría desencadenar la tercera guerra mundial si se enteraba de que me había liado con un hombre que casi tenía su edad... o que la tenía, que no me había quedado claro aún ese pequeño dato sin importancia. Desde luego, no era una buena idea hacerlo partícipe de esa información; al menos... hasta que me preguntara directamente por ello.

«Emma, ¿sales con algún hombre mucho mayor que tú y que trabaje en un restaurante?»

Si no me hacía exactamente esa pregunta, siempre podría responder que no. En verdad, si no me preguntaba si me acostaba con él —ya que lo de salir era un término que no acababa de cuadrar en nuestra extraña relación—, también podría decirle que no. Y, por suerte, no veía a mi padre preguntándome si estaba teniendo sexo con alguien... así que, de momento, mi secreto a voces estaba a salvo.

—Repartiré todos los currículos que pueda; dejaré mi número de contacto en todas las residencias, ofreciéndome a cuidar a personas enfermas en su domicilio —mejor hacerlo en Barcelona que en el pueblo, llegado el caso, y así lo pensaba mientras lo decía— y, si no he conseguido absolutamente nada en una semana, tendré que hacer la maleta.

—Tienes pagados tres meses de alquiler...

—Pero sólo eso, el alquiler. Si nos ponemos serias, no puedo ayudarte con la compra de la comida ni con el resto de los gastos. Soy una carga, y lo sabes. Con seiscientos euros nos da para vivir sólo dos meses, no tres, que hay otros gastos que cubrir.

—No si Dan se queda con nosotras...

—No entiendo muy bien lo de Dan —dije, aprovechando para cambiar de conversación y deshacerme un poco de la mala leche que había acumulado por ese motivo—. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué lo has hecho?

Iris se encogió de hombros y apartó un par de prendas de ropa del sofá. Dan había dormido allí aquella noche y, al marcharse por la mañana para

informarse directamente acerca del máster, no se había parado a pensar que estaba dejando el salón hecho un vertedero. O, precisamente, había considerado que nos lo merecíamos por haberlo hecho dormir en el sofá en vez de en el dormitorio de una de las dos... En el mío, seguramente, pues con Iris no tenía demasiada confianza y lo de dormir con alguien que parecía que te había tomado el pelo no gustaba demasiado a los hombres.

—Imagino que el motivo es que lleva pidiéndome venir más de un año y en esta ocasión... nos hacía falta el dinero.

—¿Más de un año?

—Desde que el primer verano te enrollaste con él —confesó Iris, mirando para la pared—; consiguió mi número... y riéte tú del cobrador del frac. Desde que tus padres dejaron de pasarnos el dinero del alquiler en verano, me tentó con la sugerencia, y... cuando te despidieron, me dije que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. No es que quisiera putearte... es que pensé que nos vendría bien algo de ayuda.

De piedra me había quedado. ¿Dan había estado acosando a Iris y ella no me había contado nada? Eso no encajaba en la idea que tenía de mi amiga, que no sabía tener la boca cerrada para guardar un secreto. Ni tampoco del recuerdo que guardaba de Dan, un chico apocado que sólo había llamado mi atención en el pueblo por el exceso de aburrimento. Que tuviera las cosas claras desde hacía tanto tiempo y que yo lo hubiera mandado a paseo en dos ocasiones desde entonces tenía que haberle dolido bastante, ya que, en el preciso momento en el que dejaba atrás el verano, también lo dejaba atrás a él.

—Creía que lo habías hecho para vengarte de mí por algo que no recordaba, o por algo que podías haberte inventado y que te ofendía de forma excesiva... que te vale cualquier excusa para ser una mala pécora —le reconocí, apartando unas zapatillas de Dan del suelo frente al sofá para sentarme cómodamente en él.

—En la próxima, tal vez —respondió, encogiéndose de hombros y regalándome una de esas sonrisas que hacían que fuera una chica mucho más

afortunada en los ligues que yo. Sin duda alguna, si en vez de ponerse a estudiar, Mario la hubiera visto a ella vestida con un uniforme de enfermera... yo no habría tenido nada que hacer. Bueno, tal vez sí, que si la idea era fastidiar a Denis, a él le había gustado mi pelo, no que yo fuera enfermera—, pero en esta ocasión no ha sido así. Y me voy, que ya llego tarde.

Así zanjó la conversación Iris, cogiendo su mochila y las llaves y saliendo a escape de casa, sin preguntarme si tenía más preguntas que hacerle o si, después de recorrerme toda Barcelona repartiendo currículos, me quedaban fuerzas para quemar algo de comida que tener en la mesa para cuando regresara de clase. Estaba claro que, ya que no podía aportar dinero para comprarla, lo mínimo que podía hacer era estropearla poniéndola al fuego.

Además, no sabía si tendría que preparar un tercer plato para Dan...

—La ha acosado durante más de un año, hasta que no le ha quedado más remedio que decirle que sí.

Bueno, no era exactamente eso lo que me había explicado, pero en esencia se le parecía bastante. Con todo, era cierto que nos hacía falta ese dinero... mucho, pero no a cualquier precio. Y perder mi tranquilidad e intimidad en mi propio espacio no me gustaba ni un pelo.

Sin embargo, se trataba también de lo que Iris necesitaba, y yo no podía aportarle la ayuda que le había prometido, así que no podía ser egoísta.

Tenía dinero para dos meses, cubriendo todos los gastos, pero mis padres no me iban a dar esa prórroga.

Por eso motivo se trajo a Dan, para que aportara mi parte. Capaz era mi amiga de tratar de enrollarme con Picante para que éste me mantuviera... De pronto no me pareció tan descabellado ese último pensamiento. Iris era de ideas extrañas y, si me echaba un novio que pudiera alimentarnos a las dos y aportar algo a la economía de nuestra extraña *familia*, la veía interesada en promover nuestra relación... y eso mismo valía para Mario, Eizan, Benedict o Denis.

Denis no tenía un duro, pero yo no pensaba volver a lamerle el calzoncillo

a Mario, y menos por dinero...

Si el vino perjudica tus negocios, deja tus negocios.

GILBERT KEITH CHESTERTON

Aunque hubiera querido, no hubiese llegado a tiempo para preparar el almuerzo. Eran las seis de la tarde cuando regresé al piso, con un dolor de pies que no recordaba desde mi época discotequera, allá por los dieciocho años.

Ahora faltaba por ver si el esfuerzo había merecido la pena.

Había salido corriendo de casa con todas las fotocopias que tenía en mi poder en cuanto terminé de tomarme el horrible café que preparábamos en nuestra cafetera italiana. Tenía el firme convencimiento de que esas copias serían pocas y que, por tanto, tendría que pasar por una copistería si seguían acompañándome las ganas cuando repartiera los currículos que llevaba en la carpeta. No iba a dejar ni un solo centro sanitario por visitar, por muy pequeño que éste fuera. Y, cuando eso ocurrió, pensé que no me vendría mal tampoco pasar por todas las clínicas dentales.

A las seis de la tarde, con el cabello revuelto, la ropa bastante arrugada y un hambre que me mataba, me paré delante del portal y me giré para mirar hacia mi restaurante favorito. Vi a Benedict delante del gran ventanal y me sorprendí. ¿Cómo no lo había visto antes? O el hambre ya me cegaba o aquel tipo no estaba allí cuando pasé justo por delante del restaurante, que me pareció ver cerrado, un instante antes.

—Tienes mala cara —me dijo, lanzando una colilla lejos. ¿Otro que también fumaba? ¿Otro al que había que alejar de la fachada del restaurante

para que el humo no entrara en el comedor? Denis tenía que estar de los nervios—. ¿Es así como piensas conseguir que tu novio te bese otra vez?

—¿A qué te refieres? —pregunté, pero estaba claro que estaba hablando de Dan. Mierda.

—A ese chico impulsivo que te comió la boca cuando te chocaste con él ayer. Fuiste muy maleducada al no presentarnos.

—No es mi novio...

—¿No? ¿Y qué es, si puede saberse?

—Un chico con el que salí —respondí, molesta por tener que dar tantas explicaciones a un tipo al que no tenía que importarle, pero estaba convencida de que, si no lo hacía, aquello llegaría a oídos de Amargo, si no lo había hecho ya.

—Pues parece ser que uno de los dos no domina muy bien lo de los tiempos verbales.

—Ése es él —repliqué, soplando sobre uno de mis mechones de pelo—. Fue él quien me besó. No creo que me vieras dar saltos de alegría cuando nos encontramos.

—Tal vez eres una mujer de dar saltos... sólo en la intimidad.

Su acento y el tono irónico con el que lo dijo me hipnotizaron. Estaba claro que se estaba refiriendo al sexo, pero no sabía si se imaginaba que yo saltaba sobre Denis o sobre Dan. Fuera como fuese, me había llamado «mujer», y eso hacía que tuviera ganas de besuquearlo.

«De forma amistosa.»

—Soy poco dada al deporte —conseguí responder, sofocando una sonrisa—. En verdad, hay pocas cosas que se me den bien.

—Y me pareció entender que la cocina es una de esas cosas que se te dan de... ¿pena?

—Correcto —respondí, con ganas de dar por zanjada la conversación, durante la cual él había ido acercándose hasta el portal de mi casa para quedar a un escaso metro de distancia de mí—. ¿Qué haces a estas horas por aquí?

—Desquiciarme un poco —reconoció, sacando del bolsillo de los pantalones una cajetilla, de la que extrajo otro cigarrillo. Me la tendió, ofreciéndome uno, y sólo tuve que ponerle cara de asco para que entendiera que tenía que volver a guardarla—. Lo de trabajar con un niño y su amante no va conmigo...

—¿Se han liado?

—Ya quisiera Eizan —soltó, riéndose del pobre repostero—. Me refería a su enamorado. He usado mal la palabra.

—¿No te están ayudando?

—A veces parece que lo que quieren es hundir el negocio. No puedo entender a ese gilipollas. Si Come se va a pique, él no podrá obtener su dinero para comprar el restaurante que ansía...

—El que era de Denis.

—Ése.

—En el que está trabajando Denis ahora.

—Ése también.

—¿Sigue allí? ¿Ya no pasa nunca por aquí?

—No pasa ya ni por su casa —respondió, encendiendo el pitillo haciendo un hueco con la mano para que la cerilla no se le apagara. La agitó en el aire para apagarla y luego la arrojó también al suelo. Me entraron ganas de reprimirlo por su actitud descuidada, pero no quería interrumpirlo mientras me hablaba—. Además de estar cocinando en todos los servicios, cuando no hay gente forma a los cocineros que tienen contratados, para que sean capaces de llevar la carta solos cuando él decida dejarlo. Parece que han despedido al primer chef, ese al que tenía de segundo Hache cuando dirigía el Right Here, porque no fue capaz de llevar adelante toda la carga del negocio. Así que a Denis ya sólo le falta dormir allí —terminó diciendo, aspirando una fuerte bocanada de humo a través del filtro del cigarrillo, para luego expulsarlo hacia arriba, tratando de hacer que no me llegara.

—Imagino que le sale rentable abandonarte aquí y tratar de ganar todo el

dinero posible fuera de Come.

—A mí me parece que lo hace para no tener que vérselas con Mario. Y es normal, yo también le habría partido un par de veces la cara si no llega a ser porque tener a uno de los tres de baja haría que trabajara mucho más aún.

Sonreí, entendiendo que ninguno lo estaba pasando bien en aquellas circunstancias. Incluso podía ponerme en la piel de Mario y saber que también debía de estar a disgusto, aunque eso hubiera tenido fácil solución si no fuese un capullo integral.

—Pero sí, le sale rentable. Conmigo al frente de Come, seguimos generando los mismos beneficios, aunque esté a punto de arrancarme los pelos de la cabeza, y Denis está dejándose la piel para levantar un restaurante que se iba a pique sin él saberlo, y por lo cual Mario iba a tener la posibilidad de comprarlo a un precio inferior del que Denis lo vendió; en realidad, a un precio muy bajo. Para Hache se trata también de un asunto de honor: lo de ver cómo se hunde el local y cómo se malvende a un hombre que no está a su nivel le hace hervir la sangre.

Dramón. ¿Denis no tenía ya bastante con lo que le había caído encima unos meses antes?

—¿De dónde vienes? —me preguntó de pronto, sin tacto alguno, interrumpiendo mis pensamientos—. Tienes un aspecto horrible. ¿Estabas trabajando?

—Buscando trabajo, más bien —reconocí, girando el cuerpo para mirar mi reflejo en la puerta de cristal. No estaba peor que otros tantos días en los que me había visto saliendo de la clínica pasadas las doce de la noche—. Es mi cara de «odio estar en paro».

—¿Quieres algo de comer?

Me sorprendió que me lo sugiriera. En verdad, me sorprendía que cualquiera de aquellos cuatro cocineros estuviera siempre dispuesto a darme de comer. No me quedaba claro si eran así con todas las mujeres desvalidas que se paraban con cara de hambre delante de su puerta, pero yo no tenía nada

que decir de lo amables que se mostraban invariablemente conmigo... aunque el cincuenta por ciento de ellos lo hubiera hecho para llevarme a la cama... o a la encimera de la cocina...

—Muchas gracias, pero me están esperando arriba.

Eso era cierto. Iris me había mandado un par de mensajes interesándose por mis avances a la hora de acercarme al piso, por si me había perdido o me habían secuestrado, o bien había terminado en algún quirófano en el que trataran de extirparme los órganos de forma ilegal —incluso con mi consentimiento, que nos hacía falta la pasta y los riñones se pagaban a buen precio—, ya que ella se había imaginado que llegaría mucho antes, a la hora de almorzar.

Los mensajes habían sido así de *simpáticos*:

Manda tu ubicación para enviar a Kit a buscarte.

Espero que lo de no haber aparecido a por tu plato de comida signifique que te han dado mejor de comer. ¿O te has puesto a dieta?

Si aún no estás anestesiada, dime que te encuentras bien, para dejar de temer por tus órganos.

Vale, has entregado un currículum y te han puesto de inmediato el uniforme para que empieces a trabajar.
Lo veo.

¿Has vuelto al pueblo con tus padres y no nos has dicho nada?

De todos modos, y aunque no hubiera tenido que subir a reunirme con Iris, tampoco me habría sentido cómoda entrando en la cocina de Come para dejar que Benedict, el chef agrio, me preparara algo de comer. Sentía como si estuviera traicionando a Denis al dejar que otro me preparara la comida, aunque fuera una tontería. Alguna vez había oído eso de que dar de comer a otro es de los más íntimo que se puede hacer fuera de la cama, pero a mi mente

siempre habían acudido escenas de lo más sugerentes... sin importar que se ambientaran lejos de las sábanas. Total, para abrir la boca y dejar que la polla deseada se deslizara desde los labios al paladar, sólo hacía falta ponerse de rodillas.

«O a horcajadas. En verdad, sólo hace falta bajar la cremallera.»

También era cierto que el turco agrio me intimidaba casi tanto como el Señor Hache, por lo que, lo de quedarme a solas con él en el restaurante, no era mi primera opción... ni la segunda.

«Pero tal vez es mucha mejor opción que estar a solas con Dan en el piso.»

—¿Seguro que vas a rechazar una comida?

Tragué saliva. ¿Por qué todo lo relacionado con ese restaurante sonaba tan sumamente obsceno? ¿Qué había hecho yo para que mi mente me estuviera entregando una y otra vez paquetes que sólo contenían escenas eróticas relacionadas con la comida?

Era normal que mis padres quisieran que regresara a casa. Me estaba pervirtiendo en Barcelona...

—Seguro. Encontraré algo que chamuscar en la nevera de casa. Se me da de miedo.

Agrio cruzó los brazos por encima del torso y casi se quema la camisa con el cigarrillo al hacerlo. Se sacudió la ceniza del antebrazo y volvió a mirarme, con cara de curiosidad.

—¿Qué es lo que te horroriza de la cocina? Porque no es normal que siempre se te queme todo...

De pronto fui a abrir la boca para confesar lo inconfesable y me di cuenta de ello justo cuando la primera palabra salía ya de mi garganta. Paré de hablar en seco, sin entender cómo era posible que me costara tanto contarle aquello a los conocidos y, sin embargo, a un tipo al que no me unía ninguna relación —salvo el hecho de que de vez en cuando había participado en elaborar mis cenas y que me había visto el culo en la cocina de su local—, no hubiera dudado en satisfacer su curiosidad.

«¿Y qué hay de malo en eso? Quizá sea más fácil empezar por desconocidos...»

—Vale —volví a comenzar—. Si prometes no decir ni una palabra a nadie...

—Tengo contactos en varias revistas de cotilleos de mi país, pero seguro que allí a nadie le importa por qué te cargas la comida achicharrándola.

Sacó la lengua tras pronunciar esa frase, rompiendo esa seriedad que tanto me abrumaba. Cogí aire, pensando en que quedaría muy mal que le dijera que al único al que me importaba que le confesara algo era a Amargo —ya que no había sido capaz de satisfacer su curiosidad en cuanto a ese mismo asunto, más por vergüenza que por otra cosa—, pero al final tampoco solté ni media palabra al respecto.

—Mis padres me organizaron una fiesta en casa por mi décimo cumpleaños. Iba a ser una especie de «Master Chef Junior», aunque ese espacio gastronómico protagonizado por críos todavía no existía y, evidentemente, no se sabía que llegaría a convertirse en un programa de televisión. La idea era que los niños participáramos en la elaboración de mi tarta e invitaron a todo el pueblo a la celebración. Yo estaba tan nerviosa que no había tenido tiempo ni de ir al baño. Llegaron todos mis amigos y nos metimos en la cocina, que no era demasiado grande. Es una casa antigua que construyeron hace muchos años, y el dinero no daba para mucho. Con el ajeteo y las risas de ese día, ni cuenta me di de que pasaban las horas, hasta que, de pronto, las ganas de ir al baño fueron demasiado intensas y no fui capaz de llegar. Me... me oriné encima.

Benedict sólo parpadeó. Dos veces. No hizo ni un solo gesto.

—Todos los niños se burlaron de mí. Mi madre tuvo que ir corriendo a por la fregona y mi padre apagó todos los fuegos que estaban encendidos para que no se quemara nada. Cuando fui capaz de moverme, salí corriendo en dirección a mi cuarto. La fiesta se suspendió porque me moría de vergüenza y no podía mirar a nadie a la cara. La tarta se quedó a medias...

A esas alturas, era consciente de que mi trauma con la cocina era un asunto de lo más infantil, pero no era capaz de desvincular esa experiencia con lo de quedarme paralizada cuando me ponía delante de los fogones. Ojalá pudiera decir que lo tenía superado, pero, aunque había sido capaz de llevar una vida normal con aquellos niños que se burlaron de mí, volviendo a la escuela y participando en nuevos cumpleaños, lo de acercarme a la cocina había sido superior a mí. Mis padres me habían hecho visitar en un par de ocasiones a una psicóloga, pero la economía familiar no estaba para tirar cohetes y, al final, pensaron que lo de aprender a cocinar ya llegaría con los años, cuando fuera lo suficientemente madura como para asumir que, a veces, nos pasan cosas que queremos olvidar, pero que nos forma como personas.

A mí, lo de orinarme encima y ver a mi madre limpiando el suelo mientras mis amigos se burlaban de mí, me había formado como no cocinera. Y de ahí que Franki se hubiera puesto las botas conmigo cuando llegué a Barcelona... y me hubiera estafado el dinero del cursillo de cocina...; aunque también propició que disfrutase de la compañía de Denis, guiando mis manos para enseñarme a cortar una cebolla.

—Ya veo.

Eso fue lo único que dijo, con los brazos cruzados y sus dedos sosteniendo el cigarrillo. Si me estaba juzgando, si pensaba que era una tonta por arrastrar un trauma tan infantil como aquél hasta mi edad adulta o si me comprendía perfectamente... no lo supe. Se despidió de mí un instante después, haciendo un gesto con la mano. Cuando estaba a punto de entrar otra vez en el restaurante, y con el humo todavía saliéndole de entre los labios, me dedicó un par de palabras que hicieron que me volviera a plantear la certeza de que Denis era el hombre que se había estado metiendo entre mis piernas, arrancándome gemidos.

—Con nuestro historial —me dijo, abriendo la puerta de cristal de Come, sin girar la cabeza para volver a mirarme—, no esperaba que fueras a rechazarme una comida.

Comer es tan íntimo... es muy sensual. Cuando invitas a alguien a sentarse a tu mesa y quieres cocinar para él, invitas a una persona a entrar en tu vida.

MAYA ANGELOU

Dan me abrió cuando estaba sacando las llaves del bolsillo. Me recordó a Iris esperando detrás de la puerta para cazar al cocinero que dejaba las bolsas colgadas del pomo.

«Toda la culpa es del café, que me recuerda tu sabor...»

Fito sonaba en la radio que había en una estantería del salón, con esos versos tan acertados que describían lo que yo sentía en ese momento.

Miré al suelo y conté hasta diez —y luego hasta veinte— antes de levantar la vista y enfrentarme a Dan. Me miraba, desde sus discretos quince centímetros de más, entre contrariado y abatido.

—Ahora sí que eres tú —me dijo, cruzando los brazos en un gesto que en nada se asemejó al que había tenido Agrio momentos antes. A Dan no le quedaba tan bien.

—¿Y quién iba a ser?

Mi ex se apartó para dejar que pudiera comprender a qué se refería, y vi sobre la mesa una bolsa de Come. Supongo que me quedé lívida ante el descubrimiento, igual que se habría quedado él cuando abrió la puerta y se encontró con el cocinero dejando la bolsa en el pomo.

Pero ¿a qué cocinero?

Denis no estaba trabajando en Come y, aunque hubiera podido escaparse un

rato para venir a dejar una bolsa con comida, dudaba de que hubiera sido de ese restaurante y no de Right Here... Aunque, probablemente, ese otro local no tendría bolsas para la comida, puesto que lo había dirigido sólo Denis, y a él esa idea le había parecido una soberana tontería.

—¿Quién la ha traído? —le pregunté, dejando la mochila en el suelo, al lado de la puerta, y corriendo hacia la mesa—, ¿y cuándo?

—Pues no sé, Emma. Un tío mayor, uno que podría ser tu padre —contestó, molesto por la situación, haciendo alusión a una obviedad. Denis iba a ser mayor que yo siempre, lo que pasaba era que Dan no se esperaba que yo fuera capaz de tratar con personas que me doblaran la edad—. La dejó en la puerta antes de la hora del almuerzo, pero tampoco miré el reloj.

—¿Te dijo algo? —pregunté, abriendo la bolsa y rebuscando, entre lo que había dentro, lo que se suponía que tenía que estar allí. Sin embargo, después de sacar todas las fiambreras y sacudir la servilleta, con demasiada desesperación como para que mi gesto pasara desapercibido, no encontré absolutamente nada.

—Me preguntó por ti —respondió, de forma seca—. Poco más.

Asentí, rindiéndome ante la evidencia de que dentro de la bolsa no iba a hallar nada. Me volví y miré a Dan, preguntándome si habría sido capaz de hacer eso mismo que había hecho yo y, en consecuencia, habría encontrado la nota.

Mi nota.

Esa nota que también habría caído en manos de Iris si llega a ser ella la que hubiese abierto la puerta. Estaba demasiado acostumbrada a que mis intimidades sexuales se airearan, pero eso no lo hacía más agradable.

—Parece que te falta algo...

Ese comentario hizo que saltaran todas las alarmas en mi cabeza. ¿Podía ser así? El muy canalla podía haber sentido curiosidad por ver qué me había traído mi chef y, al echar un vistazo al contenido, encontrar la nota por casualidad. Lo aberrante era que se hubiera quedado con ella.

—¿Estaba Iris en casa cuando me ha traído la comida?

Ésa era otra posibilidad: que mi exasperante amiga se hubiese adueñado de la nota sabiendo que la encontraría si buscaba un poco en el fondo de la bolsa. Tal vez estaba mirando mal a Dan y no tenía la culpa de nada... o, al menos, no de aquello.

—No, no había llegado.

Respiré hondo.

—Vale, ¿me la devuelves?

—¿El qué?

Se encogió de hombros, como si fuera la persona más inocente del planeta, y podría haberlo parecido.

—Ya sabes el qué, no te hagas el tonto.

—No sé de qué me hablas.

Cerré los puños, impotente. No podía demostrar que se había llevado algo que era mío, por lo cual tenía que resignarme y tratar de no montar una escena. Le mandaré un mensaje a Denis y le preguntaré si había sido él quien me había dejado la bolsa en la puerta y si había puesto en ella una nota que no había llegado a ver.

«Y, claro, sin duda te va a responder a esas preguntas.»

Nunca lo había hecho, ¿por qué tendría que empezar entonces?

«Porque no tengo esa puñetera nota.»

¿Y si nunca había sido él quien las había escrito? No, no era momento de dudar. Denis era el chef que me daba de comer, el que me diría todas y cada una de las veces que abriera la boca... y yo lo haría. No iba a dudar otra vez.

—Vale, tú ganas. ¿Dónde está Iris?

—Ha ido a pasar la tarde con sus padres. Me dijo que no pensaba avisar porque estaba segura de que, si lo hacía, no aparecerías por aquí hasta que llegara la noche.

«Hasta el infinito y más allá.»

Estaba claro que no habría vuelto a casa hasta no saber que Iris había

regresado, pero que se lo hubiera comentado a Dan era otro de sus golpes bajos... y ya iban siendo unos cuantos.

—Pues me alegra que lo tengas tan claro. ¿Algo más que tengas que decirme antes de que me marche?

—¿No vas a comer eso que te ha dejado aquí tu novio?

—¿Quién te ha dicho que es mi novio?

Dan ladeó una sonrisa que no me gustó un pelo. Cogí la bolsa, de la que desconocía el contenido —ya que me había limitado a buscar la nota y no a descubrir las delicias que me había preparado mi chef favorito— y la puse detrás de mí, como si tratara de protegerla de lo que venía a continuación.

—La forma en la que se ha enfurecido tras preguntarme si era hermano de alguna de las dos.

Las cosas siempre se podían complicar mucho más si dejabas que los personajes de una película de enredos hicieran lo que les diera la gana. Y a mí, por compañeros provisionales de piso, me habían tocado los peores actores que podía imaginar. El reparto era de chiste, y encima se empeñaban en complicarme la vida, mucho.

—Le habrás contestado que eres un amigo...

—Ya, claro.

«Ya, claro que no.»

Me llevé la bolsa a mi cuarto y cerré la puerta con fuerza, muy disgustada. Saqué la comida del interior para asegurarme de que no había nada que se pudiera estropear si en vez de almorzar aquello lo guardaba para la cena, pues a esa hora en la que todo el mundo merendaba no me apetecía comer nada. Me había quedado sin hambre, otra vez.

Un capullo me acaba de contar que te ha recogido
la bolsa de comida cuando has venido a casa a
dejármela.

Unas tostas con sardina ahumada con muy buena pinta, unos fideos con verduras y unas láminas de algo parecido a carne, pero que no me habría

aventurado a etiquetar, además de un flan con un olor muy tentador a canela y caramelo y con trocitos diminutos de almendra. Me relamí, aunque no tenía hambre. Tendría que esperar para cenar, porque no me iba a quedar allí, rezando para ver si a Denis se le quitaba la hiel de la boca para responderme al mensaje que le acababa de enviar. Me despojé de la ropa que había llevado durante todo el día —con ganas de incinerarla en vez de lavarla— y busqué un vestido que pudiera ser levantado hasta las caderas en caso de necesidad... de mucha necesidad... y yo estaba muy muy necesitada.

Me peiné y luego conseguí que mi rostro no diera a entender que llevaba cuatro noches en vela porque algún familiar se estaba muriendo en el hospital gracias a una sutil —vale, de sutil nada— capa de maquillaje. Finalmente me di el visto bueno delante del espejo y quince minutos más tarde cogí otro bolso, eché todas mis cosas dentro sin importarme si las necesitaba o no —total, sólo iba a tratar de hacer que Denis me escuchara y para eso lo único que me hacía falta era suerte— y, tras esconder la bolsa para que Iris no se vengara de mí y diera cuenta de mi almuerzo convirtiéndolo en su cena, salí del dormitorio.

—Entonces, ¿es por ese tipo por quien me has sustituido?

—No te he sustituido; lo nuestro, simplemente, pasó de moda.

—¿En qué momento?

—En el que yo dejé atrás, en el espejo retrovisor, el cartel de «Bienvenidos» que aparece a la entrada del pueblo. Las dos veces.

En verdad, las cuatro, que llevaba muchos veranos aburrida y lo de Dan no lo podía reducir sólo a cuatro polvos. Ojalá fuera más complicado de explicar, pero no podía buscarle tres pies al gato cuando eran cuatro. Podía considerarme una mala persona al comprender que Dan —que tampoco era un bellezón ni el mejor partido de Madrid, pero sí de lo mejorcito que podía encontrar en el pueblo— no había sentido lo mismo que yo, pero no podía flagelarme más por el momento.

—Yo nunca te dije adiós...

Era muy cruel por mi parte decirle eso, pero no tenía tiempo de mantener más conversaciones inútiles con él. Mi vida había dado un giro tan inesperado que cada minuto contaba, porque sentía que se acabaría en el preciso instante en el que cogiera ese maldito autobús hacia el pueblo y no podía desaprovechar ni un solo segundo. Debía conseguir un trabajo, aclarar lo que había entre Denis y yo, matar a Iris... Demasiadas cosas para una semana escasa.

—Si había terminado la primera vez, ¿por qué hubo una segunda? — insistió Dan.

«¿Y una tercera?»

Buena pregunta.

—¿Tú no te aburres infinitamente en el pueblo?

No es un buen motivo para acostarse con alguien por quien no sientes ni siquiera demasiada atracción, pero tampoco es de los peores que he oído soltar a mis compañeras de universidad.

—No, cuando estabas conmigo.

No tenía nada que responder a esa afirmación. Bueno... sí.

—Lo siento.

Me di la vuelta y enfilé hacia la puerta. Sentí un nudo en el estómago que no me gustó nada, pero me pareció normal. Si aquello, para Dan, era una ruptura..., para mí era algo parecido también... Esa que no había tenido el valor de afrontar, más por alivio al alejarme que por cualquier otra causa, cuando dejaba atrás el cartel de «Bienvenidos».

Los fallos de los cocineros se tapan con salsa; los de los arquitectos, con flores, y los de los médicos... con tierra.

ANÓNIMO

Tantas prisas para llegar hasta el restaurante antes de que la cocina abriera al público en el turno de cenas dieron resultado. Las puertas estaban abiertas, como la vez que me llevó a tomar un café con vistas a la playa, pero no había nadie en el comedor. Tampoco encontré a ninguno de los camareros haciendo guardia. No eran todavía las siete de la tarde, aunque estaba segura de que, en breve, empezarían a llegar los turistas, con un horario de comidas tan distinto al español, para aprovechar la oportunidad de comer en un lugar tan afamado como el Right Here... y más desde que volvía a cocinar el chef anterior en sus fogones.

Me daba algo de rabia que Amargo hubiera tenido que dejar de trabajar en su propio restaurante para seguir levantando aquel que era, por lo que había entendido, competencia directa. Él deseaba, más que nada en el mundo —casi más que reconstruir su familia, o eso creía—, conseguir que Come fuera un negocio que saliera en todas las guías de restauración, con su foto en blanco y negro ocupando una esquina de la página, nombrándolo como el chef exitoso que era.

«No te columpies tanto, que sueles pasarte de lista.»

Entré, haciendo resonar los tacones sobre el suelo, tratando de llamar la atención. No era un local conocido para mí como lo era Come, por lo que, lo de entrar a hurtadillas, no sería bien visto.

—¿Una mesa, señorita? —me preguntó un camarero que no había visto, escondido en un lateral—. ¿Para uno?

Me sonrojé, pensando en que, como no fuera fregando platos, no sería capaz de pagar nada de lo que pudieran servirme allí, y también porque tenía pinta de ser una solterona, con mis cabellos naranja y mis pecas salpicadas por toda la cara.

—No, muchas gracias. Venía buscando al señor... —¡Dios! ¿Cómo era su apellido? ¿Señor Hache? ¡Mierda, qué despiste!—... al chef. Al antiguo dueño. —¿Quedaba muy mal diciéndole eso al camarero?—. Denis. Don Denis. El señor Denis. ¿Está en estos momentos en la cocina?

El discurso me había quedado de pena, pero el daño ya estaba hecho y el camarero podía entrar en la cocina anunciándome como a una niñata que quería hablar con el chef, aunque no sabía ni cómo se apellidaba.

—Voy a avisarle de que lo está buscando, señorita...

—Emma —respondí, sin tener demasiado claro si Amargo sabría cuál era mi apellido, tampoco—. Emma Dávila.

«La señorita Calabaza», me dije, hubiese sido más descriptivo.

El chico sonrió, sin malicia, y se dio la vuelta para perderse tras una puerta que se mimetizaba perfectamente con el resto de la pared. Al poco rato de estar investigando por los recovecos del comedor —esos que habría decorado Amargo en otra época y con otro estado de ánimo— con bastante descaro, Denis se presentó en la amplia estancia, con un delantal blanco, un gorro del mismo color calado hasta casi cubrirle las cejas y un paño de cocina en las manos, con el que se las estaba secando.

No me dijo nada. Se quedó de pie, junto a la puerta invisible, con gesto serio y los labios ligeramente fruncidos en una mueca.

Mala señal.

Parecía mucho más amargo de lo que era normalmente conmigo... o lo que últimamente iba siendo habitual que fuera, pues antes siempre ponía esa cara cuando me veía.

—Hola.

Por todo saludo, gruñó un poco, terminando de pasarse la tela por las manos.

—Creo que has pasado hoy por casa.

«Por favor, tengo tres preguntas que hacerte. La primera: ¿has sido tú quien ha pasado hoy por casa? La segunda: ¿eres tú quien me lleva la comida y me escribe las notas? La tercera: ¿eres tú el que me está follando en la cocina de Come?»

Sin embargo, no resultaba tan sencillo preguntar todo eso a esas alturas.

No respondió. Eso podía significar dos cosas: que no había sido él y que eso lo incomodaba, o que sí había sido él y que estaba molesto igualmente... porque Dan podía ser muy gilipollas, por lo que había podido comprobar.

Mi vida estaba plagada de gilipollas.

En cualquiera de las dos opciones, yo perdía, porque Amargo se habría enfadado.

—No sé lo que te ha dicho Dan cuando ha recogido mi comida, pero si está en nuestro piso es porque Iris pensó que me ayudaría que alguien pagara parte del alquiler. Mis padres me han dado un ultimátum para regresar a su casa...

—¿Por qué me cuentas todo eso, Calabaza?

Por una vez, el apodo cariñoso que había usado siempre conmigo me sonó más bien despectivo, y me dolió mucho que fuera así.

—¿Sabes? Lo hago porque llevamos jugando al gato y al ratón desde hace semanas y, de pronto, la cosa parece que se ha complicado todavía un poco más. —En verdad, se había complicado mucho, pero tampoco tenía ganas de dramatizar—. He dormido en tu casa, me has dado clases de cocina, me has dado de comer... —esa pausa la hice cuando estaba a punto de soltar que habíamos follado también, pero, por si resultaba que me había equivocado en todas mis suposiciones, sólo iba a nombrar las cosas que habíamos hecho a cara descubierta—... y me has hecho descubrir cómo me gusta el café...

No podía ser que estuviera tan disgustado por lo de Dan. Mi ex era un crío,

y él, un hombre hecho y derecho. ¡Por todos los demonios! ¿Qué iba a temer Amargo de un tipo así? Él, que había levantado de la nada varios restaurantes, que se había casado y se había separado, que tenía dos hijos...

Y entonces, caí en la cuenta. Ése era el peor lugar para mantener una conversación con él. Había perdido ese restaurante por culpa de la infidelidad de su esposa con su socio. ¿Podía ser que, simplemente, se pusiera de mal humor estando allí, trabajando para otra persona para salvar su negocio, sin descansar apenas entre lo de cocinar y enseñar...? ¿Cómo podía estar de buen humor Amargo si ya de por sí solía ser bastante amargado?

Y, a pesar de todo ello, días antes me había llevado una vez hasta allí para que probara un buen café disfrutando de unas vistas impresionantes: el mar y él mirando el mar, con gesto serio y ojos profundos.

—Siento haber venido hasta aquí —me excusé, agachando la cabeza para mirarme los zapatos. Había sido una tonta al ponerme ropa que se pudiera apartar fácilmente para que me llevara a la cama... a la cocina, en verdad. Seguía quedando patente que entre él y yo había un abismo y yo lo cavaba con ganas con cada nueva metedura de pata—, pero el caso es que me he preocupado cuando no me has contestado al mensaje. Aunque es normal que no lo hayas hecho, con todo lo que tienes encima. Sólo te falta una pelirroja incordiándote en vez de darte las gracias por haberte encargado otra vez de mi comida.

Me di media vuelta con la intención de marcharme, pero tuve que girarme otra vez porque no fui capaz de encontrar la salida. Todas las paredes eran de cristal y la única referencia que tenía de por dónde no era fue toparme con las olas de la playa en una de las vistas.

No se me dan tampoco nada bien las salidas triunfales, y aún menos aquellas en las que tengo el rabo entre las piernas.

Localicé la puerta tras dos intentos —más que nada porque, de pronto, una pareja entró por ella y me señaló el camino— y me mareé por estar moviendo tan rápido la cabeza. Di un par de pasos hacia la salida, rezando para ser

capaz de mantenerme sobre los tacones mientras estuviera al alcance de la vista de Denis. Si me estampaba contra el suelo en cuanto pisara la acera, no me importaba. Sólo necesitaba no parecer tan perdida como me sentía hasta llegar a la calle.

Un par de pasos más y estaría a salvo.

—Calabaza...

Era imposible que no me parara y me girara si me llamaba así, y con una voz que sonaba mucho más a la de antes, a la que usaba conmigo cuando sus labios sonreían y sus ojos miraban con deseo. Y eso hice, me giré... y fui a parar directa al suelo.

—Ya te dije que el alcohol, siempre, después de las comidas —comentó él, acudiendo en mi ayuda para levantarme—. ¿Seguro que has almorzado lo que te he llevado?

Era la primera vez que me reconocía que era él quien cocinaba mis almuerzos y mis cenas y quien los dejaba en mi puerta. Me temblaron las piernas mientras trataba de ponerme en pie, y Amargo lo notó.

—No he podido. He llegado muy tarde a casa y, en cuanto lo he visto y he hablado con Dan, he venido a agradecértelo y...

Denis me acarició el mentón con una dulzura a la que no me acostumbraba, y me atrajo hacia su cuerpo un instante después para abrazarme con más fuerza de la necesaria.

—Eres de las pocas personas que conozco que no se amilanan ante mi mal humor —me comentó, con mi cabeza apoyada en su pecho. Lo de que me sacara tanta altura tenía, a veces, sus cosas buenas. Era delicioso oír su voz mientras la acompañaban los latidos de su corazón—; en una chica de tu edad, tiene mérito.

—No soy tan pequeña —respondí, revolviéndome un poco. Ojalá él fuera capaz de decir que me veía como una mujer, como había hecho Benedict—. Si tuviera trabajo, la empresa me encomendaría la vida de mis pacientes.

—Cierto —reconoció, permitiéndome que me separara—. Eso no se lo

permiten a cualquiera.

Dicho esto, me guiñó un ojo.

Le sonreí, encantada con el hecho de que me diera la razón.

—Me voy a casa a cenar lo que me habías preparado para el almuerzo —le informé, contenta de poder salir del restaurante tras haber compartido un momento de intimidad tan agradable con Denis.

«No más mentiras. Estoy en éxtasis porque ha reconocido que me ha llevado la bolsa de comida a casa.»

—Deja que ese tipo escuálido que está viviendo contigo con demasiadas pretensiones se dé un homenaje a nuestra salud —me pidió, sugiriendo que le dejara llevarse a la boca lo que había preparado para mí—. Como mucho, cómete el postre.

Sonó de lo más erótico.

Y me encantó.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un trozo de papel que puso entre las mías, cerrándome los dedos sobre él. De pronto me di cuenta de que Denis no había tenido la poca indiscreción de dejar la bolsa con la nota a un desconocido. Se la había guardado antes de entregarla y marcharse, esperando que, aunque no hubiera mensaje, yo captara la indirecta.

«¡Pobre Dan! ¡Y yo echándole la culpa diciéndole que me había robado el mensaje de Amargo!»

Miré mis manos cerradas sobre el trozo de papel y luego levanté la vista para mirarlo a los ojos. Chispeaban.

Imagino que los míos también.

—Baja esta noche a Come —me susurró con voz ronca, antes de darme un rápido beso en los labios. Estaba claro que, con clientes delante, un camarero rondando por allí y en un restaurante que ya no era suyo, no podía permitirse muchos lujos más—. Quiero darte de comer.

Un cocinero se convierte en artista cuando tiene cosas que decir a través de sus platos, como un pintor en un cuadro.

JOAN MIRÓ

Me estaba convirtiendo en una experta en eso de vigilar desde la ventana a cualquier bicho viviente que pasara por la calle. Y a esas horas ya no era que hubiera muchos, desde luego, pero alguno sí... buscando tomarse la última copa, o la penúltima, que nunca se sabía a qué hora se terminaba la noche en Barcelona, porque, lo de que saliera el sol, no era indicativo de que se acabara la fiesta. De eso había aprendido mucho viviendo, de pronto, en el centro de la zona de moda y lo primero que me había quedado claro era que el aparcamiento había que buscarlo temprano... hasta que me quedé sin coche.

Vi salir a los dos cocineros que se habían encargado del servicio de cenas, primero a uno y diez minutos después al otro. El segundo cerró el restaurante y bajó la persiana metálica, por lo que resultó evidente que no estaba al tanto de que Denis tenía pensado aparecer por allí.

En todo caso, era lógico que no hubiese dicho nada, pues ese segundo cocinero era Eizan y, el primero en salir, a la carrera como si lo estuviera esperando su próxima conquista, fue Mario.

«Y no, no escuece. Que se le caiga la polla a trozos de tanto cambiar de amante.»

La zona de playa era, más o menos, igual de concurrida que aquélla, por lo que me hice a la idea de que en ese instante Amargo estaría cerrando el Right Here. Luego tendría que desplazarse hasta mi barrio y después buscar dónde

aparcar, por lo que me esperaba aún media hora de vigilancia callejera..., pero lo hacía con gusto.

Dan miraba la tele junto con Iris, sin mediar palabra entre ellos. Si se preguntaba qué hacía yo tan interesada en lo que pasaba por la calle, no me lo hizo saber, aunque estaba segura de que en algún momento le preguntaría a Iris, si no lo había hecho ya aprovechando cuando me fui al baño. Iris sí que me preguntó, cuando llegó de casa de sus padres, por mis planes para esa noche... y para los del resto de mi vida, también. La verdad es que la pobre estaba un poco angustiada con el hecho de que me quedaran pocos días para que mis padres me obligaran a regresar con ellos; no más que yo, pero lo estaba.

—¿Y qué vas a hacer si al final tienes que irte? ¿Qué va a pasar con Denis?
—me había preguntado mi amiga un rato antes, tras volver a casa.

Era evidente que, si me iba a marchar a un pueblo a más de una hora de la Ciudad Condal, sin tener coche y con un amante que estaba demasiado ocupado como para pensar en mantener una relación a distancia con una chica a la que le doblaba la edad, la cosa no pintaba bien. De todas formas, la cosa tampoco mejoraba demasiado si no me iba a casa de mis padres, pero, al menos, de ese modo, podría espiar al chef bandido y saber si trabajaba o no, si iban muchas mujeres a buscar algo de «comer» y lo encontraban dispuesto a «alimentarlas»... Me estaba poniendo enferma pensando en todas las cosas que podían salir mal.

—No creo que pueda hacer nada.

No era la primera vez que respondía eso y empezaba a sospechar que no iba a ser la última, ya que Iris cada vez tenía más cara de circunstancias. Que mi amiga, dicharachera y vivaz, estuviera por momentos más preocupada y apagada hacía que ese mismo ánimo me embargara a mí.

Pero aquella noche iba a ser la mía.

Denis se había citado conmigo y no me iba a dejar tirada como en la última ocasión. Iba a aparecer, nos íbamos a devorar en la cocina y, ya podían arder

todos los fogones, que el calor más intenso iba a salir de mi entrepierna.

La vez anterior había tenido una buena excusa para no presentarse. Esa noche... esa noche nada podía fallar, ¿no? Ni que se le complicara el trabajo en el otro restaurante, ni que apareciera su ex y le dijera que se lo había pensado mejor y quería que regresara a su casa, ni que se pusiera uno de sus hijos gravemente enfermo y tuviera que salir corriendo al hospital...

«Mira que me gusta ser macabra con las situaciones.»

No, no iba a pasar nada malo. Amargo sólo se iba a retrasar un poco, nada más.

—Con esa postura, seguro que mañana tienes tortícolis.

—Puede ser, pero será más por la postura que pienso tener dentro de un rato —le respondí a Iris, y de pronto me di cuenta de que no estábamos solas y de que el pobre Dan se había enterado de mis planes, así de sopetón.

Me giré, pero mi ex, directamente, me ignoró.

«Es mejor así.»

Cuando volví a mirar por la ventana, divisé a Denis en la calle, con la cabeza alzada hacia arriba, buscándome. Estuve segura de que sabía exactamente el lugar hacia donde tenía que mirar, por eso, en cuanto me asomé, sus ojos se encontraron con los míos. Se había metido las manos en los bolsillos del pantalón y su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia atrás, en una elegante curva con la que consiguió localizarme sin dejarse el cuello en el intento. Yo me habría caído de espaldas si llego a probarlo. Me clavó su mirada y me quedé sin aliento mientras sacaba las manos de los bolsillos y, acto seguido, se las llevaba a la bragueta.

Las dos.

Una pareja que pasaba por allí se lo quedó mirando con cara rara, pero a él pareció no importarle lo más mínimo. Ni los miró mientras se pasaba una de las manos por la tela, que desde mi altura no pude discernir si estaba elevada debido a una erección o no. Me encantaba pensar que sí, que su polla rabiaba por estar tan lejos de mi entrepierna, pero, a no ser que llevara toda la tarde

pensando en lo que quería hacer conmigo, por hacerme un gesto obsceno como aquél no se le iba a poner dura para mí.

Con todo, yo sí que me había mojado.

Era la primera vez, también, que Denis se comportaba de esa forma. El día de las primeras veces, me recordé, y por suerte había llegado antes de que me diera por vencida tratando de averiguar quién se escondía tras esas manos mientras yo tenía el gorro de cocinero calado hasta la nariz... tras esa polla...

«Que desee acostarse conmigo ahora no quiere decir que lo haya estado haciendo en el pasado.»

—Mejor, por una vez, sé un poco optimista —me dije, aunque en voz tan baja que por suerte no pudieron tacharme de loca.

Lo seguí mirando, con la cabeza por fuera de la ventana, disfrutando de aquel momento tan íntimo y morboso. Un minuto más tarde —o tal vez sólo unos pocos segundos, pues para mí se había parado el tiempo— retiró las manos de su bragueta y volvió a esconderlas en los bolsillos. Sentí miedo tan sólo un instante, pensando que podía desaparecer de la calle si yo entraba en casa para tratar de alcanzarlo, pero luego me recordé que, si había ido hasta allí, era por mí. A la una de la mañana y con el restaurante cerrado no se le había perdido nada en Come, y más después de haber pasado todo el día currando en otro sitio. Desde luego, lo de que le quedaran ganas de cocinar no lo contemplaba.

No, no se iba a esconder de mí... y, aun así, fui incapaz de moverme de la ventana, porque mis «por si acaso» podían mantenerme allí quieta como una estatua toda la noche si hacía falta.

Por suerte... no fue necesario. Denis se dio la vuelta, llegó hasta la puerta del restaurante y, con gran soltura, levantó la persiana metálica y abrió. No miró hacia atrás mientras entraba en Come y dejaba la puerta principal abierta.

No encendió las luces.

Iba a bajar a acostarme con Amargo, o a hacerlo de pie, que lo de acostarse estaba sobrevalorado.

Nada de ir a buscar a mi chef perverso y desconocido; por primera vez..., otra cosa por primera vez..., sabía a quién iba a encontrar dentro.

Bien predica el ayunar quien acaba de almorzar.

ANÓNIMO

Llegué al portal de casa, salí y avancé hasta colocarme a un escaso metro de la puerta del local. Allí me paré, resguardada de las luces de las farolas de la calle, en penumbra..., y a él... le pasaba lo mismo.

Amargo estaba parado al otro lado de la puerta de su restaurante, levemente iluminado por una luz que apenas le perfilaba el rostro. Miraba hacia mí, aunque probablemente no podía distinguirme con claridad, como yo tampoco a él. Ojalá pudiera saber dónde tenía puestas las manos, pero con tanta oscuridad no podía ver nada.

Y, en verdad, sólo me importaba que, cuando estuviera a su lado, esas manos se perdieran en mi cuerpo... y no en sus bolsillos.

Avancé hacia la entrada; no se movió. Llegué a tener el pomo de la puerta de Come en la mano... y no se movió.

Por fin, pude ver las suyas, y en ellas sujetaba su gorro de cocinero..., negro, tieso, morboso...

Bueno, en verdad, lo de *morboso* sólo estaba en mi cabeza, porque no había nada menos erótico que un sombrero así. Estaba claro que, en sus manos y usado como lo habíamos usado en ocasiones anteriores, se convertía en un objeto completamente diferente.

Sonreí, alborozada.

Era la única prueba que necesitaba. La única que me faltaba. Si Denis me ponía ese gorro en la cabeza, me darían igual todos los padecimientos y la incertidumbre que había soportado hasta ese instante. Habría merecido la pena

la espera; saber que siempre había estado a mi lado cuando tenía la cabeza tapada lo cambiaría todo y me haría inmensamente feliz.

Abrí la puerta. Denis no tuvo que apartarse, porque estaba a medio metro de ella y pude colarme sin dificultad. Me envolvió su olor junto con la canción *I feel it coming*, de The Weeknd. Sonreí nuevamente. Para ser tan diferentes, nos encantaba la misma música, los mismos temas. Era imposible que fuera otra nueva casualidad. O yo había perdido alguna vez mi iPod y lo había encontrado Amargo o no se explicaba.

Cerré la puerta sin dejar de mirarlo a los ojos.

Él alargó la mano y pasó el cerrojo. Sentí el contacto de su antebrazo sobre el mío y el escalofrío me estremeció como si me hubiera pellizcado un pezón o mordido una nalga. Oí el sonido de la llave al cerrar la puerta y vi cómo Denis bajaba el estor y se ponía de rodillas para engancharlo a la base de la puerta. Lo miré, agachado a mi lado, mirando mis tobillos. Se llevó el gorro a la boca y lo sujetó con los dientes mientras que las dos manos las colocó sobre mis pantorrillas. Las deslizó hasta la parte posterior de mis rodillas y después subió por detrás de mis muslos. Fue incorporándose mientras las perdía en el encaje de mis braguitas, haciendo que sintiera cada uno de sus dedos recorrer la tela y la piel que había debajo. Se puso de pie lentamente y sus manos siguieron subiendo, aunque sólo hasta mi cintura. La falda del vestido quedó levantada, sobre sus brazos.

Lo habría besado a no ser porque todavía mantenía el gorro preso en la boca.

Lo habría cogido y me lo habría puesto sobre la cabeza..., pero estaba desesperada por verlo hacer precisamente eso. De esa manera, ya no tendría nunca más miedo a haberme equivocado de cocinero.

—Sé que no debería —me dijo, apartando el gorro de sus dientes con los dedos de una mano. Sentí huérfana la cadera que dejó sin su tacto, pero también necesitaba esos labios libres para poder pecar con ellos—, pero sólo pienso en esos cabellos alborotados mientras te embisto.

Nunca antes me había alegrado tanto de tener el pelo del color de una calabaza madura.

—Pues deja de pensar... y embiste.

De sus labios escapó una risa sensual antes de que me pusiera de puntillas para besarlo. Su boca envolvió la mía y saboreó por entero mis recovecos con su lengua. Nunca había necesitado tanto de un beso como hasta ese instante. Nunca fui tan feliz de ser capaz de dar el primer paso, y más con un hombre como Denis. No tenía ni idea del embrujo que lo había llevado hasta mí, pero esperaba que se mantuviera lo suficiente como para poder encontrar otro más fuerte que siguiera manteniéndolo a mi lado.

Me sujetó la cabeza con ambas manos y siguió besándome. Con mis manos fui mucho más torpe, pero en mi defensa diré que me moría por empezar a desabrocharle los botones de la camisa y no sabía si me pararía en seco o me dejaría hacer. Si podía elegir, desde luego, me habría encantado ver cómo se desvestía él, pero dudo que hubiera sido capaz de tener las manos quietas a la vez que lo hacía.

Mientras mi mente vagaba por las cosas que quería hacer, las manos de Amargo tenían otros planes. Me elevó sobre sus caderas y se encajó entre mis piernas, dejando mi cabeza a la altura de la suya. Me besó una última vez antes de que acabáramos chocando contra la pared donde estaba la barra de café. Puso su espalda para recibir el golpe, pero de pronto ya era yo la que tenía la mía pegada a dicha superficie... y su cuerpo presionando contra el mío, atrapándolo, haciendo que ardiera.

Casi no me acordaba del gorro cuando me lo puso a la altura de los ojos para que lo viera. Jadeó, como si estuviera pensando en pedirme permiso, pero recordaba que una vez, en aquel restaurante, me aseguró que nunca lo necesitaría para hacer ninguna de las cosas que pensaba practicar conmigo..., así que, al final, simplemente me dio un rápido beso antes de cubrirme los ojos con él... y fue el gesto más liberador de todos.

Un gran peso desapareció de mi espalda. Habría dado gritos de alegría,

pero sabía que no era lo apropiado en aquellas circunstancias, en las que Denis estaba a punto de volver a obrar su magia para hacer que recordara que Dios había creado los alimentos, y el diablo, a los cocineros... sobre todo al mío.

—Ninguna mujer ha podido soportar nunca mi mal humor... —me dijo, lamiendo el sudor de mis pómulos, allí donde el gorro no me tapaba— y llegas tú y lo transformas todo. No sé cómo lo haces, Calabaza, pero se me llevan los demonios cuando estás lejos... y me tienes listo y empalmado cada vez que te tengo cerca.

Que no le dijera eso a mi padre cuando se lo presentara... y todo iría bien.

No me quise parar a pensar en si se refería a su mujer también o a las otras mujeres que habían pasado por su vida después de que se separara. Si me centraba en eso, me perdería el instante en el que sus labios volvían a recorrer los míos, esta vez privada del sentido de la vista. Y nunca me había gustado tanto como hasta ese momento.

—Te deseo demasiado, Calabaza...

No le pude responder que yo, seguramente, lo deseaba igual o más aún, porque volvió a comerme la boca y se me fue de la cabeza que habría sido buena idea hacerlo. No sé cómo lo hizo, pero logró estirarme las piernas contra la pared sin soltarme con una sola mano, mientras que con la otra deslizó mis braguitas hasta que cayeron a mis tobillos. Una vez allí, las sacudí de una patada y acepté su ayuda para volver a enroscar mis piernas alrededor de sus caderas. Me encantó encontrar el roce de la tela de su pantalón contra mi vulva y sus intenciones bien marcadas debajo de la bragueta. Cogí aire y me retorcí contra ella, arrancándole un gemido que se perdió en el interior de mi boca.

Presionó allá abajo, impidiendo que pudiera moverme más..., pero seguía teniendo la bragueta cerrada.

Conseguí despegarme de sus labios para coger aire cuando empezó a restregarse contra mi clítoris, que se había encendido nada más sentir sus

dedos en mis tobillos. A diferencia de la otra vez, me importó muy poco si iba a tardar apenas unos segundos en correrme bajo aquella presión. No me quitaba el sueño que supiera que me tenía ganada la partida. Es más, me encantaba que lo supiera.

—Hay tantas cosas que quiero enseñarte...

Fui consciente de que no se refería sólo a la cocina, y me ilusionó que fuera así.

Me tenía sujeta sólo con su pelvis, potente y obscena, mientras me presionaba con todo el arte de quien ha hecho eso mismo cien veces y noventa y nueve le ha salido de fábula. Llevó sus manos a mis pechos y los sacó del vestido, deshaciéndose de los tirantes del sujetador. Mis pezones se encendieron con su contacto mientras jugueteó con ellos, estirándolos y pellizcándolos, haciéndolos suyos bajo la yema de sus dedos, fundiéndolos con el calor de su piel.

—Te deseo tanto...

Gemí por toda respuesta, otra vez. Ya no tenía la cabeza como para lograr articular palabras de forma coherente. Dejó de moverse para desabrocharse el cinturón y, un instante después, los pantalones ya no estaban en su sitio, ni tampoco el calzoncillo.

—Córrete conmigo dentro —me susurró contra el oído, mientras me empalaba de una sola embestida.

Me aferré a sus hombros cuando empezó a moverse con desesperación, necesitado de su propio orgasmo. Su polla quemaba allá abajo, cada vez que entraba y salía, cada vez que me rozaba, de forma certera, para arrancarme un nuevo grito. No oí más música ni más palabras de su boca obscena. Sólo me llegaban sus jadeos y los míos. Sus palmas sujetaban mis nalgas con determinación para que no perdiera asidero con tanto movimiento, porque estaba claro que, en el momento en el que me deshiciera en el orgasmo, mis manos no serían capaces de sujetarme.

—Te daría de comer si no fuera porque soy incapaz de sacar la polla para

hacerlo.

Esa frase sí que la oí y fue el detonante de todo..., de que me llevaran los demonios y que ardiera en llamas; de que empezara a temblar y lo mordiera en algún punto indeterminado del cuello; de que le clavara las uñas y él me clavara sus dedos en el culo, incrustándose muy dentro, casi como si quisiera romperme... y me rompió, en mil pedazos. Estallé y grité, loca de placer. La corriente eléctrica subió y bajó, y mis piernas dejaron de sostenerme contra su cadera. Se apoyó contra la pared y me dejó sin aire con el que seguir gimiendo, dejándose llevar mientras se corría.

Sé que continuó jadeando. Sé que gemí durante un rato. Además, supe que, por suerte, tampoco sería la última vez que nos fundiríamos el uno con el otro, mezclándonos con acierto como dos ingredientes imprescindibles en el elaborado plato que estaba desesperada por cenarme todas las noches.

—Prométeme que me darás de comer —le pedí, un minuto después, cuando los dos habíamos recuperado las fuerzas y el aire, pero no nos habíamos movido ni un milímetro.

Jadeaba, aún, cuando respondió a mi ruego.

—Estoy deseando que te lleves mi polla a la boca.

La comida, para ser perfecta, tiene que ir de la mano de una buena compañía.

ANÓNIMO

Le envié un mensaje a Iris cuando estábamos saliendo del restaurante. Amargo se dio la vuelta para bajar la persiana metálica y yo aproveché para teclear una frase rápida, para avisar a mi compañera de que no me echara de menos por la mañana.

Boy a domirrr a casa de Demia.

Lo envié tan rápido que ni me di cuenta de que había cometido faltas de ortografía y de que, además, le había cambiado el nombre a Amargo. Ya era tarde para rectificar y tampoco quería que Denis me pillara escribiendo un mensaje a esas horas.

—¿Crees que te va a responder, con lo tarde que es?

Lástima. Ya lo había hecho.

—No quiero que se preocupe cuando se levante y vea que no estoy —me expliqué, intentando que no creyera que ya estaba contando mis intimidades a mi amiga, en plan «Sí, tía, por fin lo hemos vuelto a hacer y ha sido lo más de lo más».

—¿Quieres dejarlo para otro día?

Negué enérgicamente con la cabeza. Ni la idea de que a Iris fuera a darle un infarto a las siete de la mañana al percatarse de que no estaba en mi cama iba a hacer que a mí se me ocurriera no aceptar la invitación de Denis de ir a dormir a su casa... a su cama, en sus brazos. Bueno, no estaba claro que fuera a

dormir abrazado a mí, pero me hacía mucha ilusión. Por otro lado, estaba dispuesta a apostar a que el miocardio de Iris sería lo suficientemente resistente como para no pasar apuros ni estrés cuando notara mi ausencia.

Vale, probablemente, si no hubiera podido avisar a Iris a través del móvil de que pensaba pasar la noche fuera, habría subido al piso para decírselo en persona o escribirle una nota en uno de esos pósits que tanto le gustaban.

«Pegado a la frente. Así lo leería por la mañana al mirarse en el espejo del baño.»

—No, no hay problema. Ya la he avisado y seguro que lo leerá mañana antes de notar que no estoy en mi cama.

¿Dónde vas a dormir, zorrón? Regresa a casa ahora mismo, que, si no te haces valer, no vas a encontrar un marido decente.

«Pues no, se ha enterado antes, al parecer.»

Apagué la pantalla del teléfono y lo guardé en el bolso, ignorando a Iris. Cuando volví a levantar la vista, Denis me miraba con curiosidad. Sonreí, agradecida de que no hubiera podido leer que había escrito la palabra *voy* con be a no ser que tuviera superpoderes. Me disponía a dar el primer paso cuando me tendió la mano para que se la cogiera... y sentí que se me paraba el corazón.

¿De la mano? ¿De verdad?

Mi miocardio no estaba tan preparado como el de Iris, al parecer.

Una cosa era que hubiéramos follado juntos y otra, muy distinta, que me tratara como si fuéramos pareja. No tenía ninguna objeción, desde luego, pero no me lo esperaba. Ni siquiera sabía que los hombres de cuarenta y pico tuvieran esos detalles a la hora de caminar por la calle. Mi padre, con mi madre, no los tenía.

Se la cogí y, con gran asombro, vi cómo se la llevaba a los labios y la besaba, como en las películas antiguas que había visto en mi niñez, aburrída en el pueblo a la hora de la siesta de todos mis amigos. Me condujo de la

mano hasta su coche, que había dejado mal aparcado en una zona peatonal cerca del restaurante, con el consiguiente riesgo de que se lo hubiera llevado la grúa.

—No había sitio, a esta hora tan mala —se excusó, sin ganas de mirar el móvil y comprobar que ya era una hora más tarde... por lo menos.

Me abrió la puerta, igual de galante, y la cerró después de que me ayudara a subir al vehículo. Cuando arrancó el motor, en la radio empezó a sonar *Talking to myself*, de Gallant, y supe que los astros se estaban alineando para que una de mis canciones favoritas sonara cuando estaba al lado de mi cocinero perverso. Una locura, estaba claro, pero había alguien en esa emisora que siempre tenía sintonizada Denis que me quería mucho.

Condujo sin prisa por las calles desiertas de Barcelona, hacia el mismo destino, que no recordaba con detalle, de la otra vez. Cuando el coche estuvo aparcado y me dispuse a salir de él, encontré, en el suelo del vehículo, junto al asiento, un par de pequeños zapatos de bebé. Los cogí sin ser muy consciente de lo que hacía, como si Denis pudiera haberlos perdido y los necesitara para su hijo... porque tenían que ser de alguno de los dos mellizos, ¿no?

Me di cuenta tarde de que, tal vez, no era el mejor momento para que le recordara que los tenía, de que los había perdido, de que no los veía...

«Mierda.»

—Gracias —me dijo, sin embargo, con gesto dulce al coger los zapatitos—. Mi abogado consiguió que viera a los niños ayer, bajo unas condiciones muy estrictas y con miles de trabas por parte de la madre, pero algo es algo.

Me reconfortó oír decir «la madre» en vez de «mi esposa». Estaba claro que era mucho más consciente de las cosas que se debían decir y las que no; no como yo, que era una bocazas.

—Me alegra que tu abogado sea bueno...

—Más le vale —respondió, con un tono entre divertido y amenazador que no esperaba—. Es el tío de los niños —me aclaró—. Mi hermano es abogado, y se lo ha tomado como algo completamente personal.

Porque lo era. Obviamente, a un tío también le tenía que doler que lo alejaran de sus sobrinos. Recordé que había nombrado a ese hermano como al que había amueblado el apartamento en el que vivía. Me alegraba que tuviera buena relación con él, porque, teniendo tan poco tiempo y tan mal carácter en algunas circunstancias —o en todas, ¡qué demonios!—, contar con un apoyo en la familia debía de reconfortarlo mucho. Probablemente también se llevara bien con sus padres, ya que le permitían vivir en aquel piso, pero no era algo que fuera a comentar, por si metía la pata.

—Pues habrá que invitar a cenar algún día a tu hermano para agradecerle sus desvelos —comenté, cuando llegamos a la puerta del apartamento—. Imagino que le gustará que cocines para él.

Denis rio de buena gana.

—Suele autoinvitarse en demasiadas ocasiones como para que no tenga que ser él quien me deba a mí unos cuantos favores —respondió, girando la llave en la cerradura y abriéndola, para apartarse luego con el fin de que entrara yo primero—. La mayoría de las novias que ha tenido le han durado gracias a que las he tenido engatusadas con los platos que les preparaba.

Me imaginé la escena y sonreí, mientras me quitaba la chaqueta y aceptaba su ayuda para colgarla en el perchero que había junto a la entrada.

—Porque con sexo no se las iba a ganar, desde luego —terminó diciendo, casi más para sí que para que yo lo oyera. Lo comentó sin perder la sonrisa, con una especie de mirada tierna y protectora que me hizo entender que le tenía mucho aprecio a Oziel.

Pensé que me ofrecería algo de beber, tal vez algo de comer que preparásemos a cuatro manos a la carrera, y que, aunque a mí me hubiera salido de pena, a él le quedaría delicioso y succulento. Sin embargo, me condujo directamente a su cuarto, ese en el que había despertado sin él aquella primera noche de la que no recordaba casi nada.

Lo miré extrañada cuando me preguntó si dormía con pijama.

¿Dormir? ¿Quién quería dormir?

No obstante, comprendí de pronto que Amargo llevaba todo el día trabajando en ese restaurante que ya no era suyo, formando a los cocineros y elaborando los menús para los clientes, y que a esa hora de la madrugada en lo único en lo que podía estar pensando era en dejar caer sus huesos en el colchón y tratar de descansar algunas horas hasta la jornada siguiente. Más o menos lo que había ido haciendo yo durante las semanas que me había durado el contrato de prueba, con la salvedad de que los nervios y las dudas por no tener claro quién era el que me había dado de comer y escrito aquellas notas tan picantes no me había permitido hacerlo con normalidad.

Imaginé que Denis tenía preocupaciones mucho más serias que las mías para perder el sueño.

Esa noche pensaba dormir como hacía muchas noches que no hacía.

Tras un intenso orgasmo, un misterio desvelado y unos brazos deseosos de hacer que el sueño nos acompañara, nada podría evitar que disfrutara de un descanso de lo más reparador.

«Todavía no sé si va a abrazarme.»

—¿Te molesta si me acuesto desnuda?

Denis se desabrochó uno a uno los botones de la camisa. Muy lentamente, despojó sus hombros de la tela y la dejó caer en una butaca que había a su lado. Me encantó verle el torso desnudo, definido pero sin grandes pretensiones. Simplemente perfecto. Deliciosamente deseable.

Sacó el cinturón de las presillas de un tirón y lo hizo una espiral entre las manos. Corrió la misma suerte que la camisa y se despojó de los zapatos un instante después. He de reconocer que no aparté la vista ni un instante de sus elegantes movimientos, y mucho menos cuando se desabrochó el pantalón y éste bajó, ligero, hasta los tobillos. Creo que me mordí el labio inferior en ese punto, pero tal vez sólo tuve la intención de hacerlo y no me atreví.

Los calzoncillos bajaron con la misma ligereza y Amargo lució desnudo en todo su esplendor junto a la cama. Nunca había disfrutado de una visión tan masculina y electrizante. Aunque no estaba completamente erecta, su polla

prometía no reposar tranquila mientras yo estuviera a su lado. Respiré entrecortadamente mientras lo recorría con la mirada, sin ninguna maldita vergüenza. Podría haberla sentido si no llega a ser porque también había empezado a desnudarme, lentamente, y él me observaba de la misma forma.

—Nunca duermo con ropa —me respondió, mostrando su desnudez de frente, más que apetecible.

«Dame de comer...»

El vestido llegó a mis tobillos, cubriendo mis zapatos. La ropa interior estaba en mi bolso, ya que no había vuelto a ponérmela cuando recompuse mi imagen para salir del restaurante.

Denis cerró los puños, como si se lo estuviera pensando, y noté que estaba luchando con la necesidad de volver a hacerme suya y el cansancio que de repente se le reflejaba en los ojos.

Di dos pasos hacia él y esta vez fui yo la que lo cogí de la mano, para llevármela a los labios.

—Te perdono la cena... si me prometes un desayuno completo —le aseguré, bromeando al usar los términos que habría escrito él en una de sus notas si hubiera llegado a tener ocasión—. Eso sí, también tienes que poner la cama.

El café debe ser caliente como el infierno, negro como el diablo, puro como un ángel y dulce como el amor.

CHARLES MAURICE DE TAYLLERAND-PÉRIGORD

Me desperté entre sus brazos, como había pasado la mayor parte de la noche. Si tuvo frío o calor, si lo incomodé porque le pegué algún codazo o se le metieron mis rizos en la boca y lo despertaron haciéndole cosquillas... no me lo dijo ni yo lo noté. Sólo sé que, cuando abrí los ojos y lo vi a mi lado, con la sábana cubriéndole medio torso y sus brazos alrededor de mi cintura y mi hombro, creí que moriría... de felicidad.

Me sentía la mujer más dichosa del planeta.

Miré hacia la mesilla de noche y descubrí que habíamos dormido mucho. No sabría decir si más de la cuenta, ya que Denis quizá se estaba retrasando respecto a la hora a la que debía entrar a trabajar en Right Here y detestaba la idea de que tuviera problemas por mi culpa. Al girarme para tratar de despertarlo, me lo encontré con los ojos abiertos, observando mi pelo.

«Tiene alma de peluquero loco.»

El pensamiento me hizo sonreír a la vez que sus labios me saludaron con un beso con sabor a «buenos días».

—¿Es demasiado tarde para un café? —le pregunté, asustada ante la idea de que no se hubiera dado cuenta de la hora que era.

—Para un café como sé que te gusta... nunca es tarde —respondió, dándome otro beso—, pero hay cosas que vamos a tener que posponer hasta la noche.

Me encantaba posponer cosas, y más si hacerlo implicaba que volvería a esa cama a dejarme envolver por esos brazos.

—Mira que como te coja con hambre...

Entonces fue Denis el que sonrió.

—Me encanta que tengas buen apetito.

Una ducha rápida más tarde y Amargo estaba sirviendo dos cafés en su cocina, de esos que podían hacer que no importara madrugar o, incluso, no haber dormido. Los degustamos en silencio, envueltos en dos toallas blanquísimas; sobre la mía se derramaba mi cabello, destacando aún más su intenso tono anaranjado. Fue entonces cuando me dio por encender el móvil, que había dejado olvidado la noche anterior, junto con el bolso, sobre la encimera de la cocina.

Descubrí que tenía cinco mensajes de llamadas perdidas de Iris, varias llamadas y mensajes de mi padre y siete mensajes de WhatsApp.

—¿Todo bien?

No le respondí a Denis, que ojeaba un periódico del día anterior mientras terminaba de beberse el café, de forma distraída.

Oye, hazme caso de una vez.

¿No te has levantado aún?

Venga, tía, no me hagas esto, que tengo a tu padre aquí.

Es la última vez que te cubro el culo, que lo sepas.

Vale, es imposible que esto salga bien. Se está poniendo nervioso.

Mira, voy a tener que decírselo, tía, porque está pensando en llamar a la policía.

Quizá hubiese sido mejor lo de la policía... porque tu padre se ha puesto hecho una furia al saber que estás durmiendo en casa de Amargo.

—Mierda.

—¿Mierda?

—Perdón —respondí, con cara de angustia. Él interpretó que la ponía porque me había reprendido por el taco y yo le expliqué que no tenía nada que ver una cosa con la otra. Lo que me angustiaba era algo completamente diferente, y no sabía si quería que él se enterara.

«Claro que no quiero. ¿Cómo iba a sentarle saber que se está acostando con una chica a la que su padre está a punto de pegar una paliza?»

Estaba preocupada, pero, aun así, convencida de que no se atrevería a tanto. Desde luego, que trataría de tirar toda mi ropa por la ventana para que la recogiera en plena calle y la metiera en la maleta —que habría arrojado previamente— no me resultaría descabellado, pero tampoco iba a cogerme de los pelos y arrastrarme escaleras abajo, ¿no?

«Por favor, por favor...»

—¿Emma?

—Tengo que volver a casa — anuncié, sin darle muchas explicaciones más. Y, como era de esperar, me las pidió.

Y, como yo no sabía mentir ni mantener la boca cerrada, no supe qué hacer o decir para que no se enterara de que algo grave me pasaba.

—Mi padre, que ha venido a buscarme para que regrese con él al pueblo — le confesé, con cara de circunstancias. Su gesto no varió, muy serio, mientras yo le contaba lo que me acababa de escribir Iris y él me escuchaba atentamente.

«No, que lleva mandando mensajes desde las nueve y ya son las once y media. Acabar, lo que se dice acabar...»

—¿Quieres que te acompañe?

Tragué saliva, acongojada. ¿Pedirle a Denis que llegara aún más tarde a su puesto de trabajo para que tuviera que lidiar en una disputa entre un padre enfurecido y una hija a punto de romper a llorar por no poder quedarse en

Barcelona? No. Desde luego, había tenido un plan mucho mejor para esa mañana, pero no había cuajado.

—No te preocupes —le dije, tratando de quitarle hierro al asunto—. Sé cómo lidiar con él. Está enfadado porque he tenido que vender el coche para pagar el alquiler y estoy sin trabajo y sin un euro.

Denis asintió, consciente de que, de momento, su presencia sólo podía complicar todavía más las cosas. Me pareció que respiraba aliviado al ver que se estaba librando de tener un enfrentamiento con mi progenitor, quien seguramente no llevaría muy bien lo de encontrarse con un hombre de su edad de la mano de su hija... y pensando en cómo habría tenido a su hija la noche anterior, o dónde habría tenido metidas esas manos.

«Tierra, trágame.»

No iba a haber forma suave de encajar un golpe como ése, me lo estaba temiendo.

Denis se vistió con rapidez y yo hice lo propio, después de haber avisado por mensaje a Iris de que iba de camino a casa. Ella respondió algo sobre que no se me ocurriera tardar o me arrancaría la piel a tiras; tal vez fue algo mucho más cariñoso, pero a mí no me lo pareció.

En pocos minutos estábamos ya en el coche y, lo que me pareció un instante después, en la calle peatonal desde la que se accedía a nuestra calle. Todo había ido tan deprisa que ni cuenta me había dado de que Denis aparcaba otra vez indebidamente el vehículo y se bajaba de él. Me dio terror cogerlo de la mano para bajarme.

—Llegas tarde...

—No voy a dejar que vayas sola —afirmó, con toda la seriedad del mundo, como si para él no hubiera ninguna otra manera de hacer las cosas... y, por ende, yo no pudiera opinar de forma diferente sobre aquel asunto.

—A mi padre no le va a gustar...

Estaba claro que algo tenía que decir, pero aquella frase fue de las peores que se me habían ocurrido en la vida. Me habría dado de cabezazos contra la

pared de uno de los edificios, pero no habría arreglado nada y, encima, con dolor de cabeza solía hacer muchas más tonterías.

Era normal que siguiera compuesta y sin novio.

—Opinaría lo mismo que él si fueras mi hija —sentenció, como si tal cosa, obviando la metedura de pata que acababa de cometer. ¿Cómo podía aquel hombre estar interesado en una muchacha con tan pocas tablas como yo?

¿Qué era lo que había dicho? ¿Que era la única que conseguía enfrentarse a su mal humor? Pues si era sólo por eso...

«No, que también le vuelve loco mi pelo naranja.»

Lo miré con cara del gato de Shrek, sabiendo que no iba a lograr arreglar las cosas con ello, pero, francamente, lo que menos me apetecía en ese momento era protagonizar una escena con mi padre delante de Denis.

—He llegado hasta donde estoy porque esos ojitos no me enternecen, Calabaza.

—Tal vez no llegue a cumplir tu edad si mi padre se pone tan terco como tú.

Vale, tampoco lo de sugerir que era más viejo que yo resultaba una buena idea, pero, por fortuna, no se sintió ofendido.

—Llegarás —me aseguró—. No pienso ser el motivo por el que tengas problemas con tu familia.

¿Y eso qué quería decir, exactamente? ¿Que iba a poner todo de su parte para camelarse a mi padre? ¿Que iba a quitarse de en medio en cuanto le pegara dos gritos tras mirarle las canas? ¿Por qué iba a tener tan mala suerte, si acababa de pasar la mejor noche de mi vida?

—Tranquila, Emma —volvió a decir, viendo que empezaba a temblarme el labio.

Sin embargo, era imposible que no me preocupara. Mentalmente vi a mi padre con mi maleta en la puerta para que regresara con él al dichoso pueblo. Iris habría tenido que colaborar, seguramente, para que todo entrara en las que habíamos guardado en los altillos, a la espera de esos grandes viajes que

íbamos a hacer juntas en cuanto nos diera el dinero para ello. Imaginé a Dan, muerto de la risa, consciente de que no estaría con él..., pero tampoco con el chef que creía que le había levantado la novia. Y a mi padre, lamentándose de que su hija no tuviera dos dedos de frente para ver las virtudes de aquel chico con el que me había ido enrollando verano sí y verano también. Estaba claro que la ciudad era una mala influencia para mí.

—Pues permíteme que me preocupe —le respondí, tratando de seguir su paso. Se había puesto a caminar en dirección a nuestra calle y, de pronto, me había quedado rezagada—, porque están a punto de hacerme dejar mi vida aquí para llevar la que mis padres quieren que viva allí.

Denis no interrumpió el paso.

—¿Tú quieres marcharte, Calabaza? —me preguntó, como si no hubiera oído ni una sola palabra de lo que le acababa de decir.

—¿Cómo voy a querer eso?

Me puse delante de él, bloqueándole el paso. Habría podido rodearme, lo sé, pero conseguí que interrumpiera su avance. Me devolvió la mirada seria que yo le estaba lanzando desde mi escaso metro sesenta de estatura, como si estuviera sopesando si lo que le decía era cierto o sólo quería quedar bien con él. ¿Cómo iba a querer abandonar Barcelona? ¿Cómo iba a querer dejarlo a él, solo... en Barcelona?

Después de todo lo que había pasado para llegar a ese punto era imposible que creyera eso.

—Pues entonces, señorita..., no te preocupes.

Trabaja como si tuvieras que vivir siempre y come como si te fueras a morir mañana.

PROVERBIO ÁRABE

—Papá, te present...

Antes de que hubiera podido terminar la frase, mi padre alzó una mano, de forma rotunda y contundente, para ordenarme que me callara. Y me callé, ¡vaya si me callé! Se me quedó la boca como un estropajo, seca y áspera.

—¿Cómo dice que se llama usted? —le preguntó, encarándolo directamente, ignorándome como si no estuviera allí.

—Denis —respondió, obviando su apellido como si en ese momento éste no tuviera mayor relevancia—. Un placer saludarlo. Desconozco su nombre, a usted lo conozco sólo como el padre de Emma...

Le tendió la mano, de forma cortés y formal. Imaginé que iba a ser complicado que mi padre amedrentara a un hombre como Amargo, y constaté que éste no se parecía en nada a los chicos que habían salido conmigo hasta entonces y que él había conocido. Si lo que pretendía era intentarlo, íbamos a pasar mucha vergüenza. Los tres.

—Jordi —respondió, sin aceptarle la mano para devolverle el saludo—. ¿En qué estaba pensando cuando se llevó a mi hija a su casa?

Era el perfecto momento para fingir un desmayo, o sufrirlo realmente, que las dos posibilidades eran de lo más factibles.

—Con todos mis respetos, dudo mucho que le apetezca conocer lo que pasaba por mi cabeza cuando le ofrecí a Emma la posibilidad de pasar la noche conmigo.

Iris, que estaba sentada en el sofá, casi se muere de la risa. Si no llega a ser porque la fulminé con la mirada, habría roto el tenso silencio que siguió a la frase lapidaria de Amargo con una carcajada escandalosa. Si mi padre no le partía la cara en ese instante era porque nunca lo había visto ponerse violento con nadie... salvo para alzarme la voz a mí o, alguna vez, a mi madre.

«Bueno, en verdad puede que vuelva a depender de ellos.»

—¿Son cosas mías o usted podría ser, también, el padre de Emma?

Denis cruzó los brazos sobre el torso, pero tratando de no parecer amenazador para mi progenitor. En vista de que no le iba a devolver el saludo, no tenía sentido mantener la mano tendida, esperando un cordial recibimiento.

—Dudo mucho que pudiera ser su padre. Nunca me habría fijado en ella si lo fuera.

—Me refiero a su edad —remarcó, irritado.

—¿Tiene algún problema con la edad de los hombres con los que sale Emma?

—No hasta que lo he visto a usted, que seguramente le dobla la edad.

—Probablemente se la doblo —sentenció, con la mayor naturalidad. Yo ya me habría echado a llorar si llego a ser la interrogada—. Repito: ¿es un problema?

—¡Por todos los demonios! ¡Claro que es un problema! ¿Usted querría que un perverso se fijara en su hija?

—¿Me está llamando perverso?

A pesar de la pregunta, parecía divertido al formularla, más que disgustado. No podía creer que, con todos los desplantes que me había dado a mí, precisamente en una discusión estuviera en su salsa. Desde luego, Denis tenía un carácter muy peculiar.

—Se lo estoy llamando.

—Era sólo por tenerlo claro —comentó, poniendo una mueca que daba a entender que le parecía muy interesante que lo catalogara de ese modo—. ¿Y qué hacemos, entonces? Yo, un perverso; usted, un intransigente...

A mi padre se le encendió la cara. La vena esa que se le hinchaba, la del lado izquierdo del cuello, aún no se le había marcado, pero poco le faltaba.

—Pues yo le aconsejaría que se apartara de mi hija...

—Eso, descartado —lo interrumpió Denis, haciendo un gesto con la mano, como si estuviera lanzando un papel a un lado—. ¿Siguiente opción?

Vena hinchada en tres, dos, uno...

Vena hinchada.

—¡No pienso permitirle que vuelva a ponerle un dedo encima a Emma!

—Emma es mayor de edad. Es ella la que va a decirme si quiere que vuelva a tocarla o no. Bajo ninguna circunstancia va a elegir usted por ella. Es una mujer libre y capaz de tomar sus propias decisiones.

—¡Depende de mí económicamente! —gritó mi padre, zanjando la discusión—. ¿Cómo va a poder ser capaz de tomar sus propias decisiones si hace apenas dos meses que ha terminado la carrera? Se vuelve con nosotros a casa, y ni se le ocurra aparecer por allí o le aseguro que las manos no se las volverá a poner encima porque se las arrancaré.

Denis se miró ambas palmas, como si estuviera sopesando la posibilidad de arriesgarse a perder su medio de trabajo..., su medio para arrancarme orgasmos.

—Lo siento, Jordi. Lamento que esté tan disgustado con la situación, pero esto es lo que hay. Emma me ha dicho que no desea volver al pueblo con ustedes; por lo tanto, y hasta que no encuentre otro puesto de trabajo, yo la mantendré y cuidaré de que no le falte de nada. Vivirá aquí o conmigo, como ella decida, pero no va a poner un pie fuera de Barcelona si no es su deseo hacerlo.

A mi padre se le descolgó la mandíbula y le ardieron los ojos. Si había creído que nunca sería capaz de levantarle la mano a alguien, en ese instante ya no estaba tan segura de ello. Miré a Iris y me sonrió abiertamente, levantando los pulgares como si diera su aprobación al hombre que me había buscado para hacer de paladín en ese enfrentamiento con mi padre. Dan estaba

discretamente escondido delante de la puerta del baño, con la intención de pasar desapercibido, pero mi padre lo señaló de pronto, haciendo que todos nos giráramos para mirarlo.

—Con ese chico es con quien salía mi hija hasta hace un par de meses. ¿Le parece normal que ahora esté con alguien que le dobla la edad?

Dan encogió la cabeza, pretendiendo no mirar directamente a Denis. Con un enfrentamiento con Amargo había salido ya más que escaldado, así que no pretendía tener dos, y mucho menos tan seguidos.

—Yo no tengo la culpa de que su hija tuviera un gusto... digamos, peculiar, hace unos meses —soltó, muy resolutivo, Denis. Me atraganté con mi propia saliva, pero conseguí no reírme por su ocurrencia—. Es obvio que, cuando no se tiene mucho donde elegir, a veces... ¿nos equivocamos? —Se volvió hacia Dan y se encogió de hombros—. Sin acritud, muchacho. Ya encontrarás a otra pelirroja.

Que se lo estuviera tomando tan bien me resultaba del todo insólito. Cuando lo había visto pelearse con Picante, había temido siempre por la forma en la que iba a terminar la discusión, y allí era evidente que Denis estaba tratando de llevarlo con sentido del humor; quizá un tanto borde, y con demasiada altanería, pero imagino que lo hacía para no dejarse amilanar por mi padre, o que éste no encontrara la excusa perfecta para partirle la cara. Seguramente a Denis no le apetecía nada que aquella discusión terminara de esa manera, tratándose de mi progenitor.

Dan se metió un poco más en el baño y musitó una ligera excusa.

—Me han dejado de gustar las pelirrojas.

Denis rio de buena gana, cosa que a mi padre le desagradó con la misma intensidad.

Por mi parte, comencé a rezar para que aquello no acabara convirtiéndose en un intercambio de insultos en toda regla... y para que a ninguno se le fueran las manos a la cara del otro. El humor y la ironía podían apaciguar a veces los ánimos... o encenderlos todavía más, dependiendo de la persona.

De todas formas, la situación, hasta ese momento, me alegraba mucho, porque mi padre estaba un poco —bastante— descolocado por las respuestas de Denis... y por sus risas, y Amargo lo sabía.

—Emma no pinta nada con usted, no me haga repetírselo.

Denis no respondió.

Mi padre se giró y me miró. Yo estaba buscando mi maleta, esa que pensaba que tendría preparada ya, pero no la encontré por ninguna parte. En eso también me había equivocado y me alegraba que fuera así. Lo de tener que guardar mis cosas no me habría gustado, aunque tal vez, si ya estaban en una maleta..., trasladarlas a casa de Amargo no hubiese sido una mala opción. Había que aprovechar las oportunidades.

—Emma, nos vamos ya —me dijo mi padre, con el tono más seco que había usado jamás conmigo.

Me sujetó por la muñeca y me movió dos pasos..., los únicos que consiguió dar antes de que Amargo lo aferrara, a su vez, por el antebrazo.

—Le he dicho que Emma se queda. —Mi padre lo miró a los ojos y luego la mano que lo sujetaba, alternativamente, sin llegar a creerse que aquello pudiera estar sucediendo—. Mientras ella quiera quedarse... se queda.

La edad sólo importa si eres un queso o un vino.

ANÓNIMO

Denis me dijo que me esperaba abajo, en el restaurante, cuando le pedí que me dejara un instante a solas con mi padre. No estaba convencida de que se hubiera dado por vencido, pero quedaba claro que me merecía ese momento de intimidad con él después de todo lo que acababa de pasar en el salón de nuestro piso.

Iris también se marchó, y se llevó a Dan con ella a tomarse un helado. Le habría sugerido que le pidiera a Amargo que le preparara un café, pero no veía a Dan y a Denis compartiendo el mismo espacio si podían evitarlo.

—¿Estás loca, Emma? ¿Vas a joder tu futuro?

—¿Por qué, papá? ¿Por no hacer lo que tú quieres? —le pregunté, muy disgustada—. Mi futuro no está en el pueblo, rodeada de gente que me triplica la edad, y no como Denis, que sólo me la dobla. —Le solté eso con mucha ironía, y mi padre torció el gesto, molesto por haber dejado que su hija creciera y que él no se hubiera dado ni cuenta—. Yo quiero quedarme. Quiero intentarlo otra vez. ¿Cuál es el problema?, ¿que no tengo un empleo? Aparecerá algo. Barcelona es muy grande y no pienso morirme de hambre. Conseguiré trabajo y...

—Y te seguirás acostando con ese degenerado.

—No es un degenerado, papá. El único fallo que puedes ponerle tú es que tiene tu edad, pero para mí eso no supone un problema. Debería alegrarte que haya encontrado a alguien que me trata bien y me hace feliz.

—¿Feliz? ¿De qué puedes hablar con un hombre así?

—¿De cocina?

Mi padre no entendió el chiste.

—Si vas a quedarte..., prométeme que no volverás a verlo.

Cogí aire, agotada psicológicamente. Que hubiese intercambiado sólo un par de frases con mi padre no implicaba que no me hubieran afectado todas las que se habían lanzado él y Denis.

—No, papá, no pienso prometerte nada. Si tengo que dejar de ver a Denis, será porque yo lo decida o lo haga él... —respondí, haciendo una larga pausa que nos dolió a ambos—... pero no tú.

—A casa ni se te ocurra llevarlo en Navidad —me advirtió, avanzando hacia la puerta—. No quiero que le des otro disgusto a tu madre.

—Pues entonces dile a mamá que venga a verme para esas fiestas, porque, si sigo siendo feliz con Denis aquí en Barcelona, no pienso dejarlo atrás.

Me lanzó una última mirada, en esa ocasión cargada de pena. Ojalá hubiera podido cambiar su forma de verlo, pero era imposible que lo hiciera. No, al menos, todavía. Se acababa de enterar de que salía con un hombre de su quinta. Tenía que entenderlo. A mí, en su lugar, también me hubiese afectado.

Incluso a Denis tenía que afectarle..., aunque no lo hubiera reconocido.

—¿Y qué pasará cuando se canse de ti?

—Pues que lloraré, como haré cuando se cansen de mí otros hombres, tengan la edad que tengan —le aseguré, comprendiendo su preocupación—. Tengo veintitrés años, papá. Deja que me equivoque si tengo que hacerlo.

No iba a convencerlo con esa frase; sin embargo, sabía que el viaje hasta el pueblo era largo y que, por tanto, tenía unas cuantas horas por delante para meditar acerca de todo lo que le habíamos dicho Denis y yo. Ojalá Amargo hubiera sido un poco más amable con él, pero era consciente de que no tenía un carácter afable que conquistara corazones..., sólo el mío.

—Te estás equivocando...

—Pues ya tendrás tiempo de decirme «te lo dije».

Le sonreí, tratando de conseguir que no se fuera con la boca amarga y los

ojos inyectados en sangre de la rabia.

—Te lo diré, tenlo por seguro.

Era una tontería asegurarle que estaba convencida de ello, pero ganas no me faltaron. Abracé a mi padre, lanzándome en sus brazos. No me gustaba que estuviera enfadado conmigo, pero tampoco podía impedirle sentirse como se sentía. Ojalá hubiese sido todo mucho más sencillo, pero sabía que él había sufrido por mí desde el momento en el que se enteró de que mi madre estaba embarazada y no iba a dejar de hacerlo hasta el día en el que me dejara. No podía no sentir la pena de mi padre, al igual que lo hacía con todas las penas de todas las personas que se colaban en mi vida. Sólo me restaba intentar que fuera un poco menos doloroso para él.

—Pero intenta decírmelo después de Navidad, ¿quieres? —le pedí, cachondeándome un poco, dejando que me llevara hasta la puerta—. Es cocinero y seguro que te encantaría probar la cena de Nochebuena...

—¿Cocinero? —preguntó, casi estupefacto.

—De los buenos, no te creas —bromeé—. Es el chef de su propio restaurante.

Preferí omitir el pequeño detalle de su problema económico, pues no habría ayudado a que se sintiera más tranquilo dejándome allí a su cargo. Además, no me pareció correcto comentarle que el restaurante lo llevaba con otros tres cocineros-socios y que estaba tratando de librarse de dos de ellos, ni que vivía en un piso de sus padres. Y tampoco hacía falta mencionarle que era padre de dos bebés a los que no veía, y que su exmujer lo había dejado sin blanca. Ya si eso... para cuando me emborrachara en Nochevieja.

—Un maldito cocinero... con lo que a ti te disgusta acercarte a la cocina.

«Alguien tenía que conseguir que dejara de bloquearme delante de unos fogones.»

Asentí, bajando con él la escalera. Nos dijimos poco más hasta que llegamos al portal. Lo de hablarle de una posible cena de Navidad sabía que era una locura, ya que quedaban varios meses todavía hasta que llegaran las

fiestas navideñas y lo que tenía con Denis, fuera lo que fuese, podía acabarse de la noche a la mañana, pero al menos le había arrancado una sonrisa a mi padre; bueno, más bien una mueca, pero no fue de disgusto.

Abrí la puerta y nos encontramos con Denis y Benedict en la entrada del restaurante. Mi padre leyó en voz alta el nombre serigrafiado en el cristal y puso los ojos en blanco.

—¿De verdad, Emma? ¿No había otro?

Me habría reído de no ser porque papá volvía a parecer terriblemente preocupado. Quedaba claro que no era, lo que se decía, un ligue ortodoxo, pero era mi chef y yo estaba la mar de ilusionada con él.

—De verdad, papá —le aseguré—. Estoy convencida de que, cuando lo mires con otros ojos...

—No pienso hacerlo nunca.

«Lo harás; cuando me sigas viendo feliz... lo harás.»

De todas formas, estaba claro que no tenía sentido intentar que cambiara de opinión tan pronto, cuando aún no sabía qué iba a ser de nosotros. Tal vez no mereciera la pena convencerlo para el poco tiempo que iba a durarme la sonrisa en la cara, pero no pensaba dejar que fuera él quien me la arrebatara.

—¿Necesitas dinero?

—Necesito un trabajo, y voy a encontrarlo.

Era obvio que eso era más fácil decirlo que hacerlo, pero no pensaba amilanarme delante de mi padre. Denis confiaba en mis capacidades y yo no iba a ser menos.

Y como si lo hubiera invocado al pensar en él, Amargo se acercó hasta nosotros y le tendió nuevamente la mano a mi padre. Su gesto serio indicaba que no estaba allí para intentar provocar un nuevo enfrentamiento con él. Había dejado muy clara su postura antes, pero tampoco quería que mi padre se marchara llevándose una impresión equivocada.

Miró la mano del cocinero, ese hombre que se metía entre las piernas de su hija, y, a regañadientes, elevando los ojos hasta los azules del chef, se la

estrechó.

—No voy a convencerlo de que no tiene que temer por su hija; eso lo tengo claro.

—Pues entonces debería apartarse de ella.

Y vuelta a empezar.

«Mierda.»

—Lo sé.

¿Cómo que lo sabía? ¿Cómo coño que lo sabía?

No hay comida rara, sino gente rara.

FERRÁN ADRIÀ

«Espera un momento. ¿Primero le dices a mi padre que vas a cuidar de mí hasta que pueda mantenerme sola, que no vas a permitirme que haga nada que no quiera y, acto seguido, dices que sabes que deberías alejarte de mí? ¿En qué punto de la conversación me han cambiado al chef y han puesto a otro en su lugar?»

Evidentemente, todo eso no se lo dije. Me quedé allí parada, viendo cómo mi padre se marchaba y cómo Denis se metía las manos en los bolsillos y se balanceaba hacia atrás y hacia delante, pasando el apoyo de los talones a las puntas, mirando al suelo.

—He de ir al restaurante. Llego bastante tarde hoy.

¿De verdad no me iba a decir nada? ¿De verdad yo no iba a ser capaz de decir nada?

—No hará falta que me mantengas —solté, de pronto—. Ya me buscaré la vida.

Sí, podía decir algo y meter la pata hasta el fondo. Si es que mejor me habría valido que regresara con mi padre al pueblo.

—Le he dado mi palabra a tu padre.

—No te preocupes por eso —seguí vomitando por la boca, molesta, sin llegar a entender cuánto—. A mí ha intentado convencerme de que no me deje tocar más por ti. En verdad, ha intentado que se lo prometiera.

—¿Y lo has hecho?

—Pero ¿a ti qué demonios te pasa?

Amargo abrió la boca para decir algo, pero de inmediato la cerró. No sabía qué había cambiado desde que habíamos mantenido la conversación en el piso y ese otro instante en el que le había dado la razón a mi padre, desdiciéndose de todo lo anterior. Aquél no era el mismo Denis. ¿Cómo podía enfurecerme tanto un hombre que hasta hacía nada me había hecho suspirar al defenderme ante mi progenitor de esa manera?

—No me arrepiento de nada de lo que he dicho —me aclaró, sacando las manos de los bolsillos y dándome un beso en la mejilla, a modo de despedida—. Suscribo todas y cada una de las palabras que, espero, recuerdes.

Luego se marchó, dejándome con la boca abierta, sin entender una mierda a ese hombre. Me entraron ganas de llorar. ¿Qué debía hacer esa noche?, ¿ir a su piso?, ¿esperar que pasara a buscarme?, ¿me metía en mi cama y me dedicaba a contar ovejas, a ver si lograba quedarme dormida?

¡Pero si sólo eran las doce y media del mediodía!

—No se lo tengas en cuenta —me soltó una voz a mi espalda. Cuando me giré, ya sabía que iba a encontrar a Agrio a mi lado—. No ha tenido un buen día.

¿Cómo que no lo había tenido? Si había dormido conmigo, se había despertado a mi lado y hasta habría jurado que se lo había pasado bien mientras respondía a los improperios de mi padre en mi piso. ¿En qué punto se había torcido el día?

—Perdona, pero no lo he visto pasarlo mal en ningún momento —repliqué, dolida.

Benedict encendió un cigarrillo y me lo tendió, como si no recordara que no fumaba. Cuando se lo rechacé, se encogió de hombros y le pegó una larga calada.

—Te has perdido lo mejor, imagino.

—¿Picante?

—Mejor aún. —Lo comentó observando mi rostro a través del humo que exhaló por la boca, desdibujando mi mirada—. Su exmujer.

Y allí estaba siempre esa explicación que hacía que todo tuviera, de pronto, sentido, y que yo me sintiera completamente estúpida y una capulla por haberme comportado como una déspota al no entender qué demonios le pasaba. Y claro, en vez de esperar a que Denis hablara y se explicara, me había puesto a la defensiva y la había fastidiado de la peor forma posible. Para ser tan empática, algunas veces era tonta del culo.

—¿Qué ha pasado?

Benedict le pegó otra calada al pitillo, pero esta vez tuvo la cortesía de echar el humo hacia un lado para no asfixiarme con él.

—Lo ha denunciado.

«La madre que la parió.»

Me sentí la mujer más malvada del mundo, la más tonta, la más dictadora... en realidad, la segunda, por detrás de esa arpía que había tenido dos hijos con Denis. ¿Cómo se le ocurría semejante locura? ¿Denunciar a Amargo?

—¿Y por qué lo ha hecho?

—Bueno —comentó Agrio, echando la cabeza hacia atrás—. Imagino que sabes que se llevan fatal. Quiere hacerle daño...

—No me he explicado bien —me corregí, meneando la cabeza. Estaba claro que había sido yo la que me había equivocado al preguntar. Por muy turco que fuera, entendía el español a la perfección—. Me refiero a qué motivo ha alegado para denunciarlo.

Volvió a soltar humo. Ese hombre era una chimenea de piel aceitunada.

—Intento de secuestro —soltó, como si con él no fuera la cosa. En verdad, con él no iba, pero cualquiera habría dicho que no eran amigos—. La muy hija de puta dice que se llevó a sus hijos sin permiso y que la intención de Denis era sacarlos fuera del país. Su hermano acaba de avisarlo de que había una orden de arresto contra él, por si quería entregarse directamente antes de que fuera la policía y lo encontrara en el trabajo. Eso le hubiese resultado muy embarazoso.

Nunca, ni en la peor de mis pesadillas, se me ocurrió que pudiera estar

pasando por aquel infierno. Y, aun así, se había preocupado por conseguir que mi padre no me arrancara de Barcelona. ¿Cómo había sucedido todo aquello tan rápido? Sólo había estado unos pocos minutos con mi padre en el piso mientras Denis se iba y me esperaba abajo...

Saqué el teléfono e intenté hablar con él, pero en las dos ocasiones en las que sonó, Amargo me cortó la llamada; a la tercera, saltó el buzón de voz. ¡Por todos los demonios! ¿Cómo estaba pasando eso?

—Avisó a Right Here de que tardaría un par de días en reincorporarse al trabajo. Imagino que no le habrá hecho mucha gracia al dueño, pero sí al futuro socio, don musculitos.

¿Se estaba refiriendo a Picante? Aquello era una locura.

—¿Tienes el teléfono de su hermano, el abogado?

—¿De Oziel? —En ese momento no recordaba su nombre, pero lo di por bueno si él lo llamaba así—. Supongo que tiene que haber una tarjeta por alguna parte.

Agrio tiró el cigarrillo al suelo y se metió en el restaurante. Lo seguí, retorciéndome las manos, sin tener muy claro si tenía que hacer algo y si era mejor dejar que Denis pasara aquello solo. Posiblemente no iba a gustarle que me enterara de lo que estaba a punto de sucederle, porque, si llega a ser de otro modo, me lo habría acabado contando, ¿no?

«Claro, entre una pulla y otra, y sin dejarlo hablar después de que le hubiera cambiado otra vez el humor.»

La idea de golpearme la cabeza contra una pared me resultaba cada vez más tentadora. Y, sin testigos, mucha mejor opción.

—Aquí lo tienes —me anunció Agrio, tendiéndome una tarjeta de visita que sacó de una de las agendas que había al lado del libro de reservas—. Supongo que ahora mismo estará un poco liado, tratando de conseguir que lo suelten lo antes posible, pero tal vez obtengas algo de información.

Cogí la tarjeta y casi la memoricé, por si acaso la perdía. El nombre de Oziel estaba elegantemente grabado en un papel rugoso y amarillento.

—¿Te dijo algo antes de marcharse? —le pregunté, cuando me di cuenta de que se iba a despedir de mí para ponerse a sacar adelante un negocio que se iba a pique por momentos. Con un socio entre rejas, otro al que lo único que le interesaba era vender su parte lo antes posible para recuperar su dinero y un tercero que, simplemente, vendería a su madre si con eso Picante le llegaba a prestar un poco de atención, Agrio era la única esperanza que le quedaba a Come; al menos... de momento.

Benedict sonrió, mostrando un gesto que denotaba que estaba ciertamente preocupado.

—Que no me olvidara de que tenías que cenar.

La cocina no es sólo un oficio, es una forma de entender la vida.

JORDI CRUZ

Amargo arrugó el gesto cuando me vio aparecer por la puerta del pasillo que conducía a la zona en la que lo tenían retenido. No había tenido tiempo de cambiarse de ropa, se lo veía muy decaído y hasta habría jurado que había estado llorando... y que había envejecido. Nada raro, en verdad, si teníamos en cuenta las circunstancias.

—¿Cómo has conseguido entrar? —me preguntó, por todo saludo. Evitó mirarme a los ojos, tal vez porque en ese instante no podía ocultarme demasiadas cosas con ellos.

—Tu hermano no es tan malo con el sexo como comentaste —le solté, tratando de captar su atención.

Y lo logré. Se puso tieso de pronto, pero, cuando me miró de frente, se dio cuenta de que solamente estaba bromeando. Me encogí de hombros y le tendí una mano a través de los barrotes. La miró un instante... antes de cogerla y llevársela al rostro.

Mi hombre era, de pronto, un niño desvalido.

Se acarició la cara con mi palma y yo dejé que moldeara mis dedos sobre los elegantes ángulos, donde la barba de un día los arañó levemente.

—Espero que Bene te haya dado de comer.

—¿A qué comida te refieres?

Amargo volvió a levantar la cabeza, asegurándose de que volvía a estar de broma. No sabía si eso le sentaría bien o no, pero tampoco tenía mucha idea

de lo que se podía mencionar en una pequeña celda.

—¿Mi hermano te ha pedido que vengas a animarme?

—No, en realidad he tenido que rogarle para que me ayudara a conseguir que me dejaran verte unos minutos.

—A cambio de sexo.

—Por supuesto...

Denis volvió a llevarse mi mano a los labios y la besó con ternura.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Suspiró, me apretó la mano un poco y se dio la vuelta, llevándose ambas manos a la nuca para estirarse un poco. Se quedó de espaldas, mirando hacia los azulejos blancos y deslucidos de la celda.

—He tratado de defender que era un hombre perfectamente válido para poder estar contigo como pareja frente a tu padre —empezó diciendo, con voz amarga, esa que le conocía tan bien—, pero no es la verdad. Estoy endeudado hasta las cejas con mi hermano, vivo en una casa prestada, con la obligación de pasarle una generosa pensión mensual a la madre de mis hijos y sin poder ver a los pequeños a pesar de haberles dado todo lo que tenía. He defendido esa idea delante de tu padre... pero no podía seguir haciéndolo con un arresto.

Nadie puede con tanto.

—¿Cuándo te sacará Oziel de aquí?

Denis se giró otra vez y se acercó a las rejas, sujetándolas con las dos manos a ambos lados de la cara. Se lo veía agotado.

—Me aseguró que no tardaría. La acusación no se sostiene por ningún lado y están tratando de demostrar que es completamente falsa antes de tomar medidas cautelares. Probablemente no haga falta ni pagar una fianza.

—Menos mal, que le tengo mucho aprecio a mi cerdito de barro.

Le guiñé un ojo y él me sacó la lengua, con un gesto un poco más relajado.

—Gracias por venir a verme.

—La elección ha sido fácil —le respondí, poniendo mis manos sobre las suyas y pegando mi frente a su pómulo—: Entre ir a buscar trabajo, dejar que

Agrio me envenenara con alguna especialidad turca...

—¿Agrio?

—Venga, no me interrumpas —protesté, recordando que en alguna ocasión le había explicado lo de sus apodos. El de todos, en verdad, que no sólo me había quedado en el de Picante y en el suyo—. Entre eso de la comida turca y aguantar que tu hermano me tirara los tejos...

—Lo mato.

Ahora la que sacó la lengua fui yo.

—No se me ocurre mejor elección, ni mejor sitio donde estar. —Le acaricié el mentón—. ¿Cómo te encuentras?

—Hecho una mierda —me reconoció—, pero he salido de cosas peores. Ahora mismo sólo me separa de arrancarte la ropa unos pocos barrotes. Podría ser mucho peor.

Entendí que el sentido del humor de Amargo siempre iba a ser una asignatura pendiente entre los dos.

—Le dijiste a mi padre que no ibas a dejar de ponerme la mano encima si yo no te lo prohibía...

Dicho esto, cogí su mano y me la llevé al cuello, haciendo que me rodeara la nuca. Cubrí el dorso de dicha mano con la mía, consiguiendo que sintiera mi calor por ambos lados. Cerré los ojos cuando él lo hizo y respiré un par de veces su aroma antes de volver a abrirlos y darme cuenta de que me estaba observando.

—Le habría dicho cualquier cosa con tal de que no te llevara con él.

—Pues has conseguido que me quede...

—Pero no estoy seguro de haber hecho lo correcto —soltó, de repente, apartando la mano—. Tu padre tiene razón. Ha sido mucho más comprensivo de lo que yo lo habría sido si llegas a ser hija mía.

Tragué saliva, temerosa de los derroteros a los que nos podía conducir aquella conversación en un espacio tan agobiante y deprimente como aquél.

—No es el momento ni el lugar para hablar de eso, Denis... Estás cansado y

decaído, y...

—Que te desee con locura no quiere decir que no sea capaz de comprender perfectamente lo que dice tu padre.

Vale, no iba a haber forma de que aquello acabara bien. Traté de apartar sus palabras de mi cabeza, recordándome las circunstancias, pero dolían demasiado.

—¿Sólo me deseas? —me vi preguntando, estremeciéndome con la idea de encontrarme de frente con la verdad en sus palabras. Un borracho nunca mentía, y tal vez... tampoco lo hiciera un preso.

Agitó la cabeza, visiblemente afectado.

—Quizá tenías razón y debería haber dejado que subieras sola a hablar con tu padre. Tendría que haberme quedado en el puto coche.

Si se iba a arrepentir de haberme defendido en el piso, podría habérselo ahorrado.

«Está dolido. Le dije que no iba a dejar que me mantuviera.»

Nota mental: no decir nada más antes de que la cosa estuviera más calmada, con Denis otra vez en casa y una copa de vino acabándose en sus labios... y en los míos. Por él aprendería a beber vino.

—No, no tenía razón, y me alegra que no me hayas hecho caso y hayas subido conmigo.

—Yo no estoy tan seguro...

—Menos mal que yo lo estoy por los dos.

No me dejaron decir más. Un agente se presentó en la puerta del pasillo y me indicó que habían pasado los minutos que me habían concedido para visitar a Amargo. Apenas si me dio tiempo de darle un escueto beso en los labios, al que casi no me correspondió, y abandoné la zona de celdas con la sensación de que me iba a costar mucho recuperar al Denis que me había puesto, aquella última vez, el gorro de cocinero en la cabeza.

Fuera del pasillo me esperaba su hermano, Oziel, que con una carpeta llena de documentos hacía como si le resultara más interesante lo que ponía en ellos

que lo que yo tuviera que decirle..., pero quedó claro que no engañaba a nadie. Estaba más preocupado que Denis, y se le notaba en la mirada, igual de limpia que la de su hermano.

—¿Y bien? —preguntó, clavándome esos penetrantes y, seguramente, en otras circunstancias, seductores ojos.

—Está bastante abatido —le respondí. Le había prometido que intentaría levantarle la moral por todos los medios, pero no estaba segura de haberlo conseguido—. Parece que no ha sido un año muy bueno.

—Probablemente los ha tenido mejores —me confirmó, acariciándose el mentón, como si estuviera tratando de enumerar mentalmente todo lo que podía sumarse para hacer esa afirmación. Dejó vagar un momento la vista y volvió a centrarse en mí.

—¿Y ahora?

—Con suerte —me dijo, sacando dos folios de su carpeta— conseguiré que lo suelten en un par de horas. Y a las malas, tendrá que pasar la noche aquí, pero se irá a casa por la mañana.

—¿Y de qué depende eso? —inquirí, molesta con la idea de que no se pudiera demostrar que Denis, en ningún momento, hubiera tratado de secuestrar a sus hijos.

Oziel apartó los ojos de los folios para mirarme. Tenía el pelo oscuro, sin las canas que poblaba el de su hermano, pero las mismas facciones rectas y elegantes. Recordé que una vez pensé que Denis tenía más pinta de abogado que de cocinero y, si los ponía juntos a ambos, con sendas corbatas anudadas de forma impecable, probablemente no habría sido capaz de averiguar cuál de los dos era el que ejercía de letrado y cuál el que se dedicaba a crear platos que pudieran resucitar a un muerto.

Era también muy guapo, demasiado, quizá. Además, jugaba a su favor que parecía haber sufrido mucho menos que Denis y eso hacía que diera la impresión de estar mucho más dispuesto a disfrutar de los placeres de la vida. Juguetón, arriesgado, sexi. Su hermano sólo dejaba ver esos rasgos a veces.

Oziel, por el contrario, parecía querer mostrar siempre esa imagen. Quizá no en ese momento, pero no conseguía disfrazarse de hermano preocupado y serio... aunque lo estuviera.

Probablemente Denis exageraba y, para mantener a las chicas a su lado, sólo le hacía falta chasquear un dedo o decir alguna frase lapidaria como las que me soltaba Amargo a mí.

«Vas a abrir la boca cada vez que te diga come...»

¿Cuál sería la suya? ¿Quién habría aprendido de quién? Imagino que, al ser Denis mayor, habría podido enseñarle unas cuantas cosas a su hermano...

—De si uno de mis amigos deja de montarse la juerga del siglo con dos prostitutas de lujo en alguna *suite* de hotel —respondió, sin importarle que a mí me pudiera parecer que esa forma de narrarlo podía ser considerada como exceso de información—. Mi amigo en cuestión... es el juez.

Comer es una necesidad, pero comer con inteligencia es un arte.

LA ROCHEFOUCAULD

Oziel consiguió sacar a Denis esa misma noche. Amargo me avisó por teléfono para que estuviera tranquila, pero no me tranquilizó más que unos minutos. Exactamente, hasta que me dijo que prefería estar solo esa noche.

—Ya, te entiendo. —Me tembló la voz al decírselo, pero no podía fingir mejor.

—No suena a que lo entiendas...

Era cierto, no había sonado a eso, pero quedaba tonto decirle que se dejara de estupideces y que me dejara ir a verlo, que iba a hacerle olvidar todos sus problemas llevándome su polla a la boca. Con sexo no se arreglaban todos los asuntos, y menos los de Amargo, pero yo no podía ofrecer otro tipo de consuelo..., salvo, tal vez, dejar mis cabellos sobre su pecho, para que los acariciara de forma distraída mientras se quedaba dormido.

—Sí, sí que lo entiendo —protesté, queriendo dejar claros los conceptos—. Lo que pasa es que la idea no me gusta.

Otra vez... silencio. Suspiré un par de veces al micrófono del móvil, imaginando que le llegaba mi aliento cada vez que lo hacía. Denis sabía ser mucho más comedido que yo, y no dijo ni hizo absolutamente nada.

—Siento la forma en la que me comporté cuando le dijiste a mi padre que lo sabías.

—¿Que lo sabía?

Dejé que hiciera memoria y se acordara de mis desafortunados

comentarios. Me alegró que no los tuviera presentes, después de todo, aunque una pequeña —muy pequeña— parte de mí se preguntaba el motivo de que no le hubiera afectado.

«Si es que no voy a estar nunca conforme con nada.»

—¿Recuerdas lo que te dije yo? —me susurró a través de la línea telefónica.

Cómo olvidarlo...

—Que te reafirmabas en cada una de las palabras.

Había usado el verbo *suscribir*, pero no quería que se notara que no dejaba de darle vueltas a todo lo que me decía, como si sólo viviera para esos momentos con él..., aunque fuera verdad, al menos mientras no estaba tratando de matar a Iris o a Dan.

Lo imaginé asintiendo con la cabeza, allá en su salón, sentado en su sofá negro.

—En eso también lo hago.

Joder, hubiera preferido que en eso... no lo hiciera. ¿Cómo podía reafirmarse en que sabía que no debía estar conmigo?

—Mañana te haré cambiar de idea.

Sólo podía tomármelo a broma, porque, si me disgustaba sabiendo que él no se encontraba en su mejor momento, volvería a la espiral destructiva y metería una vez más la pata... y no quería decir nada más que se pudiera utilizar en mi contra.

—¿Qué piensas hacer mañana? —preguntó, con un tono de voz mucho más sensual.

Me encantó saber que su moralidad no podía evitar que se le levantara la polla, saber que seguía deseándome aunque se sintiera mal por mi padre o por la situación en general. En verdad, nunca había llegado a entender que fuera capaz de fijarse en mí, pero no iba a llevarle la contraria y decirle que perdía el tiempo con una chica más joven que él. Mis cosas buenas debía de tener si había logrado que girara la cabeza para mirarme.

«Sí, el pelo y lo de ser capaz de llevar su mal genio. Una lista interminable de puntos positivos para mí.»

—Comer...

Me salió así, sin pensarlo demasiado. Había cosas con las que se me iba la cabeza y ésa, que no había podido realizar aún, era una de ellas. Llevaba semanas soñando con ese momento en el que me cogería de los cabellos, me guiaría hasta su miembro y me diría «come», pero ese instante no se materializaba y eso me producía mucho desasosiego. Había probado sus labios y lamido la piel de su cuello. Había arañado su espalda y degustado su saliva, pero su polla había quedado siempre alejada de mis manos o de mi boca, y me atormentaban mis sueños húmedos, en los que perdía el aire por culpa de su carne dura y compacta... y caliente...

—No me digas que no te doy bien de comer...

Me retorcí sobre las sábanas de mi cama, frotando los muslos uno con otro, con verdadera necesidad. Si hubiera tenido un poco más de seguridad en mí misma y más confianza en lo que teníamos, habría sido un momento estupendo para sugerirle que deseaba meter la mano bajo mis bragas y gemir con sus palabras, a través del teléfono, pero las cosas no eran tan sencillas ni Amargo era de los que se dedicaban a despertar humedades en las jovencitas que luego no era capaz de combatir con los envites de su miembro... o tal vez sí... y me estaba volviendo a columpiar.

—No querrás que hable mal del cocinero...

Sin embargo, deseaba... ser sucia aunque me fuera a salir mal. Ser una perversa capaz de hacer que Denis olvidara el mal trago que había pasado, allá entre rejas, haciendo que le molestara el pantalón por lo dura que se le podía haber puesto...

«La polla. Con todas las letras. Su deliciosa polla.»

Sólo la había visto durante un leve instante, a medio empalmar en su dormitorio, y me había quedado suspirando por ella, por tenerla dentro, donde quisiera meterla... y tenía pinta de ser así, toda ella, deliciosa.

Con todo, no podía desviarme del tema. Quería lograr una nueva cita, para el día siguiente, aunque fuera sólo para dormir a su lado, abrigada por esos brazos que daban cobijo y me hacían estremecer al mismo tiempo.

—¿De cuál de ellos?

Habría maldecido si no llega a ser porque me dejó sin palabras. Quise pensar que me estaba gastando una broma, pero no pude evitar pensar que tal vez era una pulla lanzada por el pequeño e insignificante hecho de que me había acostado con Picante; hecho que todo el mundo conocía, para más señas.

No, no iba a pensar mal. Si cada vez que abría la boca iba a suceder algo así, nuestra relación estaría abocada al más rotundo de los fracasos. Tenía que ser una broma, igual que las que yo le había gastado a él.

—Pues no me fio mucho de la comida turca...

Denis rio y su risa me sonó a agua fresca, a música celestial, a orgasmo que durara minutos. Me sonó a todo eso y me di cuenta de que estaba enamorada hasta las trancas de ese hombre. Iba a aguantar los «te lo dije» de mi padre sin importarme nada más que esa risa. Y sería feliz mientras la conservara.

—Haces bien —replicó—. Benedict cocina muy bien, pero en su país hay cosas que no debieran estar permitidas. ¿Cómo lo llamabas?

—Agrio —le recordé, hundiendo la cabeza en la almohada, con vergüenza, como si pudiera estar viéndome por un pequeño agujero.

—Le pega.

—Y a ti el de Amargo...

—No voy a llevarte la contraria en eso.

¿Qué coño hacía hablando con él por teléfono cuando podría estar mirándolo a los ojos mientras bromeábamos, tomando una copa de vino en ese sofá tan enorme, tal vez con mis cabellos entre sus dedos, o sus dedos entrelazados a los míos...?

—Más te vale.

—Espero que descanses bien, Calabaza.

«No tan bien como la otra noche, eso seguro.»

—Lo mismo digo.

—Hablamos mañana.

El problema fue que no supe nada de él al día siguiente. Le mandé un par de mensajes al móvil y hasta le hice unas cuantas llamadas cuando no tuve noticias tuyas pasadas las cinco de la tarde. Me permití bajar al restaurante para preguntarle a Agrio por el paradero del cocinero amargo como la hiel, pero sólo pudo decirme que se había propuesto recuperar las horas perdidas el día anterior para no perder el dinero que necesitaba y eso, en principio, debía ser muy complicado de hacer si no conseguía un hechizo que lograra que el día tuviera más de veinticuatro horas, porque ya se pasaba trabajando casi veinte.

No reuní el valor suficiente como para ir a saludarlo a Right Here. Cuando dieron las doce y media y seguía sin tener noticias tuyas, hice un último intento, pero con el mismo resultado.

Tampoco tuve bolsa de Come en la puerta.

La idea de pasarme por su piso también me tentó, pero no lo hice. A esa hora de la noche tendría que haber cogido un taxi y no me podía permitir el lujo de hacer más gastos. Tendría que asumir que Denis estaba o muy liado o muy disgustado por algo, y rogaba para que fuera mucho de lo primero y nada de lo segundo.

Me fui a la cama apartando una nueva caja de tinte del colchón. Iris había vuelto a probar con el negro, por si mi estado de ánimo provocaba que viera ese color con mejores ojos. Le mandé un último mensaje antes de apagar la luz de la mesilla de noche, con un humor tan sombrío que ni Iris ni Dan se atrevieron a decirme nada. Sabía que, al clarear el día, la cosa podría mejorar, pero algo me indicaba que iba a tener que enfrentarme, una vez más, al malcarado de Amargo antes de que eso ocurriera. Me había lanzado demasiadas bromas de doble sentido en aquella última conversación como para que no me estremeciera al recordarla.

«Me está entrando... hambre.»

La mejor red social es una mesa rodeada de tu gente de toda la vida.

ANÓNIMO

Dormí poco, mal y entrecortadamente. Era de esperar, pero no por ello se me hizo más agradable ver pasar los minutos y las horas en el reloj despertador de la mesilla de noche.

No tuve ninguna respuesta de Denis y, cuando llegó la tarde, ya había hecho una pequeña bolsa con todo lo necesario para levantar un minicampamento delante de la puerta de su apartamento... si lograba encontrarlo, claro estaba. Intenté lo de llamarlo una vez más, pero me ignoró como en las veces anteriores, así que salí hacia el restaurante, con la enorme pretensión de conseguir más información acerca del chef Amargo.

Por desgracia, el que estaba a esa hora en Come era Picante.

—Te veo más flaca —comentó, limpiándose las manos en el delantal, imagino que encontrando la excusa perfecta para que pudiera verle la zona de la pelvis al apartar la tela. Estaba empalmado. Tal vez era un estado permanente, pero me importaba una mierda—. Eso va a ser porque no te está dando bien de comer...

—Muy gracioso. ¿No está Benedict?

—¿Ahora andas liada con él?

—Y tú —le pregunté, bastante cabreada—, ¿bajo qué uniforme de enfermera andas metido?

Estaba claro que lo de lanzarnos indirectas de lo más directas se nos daba tan bien como a Amargo y a mí.

—Podría estar bajo el de tu compañera, quizá. Parece que se quedó con muchas ganas de comer en el restaurante.

—¿Iris?

—No, la otra, la mayor.

«La impuntual.»

—Te deseo toda la suerte del mundo. Algo me dice que os merecéis el uno al otro.

—¿Te acuestas o no te acuestas con el turco?

—¿Sabes? —le solté, con mucha furia—. Me alegra una barbaridad que al final no llegaras a metérmela.

—¿Estás segura de eso?

—¿De que me alegro? —pregunté, con cara de pasmo, a punto de echarme a reír—. Convencidísima.

—No —me corrigió, mesándose la barbilla—. De que al final no haya sido yo... alguna vez.

Me marché sin ganas de plantearme tan siquiera esa horrible posibilidad. Ya tenía suficiente con mi forma de complicarme la vida como para que, de pronto, fuera a buscarme una vuelta de tuerca más. Mario me había dicho claramente que no había sido él quien me había follado.

«La primera vez, pero no sé nada de la segunda. En la tercera, al menos, sí que le vi la cara a Denis.»

Me marché de Come con la sensación de que algo que olía mal se estaba cociendo en aquellos fogones, más que nada porque no era normal que Picante estuviera allí solo cuando lo que trataba era de deshacerse del negocio. Sin embargo, estaba claro que Agrio no podía llevar él solo el local, por lo que o se implicaban los otros o se arruinarían los cuatro.

Sabía que lo de perder un segundo día en esperar a que Denis diera señales de vida en vez de estar buscando trabajo no le venía nada bien a mi economía doméstica, pero no podía pensar en otra cosa. Necesitaba sus labios, y haber estado casi dos días sin saber nada de él no me ponía de buen humor para una

posible entrevista de trabajo. Casi seguro que la cagaría desde el minuto uno, contestando alguna grosería que no viniera a cuento.

Conseguí dar con el edificio, averiguar el piso en el que vivía y que una vecina me abriera la puerta de la calle para apalancarme en la entrada de su casa. Por si las moscas, había llamado al timbre, no fuera a ser que me estuviera acomodando en plan acampada delante de la vivienda para esperar a que llegara y, sin saberlo, él ya estuviera dentro. Pero, si lo estaba, no me abrió, y tampoco percibí ningún ruido dentro que lo delatara.

Tres chocolatinas, un termo de café del malo —del que ya no me gustaba— y veintitrés capítulos de la novela que me había llevado para leer mientras esperaba más tarde —o sea, casi a la una de la madrugada—, se abrió el ascensor y apareció en el rellano un Amargo con cara de irle de perlas ese apodo. Me miró, sin sorprenderse demasiado de que estuviera allí aguardando, y se paró justo a mi lado cuando me estaba levantando, con una pierna hormigueando por la poca actividad de la noche.

—Veo que recibiste mi mensaje —me dijo, por todo saludo.

—¿Qué...?

Sacó su móvil y me lo mostró. Me dispuse a mirar el mío, pero se había quedado sin batería, como era normal, después de pasar varias horas fuera intercambiando mensajes con Iris.

—¿Y qué ponía?

En vez de decirme lo que había escrito en él, me entregó el suyo para que pudiera leer lo que aparecía en la pantalla.

Tenemos que hablar.

¿Por qué, si yo lo que quería era precisamente eso, me sonaba tan mal que me dijera él que teníamos que hacerlo? Mientras digería la poca información que me suministraba el mensaje, Denis abrió la puerta y me invitó a entrar. Llevaba el cabello despeinado y la camisa bastante arrugada. Lo de trabajar

tantas horas no tenía que sentarle bien a nadie, pensé, recordando mi experiencia como enfermera explotada en una clínica.

Él estaba siguiendo el mismo camino, pero en una cocina.

Después de preguntarle cómo estaba, de que él hiciera lo propio devolviéndome la pregunta y de que me ofreciera algo de cenar que no incluyera chocolate —que ya iba servida—, me envalentoné y traté de acercarme un poco a mi cocinero amargado.

—Tengo hambre...

Denis me miró, captando a qué me refería sin decir nada más.

—Yo también.

Que me reconociera eso fue todo un alivio. Sonrió cuando yo lo hice y me atreví a acercarme un poco, esperando a que él diera los últimos pasos, pero se quedó quieto.

—Tal vez deberías razonar un poco sobre todo esto, Calabaza.

—¿Razonar?

Estaba claro que lo de hablar no me iba a gustar.

—Sí, razonar. No suele ser fácil, pero a veces hay que enfrentarse a los hechos, y probablemente no sea una buena idea que te estés liando conmigo.

Que fuera capaz de decirlo sin que le temblara la voz me dejó estupefacta. ¿De verdad había podido soltarme aquel rollo como si no sintiera absolutamente nada por mí?, ¿como si no me deseara?, ¿como si no le hubiese encantado tener mi tacto cerca en la celda la otra tarde?

—No puedo entender qué te hace pensar eso.

Suspiró casi sin hacer ruido. Me enteré de que lo hacía porque no me perdí detalle de su postura, de sus gestos, de lo que trataba de esconder tras toda aquella parafernalia de madurez y seriedad distante.

—No soy lo que te conviene ahora mismo.

—Repíte eso.

—En otro momento, tal vez, habría podido ofrecerte un poco de estabilidad, pero teniendo en cuenta...

—¿Cuándo te he pedido estabilidad a ti, capullo?

Denis no se inmutó, aunque el insulto debería haber hecho que esos ojos azules y fríos que tenía echaran chispas. En otras ocasiones me habían parecido cálidos, pero no en aquel instante.

—Emma...

—¿Ya no soy Calabaza?

Estaba disgustada. Si alguna vez había podido empatizar con Denis, ésa no iba a ser una de esas ocasiones. Si hubiera tenido a mano algo con que golpearlo, lo habría hecho sin dudar.

—Reconoce que no son las mejores circunstancias. Mi exmujer ha conseguido que pase unas cuantas horas en el calabozo. ¿Qué será lo próximo? Tengo dos hijos a los que debo mantener. ¿Quieres compartirme, acaso, mientras cambio pañales y preparo biberones? Y eso sin nombrar la posibilidad de que pueda llegar a hacerlo casi a diario porque consiga una custodia compartida. Si no es el caso... Dios sabe que no lograré levantar cabeza. A tu edad deberías estar disfrutando de la vida, haciendo tonterías, probando y experimentando...

—¿Desde cuándo te importa la diferencia de edad?

—Siempre me ha importado..., pero no por mí.

—Pues deja que sea yo la que me preocupe por mi edad y encárgate tú de la tuya.

Cerró los puños y golpeó la encimera de la cocina, mostrando por primera vez lo furioso que estaba.

—¿Qué quieres que te diga, Emma? —gritó, dando un par de pasos en mi dirección. Lo prefería mil veces enojado a frío y distante. De esa forma, furioso, sabía que sentía algo; algo por mí, aunque no quisiera reconocerlo—. ¿Que te estás complicando la vida con un viejo que ya no se acuerda de lo que es sonreír, con dos hijos y un divorcio que lo ha dejado en la ruina y a quien le entran ganas de matar a su socio cada vez que te pone el ojo encima?

Pues, tal vez, sí que iba a haber esperanza para nosotros, al fin y al cabo.

La declaración de Amargo no me ponía menos furiosa, pero al menos entendía que estaba tremendamente asustado, por lo que sentía y por lo que podía pasar si dejaba que aquello avanzara. No había elegido enamorarse de mí... pero lo estaba haciendo.

—Sería mejor que me tuvieras miedo a mí y no a los fogones de una cocina —terminó diciendo, llevándose una mano a la sien como si de pronto tuviera un horrible dolor de cabeza.

Había cosas que no se podían explicar con palabras y yo sabía que lo que le quería decir me iba a costar demasiado, así que me giré, localizando la nevera, y caminé hacia ella bajo la atenta mirada de Denis, que no se esperaba eso. Abrí la puerta y busqué en el interior hasta localizar un recipiente de cristal lleno de huevos blancos. Cogí dos y di un pequeño golpe con la cadera en la puerta del refrigerador para cerrarla. Fui mirando a Denis a cada paso, comprobando que no se perdía ni uno solo de mis movimientos. Abrí un par de armarios hasta localizar un bol y una varilla para batir los huevos. Recé para cascarlos bien y no ensuciar nada en exceso. Para cuando me hice con las varillas, ya tenía a Denis a mi lado, a escasos dos metros, observando con curiosidad. Utilicé mi imaginación para averiguar dónde podía tener guardada una sartén y, cuando ese método no funcionó, pasé a implorar para que alguien me concediera el don de ver a través de las puertas de los armarios para no perder demasiado tiempo en aquella tarea. Descubrí que lo más fácil era seguir con la vista la de Amargo, que miraba una gran cajonera con ojos intensos.

Habían dejado de ser fríos.

Saqué la sartén, elegí de la despensa una botella de aceite y hasta recordé que tenía que añadir un poco de sal antes de seguir con el proceso. Cuando fui a encender el fuego, elegí uno de gas.

Luego coloqué la sartén, añadí el aceite y logré hacer una pequeña y sencilla tortilla sin quemar nada ni morir en el intento. Para cuando estaba a

punto de sacarla del fuego, Denis ya se encontraba a mi lado, con un plato sujeto con ambas manos, esperando a que la depositara ahí.

Se lo agradecí sin palabras.

Me sonrió sólo con los ojos.

Y lo besé, dejando que me arrebatara el primer plato que había logrado preparar en años sin quemarse ni chamuscarlo. Una simple tortilla, sin nada que le alegrara un poco el sabor, pero era *mi* tortilla... *nuestra* tortilla. Porque resultaba evidente que no habría sido capaz de hacerla si no llega a estar Amargo allí, desafiando mi falta de capacidad ante unos fogones.

Y con una mujer de cabellos naranja no se jugaba.

Me devolvió el beso con tanta pasión y necesidad que ya no tuve miedo de nada. Podía estar pasando la crisis que fuera, sentirse triste, agotado y estresado, pero no lograría convencerme nunca de que no me quedara a su lado; no mientras me besara de aquella forma; no mientras sintiera esa dureza, tozuda y apremiante, abultarle la bragueta; no mientras sus ojos no aprendieran a mentir, igual que no lo sabía hacer mi boca.

—Ni se te ocurra pedirme un puesto de trabajo en el restaurante —me susurró, apartando un poco los labios para saborear el sudor de mi piel—. Estoy sin blanca, no podría pagarte...

Lamí sus heridas, sus labios, sus palabras pronunciadas y las que se calló mientras me besaba. Comí de él y lo dejé con hambre cuando me separé para bajar las manos hasta el botón de su pantalón.

—Tus palabras saben muy amargas —le susurré, sabiendo que no podría apartar de la mente el apodo con el que me refería a él—. Vamos a ver a qué sabe tu polla.

Una comida bien preparada tiene sabores delicados que hay que retener en la boca para apreciarlos.

TENNESSEE WILLIAMS

Denis perdió un poco el equilibrio cuando me vio arrodillarme delante de él, luchar con dedos torpes con el botón del pantalón y luego bajarle la cremallera. Imagino que no se esperaba que, tras soltarme toda aquella palabrería, me quedaran ganas de otra cosa que no fuera salir corriendo. Echó mano a la encimera y se agarró a ella, casi de forma contenida. No supe si su intención era dar un paso atrás para rechazarme, pero desde luego, si era ésa... cambió de opinión. Cuando levanté la mirada al terminar de desabrocharle el pantalón y la bragueta, lo encontré mirándome, con los labios entreabiertos. Estaba tenso y excitado. Le brillaban las pupilas y, provocar ese inicio de erección en aquello que tenía delante de mí, tapado escasamente por la tela del calzoncillo, me hizo recobrar la confianza. Supuse que estaba un poco descolocado, también, porque no estaba acostumbrado a que fuera yo la que tomara la iniciativa. En las tres ocasiones en las que nos habíamos liado, siempre había elegido él..., el cuándo, el cómo, el dónde...

En ese momento, escogía yo, y quería exactamente lo que me había prometido mil veces.

—Dame de comer.

—Emma, yo...

Acerqué mis labios a la tela del calzoncillo y besé el bulto que me esperaba debajo, acallando el inicio de protesta. Cualquier cosa que me quisiera decir podía esperar hasta que hubiera terminado de satisfacer mi

propia necesidad, mi fantasía. Si llego a tener cerca un delantal, me habría encantado que se lo pusiera, pero no iba a interrumpir esa intimidad y romper el hechizo para pedirle que lo buscara —porque seguro que tenía alguno cerca—. Ya habría tiempo de volver a ponerme de rodillas delante de él cuando estuviera ataviado únicamente con uno. Porque pensaba alimentarme muchas veces de esa forma.

Bajé la tela y su polla saltó, endurecida por el deseo y las ganas de acabar en el interior de mi boca.

—¿Sabes la de veces que me he imaginado haciendo esto mismo? —me confesó, con voz ronca, llevando una mano a la parte de atrás de mi cabeza y aferrando mis cabellos, como si me hiciera una cola con ellos.

Pensé que ése era el gesto previo a embestirme, que iba a llevar mi cabeza hasta su polla y clavarme su carne hasta el fondo. Sin embargo, me equivoqué otra vez. Denis sólo sostuvo mi pelo, con ojos brillantes, pero no me movió ni un centímetro, ni él tampoco lo hizo.

Me vinieron a la mente mil frases que decir, mil frases que podría decir él. Mil silencios rotos sólo con nuestros gemidos.

«¿De verdad no sabes quién te ha estado dando de comer? Abre la boca... que quiero que recuerdes mi sabor.»

Saqué la lengua y lamí el capullo sonrosado y caliente, humedeciendo levemente la punta. Sentí su estremecimiento y lo acompañé con el mío. Era perversamente obsceno estar así, derribando las barreras que en un instante se habían levantado para separarnos. Si tenía que combatirlo con sexo, con sexo lo haría.

De pronto me percaté de que me estaba desviando en mis pensamientos y eso era imperdonable teniendo su polla delante.

Abrí más la boca y lo rodeé con los labios. La lengua se deslizó por la piel suave y ya no importó nada más. Ni a él ni a mí. Me fundí con su carne y sólo pude pensar en el momento en el que me daría de beber. Hundí la polla contra mi paladar y gimió acompañando mi movimiento. Me quedé así, tragando la

mayor parte, hasta que mis pulmones se quejaron, exigiendo la renovación de aire. Me aparté sólo un instante, deslizando otra vez los labios hasta la punta, donde chupé con lentitud, jugueteando con la lengua... y regresé al encuentro de su pelvis, hambrienta.

Denis volvió a gemir.

Nunca había deseado tanto estar de rodillas delante de alguien.

Estaba convencida de que deseaba moverse contra mi paladar, incrustarse con mucha más fuerza de la que yo ejercía con la cabeza. Lo notaba en la tensión de sus piernas, en la forma de aferrarme el cabello, en lo blancos que se le habían quedado los nudillos de la mano que seguía apoyada en la encimera.

Volví hasta la punta y me entretuve dando pequeños lametazos, rodeando el glande, para luego deslizar la lengua a lo largo, llegando a la base. Lamí allí y volvió a estremecerse. En la boca se me ahogó la pregunta de si le gustaba lo que le hacía. No me atreví a decir nada y más cuando no parecía estar disgustado con mis movimientos.

Gruñó cuando volví al capullo y jadeó tras volver a tenerla casi por completo en la boca.

—Sí, Emma —jadeó, sin moverse—. Come...

Si ya de por sí estaba muy mojada, oírle pedir que siguiera me excitó todavía más. Me sujeté a sus piernas, tensas por el deseo, y comencé a subir y a bajar por su polla, con ímpetu renovado. Era imposible que lo que estaba haciendo no lo volviera loco, y quería y necesitaba que estallara en mi boca.

Pero se contenía, el muy lascivo, el muy malévolo, el muy experto.

O yo era torpe en esas cuestiones o él tenía un aguante que no me esperaba... o las dos cosas.

—Me toca, Calabacita —me dijo, de pronto, llevándome hacia atrás, contra el mueble de la cocina—. Vas a comer lo que yo te dé.

«Como he hecho desde que te conozco.»

Cogí aire cuando sujetó mi cabeza contra el mueble, donde había un paño

de cocina que impidió que rozara directamente la madera. Sus piernas se colocaron a ambos lados de mis rodillas y mis manos cayeron sobre mis muslos. Denis usó una de las suyas, de repente, para sujetar ese trozo de carne que deseaba tanto dentro de mi boca. Lo levantó y apretó con fuerza, para luego deslizar la palma de forma mucho más suave por todo el miembro, mostrando la belleza perversa de su masculinidad en todo su esplendor. Lucía mucho más excitante cuando me la mostraba.

—Abre la boca.

Si me llega a decir que me tirara de la montaña más alta con ese tono de voz... bueno, tal vez no lo habría hecho, pero me lo habría pensado. Abrí la boca sin dudarle ni un segundo. Había actos para los que siempre había que estar dispuesta y parecía que para eso me había preparado desde que llegué de las vacaciones.

Obedecí y jadeó, excitado por mi respuesta. Me acercó el glande, brillante por mi saliva, y lo posó sobre mis labios entreabiertos.

Cerré los ojos para recibirlo.

Su primera embestida fue mucho más lenta de lo que había imaginado. Electrizantemente lenta, para ser exactos. Creí que no terminaría nunca de meterla, que nunca llegaría a chocar contra el fondo de mi boca. Cogí aire en el último momento, porque no sabía cuándo volvería a permitirme respirar, y la atravesó hasta encajarla.

Me habría quedado así durante lo que restaba de noche, pero mi instinto de supervivencia me lo impidió. Cuando Denis entendió que debía retirarse, clavándome nuevamente la mirada, se mordió el labio y despejó mi garganta..., sólo un instante, pues al siguiente volvió a embestir. Y de pronto ya no había forma de llevar la cuenta, aunque tampoco era mi intención saber cuántas veces arremetía contra mi boca. Cada vez acogía su carne con más soltura, adaptándome a su ritmo y a sus dimensiones. Y, por lo que pude percibir, Amargo pensaba lo mismo.

—¿Te sigue pareciendo que soy amargo?

Quedaba mal contestar que estaba salado por el sudor, que su polla me resultaba excitante como la cafeína que me había tomado con él o que era lasciva y me recordaba la pimienta, del cosquilleo que despertaba en mi entrepierna. No era amarga ni agria, por suerte, aunque tampoco era dulce. Su ritmo era obsceno hasta decir basta, y me encantaba que fuera así.

Sacó su miembro por completo y lo sostuvo en la mano derecha, permitiéndome responder, o exigiendo que lo hiciera.

—No, vas mejorando...

Sentí el sonrojo en las mejillas cuando me taladró con sus ojos, justo antes de hacerlo con la polla.

La mano de Denis comenzó a moverse sobre su verga tiesa y me hipnotizó con el movimiento cadencioso. Jadeé, anhelando que volviera a refugiarse en mi interior, pero no parecía interesado en esa humedad que le ofrecía. Sonreí cuando me llevó el glande cerca de los labios sin dejar de masturbarse, mientras se agitaba su respiración a la vez que lo hacía la mía. Abrí la boca sin que me lo pidiera, deseando probarlo al fin. Tragaría mil veces por más amargo que fuera su sabor. Los dos lo estábamos descubriendo.

Abrí la boca y saqué la lengua, invitándolo.

Y gruñó, comenzando a temblar, cuando de repente dejó reposar el capullo sobre ella y se deshizo, mezclándose con mi saliva.

No recuerdo si me llamó Emma o Calabaza. En verdad, no importó cómo lo hiciera, porque el resto de los sentidos los abolí para centrarme en el del gusto.

Y era cierto.

Sin duda me iba a entrar... hambre... mucha hambre.

Cásate con alguien que cocine bien. La belleza se acaba, pero el hambre no.

ANÓNIMO

Aunque lo normal hubiese sido regresar a casa y dejar que me echara —mucho — de menos, no quise moverme de su cama. Lo de permitir que diera el siguiente paso no me pareció la mejor opción, después de haber oído su perorata de que él no era un buen partido para mí. Me había sonado a ese tipo de excusas que se usan para conseguir que el otro miembro de la pareja rompa contigo, haciendo que sea quien tome la decisión, para no sentirte culpable.

«Pues conmigo lo lleva claro.»

Ése fue el último pensamiento que recuerdo de la noche, abrazada a él, con la cabeza sobre su pecho. Tenía su brazo derecho a modo de bufanda, con la mano apoyada despreocupadamente sobre uno de mis pechos. Me fui adormilando con el sonido de su respiración y, al poco, soñaba con delantales que me incitaban a comer.

Me desperté, inquieta, cuando de madrugada sentí que no estaba en la cama a mi lado.

No hice eso de envolver mi cuerpo desnudo con una de las sábanas, ya que me parecía una tontería lo de ocultar mis curvas al que las había contemplado ya unas cuantas veces, y no esperaba encontrarme a nadie más en la casa. El piso estaba bien aislado y más que frío... sentí calor. Abrí la puerta y salí al pasillo; desde allí vi que una de las habitaciones estaba iluminada, pues la luz se colaba por la parte inferior y un lateral de la puerta. Caminé hasta ella descalza, consciente de que no estaba haciendo ruido y pensando que quizá

debería avisarlo de alguna forma de que iba en su busca, más que nada porque no quería asustarlo. Cuando llegué a la puerta, entornada, encontré a Denis sentado en la silla que acompañaba un enorme escritorio, que probablemente no había elegido él. Deduje que aquel despacho podía haber sido el lugar de trabajo de su hermano Oziel, pero que a él no le hacía mucho servicio, salvo para ponerse a revisar facturas del restaurante y agobiarse con las deudas... o para apoyar los marcos de las fotografías, esas que miraba en ese instante.

Una fotografía de dos niños en una cama de matrimonio.

Tenía ojos en la nuca, seguro, porque me habló antes de que yo le advirtiera de mi presencia con alguna palabra.

—¿Sabes que, al parecer, el abogado de mi exmujer se ha puesto en contacto con el mío para decirle que piensan usar lo de que esté saliendo contigo en mi contra? —me confesó, evitando referirse a su hermano como su abogado—. Ya no saben qué hacer para mantenerlos alejados de mí.

Se me partió el alma, sintiendo su dolor. ¿Cómo podía ser eso utilizado en un juicio que decidiera una custodia compartida? No lo entendía. Había que ser muy mala persona para no permitir que Amargo recuperara la sonrisa al lado de otra mujer, fuera yo o cualquiera. Me sentí fatal por él, odié a su ex mucho más de lo que creí posible hacerlo —casi más que a mi excompañera, nacida en el averno— y me planteé cómo podían saber que Denis se estaba acostando conmigo.

«Nos han puesto a un investigador privado para que haga el trabajo sucio.»

Se me erizó el vello de la nuca pensando que podía haber fotografías nuestras en la cocina del restaurante, mientras follábamos contra cualquiera de las superficies que nos había ofrecido estabilidad para ello. Me dieron arcadas.

«Lo que me faltaba para tener contentos a mis padres.»

Lo peor de todo, sin duda, era que, por lo que acababa de decirme, podía ser la culpable de que Denis siguiera sin ver a sus hijos.

—¿Es por mi edad?

—No, por tu color de pelo —me dijo Denis, girando la silla y mirándome con un gesto bastante tranquilo para lo triste que sonaba su voz. No me pareció que estuviera siendo irónico. Más bien... trataba de consolarme—. Sí, imagino que a mi ex no le hace demasiada gracia que la haya sustituido por una... ¿jovencita? Eres mala persona, la haces sentir vieja, seguro.

Le devolví la sonrisa que me regaló. Era normal que acabáramos levantando algunas ampollas y no sólo en la piel de Mario o de Dan, o incluso de mi padre. La ex de Denis le había puesto los cuernos, pero eso no implicaba que hubiera querido romper el matrimonio. De pronto, lo vi claro.

—La dejaste tú, ¿cierto?

—Sí —reconoció—. Soy el culpable de todos los males de mi santa exesposa. Ella se folló a mi socio, pero esperaba que no hubiera repercusiones. Si no llego a pedir el divorcio, no habría pasado nada. Estaría viendo diariamente a mis hijos, compartiendo una cama que podía estar manchada del tipejo a quien le tocara cepillársela esa noche, pero, mientras entrara el dinero en casa y ella tuviera el sexo suficiente...

Sabía que un matrimonio no se reducía sólo a eso, pero no iba a replicarle a Denis. Ninguno de los dos había tratado de hacer que funcionara y daba igual quién fue el que puso fin a los años de convivencia. Ella, por lo que acababa de contarme, no quería, y le jodía que Amargo hubiera podido... y que ahora saliera con otra.

—Lo siento. No pretendía causarte problemas.

El cocinero se levantó de su silla y caminó hasta la puerta. No me había fijado que llevaba puesto un batín de lino negro que le cubría hasta las rodillas. Lo llevaba abierto por delante, mostrando su masculinidad en reposo, esa que me había incrustado un par de horas antes en la boca, haciendo que me temblaran las piernas y me sudara todo el cuerpo, además de empaparme la entrepierna, claro.

Se había encargado de calmar mis ansias con la saliva de su lengua, después, en su cama, cuando me negué a marcharme de su casa..., pero no tenía

la cabeza para pensar en eso allí, parada en la puerta, sintiendo el lío en el que se había metido Denis por mi culpa, por la suya, por los azares de la vida.

—No eres un problema para mí, Calabaza. Lo soy yo para ti.

Que siguiera insistiendo en ello me hacía sentir nuevas punzadas en el estómago, y no eran agradables.

—Si existe una sola posibilidad de que te aparten de tus hijos por estar acostándote conmigo...

—¿Hacemos eso, únicamente?

«No me puedo creer que esté sugiriendo lo que está sugiriendo...»

Es más, me sonaba a haber tenido ya esa misma conversación hacía muy poco, pero la pregunta la había formulado yo en aquella ocasión.

—Bueno, a veces también lo hacemos de pie.

«Como entrevistada, no tengo desperdicio.»

Denis se mantuvo serio, tal vez decidiendo si se tomaba a mal mi broma o si lo dejaba correr. Su pregunta me había cogido desprevenida y no me había atrevido a responder nada más..., como que estaba enamorada de él, por ejemplo; como que ya sólo pensaba en encontrar un hueco para estar a su lado, cuando todavía no sabía que era mi chef perverso; como que el mayor motivo que tenía para no regresar al pueblo con mis padres eran sus ojos, sus manos y su boca, sus palabras amargas y su humor raro..., todo él; como que me encantaba que quisiera seguir dándome... de comer.

—Cierto, a veces —respondió, esbozando una sutil sonrisa—. Aunque eso tendrá que acabarse, pues ya sabes que estás liada con un hombre que ya tiene una edad.

«Liada... me gusta. Estoy liada con un hombre que me dobla la edad... y que me hace sentir especial y protegida, además de deseada y sexy.»

—Entonces... ¿liados?

—Sí —afirmó, dando un par de pasos hasta cogerme de los cabellos y llevar mi cabeza hasta la suya—. En menudo lío te has metido conmigo... sin duda.

A quien no sabe cocinar, le toca fregar.

ANÓNIMO

Por la mañana no supe si meter todo otra vez en la pequeña maleta que me había llevado a casa de Denis o si dejar mi pequeña huella ocupando un espacio en su dormitorio. La seguridad que había demostrado la noche anterior, diciendo que no me iba a ninguna parte, me había abandonado al enterarme de que nos habían estado siguiendo para obtener información acerca de la vida privada de Amargo.

Aunque me hubiera asegurado que ése, precisamente, no iba a ser uno de los problemas, no me quedaba tranquila, nada tranquila.

—Mi pésimo horario será un punto en contra para conseguir la custodia compartida —me había dicho, llevándome a la cama después de besarme, cuando le dejé claros mis temores—, así como mi inestabilidad económica, la falta de un hogar que pueda catalogar como propio... ¿Sigo con la lista? Sin embargo, no el hecho de que salga contigo.

De todos modos, me confesó que su hermano le había sugerido que no hiciera demasiadas apariciones en público conmigo. Nada de trasnochar, nada de exhibicionismo gratuito al que poder aferrarse.

—Vale, entendido. Nada de sexo en la calle... ni drogas, imagino.

—A partir de ahora —añadió, sonriendo—, nada de meterte en la bolsa una botella de vino para cenar. Vas a beber agua, que el refresco tampoco es bueno para la salud.

—Pero no me vas a quitar el café, ¿verdad? —protesté, haciendo un mohín.

Denis se acurrucó conmigo en la cama después de quitarse el batín. Me

tapó hasta las orejas y enterró la cara en mis cabellos, aspirando su aroma.

—Eso nunca —me susurró—. Me gusta que estés bien despierta cuando estás conmigo.

Me giré para besarlo y enredamos nuestras lenguas en el interior de mi boca. Sabía cómo ganarme terreno.

—Ni te imaginas lo que se te viene encima, Calabaza —le oí murmurar cuando estaba casi a punto de quedarme dormida. Conseguí no moverme ni decir nada, por lo que creo que consideró que podía hablar en voz alta sin temor a que me enterara, estando ya en brazos de Morfeo. Hablar con alguien que duerme debía de parecerle casi tan fácil como escribirle notas anónimas y meterlas en una bolsa con comida, a la espera de la reacción de la persona que debía leerlas—. Dos hijos; una hipoteca que no me va a dejar comprar otra vivienda en unos cuantos años; un restaurante a punto de irse a pique; una hija de puta como exesposa que nos va a hacer la vida imposible; el fantasma de un restaurante que fue mi vida y que hace que no tenga claro si quiero levantar otro; mis celos enfermizos cada vez que pienso que follaste con Mario. Si fueras lista... saldrías corriendo.

No añadió nada más y no sé si después se quedó dormido. Sólo recuerdo el pesar de su tono de voz, el beso que depositó en mi coronilla, entre mis cabellos, y su respiración entrecortada mientras se acoplaba a las curvas de mi espalda y comenzaba a marcarse una excitante erección.

Me quedé dormida bastante rato después, dándole vueltas a todo el asunto. No me asustaba que las cosas fueran a ser complicadas. Al menos, no entonces, cuando lo veía todo desde la perspectiva de una joven de veintitrés años que no sabía lo que era tener una responsabilidad más allá de conseguir aprobar los exámenes y pagar un pequeño alquiler de un piso compartido. Tal vez, como decía mi padre, oiría muchas veces de sus labios el tan consagrado «te lo dije», pero no había llegado el momento todavía.

Lo que sí me tenía preocupada era lo de ser una traba para el proceso judicial. Me moriría si resultaba que, por culpa mía, no lograba ver a sus hijos

tanto como necesitaba.

Con ese pensamiento en mente, me quedé dormida, y con ese pensamiento... me desperté.

—¿Te llevo a algún sitio antes de irme? —me preguntó Denis, llevándome el café a la cama.

Abrí los ojos y lo vi ya vestido, incluso peinado, y con dos tazas de café humeante en las manos. Me senté en la cama y traté de enfocar la vista, pero había dormido tan mal aquella noche que me costó una barbaridad despejar la cabeza.

—Venga, que el café te va a sentar bien.

Le acepté la taza y me dejé caer hasta el cabecero de la cama, ese al que me había agarrado cuando estallé con su boca metida entre las piernas, hacía ya casi una vida. Se sentó en el borde del colchón y alzó su taza, como si pretendiera brindar conmigo.

Hice lo mismo, correspondiendo a su gesto, antes de llevarme la taza a los labios. Me alegraba que lo de brindar con café no le pareciera de mal gusto.

—Gracias, pero no sé qué voy a hacer hoy.

—¿Buscar trabajo?

Asentí en silencio, consciente de que era algo que no podía posponer. Ya había entregado el currículum en todos los centros sanitarios que conocía y que aparecían en las guías de Internet, así que lo que me restaba era identificar los otros posibles trabajos que podía desempeñar y probar suerte.

—Te veo bien de chica paseadora de perros —bromeó, cuando le dije que no sabía por dónde empezar otra vez a buscar.

Le saqué la lengua y siguió bebiendo café.

—Me han ofrecido un buen dinero por unos cuantos órganos —le comenté, aprovechando la ocurrencia que había tenido Iris a la hora de preocuparse por mi bienestar cuando me retrasaba—, pero lo más cómodo es la oferta que he recibido por mi pelo. Quieren hacer una peluca especial...

—Ni se te ocurra planteártelo —me interrumpió a media broma, sin

intención de darme la oportunidad de decir si era o no una pequeña mentira—. Como te cortes la melena, vas a tener que pegarla pelo a pelo cuando recupere la trenza en la que te los habrán arrebatado.

Arrugué el gesto.

—Al final sí que vas a tener un fetiche tú también —me quejé, dejando el café sobre la mesilla de noche—. ¿Cómo sabes que hacen una trenza?

—He visto documentales —contestó, resolutivo, volviendo a hacerle caso a su café—. ¿Y a qué viene ese «tú también»? ¿A qué fetichista de cabellos naranja he de partirle la cara?

Estallé en una carcajada. Era divertido verlo enfurecido ante la posibilidad de disponerme a cambiar mi aspecto. Sería una buena baza para amenazarlo cuando me hiciera falta.

—Tienes un socio fetichista, pero no le importaba mucho mi cabeza mientras hubiera uniforme de por medio.

En esa ocasión el que frunció el semblante fue Denis.

—Prefiero no tener detalles —me indicó, consciente de a quién me refería y sabedor de que, probablemente, la anécdota iba a terminar en sexo—. Pero si se te ocurre acercarte a una peluquería o...

—Tranquilo, que no me lo puedo permitir —le aseguré, cogiendo otra vez la taza—. Iris suele traerme tintes del supermercado.

Resopló, con gesto amenazante. Sólo por verlo furioso con algo tan trivial podía resultar interesante sopesar la posibilidad de abrir una de las cajas de tinte y comprobar si mis cabellos se cubrían bien con el mejunje que prometía un color de película de cine.

—No querrás verme enfadado si de pronto te encuentro teñida de castaño.

—El castaño sería el menor de tus problemas, Amargo —repliqué, sonriendo abiertamente—, que la cruel compañera que tengo me ha comprado hasta un verde bien llamativo.

El chef frunció el ceño.

Cuando poco más tarde llegamos a la cocina, vi que Denis me había

preparado un succulento desayuno a base de tortitas, fruta fresca y huevos cocidos a baja temperatura. Había otro café esperándome junto a uno de los platos y lo agradecí como si hubiesen sido dos horas más de sueño.

—Te puedes acostar otra vez, no hay problema —me sugirió, dando cuenta de su propio desayuno, mucho más sobrio que el mío. Tostadas untadas con tomate y un aceite tan intenso que tenía un color verdoso.

—Haberlo pensado antes de despertarme —me quejé, llevándome a la boca un trozo de tortita. La nata también la había preparado él, sin azúcar, como el café—. Ahora te fastidias, me llevas al restaurante y me enseñas a cocinar como al resto de tus alumnos. Quizá, si no consigo trabajo de enfermera, puedo ofrecerme como pinche o algo así en las clínicas, que tengo conocimientos de dietética y ya soy capaz de hacer una tortilla.

Se revolvió el cabello, pensando si debía confesarme que todavía no estaba preparada para enfrentarme a dos fuegos juntos, aunque sólo fuera para hervir patatas.

—Si pudiera, me pasaría todo el día enseñándote a batir huevos —me dijo, y creo que por primera vez sin doble intención—, pero dudo que al dueño del Right Here le hiciera ninguna gracia que metiera a una extraña en su cocina.

—Estaba de broma —le aseguré, para que se quedara tranquilo—. ¿Puedes llevarme a casa? Creo que trataré de buscar opciones con Iris cuando regrese de sus clases. Dos mentes piensan mejor que una, y la de Iris es muy maquiavélica. Seguro que se le ocurrirá algo interesante con tal de que no deje de pagarle el alquiler.

De pronto, Amargo puso mala cara.

—Pensaba que te ibas a quedar aquí.

Tragué saliva.

—Lo cierto es que anoche estabas intentando que me olvidara de que eras un buen partido.

—Es que no lo soy, pero una cosa no quita la otra. Mientras no te marches con tus padres o me dejes por ese niño que tienes viviendo en tu sofá... me

gustaría que siguieras durmiendo aquí.

No me sonó a sugerencia. Más bien, aunque sus palabras pudieran parecerlo, casi era una exigencia, y sus ojos reforzaban esa teoría.

—¿Y si te dejo por otro, por uno que no sea un crío?

—Si tiene dinero...

—¿Sólo aceptarías que te dejara si el otro pudiese mantenerme? — protesté, viendo que se estaba comportando como si fuera mi padre y se preocupara por mi futuro—. ¿No importa si follo mejor?

—¿Mejor? —preguntó, poniéndose muy tieso—. ¿Mejor que yo, quieres decir?

Bajó la mano a la bragueta y ganas tuve de que me demostrara con una clase práctica que eso me iba a costar encontrarlo, pero sabía que Amargo necesitaba salir de casa pronto para recuperar las horas en las que había estado apartado de los fogones del Right Here, así que no me pareció correcto distraerlo.

—Eres un creído.

—Soy realista.

Asentí, dando por buena su afirmación para poder cambiar de tema.

—¿Te merece tanto la pena trabajar para el hombre que te compró el restaurante?

Lo que de verdad me apetecía preguntar era si se lo había vendido al tipo al que había encontrado metido entre las piernas de su mujer mientras él se dejaba los cuernos en la cocina, pero no me atreví. Había cosas que dolían demasiado. Aunque había creído entender que no había sido así, ya que, si fuera de otro modo, dudaba de que se estuviera dejando la piel para conseguir reflotar el restaurante de un enemigo.

Asintió, llevando los platos al fregadero.

—Si consigo dejar la cocina funcionando igual que cuando lo vendí, con unos cocineros formados y un chef responsable de una carta innovadora, pagarán la deuda que tenemos Benedict y yo con Mario y Eizan. Es decir,

podré deshacerme de esos dos con un par de semanas más de intenso trabajo, por eso merecerá la pena.

Se me quedó la cara descompuesta. ¿De verdad era capaz de cobrar tanto por sus servicios? Me había equivocado de profesión, sin duda alguna.

—¿Puedo preguntar de cuánto dinero estamos hablando?

—Unos cuarenta mil. Es lo que negocié.

Puse los ojos en blanco. ¿De verdad ese hombre había afirmado que era un mal partido, pudiendo ganar esa suma en un par de semanas más, aunque se estuviera dejando la salud y los nervios trabajando para otro?

—Eso incluye crearle una nueva carta que le recuerde la que tenía cuando yo era el dueño. «Mar en el plato», la carta que planteó el chef que contrató después, casi se carga el negocio. Lleva tratando de recuperar la esencia desde que me marché.

—¿Platos tuyos en la carta de otro?

—¿Por ese precio? Si quiere le sirvo las mesas desnudo si con eso me libra de Mario.

«Eso quiero verlo», me dije, pero no me imaginaba a Denis sirviendo las mesas, aunque pudiera haberlo hecho alguna vez si tenía comensales especiales que reclamaron su presencia para felicitarlo.

—Entonces... bien, ¿no?

—Bueno, ojalá fuera eso todo lo que debo, Emma.

Recordé la hipoteca.

—¿Sabes? —le solté de pronto—. Poco a poco. Primero hay que deshacerse de Picante, y luego... ya veremos.

—¿Ya veremos?

—Sí, ya veremos.

Se encogió de hombros, consciente de que no iba a ser tan sencillo deshacerse de mí, y se lo ratifiqué con mi siguiente frase.

—Si follaras peor, me sería más fácil cambiarte por otro y no pensar en nada más.

—Mientras estés conmigo... pienso tenerte bien alimentada.

Me ruboricé, recordando su polla acercándose a mi boca.

Denis se dio la vuelta y puso sobre la encimera que nos separaba una bolsa de Come, donde supuse que encontraría mi almuerzo. Le sonreí, agradecida.

Y, estaba convencida, de que esa vez no iba a encontrar vino.

—¿Me dejas que siga dándote... de comer?

Tú eres la mantequilla para mi pan y el aliento de mi vida.

JULIA CHILD

Lo que estaba claro que era un «sí» mientras lo miraba a los ojos, allí en su cocina, se transformó en «¿qué demonios estoy haciendo?» cuando se lo conté a Iris, y eso que mi amiga no malmetió ni me puso de vuelta y media, como era habitual en ella.

—¿Y si...?

—¿Y si? Venga ya, Emma. Espabila. Te está pidiendo que te quedes con él. ¿No era lo que querías?

—Sí, pero no a cualquier precio.

—A mí eso de que pueda costarle la custodia me suena a cuento chino. ¿Le has preguntado a su hermano?

—Dice que le ha aconsejado que no nos dejemos ver en público en actitud poco decorosa, pero aparte de eso..., me ha asegurado que nuestra relación no va a influir en el fallo del juez.

—¿Y no te quedarás más tranquila si te lo dice Oziel? ¿Verdad que tienes su número de teléfono?

Era normal que siempre buscara consejo en Iris. Era buena para dar con esa idea que a mí no se me pasaba en absoluto por la cabeza. Después de intercambiar un par de frases más, me refugié en mi dormitorio y busqué la elegante tarjeta del abogado. Marqué el número y respondió al segundo tono.

—¿Otra vez tú? No sé si debo preocuparme —me dijo, a modo de saludo, el hermano de Denis. Parecía divertido por el tono de voz. Esperaba no

haberlo pillado compartiendo una de las juergas de su amigo el juez.—. ¿Está entre rejas de nuevo? ¿A quién ha secuestrado en esta ocasión?

Me asombró que hubiera guardado mi número de móvil en la memoria del suyo. A mí no se me había ocurrido hacerlo.

—Está trabajando, tranquilo —le respondí, deduciendo que, probablemente, estaba bromeando conmigo, pero el humor de Denis era tan extraño que no podía saber si era un rasgo extrapolable al resto de la familia —... a no ser que le dé por envenenar a la clientela...

—Seguramente no sea el caso. Odiaría que se empañara su buen nombre como chef. —Hizo una pausa y suspiró, como si de repente recordara algo—. Y bien, ¿en qué puedo ayudarte, queridísima pelirroja?

¿Otro fetichista? Lo que me faltaba...

—Necesito saber la verdad —solté, sin rodeos—. ¿Es cierto que mi relación con tu hermano puede interferir en el desenlace del tema de la custodia compartida de los niños?

—¿Al final te lo ha contado?

—¿Que le habías aconsejado que no nos vieran en público? Sí...

—No le dije exactamente eso —comentó, interrumpiéndome, como si estuviera molesto de que se hubieran tergiversado sus palabras—. Para ser sinceros, le aconsejé que te dejara, al menos mientras durara el juicio.

Cubo de agua fría. ¿Cómo podía haberme engañado de esa manera el maldito cocinero?

—¿Crees que...?

—Espera, Emma —me interrumpió, muy serio—. No creo nada. Sólo digo que esa mujer es un mal bicho. Siempre se lo dejé claro a Denis. Cuando me pidió que fuera su padrino en la boda, me opuse a que se celebrara hasta el día de su despedida de soltero. Ya después... iba demasiado borracho como para seguir quejándome por todo. Por eso, y viendo lo que ha sido capaz de organizar con lo del supuesto secuestro de los niños... no me fío. Lo siento,

pero no me fio. Por más que las cosas estén de nuestra parte en este asunto, debemos ser cautos.

»Además, respecto al tema de la custodia compartida, aunque podemos demostrar que es un hombre capaz de mantenerlos, responsable, que se desvivirá por ellos como ha hecho siempre, no creo tenerlas todas de nuestra parte. Tú ahora mismo tampoco eres solvente para poder aportar estabilidad económica a la vida de mi hermano, y teniendo en cuenta tu edad esa mala pécora podría alegar que no sabrías cuidar de mis sobrinos y que Denis tendría que criar a tres criaturas en vez de solo a dos —comentó, haciéndome sentir el ser más inútil de la galaxia—. Todo es circunstancial, y dudo que sus alegaciones sirvieran de algo... pero al estar implicado emocionalmente en este caso quizá estoy pecando de cauto en mis alegaciones.

No quiero ningún sobresalto el día de la vista que pueda inclinar mínimamente la balanza a favor de su ex, y eso te incluye, desafortunadamente, a ti.

Me jodió comprobar que mis sospechas de que algo me ocultaba Denis estaban bien fundadas. Casi me eché a llorar antes de conseguir colgarle a Oziel el teléfono tras acabar nuestra conversación, pero el abogado tenía razón.

—No es nada personal contra ti, Emma. En realidad, creo que eres lo mejor que le ha pasado a mi hermano en todos estos meses. Vuelve a tener ese brillo «hache» en la mirada, y es todo gracias a ti. Si mi madre te conociera, seguro que ya te habría llevado de compras para agradecértelo de alguna manera... y no deberías tomártelo a mal, es que son un poco materialistas y les gusta eso de demostrar la gratitud de la forma más consumista posible —se explicó el abogado, en tono cordial y amistoso—. De todos modos, es normal que todavía no te haya presentado. Probablemente, su ex se enteraría en el preciso segundo en el que pusieras un pie en la casa familiar, así que sería una pésima idea. —¿Presentarme a su familia? ¿De verdad se estaban planteando esas cosas?—. Sólo le he pedido a Denis un poco de tiempo, un par de meses a lo

sumo. El juez me ha asegurado que va a gestionar esto con toda la rapidez que le permita el sistema. Si te quiere como me ha asegurado que te quiere...

—¿Que me quiere?

—¿Acaso no te ha dicho nada?

Casi se me cae el teléfono de las manos.

Denis me quería..., pero yo no era buena para él.

—Gracias, Oziel.

—Por favor... No se te ocurra decirle que me he ido de la puta lengua. No le gusta que se hable de él a sus espaldas. Es muy celoso de su vida privada, y tú formas parte de ella.

—No te preocupes —le aseguré, temblando de pies a cabeza. Sabía de primera mano que a Denis no le gustaba nada eso de que se hablara de su vida a sus espaldas. Lo había experimentado en carne propia por culpa de Picante —. No voy a fastidiarle el juicio ni a hacer que te parta la cara por decir algo que no quería que se supiera.

—No sería la primera vez que me la parten...

Pues, desde luego, Oziel no daba la imagen de ser el tipo de hombre que se expone a que le den un guantazo, pero cualquiera sabía lo que pasaba por la cabeza de los «hombres Hache». Tampoco Amargo tenía esa pinta y no se había achantado delante de Mario.

—Descuida, no me verán más con Denis. —Estuve un instante callada, conteniendo las lágrimas. Era la decisión más dura que había tomado en mi vida. Hasta ese momento todas habían sido fáciles y agradables, deseadas y gratificantes. Sí, era ironía, pero la amargura de mis pensamientos no lo dejaba demasiado claro—.¿Me haces un último favor? Dile que yo también siento lo mismo..., pero sólo si te lo pregunta cuando ya no esté.

Pan con pan, comida de tontos.

ANÓNIMO

Le hice prometer a Iris que no le diría nada a Denis. Por suerte, Dan había hecho las maletas y se había marchado aquella mañana de vuelta a Madrid, rechazando el máster al ser muy consciente de que no lograría recuperarme, así que me quedaban la mitad de testigos capaces de delatarme.

—Me parece una completa estupidez, Emma. Ningún juez en su sano juicio...

—Sabes que algunos no lo están. Incluso creo que hay un libro que habla de una jueza que lo pierde —le recordé, haciendo mención a una novela que me había obligado a comprarle para su cumpleaños, de una tal Patricia Hervías—. ¿Y si me quedo y pasa lo peor?

—¿Que Denis no pueda ver a sus hijos? ¿Sabes cuántos padres hablan de la pena de no haberse comido a su progenie antes de que crezcan y se comporten como energúmenos? Las frases «Me lo como» y después «Qué pena no habérmelo comido», ¿te suenan? Quizá le estás haciendo un favor al cocinero Amargo...

—No tiene gracia, Iris. No puedo ser la causante de que Denis no consiga la custodia compartida.

—Lo lleva mal para conseguirla, muchacha. Ya sabes que suelen decantarse por las madres.

—Denis es un buen padre.

—¿Te lo ha dicho él?

Eso era cierto, no podía presuponer nada, pero no iba a quedarme allí

empeorando las cosas. Me había faltado tiempo para meter las cosas en las dos maletas que tenía guardadas después de colgar el teléfono al despedirme de Oziel. Y allí estaban, delante de la puerta, mientras me despedía de Iris después de cuatro años de convivencia.

—Tienes el alquiler pagado hasta diciembre. Con suerte, si todo va bien, el juicio saldrá antes y podré regresar. Si no..., trataré de conseguir también el alquiler de enero y febrero trabajando para la anciana que me necesita en el pueblo.

—¿Vas a cuidar de una moribunda para que te guarde la cama, tozuda? Eso es todo un detalle.

—Sólo si me prometes que no le dirás a Denis dónde estoy.

—Como si no fuera a enterarse de que te has largado a tu pueblo...

—Pero no sabe el nombre del pueblo.

—¿Piensas que no será capaz de encontrar a una Dávila en Cataluña? Su hermano es abogado, ya te digo que le sobrarán minutos de la primera hora que invierta en ello. Te va a ir a buscar al pueblo y, cuando te encuentre, te vas a acordar de estas palabras toda la vida.

—¿Y si le digo que no quiero que me encuentre?

Iris me miró, con cara de disponerse a morderme el cuello y arrancarme un buen trozo. Le dio una patada a la maleta que tenía más cerca, pero sólo consiguió lastimarse el pie.

—Ya, y eso es una gran idea —se mofó—. Tú lo que quieres es volver con él cuando todo esto haya terminado y no que, al regresar, te lo encuentres tirándole del pelo a otra pelirroja.

Desde luego eso no era lo que quería, pero tampoco había manera de evitarlo. Podía, tal vez, mandarle un mensaje antes de deshacerme de mi número de móvil, diciéndole que volvería a su lado en cuanto el tema del juicio quedara zanjado, pero no me veía con fuerzas para escribirle un «hasta luego» tan prolongado. Si lo hacía, quizá después no tuviera fuerzas para marcharme.

—Y, entonces, ¿qué hago?

—Quedarte...

—Creo que ésa no es una opción. No conseguiría mantenerme alejada de Denis si lo tuviera tan cerca.

Iris sabía que eso era cierto, y también por parte de Amargo. Tuvo claro que éste aparecería todas las noches en mi puerta o que se las apañaría para conseguir una llave con la que irrumpir en la tranquilidad de la noche.

No iba a resultar fácil, pero la decisión que había tomado era la acertada. Si Denis de verdad me quería, me entendería y esperaría. Sólo eran un par de meses.

—Te voy a echar de menos, mala amiga.

—Yo a ti no, que hasta el último momento he pensado que lograrías que cambiara de color de pelo.

—Todavía estás a tiempo...

—¿Estás loca? Denis me mataría si me toco uno solo de estos preciosos cabellos —le dije, mostrando un mechón naranja—. No le digas cómo se llama el pueblo, por favor.

Iris asintió, entendiendo mi angustia. Nunca había sabido mantener la boca cerrada, indiscreta era su segundo nombre, pero para las cosas serias sabía comportarse, no me cabía ninguna duda. No sabía qué le contestaría cuando Amargo fuera hasta allí, hecho una furia, a preguntarle, pero no le diría el nombre del pueblo de mis padres. Mi dirección estaba a salvo con ella. Faltaba saber si Oziel sería capaz de mantener a raya a su hermano mayor si le pedía ayuda para encontrarme. Por suerte, era de los interesados en que no me localizara, y eso era un buen punto a mi favor.

—¿Y qué le digo?

—Seguro que se te ocurre...

Iris sonrió.

—Que le quieres demasiado como para que corra el riesgo de perder a sus hijos.

Me sonó a la confesión de Oziel hacía pocas horas, en la que se le había escapado el «te quiero» que Denis nunca me había susurrado al oído.

—Dudo mucho que sepa que lo quiero.

Tampoco se lo había dicho...

«Pues ya va siendo hora.»

La sociedad está dividida en dos grandes clases: la de los que tienen más comida que apetito y la de los que tienen más apetito que comida.

NICOLAS CHAMFORT

Mis padres me recibieron con los brazos abiertos aquella tarde, cuando llegué con mis dos maletas y la sonrisa más triste que podía haber esbozado reflejada en mi rostro. A ninguno de los dos se le ocurrió decir aquello de «te lo dije», y mejor así, porque se habrían equivocado de lleno. No había nada que decir, puesto que ellos no conocían toda la historia... y yo no tenía ningunas ganas de contarla.

Tampoco pensaba dejar que me dieran sermones.

Había tratado de deshacerme de mi móvil en un par de ocasiones, pero siempre encontré la excusa perfecta para no llegar a hacerlo. La última que se me ocurrió fue que era el teléfono de contacto que aparecía en mi currículum y que, si me iban a ofrecer un trabajo de enfermera en la Ciudad Condal o alrededores, no podrían contactar conmigo.

Y había mil más.

Imagino que la más importante era la de poder explicarle a Denis que tenía que dejarme marchar de momento, tratando de que su cólera no afectara a su trabajo. Necesitaba pasar esas dos semanas con la mente despejada para diseñar la carta que haría competencia a la de Come, esa que haría que pudiera librarse de Picante y ser otra vez libre para levantar un negocio. Una carta que probablemente haría que perdiera clientes de su propio restaurante, atraídos por la oferta gastronómica de un local que iba a llevar su marca, pero

no su mano. Podría enseñar a alguien a hacer un plato, pero no le daría su toque personal.

Que yo no estuviera a su lado no era preocupante. Tenía pensado volver, aunque él no lo supiera.

Odié mi dormitorio en cuanto traspasé la puerta. Me pareció infantil, tosco, anticuado. Todo el mobiliario era de madera de pino, lleno de pegatinas que nunca pude quitar después de ponerlas. Por aquel entonces no sabía que salían con alcohol de noventa grados, aunque el que yo usaba siempre en el trabajo no pasaba de los setenta.

No me sentía cómoda, no era mi lugar.

Mi madre me ayudó a deshacer las maletas mientras que mi padre se hacía cargo de la cena, para conseguir que el estofado diera para tres.

—¿Por qué has acabado viniendo, pequeñina?

«Porque él necesitaba que me fuera... aunque aún no lo sabe.»

—Es largo de contar, mamá. Ya te lo iré explicando.

—¿Te has venido huyendo de él?

—En parte, pero no por lo que estás pensando.

Me habría gustado encontrar las ganas suficientes como para ponerla en antecedentes, pero las había dejado todas en Barcelona, enredadas en su almohada, junto con la ropa que había doblado y guardado en uno de los cajones que vació para mí.

—¿Y te vas a quedar mucho tiempo?

—Un par de meses. En cuanto reúna algo de dinero, quiero volver a intentarlo. Iris me va a reservar la habitación, aunque no me fio demasiado.

Lo dije por decir, ya que estaba convencida de que Iris no metería a nadie en mi cuarto mientras no necesitara dinero para pagar el alquiler. Estaba guardando los calcetines cuando el teléfono sonó y se me heló la sangre en las venas. Miré la pantalla y descubrí que mi temor se materializaba. Denis me estaba llamando, tal vez porque no había sabido nada de mí en todo el día.

Miré el reloj y comprendí que tenía que estar a punto de empezar el turno de cenas y ya, hasta después las doce, no terminaría en la cocina.

—¿No vas a cogerlo?

Mi madre no entendía nada.

—Ya hablaré con él más tarde —le mentí, sabiendo que iba a estar esquivando a Denis durante mucho tiempo.

No sonó durante muchos tonos. Mi madre se escurrió disimuladamente fuera del dormitorio y me quedé allí, sentada en la cama, lamentándome de lo mal que lo iba a pasar durante aquellos meses.

—Le he dicho a Regina que te llame por la mañana, por si sigue interesada en que cuides a su madre —me informó de pronto mamá, asomándose por la puerta—. Todo el mundo en el pueblo se ha enterado de que has regresado.

«Radio patio.»

Seguro que los padres de Dan tenían que estar la mar de contentos, teniendo en cuenta que su hijo había vuelto a viajar a Madrid porque yo lo había rechazado. Me iba a ganar unos cuantos amigos en mi estancia allí, lo estaba viendo venir.

Sabía que ese trabajo era uno de los mejores que podría conseguir en aquel animado y bullicioso lugar. Sí, estaba siendo muy irónica. Una anciana encamada y casi sedada, por lo que me habían contado mis padres, que no me daría excesivo trabajo más allá de los cambios posturales, el pañal y los baños matutinos, por lo que podría disponer de mucho tiempo libre para reconcomerme en mi miseria, lo que me vendría de fábula para perder el apetito y que se me cayera el pelo. Denis me mataría si regresaba a Barcelona con la mitad de mi cabellera naranja y, la que me quedara, mucho más deslucida que la que había acariciado aquella última noche.

Dudaba de que fuera a seguir tan lustrosa después de pasar algún tiempo comiéndome los mocos en el pueblo.

Asentí a mi madre, dispuesta a adaptarme.

Punto número uno: necesitaba un trabajo, y aquél era el más cómodo y el

que mejor le vendría a mi economía, ya que no disponía de coche para moverme fuera del pueblo. Me hacía falta el dinero para poder regresar tras las fiestas navideñas, si estaba todo solucionado.

Punto número dos: iba a ponerme delante del fuego y a aprender a desenvolverme en la cocina. Denis había logrado que no me paralizara delante de la comida, así que sólo tenía que practicar para hacer que se sintiera orgulloso de mí.

Punto número tres: tenía que convencer a mis padres de que Denis no era un perverso.

Probablemente ésa fuera la tarea más dura de todas, pero no iba a dejar de intentarlo mientras estuviera allí, aunque resultara un esfuerzo a fondo perdido. Denis opinaba que nunca tendría a mi padre de su lado, aunque sospechaba que no le importaba en exceso. Yo, al menos, aspiraba a no tener a mis progenitores con cara de perro cada vez que lo vieran aparecer.

Porque pensaba hacer que lo vieran, y muchas veces.

«Ya, y por eso no le he cogido el teléfono.»

Agarré el móvil y miré la pantalla. Me había dejado un mensaje mientras trataba de ignorar mis verdaderas preocupaciones; que se enfadara por mi huida era lo que más me angustiaba. Al menos, junto a él, podía tratar de enfrentarme a su mal humor, pero estando lejos no sabía si conseguiría apagar ese fuego de sus ojos, ese odio que lo corroía por dentro cada vez que se enfurecía.

Odio hacia las mujeres.

Podía empezar a odiarme a mí... por huir.

Sin embargo, el mensaje que me encontré en la pantalla me dejó completamente descolocada. Casi habría preferido un «Vete a la mierda» o algo así, como «No se te ocurra volver a aparecer por aquí»..., algo que denotara que le importaba, que le había dolido, que sentía algo.

No como aquel mensaje.

Oziel me lo ha contado.

Cocinar es hacer trozos de amor comestibles.

ANÓNIMO

Ya podías haberle ocultado un par de días eso de que no estabas en Barcelona. Habría cenado algo caliente y decente al menos.

No fui yo la que se lo dije.

Después de ese mensaje no había vuelto a saber nada de Amargo, y de eso ya hacía tres días. También era verdad que no le había respondido, sin saber muy bien qué escribirle, cuando se suponía que ya el abogado le habría dejado claro por qué lo había hecho. ¿Qué más podía añadir? Que pensaba que Oziel estaba en lo cierto; que lo de consultarlo con él no me había parecido buena idea, porque tal vez me habría hecho cambiar de opinión; que en un par de meses podríamos volver a la normalidad... si él quería... si no estaba demasiado furioso conmigo.

Debo reconocer que, cuando fueron pasando los días y no supe nada de Denis, mi seguridad acerca de haber actuado correctamente se fue esfumando. Cada vez estaba más inquieta, más temerosa por el futuro que había dejado en Barcelona como pasado.

Tendría que haberle dicho algo, cogerle el teléfono, contestar a su mensaje. Un «Espérame en tu infierno, que trataré de sobrevivir en el mío» o algo menos trascendental y profundo, como «Te voy a echar de menos, pero me pondré al día con tus besos en cuanto esté todo solucionado». Ese último dejaba bien claras mis intenciones, pero tampoco se lo escribí.

Tonta que fui, ya lo sé.

Comencé a trabajar dos días más tarde, cuidando de la madre de Regina, una administrativa del ayuntamiento. Mi labor consistía en bañarla, darle de comer, hacerle cambios posturales y cambiarle los pañales; básicamente, lo que había supuesto. También le administraba las pastillas y trataba de mantenerla algo orientada en el espacio, pero ése fue un trabajo mucho más complicado, ya que pasaba dormitando casi la mayor parte del tiempo. Por ello, me quedaban muchas horas en la mañana para comerme la cabeza, y eso era precisamente lo que hacía.

Traté de leer, pero no me apetecía demasiado. Para más inri, en el pueblo no llegaba demasiado bien la señal digital y no se sintonizaban con nitidez demasiados canales, así que entendía que la Esteban fuera la reina de las tertulias en la plaza.

Pasaron las dos primeras semanas con una lentitud tan espantosa que creí que me volvería loca en aquel agujero. No había nada que hacer por las tardes y, sin coche con el que poder escaparme un rato fuera de aquella cárcel de ladrillo antiguo, sentí que envejecía por minutos.

Iris me mandaba, de vez en cuando, alguna foto tomada desde lejos, cuando se topaba por casualidad con alguno de los cocineros. Pero, hasta que no pasaron otras dos semanas más, no apareció en mi pantalla una de Amargo.

Ya está de nuevo en el restaurante de abajo de casa. Lo abre por la mañana, y me ha preparado café alguna que otra vez.

¿Le haría el mismo café con el que me había enamorado a mí? Seguramente, porque Denis no sabía hacer mal las cosas y ofrecer algo que no le pareciera de calidad no era su estilo. Por lo tanto, Iris se habría enamorado de mi bebida favorita, preparada por mis manos favoritas, tal vez mirando a los ojos a mi hombre favorito.

«Me estoy volviendo una paranoica.»

¿Cómo lo ves? ¿Qué te ha dicho?

Lo veo bastante bien. Desde que regresó, no se ha vuelto a ver por aquí a tu chef Picante, así que imagino que todo va mejor.

Denis tenía que haber conseguido el dinero para pagarle a Mario su parte y deshacerse de él. Si Eizan lo había seguido o no en su partida, quedaba por verse... Lo mismo que si ese chef loco por los uniformes de enfermera lograría ponerse al mando del Right Here, después de que Denis lo hubiera puesto en el punto de mira de los grandes críticos gastronómicos... otra vez. Eso tal vez era mucho suponer.

Sería una pena que, al final, le fueran a vender el restaurante a Mario, y más lo sería que Picante se acabara llevando todo el mérito si se ponía al mando de la cocina; eso no tenía que ser plato de buen gusto para Denis, pero peor era tenerlo en su propio negocio, aguantando sus tonterías día tras día. El dueño del Right Here, con una carta renovada y unos cocineros bien formados, quizá no necesitara asociarse o venderle el negocio a Picante para seguir manteniendo el restaurante en las guías de restauración de Barcelona. Eso sí que podría considerarlo un punto a su favor, con lo mal que se lo había hecho pasar a Amargo.

¿Te ha preguntado por mí?

Las palabras me bailaron en la pantalla mientras las escribía. Sabía que no era conveniente hacerle ese tipo de preguntas a Iris, por ella y por mí, ya que mantener a Amargo alejado de nuestras conversaciones era lo más sensato..., pero no pude hacerlo.

Alguna vez.

Demasiado escueta para ser Iris. ¿Iba a tener que sacarle las palabras con unas tenazas? Porque la tenía lejos, que si no...

Desembucha, mala amiga.

Cada vez que me ve..., que si estás bien, que si estás

trabajando, que si preguntas por él...

«Que si como...»

Me dio un vuelco el corazón. Mi perverso chef se preocupaba por mí, se acordaba de que una vez tuvo entre sus brazos a una pelirroja a la que llamaba Calabaza. No podía ser más feliz..., salvo estando nuevamente en su cama, sobre su pecho, dejando que sus dedos recorrieran mi espalda hasta mis cabellos.

¿Y qué le has contestado?

Que estás amargada. Que estás trabajando. Que te mueres de asco.

La cara de Denis tenía que ser un poema.

Una semana más tarde, Iris volvió a mandarme una fotografía de los cuatro cocineros delante del restaurante, conversando de forma amistosa, o eso parecía. Me extrañó ver allí a Picante, pero no había forma de enterarse de nada más. La foto iba acompañada de un texto de mi amiga que dejaba claro que ella tampoco lo entendía: «Los cuatro juntos, sin partirse la cara el uno al otro».

Los primeros días de noviembre fueron tan malos como los últimos de octubre, salvo por el hecho de que los días que no trabajaba tenía más tiempo para reconcomerme con mi tristeza. Mi padre me preguntó si quería hacer algo con ellos y mi respuesta fue negativa. Prefería quedarme en mi cuarto, leyendo. Había descubierto que, si estaba acompañada de un libro, no me sentía tan sola, por lo que había obligado a mi padre a poner Internet en casa para comprar los libros de forma digital, ya que la librería más cercana estaba muy lejos, igual que la biblioteca.

Tampoco la señal de Internet era una maravilla, pero al menos era algo.

Estaban trasteando en la cocina cuando el sonido de una llamada rompió el silencio de la casa. El nombre de Denis apareció en la pantalla y me quedé muda.

No había vuelto a sonar desde aquel día en que no le respondí a la llamada, a mi regreso al pueblo.

Había sonado cuatro veces cuando me di cuenta de que tenía que decidir si podía dejar pasar esa llamada y la respuesta fue rotundamente que no. Descolgué y solté un «hola» atropelladamente, con miedo de que fuera a cortar la llamada antes de tiempo.

—Hola, Calabaza.

Casi me echo a llorar al oír su voz, tranquila y relajada.

—Siento no haberte contestado la primera vez que llamaste. De verdad que lo siento...

—Sí, me debes un par de explicaciones, desde luego.

A pesar de sus palabras, su tono no sonaba disgustado, por lo que pude bajar mi nivel de ansiedad hasta, simplemente, nerviosa con mariposas en el estómago, como una chiquilla enamorada que hablaba con el chico por el que le temblaban las piernas... con la diferencia de que ese chico era un hombre, claro.

—¿Cómo va todo?

—Preferiría contártelo con un café delante. ¿Me invitas a uno?

—No te gustaría el café que preparo...

—Puedo hacerlo yo mientras tú me miras el culo. No sería la primera vez.

No pude evitar que las mariposas bajaran a mi entrepierna. Era maravilloso tener la impresión de que no se había roto nada entre nosotros; al menos... aún.

—Estoy un poco lejos.

—Sé exactamente dónde estás.

Mi mayor temor y, a la vez, la alegría más grande que podía darme: que se hubiera preocupado en buscarme. Sabía que era una egoísta, que Denis tenía problemas mayores que ponerse a buscar a una veinteañera por todos los pueblos de Cataluña, pero que hubiera añadido eso a sus tareas pendientes me hacía sentir feliz, mucho.

No había querido reconocerlo, pero me sentía muy desilusionada al ver

pasar las semanas y no tener noticias de Amargo. Entendía que necesitaba terminar su trabajo en el otro restaurante y luego arreglar los del suyo, y eso le debía de consumir la mayor parte de las energías, pero también estaba su vida privada y familiar... y yo había salido de ella voluntariamente.

—Aquí no hay una cafetera decente —le respondí, con voz temblorosa.

—Pues menos mal que lo importante no era el café...

Amargo sabía cómo conseguir que se erizara toda la piel de mi cuerpo. Me encantaba. Era imposible no caer en sus redes cuando se lo proponía.

—¿Y qué sugieres?

—Que me abras la puerta.

Barriga llena, corazón contento.

ANÓNIMO

No había llamado al timbre para darme la posibilidad de ser yo la que decidiera si quería que lo vieran mis padres o no. No había aparecido por allí en esas cinco semanas porque había estado trabajando a destajo, y luego había tardado unos días en conseguir que Oziel movilizara a todos sus contactos para localizarme. Aun así, había tratado de hacer el papel de detective por su cuenta y había encontrado a algunos Dávila con número de teléfono reconocido, pero ninguno de ellos había resultado estar a nombre de mi padre. Sonreí, recordando que el teléfono estaba a nombre de mi madre y su apellido era mucho más común. Era normal que no hubiera dado con nosotros.

Salí de mi habitación y atravesé el salón. Mis padres estaban en la cocina, charlando. Llegué a la puerta sin quitarme el móvil de la oreja, mientras escuchaba a través del auricular su respiración... y la mía.

Abrí y me encontré a Denis con el móvil apoyado en la suya, con la otra mano metida en el bolsillo de un elegante pantalón gris. Estaba moreno, como si, en vez de haber estado trabajando esas cinco semanas, se las hubiera pasado tirado en la playa tomando el sol. Me vi bajita a su lado, probablemente porque yo llevaba zapatillas de estar por casa y él estaba perfectamente erguido delante de la puerta, calzado con unos distinguidos y relucientes zapatos negros que conjuntaban a la perfección con su atuendo.

—Hola de nuevo.

Seguro que me brillaron los ojos. Colgué la llamada y me lancé a sus brazos. A Denis sólo le dio tiempo de abrirlos para sostenerme cuando mi

cuerpo chocó contra el suyo. Estaba tan feliz de tenerlo allí que no me importó que mi comportamiento fuera inapropiado estando mis padres tan cerca... o mis vecinos espiando desde las ventanas. Amargo me abrazó por la cintura y me sostuvo a la altura de su cabeza, y acto seguido buscó mi boca con la suya.

Me encantaban los besos de ese hombre, pero precisamente aquél me resultó mucho más excitante que el resto. Imagino que fue porque, los otros, le había resultado mucho más fácil conseguirlos; en cambio, para darme aquél, había tenido que conducir durante horas. Era un beso ansiado.

Chupó mis labios y yo hice lo propio, recorriendo toda su humedad con la lengua. Oí a mi espalda carraspear a mi padre, pero ni a mí me importó lo que opinara ni a Denis pareció preocuparle lo más mínimo su presencia. Sé que abrió los ojos y lo miró. Sé que volvió a cerrarlos, centrándose en mi beso.

Sé que se empalmó, con mi cuerpo pegado al suyo.

—¿Emma? —oí la voz de mi madre llamándome.

Un rato después —que no supe calcular con exactitud—, Amargo me depositó en el suelo mientras acompañaba mi boca con la suya, para que no sintiera que la abandonaba. Levantó la cabeza y me miró un instante antes de enfrentar la mirada de mis padres. Me giré y traté de buscar la mano de Denis para sujetársela, pero él ya había dado un paso para saludar a mi madre.

—Señora... —le dijo, tendiéndole la mano derecha—. Encantado de conocerla. Me llamo Denis.

Mi madre le sonrió, como si le agradara de veras verlo allí. La cara de mi padre era otro asunto bien distinto.

—Un placer, Denis. Emma nos ha hablado un poco de ti.

Era una forma sutil de decirlo, ya que, después de mi primera semana de mutismo, me había dedicado a informar a mi madre de todo.

Bueno, de todo... no, pero de casi todo.

Había trazado mi plan y consistía en hacer que no consideraran a ese hombre un perverso, por lo que había aprovechado casi cualquier

circunstancia para contar alguna anécdota buena o hacer que lo vieran de forma mucho más cercana.

Mi madre, en vez de aceptar su mano, lo abrazó con cariño, como si lo conociera de toda la vida y se hubiera reencontrado con él después de muchos años... Podría ser su marido...

«Tengo que dejar de pensar en esas cosas.»

—Señor...

Denis se giró hacia mi padre y le tendió también la mano. Éste se quedó muy tieso, mirando el ofrecimiento de saludo y dudando, pero al final acabó estrechándosela y dándole la bienvenida a casa. No me lo podía creer.

—¿Estabas de paso por aquí, Denis? —le preguntó mi madre, indicándole que se sentara en el sofá—. Aunque ya te digo que este sitio no queda cerca de ninguna parte.

—No —respondió, aceptando su invitación y haciendo que tomara asiento a su lado. Cogió mi mano entre las suyas y la dejó sobre uno de sus muslos. Denis quería que mis padres se dieran cuenta de que iba a seguir allí aunque a ellos no les gustara. No me quedaba ninguna duda—. He venido para ver a Emma. Hace ya unas cuantas semanas desde que se marchó y he podido organizar la tarde para escaparme.

«Exactamente cinco semanas, dos días y seis horas... pero no las iba contando, que conste.»

—¿Te apetece un café?, ¿una cerveza?

Mi padre me sorprendió siendo cortés con Denis. Iba a tener que agradecerle a mi familia que no se hubieran apresurado a echarlo a patadas de la casa para luego pasar el cerrojo de seguridad. Me habría ido con él, y probablemente ellos lo sabían, pero de todos modos era un detalle, uno muy grande.

—Emma dice que el café no es especialmente bueno —respondió, dejando a mi madre con cara de pasmo—, así que acepto la cerveza, muchas gracias.

Su sinceridad hizo que mi padre estallara en una carcajada.

—Pues es verdad que el café no es una maravilla.

Mi madre trajo una lata y un vaso de tubo y a mí me pasó un refresco de cola. Se agarró al brazo de mi padre para tirar de él.

—Nos vamos a seguir preparando la comida —dijo, tratando de dar un paso para alejarse de nosotros—. Os dejamos a solas. ¿Nos acompañarás a la mesa, Denis?

Amargo miró a mis padres y luego a mí, aún con mi mano entre las suyas, pero negó con la cabeza.

—Muchas gracias, pero desgraciadamente no dispongo de tanto tiempo. En otra ocasión podemos organizarlo y cocino yo.

Me imaginé que, conociendo mis antecedentes culinarios, Denis no se fiaba del arte de mis padres a la hora de elaborar los productos y prefería marcharse antes de arrugar el gesto y decir algo inconveniente, como lo que había soltado sobre el café. Era evidente que un cocinero de su categoría tenía que haber comido mucho de todo para aprender a manejar los alimentos, pero eso no quería decir que le gustara o que le resultara aceptable a esas alturas.

Mis padres se marcharon y nos dejaron solos para que habláramos en el salón. Supongo que les pareció más fácil tenerme controlada dentro de casa y prefirieron eso a dejar que me marchara con él a la calle... o tal vez pensaron que, si me quedaba entre los muros de nuestra vivienda, no habría sexo por el momento y además lograban que los vecinos no me vieran con un hombre tan mayor, por el qué dirán... El pueblo era muy pequeño, pero las lenguas de las vecinas tenían tamaños kilométricos.

—Estás más delgada —me comentó, pasándome una mano por el muslo, sin importarle si mis padres podían estar mirando desde la puerta de la cocina.

—Es que aquí como peor —respondí a su comentario. Y no faltaba en absoluto a la verdad. Además de comer poco y peor, también había perdido gran parte de mi apetito—. No tengo a un cocinero con estrellas Michelin preocupándose de que me guste lo que me ponen en el plato.

—No tengo ninguna estrella de ésas...

—Eso es porque tú no quieres, ¿no?

Amargo sonrió, dejando a un lado su gesto severo, reservado para mi padre, por si se interponía entre él y yo.

—Todo se andará —respondió, guiñándome un ojo. Se sirvió la cerveza y me abrió la lata de refresco—. Pero no trates de adularme, que no he venido aquí para eso. —Hizo una pausa mientras bebía un poco, tan poco que no vi bajar la marca de espuma del vaso—. ¿No me dijiste que no te querías venir aquí con ellos?

Que me preguntara abiertamente acerca de ese asunto, sin parecer enfadado y sin tono de estar juzgándome, me ayudó muchísimo a no derramar ni una sola lágrima mientras las palabras de mi respuesta se organizaban en mi cabeza.

Francamente, no, no quería regresar. Tuve que reconocerle que me había entrado miedo de perjudicarlo en el tema de la custodia. Denis me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez, asintiendo de vez en cuando con la cabeza, como si me estuviera dando la razón en todo: en que era una tonta por haberme marchado sin consultárselo antes, en que había estado enfadado conmigo por salir huyendo sin informarlo siquiera, en que mi silencio lo había empeorado todo mucho más...

—No quería complicarte la vida. Pensé que este paréntesis te vendría bien para poner en orden lo del juicio, centrarte en las cosas importantes...

—¿Y tú no te consideras importante? —me preguntó, con cara de ir a darme una azotaina de pronto por crearme menos que el resto de sus asuntos.

—¿Sabes? —respondí, tragando el poco de refresco con el que había ido a mojarme los labios. La bebida no me parecía interesante—. También pensé que estabas tratando de deshacerte de mí aquella noche en la que te sacaste todos los trapos sucios. Pensé que si te dejaba espacio tal vez tu esposa...

—Exesposa —me corrigió, por fin con cara de disgusto—. Y no, Emma, no acepto eso como excusa. Si querías dejarme, estabas en tu derecho, pero no me gusta que me usen como pretexto, y no tolero vivir con miedo. Si fuera ése el caso, habría permanecido tragando, casado, porque era lo más cómodo para

todos. Si no me llego a separar, todo habría seguido bien y mis hijos sabrían quién es su padre. No me estoy complicando la vida contigo. Me la estás alegrando. —Sonrió y me acarició el pómulo lleno de pecas—. Es difícil, y lo acepto, pero nunca dejaré de hacer cosas complicadas por miedo.

Vender un restaurante que funcionaba a las mil maravillas era buscar el camino difícil. Abrir otro con unos compañeros que iban a darle la lata era seguir el camino difícil. Enamorarse de una chica como yo era llegar a un precipicio al final del camino y prepararse para saltar... y allí estaba, saltando.

Y me daba miedo que no supiera caer de pie. Eso sólo lo hacían bien los gatos.

A mí sí que me daban miedo las cosas.

—Pero Oziel me dijo...

—Olvídate de él, ya no es mi abogado.

—¿Por qué?

—Porque te alejó de mí.

Eso ya era el colmo. ¿Se había peleado con su hermano por mi culpa? Me sentía tan mal que casi se me saltaron las lágrimas. No, en verdad sí que se me saltaron, sin el casi; no pude contenerlas.

—Oziel lo estaba haciendo por tu bien...

—Oziel se tomó demasiadas libertades a la hora de hablar contigo.

—¡Lo llamé yo!

—Tanto da, no debió decirte nada. Era decisión mía —sentenció, sin más. Y estaba claro que en eso tenía razón, pero también era decisión mía. Su hermano sólo nos había aconsejado a ambos. Lo que pasaba era que cada uno había tomado una decisión diferente—. Todos los abogados con los que consulté el tema me dijeron que era improbable que pasara algo por esto.

—Él también dijo eso...

—Y, aun así, te aconsejó que te alejaras de mí.

—Improbable no es imposible, Denis, y lo sabes —repliqué, apretándole la mano—. Tiene miedo, son sus sobrinos.

—Y mis hijos, pero no puedo vivir pensando en que voy a perderlos eternamente. Si tengo la desgracia de perder el juicio, habrá otros jueces y otros veredictos. Si tengo que cerrar un restaurante, abriré cien más. Si tengo que aceptar el préstamo que me quiere hacer mi padre para pagar la hipoteca y poder empezar de cero..., tal vez sea un buen momento para ello, para poder brindarles una estabilidad a las personas a las que quiero. Pero no pienso permitirle a nadie que viva con miedo a mi lado. Ni pienso dejar que lo tengas tú.

Aquél no era el hombre amargado que odiaba a las mujeres. Si quería luchar por todo, era un momento estupendo para hacerlo, pero las palabras que me había dedicado en su casa me habían hecho dudar de sus ganas y así se lo hice ver. No era normal que me dijera que era un mal partido para mí y que luego no quisiera perderme.

Me cogió de las manos y se las llevó a los labios, envolviéndolas con las suyas. Luego se levantó y me llevó hasta la puerta, como si se le estuviera haciendo tarde y tuviera que marcharse. Sin embargo, cuando la abrió, me sacó con él y la cerró detrás de sí, sabiendo que habría alguien que la abriría para mí.

Me quería para él, sin padres que pudieran hacer objeciones.

Me apoyó en la pared de la entrada y presionó sobre mí, impidiéndome una escapatoria. Me encantó.

—No voy a ir nunca en contra de mis intereses, Emma. Una cosa es que piense que te estás equivocando tú al elegirme, y otra que piense que lo estoy haciendo yo. Si quieres dejarme atrás, que sea porque te has dado cuenta de que no quieres esto para ti y no porque pienses que no es lo que quiero yo para mí. Yo sé lo que quiero... y te incluye.

Tras decir esto, me besó con tantas ganas que sus palabras se hicieron un lío en mi cabeza y tardé en volver a ordenarlas. Para cuando lo hice, él ya se había ido, pidiendo que lo disculpara delante de mis padres. Bajó la escalera

de la entrada y desapareció dentro de su coche, que había dejado justo frente a nuestra casa.

Y allí me quedé, con la boca sedienta de más... de más palabras, de más besos, de un «Te quiero».

El postre tiene que ser espectacular, porque llega cuando el *gourmet* ya no tiene hambre.

ALEXANDRE GRIMOD

Entré en el restaurante cuando todos los comensales se habían marchado ya y cuando salió la última camarera del comedor. Llevaba apostada en la esquina más de una hora, vigilando cada movimiento. No sabía por qué estaba otra vez allí Mario; podía ser que hubiera ido a cobrar, a recoger sus cosas o a cocinar porque se hubiera reconciliado con ellos. En realidad me daba igual. Lo único que me importaba era que Amargo estaba allí, en la cocina, con los otros chefs.

Los estores ya se habían bajado, pero, por suerte, la puerta del restaurante y la persiana metálica permanecían abiertas. Cerré la de cristal detrás de mí, y nadie se dio cuenta de ello. Estaban liados, conversando unos con otros y recogiendo los utensilios, haciendo mucho ruido. No estaba acostumbrada a verlos a los cuatro en aquel espacio reducido e imponía mucho.

Llegué hasta la cocina en plan ninja, tratando de no alertar a ninguno de mi presencia. Había aprendido a manejarme en aquel local como si fuera mi propia casa y no me costó mucho llegar hasta la puerta de cristal que continuaba con la enorme mampara, sorteando mesas, esquivando sillas, evitando tropezar con las alfombras.

Detrás de mí llegó una camarera a la que no había visto antes y que no pudo hacer nada por retenerme. Debió de creer que me había colado en el establecimiento con la intención de robar o incluso algo mucho peor, pero,

francamente, bajo aquel pequeño vestido que llevaba puesto no era posible que escondiera un arma sumamente peligrosa.

Sentí su respiración agitada a mi espalda y casi también su disculpa silenciosa a los cocineros que tenía delante por no haber podido evitar que llegara hasta allí.

Su respiración y la mía.

Los miré a los cuatro, que de pronto se habían quedado inmóviles, con sus cuchillos en la mano, sus delantales negros ceñidos a la cintura y los ojos clavados en los míos. Ninguno se detuvo a fijarse en la pobre camarera, azorada, con ojos lastimeros. Giré hasta llegar a la pared donde el sombrero de cocinero, siempre negro, me aguardaba. El resto permanecía en los ganchos, pero a mí poco me importaban. Yo quería el negro, ese que me ponía siempre para que no pudiera mirarlo a la cara; ese que olía a su sexo y al mío, que retenía mis gemidos y que se humedecía con mi aliento... donde mis dientes lo mordían.

Paseé la mirada sobre los cuatro chefs con el gorro en la mano. No se habían movido ni un ápice.

Dulce.

Picante.

Agrio.

Amargo...

Me estremecí recordando sus últimas palabras, su último beso, sus intensas ganas que se fueron con él, dentro de la bragueta de su elegante pantalón gris, dentro de su coche negro, más elegante todavía... a lo James Bond. Le había faltado un Martini en vez de una cerveza, dejada casi por completo en el vaso, sobre la mesa del salón.

Había tardado tres días en hacerles entender a mis padres que quería regresar a Barcelona, avisar a Regina de que dejaba el trabajo cuidando a su madre para que encontrara una sustituta y hacer las maletas para regresar a casa, a mi piso, a mi dormitorio. Iris se había enterado esa misma mañana, y

no se lo dije antes porque no me fiaba de que fuera capaz de mantener la boca cerrada.

Miré a Amargo a los ojos y se mordió el labio inferior, prometiéndome con ellos que haría eso mismo en el mío en cuanto me tuviera a tiro.

Comenzó a sonar *That's what I like*, de Bruno Mars, y me dije que en alguna parte de ese hilo musical había un pequeño angelito que se preocupaba de que siempre sonara la canción perfecta para mi cocinero y para mí en esa maldita cocina.

Me puse el gorro exactamente como lo hacía mi chef perverso: dejándolo caer hasta que me tapaba los ojos porque me quedaba demasiado grande y no se ceñía a mi frente. Quedó atrapado sobre mi nariz, dejando mi boca a su alcance para que hiciera lo que le viniera en gana con ella... y, de paso, con el resto de mi cuerpo, que ya sabía yo que no pensaba pedirme permiso para absolutamente nada de lo que pensara hacerme en aquella cocina... ni fuera de ella tampoco.

Me llevé las manos a la espalda y esperé, sin poder ver absolutamente nada.

Entreabrí los labios y solté el aire. Creo que gemí...

—Todos fuera —ordenó su voz ronca y sexy, oscura y lasciva, desde detrás de los fogones de la isla central. Oí cómo caían sobre la encimera todos los cuchillos y sus murmullos de desaprobación—. Inmediatamente. Todos fuera.

Supe que se marchaban, sorteando mi cuerpo delante de la puerta, pero ninguno de ellos me rozó al hacerlo. Capté el ruido de la puerta al abrirse y después, al cerrarse. Me quedé allí parada, en medio de la cocina, con Bruno cantándome al oído.

Y de pronto sus manos estuvieron allí, tocando mis caderas y buscando las mías a mi espalda. Me las sujetó con fuerza antes de elevar mi cuerpo y apoyarlo contra el suyo, escabulléndose entre mis caderas. El vestido huyó de mis muslos y Amargo se encontró con mi entrepierna expuesta y libre de cualquier tipo de ropa interior.

Sí, había ido hasta allí con ganas de demostrarle que yo tampoco iba a sentir miedo nunca más; no mientras estuviera a su lado, no mientras él no lo quisiera. Amargo no me imponía ni cuando se enfadaba conmigo, y ése era el mayor regalo que me había hecho la vida: ser capaz de entender a un hombre que tenía las cosas tan claras como él.

—Creí que te ibas a comportar como una chica sensata.

—Creí que tendrías tantas ganas de besarme que no me cuestionarías.

Me arrebató la posesión de mis labios y ya no me importó nada más. Me di cuenta de que íbamos a estrenar el suelo cuando se arrodilló y fue bajando lentamente para poner mi espalda en horizontal, sujetándome con un solo brazo mientras que el otro lo apoyaba en el suelo para controlar el descenso. Se apartó un instante para sacarme el vestido por encima de la cabeza y creo que él hizo lo mismo con su camisa. Si se había llegado a quitar antes el maldito delantal, no me había dado cuenta. Sólo sé que, cuando volvió a bajar, para encajarse entre mis piernas, el pantalón tampoco estaba donde se suponía que debía cubrir sus partes viriles... completamente excitadas.

Me restregó la polla sobre la vulva, encendiéndome aún más.

—Las chicas con el pelo calabaza deberían llevar ropa interior cuando salen a la calle.

—No... Si lo que quieren es que los cocineros seáis y con mala leche no pierdan interés por ellas.

—Es imposible olvidarte, Emma...

—Prefiero que me llames Calabaza.

Me embistió con tantas ganas que no lo oí llamarme por ese nombre, sino que sentí sus labios soltar el aire al pronunciarlo. Mi gemido cubrió el mote y los que vinieron después, y los jadeos de Denis se unieron a los míos, permitiendo que se me fuera de la cabeza cualquiera de las frases que había preparado para ese momento, como que quería que me diera de comer para siempre, que no me dejara ser tonta y alejarme otra vez de él, que iba a ser su Calabaza pasara lo que pasase..., que tenía hambre... y eso era algo con lo que

siempre iba a tener que convivir. Porque podías saciar muchas necesidades... pero el hambre siempre volvía, y quería que me entrara...

Salió de mí y me levantó las piernas hasta sus hombros, exponiendo mi pubis con perversa lentitud. Con la misma parsimonia, colocó el glande entre mis pliegues y los recorrió, llegando hasta mi clítoris y descendiendo de nuevo tantas veces que pensé que me volvería loca. Me sujeté a sus brazos, apoyados contra la parte de atrás de mis muslos, y traté de atraerlo hacia mi cuerpo, exactamente hacia el interior de mi cuerpo.

—Sabía que aprenderías a apreciar la carne...

—Alguien me dijo que la carne dura y compacta sabe mejor.

—¿Quién tuvo la desfachatez de escribirte eso?

—¿Quién te ha dicho a ti que me lo escribió alguien?

Denis bajó para besarme y acallar mis palabras, a la vez que comenzaba a moverse con mayor rapidez. Me estremecí bajo la presión de su polla recorriendo mi vulva y me penetró cuando estaba a pocos segundos de estallar en un maravilloso orgasmo.

—Nunca podré perdonarme el haberte cortado aquella primera vez, Calabaza, pero desde que me separé de mi mujer no había tenido ganas de nada... y de pronto aquí estabas, recordándome que no me había muerto al divorciarme.

Se había excitado y no se lo había pensado dos veces. Yo habría podido darle la vuelta y darle un guantazo por su osadía y la cosa habría quedado así, pero había dado la casualidad de que me había excitado a la vez que él y me había encantado ser asaltada. Habría sido una desgracia si el dueño de la polla no llega a ser Denis, pero a las desgracias también se sobrevivía, y Amargo había asumido que, mientras me acostaba con él... me había liado también con Picante... y no había pasado nada.

El sexo era sólo eso: sexo.

La forma en la que habíamos conectado, más allá de lo que nos estremecía físicamente al uno del otro, era lo que hacía que la edad no nos importara lo

más mínimo; o, tal vez, no lo suficiente.

—Voy a hacer que me pidas que te coma cada vez que te separe las piernas —me dijo, apartándose para llevar la boca a mi entrepierna y dar un largo lametazo a toda la carne expuesta, palpitante y anhelante de sus atenciones.

—Voy a pedirte que me des de comer, no te equivoques...

—¿Así?

Se puso a horcajadas sobre mi cabeza con una destreza que no me esperaba y me rozó el glande en los labios, haciendo que lo deseara como si no hubiera comido en años.

Gemí.

—Sí, así...

Lamí la punta y la apartó, haciéndose desear. Sonreí, disfrutando del juego.

—Abre la boca —ordenó, con la voz más sensual que podía imaginar—. Come.

Y eso hice, pero apenas me dejó probarlo durante un par de segundos. Su piel estaba caliente y demasiado ansiosa como para entretenerse en juegos. Yo lo necesitaba, también, demasiado... y Denis lo sabía.

Volvió a encajarse entre mis piernas y sus labios se apoderaron de los míos. Su perversa lengua recorrió mi boca y un poco más tarde mis caderas se elevaron, completamente encelada.

—No habrás deshecho las maletas, ¿verdad?

Como si necesitara poner énfasis en esa última parte, su polla me llegó hasta el fondo, abriéndose paso en mi carne humedecida. Arqueé la espalda, acercándome más a él, entregándome.

Y empujó más, donde ya no había más carne, y volvió a empujar, dejándome sin aliento.

Habría dolido si no llega a ser porque el orgasmo se precipitó en ese momento, haciendo que temblara todo mi cuerpo. Denis se agarró a mis hombros y pasó las manos por debajo de mi espalda. Escondió la cabeza en el hueco de mi cuello mientras comenzaba a jadear, completamente entregado al

desenfreno. Se corrió empujando, incrustado allí dentro, como si le diera miedo retirarse por si desaparecía de debajo de él. Un instante después se desplomaba sobre mi cuerpo, dejando caer casi todo su peso, pero duró lo que tardé en suspirar para tratar de coger aire nuevamente. Cuando abrí los ojos y me encontré con la negrura de la tela del gorro, supe que los de él ya me estaban buscando.

—Prométeme que no dejarás que te asuste mi mal genio.

—Siempre que no te enfades cuando te provoque...

Bajó la cabeza y me besó. Sentía todavía su dureza en mi interior, perdiendo consistencia pero caliente como siempre. Fue delicioso que no se retirara de mí mientras se relajaba, desnudo y vulnerable, allí donde cualquiera podía descubrirnos si empujaba la puerta de la entrada.

Bruno había dejado de cantar y, en su lugar, Ricky Martin hablaba de una mordidita en una canción muy veraniega. No me cuadró con el tipo de música que solía escuchar en el restaurante, pero no iba a ser quien pusiera una pega después de tener un orgasmo tan excitante como aquél.

—Me da una vergüenza horrible ser yo la que lo diga primero, que lo sepas —le susurré de pronto, preocupada por ese pequeño asunto sin importancia que tenía en la cabeza.

Denis me llevó un dedo a la boca, como si estuviera mandándome callar. Pasó la yema sobre el labio inferior y después sobre el superior, perfilándolo lentamente. Sujeté el gorro y lo levanté de mis ojos, pudiendo clavar por fin los míos en sus iris azules chispeantes.

—No te lo he dicho antes para no inducirte a corresponderme. No me gustaba la idea de que mis sentimientos pudieran suponer una carga para ti.

Si estaba a punto de decirme lo que creía que iba a decirme... *La mordidita* no era la banda sonora que me había imaginado para ese momento.

—No digas más —le pedí, apartando el gorro de mi cabeza por completo —. No quiero recordarlo con esta canción.

Me reí por mi ocurrencia, y Denis hizo lo mismo. Estuvo mirándome, como

embobado, hasta que la última estrofa llegó a su fin.

—Te quiero, Calabaza, aunque no entiendas nada de cocina.

—Y aunque tú no sepas enseñarme a cocinar... también te haces querer.

Amargo arrugó el gesto. Le pasé un dedo por la frente para que relajara el ceño.

—Aprenderás...

—¿A comer? —pregunté, divertida y enamorada como no imaginé que estaría nunca de ese hombre.

—A cocinar... y a quererme, también.

—¿Por qué dices que tengo que aprender también a eso?

—¿A cocinar?

—A quererte.

—Porque no me lo has dicho.

—¿No?

—Hacerme querer no es lo mismo que quererme. Sólo hago la aclaración.

Empezó a sonar la canción que habíamos tarareado juntos sin mirarnos a los ojos. La voz de LP hizo que me sonrojara nuevamente recordando aquellos instantes tan intensos.

—Estaba esperando a tener un buen acompañamiento musical —me excusé, buscando sus labios para besarlos. Me puso el gorro de almohada, junto con sus manos—. Te quiero, Amargo. Sin azúcar... como tu café.

Epílogo

El glotón es el sujeto menos estimable de la gastronomía, porque ignora su principio elemental: ¡el arte sublime de masticar!

HONORÉ DE BALZAC

Los vi por primera vez en el juicio y no podía haberme enamorado más de ellos. Tenían los ojos de su padre, grandes y expresivos, y pedían a gritos un abrazo.

Como los de su padre.

Denis me llevó de la mano hasta el banquillo y me la sostuvo durante todo lo que duró el proceso. Había insistido en acompañarlo y, aunque al principio fue reticente, finalmente comprendió que no podía quedarme en casa, esperando. Había tardado casi medio año, pero por fin estábamos allí. Después de todo ese tiempo, no me podía mantener al margen. Formaba parte de su vida, le pesara a quien le pesase... y a ella, a su ex, le pesaba mucho.

Mario había dejado de trabajar en Come, pero no había podido entrar a formar parte de Right Here, ni como único propietario ni como socio ni como nada. El restaurante había levantado cabeza gracias a Amargo y, en consecuencia, no se había puesto a la venta. En ese momento, ambos restaurantes se disputaban los primeros puestos en las recomendaciones gastronómicas de los amantes culinarios, y mi perverso chef podía vanagloriarse de ser el causante de que los dos tuvieran tal honor.

Denis se había alegrado enormemente de que Mario no se hiciera con el Right Here, porque, el hecho de que otro cocinero arrogante fuera a destrozar el restaurante que él había levantado, hubiese supuesto para él una batalla más

perdida. Eizan aguantó varios meses todavía al lado de sus socios, pero, cansado de la seriedad en la cocina de los otros dos, acabó marchándose. En aquella ocasión no hubo problemas para pagarle su parte y dividir el pastel en dos mitades. Come era un restaurante de éxito desde que Denis regresó a su cocina y, bajo la buena dirección de los dos cocineros de mal carácter, subió como la espuma. Estuvieron a punto de comprar el local de al lado, pero al final entendieron que no podían llevar tantas mesas solos dando la misma calidad de servicio y decidieron acomodarse con lo que tenían... y lo que tenían era muy bueno, y otros cocineros querían lo mismo.

Denis descubrió que disfrutaba enseñando y, aunque mis clases me las daba en la intimidad, la cocina de Come fue llenándose de alumnos que luego eran contratados con rapidez por otros negocios que querían lo mismo que tenía su local: estilo, sabor, arrogancia y carácter.

Para cuando Amargo se quiso dar cuenta... podía realmente comprarse la casa que necesitaba para asegurar el bienestar de los niños. Sin embargo, nos apetecía quedarnos en el piso en el que había empezado todo, y sus padres estuvieron de acuerdo en vendérselo, por lo que no salió tan caro como habríamos esperado de un piso en el centro. Era lo que pasaba cuando seguías teniendo familiares que hacían favores con las viviendas.

Miré hacia el lado derecho y mis ojos se cruzaron con los de Oziel, que hasta hacía un instante repasaba papeles con la tranquilidad de quien sabe que tiene el juicio ganado. Denis había vuelto a confiar en él para llevar el asunto de la custodia y el abogado se había esforzado tanto que no había ni un solo cabo suelto. Incluso el juez, que no había logrado adelantar el juicio por un par de asuntos burocráticos que le dieron más de un quebradero de cabeza —y que hicieron que Oziel le estropeará alguna que otra orgía con sus apariciones fortuitas y con muy mala leche para que se centrara—, le había dicho que no se preocupara.

—Si tu hermano llega a pedir la custodia total de los menores, habría sido otro cantar —le había dicho el juez —, pero la compartida, con la situación de

ambos padres, es completamente admisible. Ha hecho los deberes, no te preocupes.

Y no se preocupó... al menos en apariencia.

La ex de Denis, una mujer que se había teñido de pelirrojo sin motivo aparente —y por lo cual Amargo se partió de la risa—, había seguido jugándole malas pasadas al cocinero, impidiéndole ver a los pequeños hasta en ocho ocasiones. Sin embargo, la vida se le había complicado hasta tal punto que en un momento dado quiso llegar antes a un acuerdo con Denis. Y él lo habría aceptado de buena gana, con tal de terminar con todo de una vez, pero incluso el juez, a través de Oziel, le aconsejó que no lo hiciera.

Y por fin se hallaba allí, esperando a que los dos niños, que estaban a punto de cumplir los dos años, pudieran disfrutar de la mitad del tiempo con su padre. Habíamos transformado el gimnasio de Oziel en una habitación preciosa para ellos y, aunque estaba un poco asustada ante la responsabilidad que se me venía encima, supe que iba a poder hacerlo. Además, Denis me había asegurado que no iba a interferir en mi trabajo, y que sólo cambiaría lo de cocinar para cuatro en vez de para dos.

Pero sabíamos que todo iba a cambiar, aunque nos encantaba la idea.

Había conseguido trabajo gracias a otro enchufe. En este caso, por la intermediación de los padres del cocinero, que tenían contactos hasta en el infierno. No era el curro de mi vida, pero me hacía ser económicamente independiente y podía decir que no me sentía explotada. El único pero era que tenía que ir vestida de blanco... y lo odiaba, aunque a mi cabello naranja le sentaba de maravilla.

—No pienso dejar que lleves un uniforme verde, que te veo tiñéndote el pelo de negro y eso te puede costar un disgusto —me dijo Denis, cuando me anunció que sus padres me habían conseguido una entrevista de trabajo para un centro sanitario y que, si me interesaba, sólo tendría que firmar—. El uniforme es blanco. Resulta elegante, discreto, y con tus cabellos serás la enfermera

más deseada de la planta. Te habían encontrado otro puesto, pero no me gustaba el color del pijama.

—Serás...

Todo nos iba bien... sólo faltaba zanjar el tema de la custodia.

Había tenido que consolar demasiadas veces a un Amargo a punto de estampar algo contra la pared cuando su ex no aparecía con los críos. Jamás rompió nada, en verdad, pero siempre terminaba llorando. Nunca llegaron a entrar en casa. En las pocas ocasiones en las que pudo verlos fue a cambio de un desembolso importante de dinero, ya que la nueva pelirroja no sabía administrarse y tampoco era de las que disfrutaban buscando trabajo. El fondo monetario que había abierto Denis para los niños era para eso, para los niños, y no se permitía tocar un solo euro si no era por un motivo del todo justificado. Esos pequeños tenían asegurado una parte de su futuro y sus estudios, pero a ella no se le permitía comprarse ni un par de zapatos con ese dinero.

Esa arpía nunca buscó trabajo. Creo que era uno de los motivos por los que Denis siempre se empeñaba en que yo lo buscara, ya que, que no lo hiciera, le recordaba mucho a ella.

Hasta Iris había acabado trabajando, inducida por la mala cara de Denis.

—No querrás ser una mantenida...

—¿Y qué hay de malo en eso? —le había preguntado ella alguna vez, cuando había sido invitada a comer a casa.

—Es aburrido, ¿no?

—Yo me lo paso muy bien, la verdad.

Pero estaba claro que, desde que dejé de vivir con ella, pasaba demasiadas horas sola y había que invertir el tiempo en algo productivo. Como sus padres, finalmente, se negaron a seguir pasándole dinero, tuvo la cara de preguntarle a Denis si necesitaba una enfermera en su cocina, para atender a los alumnos que se quemaban y cortaban los dedos todos los días allí, entre servicio y servicio.

Para eso sí que tuvieron que hacerse con el local de al lado, pero en régimen de alquiler, por si en algún momento decidían que no querían impartir más clases, que todo podía ser pasajero, menos el color de mi pelo.

Esa cocina también la estrenamos, pero sólo cuando sonó la música adecuada.

—¿Cómo conseguiré que se te levante, si en vez de sonar Gallant tenemos de fondo «La patrulla canina»? —le pregunté, apretándole la mano en el banco de madera en el que estábamos esperando al juez.

Denis se acercó a mi oído, buscando la intimidad que necesitaba. Nos acabábamos de poner en pie al entrar su señoría en la sala y aquel enorme tipo de toga negra le había picado un ojo a Oziel... y éste, a su vez, a nosotros.

Denis estaba más que feliz... y yo, por él.

—Pues, supongo que, si se oye de fondo «La patrulla canina» —comentó, cogiéndome un mechón de pelo para apartarlo de mi oreja—, habrá que darte de comer... a cuatro patas.

Biografía



Magela Gracia es una mujer activa, descarada, de mente perversa y jovial. De padre andaluz y madre canaria, nació en 1979 en Las Palmas de Gran Canaria, donde reside con su familia y trabaja como enfermera.

Leer y escribir fueron sus mayores placeres desde los diez años, por lo que fue catalogada muchas veces de bicho raro. En el 2005 se especializó en literatura erótica, aunque antes había tocado otros géneros. ¿Y para qué empieza a escribir novela erótica? Pues para ella... y para sus amantes. Siempre ha encontrado apasionante poder transmitir la intimidad con las palabras, y al darse cuenta de que no se le daba mal, en 2011 abrió su propio blog.

Perversa y morbosa de nacimiento, acuñó la frase «La autora erótica que nadie reconoce que lee». Así que, si te animas a leerla... le encantará saber que lo has hecho. Y si te ha gustado hacerlo.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<http://magelagracia.com/>

<https://www.facebook.com/groups/perversasconmagelagracia/>

Referencias de las canciones

Sabor, sabor, Copyright: © 2012 De Esta Edición Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Rosario. (*N. de la e.*)

Lost on you, Copyright: © © 2016 LP under exclusive license to BMG Rights Management (US) LLC d/b/a Vagrant Records, interpretada por LP. (*N. de la e.*)

Talking to myself, Copyright: © © 2016 Mind of a Genius Records / Warner Bros. Records Inc., interpretada por Gallant. (*N. de la e.*)

I feel it coming, Copyright: © 2016 The Weeknd XO, Inc., Manufactured and Marketed by Republic Records, a Division of UMG Recordings, Inc. © 2016 The Weeknd XO, Inc., interpretada por The Weeknd. (*N. de la e.*)

That's what I like, Copyright: © © 2016 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. A Warner Music Group Company, interpretada por de Bruno Mars. (*N. de la e.*)

La mordidita, Copyright: © 2018 De Esta Edición Sony Music Entertainment, interpretada por Ricky Martin y Yotuel. (*N. de la e.*)

A ver a qué sabes

Magela Gracia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Magela Gracia, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20512-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

